



*Ricardo
Palma
Salamanca*

Una larga cola de acero

(Historia del FPMR 1984-1988)



Colección Septiembre

Ricardo Palma Salamanca

UNA LARGA COLA DE ACERO

(Historias del FPMR 1984-1988)

Para nuestros combatientes Rodriguistas en el 29 Aniversario.
Gracias a todos los que nos cooperan y ayudan a fomentar nuestra historia

<http://historiadetodos.wordpress.com/>



HISTORIA DE TODOS
videos, fotos, artículos para no olvidar

LOS AÑOS DEL FRENTE

- Un 22 de Enero de 1992.
- Operación Siglo XX
- Nace El FPMR
- Las Armas de Carrizal
- La Operación Albania
- El Quiebre
- Los Autónomos
- La Operación Príncipe
- La Guerra Patriótica Nacional

→ **Grupo No al fpmr.cl**

Hacia el final de la partida
El Manifiesto Comunista.
Operación Príncipe
Che Guevara "La Guerra de Guerrillas"
Guerrillero del tiempo.
La vida no es fácil, Papi
Los fusileros
Operación Siglo XX
Una larga cola de acero
La Gran Evasión
Dawson Isla 10
Las luchas de clases en las primeras décadas de la República de Chile 1910 - 1946

A Rodrigo...

*Con los libros no se rescata nada, con éste
menos. La historia no es más que contarse lo
sucedido. No pretendí hacer un análisis del
pasado, sólo contar algunas cosas.
Que uno hable de un pasado colectivo no
significa que sea la única voz o que en su defecto
sea como una versión oficial.
Amén...*

I

Mírenme bien, estoy sentado con una pierna cruzada y mi espalda ligeramente inclinada hacia atrás. Desde aquí puedo ver mi botella de cerveza y a través de ella oteo a la gente soberana del aburrimiento. Poso las manos sobre mis muslos. Sobre mi cabeza hay una lámpara de dos tubos fluorescentes, uno de ellos titila y por unos segundos se apaga súbitamente. Este tipo de luz hace que uno vea todo el ambiente de un color verdoso claro, provocado por la temperatura del color de las lámparas. Mi posición en esta silla me da un breve aire de soberbia, como si mirara de manera despectiva a todos los que van entrando. Algo de eso hay en parte.

Lo olvidaba, una de mis manos, la derecha para ser exacto, permanece semioculta por causas que contare mas adelante. ¿Nadie sigue siendo el mismo luego de haber pasado por tanto, no?

Puedo, tal vez, ser un verdadero hijo de puta; sin embargo, nadie podrá sacar de mi cabeza la cantidad de cosas y hechos que fui viendo y sintiendo a lo largo de muchos años. Pero vamos, a los que me estén escuchando, no crean que me arrepiento de algo y no me vengan con el absurdo mecanismo de decirme "pero, ¿lo volverías a hacer?". Las cosas se hacen una sola vez en la vida, lo demás es patraña mímica. Aprender de los errores, ¿para qué? ¿Para que otros no los repitan? Mentira pura, los que vengan se equivocaran con lo suyo, caerán en sus propias catacumbas y acertaran en lo que les corresponde, como nosotros en nuestro tiempo. Alzamos grandes banderas y nos sumergimos en oscuridades llenas de luminosidades. Pero no fue nada en comparación con lo que se esta viviendo hoy, yo prefiero seguir siendo el mismo hijo de puta de siempre a que me

reconozcan como un aporte al orden obtuso y sistemáticamente lineal. Lo digo de una vez, yo no aporte para nada a la democracia. No, gracias, yo paso de vuestras condecoraciones para héroes póstumos. No me siento parte de vuestro orden, aparte que no me aceptarían, pero eso me da igual. Tengo mis cosas bien asidas, y de ahí no se moverán. Soy un inepto desconocido e intransigente, una basura moderna con todas sus letras y acentos.

Miren ustedes que me escuchan, ahora estoy sentado en un bar de Santiago como en mis viejos tiempos cuando planificábamos verdaderos actos de sabotaje, conspirábamos y éramos de verdad, vivíamos la vida al día. Afuera ella bullía como una marmita en pleno infierno, no nos atormentábamos con las necesidades humanas, tampoco nos las creábamos. Fuimos de una edad de zepellines y aviones sin alas.

Tengo historias para contar por aquellos que guardaron silencio entre la tierra, por mis conocidos muertos y por aquellos que aun permanecen vivos repartidos por el mundo. Mis camaradas reciclados, los nuevos taxistas de la urbe, los porteros, los nuevos guardias de seguridad del mundo alternativo, los que sienten una íntima y silenciosa vergüenza por haber matado a unos cuantos criminalillos, carniceros de tiempo en tiempo.

Ahora vean ustedes, esta gente que bebe sin cesar a mi alrededor, sin premura ni urgencia, no son sino pequeños y minúsculos núcleos del aburrimiento. Trabajan para mantenerse y lo que ganan lo invierten en mantenerse para seguir trabajando. Que círculo, que sistema más absurdo aquel: un circuito verdaderamente endemoniado. ¿Quién puede vivir así, digo yo? Pero bien me pudieran decir, de verdad, que tipo más engreído, que no veo las cosas sino en forma compulsivamente polar. No tienes, me dirían, la capacidad de acceder a otras miradas igualmente válidas. Pues bien, lo aceptaría, siendo que mi capacidad para el diálogo es casi nula y es cierto, las cosas no se entienden sino viviéndolas y mas aun, mejor sentir las que entenderlas.

¿Que intolerante, cierto? Pero en fin, la vida continua, diría un optimista enfurecido. Mientras yo sigo bebiendo cerveza, es cierto,

ya no tiene el mismo sabor y así, muchas cosas fueron perdiendo la virtud de su importancia. Aun no entiendo que fue lo que paso; no se si yo me fui decolorando con el tiempo o el tiempo lo hizo a mi alrededor. La cárcel, los muertos, los devenidos soplones, los que al final se fueron cansando no lo dejan a uno de igual manera ¿no? No vamos por ahí viviendo cosas sin dejar de ser lo que fuimos. Cada día nos morimos un poco más. Pero que va.

Conocí gente verdadera, rebeldes de otros tiempos, piratas reencarnados bajo una época de luces y colores intransables. También fui accediendo a mi propia historia, mi relato particular. Reconocía mi supuesto origen a través de los demás. Hacíamos de los días una cosa única, irreemplazable, una proeza con sus propias desgracias. Pero vamos, no me confundan, que no quiero aparecer como el viejo tercio que añora sus tiempos pasados y convierte su narración en una constante rememoración melancólica. Nuestro tiempo se nos fue, el de muchos, el mío en particular. Pero ¿qué importa? A veces las historias valen más por sus hechos que por sus intentos y objetivos. Son más bellas por sus actos que por sus consagraciones. Realizar el sueño utópico resulta, en oportunidades, algo decepcionante y vale más, en estos casos, el intento de algo que su concreción. Este es mi ínfimo acercamiento discursivo.

Escúchenme, yo no estoy hablando con nadie, toda esta habladuría transcurre en mi cabeza mientras bebo mi cerveza, la gente pasa, los mozos atienden, las horas se van como todos los días, el bar es el mismo de siempre, el de años atrás. Así pasan mis días contemporáneos, entre mi diálogo sin receptor y mis ocupaciones absurdas. Me narro cada día mi propia historia, en silencio, repaso los años como una materia suave. Hoy es uno de esos días:

La cosa fue difícil, bastante difícil. No era problema de ingresar a una organización de beneficencia. El problema venía después, dentro de unos años, cuando ya todo estuviera más claro. Aquellos, a los que me uniría, se traían las cosas muy en serio y debido a eso se podía esperar cualquier situación. Entiéndanme, yo no podía adivinar cuan serio era todo aquello. Mi edad, precaria aun, no me dejaba comprender que la muerte en estas cosas se tomaba

como un riesgo necesario, como un accidente de trabajo. Para mí la muerte siempre gozó de un misterio inaudito y casi monstruoso. Aquella mañana cuando les vi la cara me dije: Estos tipos se la creen muy profundo.

Estábamos en casa de Lara, que era la más interesada en conocer a estos tipos. La verdad, no tengo idea de dónde saco la información para contactarlos; habrá sido en los pasillos de la universidad o en algún rincón de Valparaíso, pera bueno, ahí permanecíamos serios como yo estudiantes.

Sentados nosotros a un lado y ellos dos al otro costado de la mesa. Comenzó hablando el hombre de bigotes gruesos. Su cara, como un gran rectángulo, estaba adornada por lentes de carey similares a los usados por los jefes Sandinistas en pleno apogeo de su revolución, cuando se les veía alegres, seguros de los pasos dados, confiados de la victoria reciente. Cuando movían sus manos en las manifestaciones desaforadas sobre las calles, con los mismos nombres y las mismas sombras.

Aquel hombre era serio, extrañamente misterioso, sus palabras eran pronunciadas con esmero mientras fumaba como al borde del cadalso. Tenía una muletilla que repetía a cada segundo entre cada palabra. En realidad ya me estaba aburriendo, era como si jamás fuera a llegar al final de todo aquello que decía. Era como un discurso aprendido de memoria.

Mientras hablaba me puse a mirar a Pablo Barza, mi amigo entrañable: aquel tipo sí que era un erudito en materias de la cabeza. Poseía un vocabulario vastísimo y lo mezclaba con verdaderas proezas de la reflexión. A él nadie podía venirle con cuentos. Se las batía con cualquiera que presumiera de conocimiento. Ahí los dejaba, luego de una prolongada discusión, y vaya que sonrisa se le veía cuando sus adversarios callaban ante sus argumentos. Silenciosos y derrotados, Barza los humillaba hasta el cansancio, se los comía una vez muertos, gozaba con la carne descompuesta de sus enemigos. Aquel es el vicio de los intelectuales, no saben donde detenerse. Saben tanto que su propio conocimiento los empantana en una ciénaga sin sentido.

En fin, cuando el tipo de bigotes hablaba, yo miraba la cara gruesa de Barza deglutiendo cada palabra suya. Lo veía pensar con sus negros ojos clavados en el rostro del hombre. Y pensé: Barza se lo va a comer, no le perdonara ni siquiera una falta de dicción. Pero no fue así. Al parecer Barza los respetaba demasiado como para destrozarlos con sus palabras. Aquí nada tenía que ver la cara abstracta de los discursos, el tono desaguado de los argumentos o la vacuidad del saber. Barza respetaba, en aquel momento, la fuerza física, el tesón de los nervios y la dureza de los huesos de aquellos hombres. En cierta forma los admiraba bajo una perspectiva desconocida y translucida.

Es cierto, uno no puede venir a jugarlas de canchero. Hay que dejar que estos tipos hablen, convenzan, que se muevan como un pez en el agua con sus convicciones y en una de esas, pensaba yo, logran embarcarme. Al fin estaba ahí porque algo querrá hacer en medio de toda esta historia que se gestaba embrionariamente.

Mi enflaquecido país, es cierto, Chile hambriento de una identidad extraña, irreconocible, constituida paso a paso por salvajes hablando de una trilogía moderna entre el poder de la tierra y tratados jurídicos infalibles, dominativos y ampulosos. Mi paisito, desangrado por vergüenza, muerto en su imagen de resistencia fecunda y atrapado en una lengua sin dios, despertando siempre después de la masacre, tarde ya para rellenar esos vacíos que nadie quiso mirar. Siempre alzado a medias, inconcluso, moderado y negociante; ah, mi paisito, bella copia feliz de cualquier cosa... ¿Tal vez habría que hacer algo, no?

Recuerdo cuando recién comenzamos a hablar con Barza y Lara respecto a poder hacer algo en el nuevo panorama que se abría frente a nosotros. Aun estábamos en la universidad a fines del año 83. Yo terminaba literatura, Barza permanecía pegado a la escuela retocando ramos de filosofía clásica porque no tenía nada mas que hacer y Lara cursaba tercero de... ya no me acuerdo lo que estudiaba, pero lo que haya estudiado lo hacía muy bien. Ella siempre fue esmerada en ese tipo de actividades. Por mi parte la universidad no me encajaba del todo. Era algo así como un hábito, nada mas había

llegado a ella sin pensar demasiado y con esa misma simpleza me desplazaba por su interior.

—Ésta es una nueva etapa en la lucha del proletariado chileno, digamos, definitivamente se esta desencadenando, de forma lenta pero segura, un estado de madurez en las condiciones subjetivas. El pueblo ya no da mas, digamos, la miseria económica y la represión no pueden seguir, me entienden ustedes, digamos, son jóvenes y el pueblo y su partido requieren del esfuerzo de las nuevas generaciones para consolidar un estado nuevo de cosas.

El hombre de los bigotes terminó de decir aquello y reinó un profundo silencio entre su acompañante y nosotros tres. Fueron sentencias, definitivas, palabras finales para un comienzo en nosotros. Cada cual las interpretaba a su modo, con lo que se tenía.

El acompañante del tipo de bigotes era un hombre delgado, con rostro cadavérico, cansado y humilde. Era de aquella humildad que se construye con el tiempo de ser un mandado y de aceptar cada cosa que se le propone, sin decir nada. Yo no entendía ese tipo de hombres, ni aceptaba aquella actitud ante la vida. Si yo permanecía sentado escuchándolos, en medio de mis dos compañeros, era porque algo me movía a hacerlo y creo que a mis amigos también. No eran causas similares ni menos aún idénticas, no diré que éramos miembros de eso que el bigotón llama el proletariado, al menos en mi caso, ni tampoco que sufríamos atrocemente las consecuencias del modelo económico que aplicaba la dictadura. No pasábamos hambre y tampoco teníamos demasiado. Muchos nos podrían haber llamados simples aventureros o jovencitos en busca de la madurez, como más tarde nos llamaron o mejor cliché me llamaron. Tal vez, en cierto sentido, poseíamos todo aquello, pero nunca nos detuvimos a pensar que nuestras decisiones serian para dar explicaciones a alguien. En nosotros existía esa libertad de acción, no teníamos ningún tipo de vínculos con algo que estuviera fuera de nosotros mismos.

Aquella tarde de la reunión, ellos se dieron a conocer como miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Quedamos de acuerdo para un próximo encuentro, en el cual les daríamos una respuesta, luego de todo lo charlado. Ellos asistieron porque

nosotros se lo pedimos, lo que significaba que no nos estaban rogando nada, al contrario, era de nosotros la responsabilidad de aceptar ingresar a dicho grupo que nacía en silencio de palabras pero con ruido de actos.

Así fue, ellos se fueron despidiendo de cada uno de nosotros. Al final nos quedamos los tres sin decirnos palabra. Lara, con sus bellos ojos, no atino a nada y Barza reflexionaba seriamente con su mano sobre la cabeza. Yo creo que no sacaba conclusiones de orden intelectual sino que eran meditaciones sobre una decisión profunda. En mi caso las cosas iban por un camino más simple: La vida es aburrida, corta y denigrante, y algo de esperanza matará la lucidez, eso es segura.

Por la noche de aquel día nos fuimos al bar de la esquina de la casa de Lara. Pedimos cerveza y charlamos sobre lo que íbamos a decidir. En este caso no iban a ser decisiones individuales, ya que éramos un grupo que no se iba a desligar de los otros.

Una vez con las cervezas en las manos, comenzó hablando Barza de su parecer sobre los pasos futuros.

—Imagino que estarán pensando en lo que haremos, lo cierto es que es bastante delicado, ya lo vieron ustedes, no será cosa de lanzar las tradicionales formas de confrontación hacia la dictadura; ese grupo viene con la violencia directa como una forma de transformación radical de las estructuras sociales actuales. Cada uno de nosotros deberá optar por aquello que cree con detenimiento. Más que nada digo, las formas del corazón, vale decir todo aquello que reúne de manera emotiva, deben quedar, por un momento, a un lado, se podría decir, sacarlas para no entorpecer el razonamiento claro y certero, ya que será una decisión final y definitiva para nuestras vidas.

Barza estaba realmente consternado, pocas veces lo había visto así, se notaba que el encuentro lo había dejado turbado, poco claro y como anestesiado. En cambio Lara permanecía inmutable, frágil y permanente, convencida, en cierto grado, por las palabras de Barza. Ella también se lo tomaba en serio, muy en serio. Al parecer el único que no dimensionaba cabalmente era yo. En ese momento mis ideas

no iban hacia ningún lado, nada me turbaba ni complacía, tercamente neutro, flotando en el vaho del bar, entre sus copas posadas sobre las repisas polvorientas.

—Mi querido Barza, dije yo con un tono descansado, le asignas demasiada seriedad al asunto, la decisión ha de ser más fácil, propongo emborracharnos hasta enloquecer y tomar la última opción en aquel estado dionisiaco. No recurramos a las razones, pues, al final sólo se inventan, ya que no pensé mas en lo que nos pueda suceder, y si fuera así en última instancia, no podría mas hacer nada de nada y, estaríamos siempre detenidos por el riesgo.

Ni bien terminaba de decir aquello y me puse a pensar que ni siquiera lo había dicho convencido.

—Una vez mas tu problema es el anarquismo, que en el fondo no es mas que un disfraz de tu inseguridad para no decidir y ni comprometerte con algo, solo lanzas ideas inconexas, teorías, palabras vacías como si fueran tratados avanzados y las decisiones trascendentales para el progreso humano, querido amigo, no se toman con la liviandad de una cáscara.

—Aleluya hermano, soy hijo del pensamiento caótico, te otorgo la razón Barza, tal vez sea el gusano dispendioso que tú nombras, pero por ahora brindemos y dejémonos en las manos del alcohol. Atiné a decir.

Es cierto, Barza era un fanático de las ideas y si no había ideas que la convencieran, jamás daría un paso en falso. Es por ello que desmenuzaba, detalladamente, cada una de ellas. En suma, jamás haría algo que le dictara el puro instinto. Lara era diferente en muchos sentidos. Escuchaba calmadamente a todos y luego, con todos los antecedentes sobre la mesa, tomaba una decisión. Era metódica, seguía paso a paso lo que se proponía. Nunca se inclinaba por uno de nosotros, en lo que respecta a opiniones; mas adelante comentare nuestros enredos amorosos. En fin, Lara era como un resultado conforme de nosotros dos, digamos el punto intermedio de dos extremos.

Así paso la noche aquella, entre cervezas que luego se convirtieron en botellas de vino. La madrugada caía sobre

Valparaíso y sus cerros ennegrecidos, sus habitantes, su olor a mar descompuesto, no eran más que antecedentes de lo que vendría mas adelante.

Ya casi completamente ebrios, se me ocurrió tocar el tema nuevamente para zanjarlo definitivamente. No podíamos seguir esperando a que alguien tomara la determinación por nosotros. La cosa se veía simple a primera vista, era un sí o un no, y alejar todas las causas para definirse.

–Bueno, dije a mis compañeros, es hora de decir que vamos a hacer, ¿no lo creen?

–Yo ya lo tengo resuelto hace mucho tiempo, dijo Barza y, estoy completamente convencido del discurso y la acción de esos hombres encapuchados con sus fusiles y sus banderas; seremos la sensible porción para la historia. La violencia es el último recurso de la razón y brindo por eso.

Barza tomó su vaso y lo mantuvo alzado mirándonos y esperando nuestra definición. Lara, que ya estaba con sus ojos irritados de tanto beber, tomó el suyo y dijo: Yo también voy en esto y como dijo el bigotón, ¡es hora de las nuevas generaciones!.

Al parecer todos estábamos excitadísimos, situación de suyo sospechosa en estos casos, cosa peligrosa por otro lado si tomamos en cuenta que nuestra carne estaba en pleno juego en aquel instante. Mi idea del alcohol no había sido del todo correcta para enfrentar dicha decisión, empero, los mire con mi precaria capacidad para enfocar los objetos. Ahí descansaban las imágenes de ellos, totalmente borrosos, difuminados, como si mis ojos cayeran en manos de un extraño filtro de bruma. Suspiré y pensé que estaban completamente ebrios, al igual que yo.

–Bueno, dije ante la expectativa de ellos, no podría decir que no, así es que ya esta, vamos todos en nueva demencia, la razón es el último recurso de la violencia.

Alcé mi vaso y los hicimos chocar unos contra otros en medio de la mesa.

Esa noche sellamos la entrada al cambio definitivo de nuestras vidas. Ese tipo de decisiones pasan como intrascendentes cuando se

definen y solo en el futuro comienzan a ser pensadas con más cautela y armonía.

Salimos del bar al amanecer. Yo llevaba a Barza de los hombros, sosteniéndolo y Lara iba despejando el camino hacia nuestra casa. Dentro de dos días teníamos la cita con el bigotón y su acompañante, que sería en casa de Lara, y en esa reunión le notificaríamos nuestra decisión final para integrarnos como militantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Comenzaba marzo del año 1984 y Chile era un pequeño y mal logrado campo de batalla con un solo ejército, destripando a unos cuantos sublevados de antaño y a otros que se sumaban bajo el nombre de Rodríguez. También estaban los del medio, los infaltables repudiadores, los dispuestos al negocio y el trato, los estrategias de palabras y promesas. Aquellos, en buenas cuentas, son los que se llevan la mejor parte, eso es casi siempre así. Los sublevados no eran la continuidad de nada, sólo la consecuencia de un vacío. Esa era la cartografía política de aquel tiempo. Unos tratando de llevar a los hambrientos hacía una guerra mediatizada por las moralidades y justezas, y otros, sólo una pandilla de híbridos, tratando de marchar hacia la amistad y buena ventura con aquel ejército de pirañas y sepultureros.

De aquella noche en adelante ya seríamos parte de los blancos humanos de ese ejército desollador. Nadie lo había pensado de esa manera, es más, todos nos sentimos tremendamente grandes y henchidos con el espíritu romántico que nos recorría. Era la historia, sólo eso, la historia.

II

Lara era una mujer hermosa. Su belleza difería del modelo acostumbrado por ese tiempo. No era una hembra deslumbrante ni menos aun la envidia de Valparaíso, pero aun así, tenía una larga lista de pretendientes. Ojos ennegrecidos como el color del mar del puerto, un verde profundo que se confundía con el negro, mediana estatura y delgada. Su nariz adquiría ciertas formas, a veces, irreconocible, un pequeño punto por las tardes y por las mañanas se asimilaba a una manzana en ciernes.

Ella vivía con sus padres, Angélica Velázquez, conocida en los cerros como doña Angie, y Pedro Javier Lozada, recordado comerciante upeliento adscrito a la JAP, quienes, poseían una tienda de abarrotes en el centro de Valparaíso. Luego del estallido del once de septiembre se habían salvado milagrosamente por cosas inentendibles. Pasado el tiempo comenzaron a integrarse al nuevo mundo del silencio.

Por aquellos días Lara Angélica Lozada Velázquez era una miserable niñita que veía pasar los tanques por sus calles pensando que era algo así como una especie de juego gigantesco y abrumador, algo que la sobrepasaba en su capacidad de asimilar el terror. Con aquella misma candidez se ponía cada tarde a observar hacia el mar la larga línea de buques que rebanaban lentamente el horizonte marino sin pensar que mas adelante, pasados los años, los días y las largas noches de espanto ella se haría, como una inaudita prolongación de la tragedia, un blanco de esos viejos barcos y tanques que veía pasar sin mas significado que el asombro y el ruido.

De una manera que pocos entenderían, tanto ella, como muchos otros, no asumieron un proyecto inconcluso sino que fundarían una nueva vida como los viejos soldados de la Gran guerra cavaban sus trincheras en medio de los gases que reventaban sus entrañas. Lara Lozada Velázquez jamás realizó una relación mecánica de su pasado con su presente; más bien armó un espeso tejido, que visto desde lejos, era una sola maraña de saltos y vacíos que desembocaban en la más extraña forma del destino.

Lara Lozada era hija única y gozaba de los privilegios que poseen este tipo de retoños, digámoslo de una vez, ella era el orgullo de sus padres y en cierta forma eso de estar en la universidad era algo que sus padres no pudieron hacer y se sentían identificados con el porvenir, venturoso, hasta ese momento, de Lara.

La tríada familiar Lozada Velázquez vivía bien, tranquilas. Sus padres eran de esos que siempre andaban alegando contra la dictadura, gentes de época, allendistas de corazón. Pero yo conocía a esa calaña de gente, no eran de fiar, en el fondo de sus personalidades eran unos ratonzuelos, desconfiados de todo el mundo, cuidando con su propia vida el inmundo negocio en el cual se les iba la sangre. Seguramente ellos pensaban exactamente lo mismo de mí. Nunca pudieron aceptarme con buenos ojos como uno de los mejores amigos de Lara, ¿Que antecedentes manejaban ellos para tener y ejercer tal opinión sobre mí? Tal vez mi aspecto desperdiciado y remitido a mi pura forma de hablar y de ser, en consecuencia una masa de carne desaliñada y nociva para ella. Sin embargo, el único capaz, a través del tiempo, de ver y sentir hacia ella la mas irónica ondulación del cuerpo llamada amor.

La opinión que tenían de Barza era totalmente diferente. Él era el amigo inteligente y caballerito de Lara, siempre saludando de buena manera, correcto como nadie. Ah, él sí era una buena influencia para ella, decían engañándose constantemente. Pero como las cosas son diferentes a la imagen que siempre nos formamos de la gente, los muy hijos de puta se equivocaban con Barza. Conmigo no se equivocaron, me veían tal como era, desordenado y libertino.

Barza más de alguna vez me lo dijo: Viejo, debes ser como la gente te imagina, dales el gusto y las relaciones siempre irán por buena senda. Era algo oportunista pensar y actuar de esa forma pero al parecer a Barza siempre le dio buen resultado, En fin, la inteligencia jamás va unida a una determinada actitud que se pueda definir bajo ciertos parámetros éticos, es mas, en oportunidades el actuar inteligentemente ni siquiera se define en torno a los pilares de lo que debiera ser tal como lo pensamos. La inteligencia es fundamentalmente amoral. Barza lo tenía muy claro y sacaba provecho de aquel conocimiento. Manejarse por arriba de los prejuicios es algo que a uno lo mantiene tranquilo.

Aun así, con el desprecio que sentían los padres de Lara conmigo, al final casi todo el tiempo lo pasábamos en su casa. Era la única que en cierta forma tenía un hogar. Yo era de Santiago y vivía en un cuartucho de una pensión en Valparaíso en calles que no recuerdo. Todo ello por los estudios en la universidad. Partía a Santiago cada dos o tres semanas y me quedaba en la casa de mi padre. En realidad todas mis relaciones estaban en Valparaíso, así es que nada mas iba para ver a mi padre que ya andaba en las últimas de su vida.

Mi viejo padre, ancestral galeno de pasado oculto y silencioso, se había dedicado por más de treinta años a sanar gentes de todo tipo, tratando vanamente de detener a la muerte. Tal vez la suya propia, utilizando a los demás como especies de laboratorio. Tenía su casa en un barrio residencial de Santiago rodeado de grandes árboles. Había ejercido profesión en el hospital El Salvador, vivía solo y en algunas oportunidades se le veía con alguna acompañante ocasional.

Desde la muerte de mi madre, Graciela María Verdugo, hacía ya seis años, enferma de cáncer, a mi padre se le habían quitado las ganas de seguir con alguna mujer. Por causas azarosas conoció a mi madre una tarde veraniega de 1956 mientras ambos caminaban lentamente por el centro de Santiago. Mi padre, atareado por sus estudios, caminaba con la vista hacia el suelo cavilando sobre las múltiples salidas medicinales del mundo contemporáneo que trataba

de combatir al organismo *heliobacter pilori*. De pronto fijó la vista en una pequeña banca situada al borde de la calle. En ella descansaba, como con una baja de presión, Graciela Verdugo, hija de un chofer de camiones y de una bailarina clásica depresiva. De pronto la asistió como a la mejor de sus causas y ella, mi futura madre, tomo el acto como un buen ejemplo de incondicionalidad a la vida ajena. Lo demás fue cosa de tiempo y ambos terminaron en esa humilde raza de seres que se aman hasta el fin de cada uno.

Mi padre era un tipo de buen corazón, se definía como apolítico, cosa que siempre le discutí ya que es imposible no tener una posición ante las farsas sociales, y aun lo que él definía como apolítico era una posición ante las cosas de la vida. Una farsa cómoda, pero farsa al fin. No pasaba mucho tiempo con él, nuestras relaciones se reducían a un nivel parasitario, de mi parte, claro esta. Siempre que lo veía me decía: hijo, no descuides tus estudios que serán tu aval para el futuro, no te vayas a meter en política que ella solo te arruinara la vida. En el fondo su temor era que yo fuera un don nadie en medio de la nada. Era algo que lo aterrizzaba.

Por otro lado, Juan Pablo Barza era de Valparaíso, de sus cerros marginales y acabados por la pobreza. Si no hubiera sido por la inteligencia práctica y teórica de Barza, seguiría en medio de todas esas planchas de metal que simulaban ser casas. De niño se ganó todas las becas existentes y lo mismo fue en la universidad, tenía el 100% de crédito fiscal. Tenía tres hermanos y una hermana. La mayoría de ellos trabajaban en empleos subhumanos. Cargando en el puerto o explotados en la construcción de edificios y casas, poniendo su breve grano en el progreso.

A su hermana no se le veía mucho y sobre ella existía un velo de misterio, una bruma de irreconocible distancia, un aire de "nouvelle" decadente y olvidada, algo de ese inútil espíritu romántico porteño rondaba por su presente, y esa análoga disposición de la miseria vestida de gancho artístico se colgaba de su imagen. Pero todo era inverificable y escurridizo, su largo cabello negro brillante, sus brazos delgados y blandos y su disposición ante la caminata como una verdadera institutriz de la pobreza. Se decía

que su oficio era el de puta porteña en el barrio chino, pero sólo eran habladurías de las ancianas a la salida de la misa de los domingos. Nadie podía verificar aquello, digo, ni Valparaíso ni ninguno de nosotros tres. Barza esquivaba el tema, era como una navaja rebanándole las venas. Tal vez era el más atormentado por la dictadura y causas no le faltaban para ingresar al Frente. Eso que llaman el espíritu de clase y que tan indefinido se encontraba presente en él.

Todos nosotros nos conocimos en la universidad pero ninguno era militante de algún partido político. Nuestro interés comenzó cuando empezamos a escuchar rumores sobre un grupo que estaba naciendo y que su método fundamental era el ser radical. En ese tiempo el ser radical se definía por oposición, es decir, lo contrario a ser un iluso imberbe que se sentaba frente a una turba de uniformados gritando "no a la violencia", mientras los reventaban a palos como era la costumbre. Que vicio aquel.

Nosotros tres manteníamos largas conversaciones en los patios de la universidad debatiendo que aquel método era como un diálogo de ineptos, de sordos contra una bestia ciega. Poco a poco nos fuimos definiendo, sin más herramientas, en mi caso y el de Lara, ya que Barza estructuraba un gran discurso para definir su postura muy bien argumentada, para asumir que a la dictadura sólo se le podía hacer frente con los mismos medios. Razonamientos bastante precarios y rudimentarios, mas bien era la primera respuesta que podíamos tener.

Fue un día cualquiera que, sorprendidos del original nacimiento de dicho grupo, nos nació un súbito deseo de conocerlos. Aquellos sujetos, en menos de un día, habían dejado a casi todo mi paisito sumido en la oscuridad de la noche. Mediante un gran apagón fueron despertando en nosotros algo parecido a la esperanza, digo, la esperanza porque ya pensábamos que íbamos a ser fagocitados por la desidia y el aburrimiento de seguir, eternamente, soportando los caprichos sanguinarios de nuestro tiranuelo.

Es cierto, eran tiempos convulsionados, tormentosos y veloces, donde parecía que la vida era como un ramo de rosas que jamás se

apagaría por completo, cada mañana poseía un sentido diferente, completamente distinto al día anterior. Marchas por doquier y manifestaciones de toda índole. Todo se politizaba, todo caía bajo el velo de dicha relación, uno pensaba: si esto no cambia, el mundo se vendrá abajo y yo no me quedare fuera de ese viaje. Eso sí era vida, llena de atajos hacia una misma dirección, con miles de puestos donde descansar y mirar las estrellas. Que importaba el futuro, que importaba la victoria o la derrota. La vida poseía un sentido innato y no había que proceder a la engorrosa tarea de asignarle de manera azarosa un sentido dudoso y muchas veces ingrato. Hoy no podría decir que todo pasado fue eternamente más bello. Si hay algo que logré reconocer y conocer en mi precario y voluptuoso universo experiencial, fue el espanto y el terror que por momentos se puede adueñar de la vida por completo. Ninguno de nosotros tres fue el mismo luego de la última reunión con aquellos dos.

Pero en fin, por otro lado y volviendo a mi viejo amigo Barza, aparte de ser un gran pensador era un tipo que discurría en extravagancias, lo que siempre me criticó a mí. Una vez, antes de la última reunión, mientras caminábamos rumbo a casa de Lara, me dijo con un tono pensativo y triste: "Vasco (aquel era mi sobrenombre de niño, quien sabe por qué razón), la vida es como correr una posta dentro de una pista eterna, y nadie sabe quien será el último que lleve el testimonio".

Aquella vez no le respondí nada, mas bien me quede pensando en lo que había dicho y que no entendí en profundidad. Con el tiempo supe y recordé ese momento. Así son las cosas, siempre se entiende cuando ya es tarde, nada retrocede al tiempo.

Esa misma tarde era la reunión y las cosas para mí quedaron bastante más claras. Nos juntamos en casa de Lara. Sus padres permanecían todo el tiempo en esa inmunda rotisería. En la casa reinaba un fuerte aroma a mortadela descompuesta. El refrigerador estaba atiborrado de embutidos y longanizas. Casi lo único que comían era ese tipo de comida. Allí llegaron ambos tipos con la misma cara de agentes secretos, claro, sus vestimentas no daban a conocer lo mismo que su actitud.

Nos sentamos alrededor de la mesa en el mismo ademán de ritual que la vez anterior. Lara les ofreció café, el que aceptaron encantados. Después de un rato comenzaron a hablar entre ellos. Uno traía bajo el brazo un diario, lo desplegó sobre la mesa y ambos nos quedaron mirando. Yo permanecí con los ojos pegados en los titulares que, con grandes letras rojas, decían: "TERRORISTAS ATACAN CUARTEL POLICIAL".

El delgado nos miraba con una cara que singularmente demostraba orgullo, una extraña especie de superioridad. En cambio el de bigotes no daba mayor atención al asunto, el permanecía en una actitud fría y estática. Se veía que dicho sujeto poseía, dentro de sus jerarquizaciones, un sitio superior al delgado. Lo demostraba en sus movimientos y palabras, en definitiva detentaba una postura diferente que se podría interpretar como la pomposidad de un jefe. Se reía muy pocas veces, si a eso se le pudiese haber dicho risa ya que en rigor sólo era un esbozo de sonrisa.

Lara llegó con una bandeja con dos tazas de café humeante. La depositó sobre la mesa y les facilitó el azucarero. El delgado tomó dos cucharadas de azúcar y el bigotón se lo tomó amargo. Todo un vaquero. Luego extrajo desde su bolsillo un paquete de cigarros, se acomodó en la silla y puso ambas manos sobre la mesa.

—Bueno compañeros, hemos venido nuevamente para dejar cerrada la discusión del otro día. Ahora bien, ustedes saben que si ingresan al Frente, digamos, la vida les ira cambiando de manera pausada ya que irán asumiendo una práctica que muchas veces es contradictoria con lo que la gente llama una vida normal. Pero no los quiero asustar, aquello es algo natural, en un principio las cosas cuestan, se hacen pesadas pero con el tiempo, la mayoría de los obstáculos irán pareciendo un juego de niños, les digo esto por experiencia propia. También les pediré, como una norma inviolable, el secreto de vuestra actividad, ese será el único aval de su seguridad, la dictadura nos busca y por ello hay que mantener el secreto de nuestro compromiso, digamos, no hay que revelarle a nadie lo que hacemos. Somos revolucionarios.

Yo a esas alturas me comencé a preguntar seriamente si quería todo aquello, y en realidad más que un deseo, mi interrogante se situaba al nivel de mis resistencias. ¿Sería capaz de aguantar todo eso que el bigotón relataba? Pero ya era tarde, había dado la palabra a mis dos amigos, no podía en esos momentos abandonar el barco y escapar como una rata. Que mas da, me dije, no puede ser tan difícil, al fin y al cabo mucha gente se esta subiendo a esta nave de locos y la verdad somos todos humanos así es que podría aguantar lo que otros habían soportado.

Por otro lado, en ese momento y debido a la euforia que le provocaba al bigotón el hecho de estar marcando el paso para sus futuros aprendices, yo creía que dicho hombre era presa de un hechizo de labia, de retórica del sacrificio, de la inmolación, en fin, de muchas figuras que se asoman cuando somos presas de la emoción. Me convertiría en un abate, un evangelizador, dios estaba de mi lado.

Después de la intervención del bigotón, Barza tomó la palabra por nosotros tres. Era un hecho evidente que siempre se arrogaba la representación, en todo caso a nosotros no nos molestaba en absoluto, es mas, veíamos en el un buen vehiculo para que nos representara cuando se trataba de explicar y dar argumentos serios y contundentes.

Comenzó diciendo del orgullo que era para nosotros estar enfrente de militantes del Frente, que eso solo ya era una tremenda suerte y que, en los tiempos que hoy corrían, aquello significa un orgullo doble. Primero por el hecho de tener una posibilidad en las trincheras de la revolución y segundo por estar ante los genuinos representantes de la clase obrera.

En un momento, el discurso de Barza me comenzó a parecer aburrido y, lo que es peor, algo rastrero. Yo ya no pensaba igual que mi amigo, o mejor dicho sus palabras no eran las más precisas para el momento. En el fondo yo no deseaba ser representado por nadie, pero no dije nada. Aquella manía de hablar por otros no la entendía, pero no podía salir discutiendo delante de los otros para desautorizar a mi amigo, después de todo, ese tipo de problemas se arreglan de

manera reservada, digo, para no demostrarle a los demás cosas que son de dominio privado.

En fin, Barza se encontraba posesionado por un extraño espíritu de alabanza a la patria y al pueblo. Hablaba de sus bondades, de su grandeza, del sacrificio y no recuerdo que otras cosas más. Se había convertido en el sacerdote de una causa que recién conocía, nada más alejado de la imagen que con los años me había forjado de Barza, nada más contradictorio con sus palabras y razonamientos fundados. Pero luego de todas aquellas alabanzas y loas evangélicas, Barza volvió a sí mismo, mas tranquilo y sereno. Al parecer tomaba conciencia de su descontrol verbal. Lara también lo miraba con cara extraña como desconociéndolo. El bigotón lo miraba sereno, en tanto el delgado se veía feliz, como si encontrara a un miembro de su clan perdido en el desierto, asentía con su cabeza mientras Barza escupía aquellas frases sin belleza alguna. Podría decir que existió una identificación total entre ambos, como un reencuentro entre hermanos después de muchos años de separación. Luego de todo ese espectáculo, innecesario para mí, Barza volvía en sí y comenzó la segunda tanda de apreciaciones respecto de nuestra integración al Frente, esta vez con mas calma.

—Bueno, prosiguió Barza, esperamos que nuestro aporte a esta causa sea una manera de expresar el respeto hacia un camino que creemos es el mas acorde a la situación que hoy vive nuestro país. Sabemos que la violencia es el último recurso hacia un sistema que la engendra en sus pilares doctrinarios, en ultima instancia se vuelve contra él, contra quien la sustenta y ejerce y que en ese mismo sentido sabemos que no estaremos exentos de sufrir las consecuencias de dicho ejercicio, nuestra postura como tal no la definimos por un complejo de intereses que nos beneficie el existir. Créannos que daremos lo mejor de cada uno para destruir a la dictadura, tal vez eso es lo único que podamos prometer en este momento. Algo conocemos de ustedes pero con lo que tenemos en vista nos sobra para dar una respuesta definitiva y a la vez positiva sobre nuestro ingreso como militantes del Frente.

Al fin terminaba Barza, casi con la lengua reseca, árida y descolorada por sus palabras. Lara y yo concluimos que ya estábamos adentro luego de las palabras de Barza. Que más se podía esperar. Mirábamos a nuestros invitados para escuchar lo que dirían. Yo en particular esperaba palabras tan solemnes como las pronunciadas por mi amigo, pero al contrario, y fue lo que mas me gustó del bigotón, sólo dijo que ya no había más que hablar y que era el momento de ponerse a hacer cosas. Es demasiado lo que tenemos por delante, acabó diciendo. Luego nos indicó un itinerario, que interpreté como un entrenamiento o instrucción básica, en el cual especificaba días y horas. Nuestro superior sería el delgado y nos llevaría a un lugar para aprender el arte del enfrentamiento contra alguien que te redobla en número y accesorios. Eso si que sería un desafío, pensé, nada como ser siempre el esclavo que se rebela con piedras y palos.

Al final de todo habló él delgado con una sentencia corta pero contundente, al menos para mí. Esto será por la patria, dijo antes de pararse.

Ah, apelar a la patria sí que era cosa extraña, yo no podía hacer aquello, con que cara si para mí no había otra cosa mas repugnante que aquel concepto vago y absurdo. ¿En nombre de quien o que podría mencionarla sino de ella misma? No hay cosa mas inútil que la patria, me decía en el silencio de mi cabeza, hibridaje de emociones y practicas, mezcla absurda de hombres que se mantienen en la enemistad perpetua y que ante la sola condición de patria se reúnen para defender intereses completamente contrarios. Eso sí que no, yo no me haría parte de aquella consigna deprimente y espantosa.

—Un momento compañero —le dije dirigiéndome compuestamente al delgado—, cualquier cosa menos por la patria, yo haré lo que sea pero nada será por eso que mencionaste de la patria.

—Compañero —respondió dándose vuelta lentamente en su sitio y ante la mirada de los demás—, debes buscar las causas de tu compromiso con el pueblo y clarificar las cosas. Verás que tras lada

esa está la patria, porque esa es lo que defendemos con nuestra lucha resuelta.

Me dispuse a entablar la defensa de mis convicciones, pero me di cuenta que no era el momento para ello. Aun era demasiado temprano, no podía comenzar una polémica con alguien que recién conocía y que en cierta forma era el observador de mi actitud. Luego pensé, hay que dar tiempo, no puedo venir a plantear mis absurdos ante alguien que parece tan duro de cabeza. También recordé las palabras de Barza sobre lo que la gente espera de uno y así me dispuse a darle el gusto al delgado, al menos por ahora.

Después de haber permanecido algunos segundos en silencio le respondí al delgado que tal vez tenía razón y que lo pensaría con mayor detenimiento. Él sonrió gustoso, como si le hubiera iluminado el camino a un seguidor espiritual.

Ese día terminó otro capítulo de nuestra vida que se cerraba como un portón de acero impenetrable. Ellos dos partieron entre las cuadras empinadas de Valparaíso. Nosotros nos dispusimos a encontrarnos con el delgado a la salida del puerto dentro de dos días, para salir a aquello que denominaron instrucción. Ya comenzaba a cansarme del mundo y de sus cosas animadas.

III

Por aquel tiempo yo andaba en algunos enredos amorosos con Mirta. Ella era una muchacha de mi carrera. Ni muy bella ni muy espantosa, era un término medio entre la dulzura y la desgracia. Yo siempre me pregunte cuales eran las razones para estar con ella, al relacionarme con su cuerpo y sus particulares problemas, al leerla como un mapa antes de la perdida completa en medio del desierto seco y árido. Es verdad que mi cariño por ella se reducía a recordarla por ciertos minutos a lo largo del día, sólo eso. No era amor lo que me mantenía cerca y adosado como un molusco... más bien era un deseo de no permanecer solo.

Saben, debo ser lo suficientemente honesto como para admitir que en mi vida las mujeres han sido un elemento relativo, digo, relativo en torno a que jamás colmaron mis expectativas de lo que debería ser una mujer para mí, es decir, bajo mis presupuestos estéticos ninguna de ellas copó mi altura. Pero aun así pude encontrar algo que no poseen las minas ricas y esto es un poder, un plus extravagante que solo puede provenir de aquellas mujeres cuya autovaloración no sea alta en lo estético. No se imaginen a las minas que han cruzado por mi camino como mujeres ricas y sorprendentes, nada de eso, la mayoría de ellas han sido hembras en estado de borde, olvidadas de los cánones tradicionales, acostumbradas al exceso vital, a una sobredosis de vida mayoritariamente sobrecargada.

Ninfómanas, amas de casa abandonadas por el macho y en un estado de desolación pocas veces visto, hembras de raza negra,

erotizadas hasta el infinito, tocadas como por un rayo voluptuoso, cocineras en plena guerra, ancianas provistas del ancestral sueño de los hombres, en fin.

Accedí al amor hacia una mujer una sola vez en mi vida, presencié mi decaimiento, fui testigo de mis propios sentimientos, los vi difuminarse en todos esos años pasados. El amor para mí sólo adquirió la forma de la espera, una espera larga y tediosa coronada por la pena y la desesperanza. Pero que va, aun sigo repartiendo flores y recuerdos, riego la tierra cada noche cuando la ciudad duerme. ¿Se puede amar a los muertos? Claro que sí, sólo es otra forma de amor, solo es otra manera de despedazarse, un grado mas sutil de la nostalgia.

Pero estaba en Mirta, mi recordada Mirta que alguna vez escuchará parte de mis relatos:

A ella nadie la conocía, sólo la ubicaban en medio de otras mujeres, la podían reconocer físicamente pero la verdad nadie llegó a conocerla como se debe. En cierto modo era extraña, con una extrañeza lúcida y hasta barbarizante. Podrían verla desnuda con sus tetas monumentales, escucharla gemir como una loca, verla llorar, reír, sentir el aroma inmundado de sus pedos, hablarle y aconsejarla sobre la posibilidad de tratar su ninfomanía, en fin ella seguía sellada como una conserva al vacío. Por más que uno durmiera con Mirta durante prolongadas noches era imposible llegar a conocerla, que digo, jamás la conocí. Ciertamente es que pase bastante tiempo junto a ella y no se quien se hacia compañía, si yo con ella o ella conmigo.

Por esos días yo debía asistir a eso que denominaron instrucción. En particular no tenía conocimiento alguno de como se tenía que enfrentar una situación como esa. Nunca estuve muy de acuerdo con ver las cosas de manera militarizada, pero bueno, si había que asumir por momentos dicha actitud no lo veía del todo errado; en el fondo ejercían cierta seducción. Ser el soldado de una causa es algo que para muchos cautiva. Para mí, en tanto no encontraba las verdaderas causas de mi compromiso, la verdad es que jamás estaría de acuerdo con el delgado en aquello de la patria. Por el momento, como ya lo había dicho, no le discutiría, pero ya

llegaría el momento de hacerlo. Ciertamente, pasaron bastantes años para darme cuenta de lo que me había llevado a ser un miembro del Frente.

Poco a poco el delgado se fue convirtiendo en nuestro superior inmediato, así lo asumimos casi de manera automática. La autoridad es una creencia como cualquier otra y sólo depende de saber reconocer ciertas aptitudes en otros que nosotros no tenemos. Como el Frente era particularmente una máquina de acción, había que reconocer a los hombres que mejor sabían hacer ese tipo de cosas, después de todo era quienes velaban por nuestras vidas cuando la echábamos a correr por la pista del peligro. Fue así como rápidamente escuchábamos muy atentos cada palabra sin discutir ni ponerla en duda. El riesgo a uno lo hace ubicarse en zonas del entendimiento que otros fenómenos de la vida no pueden.

Hay que saber hacer las cosas, repetía siempre el delgado, y seamos disciplinados, aquello era como un rezo axiomático. Vaya, eso sí que había que aprender, sobre todo en mi caso, que jamás había hecho algo que no fuera bajo mi propia manera de realizarlo. Tal vez eso fue una de las cosas que más costos tuvo para mí. Para Lara era lo contrario, fue siempre metódica. Para Barza no había problema ya que con un fundamento político, como lo llamaba él, todas las situaciones cursan por un método claro y preciso. Era una forma un tanto técnica de ver las cosas, y mas tarde lo pude comprobar en carne propia; al parecer todos y cada uno de nosotros era parte de una arquitectura histórica. Una máquina reproductora de experiencias.

La tarde previa al encuentro de fin de semana con el bigotón, el delgado y mis amigos, la pasé en casa de Mirta. Cenamos y luego a ella le bajo su apetito inconmensurable de sexo. Yo jamás le dije que no en situaciones de suyo sexualizadas, independiente de que ella siempre era la que proponía e insinuaba, además poseía un atractivo tan poderoso que era imposible negarse de antemano. Aquella noche no paramos de revolcarnos furiosamente entre las sabanas y sus aullidos. Jamás quedaba en paz o satisfecha, siempre deseaba más y más, y mi mermado físico terminaba simulando ser un completo

muñón inservible en manos de la desidia. Yo debía estar el sábado muy temprano para el encuentro.

A la mañana siguiente desperté a tiempo, lo suficiente como para darme una ducha y tomar un café. Apenas abrí los ojos me di cuenta que tenía encima medio cuerpo de Mirta, trate de no despertarla ya que conocía lo que ella denominaba "una mañanera" que significaba que me dejaba atrapado entre sus seducciones para finalizar como era costumbre.

Me moví suavemente para no dejar rastros de mi partida pero ya era tarde. Ella abrió los ojos como nunca, clavados con una entonación carnívora y voraz, capaz de fagocitar cualquier cosa animada.

–¿Adónde vas? –me preguntó.

– Tengo que trabajar –le respondí con urgencia.

–¡Pero si tú nunca has trabajado! –repuso al tiempo que bajaba sus manos por entre las sábanas.

–Mirta, tengo que irme con urgencia, no puedo quedarme, volveré el domingo y nos encontraremos –le dije con un tono algo seco y cortante.

Ni siquiera había terminado de decir aquello y tenía a Mirta entre mis piernas succionando como una loca.

–Basta –le grité con fuerza–, debes controlarte Mirta.

Ella me mira con los ojos heridos y confusos. Se ordenó el cabello y dispuso levantarse. No me respondió nada, su silencio ya era una respuesta de ira y enojo. Luego me dijo.

–Estás extraño Vasco, es primera vez que me dices que no, en algo andarás, ya lo he notado en tus ojos.

–Qué dices Mirta, solo tengo trabajo...

Salí de la casa algo confundido y arrepentido por el trato que le había dado. Es verdad, ella no podía responder por mi nerviosismo e indecisión, ni menos aun por mi futuro que lentamente se ennegrecía como el ojo de una tormenta sin rumbo. Me fui caminando y pensando. Revise mis bolsillos y constate que tenía 300 pesos y algo mas, iba con un abrigo en mi mano y vestido como todos los días, ni

siquiera con algo para comer, lo justo siempre a mano, era mi dicho, cosa que más tarde se me hizo un mal y ponzoñoso hábito de vida.

Había quedado de juntarme con Barza y Lara para que llegáramos juntos al lugar del encuentro. Tomé el microbús que a esa hora iba casi vacío porque era sábado. Me senté en el último asiento, pegado a la ventana.

A esa hora de la mañana los cerros de Valparaíso se notan algo olvidados, alejados de ruido y personas, mas aun sí el día esta nublado, pero en rigor es un olvido pegajoso que hunde las calles en los desperdicios del día anterior como si esos pequeños rastros fueran la identidad de los próximos que vendrían a pisar esas calles. Después de todo, Valparaíso tiene un aire desmejorado y algo turbio, un aire como de poco tiempo, de pocas cosas y mucha gente, demasiada creo yo para tan renombrado trozo de tierra a la orilla del mar.

El microbús recorrió alrededor de una decena de cuadras y me apreste a descender. En la esquina de la calle se veían Lara y Barza, ambos nerviosos y con bolsos pequeños en sus manos. Barza calzaba botas negras como las de los militares y una casaca en su mano, Lara se veía con un grueso chaleco artesanal y sus manos en los bolsillos. Yo llevaba algo de retraso, pero no era demasiado. Me acerque a ellos saludándolos.

—Menos mal llegaste, ya estábamos por irnos —me dijo Barza con enojo.

Más allá de que Barza era responsable me pareció que estaba completamente posesionado de su nuevo rol conspirativo. Las personas se comportan de manera extraña cuando adquieren una representación ante los demás, es como si fueran otros y olvidaran que uno los conoce a profundidad, que uno sabe el momento de sus debilidades o de sus pequeños despojos. Pareciera que los atacara una convulsión teatral por parecer otros. Adquieren modulaciones de voz, movimientos que les son ajenos y que solo son el estereotipo de una época para ejecutar su nuevo papel arriba de un escenario imaginario.

Lara sólo me miró y no dijo nada, luego sonrió y me dio la mano junto a un cálido beso en la mejilla,

– Te ves espantoso –repuso con burla.

–No lo dudo Lara, no lo dudo –respondí con cansancio.

A veces Lara era extremadamente tierna y agradable, más bien me atraía en ciertas ocasiones pero no podía dejar de verla como una amiga demasiado cercana, tan cercana que podía confundir todo sin que ella lo notara en demasía.

Nos fuimos caminando hacia el lugar sin hacer mayores comentarios de nada. Quizá estábamos un poco nerviosos ya que en buenas cuentas no teníamos idea a lo que íbamos. ¿Qué podía manejar cada uno de nosotros? Solo antecedentes corridos en la boca de muchos, leyendas y nada más que eso.

Teníamos curiosidad por lo que vendría a corto plazo. ¿Conoceríamos el gran arsenal de estos hombres sublevados? No nos imaginábamos otra cosa sino grandes recursos bélicos y humanos, imaginábamos a nuestros instructores como tremendos hombres vestidos en tono de combate y con grandes insinuaciones rudas, curtidas por una guerra inimaginable, certeramente serios y casi sin facciones, hombres, para decirlo bien, dispuestos a morir sin decir nada, solo con la obsesión de una idea legitimada por ella misma y su tiempo.

Al llegar al lugar señalado divisamos desde lejos al delgado, que en ese momento solo era el delgado innominado. Se encontraba al centro de otros jóvenes, al parecer tan ineptos como nosotros, al menos eso dejaban notar con sus aspectos y sus sonrisas recurrentes. Eran alrededor de seis personas, dos mujeres y cuatro hombres, mas el delgado y luego, casi al tiempo que nosotros llegábamos, se sumó el bigotón.

Barza se acercó al delgado y habló en voz baja con él, luego se acercó uno bajo y gordito con aspecto de oficinista subvencionado para luego acercarse a los otros seis. Demasiados movimientos, demasiadas conversaciones casi detectivescas, yo no entendía mucho y miraba a Lara para ver si podía alumbrar alguna hipótesis de lo que ocurría pero no me decía nada, al parecer estaba tan

colgada como yo. Barza terminó de hablar con el delgado y se acercó a nosotros.

—Está todo listo —nos dijo, como si ya fuera parte de los planes organizativos de todo ese festival—, en cinco minutos pasa el microbús para Quilpué.

—¿Quilpué? —pregunté con asombro.

—Sí ¿cuál es el problema?

—Ninguno —dije—, solo me imaginaba otra cosa que ir a instruirnos a la mejor ciudad dormitorio de la Quinta Región.

El microbús llegó y subimos todos los futuros conspiradores. Cada uno portaba un bolso de mano, no me imaginaba que podían llevar en ellos. Las armas, pensé en un momento, pero eran demasiado pequeños y mi idea de armas superaba aquel tamaño miserable. El microbús iba algo repleto con trabajadores que a esa hora se dirigían a sus moradas, luego de la jornada en Valparaíso, lo que imposibilitó que muchos tomáramos asiento. Para mí era urgente descansar aunque fueran diez minutos y cerrar los ojos de manera constante era un imperativo vital para poder concluir la actividad que estaba asumiendo. Lara alcanzó a sentarse y alrededor de cinco más de los que ya tenía reconocidos como conspiradores también lo hacían. Todos ellos se veían contentos, bromeaban sin cesar y cantaban canciones deprimentes como si fuéramos una congregación religiosa en camino a un santuario espiritual.

Barza iba a mi lado al vaivén del movimiento del microbús. Yo lo miré con asombro como queriéndole decir: que mierda hacen todos estos dementes. Él me miró y al parecer intuyó lo que le decía con mis ojos. Se acercó a mi oído a una distancia considerablemente pequeña y dijo:

—Hay que simular que somos un grupo de feligreses a un retiro espiritual.

—¿Y para qué? —le pregunté con una sonrisa algo terca.

—Para que no nos controlen los pacos.

—Pero si no veo ninguno —dije mirando el contorno de la gente y cada asiento del microbús.

—Con la gente común y silvestre también hay que conspirar, recuerda que llevamos armas en los bolsos.

Cuando me dijo aquello comenzó mi búsqueda desesperada por encontrar un miserable rastro o pista de quienes serían los portadores del armamento. Busqué con esmero en cada gesto y en cada mirada, pero sobre todo en cada paquete transportado por los participantes. Pero nada, al menos que sólo fueran pistolas, nada me hacía pensar que llevábamos una verdadera arma en nuestras manos. Yo pensaba y creía que la guerra a un Estado se debe hacer con armas de verdad y para mí las armas de verdad eran aquellas que superaban los diez centímetros de largo, o si no aquello no era una verdadera confrontación y a lo sumo se convertiría en una escaramuza de dementes fanáticos.

Recorrimos cerca de media hora y nos bajamos a la entrada de un camino de tierra. Comenzamos la caminata con el bigotón a la cabeza y todos nosotros tras él como buenos seguidores de la ruta del señor.

Recuerdo caminar, caminar y caminar sin llegar a ningún lado. Cada media hora nos deteníamos y descansábamos a la orilla del camino. En un momento el bigotón hace una seña para que lo sigamos por un sendero alternativo al camino principal. Yo ya no tenía fuerza alguna para seguir en medio de ese desolado paisaje campestre. Maldije a Mirta mil veces y a su puta ninfomanía que me estaban dejando en la ruina física, aquello no tenía sentido, yo, un muchacho de veintiún años ya no podía seguir caminando por causa del apetito furioso de una hembra que lo único que sabía era fornicar y fornicar sin otro objetivo que no fuera el desnudo placer.

En ese momento y en mi silencio de caminata, porque la verdad no tenía ganas de conversar con nadie, pensé en cortar definitivamente mi relación con Mirta, eso ya no podía seguir, pensé. Y poco a poco me fui enmierdando con todo el mundo. Me preguntaba que puta estaba haciendo ahí. Apenas salga de este paseo inútil me voy, comencé un monólogo inmundo. Me retiro de esta aventura que de segura me matara porque nadie dura mucho en desigualdad de condiciones, cualquiera ellas sean, materiales a

políticas, ideológicas, morales; a la mierda con todo, sí, apenas acabe me voy de aquí y que ellos sigan con sus cosas, a la mierda con el delgado y su inmundia patria, sí, que los pueblos enteros sufran su propio destino que posibilitaron mientras miraban las nubes pasar, por que tengo que hacerme parte de verdades que no me corresponden, sí, eso, a la mierda con todos y cada uno de estos aprendices de saboteadores en pañales, yo no seré parte de esta locura que de seguro terminará en una catástrofe.

La verdad ya no sabía qué pensar, permanecía confundido ante todo ese cansancio inútil que destrozaba mis pies y mi orgullo urbanizado, espantoso y laberíntico. Levanté la cabeza y vi al bigotón que se detenía en medio de unos árboles, habíamos caminado casi todo el día sin comer absolutamente nada, estaba oscureciendo y yo era un andrajo sin voluntad ni poder de decisión.

—Aquí está bien —le dijo el bigotón al delgado que miraba al gordo con aspecto de empleado público.

—Sí —respondió el gordo.

El delgado no opinó nada y aceptó en silencio. A nosotros nadie nos consultó nada por lo que supuse que éramos los últimos de la lista, pero bueno, no pretendía objetar nada con tal de descansar y probar algún bocado.

Me senté al lado de Lara que estaba tan cansada como yo pero se notaba bastante mas entera. Barza permanecía al otro lado de Lara fumando un cigarro. Comencé a notar que todos tenían bolsas para dormir y las sacaban de sus empaquetaduras para acomodarlas en algún sitio, incluso Lara y Barza también contaban con ellas. Me comencé a sentir desnudo y un fuerte remezan de frío me vino de pronto. Me sentí a la intemperie, enflaquecido y tonto, por que no pensé en eso, me dije, ahora me congelare en la noche, que mierda, ya tengo demasiado sueño para pensar en dónde voy a dormir.

El bigotón se puso delante de todos nosotros que en aquel momento formábamos un círculo, y antes que cualquiera probara bocado nos dijo con su voz fuerte:

—Bueno compañeros, han llegado al lugar de la primera escuela "Manuel Rodríguez". De ahora en adelante habrá una disciplina que

nos permitirá afrontar con éxito nuestro desafío. Las clases comenzaran hoy en la noche y terminaran el domingo por la tarde, el responsable de la escuela soy yo, el segundo es él (apunta con su dedo al delgado) y el tercer responsable es el (con su otro dedo apunta al gordo); además seremos sus instructores, ahora el compañero les dirá el itinerario que hemos programado para la jornada.

Todos seguimos con la mirada al bigotón que acababa de hablarnos, se dio media vuelta y prendió un cigarrillo perdiéndose entre los árboles.

—Compañeros, compañeros —reiteró el delgado a quien nadie tomaba en cuenta.

Al parecer los demás del grupo lo conocían y se habían formado la misma opinión que nosotros, en suma, el delgado ya estaba completamente desprestigiado ante aquellos nuevos retoños del horror.

—La organización de nuestra gloriosa escuela de combatientes tiene como objetiva entregarles de manera parcial un conjunto de herramientas teórico-prácticas para que su desarrollo en las filas del Frente este a la altura de los hechos. Para ello definimos lo siguiente.

De ahí en adelante el delgado se deshizo en una maraña de horarios y definiciones a las que nadie prestaba ninguna atención, nadie anotaba y algunos lo tomaban como un administrador de colegio nocturno. Mire a mi lado y sentí un poco de vergüenza por Barza ya que era el único que anotaba con esmero y dedicación. Vaya, pensé, a mi amigo se le están dando vuelta las cosas. Lara me miró de reojo y creo que en ese momento pensó lo mismo que yo. Más tarde el guatón nos indicó juntar todos los alimentos que traíamos, así se produjo una verdadera fiebre de solidaridad y amistad, salvo yo que no tenía absolutamente nada para compartir más que mi propia y voraz hambre. Parece ser que se estaban creyendo aquello del retiro espiritual, ya que reinaba un profundo ambiente de amistad religiosa.

Ya comiendo cada uno en su propio grupo me puse a mirar en medio de la noche a los de más integrantes de tan peculiar caravana.

Me fijé en dos que permanecían comiendo bajo un árbol y que reían a cada momento al parecer de todos nosotros ya que miraban y luego venían sus risas. Me fijé bien en ellos y me di cuenta que los conocía o mas bien los ubicaba de la universidad. Uno estudiaba educación física, siempre lo había visto con ropas deportivas, el otro según lo que recordaba, estudiaba filosofía o algo así, recuerdo aquello porque lo había visto en esas densas discusiones que se armaban en los pastos de la universidad acerca de temas tan inútiles como atractivos, lo había notado en una oportunidad que acompañé a Barza a discutir, Recuerdo que me dijo: Vasco, acompáñame a destrozar a unos cuantos pretenciosos. Aquella vez se fue a burlar de todos ellos, confundiéndolos con conceptos irreconocibles y tan absurdos que no podían tener ninguna interpretación posible, pero sin embargo todos callaban dejando hablar a Barza como si fuera el nuevo padre del pensamiento occidental. Fue ahí que lo vi y me llamó la atención por su silencio y su cara de sarcasmo ante los demás, al parecer era el único que mas o menos sabía que Barza lo que hacía era blufear como un energúmeno racional y complejo,

Lo más singular es que lo dos se parecían bastante, en un momento llegué a pensar que eran hermanos, con el paso de los años llegue a conocerlos bastante bien, Sin pensarlo demasiado en aquella jornada se estaba viviendo algo importante para muchos de nosotros que seguimos en ese cuento por muchos años...

La violencia camaradas, es una pelota con muchas caras, cuando se le utiliza se debe estar dispuesto a soportar sus contracciones. Es un perro de mil colmillos dispuestos desordenadamente. Algunos han querido sistematizarla mediante leyes, descubrir su orden interno, fragmentarla en partes administrables, verle su racionalidad, su economía, la instrumentalización Con fines determinados por el tiempo. Utilizamos la violencia, la ejercimos contra los invocadores de ella. Moralizamos nuestra violencia, le inventamos una legitimidad, con ello, también, tratamos de domesticarla, Le dimos un apellido, acariciamos al perro de mil colmillos, se los afilamos. Le hacíamos cariño cada atardecer.

No perdimos tiempo en entenderla ni analizarla, ver su pequeña genealogía, su vuelo rapaz de perro alado, nos condenaban al infierno por ella, desayunábamos con satanás y sus criaturas. Soñábamos el porvenir, nuestras vidas proyectadas, éramos videntes. Por ejemplo, yo soñé todo mi futuro en una noche, mientras dormía vivía mi vida en otro tiempo; lo que vendría no sería sino solo cuestión de espera, Nos sabíamos, teníamos conciencia, frágil y astillada, de como serían cada uno de nuestros días, vivíamos por anticipado. Con el porvenir en nuestros bolsillos, en nuestras pistolas, no dejamos de intranquilizarnos. Acabamos con unos cuantos rufianes, los dejamos tendidos en el piso del gran Santiago. La prepotencia se les devolvía, queríamos acabar con todos ellos pero no pudimos, cuestión de tiempo simplemente. Una época. Nos dimos la posibilidad de determinar el final de sus vidas.

Ahora vean, tal vez me estén mirando y escuchando con una sutil sensación de asco, tal como intuyo que me observa el mozo de este bar mientras se me acerca con la tercera botella de cerveza, El no tiene ni la menor idea de quien soy y a quien he matado, empero, su asco es evidente. Camina despacio, pausado, tiene todo el tiempo del mundo, yo lo miro y no tiene idea de lo que hablo en silencio, en el gran vacío de mi cabeza. Deben entender que a la tercera cerveza nadie esta impune a sentir súbitos deseos de mear, es por ello que me estoy levantando en estos precisos momentos, Dejo al mozo a mitad de camino, me mira, lo miro de reajo, se detiene dudoso, cree que me voy y lo dejo perro muerto. Me detengo y le hago una seña para que deposite la cerveza en mi mesa. Tal vez ya sea hora de irme, es viernes y yo debo seguir con mi labor para mantener el espíritu, a fin de cuentas soy como todo el mundo, a mi pesar, y debo admitirlo.

El baño esta a un costado de mi mesa de solitario bebedor, no me cuesta mucho pasar por las otras mesas, me empino al pasar para no tocar a los demás. Llego al baño y meo profusamente, un alivio. No me lavo las manos, me remojó la punta de los dedos con agua fría, al fin y al cabo sólo tomo mi aparato con las puntas, lo demás sería un derroche de energía.

Me miro al espejo, en sus esquinas ya no da la posibilidad de mirarse, esta demasiado viejo. Me humedezco el pelo, mis ojos ya no son los mismos, como que se cayeron o los parpados se fueron agotando, ya no brillan. Mi cara es más delgada y también la noto mas seca. Una vez un camarada me dijo que no debíamos esperar a ver el nacimiento de nuestras arrugas y acumular nuestras visiones en sus canales, había que morir de una sola vez sin sentir como acabábamos de cansados y viejos. No lo tomé en cuenta, estaba demasiado ocupado en no querer morir jamás. Luego las cosas fueron cambiando y quise morir con todos, pero ya era tarde. También Óscar, un viejo hermano, dijo algo parecido, murmuró que pasado el tiempo de la fatiga no pudo encontrar un verdugo a su altura y tuvo que seguir el pesado camino de la normalidad.

En fin, me siento nuevamente, hago a un lado el vaso, tomo directamente de la botella, es una buena técnica sicológica, productiva, ayuda a quitar la sed con mayor potencia. Pero que digo, si ya no tengo una onza de sed, bebo por instinto, por aburrimiento, el alcohol me ayuda a hablar correctamente, recuerdo con mayor precisión; todos los viernes hago este pequeño ritual, es como seguir un poco vivo con los que ya no están y con los que están pero en otros lados de este mundo. Ah, un melancólico que se recuerda todos los viernes a sí mismo...

Aquellos dos que les mencione no estaban solos, venían con uno de aspecto desquiciado muy parecido a Freddy Mercury, el vocalista del grupo Queen, por sus movimientos impulsivos y sus grandes ojos abiertos. Le decían simplemente "Loco". Al parecer ellos llevaban un poco mas de tiempo que nosotros tres ya que tenían su propia estructuración y el "Loco" era el responsable de estos otros dos que parecían hermanos y se reían de todos. Era un tipo alto y atlético, se veía simpático, no así sus dos amigos que más bien proyectaban una imagen de autosuficiencia. Me atreví a catalogarlos así, y con el tiempo las cosas cambiaron o al final fui yo el que comenzó a cambiar definitivamente, sobre todo por haber estado más cerca de aquel Loco.

Los otros eran también tres pero con la diferencia que había dos mujeres con un tipo. A ellos sí que no los había visto en ningún sitio, tal vez ni siquiera eran de Valparaíso. Ellas eran de pelo negro similar a la época de los sesenta, largo y brillante, tenían la presentación de las chicas que aparecían en la revista Novedades u otras y eran del estilo vedettes pero con un poco más de recato. El tipo era un hombre normal, de cabello oscuro y mediana estatura, que a cada momento movía sus manos fregándolas como si todo el tiempo hiciera un frío polar. Con ellos casi no hable en esos días; tres años después lo vi en una foto en el diario, tumbado en una calle junto a una poza de sangre y una pistola. Con el tiempo me cansé de ver ese tipo de fotografías ya que siempre estaba encontrando a algún conocido. La verdad no me era del todo agradable reconocer a la gente semidespedazada sobre el pavimento.

Pero bueno, la noche fue cayendo en el campamento de insurrectos a medias y el sueño me atrapó completamente, Caí al lado de un árbol y permanecí en un estado semiinconsciente. En un momento comencé a sentir que todos se despertaban por la mano indeseable del delgado. Que mierda es esto, me pregunte con espanto y mucho sueño. No podía creer que nos estuvieran despertando a las dos de la mañana para comenzar las actividades. No lo podía creer, ni menos aun mi sueño y cansancio. Me levanté con ganas de vomitar, con un profundo odio a todo eso. La verdad, el odio que había sentido mientras caminaba volvía a renacer tan dúctil y armonioso como en un principio, pero esta vez redoblado en indignación.

No habían pasado ni cinco minutos y todos estábamos de pie, despiertos mirando al delgado, que esta vez se veía completamente transformado. Esto es una pesadilla, me repetía constantemente, no lo podía aceptar. Ahí estaba el delgado vestido con un quepis y una casaca militar enfrente de nosotros. En medio de la oscuridad traté de ubicar a mis amigos, pero imposible, aun yo dormía. Miré a mi lado y me encontré con los dos que ubicaba de la universidad. El delgado estaba hablando no sé qué cosa y comencé a escuchar los

murmillos de estos que se burlaban del delgado y su nuevo look "guerrillero".

Empezamos a hacer ejercicios a esa hora de la madrugada. Corrimos, saltamos, nos arrastramos como unos verdaderos gusanos, sudamos y yo nuevamente no podía dar un paso más. Estuvimos en aquella dinámica alrededor de media hora. Terminé como un guiñapo, sucio, derrotado y miserable.

Luego nos sentamos ya que supuestamente habíamos terminado esa etapa peculiar de preparación física para calentar el cuerpo. Lo único que se me había calentado a mí era el odio que no había dejado de sentir con todo el mundo y sobre todo contra los que mandaban el campamento. En fin, nos sentamos y el bigotón se acercó y abrió uno de los bolsos. De él sacó cuatro pistolas. Para mí todas eran iguales y tan desconocidas que no había diferencia. Después supe que eran dos revólveres y dos pistolas. Partió por señalarnos los elementos básicos de un arma de fuego, sus métodos y fundamentos físicos, para luego pasar a la parte práctica del asunto. Aquello me entretuvo un momento ya que las desarmamos en varias oportunidades y las volvimos a armar. No recuerdo ni los modelos ni las marcas. En todo caso jamás preste demasiada atención a esos detalles técnicos. Yo me preguntaba dónde estaban las armas de verdad, aquellas para hacer la guerra, porque con estos andrajos metálicos a lo sumo nos prestaríamos para el ridículo histórico. Vaya cuanto tiempo tuvo que pasar para ver en mis manos un arma de verdad.

En esa parte nos demoramos alrededor de dos horas ya que a algunos les costaba asimilar. Nos dimos un descanso que sirvió fundamentalmente para intercambiar con otros "retoños". Así fue que me acerqué a esos dos que ubicaba. Con recto caminar me fui aproximando al lugar que tenían ya como su pequeña guarida.

—Hola —les dije con una sonrisa satisfactoria.

—Qué tal hermano —me respondió uno de ellos.

Imaginé que lo de hermano era un modismo, pero luego me di cuenta que era la manera de llamarse en esto.

—¿Hermano? —le respondí con curiosidad.

– Te parece mal.

–No, sólo me parece que esto de la congregación religiosa es verdad.

–Es una manera de estrechar mejor la relación entre los que futuramente vamos a morir –me respondió el estudiante de educación física y que hasta el momento solo miraba a su amigo.

–¿Morir? –repliqué.

–Sí, o acaso pretendes durar toda la vida en esto –me respondió, sonriéndole al otro.

–La verdad no pretendo morir en ningún momento.

Ambos se rieron a carcajadas, al parecer ya les estaba sirviendo de material para sus burlas por lo que me dispuse a salir de ahí cuanto antes. Yo se como son estos tipos, si uno no los detiene a tiempo ya no hay nada que los detenga. Estaba por marcharme y se me ocurrió cambiar el tema y llevado a un sector mas reconocible.

–¿Ustedes son de la universidad, no? Al menos los he visto ahí. Ambos se miraron con seriedad y guardaron un silencio devastador para luego mirarme con desprecio.

–¿Acaso no te han dicho que no hay que descompartimentar el trabajo ni menos aun las relaciones personales? –me respondió el filósofo.

–¿Descompartimentar? Que mierda es eso.

Yo imaginé algo así como abrir un compartimento, claro, el bigotón nos había dicho algo al respecto sobre lo que no hay que decir y lo que se puede decir.

–Hablar mas de la cuenta mi amigo, sólo eso y lo digo por la seguridad de todos, incluso la tuya.

Pero que mal había que yo les dijera que los conocía, lo mas seguro era que ellos también me conocían dentro de la universidad. Todo eso me parecía demasiado ridículo y sobreactuado. En general yo era un tipo reservado y no andaba clamando lo que hacía, pero eso lo entendía bajo el parámetro de aquellos que no pertenecen a esto, como el caso de Mirta a la que en ningún momento le había dicho o mencionado algo y no pensaba hacerlo tampoco, pero con

ellos, que estaban en la misma violación de las leyes que yo, la verdad no lo entendía, lo repito, no lo entendía.

En fin me alejé de aquellos dos. Cuando iba caminando uno me llamó por mi sobrenombre. Me di vuelta y ambos me sonrieron. Yo reí como queriéndoles decir que eran unos hijos de puta. Cuando comenzábamos la tercera ronda de la escuela se acercaron y en silencio me dijeron que se llamaban Joaquín y Ramiro. Como ya lo señalé, con el tiempo los conocí verdaderamente.

Hasta ese momento yo me había movido solo, no me acercaba ni a Lara ni menos aun a Barza que todo el tiempo se la pasaba con los tres responsables de la escuela. Sabía de dicha situación de alejamiento de Barza y su nueva representación, pero esperaba que solo fuera cosa de tiempo, ya sabía que vendría nuevamente tal y como lo conocía.

Al amanecer empezó lo más ridículo para mí, esta vez el instructor era el panzón de pequeña estatura. Primero nos habló cerca de media hora sobre la guerra de liberación de Vietnam, que sus técnicas, que su ejército, que su estrategia y táctica y cuanto era lo que debíamos aprender de ellos. Yo en particular pensaba que nada debíamos aprender de ellos. Qué cosas, la situación era diferente, completamente diferente tanto en la geopolítica como el contexto. Pero en fin el gordito era una especie de adalid de aquellos indochinos bajos y esqueléticos. Luego vino lo más demostrativamente increíble. Aprender las técnicas de desplazamiento nocturno y bajo fuego. Así fue como nos lanzaron a todos al suelo húmedo y frío de la mañana de Quilpué para reptar en extrañas contorsiones y silencios. Que buscar minas, que penetrar campamentos, que mimetizarse con barro, que las fuerzas especiales. Caminábamos todos en fila haciendo un esfuerzo sobrehumano con nuestras piernas y brazos sosteniendo ramas secas simulando ser fusiles. Vaya, era toda una esquizofrenia eso. Yo no me podía imaginar haciendo aquellos desplazamientos por el centro de Valparaíso o tratando de penetrar alguna comisaría mientras todo el mundo te estaba viendo. Al parecer muchas cosas me quedaban por comprender en esto de la lucha irregular y hasta el momento

aquel desconocimiento sólo lo podía llenar con el ridículo. La verdad hasta el día de hoy no entiendo porque nos enseñaron eso, jamás lo llegue a necesitar. Era como lucir una medalla bajo un impermeable.

Terminamos aquella mañana, lo que quedó de la jornada se fue en charlas de los instructores acerca del origen de todo eso, el Frente, su nacimiento y bajo que condiciones, en suma, sólo palabras y palabras. Yo simplemente aproveche ese tiempo para descansar y dormir un poco y así juntar fuerzas para la retirada, no podía más.

Al atardecer partimos de vuelta de aquel rito de iniciación militante. Sufrí tanto como de venida, maldije a los mismos sujetos que anteriormente había anatemizado con furia y desenfreno, estaba aburrido y desesperado, pero en el fondo algo satisfecho por lo que había aprendido, seguramente de algo me serviría.

Llegué por la noche a mi casa, casi inconsciente, abrí la puerta y me tiré sobre la cama, ni siquiera comí, era primordial mi reposición corporal, en esos casos el apetito sólo funciona para no perder la identidad.

IV

El lunes por la mañana me encontré con Mirta en los patios de la universidad. Tenía un libro entre mis manos que acababa de sacar de la biblioteca. Ella llegó algo molesta ya que no me aparecí el domingo por su casa. A esas alturas ya se me había olvidado todo mi odio y mas aun había desechado la idea de acabar con ella, en el fondo era la única persona a quien en cierto sentido le importaba, al menos eso era lo que creía.

Mirta trabajaba en una oficina de administración de la universidad apenas terminaba sus clases. Se mantenía por sí misma y eso era un avance sustancial, no dependía de nadie aunque no es necesario recibir dinero de otro para hacerse dependiente, ella, si no hubiera tenido aquel trabajo seguía igual siendo independiente. Tal vez su única dependencia era su sexualidad titánica.

– Te estuve esperando, Vasco de las remilputas.

–No pude Mirta, era un estropajo, ni siquiera podía caminar como un hombre erecto.

–No me vengas con tus inmundas explicaciones, quedaste en que nos veríamos el domingo y no cumpliste.

–Bueno, bueno, basta de enojos, la cosa es que no pude y ya.

Mirta me miró y sonrió, al parecer todo era una broma, luego se sentó a mi lado con su cabeza apoyada sobre mi hombro.

–Sabes –le dije– puedes llegar a ser tan dulce que hasta me olvidaría de todo.

—No mientas ¿que lees? —dijo, con sus ojos predispuestos hacia el vacío. Le mostré la portada del libro y comenzó a reír.

—El título de tu libro se parece a tu cara y actitud, ¿no lo crees? Era un libro de Onetti, "Juntacadáveres". Sonreí y la mire para decirle que eran cosas diferentes.

—Si, pero pareces un muerto o mas bien un zombie que anda buscando algo.

Después de un rato nos paramos para salir a buscar algo de comer al casino. Me tomó la mano y caminamos tranquilamente hasta que llegamos al gimnasio y pasamos por la puerta semiabierta del camarín de hombres. Un momento, me dijo, al tiempo que asomaba su cabeza hacia adentro. Mientras tanto me quede mirando hacia la cancha donde jugaban unos cuantos. De pronto me tomó la mano con violencia y me arrastró hacia el interior cerrando la puerta por dentro.

—Qué es esto Mirta —dije asombrado.

—Me debes una infeliz, contesto e inmediatamente comenzó a sacarme la camisa al tiempo que me besaba furiosamente.

Por aquellos días yo era un subhumano sin un ápice de voluntad, carente de las normas elementales de la negación ante los peligros de esta vida. Ya estaba conociendo a Mirta, lamentablemente cuando uno llega a conocer de verdad a las personas comienza el derrumbe hacia el abismo y ya nada volverá a ser como al principio.

Incómodamente terminé fornicando como un marginal que acaba de salir de prisión. Perseguido y maniático, al borde del "delirium tremens". Así era Mirta, impredeciblemente caliente y desbordada.

Salimos de aquel espontáneo antro sexual en el cual ella se había saciado conmigo. Mi cara de estropajo iba en aumento y ya nada la detendría, salvo un horror superior a mi conocimiento mundano. Llegamos al casino y Mirta ordenó dos almuerzos con suficientes dosis de leche, el alimento era mi única salvación en aquel momento.

Almorzamos en silencio como quien se fuma un cigarro luego del apareamiento. En un momento Mirta se levanta en busca de agua y aparece Barza con una ruma de libros en sus brazos. Lo miré sin mayor animo, sus últimas actuaciones me estaban cansando, sobre todo su relamido orgullo.

—¿Qué tal camarada? —me dijo con un ánimo de oro.

—Veo que estás retomando a los clásicos —le respondí con burla.

—Así es, sin estudio la revolución se trunca —me replica en voz baja.

—Mmhh.

Luego me hace a un lado para salir de la cercanía de Mirta, que nos quedó mirando algo extrañada sin dar más importancia al asunto.

—Bueno, eso no es lo que vengo a comunicarte. Ayer cuando te fuiste me quede un momento con el bigotón y concertamos una reunión para el miércoles.

—¿Dónde?

—Donde siempre, en casa de Lara.

—¿Y para qué?

—Al parecer nos han encomendado una misión.

—¿Misión?, consulté con espanto y algo de risa.

—Sí, al parecer va a haber una jornada aquí en Valparaíso y nos han pedido nuestra cuota para ello.

Mi estómago se destrozó en décimas de segundos, mi rostro cayó aun más y mi ánimo quedó completamente aniquilado. Además aquello de misión me sonaba a algo como tomarse la guarnición naval con una navaja en la boca y una huincha en la frente para luego salir disparándole a todo el mundo.

—Bueno —le dije—, ¿a que hora en casa de Lara?

—A eso de las tres.

—No puedo, tengo un examen a esa hora.

Me miró con espanto diciéndome que la reunión estaba primero que los estudios, que recordara mi compromiso. Por un

momento pensé estar escuchando al delgado, casi como si lo tuviera enfrente de mí alegando y adornando su bella patria.

–Bien, entonces lo aplazaré.

–Así está bien –me contestó.

Se marchó en busca de Lara para avisarle lo mismo, en tanto llegó Mirta, yo ya no tenía deseos de nada, ni siquiera de tenerla en frente.

Aquel día lunes me quedé mirando el techo de mi habitación durante cuatro horas en las cuales no pensé absolutamente nada.

V

Sólo se puede entender la vida viviéndola, pero en algunos casos ni siquiera aquel presupuesto nos basta para poder saber que hacemos y por que lo hacemos. Muchas veces nos ornamos de causas y creemos certeramente que eso es lo único que valida nuestra vida, conjugándola en un concierto con otros hombres que supuestamente también saben su último fin. Nadie lo suficientemente honesto podría decir que las cosas que hace son el verdadero reflejo de sus deseos, nadie lo suficientemente alejado de los juicios normales entiende por que hace lo que hace, en definitiva nadie sabe absolutamente nada. ¿Sus requerimientos fundamentales? Alimentar el cuerpo que lo moviliza, sexualizar la vida por completo, en suma, la sensación de estar vivo es la única razón y fundamento de todas las inanidades que realiza mientras goza de su estado constante.

El miércoles el delgado discurrió en el escenario político, la incidencia de un elemento catalizador para la movilización popular y muchas otras cosas mas. Nos relató una breve reseña de los pilares estratégicos de lo que supuestamente era el eje ordenador del accionar del Frente. Aquello era la Sublevación Nacional como el único método posible para derrotar a la dictadura. Según lo que pude entender era algo así como "un todos juntos ahora de la mano y sonrientes" toda su patria en la calle, todo su pueblo pidiendo y combatiendo. ¿Y todo por qué? Porque nosotros lo habríamos de posibilitar de esa forma. Según el delgado todas las formas de lucha eran validas para ello, desde un pedo hasta la bomba atómica. No sé,

a mí me parecía algo iluso, ¿qué me dictaba aquello? Nada más que la nociva intuición. Entonces para mí el ejército de hambrientos ya era cosa de mi imaginación. Era pues, todo Chile buscando el gol. Trate de imaginar dicha situación pero me fue imposible, no podía concebir o ficcionar aquello, el solo hecho de pensar a todo el mundo en ésa me resultaba repulsivo y a la vez deprimente. Una revolución, pensaba yo, era cosa de los hambrientos y los insatisfechos, de los aburridos y marginados. En suma era un problema del estómago y de la cultura.

Más tarde comencé a comprender quien estaba tras todo eso y pude entender el origen de dicha ilusión infantil en la cual estábamos todos metidos hasta las venas. Yo jamás fui comunista ni nunca pensé en haberlo sido, pero me espante por quien estaba administrando la historia por aquellos días. También, lo digo de verdad, conocí el trasfondo del delgado.

Permanecíamos solo los tres con él, esta vez el bigotón no apareció. En medio de la conversación salió lo que debía tocarnos a nosotros en aquella jornada de operaciones. Debido a nuestra inexperiencia en este tipo de cosas, el delgado señaló que nos acompañaría a nuestra futura carnicería.

—Será cosa fácil —dijo— lo que haremos esta enmarcado en lo que nos corresponde como estructura regional de la Quinta. Habrán otras cosas en Santiago y Concepción, es por ella que el aporte en esto es fundamental para el éxito.

¿Qué debíamos hacer? Nada más y nada menos que incendiar un microbús urbano. Vaya, a mí se me encendieron los ojos con el solo hecho de escuchar la palabra arder en llamas. El delgado nos explicó como hacerlo y una breve técnica para ello. Que horror, mi estómago se estaba desintegrando nuevamente.

Así llegamos al dichoso día viernes de aquella semana. Antes nos dimos a la labor de encontrar un recorrido del microbús que caería en nuestras garras piromaniacas no sin antes planificar quien haría que y por donde saldríamos en una carrera desenfrenada para huir del lugar del crimen. Los días previos fueron una aventura.

Ahí estábamos los tres en nuestros nuevos roles de sublevados. Para los propósitos delictuosos contábamos con el combustible, eso estaría a cargo de Lara y yo, quienes al subir y tomar el control de la maquina, rociaríamos el piso de esta, mientras el delgado con una pistola vigilaría al chofer antes de bajarla. Barza estaría con un revolver para descender, por la fuerza, a todos los ocupantes del microbús.

Ese día nos juntamos por la mañana en casa de Lara y según dijo el delgado era el acuartelamiento previo de cualquier operación, algo así como tenerlos a todos juntos y a mano para que nadie falte. Yo entendía aquello como que si uno se arrepentía horas antes ya estaba completamente frito, lo que no era así pero dejaba esa imagen. A mí en tanto me sonaba tan similar acuartelamiento con encarcelamiento previo a la masacre. En fin, salimos caminando a las once de la mañana para llegar al lugar donde abordaríamos el microbús. A esa hora supuestamente habrían otros rodriguistas en una similar actitud, pero con otros objetivos desplegados por mi querido paisito.

Será un gran día, pensaba mientras caminaba observando a Barza y Lara caminando con sus rostros pálidos y confusos. La verdad en ningún momento pensé en mi muerte ni en la de nadie, sólo iba con las futuras llamas en mis ojos, había que ver algo así.

Nos detuvimos en la parada que permanecía completamente vacía. Yo con un bolso en cuyo interior descansaban cinco litros de gasolina y Barza y el delgado prestos a cualquier situación. La verdad el revolver de Barza era un armatoste deprimente que no daba seguridad de nada: Nadie sabía su año de fabricación ni menos su marca, Fue bautizado como el arcabuz de Arturo Prat, ya que tan en boga estaba aquello de los patriotas y sus hazañas. La pistola del delgado si que tenía marca y se veía en buenas condiciones, fue una cosa que siempre me llamó la atención que los que tenían mayor importancia jerárquica siempre poseían el mejor armamento. Cuestión de importancia histórica estructural, lo cierto es que ese fenómeno se da en todas las esferas ¿Y la diferencia? Ninguna

gusano, me respondí, ninguna, solo cuestión de fines y no de medios.

Llegó el momento de abordar el microbús del infierno como más tarde le pusimos. Primero subió Lara y luego yo que pagué los boletos por ambos, atrás venía el delgado y Barza que supuestamente venían separados de nosotros dos. El microbús se desplazaba casi vacío a esa hora, lo que mejoraría las posibilidades de que nadie saliera con alguna quemadura innecesaria. No pasaron ni diez minutos y se acercaba a la arteria en donde debíamos proceder a incendiar el aparato. Era una avenida central. El delgado como responsable debía dar la señal.

Se levantó del asiento dándome una seña. Yo apenas lo vi me alcé del asiento y saque el combustible. Los gritos de Barza empezaron para bajar a las pocas personas que habían. Los pasajeros no sabían que era lo que sucedía pero ante las armas empuñadas de Barza y de delgado no hubo ninguna duda en aceptar nuestra demanda de que abandonarán, sin mediar explicación, el autobús. Al tiempo que todos bajaban comencé mi tarea de rociador irrefrenable sobre el piso metálico mientras Lara permanecía presta con una caja de fósforos en su mano. Barza aun estaba arriba mirándonos y el delgado bajaba con el chofer para que se retirara del lugar. Algunos corrían, otros se dedicaron a mirar el espectáculo que ofrecíamos.

Al terminar mi labor de rociador empecé a escuchar unas fuertes detonaciones fuera del autobús, en aquellos largos segundos no di mayor importancia al asunto pensando que era el delgado en su afán propagandístico que hacía disparos al aire alabando a la patria que liberaba. Lara estaba en prender un fósforo para terminar aquello de una vez, cuando veo aparecer por la puerta delantera la imagen oscura y fantasmagórica de un carabinero apuntando con su arma. Completamente espantado y aterrorizado mire a Barza para que hiciera fuego y nos diera la oportunidad de salir de ahí junto a Lara por la puerta trasera. En esos segundos Barza me miró y tiró el gatillo del arcabuz, pero fue imposible que algún proyectil saliera de esa porquería. Inmediatamente el carabinero respondió con sus ojos

cerrados y su dedo endemoniado devenido pequeña anguila sicótica sobre el gatillo de su arma.

Sólo alcance a ver el fuego del revólver. Una llamarada fugaz que salía inundando el espacio. Lara saltó como un conejito por la puerta escapando junto a Barza. Estaba por salir en medio de los estruendos infernales y de pronto siento un fuerte calor a la altura de mi pelvis que me dejó tirado sin poder moverme sobre el piso metálico bañado de gasolina. Que es esto, pensaba, me estaré muriendo y en un momento sentí la bota del paco encima de mi rostro y apuntándome me decía: ¡Cagaste hijo de puta!

Era mi momento, mi vida al filo de una inutilidad simbólica, mi rostro en medio de la gasolina sobre el piso, mi vida caminaba hacia otro rumbo, el hueco se iba abriendo mientras el paco me pisoteaba, alcancé a saborear la gasolina y ¿saben? Es tan amarga como la cárcel.

Luego me lanzaron como un saco hacia la calle dejándome ante la vista y paciencia de toda esa gente que se acercaba a mirar la tragedia que ellos no podían dimensionar, ya que era mi cuerpo el que adornaba el microbús intacto y sereno enfrente de mí. Todo se llenó de policías en carreras locas buscando a los demás. En un momento miré a la gente y divisé a la madre de Lara, doña Angie, que de inmediato me reconoció y espantada fue donde uno de los carabineros gritándole que me conocía y que era un drogadicto, le dijo mi nombre y que era lo que hacía, lo que le valió y dolió mucho, pues también abrió su pestilente bocota para decir que era amigo de su hija. Luego se acercó a mí.

—¡Yo sabía que eras una basura inmunda y drogadicta, criminal!

—Muérete vieja —atiné a decirle en medio de mi dolor. Es verdad, en algunas oportunidades y debido a ciertas circunstancias me había fumado un par de "cañones" con amigos en alguna fiesta, pero de ahí a ser un verdadero adicto o drogadicto existía una distancia monumental, no era razón para llamarme drogadicto.

—Gracias a Dios ahora estarás donde debes estar basura —me repitió con odio.

Mi herida no era grave, solo me rozó el intestino, lo que sí estaba herido era mi confianza en Barza que me dejó ahí. Después de idas y venidas de la policía llegó un furgón del cual bajaron a golpes a una mujer. Uno de los policías se acercó a la madre de Lara que todo el momento me miraba y se burlaba con desprecio, la verdad jamás pensé que me aborreciera tanto, en fin, el policía le lleva a la mujer con la cabeza baja y se la levanta con un fuerte tirón de pelos.

—¿Es esta su hija señora? —dijo el policía con una sonrisa.

—¡Lara! —gritó ella—, ¿por qué la tienen así? —suéltela, es mi hija.

—Lara Angélica Vásquez Lozada, lo siento pero estaba en el delito y la debemos detener.

—¡No!, suéltela, infelices, asesinos, déjenla en paz, ella no ha hecho nada, ¡no!, gritaba la vieja Angie como una suelta de hospicio.

Yo miré a Lara mientras la subía al furgón y me vinieron profundas ganas de llorar, pero lo volví a pensar y me abstuve, no podía aumentar el espectáculo a todos esos sujetillos viéndome en el pavimento como una cosa olvidada y sucia. La madre de Lara lloraba de forma compulsiva y luego comenzó a increparme más aún.

—Silencio anciana, sólo ardes por tu boca —le dije con desprecio.

Al tiempo me subían a otro furgón del cual no quiero dar detalles. Jamás me habían golpeado tanto en mi breve vida. Me llevaron al hospital y llegué aun más herido y sangrante. Todo fue demasiado rápido y sólo hubo tiempo para recordar a Mirta y su ninfomanía lejana ya.

Los siguientes cuatro meses de mi existencia los pase en una cárcel junto a otros que estaban por causas similares a las mías. Aquella jornada no sublevamos a nadie a pesar de que a los otros rodriguistas les había ido bien en sus actividades. Raramente la gente se acuerda de ese día, en tanto para mi no fue un día más.

VI

Así es, soy un ex convicto, un ex reo. Viví unos cuantos meses entre rejas con otros presos. Jamás estuvo en mis planes algo como eso y creo que en los de nadie, ¿quién podría planificar su propia reclusión? Sin embargo, ya lo había soñado, había caminado por los patios carcelarios, por sus pasillos, sus torres de vigilancia.

La cárcel hay que tratar de olvidarla, pensar como si no existiera y, para los que estuvimos dentro de ella, creer que jamás pasamos por ahí, después de todo hay que buscar, a modo de excusa, una razón de olvido.

Es difícil, ¿a quién le puede resultar fácil? Hasta el día de hoy me quedan residuos en la memoria de mis meses prisionero. Eso, queridos, hay que sentirlo, ver cada segundo tras las murallas que nos alejaban de la ciudad. Yo no se cómo lo hice, mas bien no era para tanto, después de todo fueron unos cuantos meses, lo que digo es para los que estuvieron bastantes años. ¿Qué mecanismos utilizaron inconscientemente para poder seguir siendo ellos mismos? Por eso hay que hacer la diferencia entre unos meses y unos años, ¿no? No es cosa fácil. No es problema de andar diciéndose por ahí: Yo puedo, la cana no me la gana. Yo vi a muchos "intransables" caerse a pedazos por las noches, no en llantos ni lágrimas, pero era sólo cosa de verles sus caras, una masa llena de nostalgia. Los presos, simplemente, para poder seguir siendo tienen que dedicarse a vivir con los recuerdos. Yo por lo menos hice aquello y pude salir tal como entre, al menos eso creo.

En todo caso no tuve la mejor de las suertes si pensamos que a menos de unos meses de haber ingresado al Frente como cualquier hijo de vecino ya estaba tras las rejas, herido y pisoteado como un cangrejo venenoso, Era el comienzo del periplo...

Despojado y absurdo, confuso, aterrado y atontado, herido en mis entrañas, abierto por un plomo candente, azarosamente vivo, incomunicado en una celda hedionda y sobre todo oscura, En el fondo tuve suerte, debido a mi herida intestinal no pase por aquel cuartel de la CNI apostado en plena calle Aguas Santas. Eso sí que era horrible, sobre todo las torturas, la corriente y quien sabe cuantas cosas mas que utilizaban para mantenerte suspendido en el juego del suplicio. Un verdadero arte ya que mantenían a fuerza de tensión el cruce entre la vida y el silencio total a un cuerpo desnudo, mantenían, en cierta forma, a raya el umbral de lo insoportable.

Para mí, en tanto, era tiempo de comenzar a tomar las cosas en serio y sacar las conclusiones de una breve temporada en mi vida. El resultado estaba a la vista, encerrado y con una bolsa de plástico adosada a mi barriga debido a mi herida intestinal en cuyo interior descansaban mis detritus estomacales cuya fetidez era cada vez más evidente para mí.

Una vez en la cárcel supe que, la denominaban la "herida caquera", ya que es imposible defecar como Dios manda. No podía ser peor. Pase diez días encerrado en esa celda alimentado de suero a mi vena, cada dos días venía el enfermero de la prisión a cambiar la bolsa de desechos,

Luego de quince días de silencio salí de aquel antro para penetrar en otro aun más oscuro. Por la tarde llegó el carcelero para sacarme de la incomunicación luego de asistir al tribunal.

Esa mañana me sentaron frente a una jueza y procedí a relatarle los hechos de mi detención. No dude un segundo en atribuirme mi calidad de rodriguista ni menos aun mi participación en el maltrecho intento de piromanía urbana. No veía las razones para negar una situación que de suyo era evidente a los ojos más inexpertos de la realidad, simple sentido común, si todos me vieron en aquello por que he de negarlo. Más tarde entendí a cabalidad los

intrincados e irreales caminos de las leyes, pero ya era tarde, habían caído sobre mí todos los prejuicios de la historia, incluyendo unos fundados recientemente.

Luego de los días de incomunicación me llevaron al sector de la cárcel donde se encontraban reclusos los llamados prisioneros políticos, en suma, todos aquellos que estaban contra la dictadura.

Me recibió un hombre alto y moreno que casi no recuerdo el nombre, él era el encargado de los prisioneros rodriguistas al interior del penal. Relajado y amable, de movimientos lentos y pausados, fue bueno que alguien como él recibiera a los nuevos prisioneros.

Era costumbre organizarse; habían miristas, socialistas, de la juventud comunista, del partido comunista y todos estaban organizados. Vivían como si nunca hubieran caído prisioneros, como si la vida prosiguiera igual. Hacían reuniones discutiendo sobre cuanto hay, pero sobre todo para realzar sus creencias; vaya manía, me dije, acaso nadie piensa en fugarse de aquí. Y era verdad, nadie pensaba en fugarse, todos hacían política desde los muros silenciosos hacia un mundo que los miraba con cierta lástima. Extraña forma aquella. A la cárcel la llamaban la retaguardia de las organizaciones del pueblo, ¿Y qué era eso? Simplemente permanecer como el símbolo crónico de un pueblo pisoteado hasta el asco. Salir a las visitas y parlotear acerca de los horrores de la dictadura con unos cuantos sindicalistas comprometidos, con unos cuantos estudiantes y sobre todo con las organizaciones de derechos humanos, eso sí que había que verlo. En el fondo nadie pensaba fugarse de ese penal, sólo algunos, que en rigor eran los que sufrían una necesidad urgente de vivir como se debe. Ciertamente, habían diferentes visiones al respecto, pero en lo fundamental todas se dirigían al mismo río, una y otra vez.

La vida tiene dos costados y uno de ellos siempre será el espantoso, eso jamás se debe olvidar, ni siquiera por un segundo. Es como el cigarro que sólo se consume por un lado pero al final todo cae al tacho de la basura. Sólo es cosa de tiempo.

Siempre he dicho que en todos lados existen los sujetillos, especie de hombres restos al alero de los otros. Hombres, en

definitiva inexistentes con su breve espacio de razón que se reduce al alimento. Así era mi compañero de celda.

Cuando llegué a la celda me recibió con cara de "yo no te quiero aquí" cosa que interprete correctamente debido a mi experiencia con la madre de Lara, ya que generalmente era ese tipo de rostro el que me daba la bienvenida, así que ya tenía mi ánimo preparado para ello.

Hasta ese momento lo único que necesitaba era dormir junto a mi bolsa de desechos, descansar y recordar lo que había pasado, preocuparme por Lara y meditar sobre Barza y su loca carrera por la calle.

Miré las camas divididas en camarotes y mi compañero, llamado Martín, me ordenó ocupar el segundo camarote, que era el superior y más alto. Es cosa de antigüedad, me dijo. Por las mínimas consideraciones a mi estado deplorable, lo más justo era que yo utilizara el primer camarote por su accesibilidad. Pero ninguna de aquellas nociones básicas del buen comportamiento cívico se mostraron en la actitud de Martín, mas bien, llevaba tantos años encerrado que se había convertido en un ladrillo mas de aquella cárcel gelatinosa, asumiendo como suyas las propias relaciones que generan los espacios de encierro. En fin, no hice mayor problema por eso, mi ánimo una vez mas comenzaba su descenso hacia los infiernos. O tal vez ya estaba ahí y no podía bajar más.

El moreno encargado me explicó rápidamente como era el funcionamiento interno, la hora de las comidas, los turnos para su preparación y mi incorporación a una pequeña célula de discusión rodriguista. Yo lo escuche paciente y atento para no perder ningún detalle de mi nuevo y transitorio hábitat. Además le comenté que en mi estado no era mucho lo que podía hacer, pero lo que pudiera lo haría sin inconveniente. A esas alturas me dispuse a pasar los días como si fueran páginas de una agenda desierta. Y justamente así pasaron días y meses, mi actitud no varió demasiado, proseguí observando mi entorno y aprendiendo de él, en silencio y con los ojos muy abiertos, en todo caso no era mucho lo que se podía

observar, las cosas se repetían como un hábito, los movimientos eran idénticos día tras día, hora tras hora, muerte tras muerte.

A pesar de lo deprimente que puede resultar una cárcel no me faltó el tiempo para conocer gente verdadera. Con Martín no entablamos ninguna relación, él se dedicaba todo el día a sus actividades, desarrollaba una extraña rutina de trabajo manual haciendo del cuero informe majestuosas bolsas de transporte. Era su pequeña vida, su insoportable resignación al tiempo, su victoria sobre otras cosas desconocidas para muchos. Con Martín comprendí la época que me tocaba vivir.

Las visitas eran todos los martes y acudían centenares de personas a observar ese gran espectáculo del martirio. En el patio se alzaban banderas con fusiles, rostros pintados sobre lienzos demostrando un insoportable sufrimiento mientras sus manos portaban azadones y fusiles, todo esto en medio de grandes paisajes con multitudes azarasas y desgarras libertarios. Por mi parte detestaba esta forma que ha revestido la cultura izquierdista, sus íconos y símbolos ingratos, aberrantes y concebidos bajo un dominio del llanto y el martirio de la inmolación en pro de no sé cuantas cosas intangibles e ilusorias, sus poesías, sus pinturas. Los mismos hombres que generaban dicha cultura no eran más que unos cretinos, absurdos implantadores del modelo de Jesucristo moderno, muriendo en silencio pero con el pecho abierto por la garra de la injusticia poderosa.

Yo en tanto, en aquel patio, me observaba la bolsa adosada a mi estómago tratando de pensar como disimularla para que mi padre, que venía desde Santiago, no se llevara una impresión tan escabrosa y deprimente. De pronto lo vi entrar junto a Mirta. Ya llevaba veinte días en prisión y era la primera vez que los veía. Al primero que salude fue a mi padre que no logro ni siquiera por un minuto contener el llanto.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hice mal, dónde fallé? ¿Por qué todo tiende a repetirse? ¿Por qué debo pasar estas cosas una y otra vez? — se decía a cada instante mientras me observaba.

De verdad no comprendí lo que quería decirme con aquellas palabras, imaginé que era el impacto de la cárcel. –En ninguna parte fallaste papá, es mi vida y mi decisión no fue gatillada por algún trauma infantil –le contesté.

En tanto Mirta miraba como no reconociéndome, como si ante ella estuviera una estatua desconocida, una imagen tan lejana como inútil. Nos sentamos en una de las bancas que me había facilitado otro preso. Permanecimos los tres mirando en la misma dirección ya que nos sentamos en idéntico sentido. Paso un rato de silencio en el cual ellos dos espiaban con sus ojos el ambiente punitivo, con la mirada fija y sus bocas semiabiertas, quizás por la extrañeza de un mundo que jamás lograron concebir mientras vivían sus prematuras vidas en la urbe, desconociendo, en cierto sentido, este planeta tan cercano pero a la vez tan hundido en la lejanía.

Me levante en busca de otro asiento para mirarnos de frente y terminar con esa situación absurda. Llegué con la banca en las manos y me senté sobre ella, ahora si podíamos conversar y terminar con los lamentos de mi padre.

Durante todo el tiempo de la visita se dedicó a consultar sobre mi herida intestinal, preocupado y con su vicio de médico que todo lo ausculta e interpreta. El peligro de una septicemia estaba lejos y mi recuperación era rápida, por lo que en una o dos semanas ya estaría en condiciones de utilizar normalmente mi intestino, aquello se lo aclare de una vez para terminar con sus revisiones. Luego de un rato en el que sólo se remitió a preguntar si era verdad que me habían atrapado tratando de quemar un microbús, a lo cual le respondí sin vacilaciones la situación de mi nueva realidad. Realmente se debatió entre la molestia y la frustración. Al menos su cara demostraba aquello. Después de eso dijo que me iba a conseguir un abogado y luego se perdió en sus pensamientos. Se marchó no sin antes decirme que no podía hacer nada por mí, que su responsabilidad de padre había acabado en el momento en que tomé la decisión de hacerme un delincuente. Para mí no era nueva su actitud, más bien no me llamó la atención, no esperaba menos. No le respondí nada y permanecí con mis ojos pegados a su espalda

mientras se marchaba del patio de la vieja cárcel de Valparaíso. Pero aun me quedaba algo, Mirta estaba ahí.

Ya más relajado comencé a conversar con ella. Le hacía pequeños mimos en la oreja. Me daba vuelta la cara. Se hacía la rica. Una especie de ser inalcanzable por mi nuevo estado de antisocial.

La notaba extraña, lejana y soberbiamente altiva, en cierta forma se alzaba sobre mi realidad, sobre mi presente y mi cuerpo esmirriado y abierto. Hasta el momento ella era la única que me vinculaba a un mundo que lentamente dejaba tras de mí.

Le pregunté por Barza y me dijo que hace dos semanas que no aparecía por la universidad y que todo el mundo ya sabía que estuvo involucrado en el tiroteo, ya lo reconocían como un subversivo pero sin embargo nadie lo podía creer, también me relató que ciertos organismos habían interpuesto aquello tan comúnmente denominado recurso de amparo y que en rigor era una diligencia inútil por esos tiempos, nadie velaba por nadie. La notaba demasiado seria y rígida.

—Dímelo a mí, Vasco, es verdad que eres... no lo puedo creer, que te llevó a eso.

—No empieces tu, Mirta, no pretendo dar explicaciones a nadie —le respondí fuertemente.

—Pero a la cárcel sólo entran los delincuentes y al parecer tú ya eres uno de ellos.

—Aprende a diferenciar...

—¿Entre que?, acaso eres un delincuente con estudios.

—No, las causas son diferentes pero el sistema es igual para todos, no te pongas infeliz ahora.

—Bueno, yo vine a decirte que no puedo seguir con alguien como tú, además no podría soportar venir toda la vida a esta cárcel.

—No hiperbolices, no estaré toda la vida, sólo una porción de ella, mi delito no es tan grave.

—¡Pero si pretendían quemar a la gente!

—Eso no es así Mirta, solo queríamos incendiar la micro.

—¿Pero por qué?

—No lo entenderías, son cosas que están alejadas de tu cabeza.

—En fin, sólo los delincuentes entran acá y yo no entregare mi vida a un delincuente, eso es todo.

Luego dio la media vuelta y se fue caminando rápido con su cabeza hacia el suelo, al parecer le daba vergüenza todo aquel ambiente oscuro y delictivo, según ella.

Me lo esperaba, todo lo horrible llega de una vez y cuesta demasiado sacarse la carga del horror mientras se siga pensando en él. La muy perra me abandonaba en aquel sitio de encierro, no soportaba las dificultades ni las caídas estrepitosas, tal vez quería ser una persona que no emite ruidos en medio de la ciudad, son muchas los de ese estilo, mirándose día a día tras los edificios, ocultándose entre las aceras para respirar tranquilos mientras el mundo se dinamita, al fin aquello es una cualidad envidiable.

Más tarde me puse a pensar que su ninfomanía no era más que el argumento de una huida, en definitiva, su calentura la salvaba del dolor.

La visita terminó y el gimnasio se vaciaba lentamente. La cárcel volvía a su curso. Nos quedábamos solos, volviendo camino a las celdas. Una legión marchaba por la oscuridad con bolsas en sus manos y bancas en sus hombros retornando lentamente a los dominios de un imperio derrotado. Lo de siempre.

En tanto proseguía mi vida al interior de ese castillo y mi realidad se estaba acotando a la pertenencia a una tribu de sublevados. Mis hermanos, como más tarde comencé a llamarles.

Así terminaba mi primera visita, nunca, en todos los meses de prisión, alguien se dignó a visitarme, salvo el abogado que un organismo de defensa de derechos humanos me había asignado.

Se presentó tres semanas mas tarde. De aspecto insalubre, con cara de inspector de microbús, un vestón sucio y pantalones grasosos, de pelo cano como si todo el tiempo se le hubiera venido a la cabeza, de baja estatura, nada mas alejado de aquellos abogados defensores de los presos políticos. Se presentó como Damián Halmarcker, de una actitud de suyo conspirativa, "agentesca" y casi ridícula.

—He seguido tu caso de cerca —comenzó diciéndome en la sala habilitada dentro de la cárcel para visitas de abogados—, y tras de ello hay cosas muy extrañas, tú ya debes saberlo, el imperialismo aliado con el sionismo no es mas que la nueva espada de la guerra contra el proletariado revolucionario. Ellos están infiltrados en todas partes, se visten de uno mismo: sí, hay que tener cuidado y debemos, es nuestro deber, cuidarnos de todo ese fenómeno, que hasta el momento soy el único que ha decidido, valientemente, revelar. Muchos me han querido perjudicar, sobre todo colegas al servicio del capital y para que te nombro a los sionistas infiltrados, los agentes del imperialismo soviético, aliado histórico de los revisionistas de toda calaña. Te lo repito hijo, tú eres un combatiente y por ello debes velar por la seguridad de tu organización, pero bueno, hay cosas muy oscuras en tu caso, sin embargo podrás salir en un breve tiempo si seguimos la estrategia correcta en los tribunales.

Yo permanecí tan silencioso como con una profunda sensación de desamparo, no podía creer al extraño hombre que me iba a defender de la turba de hambrientos jueces y actuarios, empero, seguí en silencio sin debatirle nada de su informe universo de conspiraciones novelescas y traiciones cuasi "zaristas". Le firmé el patrocinio en el cual daba cuenta de mi decisión de asumirlo como mi abogado, ya estaba en sus manos o mas bien mi futura libertad se jugaba la última carta en los desvaríos de aquel hombre. Recuerdo que esa fue la única vez que lo vi hasta que logró sacarme de ahí, la verdad no sé si él logró sacarme o fueron descoordinaciones leguleyas. No importaba, el resultado fue el mismo, salir de allí.

Más tarde volví al lugar de la celda en una ubicación determinada para todos nosotros. Entré al habitáculo, vi a Martín en su actividad artesanal y por cuestiones de respeto no quise importunarlo. Así es que caminé por el pasillo pensando en el futuro, más de alguna puerta se comenzaría a abrir para salir. Estaba en eso cuando un viejo, conocido como el viejo Pedro, me llamó para hacerle compañía. Permanecía sentado a la salida de su celda con un mate entre sus manos y una tetera con agua caliente en el

suelo. Tenía aspecto de viejo marino olvidado de todo océano, con un aire de materia desvanecida. Era mirista de los viejos, antiguo militante de los sesenta, casi un baluarte de la soberanía cultural, sobreviviente del proyecto frustrado de instalación de una guerrilla en la cordillera de Neltume en el año 82, no sé porque razones lo tenían en Valparaíso.

Yo me había dado el tiempo de observarlo anteriormente y tenía mis conclusiones adelantadas sobre él. Sereno y nada fanático, más bien levitaba en una bruma histórica pero férreamente. Era profesor básico de escuela rural, tenía ese aire lento y parsimonioso de los campos alejados, no lucía aquel benéfico desplante de reliquia como algunos de por ahí, no daba sermones de lo que debía ser o lo que era correcto y que muchos se arrogaban por el simple hecho de la experiencia y el tiempo acumulado. De anteojos gruesos y plásticos. Se los saca y me invitó a sentarme junto a él. Tomé una banca de madera y le hice compañía.

Así nos quedamos a lo largo del término de aquel día, mirando, simplemente, a los que se cruzaban por nuestro frente de observación, sin comentarios, sin palabras que enturbiaran la suave pestilencia del encierro.

Al día siguiente por la mañana me fue a buscar a mi celda. Yo aun dormía y me levantó con su fuerte voz ronca.

—Vasco, pendejo aún, levántate y hazme compañía en la soledad de mi celda.

Yo abrí los ojos y al verlo me vino como una breve felicidad. Me levanté de inmediato y me dispuse a acompañar al viejo, después de todo me agradaba estar junto a él. Llegamos a su celda y comenzó a hervir agua para su mate, yo en cambio aborrecía el líquido que mana de aquella yerba amarga y estridente. Más de alguna vez pensé en el sentido de dicho líquido y el ritual que comportaba su ingesta, la amargura sólo se desvanece con más amargura. Yo paso, le dije cuando me ofrecía el líquido, en cambio me preparé un café con mucha azúcar.

—Sabes —comenzó diciéndome con el mate entre sus manos—, en todas partes hay administradores de hombres y proyectos. Sin

hombres no hay proyectos, primero para que los piensen y segundo para que los ejecuten. La historia de los hombres muchas veces se reduce a eso, más bien como un globo que rota sobre una llama de vela insegura y bamboleante. La historia es sólo eso, dos grandes bloques inamovibles, perpetuos y reiterativos a lo largo de los siglos, unos sobre otros, en cualquier lugar, en cualquier grupo de hombres que se denomine "nosotros", en aquellos siempre ha de haber alguien que diga: Vayan. Es una particular manera de concebir la historia, ¿no? Diferente a lo que estamos acostumbrados. La historia puede ser progresiva, es decir, puede detentar esa cualidad de que su camino siempre esta dirigido a la superación de lo que fuimos ayer, hacía un estado de cosas mejores, hacía el bienestar social estrujado en los pliegues de un socialismo desconocido pero, a saber, no siempre va hacía la consumación y consolidación de la invención de las bondades humanas, es una maraña de azares y leyes tan inverificables como inalcanzables. Principios de incertidumbre amigo, lo que se estudia se cambia. Pero lo que digo son paradojas, en todo sistema las hay, cosas en suma ciertas pero inverificables e indemostrables, el terror de la ciencia es ese, sus brechas, sus no demostraciones.

La historia o su interpretación, que viene a ser lo mismo, también puede ser anárquica o cíclica, estable como para los medievales, no importa, en ella siempre se repetirá algo, una cuota del día anterior sobre el atardecer que se aproxima, el azar y el destino combaten a muerte por la supremacía de uno sobre otro, la necesidad ha comenzado su repliegue, se marcha y nadie lo nota, así es, siempre igual, siempre igual, terminó diciendo como queriendo expresar toda su maraña mental.

—Y a qué viene esto, Don Pedro, no le entiendo, salvo, digo, podría hacer algunas interpretaciones de su pasado pero sería inoportuno, le dije con curiosidad.

—Nada de eso, Vasco, sólo constato, debes saber la reja que divide ambas zonas, la del que administra la historia y la del que la ejecuta, es cierto, no hay modelo posible que nos haga hacer las cosas de otra manera, al menos hasta ahora, pero ten cuidado, el

hombre muere en la administración de los otros, se cataliza como una sustancia química, pierde la cualidad de las cosas animadas y se desarma en argumentos y razones fuera de él, resumiendo, se aleja de sus pequeños sueños diarios. Los administradores son jerarcas de un estado embrionario, sutil y agazapado, aún en su desconocimiento. Hay que cambiar las cosas, repito, hay que cambiarlas. Pero aun así, Vasco, las decisiones son las acertadas cuando no podemos hacer otra cosa, cuando un inútil soplo nos dice que es lo mas leal que podemos ejecutar, lealtad, Vasco, con uno mismo y con tu tiempo es lo que vale cien veces mas que las palabras. Ahí tienes a La Rochelle, a Malraux y por otro lado a Jünger y también el mito Rimbaudiano. Aun después de muerto conservarás una breve luminosidad de dignidad en tu cadáver. Que importa si te han anatemizado o reducido al apelativo de antidemócrata o aventurero, la democracia no deja de ser un valor tan inútil como la moda que niega lo que sucede, tan sombrío como su origen. Nunca sacaras mucho, Vasco, si todo lo que haces es para los otros, deja para ti algo de lo que eres y no dejes de ser nunca eso que te trajo hasta aquí. Deberes, historias, obligaciones no son mas que los reflejos de un tiempo cerrado sobre si mismo, obliterado hasta el cansancio en un conjunto de prejuicios y deberes aceptados a fuerza de perdersenos un poco más.

—¿No dejas mucho para el futuro, no lo crees?

—El futuro es cosa de los adivinos, lo mío es vivir hasta la saciedad.

—¿Te sientes arrepentido, viejo Pedro?

—Lejos de mí esta esa aberración de la lingüística moral, mi tiempo es el más bello, es el regalo del universo a este trazo de carne inventado por el pensamiento. Sabes, aún me desplazo por esos montes y montañas de los cuales no pudimos reapropiarnos. Si hubieras visto aquellos amaneceres entre la bruma de la mañana y los árboles arrebatados de toda civilización, si conocieras, tan sólo por un segundo, el espacio entre el proyecto inconcluso y el suspiro en medio del último descanso antes de reanudar la fuga por los sinuosos terrenos de Neltume. Lo verías, el mundo y su materia ya

no serían los mismos, para mí ya no fueron los mismos. Partimos tras una hazaña, serenos, convencidos en cierta manera de todo nuestro tiempo, no había nada en la tierra que fuera mas grandioso e imponente como un coloso abriéndose paso entre las ilusiones de la vida. ¿El fracaso? Sólo sustancia de comerciantes y estrategas.

En medio de sus palabras, que retumbaban por las murallas de la celda y mi silencio de ojos abiertos, el día fue acabando, fue muriendo despacio como un día más en la cárcel. Así también se fueron las semanas y los meses. Aquel término del día me fui a mi celda y me recosté antes de la última cuenta. Recordé a Mirta, a mi padre, a Lara, a Barza y su familia recortada por la miseria, a la madre de Lara, al bigotón, al delgado y su patria, su pueblo, a los participantes de aquella última instrucción en medio de Quilpué, sus caras, ademanes y palabras, mi herida, en fin, todo lo que constituía mi mundo que ya empezaba a partirse en dos, tal como me dijo el viejo, el mundo y su materia ya no eran los mismos para mí. Pero yo apenas iniciaba el camino y mis fantasmales fracasos comenzaban a dibujar sus muecas en mi piel.

VII

El estar preso deja una posibilidad, al final del camino, de tremenda felicidad. Pocas veces uno puede llegar a sentir aquel nivel de optimismo y alegría. Bueno, salir de la cana deja ese suspiro de tranquilidad, una sobreexcitación a la que pocos pueden acceder; claro, primero hay que estar dispuesto a pasarse una buena porción de tiempo encerrado.

Que te abran las puertas hacia la calle, ver, sentir, respirar otro aire es algo incambiable. Reitero, yo en un sentido determinado tuve suerte, después de doce meses prisionero uno se comienza a morir con los ojos abiertos.

Debido a mis condiciones, cuando mas estaba en el fondo de la cárcel, aunque ésta no es el fondo de todo, dentro de ella hay uno aun mas profundo, en más de una oportunidad me prometí vagamente, no volver a retomar mi puesto en el Frente. Pero luego, apenas unos días en libertad pude comprobar que mi hastío no se calmaría con seguir mis absurdos estudios y enfilarme en una vida fuera de todo sistema legalista.

El mundo seguía bullendo por esos días, teníamos el futuro asegurado, era sólo cosa de concretarlo. Nuestros padres, me refiero al partido comunista, eran optimistas, hasta decretaron el año de nuestro triunfo, íbamos a desfilar por la Alameda proclamando el nuevo orden. Los pisoteados se alzarían entre rosas y fusiles, nos seguirían, éramos la vanguardia del pueblo organizado. ¿Quién se puede sustraer a ese ambiente? El Frente cada día crecía más y más, nos temían, de verdad. Pero ese camino no lo podía hacer solo, así

que busqué a mis amigos del principio, mis camaradas. No volvería solo al Frente, necesitaba en parte a Lara y Barza, más a Lara que a Barza.

En resumen, gracias a un absurdo mecanismo de las leyes, salí en libertad condicional luego de cuatro meses. Mas tarde cambiarían todo por las leyes antiterroristas y me volverían a buscar. Era demasiado tarde, ya estábamos escondidos, prófugos como había que hacerlo. Así proseguí por muchos años, más de los que pensaba.

Voy por mi cuarta cerveza, esta será la última, pero mientras más bebo mas recuerdo...

Lara, como yo, también había obtenido su libertad. Fui a Santiago en busca de mi padre con la intención de recabar algo de dinero. Cuando me vio se impresionó y la primera pregunta que me hizo era si me había escapado. Naturalmente le respondí que estaba en libertad condicional pero necesitaba mantenerme hasta encontrar algún trabajo que pudiera realizar. Creo que me facilitó dinero por lastima, bueno al menos me sirvió para mantenerme durante un tiempo. Regresé a Valparaíso sin pena ni gloria.

Al día siguiente fui a la universidad para regularizar mis actividades luego de mi paso por el infierno y me encontré con la deprimente noticia, frente al rector que me hablaba con un desprecio evidente, de mi expulsión definitiva de ella. No le dije nada, sólo di un hondo suspiro, después de todo no iba a sacar mucho terminando aquella carrera olvidada por el mundo.

Salí de su oficina y comencé a caminar por los prados cerca de la cancha, me senté frente a algunos estudiantes que se batían en un cotejo demencial y acalorado. De pronto reconocí a uno de los participantes del juego mientras discutía con sus compañeros de equipo. Era Ramiro, rápidamente empecé a buscar al otro que siempre andaba con él pero no lo ubique. Esperé a que terminaran para charlar con él y saber alguna noticia de Barza y los otros. Una vez terminada la pichanga me acerqué a la cancha para saludarlo. Cuando me vio se asusto sobremanera y miró a todos lados.

—¿Qué tal! ¿Te acuerdas de mí? —le dije con alegría.

—¿Qué haces acá? —me respondió sobresaltado.

–Salí hace unos días de la cana.

–Ya veo, seguro te andan siguiendo, a nadie lo dejan luego de cuatro meses en la cana y sobre todo si es del Frente.

–No me sigue nadie, le respondí con seguridad, además estamos en la universidad y que yo te hable es totalmente normal.

–Aquí no hay nada normal.

–Bueno, ¿has sabido algo de mi compañero de aquellos días?

–Lo he visto por allí, pero acá no está.

–¿En Valparaíso? –lo interrogué.

–¿Que importa dónde esté? –me respondió mientras se iba hacia los camarines.

–Necesito hablar con él, quiero volver adonde estaba.

–¿A la cana?

–No, al Frente.

–Ya veo, insistes luego del escarmiento –respondió con una sonrisa.

–Así es.

–Yo te puedo ayudar, si es que no estas cochino ni contaminado.

–¿Contaminado?

–Si, ya sabes, con cola de los chanchos, es decir, que te anden siguiendo.

–Eso no, ya lo he comprobado.

–Pero sigues viviendo donde estabas antes.

–Y no tengo otro lugar en este puerto hijo de puta.

–¿Y tu amiga?

–Esta tarde iré a verla, no sé como está.

–Bien, juntémonos mañana por la tarde a la salida del campus, trata de venir con ella si desea seguir en esto.

–¿Tienes posibilidades de contactarnos con el delgado? No me respondió nada y se fue hacia el interior del camarín con la pelota en la mano. De pronto me pregunté porque le había dicho todo aquello si una vez mas ni siquiera lo había reflexionado con detenimiento, pero en fin, ya me estaba embarcando nuevamente hacia otras zonas desconocidas que tal vez ya no lo eran tanto; en mi cabeza andaban

flotando las palabras del viejo Pedro que decían que nunca dejara de ser aquello que me había movido mas allá de la seguridad.

Por la tarde me fui a casa de Lara, rectifico, primero tomé un teléfono y marqué su número, no deseaba encontrarme con el adefesio de su madre.

Al final si uno va a terminar tasajeado por todas partes trata de hacerlo en compañía, la muerte en conjunto duele menos.

Ella me contestó y la dulzura de su voz me emocio mucho. Quedamos en encontrarnos a una cuadra de su casa. Cuando la divisé caminando por la acera, mi corazón empezó a latir con más fuerza, estaba realmente nervioso. Estaba un poco más delgada y pálida por el encierro, pero era la misma Lara de siempre. Le di un beso en la mejilla tomándole las manos. La quise más que nunca, más que a todas las cosas de aquel tiempo. Ella seguía mirándome, luego comenzó a llorar lentamente aún con mis manos bien asidas a las suyas. Caminamos y conversamos miles de cosas, del encierro, del tiempo, de Barza, de su madre y así llegamos a las puertas del bar. Entramos y pedimos lo acostumbrado. Le comenté lo de mi conocido y que si tenía deseos de reintegrarse nuevamente. No lo dudó ni por un segundo. Mi decisión es mi decisión, me respondió cuando más de una vez le pregunté si estaba segura. Luego la noche se nos fue como siempre.

Al otro día nos reunimos con Ramiro que llegó junto a Joaquín; ahora las cosas se nos abrían de manera diferente, esto comenzaba a entretenerme. 1984 aún no acababa por completo.

Antes de enterrar un episodio de mi vida decidí dirigirme a casa de Barza. Después del encuentro con Lara caminé por los senderos de siempre hacia las planchas de zinc que cobijaban a los Barza. En general la gente económicamente humilde suele permanecer hasta altas horas de la noche despierta, aquello es una costumbre labrada por el aburrimiento y por un cierto espíritu colectivo que poseen. Una virtual camaradería iluminada por el hambre.

En esos casos el televisor en colores de veinte pulgadas no suele faltar por nada del mundo, ni menos aún la endeble mesa

construida con restos de cajas de frutas recogidas luego de la habitual jornada del mercado, y sobre todo el miserable y deprimente paño de hilo, tejido por la más vieja de la casa, que sostiene un florero espantoso sobre la cubierta del televisor. Así, a eso de las doce de la noche suelen estar todos en frente del televisor o en la calle comentando algún programa. Barza, en cierta forma, escapó a todo eso y se cobijó en una rara manera de pensar las cosas.

En fin, llegué a casa de los Barza que permanecían con la puerta abierta. Me atreví a meter mi cabeza y los vi a todos sentados en frente de la tv. La madre de Barza dio un salto, no sé si de felicidad a de espanto, luego se levantó y me llevó hada la calle. Ella era una anciana de pequeña estatura, enjuta de pies a cabeza, reducida por su calidad humilde y arrugada, sus manos eran pálidas y débiles y su voz muy baja deducida de la no molestia a los patrones a lo largo de los años que llevaba trabajando como empleada de hogar.

Me preguntó por su hijo a lo que no pude decir palabra. Ella no entendía nada, absolutamente nada de lo que hacía su hijo. En un momento comenzó a sollozar por el dudoso futuro que le esperaba a su hijo, ahora que era perseguido. No sabia que hacer ni a quien acudir para tener noticia de Barza. Pero a la vez manifestaba cierto orgullo por su hijo aunque les hubiera cortado la única esperanza de mejorar su situación, ya que su futuro como profesional les podría haber ayudado. Yo sólo la miraba y me limité a decirle que él estaba en buen estado y nada le hacía falta.

—Respóndeme Vasco, ¿tú sabes mas de él, dime?

—Sólo lo que le dije, vengo saliendo de la cárcel y sé que está bien.

—¿Pero lo has visto, no?

—No señora, en ninguna parte, pero imagino que en algún momento lo veré.

Ella bajó la cabeza como queriéndome señalar que ya no había mas que decir. Dispuse mi marcha cuando de pronto me preguntó si necesitaba dinero. Lo dude, ellos no tenían casi nada, pera yo aun

tenía menos, el dinero de mi padre se estaba diluyendo rápidamente y no me alcanzaría mas que para un par de días.

—No se preocupe —le dije sin ningún convencimiento que pudiera ser interpretado como tal.

—¿Qué dices? —me respondió ella, seguramente seguirás en esto, ¿no? Y para ello requieres dinero, al tiempo que me pasaba tres mil pesos en billetes de mil bien doblados.

La verdad no tuve vergüenza y alargué mi mano recibiendo su dinero en un extraño gesto de complicidad en medio de la noche. Luego me retiré y le di las gracias. En el fondo Barza venía de su madre, ya que sus hermanos seguían felices y contentos con su explotación ridícula, sólo saciaban su sed con sueños de alguna casa, la que estarían pagando la mitad de sus vidas, se sentían bien siendo "alguien" y aportando a la sociedad, como muchas veces dijeron, pero no eran mas que unos hijos de puta del rebaño que se negaban a abandonar.

Salí caminando y tras de mí escuché unos pasos que se acercaban a gran velocidad, me di vuelta y vi a la hermana de Barza que me alcanzaba con un bolso en sus manos. La miré extrañado y de su cara reflotaba cierta ironía.

—¿Me acompañas hasta el centro? —preguntó sin ningún acento, a esta hora es peligroso caminar sola.

—¿Y para qué sales ahora? —le pregunté.

—¿No se nota?, voy a trabajar.

Yo la miré como constatando los dichos de todas aquellas viejas que hablaban de ella. Simplemente me sonrió e intuyó lo que pensaba.

—Te equivocas —me dijo—, no soy puta, soy bailarina nocturna y eso no es ser puta.

—Tú también te equivocas —le dije— en mí no existe ningún prejuicio con las putas, es mas, ejercen algún atractivo salido de la desgracia.

—No te entiendo —respondió.

—No importa, me da lo mismo en que trabajes y no repares en mis palabras, a esta hora digo cualquier cosa, pero vale, te acompaño.

Así partimos a los brazos de la oscuridad iluminados apenas por unas cuantas lamparitas que a esa hora hacían gala colgadas en las murallas de algunas casas. En el trayecto no intercambiarnos demasiadas palabras, solo las necesarias referidas al paradero de su hermano. Repetí lo mismo que hacía un rato había dicho a su madre, luego me preguntó:

—¿Pretenden cambiar algo Vasco, con lo que hacen?

—Supongo —le contesté mientras mi vista se posesionaba de la poca luz.

—¿Y qué quieren cambiar?

—No sé, tal vez como miramos las cosas, quien sabe.

En el fondo, Leonor tenía su mundo moldeado por la simpleza de ver las cosas tal como las había aprendido y no mostraba ningún interés si el mundo paralelo se destrozaba o incineraba sobre sus narices o entre medio de sus nalgas. Poseía un cierto aire divino, como las piedras, con algo de trascendencia e inmutabilidad, una forma de objeto permanente, ella no "está", ella "es".

Nuestra inútil y pasajera conversación acabó una vez que llegamos a las puertas del local donde bailaba. "Unicornio", se leía en grandes letras dibujadas con neón rojo sobre la puerta de entrada, que era vigilada por un grosero sujeto de ropas oscuras. A su lado descansaban un juego de fotografías con las muchachas bailarinas. Se notaban al menos tres mujeres de grandes carnes y voluptuosas extremidades, en el fondo las tres eran formidablemente gordas y sueltas, y aquella soltura carnal sólo la podían detener, al menos en las fotografías, con atuendos ajustados y diminutos que se perdían entre los pliegues de dichos cuerpos.

El hombre la saludó, mientras yo permanecí expectante. Leonor se quedó mirándome y luego me invitó a entrar, ambos miramos al guardia que no puso objeción al asunto. Por mi parte nada me ataba al horario de dormir ni menos el retorno al dudoso

sitio donde pernoctaba, así es que me dispuse a entrar al sitio y mirar el show de Leonor.

Una vez adentro tomé asiento en una de las mesas, Leonor partió hacia el interior donde seguramente se ubicaban los camarines. El lugar era oscuro en su totalidad y se iluminaba en ciertos pasajes con fuertes luces fosforescentes. Reinaba un hedor a cigarro y alcohol por doquier, sumado con los olores a orines que provenían del baño cuya puerta permanecía completamente abierta. Un verdadero festival de aromas desagradables.

Las sombras que se desplazaban eran hombres y mujeres habitúes del sitio, que en total no superaban la docena pero se veían gozosos en dicho lugar. Hablaban en voz baja, algunos situados en la barra y otros en algunas mesas rodeadas de mujeres. Yo en tanto no sentía deseos de sacar conclusiones o divagar en análisis del lugar, era demasiado sobrecargado para esa hora de la noche, las personalidades nocturnas son impenetrables y cualquier acercamiento hacia ellos no dejaría de ser un ejercicio inerte. En un momento se acercó una muchacha ofreciéndome algo de beber, respondí preguntando si tenían algo de comer, no olvidaba los tres mil pesos que acababa de ratonear a la madre de Barza y cuya vergüenza, por el acto, seguramente se escondía en algún sitio de mi cinismo. La muchacha me ofreció "completos" a lo que accedí gustoso, también pedí una gaseosa pero me dijo que solo la vendían con alcohol, vale decir, una piscola, bueno, le contesté y ella partió con el pedido entre sus manos.

Después de un rato ya estaba con un bocado entre mis dientes, saboreándolo de sobremanera, mientras veía a aquellas hembras sobre el escenario moviendo sus cuerpos, alrededor de un tubo emplazado sobre el piso, al ritmo de sugerentes melodías. A cada mordida de aquel alimento se configuraba una contorsión de ella, carente de todo recato posible, los visitantes saltaban como energúmenos excitados toqueteando todo el cuerpo de la bailarina de turno. De pronto se acercó un hombre diciendo que me conocía, a lo que respondí que debía estar equivocado.

—Imposible, Vasco, estuviste cuatro meses en la cana, acaso no me recuerdas, dijo mirándome con los ojos que apuntaban de manera directa.

En ese momento me vino un recuerdo vago sobre su cara, era el cabo Jiménez, encargado de nuestro patio. No era un gendarme odioso de esos que molestan todo el día, más bien era silencioso y algo de neutralidad rondaba su quehacer diario. Pero al fin y al cabo era un carcelero y a los carceleros hay que entenderlos en su magnitud enfermiza, en el fondo son sujetos nacidos en lo mas bajo del género y como tal hay que asumirlos.

Su morena y gruesa cara se confundía en la oscuridad del antro y su voz gangosa hacía juego sonoro con las melodías traducidas por el voluminoso cuerpo de la bailarina. Jiménez estaba ebrio y me sonreía a cada segundo, la verdad me sentía incomodo con su presencia insoportable y su hedor alcohólico.

Luego le dije que lo recordaba y ahí todo comenzó de nuevo.

—Y qué haces acá, se supone que los "políticos" no asisten a estos sitios, son de dudosa reputación —me dijo con ambas manos formando un canasto en frente de su boca para bajar el volumen de su voz.

—Vine a dejar a una amiga, eso es todo —respondí.

—¿Y dónde está ella?

—Es bailarina y seguramente estará cambiándose para su número.

—¿Bailarina?, si yo las conozco a todas, dime quien es y a lo mejor te engancho una perrita, ¿no te gustaría Vasco, después de todo fueron cuatro meses de pura "paja", no?

Jiménez me seguía observando con su cara libidinosa a la espera que yo le diera una respuesta satisfactoria.

—No te preocupes, solo vengo por un momento y mi asistencia a este lugar se debe a que acompañé hasta aquí a Leonor.

Al mencionar el nombre de Leonor, su cara se transformó completamente, se puso rígida y con una soberbia mueca de interrogación.

—¿Leonor? —me inquirió.

–Sí, es la hermana de un viejo amigo.

–¿Y que tienes con ella? –me interrogó al mas puro estilo de la prisión.

–Nada, y además no tengo que darte explicaciones, nunca te las di cuando estaba encerrado y menos te las daré ahora –le respondí con enojo.

Maldito gañan, era sólo un vulgar y maloliente carcelero, ya era demasiado que este alfeñique me estuviera pidiendo explicaciones por algo que ni siquiera sabía.

–¡Es mi novia y no te metas con ella! –me retó con su ebria voz.

–No tengo interés, Jiménez, despreocúpate, sólo la acompañe.

–¿Seguro? –respondió dudoso de lo que le decía.

–Así es –dije tratando de que se marchara de una buena vez.

Qué problemas los míos, tan estúpidos como ese tonto puerto que pisaban mis pies. Ya no tenía hambre. Deje a un lado el alimento y me dispuse a marchar, al otro día con Lara debía ir a ver a Ramiro y no dejaría aquel encuentro.

Una vez de pie y listo para irme Jiménez volvió a la carga, pero esta vez venía a invitarme a su mesa para olvidar el entuerto. En su mesa se veían otros hombres, entre los cuales llamó mi atención uno que permanecía con su cabeza sobre la cubierta, al parecer absolutamente borracho. Me insistió tanto y debido a que a los ebrios, cuando se les dice muchas veces no, se ponen violentos y mi intención era salir ileso de aquel lugar, acepté con la condición de beber sólo una copa y luego marcharme.

Ya sentado me ofrecieron algo de beber, para luego continuar hablando de manera inentendible de tan borrachos que estaban, por lo que decidí guardar silencio y remitirme a observar sus singulares actitudes. En un momento el hombre que permanecía con su cabeza sobre la mesa realizó ademanes de incorporarse a la tertulia de aquellos sujetos nocturnos. Al iniciar el ascenso de su cabeza, para mi sorpresa, se comenzó a dibujar el rostro obtuso de mi abogado Damián Halmercker.

Aquello no podía ser, ¿que hacía este individuo departiendo con carceleros? En su desvarío etílico me miró y al tiempo me reconoció. Pero volvió a poner su cabeza sobre la mesa, dejándome con una incalculable duda en mis ojos.

¿Qué era todo esto, toda esta mezcla absurda en la humedad de la noche atiborrada de aromas intraducibles? La hermana de Barza era novia de un gañan carcelero y nadie sabía aquello, mi abogado permanecía borracho con su cabeza perdida tanto como sus ilusorias conspiraciones milenarias y mientras tanto Leonor, arriba del escenario, movía sus caderas haciendo gemir a todos los sujetos que se abalanzaban sobre ella, al tiempo que Jiménez saltaba sobre el escenario para contenerlos y así evitar que alguno osara tocar las carnes de su pertenencia. Aquello cada vez se ponía más tenso, tornándose en una verdadera y monumental gresca, mi abogado a duras penas pudo levantarse de la mesa para luego acabar al borde del escenario vomitando toda la historia universal; los amigos de Jiménez, que al parecer también eran carceleros, comenzaron a desenfundar sus pistolas de servicio ante la persistencia de los concurrentes en toquetear a Leonor, que se defendía con una gran sonrisa que atravesaba su cara, la que reflejaba cuanto le divertía aquello. En tanto yo permanecía aún sentado observándolo todo, sintiendo que la patria era esto, esta mezcla inaudita, violentamente desnuda, borracha y sexualizada; todo mi pequeño pasado se resumía en este antro nocturno, la cárcel, mi elección de existencia, las verdades, las mentiras y traiciones de un tiempo, los héroes y fantasmas que ornamentarían el futuro, en fin, todo eso subyacía en este breve pero infernal trozo de noche que fui abandonando para insertarme en otro con un poco mas de sentido...

VIII

La patria y el pueblo son nociones similares, se puede acceder a ellas de manera similar, con un mismo nivel de abstrusidad. Son, además, multisignificacionales, dependiendo de su utilización. Polimórficas por definición, todos las invocan para su defensa, desde el prusiano mas enraizado hasta el fanático de todo tiempo, pasando naturalmente por la hibridez del demócrata quien también la nombra pero con un recato mayor, ya que su labor es siempre permanecer en una esfera acordativa y mancomunada, evitando siempre la desviación demencial de la confrontación.

En fin, la patria y el pueblo son hermanos conceptuales, generalizables por antonomasia, particularizables por desviación; nunca asibles, son entidades supramateriales, útiles para la ausencia de verdaderas razones, estas dos nociones junto al trabajo, conforman toda indignidad humana, desvirtualizan la vida y el lenguaje. La dignidad esencial radica en aquel que encuentra la razón de no trabajar al extremo de odiarlo y satanizarlo hasta las cumbres. Patria, pueblo, trabajo no son mas que la trilogía de una vastedad sin nombre... ¿Qué diferencia hay entre esta tríada familia patria y religión o entre Fuhrer, Reich y Gemeinschaft?

En el encuentro con Ramiro lo primero que nos propuso fue participar en una operación para los últimos días de junio. Iba a ser nuestra segunda incursión en los dominios Heraclitanios, la segunda demencia. Esperando mas seguridad no opusimos ninguna resistencia para realizar y participar en ello junto a cinco rodriguistas

más de Valparaíso, lo tomábamos como la despedida del puerto. El tiempo lo teníamos contada para nuestra estadía allí, de un momento a otro todo se acabaría en aquella zona.

El resultado fue el previsto, pero sin dudar la operación había sido bastante mas en serio que la anterior. Éramos tres grupos, uno encargado de retener y cruzar el microbús en plena avenida, el otro de desplegar un lienzo con alguna consigna de la época, el tercero resguardaba con ametralladoras.

Resumiendo, quemamos el microbús, detuvimos el tránsito por cerca de una hora y ametrallamos la sombra de un paco que nunca nadie logró ver certeramente.

Yo iba con Joaquín, que era el responsable del grupo, cuando Ramiro y los otros dos arriba del microbús bajaron sorteando las llamas, Joaquín, con su cara desesperada me gritó: ¡Nos están disparando!, yo no lo podía creer, era segunda vez en menos de un año que hacían fuego contra mí. Pero ahora tenía como responder y comencé a disparar en forma desgraciada hacia el frente. A mi lado y en plena calle había un auto con su correspondiente chofer que me miraba llorando, mientras mas disparaba, él más lloraba.

Todos corrían, digo los demás rodriguistas, en un momento bajé el arma porque escuchaba a Joaquín gritando nuevamente: ¡Le di, le di! Yo pensaba: A quien le dio si no hemos visto a nadie, empero, me mantuve alerta hasta que todos llegaron al automóvil conducido por el "Desdichado Figueroa" o conocido en el estrato de la violencia como el "Moco de pavo", este nos esperaba para salir de allí, todos estábamos a bordo, Lara también ya que había bajado del microbús en su labor rociadora e incinerante.

Valparaíso anochece y las llamas a la distancia se veían como un pequeño ramo de luciérnagas que se iban perdiendo en nuestros ojos agitados, todos salimos bien, lo peor vino después, los días que siguieron.

El hecho había provocado gran expectación en ese pueblo con cortina de mar, pero en ningún otro sitio de mi paisito fue nombrado el acto piromaniaco exitoso, ya que Salomón, El Loco, junto a otros rodriguistas hicieron el asalto al tren expreso Sur al mas puro estilo

western, causando gran conmoción. Debido a eso se provocó una razia en contra nuestra por parte de los soldaditos carniceros de la CNI.

Fue así como a Joaquín, el viejo Lobo, lo esperaron por días en su casa, a principios del mes de julio, hasta que lo atraparon. Se lo llevaron al cuartel de Agua Santa. Permaneció durante quince largos y tormentosos días al interior siendo carne de experimentos para los delirios científicos y torturantes de aquellos hambrientos uniformados.

También nos estuvieron esperando a Ramiro, Lara y a mí, pero ya no estábamos dónde decíamos estar, cuestiones del azar que me salvaron de una segunda prisión. Pero una cosa era cierta, no podíamos seguir en ese puerto infernal, había que abandonarlo definitivamente. Desde la captura de Joaquín estuvimos escondiéndonos de un sitio a otro por varios meses, la correría comenzaba y a partir de ahí no dejaría de escapar nunca mas.

Al final del año 1984 dejamos Valparaíso como un domicilio más en nuestra larga travesía, que ahora surcaba como una flecha despavorida.

Junto a Lara partimos a Santiago luego de hablar con Ramiro y una mujer que lo acompañaba, que dijo llamarse Tamara. La recuerdo muy bien, cabello liso oscuro, tez marrón como la carne de una ciruela madura, ademanes frenéticos y de una locuacidad enervante, de una naturaleza que se define a partir de ver las cosas como una extensión del útero, todo el mundo que le rodea es proclive a ser adoptado con la viralidad maternal. Pero a la vez poseía el sello de muchos, la marca indeleble que van dejando las relaciones. De mirada seca y sentencias definitivas, con juicios tan cerrados como la noche.

Con el tiempo pude comprobar que la mayoría de las hembras del Frente asumieron, por condiciones externas, un combate por la igualdad, para mí, mal entendido, ya que trataban de ser similares a los hombres, cosa imposible si asumimos que son percepciones radicalmente diferentes. Desde que un ser tiene la capacidad de contener a otro ser en sus entrañas, la asimilación de las cosas

yacerá en una cantera disímil y nada será igual que a los otros que cohabitando la tierra.

En aquel encuentro pactamos que nos incorporaríamos de lleno al Frente, eso era, todo nuestro tiempo estaría dedicado a las actividades "conspirativas", para ello nos pasaron una cantidad de dinero suficiente para arrendar un departamento donde vivir.

Nuestro destino fue Santiago. Muchos ya estaban allí luego de haber abandonado Valparaíso, la mayoría escapando, como el Lobo que había salido de prisión en septiembre de ese año. Por esas cosas de la vida, Joaquín sólo alcanzó a estar tres meses prisionero, tuvo la misma suerte que yo al gozar de los deslices judiciales y pudo salir a tiempo. Nunca más volvió a utilizar su verdadero nombre, hasta que la nueva reja le cayó encima. De esta última no saldría el mismo Joaquín. Ramiro por su parte también abandonaba forzosamente el puerto luego de la quema del bus y la caída de el Lobo. Habían llegado cerca de él por lo que ahora permanecía en Santiago.

El Loco pasaba la tísica realidad del prisionero en una clínica de Santiago desde octubre del 84, fecha en que una turba de soldaditos de la CNI lo emboscó a la entrada de su domicilio en San Miguel. No pudo hacer mucho y en aquellos intentos desesperados le dispararon en la cabeza.

Salomón había sido en Santiago el responsable del Destacamento de Destinación Especial (DDE), una especie de fuerza que realizaba las cosas mas descabelladas. Dicho grupo ya había realizado bastantes operaciones, una de ellas fue la toma de la radio Minería para lanzar la primera proclama del Frente, era casi como una presentación en sociedad, digo casi, ya que la presentación para el lumpenaje marginal había sido el 14 de diciembre del 83 con aquel gran apagón nacional. Dicha toma fue en pleno corazón de la comuna de Providencia. Otras de las grandes acciones fue el sabotaje del tren expreso al sur justo cuando nosotros quemábamos el microbús de Valparaíso, todo ello marcado por el sello indiscutible de Salomón que permanecía preso en la clínica mientras se le iba el tiempo, su tiempo, detenida como él.

Seguramente Barza también gozaba del infierno capitalino y quizá cuantos otros que se criaron con el mar frente a sus ojos. Todos habíamos escapado hacia la urbe como una plaga de langostas.

Si algo habría que recordar sería esa sustancia que fuimos atesorando cada uno de nosotros, tal vez para no ser tan livianos y poseer una onza de peso tuvimos que vernos morir o sentirnos tras las rejas. Aquello era lo único válido dentro de todo, fuimos esculpiendo una cierta gravedad para no ser arrastrados por el viento, sólo así nos podríamos recordar de cosas y situaciones en medio de todo ese enjambre.

IX

Lara tuvo su pequeño infierno debido a una larga discusión con sus padres al momento de notificarles su decisión de marcharse de la casa. Su argumento era del todo vago e increíble, se cambiaría de carrera en una universidad santiaguina y de ahora en adelante viviría allá. Su madre estalló en llantos de ira y su padre tratando de impedirse lo acudió a todos sus argumentos emotivos, pero Lara se mantuvo intacta, nada la haría volver atrás.

Naturalmente sus padres sospechaban el destino final de todo aquello y con alguna obviedad mi nombre apareció como el gran desarticulador de hogares, la bestia corrupta y contaminante. Cosa errada ya que lo único que he conservado casi como una tradición es no convencer a nadie de nada; cada cual debe acrecentar su relación con el mundo que lo rodea mediante sus propios e intransferibles mecanismos, en suma, cada cual cree lo que es correcto y yo no aparecería por nada mostrando el camino, iluminado de la verdad ni menos aun la asertividad en los pasos dados.

Partimos a Santiago en un autobús interprovincial. Hora y media de silencio junto a Lara, era necesario así, ella dejaba parte de su vida en el puerto y comenzaría otra como un colono en la urbe. 1985 ya estaba completo sobre nuestras cabezas y nuestros cuerpos, también sobre los cuerpos de otros que no terminaron de pie sino bajo tierra y con el preludio de un olvido que yace en toda historia, en toda vida y sobre todo en toda muerte.

Tras de nosotros quedaba Valparaíso y su mar estancado entre la tierra y el cielo. Tras nuestro se iban desdibujando, como suele

suceder en estos casos, no sólo la ciudad y sus tubérculos llamados cerros, sino que también un tiempo precioso con las terminaciones propias del final.

Eso siempre me llamó la atención, calificamos aquel periodo como el más espantoso y mórbido, oscuro y con una cierta haraganería de vocación, pero en el fondo, muy abajo, cubierto por todas las significaciones del periodo, se escondía refinada y sutilmente como los jirones en los restos de una bandera derrotada, una tremenda complexión del tiempo que nos hizo, no mas felices, pero si mas robustos y nutritivos, en definitiva mas vivos de verdad.

De ahora en adelante pertenecíamos a la casta de los clandestinos, fugitivos, de un lado a otro con el temor de la jaula siempre presente, algunos convencidos y hasta orgullosamente serenos; mi caso, por el contrario, se definía empíricamente y sin una cuota de romanticismo por dicha categoría ya que conocía de sobra, al menos una porción, de cómo eran las jaulas y lo que se llegaba a sentir dentro de ellas.

Más de una vez escuche a muchos, reiteradamente y como una virtual declaración de guerra, de que jamás se entregarían, que ante todo preferían la muerte antes de pasar por algún cuartel desconocido. Una vez más mi decisión, nunca recitada en público, era lograr vivir mas allá de cualquier dignidad, mas allá de toda estimación de mis congéneres y acompañantes en este trazo de historia. Si existía una cuota ínfima de posibilidad por seguir respirando yo la tomaría sin ningún recato. No lo dudaría ni por un segundo, en mis intenciones no estaba contemplado pasar al recuerdo, o que por mis restos alguien rogara justicia, ni menos aun alimentar la lista de caídos que se enrostran, generalmente, después de la batalla. No señor, si había algo seguro en mí, era ese estúpido espíritu de conservación que logra que las cosas sean un poco mas que las circunstancias que las niega a toda costa. No pretendía morir antes de arriar la bandera o salir con el pecho descubierto como el rudo obrero ardiente del "proletariat". Vivir sobre todas las cosas, sobre cualquier enjuiciamiento, esa era mi convicción. Rendirme no

era más que un instrumento, un argumento de la prolongación de la vida.

Si existiera un solo hoyo en medio del bombardeo, un inmundito agujero entre los cadáveres y detritus, un insignificante destello de luminosidad y vida luego de la incineración mortal, les aseguro que esos serían mis ojos brillando desde aquel agujero. No habría otra cosa o cuerpo en el campo arrasado por la batalla que fuera sinónimo de vida sino mis ojos empotrados en medio de la muerte a la espera de que me tomaran prisionero, una vez más, cierto, pero enteramente vivo.

Una vez en Santiago, con Lara nos separamos ya que asumiríamos tareas diferentes, quedamos en que nos veríamos cada cierto tiempo. En ella se veía el temor por el futuro, pero seguro nos veríamos. Me despedí como siempre, sin más detalles que mi amor hacia ella, le di un beso en su mejilla y la vi alejarse por las calles de Santiago. Haríamos nuestros destinos separados, así debía de ser.

Por mi parte y luego de una incesante búsqueda, arrendé un departamento en las altas torres de Carlos Antúnez, décimo piso desde el cual se podía observar a la mayoría de los seres humanos. En lo fundamental carecía de las comodidades para una habitación normal, pero lo principal estaba resuelto y esto era un colchón con suficiente abrigo y la cocina con una buena cantidad de instrumentos.

A los días de mi llegada tenía un encuentro con quien sería mi "Jefe". Por otro lado mi situación judicial se precarizaba aun mas, ya que debido a un ajuste en las leyes de la época, todos los delitos cometidos por sujetos que se autoproclamaran representantes de cualquier cosa y naturalmente con un argumento en sus manos que no precisamente era el arte de la retórica, pasarían a manos de la justicia militar, lo que se traduciría definitivamente en que todos aquellos que gozamos de algún desliz de las leyes para obtener la libertad, dejaríamos de tenerlo, lo que significaba volver terminantemente a la jaula y esta vez con una buena cantidad de años mas. Esto cortaba cualquier posibilidad de volver a ser un ser

normal y cívicamente respetuoso. En todo caso ya había desechado por completo mi vuelta atrás.

Pasó una semana antes del encuentro para asumir mi nueva nomenclatura, una nueva clave para descifrar mi entorno se venía sobre mí.

Podemos cambiar e ir mutando por ahí como quien escupe sobre la calle, asumir los mil rostros y actitudes que nos lanza la historia pero si se trata de dudas, estas seguirían orbitando mi universo, resquebrajando a ratos las inmundas seguridades que alguien, en un raptó de maestría, logró engancharnos. Para ello no daba tregua a mi cabeza, no la dejaba ni por un minuto en manos de ella misma, nada de eso, por mas que quisiera asignarle sentido a las cosas había un instante en que todo volvía al momento previo para decirme que todo aquello era realmente absurdo y por mas que mi cuerpo utilizara una porción de esta geografía no era más que un accidente tan inútil como inexplicable.

En el curso de esa semana me di a la labor de estudiar mi terreno primordial, eso era, conocer el entorno de mi edificio que de ahora en adelante se convertiría en mi gran bóveda desde la cual miraría los actos y vergüenzas de todos sus habitantes.

Es cierto, los edificios suelen ser construcciones extrañas, no por su formación arquitectónica, sino por lo que en cierta medida valía su estructura y eso es precisamente la gente, la pequeña población que la habita. Se dice que donde se conforme un grupo humano con intereses similares también veremos la emergencia ahí mismo de una moral determinada, en este caso la moral de los edificios no se genera a partir de lo que se ve o se legitima mediante la mirada, sino que muy por el contrario, se funda en lo que se escucha a través de sus paredes y pasillos. Lo encomiable, la virtud de la existencia, los valores tradicionales eran entonces los del silencio y sigilosidad. Pero en el fondo esto no era solo una característica de los edificios sino que de un país entero, de sus gentes y sus cosas que habitaban el grado más precario del día.

Debido a este inmaduro axioma personal pude constatar que mi vecina era una mujer de extraños hábitos y costumbres. Los gritos

monumentales eran constantes y se debían a la incierta disciplina que ejercían sus tres hijos pequeños. Así logré hacerme un cuadro de su rostro y de su cuerpo, trazar su pasado y ubicar las coordenadas de su frustración presente, todo esto gracias a la entonación de la voz, intensidad y cadencia que a ratos se adueñaban de todo el décimo piso. Por mi parte aquello de la moral auditiva me servía en gran medida ya que eran muy pocos los ruidos que generaba mi tipo de vida y aquello se podría interpretar como un dominio de mi mismo sin dejar nada al azar, en el fondo mi silencio denotaría virtuosidad griega.

A los días tuve el famoso encuentro. Yo debía caminar por la calle Antonio Varas en dirección hacia Providencia por la vereda oriente portando una carpeta roja en mi mano derecha y el diario del día en la mano izquierda. Todo ello aparecía anotado prolijamente en un papelito que me había entregado Ramiro en Valparaíso. Junto a ello se explicitaba una pregunta que deberían hacerme que decía: "Tú eres amigo del pájaro loco". Ante lo cual yo respondería: "Sí, pero hoy esta durmiendo". Y nuevamente me responderían: "Que bueno, vengo de parte de Manuel".

Por aquella calle se observan bonitas casas, de grandes paredes blancas y tonos ponderados, amplios corredores flanqueados por frondosos árboles. Todo bien cuidado y sin ningún detalle arquitectónico dejado al azar, una calle con cierto aire de pomposidad anémica como si sus gentes portaran una muy antigua carga de no ir hacia ningún lado, como si todos, en cierta forma, detentaran la misma incertidumbre que me acompañaba a todos los sitios donde ubicaba mi presente. Aquella calle me dejaba nada más que imágenes placenteras, sustancias transidas y abandonadas como papeles dejados bajo la lluvia, un tipo de imágenes que guardamos muy adentro como una despensa de emergencia ante las futuras catástrofes y solo cuando estamos demasiado en el fondo las evocamos como un buen argumento para seguir estando en alguna parte.

Completamente convencido de mi labor comencé la caminata por aquella calle a la espera de que algún individuo me formulara

tan ridículo mecanismo de contacto; era tan ridículo que nadie me lo formularía sin tenerlo en conocimiento de antemano y por ello mismo era fructífero y adecuado.

Al cabo de unas cuadras caminando y mirando las casas me atrapó un convencimiento de ser un verdadero veterano de guerra en busca de una nueva batalla por librar. En mi haber se encontraban cuatro meses de encierro, una potente cicatriz en mi pelvis y por sobre todo, lo que es inmanente al espíritu del veterano, la frustración de no haber llegado a algún sitio.

Divagaba en aquello y de pronto me encuentro cara a cara con dos sujetos, uno de los cuales me estaba haciendo la pregunta antes señalada. Me miraba con expectación para que le respondiera algo, pero ante la sorpresa del encuentro me atrapó un silencio estúpido y una inmovilidad de la cual no podía salir. Al tiempo que ambos esperaban, uno de ellos, al cual jamás lo había visto, agregó: "Parece que no, este no es, nos equivocamos". El otro, más bajo y corpulento, de cabello castaño y cara de niño bien educado dijo pensativo y pegando sus ojos a mi cara gélida: ¿Parece, no? Yo permanecía en silencio tratando de recordar algo de la respuesta acordada pero no me salía nada.

Después de unos segundos ellos comenzaron a caminar en la misma dirección que venían, alejándose de mí. Les quedé mirando las espaldas mientras ya habían caminado unos diez metros y en ese instante recordé la ridícula respuesta. ¡Sí, pero está durmiendo!, les grité con todas mis fuerzas. Uno de ellos se volvió y me quedó mirando, era el mas bajo, el otro le dijo algo en voz baja y continuaron caminando. Corrí hacia ellos y volví a repetir lo mismo, pero esta vez el más alto me miró de una manera extraña y hasta cierto punto amenazante. El hombre bajo me sonrió y miró al otro diciéndole: Seguro que este es nuevito. El otro no dijo nada y aceptó lo que dijo el bajo. Luego terminó con la última parte del ritual: Vengo de parte de Manuel.

Así comenzamos los tres una caminata hacia no se dónde, cosa habitual en mí, me entregaba a sus manos como un paquete en encomienda.

Llegamos a un pequeño café ubicado en la calle mencionada y Av. Irarrázabal. Esa avenida tiene la virtud de la transición, en definitiva no es nada, pretende ser una cosa y al final no deja de ser lo que es. Una mezcla entre aires de elegancia y su materialidad corriente de barrio mediocre. Las gentes de por ahí se desplazan como si fuera una avenida europea de grandes ínfulas pero todo se desarma cuando abren sus bocas y meten sus manos a los bolsillos buscando las precarias monedas para la subsistencia. Todo vuelve a su curso de comuna arribista.

Nos sentamos y comenzó la conversación. El de estatura pequeña se presentó como Rodrigo. En ese momento no lo dijo pero con el tiempo supe que el era el jefe del Frente, y se le notaba, mas bien lo dejaba claro imponiendo extrañas distancias que para mí no tenían sentido alguno, pero en fin, eran maneras surgidas de un cierto relacionamiento donde la discreción y la ponderación en las palabras junto a la clandestinización de gestos y actitudes formaban la base de la subsistencia diaria. En un momento recordé a aquel bigotón de Quilpué y comprobé que no era más que una fiel copia del hombre que tenía en frente mío.

Rodrigo gozaba de la constante militar, había sido oficial a cargo de verdaderas tropas en la guerra nicaragüense. A fines de los setenta Rodrigo, que aun no era Rodrigo, sino Raúl Pellegrin Friedman, estudiaba medicina en una de las tantas aulas de oriente predispuestas para el beneficio de los jóvenes revolucionarios. Nicaragua hervía con sus desgarros patrióticos, Centro América era una olla destapada con comandantes y militares al mando de los países. Así, de un día a otro Raúl dejaría de ser Raúl para convertirse en Rodrigo, abandonando los arsenales médicos por los arsenales militares de las nuevas tierras que se liberaban. No dejó mucho en su abandono, un par de delantales y una decena de libros, a cambio tendría uniformes verdes y botas altas como la cordillera que nunca olvidó. Así partió a Cuba con muchos otros, se hizo soldado con rango, luego se fue a Nicaragua y se hizo comandante de los sublevados. Ya Raúl era Rodrigo.

En tanto el otro, conocido como Loco Carlos, era el jefe de toda esta estructura de carnazas. Éste ocupaba el lugar que había dejado Salomón luego de su caída; dicho Loco, al parecer todos eran locos pensé, ya tenía sus proezas sobre la piel. Así y todo ninguno de los dos hacia gala de sus aventuras en otra vida, ninguno de los dos hizo comentario sobre las inclemencias de la guerra ni, por cierto, dieron detalle para aparecer superiores, sus andanzas estaban tan seguras dentro de ellos que no necesitaban ventearlas para no perderlas, como mas de alguno que conocí en este camino lo, sobre todo aquellas fanfarrones que articulaban trozos de historias contadas de boca en boca, y a más de algún iluso se la presentaron como una experiencia propia y digna de imitar, la verdad aquella clase de sujetos merecían todo mi insignificante desprecio.

Porque, si se trata de sujetos ganapanes y gañanes, la verdad yo aquí conocí a muchos, y dedos de mis manos harían falta para enumerarlos. Todos los pequeños secretos de las gentes se van sabiendo en la medida del tiempo que vamos pasando junto a ellos, si es mas, obviamente sabremos mas de ellos. La decepción no tarda en llegar si acaso no es lo primero.

—¿Vienes de la estructura de Valparaíso, no? —comenzó diciéndome Rodrigo.

Se dirigía a mí con seriedad, clavando sus ojos en mi rostro como si no me diera otra posibilidad de responder afirmativamente. Su presencia respondía a cosas fortuitas, no era que yo fuera tan importante como para que el encargado principal del Frente me estuviera testeando. Puedo decir que de mi parte ningún futuro grandioso dependía, salvo para mí y mis propios huesos.

—Así es —le dije—, o lo que quedo de ella después de nuestro fracaso.

Loco Carlos se largó a reír como un demente. Rodrigo solo sonrió, en tanto yo no encontraba razón alguna para la risa y no es que me pareciera todo de una seriedad rígida, sino que simplemente no me hacia gracia. Los quede mirando como queriendo decirles: ¿Cuál es la gracia?

—No te preocupes —interrumpió Rodrigo—, la verdad es que ya sabíamos lo que había pasado con ustedes y son cosas que pasan en esto. ¿Tú estuviste preso, no?, continuó preguntándome.

—Así es, cuatro largos meses —le contesté.

—¿Eres estudiante?

—Lo fui, después de la cárcel me expulsaron.

—¿Eras militante de la juventud comunista, no?

—Por suerte no —respondí con una sonrisa. En aquel momento sus caras cambiaron hacia una expresión de leve extrañeza, como si mis palabras fueran a rebotar en las paredes del café y volvieran a sus oídos cargadas de injurias. Lo noté en sus rostros, por lo que me dispuse de inmediato a realizar una maniobra evasiva.

—Pero no se asusten —dije— no soy anticomunista, solo no los paso por opción cultural, es sólo eso y se que el Frente es algo así como una extensión corporal del PC, pero vamos, ¿no es lo mismo, no?, quiero decir... La verdad esto terminará en una analogía al viejo cuento golemiano, pero digamos definitivamente que gozamos de una condición servil hacia los deseos frustrados por fuerza física de una pléyade de ancianos que habitan un olimpo de indecisiones.

—¿Qué dices? —dijo Rodrigo—, por lo visto no estas enterado de las últimas resoluciones de la dirección de nuestro partido que abren esperanzas para el próximo año. Nuestro país vive un clima de ascendente rebeldía y consecuente con eso se ha definido un diseño específico que encauce todas las manifestaciones, esto es, para el año 1986 el plan de sublevación nacional, es por ello que se acercan grandes desafíos para nosotros y para ello debemos prepararnos.

De pronto hizo una evidente pausa con su silencio y se quedó mirando un horizonte desconocido, observó al Loco Carlos, se pasó la mano por el mentón. Con ese movimiento pude comprobar lo rosado de sus mejillas infantiles y me pareció algo extraño su propia postura, la lentitud de sus actos, como si una pequeña tormenta asolara sus ideas desordenando lo dicho anteriormente, como si un repliegue mental fuera parte del acto mismo del habla, tal vez no encontraba un idioma adecuado, un dialecto para poder decir lo que realmente pasaba por los túneles de su cerebro. Luego continuó...

—Pero en el fondo te entiendo y debes saber que somos algo más que una extensión corporal. A pesar de todo estamos construyendo otra cosa de la cual salimos, es cierto, esto conlleva esfuerzos y muchos desprendimientos, pero seremos algo más de lo que pretenden que seamos. Por otro lado y respecto del cuento golemiano, no volveremos a la tierra maternal, pero tal vez nos rebelemos contra nuestros demiurgos, quizá sea la cuenta regresiva de esta historia que por ahí no desean desentrañar como lo que verdaderamente es. Una historia donde se muere y se vive.

Me quedé en silencio observando al Loco Carlos que a su vez miraba a Rodrigo y Rodrigo miraba hacia la puerta del café. Todos mirábamos hacia algún sitio pensando y esperando cualquier cosa. A pesar de los cuatro años que Rodrigo me sobrepasaba en edad, era como estar frente a un hombre mayor, su presente no concordaba con su edad ni su edad era la consecuencia de su presente, sino que los rastros indigentes e incrédulos de una vida permanecían zurcidos en él, como parches de muchos hombres. Era como un individuo cuyo sempiterno deseo fuera el no haber salido jamás del útero; ni siquiera haberlo habitado, pero lo cierto es que una vez en él es imposible no salir, de ahí que todo hombre que posea un poco de nobleza desee volver al útero, su sitio, el único topos donde la felicidad no es un entrecruzamiento de palabras necias, de ahí que la recordemos siempre y la busquemos como perros afanosos y callejeros, vacíos, ilusos creyendo construir castillos y puentes, ciudades nuevas que no dejan de ser la imitación absurda de lo que acabamos de derrumbar. En el fondo el hombre cuando nace llega frágil y pendejo y su única defensa es el pensar, pero ello sólo lo puede lograr una vez pasado el tiempo, la naturaleza lo dotó de tan precario instrumento, en vez de garras y pieles o de un mecanismo de vista para cazar a la distancia recibimos la inútil posibilidad de inventar cosas y artefactos, valores y morales, intelectos y razones, patrañas de toda laya. Al final, jamás confesado por cierto, subyace el deseo de volver a la oscuridad permanente, "volver a la paz que la vida turbó", ¿Acaso eso es lo que intentamos cuando decimos amar? Cuando recubiertos por el deseo, invadimos las entrañas de una

hembra ¿Y qué buscamos? ¿Sólo la extensión de nosotros mismos? ¿O quedarnos ahí para siempre a la espera de que nos atrape el estado primigenio de la oscuridad? Y si fuera así, ¿no sería mejor penetrar a nuestras propias madres para volver al estado donde todo comenzó? Y ¿que nos detiene para retornar al silencio? Paradójicamente inventamos nuestros propios carceleros con el pensamiento, la moral y la razón de la norma...

En ese momento mis manos se desplazaban por mi cabello como si fuera un maniaco que no encuentra salida alguna, mientras Rodrigo preguntaba:

–¿Cuál va a ser tu nombre hermano? ¡Te estoy hablando!

–¿Qué? –respondí saliendo de aquella reflexión ridícula en la cual me había enfrascado.

–Que cuál va a ser tu nombre –me repitió el Loco Carlos.

–Me llamo Vasco –le respondí. No tenía razón alguna para cambiarlo, pensé.

–Vasco, bueno, de ahora en adelante trabajarás junto a mí, dijo El Loco, y tenemos mucho que hacer. Yo me preguntaba qué pensarían ambos de mí, de mi aspecto que no se parecía en nada al de ellos, tan formales y hasta cierto punto algo acartonados, de vida organizada, planificada, cosas que para mí no tenían otra virtud que matar el aburrimiento bajo ese argumento y yo en tanto ¿qué era? Un dispendioso buscando cualquier cosa, tal vez no nos indignábamos con las mismas cosas ni creíamos lo mismo de un fenómeno idéntico, tal vez ellos estaban tan convencidos del triunfo de este proyecto de revolución, como yo de la noche y el día o tal vez ellos dudaban de cosas ciertas y yo de necedades, absurdas para muchos, inútiles para los más, pero estábamos todos ahí, dispuestos a pasar la vida de aquella manera. En adelante la conversación se fue por los cauces conocidos, me repitió aquello de que no podía ver a nadie de mi familia, cosas que ya había escuchado anteriormente. Después salimos del café y Rodrigo me dio la mano para despedirse.

–Nos estaremos viendo Vasco, ahora debes comenzar a cuidarte en serio –me dijo antes de marcharse.

–Así será –le respondí agradado.

Rodrigo se fue entre todo el bullicio y me quedé mirándole la espalda hasta que poco a poco deje de verlo.

Más tarde caminando junto al Loco Carlos recordé mi intención de preguntar por Barza pero una vez mas se me olvidaba, ya llegaría el momento mas tranquilo para hacerlo o en su defecto se me presentaría la oportunidad de verlo personalmente. Me preguntaba cómo estaría él, deseaba verlo, ya había pasado bastante tiempo y nada sabía. Pero me mantenía tranquilo, lo imaginaba ya como un vértebra de la columna doctrinaria del Frente, conociéndole sus últimas impostaciones no podía ser de otra forma.

Luego seguimos caminando a otro sitio donde me presentaría al hombre que vería constantemente. Aquel otro hombre se llamaba Walter y era, junto a otros que les decían Gitano y el viejo Rubén, los jefes de los grupos operativos de aquello a lo que me estaban integrando, el DDE del Frente, la punta de lanza para la masacre y que según Rodrigo era la que le daba el perfil al conjunto del Frente.

Walter sería mi responsable. Era un tipo agradable, de pocas palabras por no decir casi ninguna. Caminaba con su cabeza siempre mirando hacia el piso como si su entorno poco importara y fuera nada más que la materia útil donde se posaban sus pies. Tenía un aire desmejorado como el viejo Pedro de la cárcel de Valparaíso, incluso sus valoraciones eran similares, aquello lo pude comprobar por las conversaciones que manteníamos tiempo después cuando comenzamos a entablar una breve amistad. Su hablar precario era entrecortado. Más bien bajo, de pelo negro y los habituales anteojos que ocupaban todos.

Lo conocí esa misma tarde en un paradero de autobuses de la estación central. Una vez presentados Loco Carlos se esfuma entre toda aquella gente que deambulaba por ahí. Nos quedamos mirando sin decir nada.

A esa hora no es mucho lo que se puede observar de una persona. Pasado el crepúsculo ya no queda nada interesante por descubrir y para que decir de las palabras, sólo son ruidos indescifrables. Todo el mundo enmudece esperando lo mismo del prójimo. El verdadero respeto es eso. Silenciosos del mundo uníos,

pareciera ser la consigna de aquella hora del día. Todos se observan sin decir nada. Los pasajeros de los microbuses miran hacia las veredas como si fueran vitrinas humanas y los peatones, aun más absortos en el silencio, ni siquiera observan, como si todo estuviera visto, descubierto y clasificado. Yo pensaba que acaso seríamos los únicos con tan extrañas ideas en la cabeza en medio de todo este gentío autómatas. Las grandes turbas suelen comportarse extrañamente cuando asumen la calidad de masa. Un día pueden odiar al más alto grado, gozar con el destazamiento de hombres en plazas públicas y al otro día llorar desconsoladamente por su muerte que tanto celebraron.

Este venerado continente, idolatrado por europeos, mas bien inventado por ellos, tan celebrado por sus ilusiones exóticas llenas de fantasías y personajes mágicos, estaba lleno de situaciones contradictorias. Dicho continente no era mas que un hervidero de pequeños cadetes analfabetos y sediciosos, dominando desde sus inicios, desde su fundación, con una amalgamada independencia, cruzando cordilleras y campos para liberarse los unos a los otros y así fueron naciendo los padres, los hijos y toda la pléyade de los tributarios del espíritu patrio, en tanto la turba celebraba un día la caída de uno y la ascensión del otro. Inventando guerras por poco valorables fragmentos de tierra, pero aquello habría que verlo, todo el mundo saldría presuroso a las calles a vitorear a los soldados dispuestos a morir por la soberanía, los mismos que un momento antes estuvieran reventándoles las entrañas ahora se convertirían en verdaderos héroes nacionales, amados y emulables, entrañado tesoro de la república. Y si acaso, en el litigio patrio, se perdía en la deshonra de la derrota no habría mejor remedio para el espíritu y unidad patria que la gran construcción de un colosal estadio de futbol para celebrar los futuros triunfos del pueblo convertido y devenido pelota emancipadora. Nuestros pasos seguían presurosos hacia algún sitio, al menos eso creía yo. Hasta el momento no nos habíamos dicho casi nada y todo yo lo iba suponiendo como un mal investigador que parte sin hipótesis alguna. De pronto Walter se detuvo en una parada de microbús y sacó desde sus ropas lápiz y

papel pidiéndome un lugar donde encontrarme en caso de que nos perdiéramos. Atiné a darle el número telefónico de mi departamento.

—Tenemos algo grande para esta semana y espero que estés en disposición —me dijo con una incalculable seriedad.

Luego me relató todo lo que supuestamente íbamos a hacer para esa semana. Era la primera vez que iba a hacer algo grande. Mi terror subió como nunca, pero ya era tarde. Aquello fue lo único que me dijo en nuestro breve y anodino encuentro. Lo quedé mirando sin pronunciar palabra, asintiendo con mi cabeza. Walter se marchó con sus manos en los bolsillos y yo quedé con las mías colgando, al igual que mis expectativas, a la espera de una nueva catástrofe.

X

Si no nos contamos no hay historia posible. ¿Pero qué es la historia sino un conjunto de protohistorias biográficas? y esta historia es cuasi biográfica. Intuyo lo que puedan estar pensando: ¿De qué sirvió todo, me dirán, no? Pero las historias no importan porque sirvan o no.

Para muchos fueron tiempos difíciles, los calificamos de esa forma pero no vimos que teníamos la inmensa posibilidad de ser algo mas que cifras en un documento de identificación. Por mi parte estoy fuera de todo eso. Sigo siendo un prófugo, pues, es lo único que me queda antes de arrodillarme como un buen pupilo. Es mi opción a fin de cuentas. Desde que me comenzaron a buscar dejé de ser un ciudadano, me condenaron en ausencia a trece años de cárcel. ¿Quién puede cumplir tamaña condena? Los jueces en general son una tropa de absurdos abusadores.

¿La justicia? Cada cual tiene su visión de ella, nosotros tuvimos la nuestra.

Desde aquellos tiempos que no tengo como identificarme, por eso eludo sutilmente a la ley, es cierto, ya no me buscan con el ánimo de aquellos días, no fui muy conocido para ellos, simplemente desaparecí a mi modo. Soy como un fantasma que deambula por las noches y a ciertas horas de la tarde, Y ustedes se preguntaran de que vive este gañan, yo respondería que vivo de muchas cosas en mi memoria, pero factualmente debo mantenerme, sería la pregunta de algún agudo,

Pues bien, soy un nochero como se nos conoce en el ambiente, cuido muertos de todo tipo, una vez muertos son todos iguales, así es que no tengo problemas en cuidarlos a todos, claro, paso más tiempo en ciertas tumbas del cementerio general por razones obvias, tengo mis preferencias, los nichos mas cómodos para pasar una buena cantidad de horas en la intemperie son mi preferencia. Hay otras que ni siquiera veo, de verdad no me interesan. Conozco casi la mayoría de las palabras póstumas, sus leyendas, algunas verdaderamente entretenidas. Mi diálogo es con los muertos.

No necesito mucho para vivir, más bien muy poco de lo que me puede ofrecer el mundo actual y me las arreglo como puedo. No veo a casi nadie, carezco de parentela, mis necesidades se reducen a respirar y comer, con lo que gano en el cementerio me basta, tengo un estómago pequeño a causa de tanta cosa, no tengo amigos presos a quien visitar, tampoco podría, la mayoría fueron indultados, viven en el extranjero, los demás siguen siendo prófugos, los siguen buscando, siguen huyendo por todas partes, tratan de levantar lo que quedó del Frente, su nueva factura mejorada para los tiempos anoréxicos que vivimos, algo de la utopía queda, se han vuelto heterotópicos, buscan un discurso, aun están en lo suyo. Yo simplemente observo desde las tumbas, los veo moverse y repensarse. Ya no disparan como antes, las cosas no son iguales, la violencia tiene su límite para el corazón humano y para los criterios más modernos es cosa de técnicas. De los mas viejos quedan pocos, la mayoría están muertos, los otros en sus vidas. Los que quedan aun están.

Miro mi reloj recordando a Walter, han pasado cuatro horas desde que comencé a hablar en silencio, han pasado varios años desde que dejé de ver a Walter. Qué buen tipo aquel, si alguien lo ve hoy día no pensaría todo lo que hizo, lo que pasó, lo que logró sobrevivir. Si lo ven díganle de mi parte que siempre lo respetare, que mi memoria no es nada frágil y negociable, aun después de todo, en el fondo de sus cosas sigue siendo del Frente, como muchos de nosotros que no decimos nada.

Bueno, es hora de irme a mi labor, tengo un horario que cumplir, mis muertos no esperan, son algo desesperados así es que me marcharé de una buena vez de este tugurio hacia mi necrópolis, haré mi trayecto acostumbrado por las calles hasta llegar al cementerio general, en autobús de recorrido colectivo. Si alguien desea seguir escuchando mi diálogo deberá acompañarme por entre los espacios de mi monotonía.

Pago la cuenta, no dejo propina, los semáforos y las propinas son como la norma, la ley y el derecho, las reproducimos sin mayor reflexión y no es que me las venga a dar de un tipo con mucha reflexión, mi pasado esta ahí sin mayor contratiempo, hice lo que hice por un soplo volitivo, jamás me detuve a pensar en lo correcto o incorrecto, me dejaba llevar por la ola, era un molusco mas lleno de vitalidad.

Salgo del bar, el mozo me sigue mirando con desprecio, esta vez con razón ya que no le dejé propina, y que mas si es su trabajo. Que haga lo suyo en silencio, que acepte lo que eligieron por él. Yo en tanto me retiro, me voy a lo mío, a lo que en suma elegí.

Es una noche oscura, subo al microbús como siempre y como siempre pago mi boleto, la gente de a bordo no mira salvo para afuera, paso inadvertido, es una costumbre, eso me gusta, soy una minima cuota del espectáculo, prescindible a toda costa, nada se definirá con mi presencia en ninguna parte. Camino hasta el final del pasillo, aquello me quedó como una costumbre, me cuidaba, siempre dispuesto a saltar de un microbús, casi nunca andaba armado, luego era cosa de todos los días, me acostumbraba a cuidar mi vida a costa de quítasela a otro, reitero, cuando se elige la violencia se debe estar dispuesto a soportarla hasta en sus mas infames expresiones, es la regla. Y toda la tiranía de los militarillos estaba predispuesta sobre una premisa de violencia, cada uno de ellos puso su porción de violencia desde distintas partes. Las tiranías son fundamentalmente colectivas en su emergencia y planificación, desde las palabras y discursos con que se autolegitima hasta los actos y demencias que las condenan, cada uno en su puesto haciendo lo suyo, aquella es la premisa retórica de las tiranías. Ellas no pueden ser ni existir sin una

raza de carniceros y desolladores profesionales así como tampoco pueden existir sin la pléyade de sabios y retóricos legitimadores del orden. A algunos les toca el trabajo sucio, a otros simplemente el arte de la diplomacia y la política. Pero se necesitan los unos a los otros, en suma es una arquitectura reciproca, una construcción democrática. No vengan a decir que unos son mas responsables que otros, porque unos no se entrometieron en la labor de los carniceros. Nosotros fuimos igualitarios, decidimos la muerte para todos ellos, nada más.

Me bajo del autobús calmadamente, miro a los costados, ya no me siguen como antes pero me quedó aquel vicio, miro para todos lados. Aquí, en el cementerio, años atrás conspirábamos en las oficinas de recepción. Por ello me quedé trabajando aquí, un amigo, ya pronto lo conocerán por medio de mis palabras, me dejó este ilustre trabajo que tal vez no posea la categoría de sano pero es por sobre todo muy tranquilo. Camino solo por las largas noches, oteo cada tumba para que todo este en su lugar, los muertos no emiten ruido, son silenciosos, no piden explicaciones, tan solo están ahí donde los dejaron. No cruzo palabra con nadie, me fui volviendo un sujeto callado.

La recepción sigue siendo la misma, sus tablas, sus muebles de maderas añosas soportan heroicamente. Hay un archivador con las direcciones de todos los muertos, unos cuantos adornitos de loza. No tengo ropas especiales para mi trabajo. Prendo algunas lámparas del escritorio, firmo el libro de nocheros, económicamente escribo Vasco, una firma, mi sello de originalidad para que otros, los encargados, tomen cuenta de que hoy viernes no falté a mi trabajo, A veces esto me aburre, pero a quién no le aburre el trabajo, me convengo de que es mi destino, cuidar muertos propios y ajenos, velar por su sueño sin retorno, su sueño eterno.

Salgo, es hora de mi cronograma, Camino por las calles, hay algunas iluminadas, las más están a oscuras, el frío aumenta. Tengo mi linterna, a veces veo uno que otro vagabundo durmiendo entre los muertos, es mas acogedor me dice uno a quien saco de encima de las flores, Le digo que se tire sobre las tumbas más modestas, de

ellas nadie se preocupa. Sigo adelante, no hay novedades en el frente, antes mi vida era una novedad llena de repliegues y saltos. Me detengo delante de uno de los nichos que fue marcando nuestro camino. Con grandes letras se lee: Jaime Guzmán Errázuriz. Ustedes me preguntarán: ¿Y siempre les importó un cuesco el valor de la vida? Yo con mis precarios e infames argumentos respondería algo como esto: La de algunos sí y también diría que el valor de la vida hoy por hoy es una construcción social. Pongan por ejemplo mi caso, yo valgo un cuesco para muchos o tal vez menos que un cuesco, al fin un cuesco tiene el valor de ser, aquello nadie se lo cuestiona. Yo permanezco aún en las sombras, pero que quede claro que por ello no desestimo el valor de todos sino solo de algunos, además no necesito de la instauración de la ley para ejercer aquel impopular principio, al fin la ley también es como los semáforos, se sustenta en la fuerza de un Estado.

Por otro lado traería a colación lo que dije hace un momento cuando venia a bordo del microbús. Las tiranías son estructuras sumamente colectivas, una división del trabajo sustentada en el terror, pero el terror no solo se activa de forma sangrienta sino que existe un sustrato retórico que lo impulsa mas allá de los propios actos sanguinarios, y si nuestro tiranillo gozó por un tiempo su imperio, fue precisamente por aquel sustrato, el terror concreto y humano fue sólo una parte de su reforma, lo que deja fue lo que levantaron su pandilla de retóricos sabios, los que de una u otra forma construían el orden, la paz y el progreso, Pues bien, acabamos con algunos de ellos, no los pasamos por alto con nuestro singular sentido de justicia a mano armada.

Por ahora seguiré caminando entre las tumbas mientras siento como el frío hace sus juegos sobre mi piel tal como lo hizo la historia sobre mi cabeza. Seguiré esperando cualquier cosa que me ayude a seguir recordando a los que hicimos un relato.

XI

A los pocos días me encontraba caminando nuevamente con paso presuroso tratando de alcanzar las largas zancadas de Walter en medio de la calle.

Por la mañana, a la salida del departamento y antes de entrar al ascensor, me encontré cara a cara con mi vecina, la de los gritos. Por primera vez la veía. Me saludó, como dándome la bienvenida al castillo del cual éramos habitantes. Entramos al ascensor y sin mucho entusiasmo comenzamos una variada e improvisada conversación. Ella salía por la mañana a dejar al colegio a esos tres pequeños zancudos que no paraban de hacer ruido. Uno iba en sus brazos, el otro tomado de su mano y el tercero, el más grande, a su lado en silencio evaluando drásticamente la actitud de su madre. Ella, de unos treinta y dos años y rostro un tanto demacrado, no paraba de darme sus pareceres sobre el tiempo y los vecinos, conversación que para mí no tenía otro destino que ganar terreno para la narración futura de sus desgracias. Donde encontremos a alguien con ese tipo de rostro tallado por pequeñas y caseras desgracias no dejaremos de ver la emergencia de un individuo dispuesto a detallar su vida íntima al primer candidato que se le cruce por el camino. Aquello se veía venir por la demarcación intencionada que hacía de ciertas palabras. Ante eso mi estrategia fue darle pequeñas respuestas sin mayor significado.

—¿Y dime, te ha resultado cómodo tu nuevo departamento?

—Por sobre todo tranquilo —le contesté.

—Sabes, ahí antes vivía una viejecita que todo el día me golpeaba la puerta alegando el ruido que hacían mis hijos, esto de los viejos es algo complicado.

—Sobre todo complicado, me imagino.

—¿Seguro que trabajas todo el día, no?

—Así es.

—Ah... ¿Y a que te dedicas? Aquella sorpresiva pregunta me puso en aprietos ya que en ningún instante había pensado cual sería la respuesta a semejante consulta. Rápidamente se me vino a la cabeza la ocupación más deprimente.

—Vendo seguros, tal vez te interesa —le respondí algo nervioso.

—Podría ser, en estos días uno no sabe lo que pueda pasar, ¿no lo crees?

—Sobre todo eso último —respondí a la espera de que se abriera la puerta del ascensor. Una vez afuera ella se despidió amablemente como si fuéramos viejos conocidos—. Mi nombre es Marta, recitó, un gusto de tenerte como mi vecino. Se perdió así entre aquellos pequeños zancudos que zumbaban a su alrededor.

Aquel tipo de encuentros no hacían más que reafirmar mi opinión sobre la clase media de mi paisito defraudado. Aman la familia y todo lo que ese lapso de idiotez conlleva, pero son incapaces de soportarse, odiándose día tras día no dejan de enrostrarse sus miserias e inmundicias cotidianas, dispuestos a encubrir la imagen de su inocultable desastre.

Era una mujer sola, su marido había abandonado ese pequeño infierno. Y aquellos zancudos hiperkinéticos, solo eran el resultado de los experimentos de una clase tan descolorida como los escupos de los muertos. Y si de división de clases se trata, los mas ricos de mi paisito, una burguesía también a medias tintas pero al final la mas revolucionaria de todas las clases inventadas, orgullosa, un orgullo pequeño es cierto, pero potente ante la indecisión de todos, aquella clase portaba, por su propia naturaleza, también un odio pequeño, incapaz e impotente, tal como la burguesía italiana, la mas mediocre burguesía europea; y como el odio a los ricos de un territorio no puede venir sino de los que sufren el orgullo ricachón,

también, los reventados de mi paisito los odiaban pero con respeto, un odio de corbata sucia y arrastrado, sin decirlo, sin hacerlo concreto, sin mirar a los ojos. En el fondo nadie iba a hacer nada de nada. Al fin yo no era de ninguna parte y no me sentía orgulloso de nada como aquellos obreristas repulsivos amantes de todo lo pisoteado, hasta en cierto grado contentos y alardeadores. Yo no podría ser orgulloso de un segmento que a través de la historia universal ha sido reventado a fondo y llegar a la esquizofrenia de proclamarlo como una victoria.

Con Walter permanecíamos frente a un autobús a la espera de abordarlo con destino a Melipilla, esta vez con carácter dinamitero ya que nos encontrábamos resueltos a dejar en la completa oscuridad a nuestro querido Santiago. Yo no sentía nada, salvo una espontánea satisfacción por hacer lo que parecía agradarme y que me dejaba un inusitado hálito de tranquilidad, no por lo que esperaba del futuro ni menos aun por la esperanza de que lo que hacía fuera en beneficio de nadie que no fuera yo mismo. En última instancia eso parecía ser lo único que importaba, en este mundo de repeticiones constantes, hacerlo agradable y soportable a pesar de lo que uno sabe de sí mismo y de los demás. Yo no terminaba de ir de un lado a otro, conociendo hombres y también viéndolos morir.

Sentados ya y en camino hacia Melipilla comencé a ver a la gente de a bordo, todos ellos humildes y silenciosos y en aquel momento recordé las palabras de una película que había visto por esos días, "La ley de la calle", en la cual uno de los protagonistas le decía a su hermano menor: "Para dirigir a la gente hay que tener un lugar adónde llegar"; aquello me vino a la cabeza pensando las palabras de muchos de mis compañeros que decían que éramos la vanguardia de todas estas gentes cuyo animo sólo se definía a partir del estómago, los únicos capaces de conducirlos hacia su emancipación oprobiosa. En buenas cuentas nadie sabía a dónde los íbamos a conducir, aquel lugar no existía ni siquiera en las ubicaciones más inimaginables de nuestro planeta; aquel lugar solo era una construcción de palabras. Así es la gente, siempre queriendo ir hacia los lugares que no existen y que nacen desde cierta

conjugación de palabras. Luego de una media hora en el autobús nos bajamos en medio del campo para internarnos por un sendero, sin más intención que ubicar las torres que caerían bajo nuestras garras detonadoras. La intención final de dicha expedición era conocer el terreno en el cual, dentro de dos noches mas, nos dejaríamos caer para fraguar la breve oscuridad de toda la capital.

—¿Y bien Vasco, ya has estado en algo como esto? —me preguntó Walter sorteando los arbustos que se cruzaban por nuestro camino.

—Jamás, mi experiencia hasta ahora se reduce al intento de hacer algo —le respondí.

—Bueno, veras que no es mayormente complejo, sólo hay que hacer las cosas con rapidez y nada saldrá mal. —Aquello ya me lo habían dicho y el resultado fue cuatro meses de cárcel —respondí con algo de ironía.

—Esto es diferente, nadie nos estará mirando, no nos demoraremos más de diez minutos entre torre y torre.

—¿Cómo es eso de entre torre y torre? —consulté extrañado.

—Es que tenemos que botar dos torres a la vez, contestó con obviedad. Felizmente yo me encontraba en la pura ignorancia en este tipo de actividades, y mas aun, mi conocimiento en las sustancias químicas, que bajo ciertas condiciones les da por expandirse a más no poder, se reducía a ver la estampida que provocaban los fuegos artificiales en el puerto para cada nuevo año. Aquella ignorancia parece haberla notado Walter, ya que comenzó a darme, en ese mismo sitio, una breve introducción en el manejo y comportamiento de los mencionados artefactos. Así recorrimos otros treinta minutos entre la maleza en la búsqueda de las famosas torres de alta tensión. Mientras tanto, Walter discurría entre los explosivos y sus métodos de iniciación y otras tantas cosas que no pude entender en aquel oprobioso instante de caminata. Mas bien todo lo dicho por él me daba la impresión que iba quedando adosado a cada piedra que pisaban nuestros pies. Finalmente tras unos montes aparecieron las benditas torres. Iban en línea separadas cada doscientos metros. Se veían altas e imponentes, como un gran coloso

de acero, yo aun no imaginaba como habríamos de tumbarlas ni menos como subir sobre ellas en medio de todos esos alambres que se alzaban cuales pequeñas gárgolas defensoras de la estructura.

—Sabes —dijo él mirando hacia el horizonte—, es mejor ocupar iniciación mecánica para esta oportunidad.

—Mhh —le respondí sin tener idea a lo que se refería.

—En una oportunidad —continuó él como si yo entendiera todo aquello que decía—, se nos reventó un detonador eléctrico y a un compañero se le fue un dedo, ya sabes, por la corriente que existe en estas torres, un neutrón que entre por uno de los contactos y adiós a todos, no quedaremos mas que trozos desperdigados por el campo.

—Entonces es preciso utilizar un iniciador mecánico —le respondí con la sola conclusión de que aquello era lo mas seguro para seguir entero. Luego de eso me quedó mirando y se lanzó a reír a sabiendas que yo no entendía nada de nada.

—¿No entiendes ni un coco, no?

—Así es, pero si tú dices que es lo más seguro por algo será, no pretendo ser especialista en nada, sólo quiero hacer esto y largarme por el mismo camino.

—Sabes, cuando el Frente aún no nacía, éramos unos cuantos psicodélicos comunistoides que hacíamos estas cosas, pero de forma casi ridícula. Esos tiempos del Frente Cero eran de verdadera fiesta; lo de cero venía de una metáfora de inexistencia ya que en las células del PC habían responsables, como un secretariado denominado 123, el uno era el secretario, el dos el orgánico y el tres algo así como el "goma" de todos ellos. Como había que incorporar a los nuevos engendros extremistoides y no sabían dónde ponerlos en esa cadena alimenticia, porque ni siquiera dábamos para ser el número cuatro en aquel orden burocrático, nadie nos quería reconocer, nos pusieron entonces delante de todos pero en la máxima desvaloración guarísmica, es decir, éramos el cero absoluto. Pero en fin, en aquel tiempo veníamos en camioneta y con una gran cuerda de acero tratábamos de juntar los cables de un lado a otro para apagar la luz. Era el tiempo que los ancianitos del PC aún no se convencían de hacer algo y nos daban agüita para tranquilizarnos,

íbamos como trasto en trasto no sabiendo que éramos ni que queríamos, estábamos entre la propaganda y algo mas, tratando siempre de no pasar más allá, porque ya sabes, las consecuencias podían ser complicadas y por aquellos días nadie quería hacerse cargo de las consecuencias; pero el monstruo creció y ahora hasta conocemos de explosivos, ¿quién sabe lo que podemos llegar a hacer, no?

—Mhh —le respondí sin mucho interés—. A los dos días nos encontrábamos todos juntos al interior de un incomodo Fiat 600, de propiedad del rubio Alexis, rumbo a Melipilla. Alexis era un tipo con pequeñas motas sobre su cabeza como si hubiera un colchón dibujado sobre ella. Walter atrás junto a otro, del cual nunca supe el nombre, conversaban sobre los detalles de la voladura. A esas alturas yo tenía claro que no treparía como un mandril y que mi labor se reduciría a la "contención", ¿de qué?, no tenía ni la menor idea ya que supuestamente no habría nadie en las cercanías de la torre elegida.

Sentía que ahora sí correrían los vientos para ser un verdadero saboteador. No podía ser de otra manera, a un lado de los asientos se alcanzaban a ver los explosivos bien ordenados, al otro costado una ametralladora y en mi cintura una pistola que llevaba cual vaquero del oeste. Los otros dos ya sabían cuales eran las suyas, por lo que pude suponer que mi presencia era algo así como de última hora, una especie de parche que llenaba el espacio de algún infeliz que se arrepintió, infeliz no por su arrepentimiento sino porque su salida no dejaba mas alternativa de que yo fuera el parche, cuestiones azarasas por cierto, pero no por ello menos desgraciadas para mí. En un momento dado llame a Walter hacia atrás con voz bastante baja para que me explicara eso de la contención. La verdad no tenía intención de que los otros se enteraran de mi ineptitud.

—Bueno —dijo él—, es cosa de que si ves a alguien, primero que nada avises, ¿no?

—¿Y luego? —le reiteré hacia atrás tratando de que los otros no escucharan.

—Luego das la señal que te mencione, gritas alerta; también depende de quien sea, naturalmente si ves venir a alguien armado y dispuesto a atacarnos, tendrás que usar la pistolita, ¿no?

— Te aclaro que mis sentidos primarios son algo farsantes en estas situaciones.

—No te preocupes, no pasará nadie por ahí —terminó diciéndome con seguridad. Eso era algo que valía bastante en aquellas situaciones, alguien que se presentara con mucha seguridad era signo de que todo iba a salir bien y sin mayor contratiempo, era algo así como una relación pastoral que se fundaba entre el responsable y los subordinados, claro que esa relación también dio para mucho, sobre todo cuando empezamos a perdernos en cosas que nadie sabía ni conocía. Al cabo de unos cuarenta minutos llegamos al sitio y descendimos del Fiat, lo dejamos a la vera del camino cubierto con algunas ramas secas que se encontraban por ahí. Comenzamos a caminar a paso veloz en medio de toda aquella oscuridad suburbana. La verdad no tengo ni la menor idea como dimos con el lugar ya que no se veía absolutamente nada. Pero ahí estábamos a los pies de la torre, en tanto Alexis y el otro se desplazaban hacia la otra torre con sigiloidad y sobre todo mucho terror. Walter me miró y luego miro su reloj, ahora dijo y comenzó a escalar la estructura metálica con un alicate en su mano para rebanar los alambres, en tanto yo no paraba de mirar lo que él hacía afanosamente allí en lo alto. Cruzaba de pata en pata uniéndolas con las cargas y un cordón. Era una verdadera proeza lo que hacía, como una danza metálica sobre aquellas estructuras que emergían desde el fondo de la tierra. Yo no dejaba de sorprenderme con tal espectáculo. Mi tarea la había olvidado por completo, no vigilaba nada a mí alrededor. De pronto Walter miró hacia abajo y notando mi descuido gritó qué mierda era lo que estaba haciendo. En ese momento tome conciencia y me dispuse a vigilar en mi rol de "contenedor" de cualquier cosa.

En medio de la noche y en aquel campo ajeno no veía más que figuras extrañísimas, movimientos por todos lados, mi imaginación no paraba de inventar agresores. Mi corazón latía con mas fuerza

que nunca, como si fuera el último instante de mi vida, el mas precioso y prolongado momento de regocijo, empero el terror me hacia sentir ruidos y ver ojos de mil criaturas apocalípticas. En un momento sentí a mi alrededor verdaderos movimientos que se entrelazaban en un ascendente desorden, estaba claro, no había otra posibilidad, los movimientos existían y su corolario no podría ser otro que encontrarme cara a cara con algún sujeto presto a eliminarnos. Así me dispuse en el recuerdo de aquel viaje a Quilpué donde nos enseñaron que posición se debía asumir antes de hacer un disparo, y me lance con la pistola al suelo húmedo de Melipilla gritando ¡alerta, alerta! Iba a comenzar a dar disparos hacia cualquier sitio cuando alcanzo a notar la cabeza rubia de Alexis con su cara desencajada al verme apuntándolo indiscriminadamente; Walter mientras bajaba gritaba: ¡no dispaes, no dispaes, que es Alexis! El rubio permanecía delante mío como una estatua gélida, sin decir nada, sin expresar otra cosa más que el espanto que le había provocado mi desatino. En fin, ya estaba todo listo para emprender la huida, las mechas encendidas en las cargas explosivas se veían como pequeñas estrellas fosforescentes. Partimos corriendo por el mismo camino, las caídas fueron continuas a lo largo del trayecto hasta que llegamos al bendito y alabado Fiat. Ahora íbamos todos más tranquilos y en silencio camino a Santiago, esperando en no más de unos minutos ver las detonaciones a la distancia.

Ver las explosiones en la noche era algo verdaderamente hermoso, primero la luz azul que irrumpía en la oscuridad y luego de unos segundos el sonido ensordecedor. Así vimos aquella noche, camino a Santiago, las dos explosiones.

En otras partes del país también procedían a hacer lo mismo, eso provocó un apagón nacional que duró muchas horas. Aquellos rituales de oscuridad duraron por bastante tiempo, hasta que cada vez comenzamos a ser menos.

Nuestro argumento estético de la existencia comenzó a ser pragmático y aburrido. Nos convertíamos en políticos. Quizás una de las cosas más bellas que logramos hacer, fue prolongar la noche mediante pequeñas y caprichosas explosiones, arrebatarle a la luz la

prepotencia de develar los rostros de los hombres y mujeres de Santiago. Al fin en la oscuridad nadie logra verse tal como es, sólo sombras parlantes y en movimiento, preciosos cadáveres levitando por las calles. Eso era lo que lograba ver cuando subía a la azotea de mi torre real desde la cual se podía observar Santiago a la distancia, iluminado por pequeñas barricadas defendidas por aquellos esqueletos palúdicos y febriles lanzando piedras. Me sentía invencible.

XII

Aquella última incursión por los campos de Melipilla había dejado en mí una fuerte secuela estomacal. Que decir, el terror actúa de difíciles formas en nuestro interior. Al final uno no sabe dónde va a terminar todo, y eso de vivir en la penumbra de la seguridad no deja más que desajustes estomacales y mentales, aunque más mentales que estomacales, pero en suma daba lo mismo, nos desintegrábamos.

No es extraño que la melancolía, la pena, el miedo y la soledad no dejen de ser sólo la partida para nuestra ruina corporal. En última instancia aquello lo podemos verificar en la cara de cada viejo que transita frente a nosotros. El proceso a simple vista no es nada complicado, primero vienen los dolores internos y luego, cuando ya no hay mas que soportar, se dibujan las contorsiones en nuestro rostro. Las más espantosas muecas de la vejez se van depositando como nuevos pasajeros en lo poco de vida que nos va quedando, de un lado a otro, en cada reflejo casual no dejan de recordarnos el proceso de lenta putrefacción que vamos comportando. En suma yo no sentía más que dolores estomacales y fuertes deseos de vomitar. Imagino que algo deben de haber aportado aquellos almuerzos ingeridos a la bajada de la torre, es cierto, era un lugar cuyas medidas higiénicas sólo eran pelotitas de cristal adornando el sitio. Todo eso sumado a los terrores provocados por mis incursiones irregulares me tenían postrado sobre mi colchón, sin más esperanza que el azar, un soplo divino que viniera a salvar mi estado

deplorable. Como generalmente permanecía solo, que no es lo mismo que abandonado, me dispuse a dar solución a mi tragedia. Para ello me arrastré hacia el baño en busca de un remedio, pero una vez allí comprobé que ni siquiera poseía un botiquín. Me armé de valor y salí como pude hacia la posta central. Aquellos espasmos no paraban de atormentarme y no podía mantener una posición erecta, lo que significó que tuve que caminar hasta un taxi casi encorvado. Nos dirigimos a toda prisa hacia el hospital. La entrada de aquel servicio de urgencia sólo podía ir en detrimento de mi estado emocional, no se veían más que hombres tasajeados y sangrantes, viejas de reducido tamaño cuyas piernas no eran sino un volcán a punta de estallar con todas esas venas verdosas y gruesas. Inválidos, accidentados de la más baja especie, jóvenes madres con pequeños y famélicos retoños en sus brazos, todos ellos haciendo una larga fila para entrar a la urgencia del recinto. Una vez sorteado todo ese cuadro ingresé al interior de una sala de espera atiborrada de más de aquellos seres, pero esta vez más escabrosos ya que los quejidos provenían de cada rincón de dicha sala. Todo ello se enredaba con el característico hedor anestésico de los recintos hospitalarios.

Una vez en la cola tomé conciencia de que mi estado no daba para seguir en esa odiosa espera por lo que me autoconminé a desprenderme de cualquier tipo de respeto hacia los demás hirientes y sangrantes pacientes de la Posta Central. Avancé con mis quejidos y mi cara de pre-muerto por entremedio de todos los correligionarios de dolor.

Por favor permiso, ¡no puedo más, no puedo más! Repetía entre todas aquellas caras de desprecio por mi prepotencia. La verdad no podía mas, sentía que mi interior en cosa de segundos detonaría dejándome esparcido por toda la sala. Solo me faltaban unos metros para ingresar a la sala de atenciones, unos cuantos sufrientes más y ya estaría adentro explicando mi dolor.

—Un momento, ¿adónde crees que vas? —me replicó una vieja cuya placa dental se soltaba al pronunciar ciertos diptongos.

—Perdón señora pero mi estado es urgente, le juro que no puedo más —le respondí entre muecas y espasmos.

—No, aquí cada cual hace la fila joven, mire usted para atrás, acaso ve gente sonriente y feliz, ellos, cada uno de ellos esta en su mismo estado y quizá peor, así es que haga la cola y no se avive. Ante la contundente negativa y debido a que la fila no avanzaba en nada y para ningún sitio, se me vino a la cabeza la posibilidad de comprarle el puesto a aquella vieja que seguramente asistía para que le refaccionaran su sarrosa placa dental.

—Señora, le doy dos lucas si me deja pasar —le dije en voz baja y sin ninguna vergüenza. Cuando le hice el ofrecimiento económico a la anciana le brillaron sus ojos. Me quedó mirando como pensando la oferta. Sus ojos no paraban de moverse en dirección de los demás hirientes y pasivos dolientes.

—Mhh. Por un poco mas quizá puedas pasar —me contestó en una evidente actitud negociante.

—Dos quinientos —le respondí en una estrategia de tira y afloja.

—Tres lucas y pasas —me respondió con su último pedido.

—Dos setecientos y aquí no ha pasado nada —respondí con la última oferta.

—Vale —me dijo estirando su zarpa negociadora. Saqué el dinero y se lo entregué con premura, no podía seguir esperando. Aquella acción fue advertida por todos los pacientes de la fila y fue como alguna variante de nepotismo en los más bajos estratos de la sociedad. Yo me desentendía por completo, ya que estaba ingresando a la sala de atención.

Una vez adentro me atendió un doctor, su pronóstico fue contundente y acertado. Presentaba la sintomatología típica de los ulcerosos novatos, para ello me hizo una serie de precarios exámenes bebiendo líquidos blancos y luego de sacar algunas radiografías, el resultado era terminante: Ulcera. Ya no solo convivía en mi interior la cicatriz intestinal sino que poseía un nuevo orificio creado por una bacteria de nombre *Helicobacter pylori*, aquella inmunda se depositó en mi organismo como invitada indeseada. Recordé a mi padre y sus obsesiones.

Ahí mismo me recetó una serie de medicamentos que fui desechando con el tiempo, pero la infalible Ranitidina me salvó de

las situaciones mas dolorosas en lo que concernía a mi dolencia ulcerosa y la residencia con aquella bacteria se fue haciendo mas pasable con el tiempo.

Al salir de aquella atención erecto y sin dolores, gracias a los medicamentos, pude comprobar lo que había resultado de mi negociación con la anciana. Existía un verdadero alboroto, por un lado todos los ofendidos las emprendían contra la anciana vendedora de puestos y por otro, ella se defendía con todo lo que podía. Aquella vieja no paraba de gritar, por lo que su dentadura no podía sino salir expulsada de su boca a cada aullido. Le gritaron de todo, incluso, a mas de algún furibundo se le pasó por la cabeza golpearla ahí mismo, pero ante la presencia de la ley aquellos intentos de osadía no dejaron de ser mas que una intención.

Salí como pude, tratando de no ser advertido ya que también me convertiría en blanco de todos esos desesperados y lo que mas me preocupaba era un encuentro indeseado con los representante de la ley. Logré escabullirme en el momento que la situación llegaba a su punto máximo cuando la anciana gritaba a mas no poder y salió definitivamente expulsada su dentadura cayendo al piso y quebrándose su quiebre en dos partes compactas. Allí la vieja estalló en llantos desesperados y sus contrincantes reventaron en carcajadas de regocijo y victoria. Justicia de Dios, decían algunos que permanecieron ajenos a la contienda, otros argumentaban: la ley de la naturaleza ataca a los injustos, y los más exaltados celebraban con la odiosidad que solo puede venir de la expectación ante la humillación ajena.

Pero mi peregrinación sanatoria no iba a terminar ahí, esa visita me había hecho renacer los recuerdos de mi padre y su labor medica. Por la cercanía que existía entre la Posta y el hospital Salvador, me di a la tarea de caminar en su búsqueda. Era claro, Como una ley, que no podía ver a nadie de mi familia, por eso de la seguridad. Más que por ley, yo lo tomaba por el simple hecho de no querer volver a la jaula. Pero en ese instante el instinto de una cierta pertenencia fue más fuerte. Así me fui por las calles de Santiago

tomando mis recaudos, superficiales y caprichosos, pero recaudos a fin de cuentas.

Caminaba con algunas imágenes que me iban dejando los diarios, titulares difusos pero concluyentes sobre la muerte y otras cosas de esos tiempos. Aquellos tres militantes comunistas aparecían degollados y por otro lado unos hermanos, apellidados Vergara, caían abiertos por las balas a manos de carabineros, manteniendo esa característica mirada de tranquilidad que suelen llevarse algunos muertos.

Mi paisito se rebelaba en aquel año de 1985. Los paros nacionales, que en rigor jamás fueron nacionales, se propagaban como el agua, las protestas, las huelgas y todas las manifestaciones del estómago surgieron como parto de conejos. Los estudiantes, yo ya no lo era, tomaban sus aulas por cualquier motivo, salían a las calles a protestar como en ningún otro año. Era común toparse a cualquier hora con alguna manifestación callejera, ahí se veían los exaltados de toda índole, gimiendo y saltando en contra del tiranillo, todos ellos alrededor de uno de los más grandes íconos de esos tiempos: la barricada. Aquel mecanismo más que nada era un símbolo, y ello debido a su inutilidad práctica. Quizá el mayor peso lo tuvo en ese significado, en su labor de fractura del tiempo, porque no solo cortaban las calles, sino también la emergencia de una nueva era y una historia paralela surgía de aquel corte. Los artefactos partían de un no-lugar que en cierta forma rogaban integración desde una posición de corte; al tiempo que cortaban el paso al enemigo potencial, pedían una integración hacia un mundo liberado de los pequeños tiranuelos. Hoy si es que hay algún resto de ese símbolo, se ejerce para una integración hacia un modelo que los excluye, digo, a todos aquellos que alguna vez se reunieron alrededor de ese bastión.

Sin duda lo mas contundente era el fuego, un rito convocante, el viejo sueño de los hombres, la pequeña penumbra iluminada por el preludio de toda tierra liberada, lo barbarizante que había en las llamas, la prehistoria que hay en toda guerra. Al fin eso era lo que existía en toda tentativa de revolución, un sueño bárbaro. Un nuevo

tipo de santo emergía de los viejos deseos de los hombres nuevos, la pureza y castidad, la higiene de una nueva raza que saldría de los escombros dispuesta a sanear toda la escoria depositada sobre la tierra, un rito purificador.

Ciertamente yo era un bárbaro pero quería seguir siéndolo aun en medio de todos mis hermanos, sin más pretensiones que arrastrar mis pieles en medio del fuego.

XIII

Se solía decir por aquel tiempo: "Lo militar, compañero, se subordina a lo político, esto es una ley". Aquello partía de la base de que "lo político" era un conjunto de relaciones y mecanismos ajenos a los abyectos dominios de la violencia. Todo esto, por cierto, se fundaba sobre el supuesto que lo constante es el estado donde reinan las relaciones políticas como ejes en el desenvolvimiento de los intereses humanos. Pero la ausencia de confrontación directa y material no significaba que la violencia no estuviera presente, sino que "lo político" era sólo otra cara de "lo violento". Ciertamente, menos escabrosa y decadente pero al fin, también, menos honesta. Digo, no estaban en una relación de subordinación sino que de oportunidad. Ambas se sucedían una tras otra por los caminos del tiempo y la historia, dependiendo de quien lo dijera y administrara. Es por ello que era fácil y agradable dividir al mundo en condiciones objetivas y subjetivas, las tierras binarias son más fáciles de digerir y amoldar. Por otro lado, también, jugaba un papel discriminatorio con todos los que habíamos hecho de la política una prolongación de la violencia y no de esta una prolongación de la política. En suma no dejábamos de ser el hijo indeseado del padre confundido y timorato. Pero esto no era lo que resonaba en la pequeña pieza donde me encontraba junto a otros conspiradores a la espera de un nuevo ataque, dos meses después de haber dejado en la oscuridad a Santiago. Ya empezaba a convencerme de que esto será cosa de

todos los días, no en vano recordaba lo que dijo el Loco Carlos cuando recién lo conocí.

Ahora, junto a Rodrigo que también estaba ahí, nos hablaban de la importancia de lo que haríamos por la noche. En cierta medida nos daban algo así como un baño de convicciones y certezas de que lo que haríamos sería fundamental. ¿Para qué? Para eso que denominaban por aquellos tiempos como "lo subjetivo" y que era la ruma de estados emocionales de "las masas", en suma sólo ateniéndose a los caprichos que les dictara el estómago a todos esos seres encubiertos en la turba podríamos saber lo correcto. Aquellas palabras eran como una dosis moral, un ramillete de verdades por las cuales morir en paz y serenidad. Al fin cuando uno iba a ese tipo de cosas, lo hacía con los mismos pensamientos y las mismas imágenes que portamos todos los días. El temor se ubicaba en la posibilidad de ya no tener más esos pensamientos y aquellas imágenes que nos dejaba la vida.

No lo había dicho, pero mi padre ya estaba casi muerto cuando pude ubicarlo en el hospital hacia un mes atrás. Postrado sobre una cama de aquel hospital, no paró de arrepentirse de haberme abandonado en la cárcel durante esos meses. Yo sólo sentía lastima por su estado deteriorado y trapeso. Mi padre había poseído ese sello cristiano sobre su vida, una seguridad que lograba prolongar los pequeños espacios de felicidad que alguna vez pudo captar de la vida. Pero al verlo ahí, semimuerto y enflaquecido, su fe era débil y no le permitía esa tranquilidad que promete. Nada de eso, se había convertido en un cúmulo de contradicciones seculares.

Fue así como, en su vicio evocativo, comenzó una larga perorata de lo que debía ser la vida de los hombres, sus deberes y obligaciones impuestas por la vida en conjunto. El lo tenía comprobado por la sola gracia que le había concedido el tiempo de haber atendido a tanto desdichado que se le presentaba en su consultorio. Aquellos pacientes no solo iban a mitigar las dolencias corporales sino que mas encima iban dispuestos a escupir, ahí mismo, todo su odio empotrado en los poros, por toda la miseria de la cual habían sido participes a lo largo de sus vidas. Para mí, sus

confesiones no eran más que el peso del terror de verificar, una vez muerto, la existencia de un cielo y un infierno, y por conclusión pude obtener que a él no le correspondería el cielo. En definitiva sólo eso podía sostener aquel arrepentimiento que lo abrazaba. Yo en tanto, mientras lo miraba sobre su cama, resumía que mi padre nunca estuvo satisfecho con su vida y ahora que estaba ahí, consciente de lo poco que le quedaba, observaba el mundo de los otros con una mirada que solo suelen tener los viejos agotados y derruidos por el tiempo. Aquella mirada que siempre confundimos con la compasión y la posesión de sabiduría, no es más que envidia por lo que no hicieron y por lo que dejan, por la propia impotencia de no poder hacer más que lamentarse una y otra vez. En el fondo la culpa de los agónicos suele ser esperanzadora, ya que les da una posibilidad de arrepentimiento y con ello abren las puertas a una nueva vida en el dudoso mundo de los cielos. Aquello era mi padre en esos momentos, buscaba afanosamente una alternativa de vida. En tanto para mí todo eso era una muestra, aun con la pena que me provocaba su estado, de cómo había que estirar la vida como un chicle descolorido y sin sabor de tanto mascarlos. Ella sólo podía acrecentar mis deseos de perpetuidad y profundidad en este inconexo viaje por el mundo de los seres vivos.

Aquella vez salí con la sensación de que algo realmente se me iba por primera vez. La idea de ausencia de otro ya estaba cobrando vida en mí, quizá ya no volvería a ver con vida a mi padre, en oportunidades el laconismo suele ser mejor que las largas despedidas. La vejez lo vencía como a nosotros nos vencería el tiempo. A pesar de todo ello estaba una vez más ahí en medio de otros, listo para un nuevo emprendimiento.

Generalmente las casas donde procedíamos a realizar aquellos "acuartelamientos" eran propiedad de amigos y de amigos de otros amigos, en definitiva gente con la cual uno jamás se iba a encontrar. Esta vez era una casa de dos pisos en cuyas murallas sólo se podían ver, como adornos, esa artesanía monstruosa y decadente hecha por los que alguna vez estuvieron presos. Palomitas cubiertas con lana de colores, cueros grabados con propaganda martirizante y un sinfín

de artefactos propios de una civilización al borde del desaparecimiento. Yo me mantenía atento a develar los trasfondos religiosos de toda esa tradición, mientras, a lo lejos escuchaba la voz del Loco Carlos y su característica vehemencia primigenia con ciertas cosas y ciertos hombres, era lo que estaba dejando impreso en aquella estructura a la cual pertenecíamos.

Para muchos no había otra cosa sobre la tierra que los principios por los cuales caer reventado al borde de la nada. Para otros había más cosas por las cuales luchar y ser triturado. Para mí sólo habían hombres con los cuales compartir el sinuoso espacio de ilusión que nos tocaba atravesar.

—Es preciso saber cuáles son nuestros deberes, nuestra porción de odio al enemigo. Nos han matado a muchos hermanos, eso no es un simple antecedente estadístico, es una razón más para descargar la ira sobre ellos. Saber, en última instancia, las razones que movilizan al Frente en este periodo, debemos, ante todo, ser los artífices de la liberación de nuestra patria, todo eso nos dará la convicción de que la tarea encomendada para ustedes hoy sea realizada con éxito y asumida con una mística que este a la altura de los requerimientos —dijo el Loco Carlos en un evidente momento de solemnidad patria.

Al Loco Carlos yo le creía, no era un tipo de plástico ni menos un farsante. Era de verdad, sin embargo pensábamos cosas diferentes, en el caso de que yo alcanzara a creer en algo más que en mí mismo y en la piel que me cubría todas los días. Los otros guardaban silencio atentos a cada palabra, yo sólo guardaba silencio. Ya lo he dicho antes, para mí la patria no era nada.

Luego prosiguió con algunos detalles técnicos y finalizó su intervención mencionando la campaña en la cual estábamos todos. "Contra la tiranía, el pueblo pasa a la ofensiva". En rigor los únicos que pasábamos realmente a la ofensiva éramos nosotros cinco, cinco pelagatos dispuestos a atacar un cuartel completo de la Central Nacional de Informaciones, los gusanuelos más temidos por su número y su ferocidad contra aquellos que lograban hacer sus prisioneros.

Uno a veces hace las cosas por el solo terror que nos provoca, digo, estar en una situación como la de ser un prisionero de aquellos rufianes. Como la vida esta plagada de vueltas y vueltas uno no puede vengarse en ciertas circunstancias y es mejor obrar por anticipado. No dudaría en balear y bombardear mil veces, todas las veces que fuera necesario, a todos esos engendros demoniacos antes que ellos me tuvieran desnudo y amarrado a cientos de cables. Esta era mi anticipada vendetta por todo lo que me harían si alguna vez cayera en sus manos. Ya los odiaba por lo que aun no me habían hecho, pero sin duda alguna lo harían, para ellos era una sola cuestión de oportunidad, para mí en tanto era una cuestión de urgencia. Al final de las palabras entró a la escena oral Rodrigo, aquel Rodrigo que gozaba del respeto ineludible de todos los rodriguistas que lo conocían de manera directa, y mas aun, los que lo conocían mediante las palabras de otros. El era el gran pastor que, baja su bastón, dirigía a esta turba de psicodélicos armados. Cuidando siempre de cada detalle, hasta que nos sentíamos seguros de lo que haríamos. Aquella personalidad yo la podía percibir tanto como las situaciones en que imaginaba mi propia muerte, una suerte de pura sensación a modo de fragmentos que se sucedían uno tras de otro.

—La presencia de los últimos hermanos que se nos han ido en este trayecto no puede pasar inadvertida. Hay cosas por las cuales luchar; pero es necesario saber advertir el momento de vivir, saber en buenas cuentas que la libertad, mas que una noción, es un movimiento compulsivo, un ejercicio físico desnudo y violento. Sólo si conjugamos el instinto con el deseo, veremos cosas que jamás nadie ha imaginado y al ver aquello haremos cosas inauditas; porque nuestra acción es sólo el reflejo nítido de lo que fuimos capaces de ver, la mejor poesía no es la que se escribe sino la que se vive desarmando los días en forma de versos —dijo Rodrigo mientras nos miraba. Al parecer nadie logró entender lo último que había dicho, empero, fue escuchado en un silencio aun mayor que el anterior. Lo que habló lo pronunció lentamente, como si cada palabra fuera una catedral gótica; cada una era un tejido espeso, cada una iba más allá

del simple hecho de la comunicación. Rodrigo tenía un halo de misterio que pocos podían develar en medio de tanta sentencia absoluta, en medio de tanta ley inmutable y citas apopléjicas de cuanto informe andaba corriendo por aquellos tiempos de plenos y reuniones. La mística era entendida como la constante rememoración de aquellos que habían muerto, mezclada con signos extrañamente patrios e históricos. Las banderas, los fusiles, la solemnidad oblicua y tajante, muchas veces impuesta por hábitos y repeticiones incansables, sólo era una interpretación epocal y minima de la idea de mística. Tal vez con aquellas palabras de Rodrigo, muchas veces inentendibles, a modo de parábolas, se desentrañaba una mística paralela que iba corriendo inconscientemente de la mano de todos aquellos que fueron bajando hacia la noche y descubriendo con ella, aunque fuera en inmedibles segundos, la verdad de las cosas. Muchos años después fue ese descubrimiento que quizá mantuvo a Rodrigo en silencio entre las montañas de Los Queñes a la espera de cualquier cosa. Es un mínimo instante en que se sabe todo, ciegamente sólo cabe guardar silencio y que el mundo siga su rumbo.

Ambos se habían marchado y nosotros estábamos abordando la camioneta, que días antes robáramos para nuestra movilización. El cuartel nos aguardaba, cinco en total, con Walter a la cabeza de toda esta travesía. Estaba ubicado en la comuna de Providencia, específicamente en la calle Rancagua, cerca de mi torre. Ya estábamos a cuadras del lugar. Entramos en contra del tráfico una vez que los semáforos dieron rojo. Las emprendimos en dirección hacia el cuartel. El rubio Alexis iba al volante y otro a su lado con una pistola, atrás permanecíamos Walter, un paliducho pequeño y yo.

Aquel paliducho cumpliría esta vez lo que yo había hecho la vez anterior; es decir, el contendría, de verdad, el baleo que nos darían los CNI una vez que iniciáramos la arrancada del lugar. Eso era una norma, jamás nos darían directo y sólo repelerían cuando fuéramos en desventaja espacial. Para evitar sorpresas nos habíamos dado a la labor de blindar nuestro vehiculo con sendas planchas

metálicas a los costados y atrás. Aquello fue en la casa de un pendejo moreno y silencioso, a quien mas tarde conocería luego de muchas muertes, cuando ya sus ojos no eran los mismos.

Mis manos sudaban portando, urgidamente, la ametralladora que esta vez llevaba a mi cargo, Walter portaba una similar y el Paliducho una pistola y un tarro metálico atiborrado de explosivo para lanzarlo al interior del cuartel, el que gozaba de altos portones negros flanqueados por dos casamatas de guardia.

Deberían haberlo visto... apenas nos asomamos por el frente del cuartel comenzó la fiesta de pólvora. Después de aquello quedé sordo por varias semanas.

Uno puede morir de tanto espanto que va soportando a través de la vida, pero también todo ese espanto puede venir comprimido de una sola vez, trayendo todos los horrores que estamos dispuestos a recibir, pero eso es una carga insoportable y solo un muy antiguo cinismo puede desvincularnos de ese instante, salvando los despojos vivientes que podrían quedar de nosotros luego de aquello. Nada mas que eso, creer que uno no esta en esa situación a veces puede salvar la vida como ninguna otra cosa podría hacerlo ni la fe ni los principios ni las ideas ni las armas ni todos los dioses que existan por ahí. Nada. Sólo imaginar que uno no es ese que esta ahí viendo como los tiros van rebotando como pájaros perdidos de la bandada. Era lo único que lograba divisar entre mis ojos cerrados y mi dedo que pulsaba el gatillo de la ametralladora, solo rebotes de esos pequeños objetos sobre el portón. Pequeñas tortugas voladoras y enfurecidas.

En un momento abrí los ojos y pude comprobar, debido a mi posición en cuclillas al lado de Walter, que estaba de pie y que las vainas de su arma iban a dar justo sobre mi cabeza; no era mas que eso, todos esos pequeños cilindros metálicos iban alimentando mi imaginación mezclada con trozos de realidad y estampidos fulminantes. Nadie gritaba vivas a la patria ni llamaba al pueblo a levantarse. Todos queríamos salir luego de ahí para seguir viviendo este tipo de rarezas que nos presentaba la vida. Fueron largos segundos esperando ver la cabeza de algún soldadito, o lo que era

peor, el cañón de su arma apuntando hacia nosotros. Pero nada. Todo había enmudecido, la calle, las gentes, los autos, los semáforos, era como si toda la tierra estuviera pendiente del breve espectáculo que ofrecíamos en la comuna de Providencia. En medio de ese silencio, desde el fondo de la camioneta, veo levantarse al Paliducho y en un esfuerzo sobrehumano lanzar el tarro con explosivo al interior del cuartel; mientras esos segundos transcurrían, Walter y yo expectantes esperábamos que saliera definitivamente algún soldadito, pero ninguno aceptó el guante, no hubo recepción ante nuestra desafiante lluvia de balas. Nada. Mi venganza mortal habría de esperar, pero eso me ponía aun mas nervioso ya que mientras mas desafíos les lanzara, mas grande sería la venganza de ellos si algún día me tenían entre sus manos. En los próximos segundos detonó la carga al interior y vimos como salían expulsados toda clase de objetos materiales, pero ni rastros de algún miembro de la CNI reducido a escombros. Walter golpeó el techo de la camioneta y el rubio aceleró en busca de la huida, corrimos a toda velocidad dejando atrás varias docenas de cilindros esparcidos sobre el pavimento y una cortina de humo levantada por la explosión.

Es cierto, por mucho tiempo nos atrapó una costumbre de atacar a cuanto cuartel descubríamos y generalmente las emprendíamos contra cuanta muralla poseía. Todo lo que aquella noche ocurrió había sido realidad, ninguna imagen creada por mis delirios, ningún sonido prestado de cualquier parte, todo eso, las balas y los hombres quedaron en mi memoria como un tornillo oxidado que jamás pretende salir de su estructura. Así eran las cosas para mí por esos tiempos, tal como en la frustrada incineración del microbús en Valparaíso no habíamos levantado a nadie, una vez mas no pudimos comprobar el estado anímico del ganado, pero eso no importaba, lo juro de verdad, no importaba.

XIV

Al cabo de dos horas en las cuales recorrí el centro de Santiago para alejarme del lugar atacado, retornaba a mi torre, casi en la sordera absoluta, cansado y soñoliento, pero enteramente poderoso, grande, casi gigantesco por no decir que era prisionero de un estado inalcanzable. Antes de entrar a la torre decidí pasar a comprar algunos alimentos para mi subsistencia solitaria. Cosas pocas, algunas conservas y frutas. Estaba en el almacén a la salida de la torre y nuevamente me encuentro con mi vecina, la de los gritos. Estaba sola y sin la habitual compañía de los pequeños zancudos parlantes. La comencé a mirar desde uno de los estantes del almacén y en esta nueva vista, alejada de la oscuridad que había en los pasillos del décimo piso, pude comprobarla mas bonita de lo que me la había imaginado en la oscuridad. Hace ya unos buenos meses que venia recordando los placeres eróticos que podía brindarme Mirta por aquellos días pasados, y contado el tiempo de la cárcel, ya eran cerca de doce meses que no veía alguna mujer dispuesta a compartir sus carnes conmigo. Lara era parte de un sueño inalcanzable, un amor estúpidamente tierno que se me iba de las manos con el tiempo. Hace ya bastante que estaba en Santiago y desde la última vez que la vi ya no supe más de ella. Tanto ataque, tanto apagón y armas ya me estaban convirtiendo en un sujeto extraño que no paraba de pensar en eso, viendo por doquier planificaciones y

acuartelamientos, objetivos y enemigos, en suma, mi alienación estaba mutando hacia zonas indescriptibles. Debido a eso me era urgente, una vez más, compartir con seres con intereses del más prosaico revestimiento, sin más intenciones de mi parte que no perder algo que hasta ese momento no podía reconocer, pero que sin embargo me era preciso salvar. Resumiendo, necesitaba relacionarme con el mundo por otros mecanismos ajenos a esta pequeña guerra que estaba librando con mis congéneres. Me acerqué a ella con la sola intención de hablar sobre cualquier cosa, incluso corriendo el riesgo de ser el depósito de sus desgracias y frustraciones presentes.

—¿Cómo está vecina? —le dije con el mas absurdo tono cívico, ya que poco a poco había perdido las nociones de comunicación. Ella volteó algo asustada y me miró extrañada.

—Por fin te dignaste a dirigirme la palabra, ya pensaba que eras como un ermitaño —me respondió en el más festivo de los tonos.

—Muchas preocupaciones laborales, sabes, no es fácil trabajar por estos días, le contesté haciendo titánicos esfuerzo por escucharla.

—Me imagino, si casi ni se te ve por estos lados —respondió pagándole al almacenero que le pasaba un paquete con alimentos y unas botellas. Luego me invitó a su departamento para compartir unas cervezas que portaba en la bolsa de compras. Únicamente por mi urgencia de relacionarme con otras personas acepté la invitación. Al parecer ella también se encontraba en la más ingrata soledad.

Aquello no deja de notarse en las personas, cuando ya han topado el escalafón mas bajo del abandono dejan ya de tener ciertos reparos, omitiendo detalles que anteriormente serían capitales para aceptar una cita o el estrechamiento de relaciones con otro, principian a tener otras premuras menos exigentes, tal vez con el solo hecho de que ya hablen es un principio para relacionarse. Mientras mas solos estemos mas estaremos dispuestos a relacionamos con cualquier pelafustán. Eso yo ya lo podía vivir en carne propia sin más remilgos que mirar sobre la azotea de mi torre durante las noches. El resultado de todo ese encuentro fue mi

acercamiento definitivo y constantemente nocturno al departamento de mi vecina Marta. Aquella mujer no paraba de mimarme continuamente con sus mecánicas sexuales. Resultó ser una mujer extremadamente agradable y dulce, muy por el contrario de la opinión que yo me había ido forjando armado nada más que con mis prejuicios.

Durante aquel tiempo sobre mí había caído una especie de paz lo cual significaba que no haríamos demasiadas cosas. A Walter lo veía en oportunidades sólo para definir algunas cuestiones suntuarias y nada determinantes para mi vida. Aquello no quería decir que otros no estuvieran realizando travesías, pero en particular nosotros estábamos en un periodo de reajustes, de idas y venidas, pero los bombazos resonaban casi todas las semanas en algún banco, los ataques proseguían y todo el mundo continuaba extrañamente en su sitio, el tiranuelo se mantenía como un bloque de acero y nada lo hacía tropezar en su cruzada restauradora.

Ese tiempo pude destinarlo a mis andanzas amorosas. Paseábamos los domingos con los tres pequeños zancudos, íbamos a plazas y parques sin más intención que ver los atardeceres santiaguinos tapados de esmog y su gente esquizofrénica; sospechando de todo ser que se le cruzara por enfrente. Pero Marta y yo éramos un pequeño idilio de cariños y entendimientos mutuos a pesar de que el mayor de sus hijos me miraba todo el día con odio. Yo seguía como el vendedor de seguros pero eso cada vez fue más insostenible para ella. Ningún empleadillo gozaba de las prerrogativas con las cuales yo me movía, ninguno podría tener un horario de trabajo tan anárquico como el mío, empero, ante las constantes sospechas de ella yo seguía en silencio, por nada del mundo le revelaría mis secretos. Ah, buena vida nos brindamos, nada de obligaciones tradicionales, nada de escenas caprichosas y vergonzantes, que distinta era a Mirta, pero aun así no estaba dispuesto a abrirme por completo ante esta venerada mujer, uno no sabe el momento en que todo cambia hacia las miradas de odio.

Uno pretende saberlo todo, tenerlo todo bajo control y cuando estamos casi seguros de las personas a las cuales les damos lo mas

intima de nosotros, ahí mismo se viene encima el derrumbe, el desastre que vuelve todo a un lugar de desgracias y penurias del corazón. Por otro lado, yo tenía claro que mi amorío con ella sería cuestión de meses, no podía ser de otra forma con esta vida que arrastraba de un lugar a otro. Aquellos soldaditos de la CNI nos estaban pisando los talones ida tras ida, cada día caía en sus garras algún rodriguista y nadie estaba a salvo de ellos. Es por eso mismo que trataba de no darle demasiado ímpetu a mi relación sentimental. Uno va por ahí tratando de no dañar a nadie en cosas del corazón, ni menos a Marta que me había abierto sus puertas espirituales para recibirme. Así transcurrió un mes en que mi vida iba de los brazos de Marta y las palabras de Walter dándome siempre alguna novedad que se avecinaba en medio de aquel sol que iluminaba mis días.

Los días de semana los dedicaba a proseguir con una rutina que no diera sospechas a ella de mis actividades conspirativas y los fines de semana los pasaba por completo con ella y los tres zancudos indetenibles. Aquellos fines de semana yo cambiaba de domicilio y me mudaba tres metros más allá de mi departamento hacia el departamento de ella. Era casi una vida de familia, todo iba bien entre Marta, los tres hijos y yo, pero la sombra comenzó a caer cuando una tarde me preguntó:

—Dime, cuando me vas a decir en que realmente trabajas, ya no te puedo creer que seas vendedor de nada, ¿no crees que nos conocemos lo suficiente para que me digas la verdad? —agregó ella. Eso se veía venir, no se puede mantener una mentira con alguien por mucho tiempo y si ese alguien comparte con uno casi todas las cosas. La manía de decir las cosas como son era una característica que yo había perdido por completo.

—Ya te lo dije Marta, soy vendedor de seguros, si no ¿de adónde podría sobrevivir honradamente? —respondí sin mucha vehemencia.

—No sigas mintiendo, Vasco, seguro eres contrabandista o algo por el estilo, nadie puede trabajar así como tú lo haces, además he vista tu actitud cuando salimos a la calle, siempre andas mirando para atrás, seguro que temes algo o de alguien. No podría tener más

razón, era tan observadora de mi actitud persecutoria que ello no lo podía dejar pasar, siempre estaba cuidándome las espaldas para evitar sorpresas desagradables, lo que significo más de una sospecha por parte de ella.

—¿Y qué podría cambiar entre nosotros si te digo que hago?

—Mucho, Vasco, mucho, te podría ayudar si me dijeras lo que haces de verdad, podría mentir por ti y otras cosas también, ¿quién sabe, no?

—Ya me ayudas mas de lo que tú crees, es cierto, pero solo fantaseas, lo digo de verdad. Aquello me dejaba más tranquilo, su actitud solo iba en beneficio de nosotros y más aun de mí. Todo eso yo lo tomaba como expresión de lo mucho que se había adosado a mí y yo a ella. Pero eso solo podía provocarme mas angustia, mas pena por ella y por mí, ya que no llegaríamos mas lejos de lo que yo había llegado en otras oportunidades. Ella haría cualquier cosa por mí, de verdad lo sentía así y fue una de las cosas mas hermosas que me tocó vivir junto a ella. A veces se puede llegar a morir por alguien sin más pretensión que el otro siga respirando libremente. Yo pensaba hasta ese momento que esa era una cualidad solo de las madres para con sus camadas, pero Marta era de una especie extrañamente dulce y fantasmal, una especie de mujer olvidada de sí misma.

La conversación aquella había quedado ahí sin más explicaciones, sólo como la muestra de lo mucho que llegamos a querernos, cada uno a su manera. Pero como había dicho antes, la sombra estaba cayendo nuevamente y mi hermoso tiempo con Marta se acababa de una vez. Las cosas suelen ser así, lo agradable de un tiempo tiende a durar muy poco, de verdad, muy poco.

Un fin de semana cualquiera salió en el noticiario de la noche una lista con nombres y fotografías de todos los rodriguistas buscados por aquellos días tiránicos. Evidentemente yo ocupaba un lugar en dicha lista demoníaca, no era un gran puesto, no era uno de los más buscados de toda esa lista, pero no dudarían en ocupar sus recursos económicos y humanos en mi captura. Yo veía todo aquello como algo increíble, una situación que no era parte de la realidad, mi

cara y la de otros puesta en el noticiario mas visto a esa hora de la noche. Ni siquiera había reparado en que tenía a mi lado a Marta con sus grandes ojos casi desorbitados, hasta que su voz me despertó y me hizo salir de aquella gelidez en la cual estaba sumido.

—¡Eres terrorista Vasco, un terrorista de verdad! sólo recordaba a Walter y a los otros, y por cierto a mi mismo ya que vendría un vendaval de persecuciones.

Aquella noche fue una razzia en contra nuestra. Como las detenciones no venían por separado, por la noche del domingo llegó a mi departamento una turba iracunda de soldaditos dispuestos a darme caza definitiva. Gracias a que pasaba los fines de semana en el departamento de Marta pude salvar milagrosamente de caer en sus garras. Destrozaron lo poco que ahí había e hicieron una gran alarma en la torre. Al cabo de unos minutos, en los que pude verificar que me buscaban, los soldaditos procedieron a interrogar a los vecinos sobre mis movimientos. Así fue como tocaron la puerta de Marta y la interrogaron en el umbral mismo de la entrada. Yo permanecía escondido debajo de la cama paralizado de terror rogando que no dijera nada de mí.

Milagrosa Marta, jamás la olvidaré, su boca permaneció callada y sólo dijo que pocas veces me veía deambular por esos lugares, no dijo absolutamente nada mas, en ese momento mi vida, absurda y anárquica, estuvo entre las uñas de mi amada Marta, de verdad nos quisimos mucho. Al otro día estaba listo para despedirme, una vez mas me estaba marchando de algún sitio.

—¿Volverás a verme Vasco? Seguro que ahora te perderás por mucho tiempo ¿no?

—Marta, siempre nos vamos perdiendo por ahí, ¿no lo crees?

—Pero dime, ¿volverás?

—Si —le dije sin mucho entusiasmo. Pero no me creyó nada, nos despedimos con un beso y salí cubierto con un sombrero de su ex marido. Al principio de la escalera que permanecía oscura me dijo:

—Vasco, cuídate, tal vez es lo único que sepas hacer bien.

—Así parece Marta, así parece —le respondí bajando las escaleras.

XV

Ciertamente en los hoteles baratos se puede vivir de lo mejor y Santiago centro está plagado de ellos. Me metí al primero que vi y me instalé sin más que los recuerdos de Marta, que quedaba atrás, y mi afortunada escapada.

Debido a la imposibilidad de utilizar mi cedula original y ante la carencia técnica de poseer otra, me habían facilitado una licencia de conducir, evidentemente adulterada, en la que aparecía mi fotografía, lo único verdadero de aquel papel. Así ahora me presentaba, diciendo que se había extraviado mi carné, para luego desembolsar la adulterada licencia de conducir. Como el control que existía en aquel hotel era mínimo, no hicieron ningún problema para registrarme. Decía a mis interrogadores que era profesor de literatura y venía de Concepción en busca de trabajo, cuento nada extraño en ese hotel. Así me hice conocido, entre los pasajeros más cercanos, como el "Profesor".

El hotel República estaba habitado por sujetos de la más variada clase, todos ellos sobreviviendo de alguna manera, a su modo, como había que hacerlo. La mayoría era de provincia, venían de los más variados e inhóspitos sitios de este paisito, habían llegado a la capital en busca de las bondades económicas muy prometidas por esos días. Pero luego de unos buenos meses deambulando de un sino para otro con sus ocupaciones auestas, llegaban a la infeliz

conclusión de que nada se podía hacer y que ningún lugar estaba habilitado para todos ellos, los provincianos despreciados.

Al cabo de llegar a esa conclusión no les quedaba más que emplearse en los más absurdos trabajos, juntando peso a peso para volver al sitio de origen. Al tratarse de cosas de oficio, la mayoría iba a parar a los microbuses vendiendo todo tipo de objetos y mercancías adquiridas a bajo precio a limpiando letrinas. Bien se podría habilitar un sindicato de vendedores ambulantes en los derruidos salones de dicho hotel.

Con el tiempo me fui hacienda mas cercano a uno de ellos, cosas del espíritu simplemente, nada de pretensiones epocales y culturales de querer empaparme de los marginados para aprender de su miseria confundiéndola con bondades. Ellos estaban bien abajo, casi al fondo, pero yo estaba aun mas abajo. Aquel carpintero, de nombre Atilio, bajo y de mirada dudosa, sospechosa, inquiriente – por no decir envidiosa y hasta cierto punto ratera– era parlanchín hasta más no poder y divagaba sobre los productos lácteos que se producían en su zona. Buena gente aquel Atilio, había llegado a Santiago, desde Loncoche, hacia un año, acompañado de su pequeña hija, dispuesto a encontrar nuevos horizontes económicos y pedagógicos para su pequeño retoño. Pero la historia fue la misma que la de todos los habitantes del hotel República. Este Atilio terminó vendiendo los famosos "pinchoclos" especies de artefactos destinados a clavar choclos sin quemarse los dedos. Los vendía en cualquier lugar de Santiago, siempre escapando de los pacos. Aquel sueldo paupérrimo no le daba más que para pagar el alquiler de la habitación y la comida del día para Margarita, su hija.

Ya había pasado suficiente tiempo como para saber que no me tenían controlado los soldaditos y me habían perdido el rastro, poco a poco les había ido dejando atrás. De Salomón las noticias eran que estaba en una clínica, custodiado por varios carceleros, reponiéndose de la bala que le había destrozado su cabeza. Y luego, sin lugar a dudas, la cárcel le esperaba. Mi tiempo de paz se había escapado de la misma manera que suelen llegar las felicidades prematuras. Pero Salomón, nuestro querido Salomón estaba aún peor.

Días antes me había reunido con Rodrigo y Ramiro en un café del centro, en el que me avisaron que participaría en el rescate de Salomón.

—¿Rescatarlo? —fue mi pregunta y ellos respondieron.

— Si, rescatarlo.

—¿Pero cómo? —dije nuevamente un poco desesperado.

—Como siempre, a punta de balazos —respondieron ellos, seguros de lo que iban a hacer—. A los mejores hombres del Frente no los abandonamos a su suerte —terminó Rodrigo seguro de que sería escuchado.

Para variar mi disposición fue de las mejores y no me negué ante esta nueva situación. Pensaba, si había realizado otras demencias porque no habría de hacer esta y si de por medio estaba la vida de Salomón, con mayor razón me embarcaría en esta. Salvar la vida de alguien cercano es algo que no se discute. En tanto mis pensamientos fueron a parar en una consideración natural: ¿Estaría yo en aquella categoría de los mejores hombres del Frente? Indudablemente que no, era apenas yo mismo al interior de muchos otros.

Esta vez no estaría Walter pero si otros. Pregunté si volvería a verlo y me contestaron que mi participación se debía a cosas del momento, pero luego si todo salía bien volvería al lugar donde había estado. La verdad me había encariñado con el tal Walter; hacer cosas como las que hicimos juntos a uno le va dejando un cierto sentimiento, cosas, en suma, que no estaría dispuesto a hacer con cualquiera. Pero en fin ahí no terminaría todo.

Cierto día en que volvía al hotel República me encontré en el salón principal a Atilio sentado junto a Margarita. Ella permanecía con una taza humeante en sus manos que cada cierto tiempo posaba en los labios de Atilio. Aquel carpintero demostraba con su cara indigesta la posibilidad de una enfermedad estomacal. Mi impresión al entrar no había sido errada. No paraba de retorcerse ante la mirada de los otros pasajeros, una y otra vez dispuesto a vomitar todo, su rostro cada vez era más pálido y sin aliento. Más de alguno de los pasajeros no dudó en calificar el episodio como un típico caso de

posesión diabólica, cosa que otros tomaron al pie de la letra y rápidamente procedieron a desembarazarse del asunto. Cosas de campo, es cierto, pero no por ello menos desgraciadas, digo, la actitud de todos sus compinches campechanos e ignorantes. Fue así como Atilio fue quedando en el más absoluto abandono, sólo acompañado de los inútiles esfuerzos de su hija. Pero el panorama era el típico caso de intoxicación, era claro como el agua. En uno de sus tantos almuerzos dudosos había ingerido un queso de cabra completo, de un kilo. Sin lugar a dudas la nostalgia alimenticia que poseía Atilio respecto de su zona originaria, lo había hecho sobrepasarse en la cantidad de aquel dudoso alimento adquirido en una especie de puesto cerca de la parada de buses, el lugar preferido para vender sus "pinchoclos".

Ese lugar había sido elegido porque siempre la gente se iba de allí, lo que ciertamente abría las esperanzas de Atilio para arrancar definitivamente de la capital, nada mas que un deseo. Todo ese panorama no dejaba de ser deprimente y en ese tiempo yo debía, a toda costa, velar por mi integridad emocional, si no ¿quién lo haría? Me dispuse entonces a ayudar al carpintero.

Partimos al hospital de mi padre, en una de esas también aprovecharía la situación para ver como había progresado su estado. Llegamos en poco tiempo a bordo de un taxi.

—¿Ayudarás a mi papá Profesor? —me decía la pequeña Margarita tomándole la mano a Atilio.

—A eso vamos al hospital. Ya veras que se pone bien y podrán seguir vendiendo los "pinchoclos", no dudes de eso Margarita.

Pequeña Margarita, su vida era eso, la subsistencia pendía de esos inútiles artefactos junto a la fe de Atilio. En oportunidades, viendo panoramas similares al de Atilio y su hija, no dejaba de preguntarme que era lo que sostenía la vida en ciertos episodios absolutamente decadentes, tanto la vida de ellos como la mía. Que era, en suma, lo que provocaba seguir convocando el día que venia, sabiendo que nada llegada a cambiar el desastre. Estas vidas, tan raramente oscurecidas en pleno día y a todo sol, nada las justifica sino ellas mismas, nada les daba una razón de existencia que no

fuera una simple terquedad de consecución y así mismo había que vivirla, a como diera lugar, por cualquier medio y sin mas justificación que seguir.

La verdad, muy poca distancia habíamos logrado, a lo largo de innumerables siglos, de aquellos cangrejos marinos que iban de un lado a otro con la sola intención de recorrer el fondo del mar una y otra vez, extrayendo la belleza de las piedras mas inertes y porosas. Pero nosotros, los seres más complejos, sólo teníamos la posibilidad de la ilusión, perdida cada vez mas entre causas y razones, extrayendo la belleza de las partes más espantosas que podíamos llegar a ver, simplemente.

Ya al interior del hospital me dirigí a la habitación donde estaba mi padre. No tuve mayores problemas en ingresar ya que más de algún auxiliar me recordaba. Pero mi sorpresa no fue nada agradable; una vez al frente de la habitación, que ya estaba ocupada por otro paciente, me acerqué a una enfermera y le pregunté por mi padre. Ella no me reconoció pero me dijo que el doctor Renato López Arango había fallecido a principios de ese mes de mayo. Habían pasado casi ocho meses desde la última vez que lo había visto moribundo, y ese hecho me confirmaba que se hace cualquier cosa por seguir viviendo, aun las mas inexplicables fórmulas, que no conocemos, intervienen al interior nuestro para que la llama no se apague definitivamente. Le dije que era el hijo y ahí mismo cambió su rostro.

—De verdad lo siento, pero no se pudo hacer mas por él —me dijo mirando hacia el suelo.

Yo permanecía escuchándola con un fuerte frío de abandono, como si toda la lluvia cayera de un solo chaparrón. Mi padre, mi querido padre había muerto para siempre, ya nada lo haría volver, ni siquiera la memoria. Yacía debajo de la tierra en una profunda oscuridad a la que seguramente temía tanto como yo. Me lo imaginaba abajo, solo, tiritando de miedo mientras veía las legiones de gusanos avanzando hacia él dispuestos a convertirlo en otra materia, mas baja, más oscura, más húmeda pero persistente. Ya nada sería para mi padre sino el recuerdo de haber visto las cosas

que lo rodearon durante sesenta años, de haberle puesto nombre a todo lo que le rodeó. Sesenta años de haber creado un mundo para el sin haberse dado cuenta. ¿Así se van sesenta años? ¿Así de simple? Un trayecto transitorio en el cual este hombre, mi padre; se fue desintegrando poco a poco, partícula tras partícula, con una fragilidad incalculable y cierta, armada diariamente con la espuria ilusión de seguir viviendo. Sesenta años que hoy estaban bajo la tierra, sesenta largos años, prolongados hasta el límite y repetidos día a día. Mi padre ya no volvería mas, definitivamente había desaparecido de todo.

Al cabo de un momento en que la enfermera se había ido en busca de las pocas cosas que mantenían de él en un armario, volvió con un delantal blanco bien doblado, una vieja carta y un cuaderno para entregármelos. Esto es todo lo que había de él, me dijo. La recibí sin más preguntas y me fui hacia el lugar donde había dejado a Atilio y su hija junto a un doctor amigo de mi padre.

Caminando por los pasillas de aquel hospital revisaba los objetos que había dejado mi padre. La carta era muy antigua y estaba dirigida a sí mismo, fechada en 1929 y decía en sus primeros párrafos:

«Las cartas al tiempo y a las cosas del futuro suelen ser algo inútiles, vanas y desvencijadas. Escribir sin destinatario no es hacer una carta sino casi realizar un acto de emancipación, ¿con qué? Nada nos puede responder esta pregunta salvo cuando estemos bajo kilómetros de tierra infértil y pisoteada.

¿Pero es ésta una carta? Tal vez me podría responder afirmativamente siendo que imaginariamente voy viendo a su destinatario recorrer La frases y proposiciones, ideas a ratos pretenciosas, raptos de pura elocuencia determinada por el tiempo que nos tocó sobrellevar, el mío; también, pues, el de otros que no miraban igual que yo.

Pero volveré a lo del destinatario que me imagino cuando termino cada palabra sobre este papel rodeado de noche acá en Buenos Aires, tierra casi maldita donde cada uno busca la muerte a su modo. Sí, el destinatario, parte de mi imaginación, lo veo

adueñarse también de su tiempo, traducir estas letras a su época, con toda la carga que ello significa, su cuota personal en la tragedia que se adviene como un pájaro negro. Empero mi único destinatario es mi hijo, un ser real, de carne, el cual me vera morir, caer como una hoja expulsada del árbol. Renato López Arango, para ti son estas letras así como la totalidad de mi apellido, mi pasado y todo lo que no pude hacer.

No tomes esto como un acto de confesión que al hablar, que al decir aquello que nos remuerde desaparece, ¿magia de la palabra?, ¿o reivindicación de la religión? Reitero una vez más, esto no es una confesión porque no me siento culpable, quizá cobarde, timorato tal vez porque encendí una llama que me será difícil de apagar salvo con mi vida.

Pero que quede aquí, inscrito sobre estas páginas que van perdiendo su blancura y van tomando el sentido que pretendo darles, expresar mi presentimiento, mi pretexto de vida, de que la muerte, mi muerte se viene y nada la detendrá. ¿Por qué? Por el simple hecho, me contesto, tal vez contrariado, también, te contesto destinatario Renato López Arango, con el mismo sentido y voluntad que siento en estos precisos momentos, un día cualquiera de 1929, tal vez de cualquier mes antes de octubre, mes que seguramente no terminaré como ser vivo, sino como materia para los cementerios.

¿El hecho? Atacar con el único medio que me soy capaz de reconocer, las palabras mediadas por el breve valor que acompañan mis amaneceres, a un hombre cuya existencia y resistencia envidio mas que nada sobre la tierra, uno de los pocos espíritus notables que fueron capaces de elevarse sobre sus propias pequeñeces y ejercer la violencia como el único método posible para saltar las contrariedades que nos presenta el mundo moderno, irreductible acaso.

Llegar a la convicción de que la violencia es casi el único acto racional que nos emancipa no es tarea fácil, hay de por medio algo fundamental para todos, la vida. Un recorrido trágico hacia los fondos irreconocibles está de por medio, un reconocimiento de uno mismo en la propia destrucción, verse ahí donde ya no queda nada,

en los escombros, en los pastos secos, identificarse dentro de una tierra arrasada.

En fin, yo por mis cobardías, aunque mis convicciones me dictaran lo contrario, no pude llegar a dicho camino, ni siquiera pude imaginarlo. Y ante esto, un soplo de envidia monumental, mi cobardía fue siendo sustituida por el celo, la ira, la impotencia de ver como otros, en este caso mi futuro matador, se iba haciendo único, impenetrable y valeroso. Severino Di Giovanni y su justicia fueron empotrándose en mi odio por ser lo que yo no podía alcanzar, por erigirse en aquello que me era imposible tocar con mis dedos acostumbrados a escribir letras que solo flotaban en las indolencias de los criminales y empresarios, políticos y banqueros, todos ellos cimientos de la estructura pero cada uno de ellos con nombres, rostros e identidades indivisibles, cada uno de ellos único.

Mis letras, mis frases escupidas día a día por medio de los artículos y editoriales del diario La Protesta, eran sólo un fragmento más en el folclor de las inmundicias de Alvear y luego de Irigoyen y sus seguidores. Y de pronto aparecía este italiano despatriado con sus explosiones y expropiaciones, sus ajusticiamientos, diciendo que las palabras vacías solo alimentaban la prepotencia de nuestros amos.

Pero Severino jamás tuvo amos, tal vez por eso es lo que es, y en lo que se convertirá con el tiempo, más allá de nuestras vidas, más allá de nuestro tiempo.

¿Y nuestras palabras?, nuestras letras donde terminarán sino en archivos de biblioteca y museos, en el mejor de los casos en las manos de algún coleccionista melancólico. Ah, Severino, yo te nombro como mi matador, como la sombra de mi sombra, aquel que apretará el gatillo tres veces sobre mi pecho por levantar toda esa campaña de desprestigio y odio por ser lo que yo no pude ser jamás. Ideologías, posturas políticas, palabras necias sin carne, todo mi odio no era sino temor físico. Las ideas no son radicales sin un cuerpo apropiado para ello.

Pero para mi destinatario, debe de quedar claro que mi odio y repulsión contra los métodos de Di Giovanni eran solo envidia e

impotencia. Lo sé, lo he repetido varias veces, soy un cobarde y moriré como tal, quizá mi único acto de valor sea este, morir como lo que fui sin importar el arrepentimiento, esta es mi lealtad, mi breve lealtad.

Es cierto que Severino acabó también con vidas inocentes, sin pensar y no por causar terror a otros que no odiábamos, permanecemos en laderas diferentes del mundo ácrata. Pero incluso, vaya a modo de desgracia que también tuvo la valentía de cargar con esos muertos durante toda su vida, aquellos muertos de la embajada italiana cuando Severino quería acabar con el más fascista de los fascistas, el cónsul.

Su tragedia será la mía, irán aparejadas, una tras otra como una cadena indetenible. Jamás he dicho a nadie mis verdaderas razones para levantar, junto a Abad de Santillán, mi compañero, esta campaña contra Severino. Todo el mundo se ha formado la opinión de que en el fondo no compartimos los mismos caminos para el anarquismo. Pero yo he llegado a la conclusión de que nuestros métodos, alejados de la confrontación directa y del anarcosindicalismo, sólo nos seguirán empantanando, convirtiéndonos en parte de todo el andamiaje. Una tuerca más. Y nuestros sueños de sociedades mas justas simplemente quedarán como eso.

Pero el camino de Di Giovanni tampoco lo llevará a ningún sitio salvo a los albores de su tragedia, de su propia muerte. Tal vez Di Giovanni lo tenga claro y he ahí su valor, ver la salvación de sus utopías mas que en la adquisición de la muerte y hacer de los instantes de vida una verdadera proeza. Sentir en aquellos segundos, cuando libera sus compañeros de las cárceles o cuando acaba con la imagen de Velar, el más sanguinario de los policías, ver la verdad y el sentido último de todo. He ahí su utopía, los verdaderos e incalculables motivos de la existencia.

Me he dado cuenta que la vida, aquel fenómeno indivisible e impenetrable, no pertenece a todos sino a unos cuantos, los que están condenados a vivir.

Pero de una vez por todas diré las partes que fueron erigiendo los pilares de mi condena, lo que poco a poco se fue armando para

terminar en lo que seguro vendrá en un tiempo mas, porque como lo dije antes, esta llama no se apagará salvo con mi vida, esta vida que se llevará Di Giovanni...»

Dejé de leer y doblé la carta con sumo cuidado, el papel comenzaba a desintegrarse lentamente. Por otro lado no entendía absolutamente la carta a no ser que haya tenido una extraña afición por plagiar y dedicarse palabras que nadie le había escrito. En todo caso había deshecho por completo la posibilidad de que mi padre hubiera conocido a tal anarquista que mencionaba, a hombres de otros tiempos y otros países. Sin embargo, en el caso que todo ello fuera original, el hombre que habría redactado la carta sería por deducción mi abuelo. Pero jamás en sus antecedentes había aparecido un dato siquiera de dicha relación, sin embargo, me quedé con la duda y volví a abrir la carta para continuar leyendo mientras caminaba por el pasillo. En muchas otras hojas salía mencionado su nombre como un sujeto demasiado cercano al autor de dicha misiva. Mi hipotético abuelo.

Después de un momento se me ocurrió ir a preguntar dónde lo habían enterrado y quien había reclamado el cuerpo, ya que por lo que me había dicho la enfermera estaba en el cementerio. Me acerqué entonces a la administración y pregunté quien había reclamado el cuerpo del doctor Renato López Arango. Luego de un rato en que el empleado hurgó entre varios papeles encontró la declaración de la recuperación del cadáver de mi padre. Para mi sorpresa el reclamante se había anotado con el apellido de Tamayo Gavilán y junto al nombre salía su firma. Inmediatamente le pregunté quien lo había anotado y me respondió que el había sido.

—¿Pero quién era ese tal Tamayo Gavilán? —le pregunté con enojo.

—No sé —dijo que era un pariente lejano.

—Sí, claro.

—Así es, solo dejo su número de carné.

—¿Y dónde lo enterraron? —le consulté semidesesperado.

—Dónde va ser, en el cementerio general.

—¿Pero quién pagó todo?

—El tal Tamayo Gavilán, ¿quién más?

Tomé la boleta y anoté el número; obsesionado con tal farsa no podía sino sentir curiosidad. Mis mecanismos para investigar solo se reducían a esperar, no podía hacer más que eso debido a mi constante fuga de un lado a otro.

Con tal sorpresa había olvidado por completo a Atilio por lo que me dispuse a ir en busca de él. Llegué a una sala y ahí estaba esperándome con Margarita. Se veía del todo mejor, mas repuesto y sonriente, listo, se podría decir, para vender los "pinchoclos" y seguir con aquella vida absurda. Él y los otros habitantes del hotel República me tenían en la consideración de ser un gran profesional, con estudios y éxitos, pero mi vida no dejaba de ser tan inútil como la de ellos. Es cuestión de tener un poco de honestidad consigo mismo nada más. No es problema de ir por ahí creyéndose la gran cosa. La envidia que algunos nos puedan tener solo descansa en la ceguera de ellos, una cuestión de no querer ver mas allá dónde pisan sus pies.

—Dígame usted Profesor y ahora que hacemos.

—Pues, si estás mejor, Atilio, nos vamos de aquí, ¿no lo crees?

Salimos del hospital. Yo en particular salía con una fuerte angustia y me era preciso, por no decir urgente, encontrar el secreto de mi padre, su relación imaginaria con el autor de la carta. Era algo que no me cabía por ninguna parte del recuerdo que de él tenía. Es cierto que a lo largo de la vida junto a él, nunca compartimos más de lo que se refería a alimentación y mantención económica, por eso que no podía penetrar en su pasado como algo natural. No tenía significativos recuerdos, y eso me imposibilitaba acceder a zonas verdaderamente ocultas del pasado de mi padre. Todo este nuevo panorama se venía a mezclar con el futuro rescate de Salomón, que a decir verdad, no tenía ni la menor idea de como lo haríamos, nosotros, los guerrilleros salvíficos de este paisito.

Iba pensando en eso mientras miraba a Margarita saltando de un lado a otro como un verdadero conejito desesperado. A esa niña lo único que le faltaba era vivir su vida de infante, pero a fuerza de tanto futuro miserable ella no hacía otra cosa que acostumbrarse a la

vida que le deparaba el destino. Aquello es como una condena ineludible para muchos, ya desde temprana edad comienzan a saborear como será la totalidad de su vida, como si se naciera definitivamente maduro, con una madurez que es capaz de soportar cualquier humillación, todas las humillaciones posibles que eran capaces de soportar los pasajeros del hotel República, aquella raza de sujetos resignados a fuerza de tanta ley y prejuicio ético y estético. De milenio en milenio que son aplastados van adquiriendo la virtud, para ellos, de la resignación.

Así fue que subimos a un taxi y partimos, sin conocimiento de ellos, al cementerio general para visitar la tumba de mi padre.

A pesar del tiempo que llevaban en Santiago, Atilio y Margarita, aún no terminaban de asombrarse mirando la ciudad. Ya se habían acostumbrado a su gente y a la convulsión que atrapaba a Santiago por esos días de tanto alboroto ciudadano. Fue así como en todo el viaje hacia el cementerio ambos no dijeron una palabra de tanto mirar por las ventanillas, para ellos subir a un automóvil era algo así como un lujo que no se podían dar.

Una vez en las puertas del cementerio me acerqué a la administración para pedir la ubicación de la tumba de mi padre. Me atendió una señora de unos cincuenta años, gorda y con un pañuelo amarrando su pelo. Al lado de ella permanecía el que parecía ser su hijo ya que la llamaba como "mami" esta, "mami" lo otro. Aquel tipo de cabello enrulado no paraba de mirarme de reojo y con actitud sospechosa mientras realizaba algunas actividades propias de la administración mortuoria. Mantenía en su mano un ramo de flores y un paño en su bolsillo. A decir verdad, después de un rato de tanto mirarme, a mi también me estaba pareciendo sospechoso. Es cierta que cuando uno huye de la justicia todo el mundo es tu virtual perseguidor; todo el mundo, para uno, esta en permanente vigilia, dispuesto a denunciarte. Así, sin que ello notara, comencé a mirarlo para estudiar sus movimientos, que eran tan sospechosos como los míos, por lo que desestimé cualquier posibilidad de que fuera un soldadito que me anduviera siguiendo.

La señora terminó diciéndome la dirección exacta del domicilio necrófilo de mi padre. Al salir de la oficina me quedé con la mirada suspendida hacia su puerta, por la que luego salió el hijo de la señora. Nos quedamos mirando hasta que logré perderme entre los muertos.

–Sabe Profesor –me decía Atilio–, este cementerio es gigante, nunca había visto uno como este, ¿tanto muerto hay en esta ciudad?

–Las ciudades grandes, Atilio, tienen muertos por montones así es que sólo se puede tener un cementerio grande –le contesté mientras leía las lapidas.

–Pero Profesor, este cementerio es más grande que mi pueblo de Loncoche, aquí viviríamos tranquilos más de cien familias.

–Cualquier cosa es más grande que tu Loncoche lleno de vacas y quesos.

–Profesor –gimió él–, no me nombre el queso que vomito aquí mismo.

Mientras su hija palidecía más y más de terror ante tanto muerto. Iba tomada de la mano de Atilio mirando con grandes y asustados ojos todas las tumbas del cementerio general. En un momento me detuve ante una lápida que debía ser la que me indicó aquella señora de la entrada. Justamente era la tumba de mi padre. Comencé a mirarla en silencio y a leer lo que decía en ella:

A Renata López Arango... nos enterraremos entre nosotros.

Dejen pasar al que cumple su jornada.

Dejen pasar

Al que va lleno de noche y claridad.

Déjenle pasar y no le digan nada.

Déjenle, que va apenas

a beber agua de Ensueño a cualquier fuente,

o a coger azucenas

a un jardín que él presente.

Viene de la tierra de todos. Allí mora

y ahí regresa después del amanecer.

*Déjenle pues pasar, ahora.
Que va lleno de noche y desconsuelo.
Que va a ser
una estrella en el suelo.*

A esas alturas no podía ser otra cosa, él si había tenido alguna relación con los hechos relatados en la carta. Pero de donde salía este Tamayo Gavilán. No tenía idea de como obtener más antecedentes de esos sujetos para que me relataran que era lo que reunía a mi padre con aquellos tiempos. Un pasado que desconocía por completo, un pasado del cual mi padre jamás había hecho mención alguna, un pasado que ni siquiera podría haber conocido mi madre mientras vivía con él, un pasado que me estaba recorriendo a mí como si fuera parte de todo ese silencio que rondaba la tumba de mi padre, Solo podía quedarme con interrogantes sobre todo aquello, nada más.

Miré hacia una de la esquinas del cementerio y nuevamente veo al hijo de la gorda que me espiaba. Le dije a Atilio que saliéramos rápidamente del lugar.

Creo que solo habían dos posibilidades: una, que este mirón fuera un soldadito, dos: o que fuera un maniático en descomposición. Me incliné por la primera, es cierto que era más absurda, pero más valía prevenir antes que lamentarme en algún sucio calabozo.

Una vez afuera tomamos nuevamente un taxi y partimos hacia el hotel. Nos bajamos varias cuadradas antes para ver que nadie me seguía. La compañía de Atilio y Margarita era una verdadera coartada para mí, después de todo nadie puede levantar tantas sospechas con una niña a cuestas y un campesino desintoxicado.

XVI

Ciertamente las sorpresas, cuando son buenas, suelen ser del todo agradables. Digo esto porque a la entrada del hotel República, entre sus puertas coloniales, me encuentro con Ramiro, después de varios días desde que me había comunicado lo del rescate a Salomón, y a mi viejo amigo Barza. No pude disimular mi felicidad por dicho encuentro. Por otro lado esto también era un faro que me retornaría al mundo del cual me había ausentado espiritualmente por algunos meses, abrazando en aquel brevísimo tiempo a Marta, mi huida repentina de los soldaditos, y el recuerdo siempre presente de Salomón, la muerte de mi padre y la extrañísima carta que más de una duda me había dejado.

Ambos venían a buscarme para el rescate de Salomón, por lo que me dispuse a dejar a Atilio allí mismo.

—Usted, Profesor, es un buen hombre, como corresponde a la gente que posee profesión, ¿no es así? —me dijo, como una forma de agradecer el haberlo sacado del conjuro demoniaco y también a modo de despedida.

—No te preocupes Atilio, al demonio jamás se le puede sacar —le respondí sin pensar mucho en lo que decía.

—¿Entonces, usted también piensa que estaba poseído por el diablo?

—No, no me mal interpretes, mas tarde lo discutimos ¿bueno?

–Seguro que sus amigos también son profesores –dijo mirando a los que me venían a buscar.

–Así es Atilio y ahora nos vamos a dar clases, en unos días mas nos volveremos a ver.

–Lo dudo –murmuró Ramiro desde su posición de espectador, a unos dos metros de nosotros.

–Lo estaré esperando, Profesor, para invitarlo a tomar un vino, reiteró Atilio.

–Te lo cobraré, a la vuelta Atilio, no lo dudes –respondí.

–Dúdalo mucho, te reitero, dúdalo –volvió a decir Ramiro mientras riéndose miraba a Barza.

Nos fuimos caminando por las estrechas calles de Santiago centro hasta llegar a un automóvil estacionado. Barza no decía nada, iba serio como una roca, muy similar al Bigotón de Quilpué.

En menos de un año Barza había mutado por completo, tal como me lo había imaginado, era un verdadero funcionario de doctrina, hasta sus vestimentas eran otras, como que hacía una verdadera teatralización sabiendo que yo lo miraba y lo escrutaba como un insecto de laboratorio. De aquello se podían sacar las más variadas hipótesis y conclusiones de trabajo, barruntadas por el simple hecho de conocerlo. Podía inferir los lugares por donde se había movilizado, o las personas con las cuales había compartido el último tramo de su época, o simplemente que ideas se le estaban apareciendo por su cabeza. Se movía como un gran personaje lleno de condecoraciones y grados, como manejando todas las situaciones.

–Así que Profesor –me dijo Ramiro a bordo del auto que nos llevaba hacia no sé dónde.

–¿Algo hay que decir, no?

Yo esperaba que Barza me dijera algo y ante la negativa me puse a parlancear y preguntarle sobre sus cosas. Pero de él solo recibía monosílabos. No podía entender lo que le pasaba. Hacía más de un año que no nos veíamos y lo natural era que no paráramos de interrogarnos y saber los estados de cada uno, al menos así era hace un tiempo; digo, en aquellos días de universidad. Pero Barza, mi amigo, era un completo silencio. Uno con el tiempo va adquiriendo

cierto orgullo, nada grande, más bien pequeñito, que sólo sirve para conservar lo más honesto que se va teniendo con los años. Así es que no le dirigí la palabra hasta que llegamos al lugar donde íbamos.

Con Ramiro, en el trayecto, divagamos sobre cuestiones domiciliarias, nada importantes, un poco de recuerdo sobre mi huida milagrosa. Con el tiempo, también se va adquiriendo cierta capacidad para hacer de las catástrofes fenómenos intrascendentes, casi impalpables; los vertiginosos y voluptuosos tiempos que vivía sólo se podían consignar mediante anécdotas, la permanencia de las cosas era algo que no se podía reconocer ni menos aun acumular como hechos fundacionales de algo, de otra etapa a la cual cursar. Le dije que mi padre había fallecido. Condolencias de por medio y todo aquello. Los hechos pasaban como palomas frente nuestro y nadie se detenía mucho a reflexionar, la vida era un solo montón de cosas inauditas y fulminantes.

Lo único que yo llevaba de interés lo tenía bien asido a mis manos, el delantal de mi padre y la carta desconocida, nada mas, de ahora en adelante serían mis únicos bienes que conservaría.

Cuando ya estábamos en aquella casa supe que era el lugar donde nos concentraríamos para el hecho definitivo de rescatar a Salomón de las manos de los carceleros. Al entrar, para mi sorpresa y gusto, me encontré cara a cara con Lara. Definitivamente este era un buen periodo que venia a subsanar la perdida de mi padre. Cuestiones, tal vez, de las leyes de compensación que se mueven muy sutilmente en pianos profundos que no logramos percibir. Lo cierto es que allí dentro ya me sentía de lo mejor.

Lara era la misma hermosa mujer de siempre. Nos abrazamos por largo rato sin decir nada, como esa vez que nos reencontramos luego de la cárcel. Las palabras estaban de sobra, nadie las convocaba para que no vinieran a entorpecer el encuentro. Permanecimos así durante unos minutos en los cuales nada nos turbó, como un encuentro debido y saldado, ahora sin otra pretensión que el recuerdo.

Lara había alquilado dicha casa con el objetivo de concentrar a los que participaríamos en lo venidero. Este había sido su trabajo

durante todo el periodo, ir de un lado a otro prestando cobertura a otros clandestinos, alquilando departamentos y automóviles, haciéndose pasar como la esposa de muchos que iba viendo pasar tal como yo veía pasar los instantes de un día cualquiera. Pero ella, Lara, nunca estuvo conforme con esa actividad, siempre quería ir más allá, a esa zona que, producto de la valía y predominación del macho, les estaba vedada a las mujeres del Frente, ya que en el fondo las exclusiones sexuales eran tan predominantes aquí como allá. Pero Lara mantenía inútilmente alguna esperanza de que las cosas cambiaran. Por otro lado se había mantenido siempre cerca de Barza y había sido espectadora desde el primer momento de su transmutación en un verdadero fanático. La verdad, las primeras incursiones de Barza allá por Quilpué sólo eran el preámbulo de esta transformación que ahora estaba en estado maduro, había que escucharlo, sólo eso y verlo mucho...

Luego de un momento de compartir con Lara, volvió Ramiro para decirme como era todo el embrollo interior de la casa. Los planes de defensa y evacuación y un sinnúmero de otras cosas. Me dirigí con él a la pieza donde pasaría gran parte de la jornada de planificación de la operación.

Al entrar en la habitación una nueva sorpresa, me encontré cara a cara con el tipo del cementerio, el que yo creía que me seguía entre las tumbas aquella mañana en que visité a mi padre. Había además otros individuos, pero me concentré, por mi estupor, en este hombre. Ramiro me lo presentó como Óscar y tal como lo veía era miembro del Frente al igual que yo. Pude comprobar que mi delirio persecutorio era una constante y no un fenómeno aislado de mi alienación epocal.

Nos quedamos en silencio mirándonos sin decir nada, hasta que llegó la noche y me acerqué a él.

—¿Como puede ser esto? —le consulté.

—Coincidencias, qué más podría ser, ¿supongo que no imaginarás que soy un infiltrado no? —respondió algo confuso.

—Nada de ello, sólo pienso lo inaudito de todo esto, o ¿es que somos tan pocos?

—Puede que seamos muchos y estemos en todas partes —respondió mirándome con una mirada intrigante.

—Tal vez el planeta es demasiado estrecho —dije yo.

—O el Frente muy ancho, también puede ser —respondió.

Podríamos haber seguido con aquel juego estúpido de palabras pero me surgió la idea de recaudar más antecedentes del entierro de mi padre y pase a preguntarle si había visto algo de aquél.

Claro que sí, me dijo, yo soy el que baja los ataúdes hasta el fondo de la tierra y estuve en ese entierro, que por lo demás solo tuvo un asistente.

—¿Y quién era? o mejor dicho ¿cómo era? —consulté.

—Como cualquier persona que entierra a otra, la verdad yo sólo bajo a los muertos, no me quedo a la ceremonia. Pero éste me llamó la atención ya que al parecer tenía un solo conocido sobre la tierra, así es que me quede cerca del lugar espiondo al concurrente. Él sacó un libro y comenzó a leer en voz alta. Leía y luego lanzaba flores sobre la tierra, así estuvo cerca de diez minutos en que cambiaba las páginas de su libro. Estaba vestido completamente de negro. No lloró, ni nada de eso, sólo leyó y luego se fue.

—¿Nada más?

—Nada más, ¿quién era el enterrado, algún pariente?

—Tal vez —le respondí.

Todo ello no venía sino a confirmar la oculta vida de mi padre con sujetos y tiempos desconectados de mi percepción. Pero como y de donde; la verdad, sabía que una etapa de él me era completamente desconocida y no tenía como develarla sino a través de la carta del autor que hipotéticamente era mi abuelo. Era todo lo que tenía junto al delantal blanco.

Pasarían varios días antes de rescatar a Salomón por lo que me hice de valor para estar encerrado en aquella habitación junto a Óscar y otros que estaban en distintas piezas de la casa y que también iban en esta travesía. Lara aparecía en oportunidades con la comida para nosotros y Barza permanecía en otra habitación. De él poco me preocupaba, ni me interesaba si participaría o no, ya tenía bastante con sus miradas y caprichos sobreideologizados y farsantes.

Pero eso iba a ser comprobado, con mayor certeza, una vez que Barza entrara a mi habitación la tarde del segundo día. Con mucho aire y pompa jefatural me llamó a un rincón de la pieza.

—Vasco —me dijo tocando su mentón con los dedos y la mirada por sobre mí—, hemos estado evaluando tu situación y creemos que estas capacitado para esta operación; sin embargo esa evaluación no es del todo positiva, tu actuación ante el enemigo fue de dudosa entereza moral, ya sabes, las debilidades aquí son los principios para la desintegración valórica y la descomposición ideológica, pero aun así, lo reitero, pensamos que podrás ir en esta operación fundamental para el Frente y para el avance de la lucha popular. ¿Imagino que estas al tanto de las resoluciones del ultimo pleno de nuestro partido, no? Si no es así creo que es conveniente dártelas para que la convicción en la certeza de los pasos dados sea completa. Yo te conozco, Vasco, y se que tus convicciones son vacilantes como una sombra, eso lo puedo concluir además por tu extracción pequeño-burguesa, pero con educación podrás abrazar la causa definitiva del proletariado, empaparte de ella y ver que las directrices de nuestro partido van en la dirección correcta. Ya no estamos en esos tiempos donde uno se podía permitir dar opiniones infantiles y descomprometidas, ya lo has visto tú, esta revolución nadie la detiene. Imaginarás que son muchos los que quieren ir a rescatar a Salomón, incluso el jefe de tu estructura lo único que ha hecho es pedir su incorporación, pero ya ves, sólo algunos hemos elegido, entre esos tú, así es que debes estar a la altura moral de la situación.

—¿Altura moral? —me pregunté—, ¿que es eso? Si la moral nunca ha tenido estatura.

La verdad, es que la situación aquella no me extrañaba para nada; mi amigo Barza había muerto en algún lugar de Valparaíso y éste que tenía enfrente no era más que un funcionario decadente. Él estaba convencido que yo lo había delatado cuando caí prisionero, cosa del todo errada por cierto, pero no iría a desmentir las fantasías que poblaban su cabeza de cuesco. Cerré los ojos y continué escuchando aquella perorata que no podía sino asegurarme que toda doctrina economicista finaliza en el canibalismo. Al cabo de un rato

lo quedé mirando y repetí, con una evidente ironía, una de sus palabras:

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros, los que estamos a cargo de sacar esto adelante.

—¿Qué cambiado estás, no, Barza?

—Cambiado no, Vasco, he tomado conciencia de mi deber y de mi clase.

—¿Clase? —le reiteré en el mismo tono.

—Sí, aunque tú prosigas asumiendo esta responsabilidad como una aventura desenfrenada. Deberías saberlo, Vasco, yo tomé conciencia definitiva de la clase a la que pertenezco, me costó un largo trayecto en el cual sólo desvariaba y me confundía, pero ahora tengo la certeza y el orgullo de pertenecer al proletariado.

—¿Orgullosos?, que yo recuerde eras un fanático del "situacionismo" debordiano francés.

—Atrás quedaron aquellos días en que glorificaba los días de mayo del 68 y sus postulados caprichosos de niños traviesos escondiéndose de papá. Sabes, la revolución socialista es algo demasiado serio como para aventureros como tú, extracto de revolucionario.

A todas luces Barza se estaba enfureciendo con mi tono desinteresado.

—Puede ser, Barza, puede ser tal como dices, pero me da lo mismo —le contesté y me lancé sobre la cama al lado de Óscar, que se mantuvo observando dicho espectáculo oratorio de Barza. De pronto se me ocurrió preguntarle por el tal Di Giovanni y si lo había oído nombrar alguna vez, todo ello me podría servir en mi dedicación desenterradora de pasado.

—¿Barza, conoces a Severino Di Giovanni?

—Sí, pero sólo de referencia, tengo entendido que era un anarquista de aquellos que se autodenominaban heroicos, claro que era un vulgar y verdadero terrorista de esos que abundan en el pretendido movimiento revolucionario. Nada justifica la violencia individualista como una acción que ayude a las masas a su

liberación; de seguro lo admiras, Vasco, eres simplemente un inmaduro en cosas de la revolución socialista.

—De verdad eres un verdadero "kamarada", Barza, pero te aclaro que ni idea de que existía el tal Di Giovanni, que al parecer fue el que mató a mi abuelo. Y no dudo que también admiras la raza cultural de Stalin —le dije desentendiéndome de él.

—Qué dices —me preguntó tomándome el hombro.

—Nada, olvídalo, ni siquiera podría explicártelo porque desconozco la situación —le respondí dándole vuelta la cara.

Luego de un momento se levantó y se marchó de la pieza. No lo volvería a ver hasta que saliéramos de la casa en busca de Salomón.

Toda esta situación del rescate me mantenía completamente nervioso y más aterrado que otras veces. Las cosas pueden ser diferentes según como las enfrentemos, pero estas situaciones sólo se podían enfrentar de una sola manera, es decir, no había posibilidad cierta de tomarla por otro lado que no fuera el del peligro que se avecinaba. Uno podía ir, pero nadie sabía si iba a volver, cuestiones de la vida diaria, es verdad, pero en esto era algo mas que un simple accidente o evento cotidiano, la cosa era provocar esa fractura en el tiempo, dividir, a modo simple, en un antes y en un después. Quizá lo mejor de nosotros se iba en eso.

Existía una diferencia, hasta el momento había derribado torres en plena oscuridad y disparado indiscriminadamente contra las murallas de los cuarteles, pero ahora, ahora era radicalmente diferente, aquí sí que existían hombres del otro lado, tan armados como uno, tan dispuestos como uno, ellos a prevenir que no nos lleváramos a Salomón y nosotros completamente resueltos a quitárselo de sus manos.

Se decía por aquellos tiempos que una idea o un valor determinado era mil veces más productivo que la paga de un soldado que carecía de esto. Pero ¿quién nos podía decir que todos esos soldaditos no hicieran de su trabajo una doctrina, o de su paga un valor por el cual morir? Si de cuestiones de productividad se trata, ésta sólo se genera con una cuantas tonteras y nada más. La verdad

uno no podía verificar aquello y nada mas iba dispuesto a lo que fuera. No podía ir, aunque me hubiera gustado haberlo hecho, y preguntar descaradamente: ¡Hey tú, carcelero que custodias a Salomón! ¿Estás convencido de lo que haces? Porque si no es así podríamos ahorrarnos bastantes problemas ¿no lo crees? o ¿haces de tu trabajo un bien por el cual morir? Definitivamente aquello no se podía hacer así, es que nosotros íbamos dispuestos simplemente a sacar a Salomón. En tanto yo, rogaba porque no me tocara apretar el gatillo contra algún carcelero, de verdad lo digo, hay cuestiones por las cuales uno nunca quisiera pasar, pero como en todo deseo existe un orden interno que nada tiene que ver con nuestras intenciones, en oportunidades había que hacer cosas que uno no quería.

De la conversación con Barza me quedó rondando aquello de "extracto de revolucionario" y la verdad me importaban un comino las nominaciones, me importaban más las tormentas que recorrían el interior de Óscar, aquella sombra que lo abrazó durante todas sus travesías militarizadas. Durante unos días me había estado contando parte de sus cosas y me aclaró la muerte de Tatiana Fariña, una mujer que había detonado en el baño de una municipalidad.

Por aquellos días era costumbre decir que tal muerte o tal otra había sido producto de la CNI, cosa no cierta en este caso, mas bien era un afán de ciertos administradores de desvirtualizar un enfrentamiento carnívoro que a escondidas alentaban pero en público condenaban. Cosas isabelinas mas que nada, pero resumiendo, Tatiana, que era militante del Frente, había ido a colocar una de estas bombas a un lugar que no me preciso Óscar. Como el artefacto explosivo funcionaba con un reloj, había que retrasarlo constantemente para que no hiciera explosión en un momento inoportuno. Fue así como entraron a un bar y Tatiana fue a retrasar dicho mecanismo. No había pasado ni un minuto y Óscar, que la esperaba sentado en una de las mesas, sintió la fuerte explosión, de inmediato se levantó para ver lo que sucedía encontrándose con el macabro final de Tatiana que yacía esparcida en las murallas del baño. No pudo reconstituir su rostro, ni la factura de sus manos que hasta hace un rato atrás lo acompañaban, ni menos

aun salir de aquella demoledora expectación tratando de negar, en un ilusorio mecanismo de la percepción, lo que veían sus ojos. Ya nada se podía hacer, me reiteró, sólo putear a este mundo y recordar, a pesar de todo, a Tatiana, que nada la devolvería.

Aquellos sucesos no dejaron de repetirse en la vida de Óscar, una y otra vez, como si estuviera destinado a asimilar el mundo por medio de los horrores que es capaz de ofrecernos la vida. Tal sujeto no demostraba nada de lo que le ocurría, su mirada serena como observando el océano no daba ninguna señal de las imágenes que tenía en su interior.

Casi al caer la noche seguíamos con Óscar en la habitación. En uno de esos momentos entró Lara, todo el mundo entraba y salía de la habitación, menos nosotros, los soldados. Se sentó a mi lado. Ahora era mi oportunidad de acrecentar y definir mi siempre soñado amor por Lara, pero para sorpresa mía, por no decir desgracia, me enteré ahí mismo de que Lara era la flamante novia de Barza. No sé bajo qué mecanismo había sido capaz de convencerla, pero alguna idea tenía al respecto cuando me dijo: No sabes cuán grande está Barza, tan fortalecido, esta convertido en un verdadero cuadro revolucionario, es un verdadero ejemplo para todos nosotros.

No, Lara, tú no, como puede decir esto, pensé en silencio mientras poco a poco me iba subiendo la tristeza, no sólo de la improbabilidad de amor con ella, sino por una perdida aun mas profunda, mas honda y mas baja que cualquier otra. ¿Acaso aquí nadie permanece tal como es? me pregunte mientras la veía modular aquellas frases y palabras tan ajenas y desprovistas, rancias y amargas. Pero ella, se veía tan llena de vida, tan necesitada e imprescindible que todo ese discurso solo la hacía más bella. Pero, apenas en un año y un poco mas todos se habían convertido en dirigentes, serios, plagados de responsabilidades y deberes. Seguros, siempre seguros como el aire que respiraban cada día, la vida no tenía más que un solo objetivo.

No le dije nada, solo la miré, mientras ella se levantaba para marcharse de la habitación. Óscar me miró desde su sitio y sonrió levantando sus hombros.

–¿Qué problemas los tuyos, no? –agregó y nos quedamos dormidos.

XVII

En cosas de política éramos algo como huérfanos, una extensión de poder armado del partido comunista, el resultado de una histórica indecisión, el experimento que solo nosotros tomamos en serio porque en ello se nos iba la vida. Queríamos desmoralizar a los soldaditos con grandes acciones, sumirlos en la reflexión de que lo que hacían era lo errado, queríamos que reflexionaran en nuestra dirección, que dudaran de lo suyo, de su cruzada restauradora. ¿Pero hay algo más obtuso que los soldados de la patria? Tal vez una política que no los crea así. Yo quería un ejército de miserables alzados y sin moralidades de por medio, un ejército de hambrientos armados arrasando con el orden, una turba de despolitizados e indisciplinados corriendo por las calles de Santiago, desnudos y con cananas cruzadas al pecho. Si los soldaditos irrumpieron aquel once de septiembre no fue para que después los convencieran de que dejaran su labor de orden y progreso, aquellos se la creían de verdad y nadie los convencería de lo contrario mediante grandes acciones que pusieran en duda su labor.

Les inventamos deserciones, vueltas de bando, grandes puestas en escena, ante todo era estética, implantábamos una sensación falsa, era una técnica premeditada. Hacíamos desertar de sus filas a conscriptos conscientes y oficiales dudosos, pero ello en realidad no se daba ni en una verdadera guerra. Los soldados que desertan en combate lo hacen después de haber sido prisioneros y nada mas que porque están en las manos de su enemigo, es decir, por

consecuencias y no por conciencias, no por convencimiento de lo correcto o incorrecto sino por la conveniencia de seguir con vida, simplemente el arrepentimiento no existe entre los seres humanos, el arrepentimiento no es productivo salvo si se lo pone en escena, salvo si se hace de él un espectáculo masivo. Ello no depende del supuesto arrepentido sino que de los que administran la impostación del arrepentimiento ajeno. En el fondo nadie se arrepiente de nada, sólo sigue el curso de la vida.

Acomodaticamente hoy puedo decir esto; en aquellos días ni siquiera pensaba en ello, estábamos demasiado ocupados haciendo nuestras cosas, se nos iba el mundo cada mañana. Nuestra civilización se fue derrumbando. Los híbridos negociadores tuvieron las visiones correctas para sus diseños de poder, tomaban la delantera y el venerado pueblo los comenzaba a seguir ciegamente por la ruta de los colores y estrellas del nuevo orden negociado. Cosas de la política, nosotros continuábamos con lo nuestro, nos hundiríamos con nuestro navío. ¿Qué cosas, no? Al fin éramos leales con lo nuestro.

Me siento nuevamente en medio de la noche y las tumbas, aquí esta mi historia, aquí están los míos, mi pasado, mi padre enterrado unas calles mas allá, muchos, también, con los cuales recorrí aquellos años, se reparten desordenadamente por este cementerio. Al frente mío está la tumba de Rodrigo, en ella se lee: Elevaremos la dignidad de Chile tan alta como la cordillera de los Andes. Patria libre o morir, patria o muerte venceremos. Una de las consignas de aquellos tiempos. Bien, ustedes me podrían decir, con las manos seguras y secas: Pero que consigna más vacía, o se tiene una patria libre o se muere. Maniqueísmo a toda prueba. Yo respondería, acaso no respondo inmediatamente, que hay la segunda parte de aquella consigna: Patria o muerte venceremos, ¿al final se muere igual, no? Existe un relación de identidad entre patria y muerte por lo tanto si se defendía la patria también se defendía la muerte y a la vez se vencía, lo que es como adquirir un triunfo mediante la muerte, la propia. La única manera de vencer es desaparecer, alejarse definitivamente de las cosas del mundo animado, vencer es también

una forma de escapar, huir, hacerse un prófugo de la ley, existir sin identidad posible ni asible, ser un fantasma. Claro está que es una interpretación como todas las cosas.

Sigo mirando la tumba de Rodrigo, toda una vida en ella, miles de visiones bajo la tierra. A veces ciertos proyectos dependen de ciertos hombres y no de los grandes rebaños. Con la muerte de Rodrigo nos fuimos perdiendo un poco. Se le puede llamar un acto de magnificante voluntarismo, calificarlo con los más variados adjetivos técnicos del acervo político: responsable, visionario y estadístico. Pero son acercamientos nimios, pequeños. No alcanzan a topar el verdadero núcleo, la última razón, el último y más acendrado conocimiento, la realidad de todo y por sobre todo. Cuando se muere tal como murió Rodrigo, a la espera, en conocimiento del breve destino deparado, no hay reproche ideológico ni político posible, no hay caso, son realidades extremas e impenetrables por ojos ajenos y alejados. Cuando se espera a la muerte de aquella forma sólo cabe sentir y ver que es el acto mas libre al cual se puede acceder, no hay amarras, no hay claves de interpretación, no hay cuerpos de estudios ni metas para alcanzar, se entiende que la vida acabó, sólo se muere porque ya no hay otra cosa que hacer ni esperar. Rodrigo fue el más libre de todos nosotros. Sólo puedo definir mi noción de libertad a partir de lo que no puedo hacer ni pensar de forma autónoma. Muchos veían en él un adalid insuperable, hecho a la medida de su época con toda la carga de valoraciones e invenciones de por medio, pero había que penetrar en él, sortear su ropaje contingente y ver ciertos artefactos que el tiempo no permite ver a simple vista. Rodrigo no poseía la seriedad estratégica de ciertos administradores que creen que en ellos radica la responsabilidad de un destino colectivo. Tal vez tenía la única y preciosa seguridad de que lo único que se tiene sobre la tierra es uno mismo, el intransigente patrimonio. Nada más. Y cuando este ya se ha agotado sólo cabe aguardar en silencio y con la propia serenidad que nos acompañará hasta el fin. Todo lo demás son aullidos de desesperado.

A fin de cuentas parece ser que es lo único que poseemos. Pero bueno, soy el bedel con historias por narrar.

XVIII

Al despuntar el último día me atacó la úlcera, desperté con fuertes dolores y los gritos tuve que convertirlos en horrorosas muecas que Óscar interpretaba como las de un epiléptico. Lo único que alcancé a decirle era que me alcanzara la Ranitidina depositada en uno de los bolsillos del delantal blanco de mi padre. Todo eso era el resultado de mi encierro que fue permanente en esos días salvo el día en que Ramiro nos envió a verificar el lugar desde donde sacaríamos a Salomón. Habíamos salido con Óscar junto a una de las mujeres encargadas de toda la exploración del sitio. Ella era conocida como la Gringa, no por capricho de seudónimo sino porque ella era realmente gringa, hablaba en un castellano espantoso, pero nadie sospecharía de ella y su excéntrico físico extranjero. Era de aquellas foráneas que venían a prestar su colaboración con esta guerra que librábamos las criollos, pero de buena manera, existía en ella esa honestidad necesaria para arriesgarse en nuestras travesías.

Así fuimos una mañana a conocer dicho sitio enclavado en San Miguel. Una clínica particular donde había pasado desde octubre del 84 hasta ahora que era junio del 85, nuestro querido Salomón.

Era una gran casa de dos pisos defendida por una gigantesca reja metálica en cuya cerradura descansaba un candado tan potente como el terror. En aquel sitio no trabajaban más de siete personas. Tenía alrededor de seis habitaciones en el segundo piso y en el primero se ubicaban las oficinas y otras dependencias administrativas. Salomón permanecía en una de las habitaciones del

segundo piso. En las otras descansaban y se reponían alrededor de ocho ancianos repartidos en dos habitaciones. Todo esto lo sabíamos por los antecedentes que nos entregaba Mónica, la mujer de Salomón, que era la única que gozaba de la oportunidad de ingresar normalmente a dicha clínica para visitarlo. Esta rutina la tenía tres veces a la semana, desde mediodía hasta casi el anochecer. En el fondo ella sería nuestra llave para ingresar a la clínica. Ella siempre estuvo dispuesta para hacer cualquier cosa por él, ya nada importaba sino sacarlo de ahí, a como de lugar, sin importar nada, absolutamente nada.

Caminamos frente al sitio simulando ser amigos de la extranjera. Era un barrio residencial sin mucho ruido ni mucha gente deambulando, pero la cantidad de comisarías y retenes cercanos era considerable. La probable llegada de ellos, al tiempo de sacar a Salomón, se había calculado en no más de un minuto. Cuestión de tiempo ínfima si de por medio estaba la vida de él y la de todos nosotros.

Cuando cruzamos frente a la clínica, en uno de sus balcones divisamos a Salomón sentado en su silla de ruedas rodeado de dos carceleros que estaban a cargo de su custodia. Él, Salomón, permanecía con su vista fija en el horizonte, pegado, ido en medio del aire matinal. Aquel disparo que fue a sacarle parte de su cabeza también le había sacado parte de su presente retornándolo a una sempiterna infancia, devolviéndolo, a su modo, a los dominios donde la seriedad no dejaba de ser una pura ironía pero que a su vez lo había dejado, también, amarrado a su tiempo. Desde que aquella bala fue surcando su cabeza, por cierto, iba trazando, también, el detenimiento de su tiempo interno. Para él nada cambio con los años, simplemente se fue convirtiendo en el más leal cartógrafo de todos aquellos años, el mas leal de todos nosotros.

Así lo vimos aquella mañana de junio. Dimos unas vueltas más para reconocer en detalle los alrededores y luego nos fuimos los tres a la casa, nuevamente a esperar para sacar a Salomón. En tanto yo me fui en silencio pensando que toda esta guerra, por algunos segundos, cobraba un sentido innato con lo que haríamos, mas allá

de todas las palabras y todas las valoraciones de aquel tiempo, mas allá de todas las esperanzas que le abrían las puertas a muchos, estaba lo que vivíamos nosotros, en particular y en silencio esperando ver a Salomón con sus ojos adosados en el horizonte recordamos los días que habían ido cayendo en nuestra memoria, los mas grandes, de verdad.

Una vez en la casa nos encontramos con todo el grupo que participaría en el rescate. Todos ellos desconocidos para mí hasta ese momento, salvo Ramiro y Tamara que junto a Lara estaban encargadas de solucionar todos aquellos problemitas que se nos podrían presentar. Junto a ellas permanecían sentados en el living de esa casa César, un tipo joven, casi un pendejo, también a su lado estaba Humberto, hermano de Óscar, este sería el chofer del automóvil en el cual escaparíamos si lográbamos sacar a Salomón. En total seríamos cinco los sublevados que iríamos en esta. Ramiro era el responsable, Óscar era el segundo y César el tercero. Todos ellos eran pertenecientes a una estructura llamada "Columna independiente", una especie de estructura paralela al DOE. Rodrigo era el jefe principal de esta estructura ya que él estaba al mando de todos ellos y de todos nosotros.

Yo en tanto y como era costumbre era un invitado circunstancial, privilegiado en cierto modo ya que eso de estar ahí era una cosa que muchos en aquel tiempo deseaban de sobremanera, en particular Joaquín, que mucho insistió en que lo hicieran participe de dicha travesía, al igual que el Loco Carlos, el actual responsable de aquel DOE luego de la caída de Salomón. En el fondo las jerarquizaciones cumplían su función. Siempre había alguien que sucediera al que perdíamos tras las rejas o a los que se nos iba en el suave barco de la muerte. Pero las cosas ya estaban así e iríamos los que estábamos ahí. Para suerte mía era uno de ellos, un marinero más en la pequeña goleta. Lo único que logró hacer el Loco Carlos, a su pesar, fue conseguir, con el viejo método de la amenaza, el automóvil para la operación, un Nissan modelo Bluebird lo bastante grande para que entráramos todos.

Todos ellos llevaban meses trabajando en la planificación, yo alcancé a saltarme todo aquello ya que fui incorporado en último momento, por lo que eso me significaba no estar al tanto de bastantes detalles previos, como por ejemplo que Óscar sufriera de una "perrofobia". Era una cosa indecible, casi inentendible para él, ya que cuando se le acercaba un can él se paralizaba. Sufría como si estuviera perdiendo la respiración. No lo había dicho pero la casa clínica era flanqueada en su antejardín por dos corpulentos perros policiales de grandes colmillos y hocico carnívoro, verdaderas pequeñas fieras infernales, canes del averno dispuestos a masticar todo. Todo ello era un obstáculo para la operación, así es que Ramiro había conversado con él y llegaron al acuerdo de que Óscar no se paralizaría ante los canes. Cosa inútil, pensaba yo, ya que quien puede tener control de sus propias fobias sino Dios, digo la fobia en contra de los hombres porque si no fuera así hace rato hubiéramos desaparecido de la faz de la realidad y Óscar no era dios, era simplemente Óscar, aquél que logró ver a todos nuestros muertos casi siempre despedazados. Pero en fin, aquello fue un compromiso de él y si no era capaz de cumplirlo yo estaba atrás dispuesto a empujarlo a como diera lugar con tal que siguiera avanzando.

Sin más salimos aquella tarde de junio nosotros cinco, los rufianes libertarios, con la única esperanza de volver con Salomón entre nosotros. Pude darme cuenta que el farsante de Barza no era nada, una partícula en el aire de las palabras intrascendentes. El no iría a ninguna parte. Luego del intento piromaniaco de Valparaíso, nunca había hecho nada más. Su vida, tal como la mía y la de muchos otros, era escapar. La diferencia radicaba en que nosotros seguíamos dando posibilidades de que nos siguieran odiando y persiguiendo hasta el fin de los tiempos y él vivía para cuidarse, simplemente.

Atrás nuestro quedaban Tamara y Lara, quizá hasta cuando no las volvería a ver. En ellas se veía una seguridad que solo ciertas mujeres son capaces de irradiar, ellas hubieran dado todo por estar ahí.

Llegamos todos sincronizados a la hora exacta en que debía salir Mónica de la clínica para que le abrieran la reja y nosotros aprovechar dicho momento para ingresar al recinto. Increíble pero íbamos disfrazados como miembros de la policía de investigaciones en un procedimiento especial de interrogatorio al terrorista detenido, Para ello lucíamos ternos bien planchados pero sobre todo ejercimos la prepotencia acostumbrada de dichos funcionarios de la ley, nada nos detendría en nuestra farsa. El automóvil conducido por Humberto, se ubicó a media cuadra de la clínica a la espera final.

Así esperamos a que saliera Mónica junto a una enfermera que la salía a dejar. Nos encontramos enfrente, mirándonos, evaluándonos y cuando la enfermera abrió la reja entró Ramiro mostrando su ilusoria credencial de policía. La enfermera, perpleja por la prepotencia de dichos hombres sólo alcanzo a balbucear palabras inentendibles dando por hecho que eran policías. Ingresamos todos tras Ramiro, César se quedó con una subametralladora en las afueras de la clínica y nosotros cuatro proseguimos caminando por entre el antejardín. Los perros aparecieron ladrando y Óscar quedo enmudecido, pálido, casi muerto. Yo iba atrás de él y Ramiro ya estaba entrando a la casona de dos pisos. Humberto nos adelanto previendo lo peor con la reacción de Óscar. Sin embargo, ahí mismo empuje a Óscar le dije que no mirara a los canes. Luego lancé un par de patadas para que lo perros salieran de nuestro camino desentendiéndome por completo de mi función policíaco y serio.

–Señor, no le pegue a los perros si no hacen nada –me gritó algo molesta la enfermera.

–Eso no lo sabemos, señorita, debe tener a los canes amarrados –le contesté con un fuerte grito mientras empujaba a Óscar para que saliera del espanto.

Luego de aquello y junto a Óscar proseguimos el recorrido hasta alcanzar a Ramiro que iba junto a Mónica. Entramos al primer piso y aún la farsa continuaba. En este sitio había empleados que miraban sin decir nada, mi terror subía tanto como el sudor que iba mojando mi pegajosa camisa. Ramiro subió con Mónica como si

nada pasara, desentendiéndose de todos esos empleados curiosos. A ratos ínfimos miraba hacia atrás para ver que íbamos tras él. Todos íbamos con las pistolas como debía de ser, es decir, en nuestras cinturas, ante todo guardábamos hasta las últimas consecuencias nuestra farsa. Óscar y yo seguimos a Ramiro por la escalera y Humberto permaneció en el primer piso vigilante a que nadie hiciera nada extraño como tomar el teléfono o cerrar la reja que daba a la calle. Llegamos al segundo piso y Mónica se adelantó para ubicar a los carceleros y con su saludo hacia ellos nos alertó de la ubicación específica. Ya íbamos con las pistolas en las manos, todo se había desvelado y desde ese momento éramos los que éramos. Por la intensidad del saludo que Mónica dio a uno de los carceleros se estableció que uno de ellos estaba en una habitación, la primera. Ramiro entró y lo vio jugando cartas con algunos pacientes de la clínica.

—¡Tírate al suelo sin hacer nada! —le gritó sin vacilación. Este obedeció al instante rogando que no le hicieran nada. Era claro que no hacia de su paga un valor por el cual morir ni de su trabajo una ideología que defender. Era mejor así, digo, para todos. Luego Ramiro, mientras lo esposaba también, lo revisaba para evitar sorpresas. En tanto yo, que iba tras Óscar, alcancé a ver que otro carcelero salía rápidamente de la habitación donde estaba Salomón.

Con la pistola en la mano le apuntó, pero a su vez Óscar, que permanecía delante de mí, hizo lo mismo. Le gritó que no se moviera, pero éste en una sordera que sólo puede generarse en esos momentos, no hizo caso alguno prosiguiendo con su marcha tambaleante. Ya era tarde, cierto, porque el ensordecedor disparo que realizó Óscar se incrustó en el estómago de aquel carcelero que cayó como un tronco derribado sobre el suelo de la clínica. Impávido y silencioso se quedó sin movimiento alguno. En tanto yo veía toda esa escena como un montón de imágenes que se iban pegando a las murallas del pasillo en el cual estábamos. Óscar se dio vuelta con un rostro que jamás olvidaré, como queriéndome transmitir todo ese horror que uno puede presenciar en determinados momentos. Había que seguir y en eso veo como pasa Ramiro a mi

lado dirigiéndose a la habitación de Salomón diciéndonos que siguiéramos. Camino por encima de la sangre del carcelero y sus huellas fueron quedando teñidas de un rojo profundo. Mónica se dirigió con él hasta aquella habitación. Entramos a la pieza y ahí estaba Salomón como si nada hubiera pasado, como si todo fuera un juego muy peligroso pero entretenido para él. Después del disparo quedamos todos muy nerviosos, abajo la gente lloraba y Humberto era poco lo que podía hacer con tal grupo de desesperados.

—¡Hola, apúrate! —le dijo Ramiro a Salomón que comenzaba a vestirse sin mucha premura mientras nosotros tres buscábamos las armas de los carceleros no encontrándolas por ningún lado, en ese momento Salomón riéndose nos dice que estaban en el tercer cajón del closet que había en la habitación. Sacamos una ametralladora y las pistolas de los carceleros.

Mónica aceleraba a Salomón en su labor de vestirlo. El tiempo pasaba muy rápido y ya estábamos fuera de todo secreto, el minuto que teníamos se estaba agotando como un vaso de agua en las manos de un sediento. Salimos de la pieza con Salomón y mientras este iba pasando al lado del carcelero muerto, dijo: Éste era el que me quería pegar un balazo si alguien me venía a rescatar, ahí quedaste no mas...

Bajamos rápidamente las escaleras y una vez en el primer piso vimos a toda esa gente llorando y lamentándose. Humberto los miraba con extrañeza y a la vez sonríe cuando nos vio aparecer con Salomón. Ramiro permaneció en el umbral de la puerta de salida esperando que César nos diera la señal de que la calle estaba despejada. Salimos corriendo una vez mas y al salir Salomón, este nuevo Salomón convertido en un niño, se suelta de la mano de Mónica y corre hacia otro auto cercano y no precisamente a nuestro auto. Mónica lo alcanzó diciéndole que aquel no era y luego lo subimos al nuestro.

En todo momento Salomón se burlaba de nosotros, mira a ese, ¿quién es? Y tú quién eres, me preguntó como cualquier vecino saliendo del almacén. Seguro no recordaba mi rostro por aquel tiempo de Quilpué ni todo el tiempo que me había pasado

recordándolo, pero eso no importaba, Salomón iba junto a nosotros arriba de aquel auto.

Qué bien logré sentirme ese momento mientras íbamos a cambiar de auto. Ya podía pasar cualquier cosa, daba lo mismo, si Salomón moría, moriría con nosotros y no en esa soledad cuando uno esta encerrado hasta más no poder.

Transitamos unas cuantas cuadras a bordo del Nissan, en una de las esquinas se bajaron Óscar y César despidiéndose de Salomón entre abrazos y sonrisas algo desesperadas. Nosotros continuamos hacia otro punto de Santiago donde realizaríamos el recambio al segundo automóvil. En una calle semidesierta nos estaba esperando un taxi Opala conducido por Sergio, otro rodriguista que permanecía con las manos sudorosas en el volante. Fue así como entre la serenidad y la rapidez nos cambiamos de automóvil, Salomón, Mónica que lo llevaba de la mano, Ramiro y yo. De pronto aparecieron dos grandes sujetos, muy similares de tamaño como dos niños hiperdesarrollados. Ambos eran los hermanos "guagualones", dos hermanos como tantas parejas de hermanos con los que me iba encontrando al interior de este Frente. Estos iban a todas partes juntos, como buenos hermanos que no se separan, para contravenir las órdenes de la madre. Ellos, los "guagualones", tomaron el Nissan y lo fueron a dejar a un lugar lo más lejos posible de nosotros.

Luego cruzamos Santiago en 20 minutos a bordo del taxi como cualquier grupo de pasajeros. En mas de alguna oportunidad nos cruzamos con los patrulleros a toda velocidad que iban rugiendo con sus sirenas hacia la clínica, pero ya era tarde para ellos, Salomón iba a nuestro lado y nadie lo sacaría de ahí.

Aquellos 20 minutos en que recorrimos Santiago sirvieron para relajar la situación. Yo que iba adelante, me fui simplemente mirando por la ventanilla a toda esa gente que jamás sentiría lo que estábamos viviendo nosotros. Aquella dimensión colosal y a la vez siniestra de todo lo que había pasado en segundos. Ese carcelero muerto, tan muerto como ciertas palabras olvidadas en viejas libretas de anotaciones. Profusamente tieso e inmóvil, aquietado como por un rayo fulminante. Era la primera persona que dejaba la vida

enfrente de mí. También veía como moría toda aquella gente que caminaba y se desplazaba por la calle, una muerte más lenta y agazapada por guardar silencio y aceptar. Como quien recibe un beso, el dominio de todas sus voluntades gracias a las palabras de sus dioses y sus tiranuelos. Amenazados constantemente sin que lo noten, muertos caminando, no se daban cuenta que morían irónicamente bajo el peso de una violencia que solo repudiaban pero que jamás comprenderían.

Pese a todo llegamos al tercer recambio de automóvil, ahí nos esperaba un anciano militante del PC, que se lo habían presentado a Ramiro semanas antes del rescate. Aquel viejo estaba a un lado de su auto, nervioso como nunca; ese nerviosismo se confundía con el desequilibrio físico que poseía el viejo, conocido como "cara de corneta", ya que su estado de sobredosis ética era indiscutible, el anciano estaba borracho como una corneta. En fin nos trasladamos a su casa o la casa definida para guardar a Salomón en el tiempo que se necesitaba para organizar su traslado definitivo a otra parte más segura. En aquella casa, de factura normal y un piso, esperaba el doctor que revisaría y medicamentaría lo necesario para el estado de Salomón, él, constantemente necesitaba de ciertos medicamentos para su normal cotidianidad. El doctor, que mas tarde cayó prisionero en una clínica clandestina, era conocido como el "hongo Marin"; revisó a Salomón dándole lo necesario para que permaneciera tranquilo. El "cara de corneta" proseguía con su sed insaciable de alcohol, decía que era para darle normalidad a la casa y que nadie sospechara.

—Queridos camaradas, esto hay que celebrarlo, para eso adquirí bastante pisco. Nosotros lo mirábamos con Mónica y Ramiro pensando en el lugar donde habíamos ido a parar.

—Nada de alcohol, ahora estamos en estado de alerta por lo que nadie va a beber nada, le dijo Ramiro con un tono que hasta yo me avergoncé por el viejo. Luego lo metió a una habitación y creo lo puso en la línea para que no se descuadrara, aquel viejo lo único que quería hacer era celebrar por cualquier motivo y lo que estábamos viviendo era realmente una ocasión para celebrar espantosamente

pero el peligro no había pasado para nada. El cara de corneta con el tiempo se fue tranquilizando y al parecer solo bebía en soledad por las noches.

Así nos quedamos con Ramiro, Mónica ya se había ido, por unos buenos meses en aquella casa cuidando al Loco, por la noche hacíamos guardias compartidas y en el día la cosa era un poco mas relajada. Cara de corneta hacía su vida normal, pero esta vez alejado del alcohol, al menos por el tiempo que estuvimos en su casa, que debe haber sido un verdadero sacrificio para él, estando alejado de aquella bebida, pero cada cual hacía lo suyo, lo de él era no tragar pisco como un demente alcohólico, era su cuota junto a todo lo que ya se había hecho por esto.

Un día de aquéllos, llegó Rodrigo para ver a Salomón. Este saltó de alegría cuando lo vio aparecer, era un verdadero niño, un infante inocente que no para de bromear por todo cuanto se le cruza por delante. A Rodrigo se le veía emocionado por tener nuevamente a Salomón entre nosotros. Ya habíamos terminado, Salomón estaba libre y nosotros mas tranquilos, ya vendría el tiempo de otras cosas, eso era seguro, no pasaban muchos meses cuando nuevamente se presentaba algo que hacer, como siempre olvidándose de todo.

XIX

Al finalizar septiembre volvía al hotel República en busca de mis pocas cosas. Era claro que mi habitación ya la habrían alquilado a alguien más. Algún otro ilustre hijo de la desgracia pero aun así me dirigía con paso fuerte al único domicilio en que había dejado algo mío. Después de todo, ese había sido el último lugar que recordaba.

Habían sido bastantes meses en aquella casa donde refugiamos a Salomón. Aun guardaba las fotos recortadas de las portadas de los diarios en las cuales se veía a Salomón empuñando la ametralladora de los carceleros, la misma con que muchas veces lo amenazaron, pero por esas contrariedades de la vida estaba en sus manos. Así eran las armas por aquellos días, iban de mano en mano, un día para defender y otro para atacar, ¿cuestiones de la violencia, no? o de las contraviolencias ejercitadas en esos días, en fin.

Me encontraba en la recepción del hotel pidiendo mis pertenencias, vale decir, un pequeño bolso con ropa y algunos utensilios de aseo y comienzo a escuchar un quejido como de un animal torturado. Miro al recepcionista y lo veo riéndose, doy vuelta, encontrándome en el umbral de la puerta de entrada y a contraluz, por lo que se veía a aquella persona completamente en negro, comenzó a avanzar y cuando entra en la luz del interior noto que es Atilio con un objeto en sus manos del cual colgaba un hilo que lo jalaba hacia abajo provocando con eso los gemidos extraños.

—¡Profesor! —me grita desde su posición con una evidente sorpresa, ya pensaba que no volvía más —¿son bastante largas las clases que esta dando, no?

Por supuesto que su tono era de una sospecha indudable por lo que decidí cambiar de tema inmediatamente para no caer en lo que era evidente.

—¿Qué traes en las manos Atilio, algún producto nuevo? —le dije festivamente.

—Qué decir Profesor, he cambiado de rubro y ahora estoy con estos aparatitos.

—y los "pinchoclos" no dieron resultados.

—Se abarrotó el mercado y cada vez son mas los "pinchocleros" que andan por ahí, así es que no da abasto el mercado consumidor para todos, demasiada oferta y los demandantes cada vez son menos.

—¿Estás mejorando tu estrategia, no?

—Mercadotecnia callejera, hay que progresar de alguna manera no, pero quedaré como un pionero, eso es seguro.

—Y qué es lo que traes ahora.

—Estos aparatitos tan decidores del alma popular de nuestros días Profesor.

Comenzó a mostrarme sus nuevos productos y estos consistían en unos juguetes simulando ser gallinas que al tirar la cuerda comenzaban su jadeo melancólico y entristecedor. Estos artefactos los vendía como siempre arriba de los microbuses dando una larga reseña histórica del origen y la razón de dichos juguetes.

—Sabe Profesor, ahora soy capaz de vender mas porque he encontrado lo que busca la gente, he dado en el clavo, ataco lo que conllevan siempre consigo y que son incapaces de decir, ante eso mi gallinita habla por ellos, aunque sea en silencio pero dice lo que ellos callan, llora lo que ellos no lloran y por sobre todo es un medio pacifico de protesta, todo el mundo sabe su significado, como si se mantuviera en el aire, la gente los compra y eso es bueno para mí, parece que la gente se da cuenta que sólo con el verdadero fracaso se comienza a vivir de verdad, mis gallinitas son el símbolo de su desgracia, me decía mientras hacia gemir el artefacto.

Atilio era de aquellos que moría en silencio soportando una muerte que me podría atrapar también a mí en este país de violencia, pero la mía sería esa posibilidad de una muerte que seguro llegaría de improviso, estaría en otro estrato de este mundo donde se muere al menos con algo en el bolsillo perro, aunque sea un vulgar grito o una pequeña historia. Una muerte de resistente, aunque sea poca cosa, lo necesario al fin. Tomé mi bolso despidiéndome de Atilio, éste a su vez me abrazó dándome las gracias por todo lo que había hecho por él, diciéndome que no me olvidaría. Yo lo tomé como un cumplido. Al fin mi paso por los lugares no iba siendo en vano, tal vez de eso se trataba estar vivo, ir dejando un poco de nosotros mismos en todos los sitios donde alguna vez se configuró nuestra sombra e ir repartiendo una porción de ella hasta ya no quedar nada permaneciendo tan vacíos como un frasco tirado sobre la calle. Así, completamente transparentes vamos extinguiéndonos, repartidos por todos lados esperando que el último ser que guardó algo de nosotros también se apague y así desaparecer por completo de todas partes como si nunca hubiésemos llegado a ser.

XX

Puedo decir con toda autoridad, porque lo viví, que en esos años gozábamos de un inaudito prestigio. Aunque tal como me había dicho aquel viejo Pedro de la cárcel, no me gustaba mucho utilizar eso del "nosotros".

Es verdad, poco a poco y por medio de aquellas acciones que realizábamos diariamente nos habíamos metido en algo mas que en el corazón del rebaño a costa, eso sí, de muchos muertos y cientos de encarcelados que por esos días adornaban las cárceles de las principales ciudades. Se dirá: claro, éste lo está diciendo porque fue parte de su historia, pero nada de eso, y de verdad lo digo, éramos grandes y muchos tenían los ojos puestos en nosotros. Más allá de los soldaditos que por supuesto no paraban de perseguirnos. Una mirada extrañamente esperanzadora pero al fin útil, aunque a veces no vale la pena medir las cosas por si son útiles o no.

Pero partamos de una base común, desde que la primera edición del manifiesto comunista salió por los aires se creó una especie de fundamento que serviría como sustrato principal para todos aquellos que se levantaban, este era el terror que los dueños, amos, militarillos sediciosos, burgueses de otra época o simples patriarcas sentían por el levantamiento de los miserables. Sería miedo, me preguntaba por las noches. Miedo sentirían estos amos de todo. ¿Pero miedo de qué? ¿Acaso se quería acabar con la propiedad privada? ¿O acabar con la comunidad de las mujeres? ¿O simplemente acabar con la idea de patria, familia y religión? ¿De eso

temían? De tan poco y nimio se alimentaba la grandeza de los amos si tan similares en esos rumbos éramos todos. Yo por mi parte quería acabar con todo, como un mago acaba con sus conejos luego de la función sin esperar nada más que verle sus caras al otro día. Acabar con todo, arrasar incesantemente el sustrato de sus grandezas. Fornicar violentamente a sus mujeres y quemar todas sus propiedades. Fundir en un crisol a los militares y a los religiosos, abates de toda época para convertirlos en piras inertes gozando de su divinidad sepultada.

Pero bueno, no sé si nos temían por todas esas cosas. Yo más bien diría que era una preocupación muy bien fundada a partir de que cada día éramos más los que hacíamos de la contraviolencia un desayuno más en nuestras vidas.

Aun así éramos queridos por los de mas abajo, casi los del fondo del tonel humano. Nos recibían, nos prestaban sus casas y muchas veces, también, se integraban de lleno.

En fin, la vida proseguía en medio de toda aquella guerra de la época. Mi vida, la vida de todos nosotros. Por mi parte ya no volvería a ver a Walter por mucho tiempo ya que mi valorado desempeño en el rescate de Salomón había provocado mi transferencia a la estructura que lo había rescatado. No tenía problema en ello, mas bien me agradaba ya que vería constantemente a Óscar y a los otros, en particular a César, que me parecía un buen tipo, sin mas complicaciones de las que llevábamos todos por esos días.

César sí que odiaba, yo aun no alcanzaba aquel grado ni pretendía alcanzarlo, simplemente operaba con los sentimientos que tenía a mano. Una de las cosas que jamás soporté de él fue su eterno amor al folklore criollo y a las vestimentas de la época, largos chalecos inmundamente artesanales con sus respectivos morrales deshechos por el tiempo y que colgaban al lado de la cintura.

En los meses posteriores al rescate pude interiorizarme en la pasada vida de César. Provenía de un ambiente paupérrimo. Él era de Puente Alto y ahí convivía con otros seres de su tiempo. Como en esos sectores se acostumbra a la vida comunitaria y a todas las

manifestaciones que ello conlleva, vale decir, peñas, grupos musicales y folklóricos, César era un activo participante en ese ambiente. Diría que era un fanático y a decir verdad lo amaba. Cosa que le costó mucha resistencia abandonar cuando en el año 1984 se integró al Frente. Ahora sólo recordaba con nostalgia sus tiempos pasados de folklore ya que había cambiado enormemente en sus vestimentas y sus actividades que no eran otras que ametrallar y bombardear a todos los que él odiaba con desenfreno. Yo digo que fue un paso adelante el hecho de abandonar las deprimentes manifestaciones culturales de la patria alternativa.

Debido a que todos éramos clandestinos más de una vez Ramiro y también Rodrigo me ofrecieron un arma para llevar constantemente pero en eso fui enfático. Más allá que las cosas se presentaban como perentorias e indiscutibles, digo, el hecho de portar un arma, yo ejercía mi derecho de disponer de mi vida adonde fuera y por eso mismo siempre me negué a llevar una conmigo. La verdad nunca esgrimí mi anticuado y pretencioso argumento de no querer morir jamás y por ello siempre dije que las pocas pistolas de las cuales disponíamos eran necesarias para otras cosas. Argumento del todo falaz y acomodaticio si se toma en cuenta que no era eso lo que mas me importaba sino salvar mi pellejo a como diera lugar. Al fin una buena oratoria era mas prolífica que una bala en ciertos casos, sólo eso, en ciertos casos y nada mas. Llámenlo como quieran. Cobardía, oportunismo, tal vez cinismo en el sentido clásico de escuela. Los más furibundos me nominarían como inconsecuente. En suma no me importaba nada, salvo seguir con vida y no ejercer una autotraición hacia lo que me parecía adecuado y oportuno.

Volviendo a César, él era menor que yo. Tenía alrededor de 22 años, era el jefe de nuestro grupo y Tamara, extrañamente, la jefa de César. En el breve tiempo que compartí con ellos, es decir, con el grupo de César, pude comprobar que era un tipo muy compenetrado con lo que hacía, siempre pendiente de hacer las cosas mejores para todos nosotros. Pero mi levitación me llevaba una vez mas a aquellas zonas donde siempre se es partícipe de las cosas peores que podamos presenciar con horror.

A principios de diciembre y como celebración del tercer aniversario del Frente, Tamara nos propone tomarnos la estación del metro "Ciudad del niño" para volar la vía y así detener el tráfico del metro. A simple vista se veía fácil ya que no preveíamos mayor resistencia del único guardia que existía en ese entonces. Yo ya era todo un conspirador y a esa altura las dinamitaciones eran un placer, cuando no había gente de por medio claro está. Pero diré que es difícil jugar al bueno cuando uno elige la violencia como medio expresivo y activo. Es cierto que es una elección sinuosa y desvariada en el tiempo y si uno entra en ella debe aceptar las reglas inherentes que rigen aquel juego, por lo tanto se trataba de hacer las cosas lo mejor posible para que nadie saliera herido sin intención. Era cosa de técnica y esta sólo servía para suplir mejor nuestras imperfecciones.

Yo en tanto continuaba viviendo de pensión en pensión sin lugar posible para resguardar mi espíritu bamboleante. Escapando de todo el mundo como siempre.

Fue una de esas tardes bellas y calurosas de diciembre, cuando se pone el sol casi de un rojo desconocido sobre el poniente de Santiago ennegrecido y uno andaba con mangas de camisa disfrutando de aquella brisa envolvente de fin de día ya cuando la ciudad se comienza a enfriar un poco.

Fue una tarde así que salimos a buscar el automóvil para nuestro intento dinamitero.

Casi todo el grupo que yo integraba era de la comuna de Puente Alto. En cierta forma era un extranjero y no me daban mucha importancia. Parecía que eso de las identidades no sólo eran fenómenos de grandes conglomeraciones sino que también operaban en reductos muy cerrados. Para mí nada de eso existía, las identidades son intransferibles y sólo las puede detentar un individuo y no el demos hambriento y zarrapastroso. Nada puede conjugarlos en un proceso identitario común, ni el hambre ni la tierra ni el dolor ni las armas ni las ideas ni la patria, nada; al final, si es que en algún grado se convencieron de que eran parte de una identidad colectiva sólo el tiempo se encargará de darles vuelta el

rostro para notarse tan solos que ni ellos podrían soportarlo en esa unicidad biológico-molecular como cultural. Yo iba un paso adelante que todos y no me decepcionaría mas de lo que era por saber que mi existencia cultural no depende de nada ni de nadie salvo de mi prolongación física.

Fue una buena tarde cuando salimos a recuperar el automóvil para nuestra operación que ya tomaba como una más. Así partimos por las calles de Santiago César, Manuel, un gáster de la zona que era el segundo del grupo, y yo, que nunca lucí ningún número dentro de todas partes. Íbamos en busca de algún desgraciado que tuviera cara de entregar el auto sin complicaciones. Llegamos a una pequeña bocacalle de Puente Alto y divisamos un buen modelo para nuestros propósitos. Yo permanecí con una pistola a la salida de aquella calle como una especie de guardia mientras César y Manuel iban a quitarle a la fuerza el automóvil. En un momento dado alcé la vista y desde mi posición vi en el parachoques del automóvil un símbolo que suelen portar los automóviles predispuestos para los lisiados de cualquier naturaleza. Aquel símbolo era la cruz de malta y estaba bien pegada, también, en la parte delantera del auto. Apenas vi el símbolo tuve la intención de avisarle a César que terminara con el intento ya que el auto, supuestamente, no nos serviría. Pero era tarde porque todo dejaba de ser un intento por parte de César y Manuel. Ambos estaban arriba del automóvil y un tipo con cara de mucha circunstancia observaba con estupor como esos sujetos se llevaban su propiedad. Entre los gritos del lisiado y nuestra premura me recogieron desde mi puesto y partimos rápidamente para perdernos en la incipiente oscuridad que caía sobre nosotros.

César aun no sabía manejar correctamente y el encargado de nuestro grupo de dicha tarea era un tal Alejandro que tampoco era de la comuna. Por otro lado llevábamos un día acuartelados en una casa de Puente Alto para nuestro emprendimiento dinamitero y esto del auto lo habíamos salido a hacer por razones obvias. Después de transitar unas cuadras lo dejamos a relativa cercanía de la casa. Le cambiamos la patente y nos dirigimos a la casa. Todos muy tranquilos como si nunca hubiera sucedido absolutamente nada. Para

mi estas situaciones se estaban poniendo sospechosas, ya que las asumía como un acto cotidiano y sin mayores complejizaciones ni problematizaciones.

Como Alejandro era el único que faltaba para completar el acuartelamiento en aquella casa y como nuestro emprendimiento era al otro día por la noche, en un momento César decide, por causas azarosas, ir a buscar el automóvil para tenerlo mas cerca ya que en muchas oportunidades nos habían "robado" el automóvil. Seguramente amparados en aquel viejo e hipócrita dicho de que un ladrón que roba a un ladrón tiene cien años de perdón, nos dejaban con toda una organización en nada. En fin, César le dice a Manuel, su gran amigo de siempre, que lo acompañe. Yo miraba sentado en uno de los sillones de la casa sin mayor preocupación. Ellos iban saliendo y César se vuelve diciéndome: ¿Vamos? Ante su consulta y mi soledad decidí acompañarlos, miré a los otros dos que estaban en la casa y tomé la caja con una subametralladora y una escopeta junto a dos pistolas.

Salimos caminando y pronto llegamos al lugar donde habíamos dejado el automóvil. Ya estaba bastante oscuro. César adelante junto a Manuel y yo me fui atrás en silencio, un silencio que no entendía ni podía traducir. Partimos. A unas cuadas se encontraba el lugar donde nos debía esperar Alejandro, el buen conductor de aquellos tiempos. Sin embargo aun no estaba en la esquina y nos dimos unas vueltas más. Yo comenzaba a ponerme nervioso con tanto paseo innecesario, no era mi costumbre andar regalándome fácilmente pero confiaba en César ya que era de la zona. Al cabo de un rato volvimos al sitio y ahí se notaba Alejandro a la espera, lo recogimos y partimos a la casa listos para el otro día, ya no faltaba nada, absolutamente nada. De pronto una potente luz comenzó a cerrar mis ojos. La luz provenía de la calle justo enfrente de nosotros. Aquel resplandor lo dirigían una montonera de pacos parapetados tras los postes de Puente Alto. Tal episodio no estaba en ninguna planificación como suelen suceder estas cosas, de improvisto, al desnudo y con la misma frialdad del invierno surgió ante nosotros. César aceleró dándose cuenta que nos conminaban a detenernos. Ya

comenzaba a ser, una vez mas, tarde, tan tarde que los tiros penetraban la frágil contextura del metal del automóvil. Por eso mismo nos fuimos contra la pared chocando con ella. Yo levanté la cabeza y vi a César sangrando con fuerza desde muchos orificios que antes no estaban en su cuerpo, sin embargo sacó su pistola de la cintura comenzando a disparar. Estaba algo aturdido y la propia sordidez de las balas me sacó del letargo. César gritó que le pasaran la subametralladora y Alejandro en un movimiento se la alcanzó. Manuel tomó la escopeta y también comenzó a disparar frenéticamente contra los pacos que permanecían inmutables frente a nosotros a unos veinte metros. Ante todo ese panorama confuso atiné a sacar una pistola disparando también. Todo era como un maldito juego difuminándose frente a nosotros. Vi como un par de disparos entraban y salían por los brazos de César. A nuestra cacería se sumaban unos soldaditos de guardia en el regimiento cercano. A ellos, los conscriptos humildes, tan pobres como el hambre, tan pertenecientes al pueblo, ellos, las víctimas del sistema autoritario que estaban ahí porque su cerebro y sus condiciones económicas les eran desfavorables, no les dio asco sacar el seguro de sus fusiles y reventarnos con sus balas. César ya no daba mas diciéndonos que nos fuéramos de ahí, como pudiésemos. Y era verdad, ya nada se podía hacer salvo esperar a cómo nuestra piel perdía la resistencia ante el plomo y sentir en un estallido fulminante cómo se iba la vida.

Salimos como pudimos escalonadamente hacia atrás. Alejandro iba primero y desarmado, luego iba yo y atrás Manuel. Salimos entre las paredes agujereadas, gimientes, ahogados en pólvora, agazapados como conejos dando disparos hacia cualquier parte. Cuando llevábamos unas cuadras recorridas con espanto aun escuchábamos los tiros de César empotrado en el automóvil, gracias a eso pudimos salir de ahí. Unas cuadras mas allá nos separamos y yo me fui con Alejandro, Manuel alcanzó a llegar a la casa donde nos acuartelábamos. En tanto nosotros amparados por la oscuridad saltamos una muralla de casa y nos resguardamos en su patio al interior de una casita de perros. Apretados como inmigrantes ilegales en las bodegas de un barco sentíamos las sirenas ulular por

todo Puente Alto mientras en aquella humedad nos íbamos imaginando el cuerpo inerte de César abandonado entre los fierros del automóvil. Así estuvimos hasta el amanecer, sin decir nada, enfriándonos, humedeciéndonos, en cierto modo también muriéndonos como César, que seguramente ya lo tenían depositado adentro de una bolsa. Todo había sido tan repentino que nadie habló mientras nos disparaban, mientras César moría, mientras nos quedábamos un poco más solos, nadie dijo nada.

Al otro día, Manuel lloraba profusamente al narrar lo sucedido delante de Tamara, Rodrigo y Ramiro. Todo parecía como si nunca se hubiera desarrollado aquel infierno y pensaba que César andaba por ahí recordando sus tiempos de pendejo artesanal. Recogiendo en el hipódromo los boletos de apuestas para decir que trabajaba ahí por si algún día lo paraban los soldaditos. No deseaba creer que se descomponía en una bandeja metálica en la morgue tal como nos descompondríamos todos algún día, todos nosotros, los soldaditos, el tiranuelo y sus ingenieros, la patria, el pueblo, y tan solo permaneceríamos en la memoria de algo difuso o de algunos pocos a la espera de su ineluctable descomposición.

El resultado de todo aquello fue una respuesta por parte del Frente a los días de la muerte de César. Se colocó un autobomba en el mismo lugar que había muerto. Con un dispositivo que, al tratar de desactivarlo detonaría y así fue, ya no recuerdo muy bien, al parecer salieron heridos un par de CNI pero eso no me importa ni me importaba. La primera escuela nacional del Frente llevó su nombre original: Patricio González. Muchos rodriguistas comenzaron a conocer de relato en relato la historia de César. Yo en particular nunca le dije a nadie sobre mi presencia ahí, porque no quería decir que había visto cómo se moría agujero tras agujero. Nuestro grupo se desarmó y cada cual tomó un rumbo diferente, todos en el Frente claro está. A mí, el parche de todas las cosas, se me envió al extranjero, al parecer mis ojos entornados ya eran una costumbre y necesitaba un poco de aire más tranquilizador. Simplemente Rodrigo me propuso salir hacia Cuba para saber un poco mas sobre los objetos de la guerra y así me fui sin decir nada a

nadie porque no había nadie a quien decirle algo. Tomé mi bolso y partí una vez más a cualquier parte. Al fin de cuentas estaba viviendo aun y eso era una gran suerte.

XXI

El primer mes de 1986 me fui de mi paisito con la profunda pena de la muerte de César.

Sólo había tres maneras de que a uno lo enviaran a la isla. La primera por cuestiones de seguridad, vale decir, por razones de persecución por parte de los soldaditos. La otra era asimilarlo como un premio, una especie de trofeo y estímulo por las demencias cumplidas y la última por necesidad. Nunca supe como tomarlo ni tampoco invertí demasiado tiempo en dilucidar las causas de mi viaje, cosas del destino simplemente que me llevaban hacia todos los lugares de mi tiempo como debía de ser. Aquello ya lo había tomado como una costumbre y no paraba de alejarme de todos. En último término eso de echar raíces no era más que el cansancio de algunos cuando ya no dan más. Para mí no había razón para quedarme en alguna parte. De eso ya me había convencido a fuerza de las circunstancias, lo cierto es que no me quedaba otra así es que terminé por asumirlo como una elección. A la mayoría que tuvimos la oportunidad de salir a curso se nos envió a los cursos cortos, es decir, de no más de seis meses; a la minoría se les enviaba a convertirse en oficiales graduados. Los futuros oficiales de la patria, todo un honor.

Por mi parte me encontraba del todo feliz por aquel viaje y sobre todo por conocer dicho país tan citado para bien o para mal.

La verdad yo iba sin ningún prejuicio, dispuesto nada mas a salir de la duda de que era lo que había allí, sin pretensiones ni esperanzas, dispuesto a desilusionarme o a enamorarme de una tierra que por aquellos tiempos era el paraíso flotando en la infinitad del mar.

Una vez cruzada la frontera ya me sentía mas relajado. Había pasado parte de lo peor y esto era salir de Chile con una identificación absolutamente falsa por lo que el viaje hasta Baires se hizo una delicia. Allí me esperaban para que me dieran la segunda parte de mi itinerario viajero.

Los primeros días me alojé en un hotel cerca del puerto por lo que por las tardes me iba caminando hacia allá y me quedaba largas horas observando nada más que los barcos, las gentes y todo lo que se desplazaba por ahí. Pasaba la totalidad del día en eso. Sentado o caminando la cosa daba igual. Hace mucho tiempo que no estaba realmente solo y aquello lo disfrutaba. Un país donde nadie me conocía ni sabía de mi existencia salvo aquellos que me veían. Pero la sola posibilidad de que me vieran no era un dato concluyente para afirmar mi existencia y por eso mismo, y sumado a mi identidad adulterada, yo era un verdadero fantasma por las calles de Baires, lo que me hacía sentir muy bien, casi de lo mejor.

Había escuchado casi hasta el cansancio aquello de la soberbia de los argentinos. Pero mirando a su gente caminando entre el muelle y otras partes no dejaba de convencerme que ese adjetivo solo era aplicable a los adinerados de este país. Los pobres son igual en todas partes cargando sus penurias y sus resignaciones dispuestos a portarlas hasta el final de sus vidas sin mas esperanza que la vida eterna. En última instancia gozaban de esa prerrogativa histórica permitiéndoles querer morir lo más pronto posible, de hambre, de aburrimiento a desidia, daba lo mismo. Ellos caminaban por la segura senda de la extinción gradual y permanente. Ese es el destino de todos los pobres y miserables de la tierra, morir de pobreza una y otra vez. Yo también iba a morir pero tenía la seguridad que no volvería jamás a pisar la tierra y por ella, como siempre, deseaba vivir lo más posible, lo que estuviera a mi alcance e incluso fuera de

él, más allá de mis deseos y posibilidades, estirando siempre la tensión de esta extraña realidad que vivía.

En los días siguientes proseguí mi rutina de paseos por el muelle y otras calles. Por las tardes volvía al hotel y comía alguna carne de justificado sabor, bebiendo licores acostumbrados a este sitio.

Una tarde cualquiera, mientras permanecía pegado con los ojos en los barcos cargueros que iban arribando a puerto se me ocurrió visitar alguna antigua biblioteca que guardara archivos periodísticos de la época de la carta de mi padre, al fin, estaba en la tierra donde había nacido él y también donde la muerte alcanzó a mi hipotético abuelo. Coincidentemente me encontraba en una buena posición para enterarme realmente de lo sucedido y relatado en la carta.

Luego de haber tomado la determinación partí caminando sin conocimiento alguno sobre como encontrar el lugar. Pasados treinta minutos llegué a un gran edificio de factura colonial. Al interior reinaba un suave ambiente intelectual, una música envolvente y tenues luces cálidas. Una cantidad variable de mesas y pupitres y poca gente sentada en ellos. Me dirigí al mesón central. Me atendió un hombre de lentes, cara delgada y muy bien peinado a su costado. Le pedí archivos del año 30, fundamentalmente de los diarios anarquistas de la época. Era el único antecedente plausible con el cual contaba para desmadejar dicha historia. Nada más lo hacía por simple curiosidad, para ver y comprobar hasta que punto mi padre había vivido cargando una historia sin siquiera mencionarla, era una pura cuestión de notar los niveles y rangos de sus límites.

El hombrecito me pidió una identificación, le pase lo que tenía.

—Ah, chileno —me dijo.

—¿Y? —le contesté mirándolo fijamente.

—Todos ustedes son unos ladrones así es que tomaré las precauciones del caso, contestó sin ninguna vergüenza.

En general para la gente que nos ve no hay términos medios: o se es la absoluta mierda o la absoluta bondad, en este caso yo era una absoluta mierda chilena para este ratón de biblioteca. Preferí no decirle nada, al cabo una ofensa en el extranjero daba lo mismo. El

hombrecito envió a uno de sus subordinados a la bodega. Demoró cerca de veinte minutos, al parecer esas eran las precauciones del caso, una miserable humillación a partir de la espera. Lo que ellos desconocían era que yo poseía la totalidad del tiempo para esperarlos. Luego el muy hijo de puta volvía con las manos vacías. No hay nada de lo pedido, dijo con desprecio. Me lo sospechaba, respondió al aire el hombrecito de lentes. Luego, entre ellos se sonrieron. Obviamente lo estaban haciendo con un propósito muy bien definido: humillar a este simple chilenito. Tomé mi documento y puse ambas manos sobre el mesón en actitud beligerante, me miraron sorprendidos. La gente de los pupitres miraba con expectación, los habíamos sacado de su concentración. Luego de mi mínima protesta, no me atreví a decíles nada en sus caras. Se veían triunfadores. Me alejé del mesón hacia la puerta de salida, ellos seguían en lo suyo, me di media vuelta desde la puerta, ya casi con un pie en la calle y les grité:

—¡A buena hora los ingleses les quitaron las Malvinas, argentinos hijos de puta!

En unos segundos pude notarles sus caras de ira atroz. Mi grito fue tan fuerte, ayudado por el eco del gran salón de piso encerado que llegó a salir de la misma biblioteca con lo cual algunos transeúntes pudieron escuchar mi ignominiosa ofensa. Aquello no lo había notado. Los de la biblioteca comenzaron a aullar frenéticamente.

—¡Que decís mal nacido!.. Chileno traidor... Hijo de las re mil putas... Ladrón miserable... Seguro venís a trabajar ilegalmente... Gusano asqueroso qué sabés vos de patrias.

Los gritos eran sólo eso, una pequeña ira gaucha. Los que habían logrado escucharme desde la calle comenzaban a tomar otra actitud más directa. Se acercaban unos dos o tres delgados y huesudos rubios con sus puños cerrados. Por lo cual me puse a trotar por la avenida para salir de aquello. Desde la esquina les pude seguir gritando todo tipo de estupideces, sin embargo, logré ver al hombrecito de lentes y a otros buscándome afanosamente. Desde ahí mismo les llamé la atención y les alcé mi dedo medio en un evidente

acto de ofensa simbólica. Aun con aquel ruidoso panorama se les escuchaban sus iracundas palabras. Les sonreí a la distancia y me fui caminando serenamente. No había recabado ningún antecedente.

La noche estaba cayendo y entre a una librería de viejos y usados libros. Pretendía tener más suerte que el anterior intento. Después pude darme cuenta que más que una librería era un paupérrima biblioteca de viejos anarquistas, aquellas que se reparten por todo Baires. Me acerqué al anciano que hacía las veces de bibliotecario. Sin más preámbulo le pregunte si tenía algún antecedente de la vida de López Arango y Severino Di Giovanni.

Aquel anciano levantó lentamente la vista mirándome por sobre sus anteojos, luego sonrió por la ignorancia de mi pregunta. Yo en aquel momento pude comprobar la nimiedad de mi consulta. Esperaba, entonces, algún comentario respecto a mi estupidez que arrastraba como un poncho, algún rapto de sabiduría que fuera a escarmentar mi insulsez. Pero nada, el anciano siguió en lo suyo, en sus papeles. Volví a formular mi pregunta con un poco mas de tino. Nuevamente me miró y apuntó con su dedo hacia una de las estanterías. Me dirigí hacia ellas y me encontré con una montaña de libros amarillentos. El solo hecho de observar aquel monumento comenzó a minimizar mis pruritos de sabiduría. No sabía por dónde comenzar la búsqueda si es que acaso aun conservaba la lucidez necesaria para ello. Estaba en eso cuando el anciano aparece por entre uno de los estantes diciéndome:

—¿Por qué a un jovencito como vos le interesaría la historia ácrata?

Me quedé pensando en la posible respuesta, dudoso, casi cínicamente elegante. Su silencio demostraba una evidente espera.

—¿Y? —me volvió a decir.

Trataba de ponerme a la altura de las circunstancias, adquirir un aire señorial de biblioteca. No lo logré en lo absoluto.

—Señor —le dije compuestamente—, mas que la totalidad de la historia me interesan ciertos pasajes de ella, quizá, el intersticio oculto, la reducida porción oscura capaz de desvirtuar y arrastrar un relato completo y bien articulado.

—Jovencito —respondió acomodando las manos sobre algunos libros—, la historia ácrata no enmudece los hechos que ella misma fue generando, acaso vos pensás que las historias fundamentadas sobre la violencia son un ramo de ilusiones y noblezas, desprendimientos y sacrificios.

El anciano comenzaba a tomar aliento, le había dado razones para ello, cosa común en los hombres de bibliotecas. Están a la espera de algún buen diálogo que los vaya sacando de su rutina y darles así un argumento para entregar todo lo que han ido acumulando en la memoria, darles, en suma, un destino sobre esta tierra, encontrarles una utilidad más allá de la propia insubstantialidad que poseen las palabras. Aquello fue el principio del relato.

El anciano, en un absceso erudito, me introdujo en los pliegues subterráneos de toda la historia del movimiento ácrata. Los hombres, las fechas y los días memorables, las pugnas internas, los triunfos por medio de la propaganda, los enemigos y amigos fuera de Baires, los pequeños grupos de libertarios armados. El anciano se desenvolvía como un paquete navideño, se desplazaba a través de la sala de la biblioteca, se excitaba, se contradecía, se enfurecía. Estaba vivo recordando. Tomaba libros de los estantes, buscaba ciertas páginas, las citaba con atrocidad, pasaba su dedo sobre las páginas, se detenía en lo que habían dicho algunos anarquistas sobre otros, las injurias, las pequeñas campañas de desprestigio, una verdadera historia con todos sus bemoles. Las inmundicias necesarias de toda historia, un chismorreo sistematizado con estatutos disciplinarios. Fue en este mínimo punto donde se detuvo aclarándome la muerte de mi abuelo. Anarquista español, tomó Baires como su segunda tierra, su refugio antes de que el tiranuelo patrio español apareciera. Las emprendió contra otro anarquista, esta vez Italiano. Por sus razones, por sus envidias, no soportaba lo que hacía Di Giovanni, sus métodos, sus violencias. Lo difamaba con sus campañas. El italiano soportaba desde la clandestinidad con los suyos, uno de ellos Tamayo Gavilán, el chileno anarquista asaltante de bancos, expropiador, se decía, murió más tarde que el italiano, fusilado.

El anciano se detuvo, melancólico y dijo:

—Pero no hay pruebas de que Di Giovanni lo haya asesinado, todo es parte de una muy bien montada especulación histórica. Se dice, joven, que existe una carta redactada por Emilio López Arango antes de su muerte donde narraría el porque de su campaña contra Di Giovanni, también, se dice que ahí saldría expuesta la identidad de su verdadero asesino. La hipotética carta estaría dirigida a su hijo que por esas circunstancias del destino presencié la muerte de su padre. Fue una mañana normal de octubre de 1929 cuando alguien tocó la puerta del domicilio de López Arango, su hijo mayor fue a abrir la puerta y luego volvió donde Arango diciéndole que lo buscaban, fue ahí cuando le disparan tres tiros sobre su pecho. Arango muere lentamente como toda la campaña contra Di Giovanni. Inconscientemente el hijo fue el pequeño mensajero negro, el portador del último mensaje, le llevó la notificación de su muerte y luego, como un testigo necesario asignado por el destino, tuvo que presenciar la muerte de su padre. Le avisó su destino final y tuvo que presenciarlo. Guardó silencio para siempre. Años después, ya maduro, se hizo médico y habría emigrado a Chile en busca de mejores horizontes cargando la permanente imagen de su padre muriendo con tres orificios sobre su pecho. La culpabilidad de la notificación, el peso de ver las cosas, la muerte en los ojos.

Yo en tanto era el único que poseía la verdadera "verdad". Un documento para ser interrogado entre líneas, entre lo que no se dijo, entre lo dicho y lo que se quiso decir. Un examen textual.

No quería reconocer la autoría de Di Giovanni en la muerte de mi abuelo, porque para él, Di Giovanni era tan grande que el solo hecho de imaginarlo asesinando a uno de sus cercanos ideológicos le causaba una profunda desestructuración. Se negaba de antemano, desestimaba la existencia de aquella carta que permanecía guardada en mi bolsillo. Lo miré, pensé en no dársela a conocer. Le sonreía en la cara, llevé mi mano al bolsillo y saqué la carta envuelta en una bolsa plástica. La desdoblé lentamente, el anciano permanecía expectante, no sabía lo que yo pretendía, no tenía idea lo que

descansaba en mis manos. Lo volví a mirar y comencé a leer desde donde había quedado aquella vez en el hospital:

...Desde que Di Giovanni tocó suelo argentino, la suerte del movimiento anarquista sufrió grandes cambios...

El viejo me miró con extrañeza, arqueó sus cejas, se llevó la mano al mentón, proseguía mirando la factura de la carta. Dio su primera impresión. Es un documento antiguo, sentenció. Lo digo por el papel, continuó. Lanzaba sus hipótesis, su nerviosismo iba subiendo.

—Déjeme, señor, continuar con esta revelación —le dije con ambas manos sobre el papel amarillo.

El viejo me miró nuevamente, los rayos del sol se colaban por los espacios que dejaban los libros en su espalda.

Proseguí... teníamos, de cierta forma, el liderazgo del movimiento junto a Abad de Santillán, lo acrecentábamos con ciertos métodos, nuestras herramientas de difusión, el estudio y la propaganda de nuestro diario La Protesta. Creímos meridianamente en las palabras y todo lo que fuera más allá de éstas, lo pensábamos como desviación de los verdaderos fundamentos del anarquismo responsable. La violencia ejercida como un método, para nosotros, no era más que anarcobanditismo o simple terrorismo. Y he ahí el puesto de Di Giovanni, su razón, su creencia en la violencia, su poder físico, su querer ir más allá de las palabras, su vida plena, su verdadero fundamento de existir. Aquello no lo podíamos soportar, en particular, no lo podía aceptar.

Es necesario, en esta hora mientras escribo, tal vez mi última carta con sentido asignado, decir que Di Giovanni cruzaba un camino peligroso, empero, tan ilusorio como el nuestro. Lo de él tendrá con el tiempo una estela, las huellas, las pisadas marcadas que irán quedando, no para que otros lo tomen como ejemplo ni hagan de su experiencia aquello que no hay que repetir. A Di Giovanni no le importaba la educación para los que vendrían, tenía la convicción de que cada cual arquitectura su camino, su tragedia, su sangre.

¿Qué nos quedaba ante la potencia de Di Giovanni? ¿Qué nos correspondía hacer? Las diferencias ideológicas y de métodos solo me sirvieron para vehicular mis fallas, mis envidias hacia él, mi odio por mi propia impotencia, por tener la convicción segura de que lo nuestro, nuestro pensar el mundo desde otra montaña, no sería sino un ejercicio inerte.

El tiempo y los días se me van, mi sentencia corre por camino seguro, un muerto que prosigue escribiendo su última verdad. Ya estoy muerto...

Buenos Aires. Octubre 23 de 1925.

Al tiempo de acabar de leer la última parte de la carta, volví a mirar al anciano, movía su cabeza en señal de no aceptar lo que acababa de escuchar. Se contrariaba.

—Aquello es una invención, joven, y usted no se puede prestar para propagar dicha injuria.

Simplemente no le contesté nada, ni siquiera le dije que yo era el nieto de Emilio López Arango, que mi padre había muerto hace un tiempo y que entre sus pocas pertenencias se encontraba la carta de su padre hacia él. Se negaba a escucharme. Ni aunque le hubiera mostrado una fotografía donde saliera Di Giovanni apretando el gatillo aquella mañana de octubre, me aceptaría el hecho. La verdad es como una pequeña religión. Era hora de marcharme, ya sabía todo lo que quería saber.

Desde mi primera palabra hasta la última sílaba expulsada desde la boca del anciano había transcurrido toda una década de relatos sobre el anarquismo de la Plata. sus proezas, los alientos de toda una generación, los nombres propios que habían propiciado aquella historia, los relatos salvacionistas, la palabra vivida, sangrante por tanta muerte, las pestilencias y miserias de los que se fueron aniquilando entre sí y entre sus enemigos, los hombres de un tiempo que se fueron esparciendo en fragmentos, pequeños vértices de un sistema, aleatorios acentos de una razón que sólo nace a la luz con la esperanza de que otra palabra o pensamiento venga a legitimarla como la única. Pasado el tiempo y sus desvergüenzas ya

nada la solidifica sino su propio relato, su propia verdad, su único instante de lucidez.

Se nos fue toda la noche mientras la mañana sacaba sus primeras garras sobre Baires. Sus altos edificios se iluminaban desde sus puntas, las gentes salían desde sus cuevas como una manada de siervos desordenados, todos a sus obligaciones permanentes, todos a la producción del gran teatro urbano. Al anciano se le cerraban sus ojos de tanto en tanto. Me había enterado de lo que desconocía, la bibliografía sutil de mi abuelo, el padre de mi padre, ambos bajo la tierra. El suceso de su muerte a manos del anarquista italiano Severino Di Giovanni. Su relación con un chileno de nombre Tamayo Gavilán, muerto tras protagonizar un asalto bancario, en los últimos suspiros del anarquismo radical de la Plata. Éste, al igual que mi abuelo alcanzó a dejar un rastro de él mismo, quizá el tipo que enterró a mi padre obedecía a las láminas secretas para la prolongación de una tradición que dice: os enterraréis entre vosotros más allá de todo juicio. Conservábamos los apellidos intactos. Éramos reproducciones exactas en el tiempo.

Salí caminando hacia mi hotel cercano al puerto. Detrás de mi quedaba el anciano, convenciéndose con lo suyo, sus cosas y sus artefactos. El sol me acariciaba la espalda. Me fui pensando que éramos un simple eco histórico, un destello que ya había sucedido en otros sitios y en otros tiempos. En cierto grado convencido, como mi abuelo, de un determinado final, tal vez mi única certeza, preciosa y con sentido. En mi memoria ya descansaban tipos como Di Giovanni, Salomón, César y su lenta muerte, todos aquellos que se lanzaron a destazar a nuestro tiranuelo aquella tarde de septiembre. Cada uno de esos que fui conociendo y que, también, fueron desapareciendo. Aun me faltaba mucho por ver y sentir. Me palpé la carta en el bolsillo y seguí caminando pasivamente bajo el sol argentino.

XXII

Buenos días fueron aquellos en Buenos Aires, relajados. Aquella costumbre terminó cuando tuve el encuentro con quien sería mi contacto para proseguir el viaje hacia la isla de Cuba.

Así me encontraba caminando por la Av. 9 de julio dispuesto a encontrarme con algún hombre asignado para dicha tarea que no sólo se prolongaba hacia mí, sino que era el responsable de ordenar las cosas para todos aquellos que hacíamos este itinerario.

Dicha avenida era un hervidero de gente deambulando sumamente preocupada quizá por que cosas. Yo no paraba de chocar con todos ellos tratando que la carpeta azul que portaba como señal se notara en medio de todo ese gentío. Mi preocupación iba dirigida a encontrar, según mis expectativas, a un hombre, por lo que me esmeraba en ubicar a cualquier tipo que coincidiera con la imagen que yo tenía de aquellos sujetos. A las mujeres las pasaba por alto sin ninguna preocupación. Fue así como casi al cruzar una de las calles un par de mujeres me detuvo con la pregunta correspondiente: "¿Vienes de la Boca?" Me quedé mirándolas algo extrañado, la verdad no me esperaba que unas mujeres fueran a buscarme, pero yo atento les respondí inmediatamente: "Sí, pero ando con poco tiempo". De ahí nos fuimos caminando por la misma avenida.

Una de ellas era chilena y la otra era oriunda. Ella, la argentina, era de unos cuarenta años, con grandes ojos como si fueran a estallarle, de pelo platinado y corto, se movía sin mucha gracia. En cambio la chilena, casi de la misma edad que su acompañante, era morena hasta la infinitud de la noche, cabello desgredado por no

decir sucio y grasoso. No paró de darme palmaditas en la espalda como si fuéramos viejos amigos y conocidos. Al parecer la ausencia de verdaderos compatriotas le generaba una fuerte melancolía por lo que cada vez que se cruzaba con alguno de ellos ella se comportaba como una gran camarada, palmoteando a todo el mundo y recurriendo al viejo lenguaje de puteadas. Toda esa escena sólo me devolvió al mundo del cual me había ausentado por unos días.

Se presentó como la compañera María, encargada de los documentos para los viajeros. La verdad ella era sólo la que hacía los contactos pero eso de ser encargada de algo le daba más aire titular y trascendente. Pero no le di mayor importancia al asunto mientras me interrogaba sobre la lucha de nuestro pueblo, tal como ella se refería a nuestras travesías. Yo a todo le respondía que iba bien, no se para adónde pero iba bien. La tal María había tenido que salir escapando por no se que razón de seguridad y estaba ahí desde hace unos buenos años cumpliendo dicha tarea, "cada uno en su puesto para la revolución" era su consigna que la ayudaba a mantener la nostalgia a raya, era su convencimiento al fin. En tanto la otra mujer guardaba silencio, atenta a lo que hablábamos de nuestro paísito y su desangrada pelea. María, casi al finalizar la conversación, me pidió el pasaporte que me habían dado anteriormente para verificar que todo estuviera en línea y así evitar sorpresas al cruzar fronteras. Luego me explicó que partiría en unos días mas por lo que la "compañera colaboradora" me iba a llevar a una casa de otros "colaboradores" para aguardar mi partida hacia Perú. ¿Perú? –le respondí con sorpresa–. Sí, me dijo ella, de ahí sales para la isla, hay que hacer escalas antes de llegar hasta allá. En fin, de mí no dependía nada de esto así es que me dispuse a aceptar tal como eran las cosas. Nos quedamos de juntar para que me devolviera el pasaporte y las últimas indicaciones para el final del viaje.

Me fui caminando con la mujer argentina sin mediar palabras hasta llegar al hotel y recoger lo poco de mi equipaje, un pequeño bolso de mano en cuyo interior iban algunas ropas, la carta de mi padre junto al delantal blanco.

Recorrimos no sé cuanto a bordo de trenes y trenes a los cuales subíamos como verdaderos colonos. Así en el trayecto hacia una casa ella se puso a hablarme.

—¿Debe ser difícil para vos estar lejos de la patria, no?

—Para nada señora, en mi caso no guardo ningún lazo con mi país, podría vivir en algún rincón de África o en la favela mas desgraciada de Brasil y para mi todo seria igual —le respondí sin medir lo que le decía.

—Me refiero, el estar lejos de tu familia debe ser difícil y duro. Creo que por eso hay que militarizarse espiritualmente ¿no lo crees?

—Mi único familiar directo soy yo mismo y jamás nos separamos, por ese lado no tengo ninguna pena —contesté mientras iba mirando el panorama exterior.

—Yo lo único que deseo es ir a luchar a Chile con todos ustedes, seguro que ahí se pondrán las cosas mas duras —me dijo con grandes expectativas mientras se aferraba al fierro que cruzaba el vagón y abría, aún más, aquellas bolas visuales.

Me di cuenta que esta señora tenía un panorama totalmente extraviado de Chile. Es verdad la convulsión existente que por aquellos días resonaba en todo el mundo, pero mucho de eso no dejaba de ser una leyenda bien articulada que a mas de alguno le despertaba el apetito de solidaridad internacionalista imaginando a mi paisito levantado en armas y rebelándose contra el tirano malévolo y sanguinario. Quizá esta señora tenía algún sentimiento de culpa por lo suyo, por lo que les había ocurrido a estos argentinos, su cuota de horror en el largo mapa de las justificaciones, su propia tiranía disuelta entre guerras patrias y estadios de fútbol, con su consecuente carga de muertos y esperanzas como en todo este continente absurdo y desvergonzado. Ella quería, también, liberarnos de nuestro tiranuelo, de nuestro militarillo que gozaba de muchos amigos, allá ella, en tanto hacía lo que podía a su modo.

—Es que aquí el peronismo no sabes cuanto daño le hizo al movimiento revolucionario, sabes, pero vendrán tiempos mejores —aseguró.

No quise decirle que no vendrían más tiempos y éste, el que pasaba delante de ella, era el único tiempo posible, no había otro, porque este era su tiempo simplemente.

A esas alturas comencé a responderle con pequeños pero contundentes monosílabos que interpretó tal como yo quería. Necesitaba que alguien me hablara de otras cosas ajenas a la guerra criolla. Me mantuve así hasta que nos bajamos del tren y nos dirigimos en medio de unos sitios baldíos hasta la casa de una familia ultra humilde que habitaba en las afueras de la capital.

Ella abrió la endeble reja que separaba la tierra de más tierra entrando a una casa de adobe en cuyo interior se veía a esta peculiar familia argentina, todos ellos tomando mate, aquel brebaje insoportable

Se levantaron los cuatro como si recibieran una orden y se mantuvieron mirándome en una línea y yo a ellos desde la entrada. Estaba la señora, la madre de los pequeños y esposa de su esposo, ella era pequeña y gordinflona con un pañuelo amarrándole el pelo y un delantal floreado que hacía juego con el paño sobre su cabeza. A su lado el jefe del hogar, Don Mariano, un poco mas alto que la señora y de una piel blanquísima, casi transparente. Aquel hombre padecía desde hace años de un fuerte asma por lo que sus ataques eran constantes y todo su hogar giraba en torno a su mal. La disposición de sus pocos muebles era en círculo para evitar cualquier golpe considerable cuando este cayera revolcándose y convulsionándose. Como era costumbre bebía vino barato a toneles sin perder el control, pero a un cierto límite perdía el conocimiento, recuperándolo después de un rato. Extraña relación con el alcohol, una amistad inconsciente. A su lado estaban los dos pequeños, ambos varones con aspecto de futuros maleantes y hábitos de cárceles y comisarías. Una verdadera familia argentina.

La "colaboradora" de ojos reventados, luego de conversar a solas con Don Mariano, se despidió y me dejó ahí junto a toda la familia. La señora me acompañó al lugar donde pasaría aquellos días de espera, que yo deseaba fueran los menos posibles. Fue así como llegamos al final de su patio a un galpón de madera donde

descansaban miles de desperdicios. En fin, al atardecer terminé de limpiar aquella bodega para convertirla en mi habitación. Me facilitaron un colchón en el cual pude dormir sin problemas entre todo ese hedor a material desvencijado y cartón húmedo.

Los días aquellos pasaron sin contratiempo, almorzaba y comía como uno más del hogar pero al anochecer del último día que pasaba en esa casa Don Mariano me propuso salir a caminar por el barrio a lo cual acepté gustoso. Hacía buen clima y el barrio se veía, a pesar de sus habitantes, bastante tranquilo. La colaboradora me había advertido que en el barrio existía una colonia de chilenos exiliados. Exiliados era el argumento para guardar a toda clase de sujetos que de una u otra forma se habían ido de Chile ya sea por cuestiones económicas o simplemente por aburrimiento.

Colonia de exiliados, los patriotas tras la línea de combate no eran más que unos llorones melancólicos y gastronómicamente apenados. Los que venían escapando eran los menos, sin embargo estaban ahí, con sus coterráneos para hacer de la lejanía una causa más de sus sufrimientos y protagonizar rituales patrios para estar más cerca de su paisito. Así era como en ciertas fechas realizaban y se daban a la tarea de organizar peñas y ramadas cuando las circunstancias lo requerían, engullendo vinos y empanadas, anticuchos y toda clase de objetos comestibles tradicionales de su amada tierra chilena. El único objetivo era el recaudar fondos para los patriotas que liberaban el país.

En fin, aquella colonia de sujetos decadentes había organizado para ese día una de aquellas peñas folklóricas. Don Mariano, debido a su tradición de bebedor no faltaba a ninguna de aquellas celebraciones, invitado formalmente por dichos sujetos ya que era reconocido como un amante de las causas perdidas. En un acto de buena fe Don Mariano me invitó a dicha celebración como forma de despedida de mi paso por Baires y en particular por el paso por su casa. Como me era muy incomodo negármele, y ante la vista de que era mi último día en aquel lugar, y por lo que era casi imposible que alguien me reconociera, acepté su invitación.

Así como a eso de las nueve de la noche partimos caminando con Don Mariano por las empolvadas calles del suburbio bonaerense. Él iba muy bien vestido y perfumado, peinado con gomina. Caminamos unas cuadras en las cuales todo el mundo saludaba a Don Mariano, yo solo sonreía como el sobrino de aquel hombre, así me presentaría en la celebración. Llegamos al recinto del cual colgaba una sabana con algunas manchas amarillentas en la cual se leía: "PEÑA LIBERACIÓN".

Desde varias cuadras se escuchaban las melodías combativas entonadas por un grupo musical al interior. Afuera se amontonaban una decena de personas tratando de entrar. Al llegar a la entrada, el portero se acercó a Don Mariano y lo hizo pasar como una persona de gran categoría. Así fue como penetramos al recinto adornado con lienzos al estilo de la cárcel. Ya de entrada la cosa comenzó a deprimirme, pero en fin, como estaba ahí por Don Mariano y no permanecería mucho tiempo en ese lugar, me armé de ánimo y nos sentamos en una de las mesas. De verdad todo era muy chileno, adornado como las ramadas dieciocheras. Todo lucía un aire emotivo y liberador. Había un escenario en el cual iban desfilando los más variados individuos con saludos de todas partes y alientos de fortaleza para los melancólicos patriotas chilenos en el exilio. Cantores de protesta vestidos con ponchos y portando guitarras y charangos.

Las horas fueron pasando y mucha gente saludaba a Don Mariano. De tanto saludo se quedaron dos sujetos en nuestra mesa. Don Mariano no paraba de tragar vino que le servían a cuenta de la casa, tal vez única manera de beber era aquella, es decir, gratis. Así se quedaron ambos sujetos hablando y recordando a su paisito guerrero. Al parecer a estos tipos la ingesta de alcohol les abría la válvula oratoria y no se detuvieron en consideraciones para dar rienda suelta a su lengua.

—Yo vengo escapando de la represión, Don Mariano, sabe, cuando uno es revolucionario lo persiguen en todas partes. Eso sí, no existe razón para abandonar la lucha de nuestro pueblo —dijo en un tono romántico palmoteando a su compinche.

—¡Viva la revolución! —gritaba Don Mariano en el mas puro estilo mexicano alzando el vaso de vino—, ¡Viva! —le gritaban algunos desde otras mesas respondiendo al espíritu internacionalista reinante. Fraternidad pura entre pueblos separados por un cordón de tierra amontonada devenida cordillera.

Estos tipos sentados a nuestro lado tenían la firme convicción de darse a conocer como verdaderos soldados de la patria. El modelo de una nueva raza que renuncia a todo en pos del bien popular. De un momento a otro comenzaron a oratear sobre lo que debían de ser los hombres de la revolución. Una verdadera proeza si tomamos en cuenta que los hombres morirán tal como nacieron. En particular estos dos que tenía enfrente de mí.

Uno de ellos se echó hacia atrás con su silla y puso ambos brazos sobre su nuca.

—Por sobre todo el revolucionario y por ende, el hombre nuevo, debe ser ante todo un hombre autocrítico, honesto y solidario, por cierto no dejaremos pasar las cualidades, a toda vista, combativas por las causas nobles y justas.

—Eso es, eso es. Le alentaba su amigo sentado al lado, no decía nada mas mientras miraba hacia todos los sitios de la celebración. Yo permanecía atento a todas aquellas palabras que salían escupidas de su boca. Qué tipo tan farsante pensaba, de seguro este es un andrajo que no sabe que hacer con su inmunda vida itinerante. Don Mariano seguía bebiendo y escuchando atento a los dos desconocidos que se habían sentado frente a nosotros.

Después de un momento, el que hablaba, nos quedó mirando y al tiempo bajó su voz acercándose mas a nosotros diciendo con expresión conspirativa:

—Saben, mi estadía en este país se debe a que tuve que salir por razones de extrema seguridad —se agazapó aun mas sobre su silla—. Yo participé en el rescate de Fernando Larenas y por ello ando por estos lados buscando condiciones para la salida de mis demás compañeros que también participaron.

Su compinche lo único que hacía era asentir con su cabeza las palabras de su amigo y lo miraba aun mas con expectación cuando

dijo lo de su participación en el rescate. Yo no paraba de impresionarme con el desparpajo de aquel sujeto y más aun me preguntaba cuales eran sus verdaderas intenciones con tamaña mentira muy bien incubada en los oídos de todos los incautos que desconocían las cosas de aquellos tiempos. Pero todo podía ser bajo el argumento de la compartimentación, digo, para todos los que desconocían los hechos. Muchas ganas sentí en ese momento de humillarlo hasta que quedara sólo un montón de explicaciones inconexas, pero por qué habrían de creerme a mí si era tan desconocido como el inmundo sujetillo farsante. Principié a guardar silencio con la única intención que el mentiroso siguiera con el espectáculo. Sentía un tanto de ira, no por mí sino que por los que habían participado realmente, por Oscar, y fundamentalmente por César que yacía bajo la tierra mientras este gusanuelo se llenaba la boca quizá con que intenciones espurias. Recordé la cara de felicidad de Salomón mientras lo sacábamos de esa clínica. Recordé a todos y cada uno de los verdaderos participantes y este sujeto solo atentaba contra mi pasado. Lo hacía objeto de sus intenciones como si fuera un adminículo de todo uso.

Aquel pasado no era colectivo sino que pertenecía invariablemente a los que estuvimos aquel día de junio. Intransferiblemente era nuestro, los únicos que podíamos explicarlo, fundamentarlo, esgrimirlo, legitimarlo o anatemizarlo, los únicos, en buenas cuentas, que podían hablar éramos nosotros porque por esas partes, también habíamos dejado nuestra vida.

Miré a Don Mariano y estaba casi inconsciente, apenas si abría sus ojos entornados sobre sí mismos. Era claro que venía su inconsciencia. El mentiroso proseguía dando detalles del rescate, hablando de lo que sucedió, de lo que había sentido, dando detalles, por cierto verdaderos, que más de algún inhóspito rodriguista había echado a correr como una leyenda interpretativa de la vida.

La música, las guitarras y charangos, las voces de protesta de aquellos desafinados eran el trasfondo de todo ese ruido y el mentiroso continuaba mientras su compinche lo azuzaba. Don Mariano con su cabeza tesa sobre la mesa, en coma, los lienzos

libertarios flameaban con el viento nocturno bonaerense que se colaba por entre las planchas de metal, el humo insoportable, el hedor a vino barato y toda esa gente solidaria terminó hastiándose hasta el infinito con el único resultado posible de que en un momento dado perdí la noción de mi compostura y encajándole el puñetazo mas grande que he propinado en mi vida, acaso el primero de ellos. El mentiroso salió expulsado de espaldas sobre la silla, quedando en el piso de tierra con sus brazos abiertos. Semiinconsciente balbuceó pidiendo explicaciones. No le dije nada mientras su compinche me miraba atolondradamente y la gente se acercaba a prestarle ayuda al mentiroso preguntándome por qué lo había golpeado. Me exigían explicaciones. Al parecer era uno de los miembros reconocidos de la colonia de patriotas melancólicos. La cosa se ponía fea para mí y como en ciertas circunstancias es mejor huir despavoridamente, como es mi costumbre, opté por guardar silencio y no dar explicaciones a nadie. Tomé a Don Mariano por los hombros. Dicho "colaborador" no había tomado cuenta de nada.

Salimos del local entre la mirada amenazante de casi todos los patriotas.

Hacía un calor insoportable mientras una pandilla de mosquitos tan negros como la oscuridad se dieron un festín con nuestra sangre. Caminamos por las calles de tierra del suburbio bonaerense hacia la casa, es decir, caminé con este viejo a mi cuesta, y a lo lejos se reanudaba el jolgorio patrio y liberador de la pena. Al fin el mentiroso había tenido lo suyo, su buen merecido por jugar con cosas que no le pertenecían. Justicia, pensaba mientras portaba a Don Mariano, mi idea de justicia, al fin y al cabo lo hacía por César. La tarde del siguiente día me encontraba con la compañera María y la "colaboradora" de ojos titánicos. Ella, María, me pasaba el pasaporte, un pasaje hacia Lima y dinero suficiente para la estadía además de un contacto en la embajada cubana en Lima donde me entregarían el pasaje para mi destino final. Final hasta ese momento, ya que la cosa cambiaría enormemente. Nos despedimos mientras María me daba palmaditas en la espalda, como era su costumbre.

—Cuídate mucho y haz las cosas bien, son los jóvenes como tú los que requiere la patria y la revolución.

El día progresaba con un sol envidiable pero de a poco la temperatura subía. Aquello de las temperaturas elevadas comenzaba a ser una norma en mi vida ya que los días y los países iban siendo más calurosos y vaya como había que ver lo diferente que son los hombres en un ambiente donde lo único o casi lo único que importa es escapar del calor espantoso.

Mientras caminaba hacia el aeropuerto fui pensando las últimas palabras de la "compañera María" la reina de los pasaportes. De verdad yo no creía que la patria y la revolución me necesitaran, ni menos aun otras personas. La historia sería la misma si yo no hubiera estado presente en ella, empero, tenía la inmensa posibilidad de vivirla directamente, convencido a mi modo de lo que eran las cosas. Por ello mismo era el único que velaba por mis cosas, la morfología de un mundo que iba creando en medio de todas las creencias de mi época, cada cual hace lo suyo, es cierto y también cada cual ornamenta con significados los sucesos temporales. ¿La objetividad de la historia? Una patraña oportunista y mecánica. Por sí mismos los hechos eran duros y concretos, estaban ahí sin la mediación de nosotros después de realizados pero lo que importaba, lo verdadero era lo que cada uno de nosotros podía ver mas allá de los significados colectivos y estos no eran los hechos desnudos sino que al contrario, estaban plagados de lo que cada hombre y mujer del Frente y cada sujeto nacido en aquel tiempo lograban asignarle como el sello indiviso de ellos mismos. Es cierto, subjetivación de todas las cosas porque todos los hechos, cosas, objetos no eran nada sin nosotros que los mirábamos. A partir de aquello todo era una pura maña de significados que pugnaban por legitimarse y convertirse en amos y señores, en suma, una ilusión y por tanto yo era un mago más, un técnico en artificios para mí mismo. Nada más que eso. Simplemente nadie necesitaba de mí. Eso me hacía sentir muy tranquilo y sereno haciendo lo que creía, no lo correcto, sino que lo propicio para mi tiempo, nada más.

XXIII

Perú es un gran país destazado por la miseria, abierto de un lado a otro por sus gentes cabizbajas y aceptantes. Sus indígenas arrastrados hacia la urbe, sus libertarios extremos e iracundos. Perú también tenía su verdadera guerra, cierta y gangrenosa, alabando al único jefe de los insurrectos, el pequeño dios, el narrador que escribía con sangre las páginas de su evangelio genérico. Aquel sí que era un verdadero fanático como pocos iban quedando en este lado del mundo. El presidente Gonzalo y sus seguidores levantados en armas tenían a aquel país de cabeza. La imagen que me dejaba Lima era del todo caótica con los soldados en las calles caminando como los mejores ciudadanos de una urbe que se carcomía por sí sola día tras día.

Por lo visto el itinerario organizado por la "compañera María" no había sido el mejor ya que me enviaba a una zona donde todo el mundo es sospechoso. En pleno centro de la capital yo buscaba un hotel donde depositar las precarias horas que pasaría en dicho país. En mi caminar fueron tres veces que los militares y unos cuantos policías me detenían para verificar mi identidad. Como yo lucía un excelente pasaporte no hubo ningún problema salvo el aumento de mis desórdenes ulcerosos. Yo respondía con el más desvergonzado acento de turista diciendo que mi viaje era por placer, como había que decirlo, ante mis documentos y mi desvergüenza aquellos

representantes del poder armado no dudaban en dejarme con las disculpas correspondientes por tamaña equivocación. Puedo decir que estaba tranquilo a medias, ya que cualquier encuentro con esos tipos no dejaba de inquietarme. Después de todo yo no era ese que salía en los documentos. En fin, llegué a un hotel y me aloje en el sin mayor contratiempo. Tenía pensado hacer lo que debía hacer en el menor tiempo posible para salir luego de aquel país desastroso.

Por la tarde fui hacia donde debía ir, es decir, hacia el consulado cubano incrustado en pleno corazón de uno de los distritos más lujosos de toda esa miseria urbana. Ese distrito de San Isidro, como se le conocía, difería enormemente de todo el resto de Lima que en realidad se asemejaba mucho a una gran estación central donde el comercio callejero hacía gran barullo. Atilio viviría de lo mejor en estos parajes oscuros y ambulantes, pensé en algún momento cuando acorde a aquel campesino loncochano.

Entonces me encontraba frente a las grandes rejas del consulado mirando hacia su interior, algo nervioso por dicha maniobra ya que ahora comenzaba, pensaba yo en uno de mis raptos conspirativos, una verdadera proeza con las manos de un Estado. Una cosa eran las situaciones en las que me veía envuelto en Chile por razones de opciones, pero esto sí que era diferente ya que era casi como ser un agente de algún servicio secreto, y no es que me simpaticen aquellas arquitecturas siniestras; pero me daba cuenta perfectamente que de hacer unos cuantos disparos sobre los cuarteles o volar torres de alta tensión y conspirar con sujetos amparados por todo un poder estatal existía una diferencia abismal. Sin embargo, mantenía la compostura para sortear esta situación mientras mi dedo índice se acercaba al botón del citófono para hacer la llamada. Esperé, unos segundos y de pronto, resuena una voz femenina con un indiscutible acento cadencioso.

—Hola, vengo por el encargo de María —dije ya que esa era la señal para que los funcionarios consulares o quien estuviera al otro lado de la línea reconociera que era uno de los suyos o en rigor uno que iba para su país con la intención de convertirse en un técnico en desastres.

—Bueno bueno, espéranos un momentico que ya vamos — contestó aquella voz que inmediatamente imaginé perteneciente a una negra de gruesos labios, sinuosa como la arena de las playas y curvas insospechadas para mi criterio acostumbrado a reconocer las curvas en las mujeres sólo en la inflexión de las palabras.

Luego del primer contacto me di vuelta en busca de algún malicioso observador, ya que de seguro por esos tiempos tenían chequeados todos los consulados y embajadas cubanas en todas partes de esta despavorida América. No había nadie a mí alrededor, salvo una cámara que salía de una de las puntas de la puerta del consulado y sin lugar a dudas estaba apuntándome a mí. Esa cámara de circuito cerrado me estaba escrutando como a un insecto. Yo me movía hacia atrás y aquel aparato me seguía sin ningún recato. Estaba en eso cuando desde la puerta mas adentro salió un negro de unos cien kilos vestido de camisa blanca, se movía como una verdadera mole humana, abrió la reja con un manajo de llaves y dijo:

—Pasa chico, te estábamos esperando.

Me estaban esperando a mí, un insignificante sujeto que de una u otra forma había caído por cuestiones del destino, nada más.

Por las características de todo aquello se me fue creando una impresión de que todo eso era una misión casi protocolar y yo era el representante oficial del Frente. Cosa que, inmediatamente al entrar, me fue contradicha por todo ese barullo de negros parlantes y gritones que se movían por la sala de espera del consulado cubano.

El negro gigante me pidió que esperara sentado en uno de los sillones. Permanecí ahí mismo mirando todo el desorden caribeño. Pude notar que había otros chilenos hablando con un anciano de cabello blanco, al parecer ellos también eran del Frente ya que recibían pasajes e indicaciones para el viaje. Por todo aquello, otra vez yo era uno mas entre todos, al parecer todos viajaban hacia Cuba; unas, los más, iban conscientes de su destino y otros, dispuestos a reventarse, en aquel hongo flotante, con sus mujeres y sus mitos edénicos. Yo en tanto iba a lo mío, aprender un poco más

para hacerle verdadero daño al tiranuelo y sus secuaces, aunque fuera sólo una costra en el largo brazo de sus horrores.

Toda esa relación con tan mencionado país se remontaba a muchos años atrás cuando Allende aun alardeaba de su nuevo mundo en medio de todos esos cobardes que lo abandonaron.

En aquella época un gran número de militantes del Mir, PS y en menor número los comunistas, salieron de Chile hacia Cuba con la intención de convertirse en médicos y toda clase de profesiones que de algo servirían para el nuevo mundo que Allende fundaba. Sin embargo, los caprichos del tiranuelo y sus secuaces fueron a aguarles la fiesta a todos los que habían salido ya que de un momento a otro, la mayoría de ellos se vieron entre uniformes y ordenes militares convirtiéndose en los oficiales de la nueva cruzada. Así fue como abandonaron toda la pomposidad de la "profesión" para trocarla por uniformes y armas.

En todo ese ambiente se habían criado la mayoría de los oficiales del Frente. Entre ellos Rodrigo, el menor era un tal Torito, digo, por su edad. También el Huevo, Germán, con que pasado el tiempo llegué a trabajar y también Ernesto y Marcelo, además de muchos otros que yo había conocido.

Todos ellos tuvieron su entrada en sociedad cuando la guerra en Nicaragua topaba la locura. Así fue como una noche calurosa y sofocante llegó a una de las escuelas aquel hombre idolatrado de barbas ilusorias y palabras terminantes. Vestido tan verde como el musgo tropical. Montado en jeep junto a un infaltable Chileno de ojos tiesos y grueso bigote. Aquel otro era Salvador, que Fidel había nombrado como el jefe de todos aquellos otros que partían a Nicaragua en el año 1979, meses antes de que ganaran la guerra. Entre todo ese grupo también estaban algunos argentinos, uruguayos y salvadoreños. Salvador era el responsable de todos ellos. Yo en particular no lo conocía pero ya ponía lo suyo en Chile después de todo aquello. No directamente en el Frente sino que en la comisión militar de los comunistas. Algo así como el departamento castrense de los comunistoides en su viejo afán de convertirse a futuro en

Estado. Salvador, en Chile, era el enlace directo de Rodrigo, como jefe del Frente, con el PC.

Cosas de la historia que me hacían parte de todo eso sin haberlo vivido. Desde aquel tiempo y hasta ahora los cubanos nos habían brindado toda clase de apoyo y yo era parte de todo eso ahora, cuando estaba sentado esperando no sé que en aquel griterío de negros chillones.

De pronto por una de la puertas apareció una negra tan delgada como la paja de una escoba. Era tan negra que llegaba a desdibujarse en la oscuridad consular, ella era casi calipso. No tenía nada de jadeante ni menos aun el movimiento cadencioso y provocativo que había imaginado.

Se acercó con un sobre y apenas la escuche me di cuenta que ella había sido la de la bienvenida por el intercomunicador de la puerta. Vaya que sorpresa no, su voz en nada coincidía con su aspecto anoréxico y melancólico.

Aquí tienes el pasaje, eso sí, me debes cancelar el impuesto, dijo ella con su voz espectacular. En ese momento me hubiera gustado ser ciego para haberme enamorado solo de su voz pero era imposible sustraerse de su aspecto agotado.

—¿Gracias, eso es todo, nada más? —le consulté mientras le pagaba el impuesto.

—Que mas querías, esto es rápido, allá te estarán esperando como debe ser —repitió algo apresurada recibiendo el dinero.

Que desilusión, pensé, yo creía que me darían alguna bienvenida o algo mas protocolar. Tal vez una cena en cuya sobremesa divagaríamos sobre los sinuosos caminos de la liberación latinoamericana, empero, nada de eso iba a ser por la propia envergadura de mi curso y su brevedad ya que este sería de cuatro o cinco meses, nada más una pincelada en el arte de la guerra.

Salí del consulado como si nunca hubiera entrado. Mi vuelo de Cubana salía por la tarde y debía prepararme para ello.

En el aeropuerto José Martí de Cuba me estaría esperando un sujeto de nombre Alonso que me pondría al tanto de las cosas. Seguro allá sería mas en serio la cosa y en una de esas hasta me

esperaba Fidel en persona para recibir a este inmundo sujeto desconocido para todo el mundo. Nimiedades de mi imaginación, sólo eso.

XXIV

Salir del avión en el aeropuerto José Martí es como nunca haber salido de una vaporosa ducha hirviente. Inmediatamente las ropas se adosan al cuerpo como un molusco babeante y escurridizo. El primer impacto con dicho clima no podía sino ser aberrante. Pero con el clima así como con las mujeres horribles el tiempo hace lo suyo, vale decir, nos acostumbra a fuerza de nuestra resistencia.

Ya estaba pisando aquel país en cuyo aeropuerto se veían gran cantidad de hombres vestidos de verde, uniformados de un lado a otro en sus obligaciones aéreas.

Me quedé esperando en la sala principal luego de todo el papeleo de rigor. En particular no tenía ninguna idea de como iba a ser el tal Alonso que me esperaría y también, por lo mismo, él no tenía idea alguna de como iba a ser yo por lo que el método para el encuentro sería por descarte, vale decir, el único sujeto que permaneciera en el aeropuerto con cara de no ir a ningún sitio sería el indicado, en este caso, yo. En un momento se acercó un sujeto alto y de bigotes junto a otro vestido de uniforme, bajo y delgadísimo, también de gruesos bigotes y grandes manos. El alto era chileno, el otro era indudablemente un militar que en este caso pertenecía a las tropas del ministerio del interior.

—¿Vienes de Perú, no? —me interrogó seriamente el chileno.

—Así es —le dije mirándolo a los ojos.

—¿Te envió María? —volvió a interrogar pidiéndome el pasaporte.

—Así es, volví a decirle en aquella conspiración un tanto obvia.

El chileno, que suponía hasta ese momento era Alonso, miró al cubano militar hacia atrás y lo llamó, se acercó saludándome. Lo salude. Éste me miró en un expresivo afán analítico y luego me invitó a salir del aeropuerto llevándome hasta un furgón que nos esperaba a la salida. Nos subimos y comenzamos un trayecto de unos cuarenta minutos en los cuales solo Alonso me dirigió la palabra para indicarme donde íbamos. En esos casos lo mejor es escuchar sin sacar conclusiones anticipadas. Indudablemente nos dirigíamos a la escuela donde desarrollaría mi incipiente carrera militar. Yo era uno de los cientos que hacían los cursos de combatientes, uno más en una larga y prolongada línea de hombres y mujeres que habían optado de una u otra forma por hacerse soldados de una clase particular. Desde que nuestro tiranuelo tomó los anchos márgenes del Estado, Cuba, aquella tierra particular, nos abría sus suelos y recursos para hacer de nuestra rebelión algo más que un intento desesperado. Es cierto que mucho de aquella solidaridad internacionalista, la vieja muletilla oral y práctica del discurso bolivariano, se ejercía bajo la ancestral máxima de una política interna de los propios caribeños en el poder, había en ella, por cierto un interés previsto y estudiado de la propia sobrevivencia del experimento cubano. Éramos, en cierto sentido, una mínima válvula que podía, a futuro, disminuir la presión sobre ellos por parte de los más acendrados enemigos de los alzados. ¿Qué decir, no? Todo acto, en sus más internas predisposiciones, guarda algo de lo que negamos en nuestras palabras y vindicaciones de justeza y nobleza, nada es completamente como anuncian sus enunciados valóricos, la sutil técnica de la política y el cálculo están bajo todo sustrato. Pero aun esto y vaya, como en todas las cosas hay que valorar los actos y ejercicios en sus tiempos y lo cierto es que nos ayudaron como muchos no lo hicieron. Yo podía tener mis visiones pero había todo un mundo a mi alrededor que me hacía parte de él y aquello lo aceptaba aun en contra de mí mismo en determinadas circunstancias, es la infundada autotraición de todos los días, la dócil y aceptable negación que vamos ejerciendo para ser

parte de algo fuera de nosotros, el inútil esfuerzo por ser parte de todos.

En fin, con tan disímil pareja yo seguía el trayecto que muchos habían hecho por aquella carretera cubana. Las noches de Cuba son tan negras como cierto número de sus habitantes. Mi vista se reducía a enumerar las pocas luces que iban apareciendo delante de nuestro vehículo, sumadas a las iluminaciones que provenían del lado de la carretera, me iban dejando nada mas espectros brumosos. Era claro como el agua, no habría duda para mí, ni mujeres gimientes ni nada que se pareciera a un viaje de turismo, nada de eso, solo la escuela llena de armas, soldados y árboles, barracas y sectores.

Ya estaba en Cuba y aún no sentía nada extraño o ajeno a lo que había sentido toda mi vida, simples interrogaciones y dudas escatológicas. Sin embargo era un simple hombre en medio de la selva. La mayoría de mis compañeros de ruta en el Frente veían en Cuba la gran estrella, el camino luminoso por seguir, un evangelio material y concreto, los aleccionadores del camino histórico, el ejemplo de como había que hacer una revolución económica, aquel era nuestro futuro, todas las necesidades resueltas, toda la felicidad de un soplo inaudito. Yo me sentía privilegiado por salir de las dudas, otros nada mas lo tomaban como un deber, en mi caso era toda una posibilidad de ver mas allá de mis narices. Desde que había salido de Chile no habían pasado mas de siete días y ya me vestía de soldado de un imaginario ejército, un miembro prescindible de la ilusión colectiva pero imprescindible de mi propia realidad.

Al día siguiente desperté en un catre de campaña al interior de una barraca en la escuela del ejército cubano, Punto Cero a unos 40 kilómetros de la Habana. La barraca era del todo cómoda, construida en madera. En su interior se desplegaban los camastros y ciertos anaqueles para nuestras pertenencias, poseía pequeñas ventanas con particulares cortinas corredizas, mosquiteros por razones del entorno natural y unas cuantas mesas de estudio. El sol se colaba por las rendijas, lo que dejaba un particular estilo de reflejar la luz del día sobre el piso. Dicha escuela se encontraba a la vera de la carretera central, en dirección a las playas del este. Un sitio semirrural con

todo lo necesario para hacer un pequeño reservorio liberador latinoamericanista. Barracas, salas de clase y un buen sitio para hacer ejercicios. Alonso nos dictó las reglas de nuestro sector. Se paró delante nuestro y con un acento que revelaba su larga estadía en Cuba comenzó su introducción. Él era un verdadero patrón y nosotros al parecer sus peones. Nos trataba con total indolencia entrecerrando sus cejas como de mal humor. Para mí nada más que pretensiones, no lo tomaba en cuenta.

Éramos cinco chilenos en total, todos absolutamente desconocidos para mí y la única unión que podíamos tener era que todos pertenecíamos al Frente. Luego de las nociones que nos entregaba Alonso llegaron los instructores, eran soldados cubanos, negros, casi morados todos. Nos dijeron que íbamos a hacer un curso de combate suburbano que implicaba cursos teóricos y prácticos. La duración sería de cinco o seis meses en aquel lugar. Todo un desafío para mí desparramada vida civil fugitiva.

Al cabo de un rato me miré en un espejo que había en la barraca y me dio algo de vergüenza por mi aspecto uniformado, completamente de verde y botas negras, la verdad no me sentía para nada cómodo y en cierto grado me estaba desconociendo.

Más tarde nos reunieron en una de las salas donde se encontraba un negro sudoroso y regordete. Por su cara inencontrable aparecían a cada momento pequeñas gotas de sudor, tanto como a todos nosotros pero las gotas de este negro eran particulares por el propio color de su cara. Se veían como titilantes estrellas en una noche profunda. A su camisa militar le hacían falta unos cuantos botones, el calor descompone, atormenta desentendidamente, en suma, aniquila incluso a los habitantes de esta isla. Uno podía estar hora tras hora soportando el calor, buscando una gota de brisa con la única exasperante ilusión de respirar algo fresco. Cuba es un país febril durante todo el año, pegajoso, desesperante. En fin, este negro llamado Abelardo nos dictó en su castellano, inentendible por su rapidez y por la propia entonación que parecía que tuvieras miles de pequeñas papas en la boca, lo que iba a ser el reglamento; en todas partes hay reglamentos y ésta no sería la excepción. No podíamos

salir de nuestra área asignada. Nos levantaríamos todos los días a las cinco treinta de la mañana para los ejercicios físicos, luego sería el desayuno y de ahí las clases que se dividirían según el horario asignado. Para las clases prácticas nos llevarían en grandes camiones militares a una zona habilitada para ello. Todo lo demás sería vivir las cosas, por lo pronto no habría ciudad tropical para ninguno de nosotros.

Todo se desarrollaba según lo previsto por los dueños del lugar, clases, tiros, armas, calor y una humedad esperpéntica. Explosiones y sobre todo el arrastrarse por el fango, esta vez sí que estábamos con fusiles de verdad. Mis compañeros se esforzaban hasta el infinito, los veía sudar como nunca logre ver a nadie, yo me reventaba cada mañana junto a ellos, subía cerros, bajaba cuevas con el sol calcinándome el alma, cargando armas y pertrechos, en tanto imaginaba alguna zona parecida en Chile, similar a todo esto, y a lo mas llegaríamos a congelarnos en algún cerro del sur, abrigados, con principio de hipotermia avanzada, no veríamos palmeras ni frondosas plantas tropicales sino solo alimañas sobreviviendo al frío. Recordaba al viejo Pedro y sus andanzas miristas por Neltume, casi habían muerto de frío, los que habían logrado sobrevivir fueron aniquilados por el ejército. Muchos de ellos también habían pasado por Cuba, no lograba imaginar dónde terminaríamos con nuestros conocimientos en el arte de la vanguardia.

Los días pasaban en todo ese ambiente, por las noches yo me convertía en un monte de carne semiputrefacta, borrado por el cansancio, anulado por los pies de tanto caminar por senderos y cuevas; para mí, Cuba se convertía en el sinónimo del cansancio físico y callos en las manos por tanto fusil que había pasado por ellas. Y en tanto todos hablaban de revolución, liberaciones y libaciones patrióticas, y cómo no si estábamos en medio del único país que en cierta medida duraba con lo suyo a pesar de las presiones que crecían en su magnitud, cierto, con sus pequeñas miserias como todo el mundo pero al fin la pequeña factoría de ensayo social.

El ambiente nos contagiaba, nos movíamos con total soltura, una especie de sublimación, hablábamos directamente con los muertos, les prometíamos cumplir, un homenaje que repetimos hasta el cansancio, queríamos volver rápidamente a nuestro paisito, darle la cuenta a los soldaditos, acabar con ellos de una buena vez, nos sentíamos capaces de aquello, éramos invencibles o tal vez nos sentíamos de aquella manera pero en el fondo seguíamos siendo los mismos de siempre. Como dije, los días pasaban rápido y yo aun no podía sacar alguna conclusión terminante ya que el único lugar que conocía era la barraca y mi sector asignado. De ahí no se podía decir mucho. Ni de los soldados que sólo hablaban de guerra africana y armas, sus experiencias. Ni de los negros azotados de antigua data cimarronera. Ni de los pocos blancos cubanos que aparecían de vez en cuando. Cinco meses en los cuales no pude sacar muchas conclusiones en medio del campamento.

Pasado el tiempo y por las noches, cuando el aburrimiento comenzaba a hacer estragos espirituales en los futuros insurgentes, me surgió la idea de protagonizar una hazaña de proporciones. En cuestiones espirituales todos andábamos en un plano amplísimo de valentías y sacrificios, necesitábamos, en un sentido acotado, probarnos a toda costa y descreer de las más mínimas debilidades que nos pudiesen sustraer a nuestra épica hazaña. Por otro lado y en lo respectivo a lo puramente físico, nuestras fuerzas se contradecían, en tal estado no era mucho lo que podíamos hacer para satisfacer tan henchida fuerza espiritual. En tal caso nuestro espíritu actuaba como una forma de lente de aumento sobredimensionando el más mínimo sobresalto y arrebató romántico. Sin embargo, hasta ese momento nos había atrapado una especie de mal rutinario en torno a nuestras actividades de aprendizaje bélico y por ello mismo el súbito ánimo de estar en Cuba comenzaba a decaer. Fue así como en mi propio estado de ánimo y armado de ciertas valentías me puse a observar a mis compañeros. Para mi sorpresa los encontré en una extraña y poco común actividad. Desde hace días que los veía por las noches en dicha labor, me imaginé que podía ser algo así como una especie de mínima terapia psicológica de recuerdo, de verdad y tal como dice

cierta absurda ley de la guerra, la mejor hora para atacar a tu enemigo es aquella del ocaso, cuando los recuerdos de una vida pasada hacen estragos en los espíritus de los hombres, pero aquella ilesa ley no contemplaba al momento de su redacción que había hombres cuya existencia era una sola, sin espacio de tiempo ancestral ni menos aún con tiempos futuros, un sempiterno presente que no buscaba seguridad de ninguna clase, no exploraba pasado posible a que asirse y en el cual encontrar un sentido a la línea presente. En cierto grado yo pertenecía a ese tipo de existencia única sin antecedentes ni precedentes, era yo solo en un único y preciado día continuo. Empero, cierto número de mis compañeros de travesía se dejaban llevar, de una manera sofisticada, por aquella ley nostálgica. No podría enumerar, a modo de clasificación, cada una de las motivaciones que llevan al recuerdo y del recuerdo a la pena y de la pena al decaimiento, pero mas de alguna podría decir en este relato, por ejemplo en algunos se expresaba como las ansias de volver a esa raquílica franja de tierra, a la añoranza de los familiares cercanos, y yo pensaba que había que olvidar todo aquello en un solo instante, claro, para mí era bastante mas cómodo ya que sólo debía recordar, en un sentido de familia, a mi padre bajo tierra y con los muertos. Con los vivos se hace más difícil, aun están en algún lugar haciendo sus cosas.

Por otro lado en mi caso no podría decir lo contrario ya que de una u otra forma deseaba volver a ver a mis camaradas. En fin, la extraña actividad de mis compañeros de guerra consistía, refinadamente, en enumerar en la memoria los artículos que cargaban de su tierra natal. Viajar a Cuba comportaba una especie de terror material de objetos de supuesta primera necesidad. Debido a los propios altibajos de dicho país, no se podían encontrar los productos del mundo del capital, bagatelitas, cosas que no determinan una existencia pero en oportunidades la hacen un poco más llevadera. Desde allá mismo, mis compañeros se habían traído toda clase de objetos baratos. Inutilidades todas. Cachivaches al por mayor. Jabones, toallas, peines, golosinas que se pudrían a los tres días de viaje hacia Cuba. Poleras piojosas compradas a la salida de

la estación central, lo inimaginable. Formidablemente se habían hecho de sus cositas antes de su viaje a la isla. Todo por el terror que les provocaba aquel socialismo carente y paupérrimo. El miedo de la falla y la carencia inútil. A fin de cuentas se empequeñecían con aquel socialismo húmedo y caluroso. Ellos, mis compañeros de escuela, viajaban con su trozo de mercancías para poder seguir viviendo. Por mí me podría quedar en cualquier parte de la tierra y aun así tendría la satisfacción de pudrirme en paz y serenidad y no necesitaba cargar con aquellos objetos de un continente a otro. Resumiendo, proseguían en su actividad enumerativa, tocaban los objetos y tal vez en cada roce se les venía a la memoria cada uno de sus recuerdos pasados. Simplemente una terapia como cualquier otra.

En suma, las noches eran lo más aburrido en esas situaciones. Me propuse, como muchos, cruzar la frontera del reglamento "revolucionario" que rezaba: No pasaréis de tu área asignada. Tanta reiteración sobre mencionada regla no dejaba de causarme intriga y curiosidad. Desde nuestra área se veían movimientos y no precisamente eran de soldados cubanos, sobre todo en aquellos sectores se lograban notar bastantes mujeres y eso era algo que había que ver. Mi vida sexual pendía de la oportunidad.

Consulté, aquella noche que nos sobreponíamos al aburrimiento nocturno, a mis compañeros de combate si alguien se encontraba en disposición de seguirme en una incursión hacia otras áreas de la escuela. La mayoría por no decir todos se negaron de antemano por aquello de la disciplina. Pero Ismael, uno de los rodriguistas en curso, aceptó mi invitación. Aquel tipo lo venía viendo desde comienzos del curso y aparecía como uno mas de todos nosotros, uno se podía imaginar que a cada uno de nosotros, y una vez de vuelta en Chile, se nos asignarían las grandes misiones por cumplir, —estábamos aptos para ello—, pero eran los menos los que una vez en Chile retornaban a sus actividades beligerantes contra los soldaditos. Ismael era igual que todos, no tenía ninguna característica física que lo hiciera sobresalir, sin embargo me fui

acercando, a modo de necesidad, hacía él para compartir las experiencias que nos iban dejando los días en Cuba.

Muy bien, me dijo sonriente ante mi invitación y salimos de la barraca en silencio, escondidos entre la oscuridad.

Se sabía que los cubanos hacían rondas de guardia montados en jeep militares con sus luces apagadas pero con una tenue y pequeña luz roja. Cruzamos la valla que separaba nuestro sector de los otros y comenzamos un desplazamiento silencioso entre las matas y arboledas tropicales haciendo uso de nuestros conocimientos recientes. Debíamos cruzar cerca de doscientos metros en silencio absoluto. Al cabo de un rato, cuando teníamos enfrente nuestro una especie de camino de tierra, vemos acercarse muy lentamente el mencionado jeep con cuatro negros montados sobre él. Ismael me toma por los hombros jalándome hacia el piso de pastos calurosos. Guardamos silencio para que aquella patota de negros revolucionarios no nos detectaran, ya que eso significaba nuestro inmediato arresto con no sé qué consecuencias. Hasta ese momento los mosquitos se habían dado todo un festín con ambos, pero al tirarnos sobre el pasto caímos sobre un turba de ellos en estado soñoliento. Alzaron su vuelo con tal ira y convencidos que éramos un regalo de la naturaleza, ahí mismo comenzaron a devorarnos impunemente. Una cosa son los mosquitos pero estos, estos eran verdaderos terodáctilos carnívoros. Aquel país no generaba, por su clima, mosquitos normales sino una especie extrema de insecto negro. Tuvimos que abstenernos de cualquier expresión ante dichos insectos. Después de que el jeep paso sin notarnos pudimos levantarnos y reventar unos cuantos de ellos pero en suma era tarde porque las inflamaciones comenzaban su curso indetenible. Ismael me miraba con cara de que aquello no era la mejor idea. Continuamos caminando semidesesperados por tal cantidad de ronchas sobre la piel, pensando en la barraca que teníamos enfrente. Nos detuvimos. Concordamos que debíamos esperar un momento para ver quien estaba al interior y por ello estuvimos un par de minutos en silencio con el pasto sobre las cejas. Hasta ese momento, de verdad puedo decirlo, yo no conocía en

absoluto a mis compañeros ni menos aun a Ismael. Era un tipo como cualquier otro. Le quede mirando a los ojos y le pregunté con la más absoluta de las naturalidades:

—Y, de donde eres. En un momento pensé que me saldría con el cuento de la conspiratividad y al cabo de haber formulado mi interrogante me arrepentí.

—De la población La Victoria —me respondió sin mas complicaciones y continuo hablando—, yo antes sólo conocía Santiago y eso apenas, quizá solo mi población, ahora ya ves, conozco parte del mundo y gratis, debiste haberme visto por las calles de Italia, era un completo huaso en Europa, no sabía para donde iba la micro y luego a Praga a llamar a un número telefónico donde me contestaron en un idioma extrañísimo, que harías tú en ese caso...

Me quedó mirando a la espera de mi respuesta, en ese momento iba a contestarle y continuó... Ja, que iba a hacer, nada pues, me quedé a la espera que saliera algún compatriota al habla y nada así es que me dediqué a conocer Praga, claro, me perdí a los diez minutos, no tenía ni la menor idea de como volver al hotel, clamaba por que algún compatriota del PC me encontrara, ellos a la larga se hacían cargo de nuestra estadía en ese país, y así estuve durante tres largos días sin saber que mierda hacer, todas los europeos son unos hijos de puta, me miraban con desprecio por mi tez oscura y negro y duro pelo, que iba a hacer yo... Nuevamente me miró como esperando mi respuesta y casi al momento de contestarle continuó hablando una vez más... Nada, absolutamente nada. Al tercer día volví a marcar el famoso número y por fin me contestaron en castellano. Vieras como me retaron por el teléfono ¿y qué iba a contestar yo si no era mi responsabilidad de que me dejaran tirado?

Esta vez no hice ni siquiera el esfuerzo de tratar de contestarle, le quede mirando nada más...

¿Esas son las cosas que hay que mejorar no lo crees?, continuó, yo pretendo ser del aparato de inteligencia del Frente, eso me gusta, me gusta mucho. Seguro que tendremos un aparato de inteligencia, ¿no lo crees? Por ejemplo, esto que estamos haciendo me puede

servir cuando sea parte del aparato, saber que están haciendo los otros. Yo antes era flaquito y debilucho y mírame ahora, parezco un tarzán. Flexionaba sus brazos resaltando un misero músculo. Ves, ves, mi mamá no lo va a creer cuando vuelva y por los lugares en que anduve y mis compañeros de población menos. Yo entré a la Jota hace dos años y en ese tiempo me integraron al Frente en menos de un año, ¿cómo la ves, quizá es por mis propias cualidades no? No cualquiera entra al Frente...

Hasta ese momento ya estaba hastiado de Ismael, había pasado alrededor de media hora y le propuse continuar con lo que hacíamos.

—Pero no me has contado nada de ti, ¿eres calladito no?, eso es bueno en estas cosas. Yo cuando sea parte del aparato seré el mas callado, ¿seguro tú eras parte del aparato, no? Se sabe que los van cambiando para que no se cansen, la inteligencia es un trabajo arduo —terminó diciendo.

La verdad no había prestado demasiada atención a lo que decía, pero de pronto comencé a pensar en aquello del aparato y no supe de lo que hablaba, si supiera que no existe ningún aparato, pensé.

Suspiré y le hice un movimiento con la cabeza para que siguiéramos en lo nuestro. Saltamos la valla dirigiéndonos hacia la puerta, que a esa hora aun permanecía abierta por el calor y la humedad. Se escuchaban ruidos de conversación y algunas risotadas. Incrusté mi cabeza hacia adentro y me encontré con alrededor de siete personas entre las cuales había tres mujeres, todos uniformados. Eran los salvadoreños, guerrilleros de verdad en una guerra de verdad. Aquellos salvadoreños salían casi todas las noches hacia otras áreas y nunca los habían detectado, por ello nos conocían de sobra, es decir, nos habían espiado mas de una vez y sabían que todos los de aquel sector éramos chilenos.

—Miren, los chilenos que se atrevieron a salir, gritó uno con no más de diecisiete años, moreno y delgado con el torso descubierto y con enormes cicatrices.

Me quedé callado mirándolos con una ilusa sonrisa sobre mis labios y un centenar de manchas rojas sobre la piel. El más pequeño,

el de las cicatrices nos invitó, cordialmente, a pasar. Aquel niño ya había pasado hace muchos años por dicho curso y esta era la tercera vez que lo hacía ya que cada vez que lo herían en alguna parte del cuerpo, a él lo enviaban a sanarse a este sitio, previo, claro está, de pasar por el hospital. Se decía llamar Miguelito, era una especie de pendejo demente en toda esa guerra. Los demás no pasaban los treinta años y con suerte bordeaban los veinticinco pero se les veía como de otro tiempo.

Las hembras salvadoreñas eran unas coquetas aun con toda aquella carga bélica que se les notaba en sus gestos y movimientos; de inmediato me vino a la cabeza la imagen de Nora, la única mujer de nuestro grupo. Ella era la contradicción concreta de estas mujeres enfrente de mí. Nora poseía una valoración tan alta sobre su aspecto físico que llegaba a ser graciosa. Quizá nunca nadie se lo había dicho pero ella era mínimamente agraciada en lo que respecta a formación facial, además de su aburrida defensa sobre la feminidad que debía ser llevada en alta por todas las mujeres del Frente. La verdad yo no sé que hacía ella aquí, en este campamento militar, cuidando de no quebrarse sus uñas pintarrajeadas y no perder su peinado diario. Nora era una verdadera caricatura, nada comparado con esas mujeres salvadoreñas ni otras que fui conociendo al interior del Frente. ¿Qué será de Nora? Tal vez se dio cuenta en algún momento que nada podía hacer aquí.

Al cabo de un buen momento en que nada más nos observábamos comenzó una amena charla sobre nuestros destinos y necesidades patrióticas, pues, éramos los que en rigor tratábamos de liberar a este continente lleno de claroscuros. Ellos, los salvadoreños, se la creían de verdad con todas las teorías a mano y todas las armas sobre la cabeza. Con todas sus heridas sangrantes y sus pústulas hediondas haciendo la guerra. En cambio lo mío era mínimo, reducido, comparado con lo de ellos. Mis teorías no pasaban de ser un montón de ideas inconexas sin un sistema que las sustentara, sin nada que les diera un ápice de veracidad por lo que en ningún momento me di a la tarea de presentarlas. Simplemente me dediqué a escucharlos y a mover mis cejas cada cierto tiempo en

señal de asombro. Pero más que ideas lo de ellos era pura materialidad bélica con un par de enunciados marxistoides que por esos días y años rebotaban de un país a otro.

Luego de aquella presentación doctrinaria vino lo mejor del encuentro furtivo, las verdaderas hazañas de cada uno de ellos en su guerra. Así se nos fue la noche con los largos cuentos de Miguelito, sus heridas, sus fusiles, sus prisioneros que caían bajo la singular interpretación de la justicia en fuego liberante. Miguelito había fusilado a decenas de soldados salvadoreños, por miles de razones, sus razones, las razones de aquel tiempo que iban desde la moral hasta un mal humor. La muerte en la guerra pasaba a ser nada más que un suceso. Un hecho que no implica nada. Tan simple como mear bajo una lluvia de balas y morterazos. La muerte era su folclore puro, nada de trascendencia, nada de relaciones con lo incorpóreo, pues, simple consecuencia.

La noche corría con la humedad correspondiente, los mosquitos, el calor mortuorio y los negros revolucionarios cuidando a sus pupilos y estos guerrilleros charlando de la muerte de muchos y la de ellos también. Yo estaba ahí y no podía entender mucho lo que me había llevado hasta acá, hasta este país flotante y que casi nada conocía del cual salvo los simples lugares comunes que todos citaban.

Al cabo de un rato, en que ya nada mas quedaba por hablar, tomamos la determinación de irnos por donde hablamos llegado. Nos despedimos de cada uno de ellos con la buena impresión que nos habían causado sus correrías y deslices sangrantes por su territorio bélico. Yo no aporté mucho a las calamidades oratorias pero conocían de sobra nuestra realidad, más de algún miembro del Frente permanecía por esos lados ocupando un lugar en la apretada geografía salvadoreña. En tanto Ismael se convirtió en un gran orador, narrando para desgracia mía su trayecto hasta Cuba y sus pequeñas experiencias combativas en Chile.

Me quedé pensando que tal vez algún día yo estaría ahí por las mismas razones que ahora estaba acá, en Cuba, lo cierto es que aquellas guerras duraban una eternidad y el tiempo era lo que mas

sobraba. Una mínima seducción por tal territorio se apoderó de mí en ese momento.

Nos retiramos de su sector agazapados como unos conejos hasta llegar a nuestra barraca con mis compañeros pálidos y gimientes. En el trayecto de vuelta nos atraparon los miles de mosquitos y una lluvia hiriente que no paro de caer hasta la mañana siguiente, con todo el quejido de los sapos, ranas, alimañas, pájaros y toda clase de seres vivientes en los dominios de la humedad. Ismael se tiró sobre su catre y durmió hasta la mañana siguiente, yo en tanto me senté al borde de mi catre mientras afuera explotaba el amanecer tamizado de colores y luces tropicales. Esperando como siempre cualquier cosa que viniera a sacarme del letargo de estar vivo. El Salvador resonaba al interior de mi cabeza, tal vez ya vería la forma de llegar hasta allá impulsado nada más que por imágenes.

A la mañana siguiente, y luego de haber acabado con el matutino físico, arribó a nuestro sector un negro calvo y con arrugas demasiado pronunciadas. Todos nosotros, los guerrilleros chilenos quedamos a la expectativa de lo que sucedía con dicha visita. Aquel negro era un sargento que andaba de un lado a otro acompañado de otros dos negros rasos. El sargento de pronto se puso a hablar en voz baja con el encargado de nuestro grupo, que era Ismael. De esa conversación yo sólo podía intuir y sospechar el contenido ya que a cada segundo todo el grupo implicado en aquella charla, incluidos los negros rasos, el sargento e Ismael, dirigían sus ojos hacia mí. Era claro que se trataba de nuestra indisciplina al haber cruzado el área, debido a eso me dispuse a soportar las peroratas de todos ellos, en esos casos es aconsejable, lo digo por propia experiencia, aguardar en silencio mientras tu orador moral se diluye y desintegra ante ti y pensar, simplemente, que no lo estas escuchando.

Fue así como el negro sargento nos llevó junto a sus dos rasos a su especie de oficina emplazada en uno de los rincones de aquel campamento. Entramos a dicha choza de madera cubierta con ciertas ramas sobre el techo. Hasta ese momento lo único que sentía era un breve recuerdo de como, en mis tiempos de colegial, me llevaban a

la oficina del director para reprocharme una y otra vez. La situación era muy similar, guardando las distancias, era casi lo mismo.

En su escritorio flotaban unas banderitas cubanas en miniatura, una banderita roja con la hoz y el martillo y tras su silla, una imponente fotografía de Fidel. Tenía dos pequeñas ventanas que en el caso de que uno quisiera mirar con toda la cabeza hacia fuera, se vería similar a las cabezas de animales empotradas sobre la muralla en señal de trofeo. Las tablas de la cabaña estaban dispuestas irregularmente, como si todo fuera prematuro y veloz. También había, a un costado, dos archivadores seguramente con las estadísticas de la escuela, nuestros nombres y calificaciones.

Junto a Ismael nos dedicamos a esperar. El negro se acomodó en su silla y ambos rasos permanecieron afuera charlando de sus cosas. Nos miró.

—Compañeros —nos dice con tono fuerte y el habitual acento interpelativo—, supuestamente les debería llamar la atención por haber abandonado el área y penetrar otras, se levantó de su silla comenzando a caminar con ambas manos por la espalda, alzó su cabeza negra y sonrió diciendo: pero no le doy ni un carajo de importancia al hecho. En aquel momento con Ismael nos relajamos del todo y supimos que aquel negro era un tipo de relajo. Se regocijaba hablándonos de sus cosas.

—Chico, ustedes creerán que soy de esos "comemierda" que andan hablando todo el día de la revolución, a ratos bajaba el tono de la voz y miraba de reojo a sus rasos, o de la disciplina y la soberanía, pues se equivocan. Aquí muchos hablan de los logros de la revolución, la medicina, la educación, la disminución de la tasa de mortandad infantil, pero chico, eso es eslogan, puro eslogan, independiente que sea así, nadie puede vivir de eslóganes salvo los funcionarios. Y vaya como hay funcionarios en este país, no. Y ustedes me dirán: Qué coño nos quiere decir este cubano, pues lo que les quiero decir que las revoluciones vale la pena hacerlas más que vivirlas. Desde el día en que triunfas, ese mismo día comienza el ascenso de los oficinistas, el ocaso, el final de tu verdad toca fondo y ya no hay nada que hacer. Ya me ves, aquí estoy un negro viejo y

arrugado viviendo de mis glorias pasadas. He estado en todas partes, sobre todo en Angola, he participado en muchas situaciones inimaginables para ustedes y sin embargo puedo prever mi futuro y no es que sea una especie de mago, pero las guerras me han dado, no sé, una forma de visualizar el futuro en forma de destellos prolongados. Llegará el día en que ya no podamos seguir alimentando los sueños libertarios de todo este continente, los oficinistas tomaran las riendas, cada día que pasa es un día menos para nosotros y como en todas las cosas la relatividad se hace dueña de todo, el hilo conector con nuestra épica se va perdiendo, al fin las revoluciones son simples hechos de algunas generaciones.

El negro nos volvió a sonreír mirando a sus costados así como de reojo, se cuidaba de no alzar la voz en demasía. Golpeó su mesa y concluyó como el profeta en que se había convertido.

Tomamos, pues, el asunto como una catarsis de aquel negro que presentía, según como nos dijo, el final de sus días. La razón de su elección, es decir, el hecho de su vomito hacia nosotros aun no nos quedaba claro pero me pareció bastante mas instructivo que la perorata clásica que supuestamente nos esperaba. Ahí mismo comencé a darme cuenta que en ese país había toda clase de hombres y unos, empero, se sentían mas participes de la experiencia cubana, quizá fueron aquellos que se vieron morir y eso era lo que los validaba para decir ciertas cosas. Tal vez, también, había algo de impredecible en todo esto, generado por mis prejuicios con ciertos modelos de aquel tiempo. La cosa era que ni siquiera los Estados pueden ser completamente totales, ni aunque esgriman las mas nobles circunstancias para legitimarse ante sus súbditos fervorosos y ardientes. Pero este cimarrón liberado que tenía frente a mí y que aun seguía con sus manifiestos mientras yo pensaba en cualquier cosa menos en el eco de sus palabras, me hacía reflexionar en segundo plano, detrás de los ruidos que hacía y por ello mismo con algún grado de imbricación espontánea. Mi realidad, mis elecciones en suma, mis opciones con la gran cuota de escapar siempre de las elecciones vitales y ubicarme en los estratos de los seres humanos como un sujeto definitivo, negando en cierta forma, mi circularidad.

Recordé también a César y su muerte y a tantos otros que habían muerto en el momento preciso. Los instantes de sus muertes tan fulminantes e imprevistas como los segundos de generación de la vida. Ellos habían muerto recreando en imágenes el futuro, su futuro y no el de otros pero tal vez, aquellas imágenes dejadas en los pliegues de la muerte eran mas imponentes que haber vivido aquel futuro, haberlo pisado constatando que nada tenían que ver con aquella magnificencia prometida por el sueño, pues, sentir poco a poco la derrota al ver que la vida no tiene nada que ver con las palabras ni menos aun con las imágenes que fueron dejando. Y yo pensaba, es mejor morir así, en aquella ilusión, en aquel artificio evidenciando nuestras vísceras irónicamente.

Al final miramos al negro sargento y sin decirle nada salimos de la choza caminando entre los rasos hacia mi área. Al llegar aun estaban esperándonos para proseguir con la rutina. Ismael con sus manos en los bolsillos del pantalón militar me decía:

—Qué quiso decirnos el sargento, no le entendí nada de nada, tu podrías decirme no, los de inteligencia saben leer entre líneas.

En ese momento reventé y le grité que de dónde mierda había sacado eso del aparato y que yo pertenecía a él, que en el Frente no existía ninguna estructura de inteligencia,

—Sabes —me respondió sin tomar en cuenta lo que le dije—, ustedes siempre están tratando de negar de dónde son, pero yo tengo un instinto innato con los de inteligencia, tal vez seas uno de los jefes de inteligencia del Frente.

Ismael comenzaba a mirarme con admiración por mi supuesta jerarquía.

—Bueno —le contesté abrumado—, soy uno más de los que está metido en esto tal como tú pero cree lo que quieras.

—Sabes, eres bueno, tal vez yo llegue a ser como tú en el aparato.

—Tal vez —le respondí—, tal vez —reiteré mientras nos acercábamos al área, Me miraba con una sonrisa, no pude hacer nada más que reírme junto a él.

El tiempo se fue en esa escuela. Cada cual al final dio su examen promocional, algunos sacaron buenos lugares, números, en suma, nada mas. Como siempre fui el quinto de los cinco, nada espectacular, como siempre.

A mitad de ese año 86 nos bajaron a las casas de seguridad de La Habana. Casas del ejército que tenían destinadas a la labor latinoamericanista liberadora. Allí estaríamos una semana como mínimo arreglando y planificando nuestra vuelta a Chile. Eso significaba los itinerarios y documentos para el viaje. La ansiedad por volver cundía rápidamente en todos nosotros,

La casa era normal, en un segundo piso ubicada en un barrio residencial de La Habana, nada espectacular. Era conocido por muchas gentes del barrio que dicha casa era para esas tareas secretas, pero en ello no existía inconveniente ya que casi todos, digo, los habaneros, tenían el espantoso habito de la vigilancia, Con sus comités y toda clase de organizaciones dispuestas a la observación del prójimo, digamos que era el habito de las poblaciones santiaguinas pero elevado al rango de misión estatal. Comidillos, chismes y todo tipo de habladurías se escondían en la categoría de "vigilancia revolucionaria". Por ello mismo nadie se atrevía a decir nada de las mencionadas casas siempre habitadas por extranjeros.

A Nora, la mujer del grupo, se le había asignado una habitación a solas. A los demás, todos hombres, se nos lanzó a habitaciones conjuntas. Yo quedé con Ismael, que se dedicaba a hacer lo suyo y mirarme desde lejos con una pequeña admiración inentendible. Conversábamos, pasábamos los días juntos.

Debido a que podíamos salir de la casa me dispuse a visitar las calles de la capital cubana y descubrir, mas allá de su arquitectura, la gente y sus cosas hundidas en el calor sofocante y la humedad formidable. Al tercer día salí, por la tarde, solo, caminando simplemente sin un lugar definitivo adonde ir.

La Habana tenía un aire de otra década, un filamento estético de razón mafiosa. Sus autos, los pocos que habían, las vestimentas de las gentes, las casas y calles no eran más que los restos del

antiguo imperio. Sus negros infantes con pañuelos rojos, todas esas rubias de mentira con cabello platinado y sobre todo aquellos gritones insufribles que se veían cada dos metros con sus dados y vida comunitaria de puertas abiertas. Todos los revolucionarios caminando por las calles revolucionarias,

Recorrí, dos, tres, decenas de lugares mirando a todo el mundo que se me cruzaba, tomando pequeños tragos de Ron en todos los sitios donde me posaba y de pronto todos los negros, todas la fierecillas de pañuelos rojos al cuello, las hembras platinadas y las negras con ropas fosforescentes me parecían eternamente simpáticos, graciosos en este país detenido por el tiempo de las ideas. Hay que ver como cambian las cosas en un país como aquel, que vida aquella, si hoy tuviera la posibilidad de vivir ahí no lo pensaría dos veces.

Al llegar al malecón principal de la ciudad me encuentro con toda la fiesta que se armaba en aquel lugar por las tardes casi al caer la noche. Todo el mundo chillando con gruesa voz, de un lado a otro, todos conversando seducidos por el calor y la humedad. Negras sudorosas, blancos pálidos mezclados en el griterío, casi desnudos todos, y yo mirando de la vereda de enfrente, asustado y perplejo mientras pasaban por la calle los microbuses atiborrados de cubanos.

Estas gentes no se detenían a pensar nada, simplemente eran arrastrados a vivir por el calor sin mas problematizaciones que eso. Qué reflexión ni que nada, encontrar un negro melancólico era como encontrar un tesoro y qué decir de los blancos, gentes dispuestas a lo primario, maniáticos de primera satanizando a sus negros. Racistas encubiertos por el terror de la ideología. Qué cambia el socialismo sino sólo las relaciones mercantiles.

Así yo me encontraba desde la vereda próxima observando con todo ese mar enfrente de mí y atrás toda la arquitectura de La Habana vieja cuando siento un fuerte empujón por mi espalda.

—Ea chico, un extranjero perdido, vociferaba una negra de unos veintidós años con el pelo amarrado con un cintillo verde fosforescente. De labios morados y blancos dientes. Amplia frente circular y con su vientre gelatinoso y descubierto. Las negras habían

desarrollado poco a poco un instinto visual que les permitía diferenciar a los extranjeros, un mecanismo evolutivo de caza. Me miraba como si hubiera encontrado la gran novedad para su día.

Era su mínima presa. Su razón para entrar al mundo vedado para todos ellos, los revolucionarios de abajo, los que sin lugar a dudas aceptaban a los revolucionarias de arriba. Al parecer esta negra, llamada Jazmín Gato, no dudó en atraparme con sus juegos seductorios para que la proveyera de mercancías del mundo del capital. Artefactos inútiles al fin, cosa que no me complicó mayormente ni caí en reflexiones éticas sobre la prostitución encubierta de todas estas cubanas fornicantes por definición tropical.

Nadie en el mundo de los vivos hace lo que hace sin un interés de por medio y lo que hacían estas cubanas era traducir ese interés a una mercancía. Mi estadía se hacía cada día más breve y no tendría la oportunidad de hacer o estrechar lazos con alguna "revolucionaria consciente e integrada" sino más bien todo se me reducía a lo que tenía enfrente, vale decir, esta revolucionaria de abajo. Su decadencia física no era tan estrepitosa por lo que ahí mismo le di la mano y la convertí en mi guía para otros lugares de esta enfurecida y prematura ciudad. Fue así como nos alejamos del malecón hacia algún lugar donde estar mas a gusto. Todo el final de aquel día se me fue en los lugares que me llevaba Jazmín Gato junto al sudor de mi mano que en ningún momento me soltó. Ya caía la noche y sin ningún lugar a donde ir a finiquitar nuestro encuentro, ella, la cubana, me llevó nuevamente al malecón pero esta vez en los roqueríos de abajo. Sin ningún pudor ni recato, que jamás los tuvo por cierto, me bajó hacia las filudas piedras y ahí mismo comenzó el ritual finiquitante.

—Ahora sí extranjero dame lo mío —me decía entre sus jadeos—, soy tu pequeña putita, repetía mientras pasaba su lengua áspera y rosada por mi cara desnuda. Yo veía las estrellas caer encima de mí. Todo ese cielo negro de un solo soplo mientras proseguía manoseándome. Empujándome sobre los pliegues de la piedras. De un movimiento se despojó de su pantaloncito elástico y de su diminuta polerita de colores. Debajo de ésta tenía puesta otra

que me llamó inmediatamente la atención, un reducido sostén con la bandera norteamericana, con todas sus franjas y sus estrellas, era su gran tesoro clandestino. Saltaron sus negras tetas con sus pezones color café profundo.

Era una estructura de plástico, como una goma en movimiento. Me tomó de los hombros empujándome hacia abajo, a su nido negro plagado de aromas inmundos y sudorosos. Su cementerio de perros descompuestos. Gritaba como al borde del cadalso: ¡Sigue, extranjero inmundito! ¡Mete tu lengua crápula extranjera! Me jalaba el pelo. Me agarraba las orejas hundiéndome más en aquel reino de olores y líquidos viscosos que se venían sobre mi rostro. Me encontraba contrariado por mi pudor occidental mientras allá arriba pasaban los transeúntes, no quería seguir pasándole mi lengua en esas profundidades ácidas pero ella le imploraba que fuera más y más adentro. No quería más y seguía gimiendo: ¡AH... ah, ah! Dale papi, eso es papito, soy la más puta del Caribe, ¡hazme inmundicias! ¡Más duro, más duro! Gritaba como una endemoniada. Las piedras y rocas me tenían magullado por completo. Era una tortura. Me desvestió ahí mismo. Primero los pantalones, luego la camisa. Quedé en calzoncillos y zapatos para no herirme más aun los pies con los filos rocosos. La veo bajar y me chupa todo. Se lo mete hasta el final de su garganta. Hace arcadas, un segundo de detenimiento con sus ojos llorosos. Pero sigue. Yo me aferro a las piedras de mis costados. Su cabeza, como un pistón, no se detiene, quiere decir algo pero no puede, la tiene toda adentro. La veo desde arriba, su pelo eléctrico. Pequeñas motas de alambres carbonizados. Me mete los dedos por el culo, trato de detenerla pero es imposible. Se alza con el hedor entre sus dientes blancos, abre sus piernas gimiendo, aullando para que se la meta. Vamos, cerdo vampiro ¡métemela toda! Siento su suavidad interior. Se retuerce como una lombriz en limón. Cierra sus ojos, solo veo sus dientes blancos. ¡Acabemos juntos! –me implora. Me toma por el cuello y me besa con la fetidez de su boca, me muerde la lengua. Pienso: Negra enferma me va a matar de un instinto endemoniado. Toda la miseria junta entre sus

tetas. El mundo negro de Keruoac no era nada, su cultura, su música, simples jueguitos de niño.

La escucho gemir como sintiendo una daga en su garganta, ruega que se la meta por el culo. Me niego imaginando su feca por mis piernas, corriendo por mis muslos. Segundos después no puedo más y exploto como un volcán. El viento, el mar y me relajo. Todos mis músculos son un montón de estropajos húmedos. Ella quiere seguir, me niego, no puedo mas, eso era seguro. Me hastió todo, quiero escapar de ahí, salir corriendo de una vez. Luego ella bufaba como un cerdo escapando del matarife. Tomó sus ropitas ajadas y de su pantaloncito veo caer una especie de agenda, era la libreta alimenticia, da pequeños rebates sobre las piedras para terminar hundiéndose en la orilla del océano. Se fue, se perdió en los remolinos de la espuma. Ella comenzó a gimotear, hacía movimientos desesperados por tratar de rescatar la libreta. Con sus tetas colgando y su negra piel de naranja. Su vientre gelatinoso se movía con graciosas ondulaciones cuando ella saltaba de roca en roca tras la libreta.

Aquella libreta la poseían todas las familias de cubanos y servía para retirar diaria y mensualmente las cuotas de alimentos de primera necesidad. Carne de cerdo, leche, arroz, ron, cigarros, cerveza. Jazmín quedo desconsolada, aullante y derrotada. Yo no decía nada, simplemente miraba todo, la libreta perdida. Se sentó en una de las piedras. Desnuda, con sus nalgas siguiendo la geografía de las piedras. Le alcancé las ropas para que se vistiera, yo también me vestí. Y ahora que hago, me consultaba desesperanzadamente. No sé, le respondía yo. No tenía dinero que pasarle, lo había gastado todo por la tarde, junto a ella. Miré hacia el mar y me saqué los zapatos comprados en Baires, eran de cuero legítimo y algo podría hacer con ellos, tal vez venderlos, era lo único de valor que tenía a mano. Los recibió sin decir nada, los miró y se los puso bajo el brazo, me sonrió. Subí hacia la calle con los pies descalzos. Antes la miré y me despedí. Arriba me saqué los calcetines y salí corriendo. Me esperaban al menos veinte cuadras hasta la casa de seguridad. Ahí vería como conseguir otros zapatos, lo único que quería era

escapar, como siempre. Detrás de mí quedaba Jazmín Gato, adelante todo un mundo de cubanos, toda Latinoamérica alzada, todas las armas al pueblo, como decía Miguel Enríquez y mas atrás que él los bolcheviques.

Tal y como se desarrollaban las cosas mi partida estaba próxima a comenzar, ya no había nada que hacer en dicha isla, al menos mi estadía se estaba viendo forzada innecesariamente. Luego de mi experiencia con Jazmín Gato, todo se reducía a leer el diario Granma y ver los dos canales estatales que bombardeaban durante todo el santo día con la revolución y sus logros, la patria y las banderas de todas las cosas, de todos los trabajos y de todos los sacrificios. Además de eso, compartir con mis compañeros de casa que continuaban deseosos de volver a su tierra natal. En cierto sentido yo también deseaba retornar o tal vez salir de Cuba hacia otros lugares.

Una cosa no había mencionado con eso de las casas de seguridad y sus jerarquizaciones estatales y protocolares. Para nosotros, los soldados, existían casas normales y para los dirigentes casas, naturalmente, de protocolo con todo el rigor especial que conlleva aquello, es decir, de mejor factura y pompa, en suma, lo de siempre, igual que en cualquier lado, sin más diferencia. Las diferencias materiales siempre existirán y no había nada, en toda la tierra, que las cambie. Allá era cosa de clases sociales, acá también, pero con una cierta mansedumbre. Pero lo fundamental radicaba, también, en una división, no según lo que se poseía sino lo que comportaba la importancia dada por la historia y los sistemas idearios que se preconizaran a todos los vientos. En suma, no había nada más comunista sobre la tierra que la muerte y los perros.

Una tarde mientras me encontraba mirando por el balcón de la casa, viendo pasar a las innumerables negras cubanas y recordando la furia de Jazmín, veo aparecer por una de las calles a Alonso acompañado de otro sujeto, en tanto se acercaban pensé que se podría tratar de nuestra partida definitiva a Chile. Entré a la casa, dando aviso a Ismael que se encontraba en una de las habitaciones. Bajamos juntos y reunimos a que todo el grupo. Entró Alonso con su

acompañante, también era chileno pero miembro del Frente; Alonso era comunista. Digamos que no era lo mismo ya que una y otra cosa formaban, con el tiempo, una manera disímil de ver las cosas y fenómenos, porque la violencia es una óptica que a veces reduce la vida. En fin, nos sentaron en el comedor a todos juntos en una solemne reunión. Mis compañeros estaban nerviosos, ya que en esta oportunidad sí podrían salir hacia su patria recordada, yo no sentía nada especial, tan solo curiosidad. Alonso entró con sus palabras e introducciones y el otro, que luego habló presentándose como Renato nos ofreció, a los que aceptáramos, algo que a mis compañeros los sumió en un profundo y elocuente silencio.

Las palabras de Renato tal vez, y con ayuda del resumen y tiempo, sonaron de esta manera:

—Compañeros, como ustedes saben, la revolución sandinista esta pasando por una época de altibajos ya que la contrarrevolución ha incrementado sus ataques. Su cara era seria y movía sus manos dando mayor realce a sus palabras, las bajaba, las subía mientras sus dedos iban ejecutando movimientos autónomos. Tomaba un cigarrillo, se lo llevaba a la boca. Se cerraban sus ojos al introducir aquel humo de tabaco negro, fuerte y amargo. Vestía una camisa blanca que demostraba llevar mucho tiempo en Cuba. Su acento decía lo mismo. Mientras hablaba, mis compañeros iban bajando sus rostros hacia el suelo. Hacia la nada que había entre sus zapatos. En tanto un calor se iba adueñando de mis ojos. Renato continuó:

—Es por eso que vengo donde ustedes al igual que he pasado por todas las casas donde hay rodriguistas a la espera de sus retornos, a buscar voluntarios para ir a Nicaragua, sin mas obligación de la que puedan sentir sus conciencias, reitero, no es una obligación sino un acto de desprendimiento.

Finalizó aquello y todo volvía al silencio del recuerdo. Mis compañeros, Alonso, la casa, Ismael suspiraba. Doy un salto diciéndole que quería ir y que cuando partíamos. Ismael me miró sorprendido y casi al mismo tiempo se sumó a la aventura, le sonreí, ya partiríamos dos. La verdad mi conciencia, si algún día la tuve mas allá de las invenciones, no me dictaba nada y por cierto no era

un desprendimiento de nada porque no tenía nada de que desprenderme salvo de mi propio cuerpo y que decir del supuesto sacrificio de ir a embarrarme en una guerra ajena; no había nada mas seductor que un discurso bélico por aquellos tiempos y si algo podía salir bien de todo aquello, mejor aun, creo que Ismael razonó con la misma puerilidad, sin mas reflexiones. La verdad es que en esos momentos no se piensa en las posibles consecuencias y eso no tiene ninguna importancia: hay que saber aceptarse tal como uno es y aquello, cuando las cosas se tornan de un gris intenso, sirve para no echar pie atrás.

Salimos casi al anochecer con mi pequeño y vacío bolso. Calzando unas zapatillas viejas y chicas que me pasó Ismael. Íbamos hacia otra casa de seguridad donde estarían los otros voluntarios desconocidos.

Alonso ya se había ido de la casa y mis compañeros se apiñaron en el balcón despidiéndose balanceando sus lánguidas manos como viejos péndulos de la historia. Nora con sus uñas brillantes y su cabello bien peinado, se interponía ante todos, y sonreía despidiéndose de nosotros. Nos miraban como contrariados por nuestra elección casi suicida. Se despedían gritándonos, bajo esa inmensa bóveda celeste que un día Humboldt imaginó cayendo sobre Cuba, que nos cuidáramos. Un consejo similar al que me dio Marta, la bella mujer de las torres de Carlos Antúnez, allá en Santiago, años atrás. Ya habían pasado unos cuantos años y seguía cuidándome tanto como podía y como me dejaban las circunstancias.

Cruzamos unas buenas calles hasta llegar a la otra casa donde había sólo un tipo de cabeza calva y brillante sentado en los sillones, que se decía llamar Carlos y era el único voluntario junto a nosotros. Partiríamos durante los dos días siguientes. Allá nos esperaba otro sujeto que le decían "Chele" y vendrían otras historias que se fueron apiñando, como los cubanos arriba de sus micros, en mi memoria emocional. Cosas, en definitiva, que nadie podría restituir en sueños nocturnos porque simplemente eran mías.

XXV

Después de seis meses en Cuba nuestros pies estaban apisonando el estéril pasto de Nicaragua. Permanecíamos más desorientados que nunca junto a Ismael. Qué desorden, qué caos, qué guerra ésta, nadie sabía para donde disparaba. Uno podría decir, tal como decían los nicaragüenses, vale verga, el mundo vale verga, la guerra vale verga, los soldados valen verga, la gente vale verga, la revolución vale verga, los honores y todas sus artimañas valen verga, todo, absolutamente todo sobre la tierra y el espacio, sobre el universo y fuera de él, lo absoluto, la nada, las cosas que aún no hemos pensado, los que aún no hemos muerto y que jamás pretendemos hacerlo, todo, realmente todo vale verga. Aquello es el "valeverguismo". Una verdadera rama filosófica del nihilismo subterráneo. Un residuo de la guerra y las armas. Un buen recurso para salir al paso a alguna situación sin más futuro que el fracaso. Para nosotros la cosa era diferente, en cierto grado Nicaragua nos necesitaba, supuestamente requería de todo aquel que estuviera dispuesto a darle una mano, al menos eso creímos, pero al fin y al cabo toda guerra se institucionaliza y pierde toda relación con aquella carga épica que veíamos en todo ese enfrentamiento. Nuestras imágenes chocaban con el entorno y, al menos en mi caso, me fui haciendo mi propio panorama pasando, a modo de técnica, toda la realidad que veían mis ojos y también aquella que inventaba mi pensamiento por una especie de cedazo, un colador de situaciones.

En Managua nos recibía el mencionado Chele, un tipo blanco y pálido, de movimientos racionales y económicos. Alto, delgado y de cabello claro, como con rostro de mármol. Aquel rodriguista permanecía en Nicaragua desde el año 1984. Los sandinistas habían ganado su guerra en julio del 79.

Desde aquel tiempo, digo, unos dos meses antes del triunfo, llegaron a esas tierras docenas de chilenos a dar su cuota para la guerra. La mayoría de los participantes de la guerra ya no estaban en Nicaragua sino que habían vuelto de una u otra manera a Chile, el futuro de todo el aprendizaje, la aplicación marmórea y dura de una realidad hacia otra que no coincidía en nada. Los oficiales volvían con la ilusión de un ejército alzado y disciplinado.

La tarea del Chele era recibir, a modo de responsable, a todos aquellos que salíamos de curso y que de una u otra forma enviaban a las tierras en conflicto para lo que se denominaba "fogueo", es decir, disparar contra otros que también te disparaban, una guerra. Nuestra veta internacionalista. Entonces su tarea era la de administrar los cupos en los llamados "BLI", que no eran sino los batallones de lucha irregular de los sandinistas, ahora en el poder. Dichos batallones se desplegaban a lo largo de todo Nicaragua en busca de los "Contras". Era como cazar liebres, buscarlos, arremeter todo el poder del nuevo Estado contra los nuevos infractores del nuevo orden popular. Una vuelta de tortilla. La contracara del metarrelato.

En Nicaragua ya quedaban pocos de aquellos oficiales chilenos, tal vez dos que permanecían al borde de partir de una buena vez. Complejos militantes comunistas. Yo no los alcancé a ver sino en Chile, cuando me tocaba volver por mis razones. Uno de ellos, denominado Cabezón, no alcanzó a hacer mucho por su patria. Al volver no pasó mas de unos cuantos meses haciendo lo suyo y los soldaditos le cayeron encima para dejarlo encerrado por varios años. Al salir luego de cuatro años en las rejas ya era otro. Al otro lo conocí mejor. Pasado el tiempo comenzó a cansarse y dejó todo. La normalidad le hacía guiños desesperados, le tendía sus trampas. Decaería en la gran masa de los normalizados. Aquel rodriguista era Germán, un buen tipo a fin de cuentas.

Hace un tiempo, también, había partido Ernesto. De aquel tipo si que escuchaba historias inauditas por parte de muchos que lo conocían. Era todo un mito. Logró estudiar en las academias de Bulgaria, algo inusual para muchos, mas tarde partió a Cuba y desde ahí a Nicaragua, luego retornaría a Chile para tomar a su cargo algo verdaderamente grande. Era uno de los pocos que podía hacerlo de verdad.

Yo no conocí a muchos, tal vez me hubiera gustado conocerlos a todos, ver en ellos a una época, un destello melancólico del tiempo. Conocerles sus caras y ademanes, creer que con ello se puede acceder a la zona de la historia de los enunciados bellos, en suma, comprender las cosas y dichos por medio de ciertos hombres. Pero eso no deja de ser una prepotencia simple y llana, pensar que con aquello uno puede acceder a lo que los sonsos llaman espíritu de una época. Como si las supuestas motivaciones tuvieran el beneficio de la linealidad y los actos paridos de esas motivaciones fueran el resultado coherente y sin falta. El imperativo de la unicidad del existir. Soy uno y sin espacios donde se cuele algún intersticio infame, absurdo y sin sentido de mi realidad. Soy un círculo coherente. La savia de la razón universal. En fin, figuras de existencia verbal caligrafiadas por la dureza.

Como dije, me hubiera gustado conocer a todas y cada uno de los rodriguistas. Pero no pude y lo que hablo a través de este relato inofensivo pretende simplemente decir ciertas cosas que nos fueren ocurriendo, nada más que eso.

Managua era una supuesta ciudad en reconstrucción. Todos eran guerrilleros, todos vestidos de verde con fusiles en los hombros, todos emboinados. La guerra ya no era cuestión de opciones personales sino que era un estatuto obligatorio. Todos los jóvenes a la guerra. La ciudad alzada en las ruinas de Sodoma. Caminábamos por ella hacia no sé dónde, entre sus edificios abandonados y sus ropas colgando de las ventanas, por sus olores y alcantarillas abiertas desenvolviéndonos suavemente por la antigua catástrofe. Nos guiaba el Chele, íbamos tras él. Yo con mi pequeño bolso, la carta y el delantal blanco. Ismael con sus cosas, su pequeña mochila.

Buscábamos los combates con la "contra" en medio de las casas y pocos edificios. Montábamos un jeep del ejercito sandinista, el EPS, lo manejaba un raso, un soldado nicaragüense, que guardó silencio durante todo el trayecto. Chele nos ponía al tanto de las cosas, nuestro destino en las afueras de la capital, iríamos a cazar "contras". Bien armados, existía una cantidad enorme de recursos para la guerra. Todo se despilfarraba, las armas, el dinero y la comida. La revolución había comenzado su curso. El escándalo aun no se podía detener, nadie volvía a su puesto para la reconstrucción, todos querían continuar en la gran escandalera que provoca toda revolución.

Ya había escuelas con los nombres de los nuevos héroes. Los hospitales vendrían después, las calles conservaban su factura de los tiempos de Somoza y sus guarenes. Ismael miraba todo, absorto, yo lo seguía, por un tiempo se le olvidó lo del aparato; había que destinar las palabras y los pensamientos a tratar de comprender dónde habíamos llegado, no nos separábamos por nada del mundo. Chele nos llevó a lo que nos dijo sería la unidad receptora, haríamos un tiempo de cursos de sobrevivencia en el monte y de ahí nos enviarían a los mismísimos sitios donde se encontraban los Contras. Otros cursos más, otras armas más o menos similares y más gente dispuesta a la caza.

Aquel periodo de entrenamiento duró alrededor de quince días en un monte cercano a Managua. Nos preparaban en detalle, junto a nosotros también estaban los nuevos soldados del EPS, hacíamos simulacros de sobrevivencia y cada mañana nos daban la ración para ello, que se reducía a unos seis caramelos, unas cucharadas de pinol, que era algo así como harina, y una cantimplora con agua; eso era la reducida porción de alimentos diarios para sobrevivir con lo mínimo a mano. Caminábamos casi todo el día entre las arboledas y pastizales, subíamos, bajábamos, nos sentíamos sandinistas, éramos guerrilleros de verdad, nos debatíamos en la hambruna por razones premeditadas. Nuestro equipo consistía en dos pares de botas y un buen uniforme, los fusiles había que elegirlos según las necesidades. Por mi parte tome un M-16, sabía sus trucos, la hora exacta en que

se trababan, su peso, en suma, me serviría si realmente en algún momento me tocaba accionarlo contra la Contra.

Durante aquel periodo con Ismael a mi lado nos debatíamos en la ansiedad de llegar pronto a lo que habíamos venido a hacer, no era cosa de querer rápidamente entrar a disparar pero si ver directamente como eran las cosas en la guerra. Con tal ejército, nos decíamos, nadie se puede sentir inseguro pero era cosa sólo de esperar a ver la realidad tal y como se presentaba todos los días desde hacia mas de siete años. La guerra en Nicaragua era el pan de todos los días, la razón de su sobrevivencia.

Al mes en que habíamos arribado a Nicaragua y en espera en aquella unidad receptora, una mañana llegó el Chele con animosas noticias para nosotros. Los quince días planificados para nuestro entrenamiento de rigor, al final se convirtieron en un mes entero y podríamos haber aguantado, quizás, otro mes más, pero la verdad todas nuestras reservas físicas se veían agotadas en el entrenamiento previo.

Llegó aquella mañana diciéndonos que nuestro traslado estaba listo y que partiríamos por la tarde a la zona de guerra abordando un convoy con víveres que se dirigía hacia allá.

Dispuestos a las más descabelladas travesías nos montamos esa misma tarde en el famoso convoy de tres brillantes e imponentes camiones militares. Desde su parte trasera nos despedimos de Chele levantando nuestras manos, en tanto Ismael fue presa de la emoción y alzado sobre ciertas cajas de conservas elevó su puño y soltó un par de gimoteos despidiéndose de Chele con un grito sobrecogedor, ¡hasta la victoria! Le repitió en tres consecutivas ocasiones. Chele nos miraba como si nos fuéramos a una excursión escolar, movía sus cejas y con ello sus orejas hacían un gracioso movimiento hacia atrás. Luego Ismael se sentó a mi lado y le cayeron un par de lágrimas.

—Vamos, no es para tanto —le retruqué ante tamaña expresividad—, ¿o acaso crees que no volverás?

—¿Es que no te das cuenta que nos dirigimos a una guerra, una guerra con muertos y balas por todas partes? —me contestó entre

sollozos—, los de inteligencia no van a la guerra, sólo entregan información para que la guerra siga su curso.

—Pero para tener la información hay que sacarla de la guerra misma y sus locuras —le aclaré en un sentido preciso y poco fundamentado para que no se arrepintiera a mitad de camino y me dejara solo en todo aquello.

Se quedó pensando en mis palabras, aferró sus manos al fusil y entrecerrando los ojos se dio un acceso de valor. Miraba hacia el techo del camión.

— Tienes razón —contestó mirando las lonas del camión— puedo ser un aporte a todo esto si soy capaz de penetrar el corazón del enemigo y con esa experiencia podré hacer mucho en el aparato, ¿no lo crees Vasco? Tú debes saber eso de sobra.

—Así es querido Ismael, el aparato te espera con los brazos abiertos, no te arrepientas de todo lo que vayas a hacer y ver.

Con aquel diálogo cerramos el inicio de tres horas en camión hasta el lugar donde íbamos. Después de eso no nos dijimos nada y cada uno se sumió en sus propias reflexiones personales. Por mi parte no sabía que nos deparaba el destino ni tampoco me detenía mucho a inspeccionarlo de manera detallada, mas bien pasaba mi mano por la suavidad de mis botas nuevas pensando que todo esto era simplemente una parte del camino que había elegido, queriendo como siempre, en un prurito sobredimensionado, mi no-muerte, una vida prolongada a costa de ver demasiadas cosas. Pero uno, al parecer por una rudimentaria y ancestral ley universal, debía pagar un costo, un precio que se traducía no en moneda de cambio sino en una trepidación multiforme de nervios y emociones. No querer morir nunca era una forma de pagar a largo plazo lo que unos pagaban en un solo instante, la pobreza y la guerra, o mejor dicho los pobres y los soldados de una clase particular pagaban ese precio en cómodas cuotas de espanto a lo largo de la vida. Yo tenía mis cuotas al día y bien canceladas, la cárcel, el hospital, la guerra, el hambre y el miedo eran parte de mi libreta al día y ordenada de pagos anuales; no tenía mas que seguir preocupándome de seguir con vida.

Luego del viaje hacia la zona de guerra y una vez abajo de los camiones nos dimos cuenta que las indicaciones del Chele disientían del todo con lo que teníamos frente a nuestros ojos. Habíamos llegado a otra unidad militar donde nos darían, por error, otra quincena de entrenamiento bélico antes de penetrar a la guerra y sus luciérnagas ideológicas. Así nos presentamos ante el jefe de la unidad diciéndole y aclarándole que ya habíamos recibido dicho entrenamiento y que estábamos en condiciones y aptitudes para la guerra.

—Aquí nadie contradice las ordenes del mando central, compañeros, todos deben recibir la instrucción básica para el monte.

| —Teniente, el tipo era teniente de unos veinte años, parece que no tomó en cuenta lo que acabo de decir hace unos segundos, con todo respeto, compañero, ya recibimos dicho entrenamiento en Managua por periodo de un mes.

—Una vez más les reitero que aunque no sean nicaragüenses, no por ello tendrán beneficios adicionales, aquí todos pasan por mi entrenamiento, la guerra es cosa seria y no una aventura para los extranjeros que vengan a congraciarse con sus conciencias.

Después de haber mirado a Ismael desistí de cualquier tentativa de convencimiento ante el teniente compañero, la verdad la guerra le había anulado por completo sus capacidades auditivas, empezaba a comprender porque llevaban tantos años peleando con la Contra sin poder hacerles mella.

—Tú sí que sabes relacionarte con los oficiales, Vasco, les hablas de tú a tú, yo llegaré a hablar así algún día, me decía Ismael, ojala pudiéramos trabajar juntos en Chile ¿no lo crees?

—Ah querido Ismael, toda la gente es igual, el uniforme y los grados es solo cuestión de nomenclaturas episódicas, al final todos sienten lo mismo al morir o al cagar, de ahí para arriba uno se hace el ciego.

A esas alturas no nos quedaba más que aceptar las órdenes del teniente compañero y repetir el famoso y agobiante entrenamiento en el monte. Entramos a la unidad y nuevamente nos pasó el mismo equipo que portábamos. A contra de nuestros alegatos diciendo que

ya poseíamos dicho equipamiento, nos embutieron el nuevo arsenal, ya llevábamos cuatro pares de botas, no teníamos dónde meterlas, los fusiles los depositábamos bajo nuestras hamacas, teníamos dos cada uno y no sabíamos que hacer con ellos.

Así nos pasamos otro agotador mes bajo la supervisión del teniente compañero que nos enviaba a la guerra. A fines de agosto nos llega el aviso de nuestra definitiva partida a la zona de guerra y junto a ello arriba a la unidad militar otro grupo de chilenos del Frente, cinco en total. Llegaron con soltura y desenvolvimiento, en suma, manejando la situación. Se bajaron del camión que los traía desde Managua y partimos a darles la bienvenida. Uno era David, otro Yuri, Rodrigo, Daniel y el más llamativo, al que le decían Gordito.

Gordito era una especie de muñeco de peluche bien dotado físicamente, poseía una pronunciada cara que sólo se veía disminuida por ciertas partes de su oscuro cabello, de una personalidad mas bien silenciosa y conspirativa. Segura, pensé yo al momento de saludarlo, tenía sus razones para tanto silencio. No es por nada pero me quedé intrigado con Gordito. Así y luego de los saludos de rigor nos fuimos en una caravana bien ordenada a abordar los camiones del EPS que nos llevarían a engrosar las largas columnas de los batallones irregulares.

Para mi sorpresa éramos sólo chilenos los que nos dirigíamos a la guerra. El teniente compañero, antes de nuestra subida a los camiones, nos detuvo lanzándonos una acotada arenga valórica que versaba acerca de nuestra solidaridad internacionalista, dándonos las gracias por hacer un breve aporte a la mantención de la revolución Sandinista en proceso. Ismael, que escuchaba atento cada palabra del teniente, fue presa de la emoción. La verdad ya me estaba convenciendo de su veta emotiva y que sus reales razones para estar en todo esto simplemente se entremezclaban. Como la mayoría de nosotros, nuestro ingreso al Frente había sido por motivos emocionales y no intelectuales, tal vez era mejor de esa manera ya que el sentir es mas difícil de acabar que el saber. Aquellos que ingresaban por razones de orden analítico acababan en la vejez de un

modo más rápido y continuo, al final los saberes con los cuales nos hemos ido desenvolviendo a lo largo de los siglos cambian extremadamente de una época a otra y aquellos que vieron fundamentadas sus creencias en determinados cuerpos analíticos se derrumban con ellos cuando emerge algún hereje poniendo en duda toda una disciplina. La gente como Ismael y muchos otros de nosotros amparábamos la existencia y los propios actos devenidos de ella en una artillería instintiva, un "no deseo esto" y basta,

Éramos siete y nos repartimos en dos camiones, me fui con Ismael y Gordito, sus compañeros partieron en el otro camión. Gordito iba en completo silencio, ni siquiera nos atrevimos a preguntarle algo, Ismael también iba absorto aferrado a su fusil y con cuatro pares de botas colgando de su cuello.

No habían pasado ni treinta minutos de avance en medio de la floresta tropical y todo el convoy, que se reducía a dos camiones bien cargados con conservas y en medio de todo eso los siete extranjeros, se detiene de un solo movimiento. Sus conductores se bajaron precipitadamente lanzándose a la vera del camino, las puertas quedaron abiertas. Desde su posición Gordito alzó por primera vez la voz gritando que es lo que pasaba, de ahí mismo los conductores comenzaron a responder entrecortadamente lo que sucedía.

—¡Nos acaban de avisar por radio de una posible emboscada de la Contra!

—Y por qué no avisan —les respondió Gordito mirándonos algo confuso.

Luego de ese diálogo saltamos como pudimos desde el camión hacia la pequeña quebrada donde se encontraban los conductores. Con los fusiles apuntando al único lugar donde se podían ubicar los emboscados. Permanecimos cerca de veinte minutos todos nosotros más los cuatro conductores del convoy Sandinista.

Así, tan pesadamente con el calor encima como un cúmulo de agujones ennegrecidos y carbonizados, nos fuimos adormeciendo lentamente con los matorrales en las orejas. Pasada ya una media hora y evidenciando la ausencia de una voz clara que delineara las

órdenes, propuse con una mínima honestidad, hacer algo al respecto. Le dije a Ismael que me acompañara hasta la radio del primer camión que teníamos enfrente y así partimos agazapados para establecer algún grado de comunicación. No nos separaban ni cuatro metros del camión en cuya trayectoria sentimos unas potentes y sonoras explosiones a unos mil metros de nuestra posición. Ismael cayó a mi lado tartamudeando, cubriéndonos como pudimos; para sorpresa la radio comenzó a gemir lentamente. La emboscada había sido ejecutada por equivocación a una caravana de camionetas civiles que se movilizaban delante de nosotros. Ya con más calma nos disgregamos y partimos sigilosamente hacia el lugar de las explosiones.

Parecía que nos movíamos por una tierra movediza, claramente inspirados por un fuerte temor llegamos al lugar cuyo panorama era finalmente mortuorio y sanguinolento. Unos cuantos cuerpos tirados al azar y los demás se debatían en las heridas abiertas. Nada mas nos dedicamos a presenciar como aquellos heridos gimientes terminaban los días de sus vidas por equivocación. No se podía hacer nada. Así nos dedicamos a remover, con sumo cuidado, los cadáveres que alcanzaban la no despreciable cantidad de cuatro. Los dejamos a la vera de la carretera.

Estábamos en plena guerra y recién yo comenzaba a notarlo con aquella carga de muertos enfrente de mí, tomaba el peso que exigían las circunstancias, las cosas se estaban poniendo del todo serias para nosotros, así es que desde el momento de ver aquellos muertos y sus miembros menos decidí alejarme de todo romanticismo que puede atrapar las visiones y bajé al mundo tal y como se nos presentaba de ahora en adelante. Pragmático ante todo y con mis instintos de vida elevados al máximo me subí al camión con la única promesa de no morir en estas tierras para llegar, en algún momento, al lugar desde donde venía dejando las huellas hace unos cuantos meses atrás.

Con Gordito e Ismael, y las cosas bastante mas claras, nos fuimos otra media hora hasta llegar al puesto de avanzada del BLI que nos habían asignado. Desde aquel momento Ismael no paró de

tartamudear precipitadamente y como inspirado bajo una fuerza inviolable que venía subiendo desde sus más íntimos terrores. Gordito seguía imperturbable, al parecer poseía el conocimiento necesario para hacer de aquellas imágenes un simple dato memorial prescindible en las largas noches de sueño cuando generalmente llegan los resúmenes inconscientes del día que acabamos de pasar. En el otro camión iban con las cosas similarmente claras Yuri, Daniel, Rodrigo y David.

Una vez arribados al puesto de avanzada nos designaron a las columnas que partían a la zona de guerra. Partimos aquella misma tarde abordando helicópteros, ya que por tierra se hacía demasiado improbable nuestra llegada por posibles ataques de la Contra y por las propias condiciones de tiempo que hacían de los caminos verdaderos ríos incontenibles.

Era primera vez en mi vida que abordaba aquellos aparatos y desde las alturas parecía todo un placer estar en Nicaragua. Las cosas son así, mientras nos mantengamos en un estado levítico, el mundo y sus miserias parecerán cosas de niños mal educados pero sólo hace falta pisar la tierra, aquella gran cadena que nos mantiene a fuerza de argumentos inútiles y filosóficos, atrapados en la continuidad de los días. Uno quisiera arrancar de todo ello, de aquel circuito rotatorio entre la vida y la muerte, pero a fuerza de convencimientos nos vamos escapando con técnicas ilusas e infantiles, haciendo del espíritu una forma de convicción, el gran ardid poético para huir de toda la realidad, pero ello no sirve para nada, lo digo de verdad y por experiencia propia, si uno se pusiera diariamente a metaforizar la vida y la realidad pasaría como un loco y yo preferiría estar en una guerra, tal y como lo estaba pasando, a ser tratado como un demente sin remedio, a fin de cuentas en la guerra se sufre menos que en evadir la realidad y la propia vida a manera de un lunático. Resumiendo, entre la tierra y el cielo estábamos nosotros, la única invención absurda del espíritu evolutivo.

En fin, montando aquella nave voladora con sus aspas rotando como un huracán sobre nuestras cabezas yo creí ser parte del interior

de un monumental zancudo gigantesco sobrevolando las áreas de guerra dictadas por el sandinismo.

Aterrizamos en un descampado y las columnas se organizaron de tal manera que me tocó ir junto a Ismael y el Gordito en la misma columna. La cacería comenzaba, íbamos tras la Contra. Por mi parte, y asegurando cualquier accidente de un solo movimiento, paso bala a mi fusil y luego le pongo el seguro, ese movimiento lo ejecutamos los tres chilenos casi al unísono, cargamos las mochilas a nuestras espaldas, suspiramos como una manera de persignación y partimos serenos tras los combatientes Sandinistas,

Tal vez cada uno de nosotros caminaba con el temor de ser nuevos y carecer, de alguna manera, de los conocimientos básicos para sobrevivir en una guerra de esas condiciones. Debido a ello nos fuimos acercando lentamente a los responsables de la columna debatiendo los múltiples azares que se nos podían presentar a los novatos. Por parte de los nicaragüenses pudimos obtener toda clase de respuestas teóricas sobre el arte de seguir con vida, nos recomendaban ciertos lugares donde las balas no penetraban, un buen tronco, la roca perpetua a bien un minúsculo montículo que uno podía utilizar a manera de casco. Cuiden bien la cabeza, nos decían, es lo único que de un solo tiro acaba con toda una vida.

Así y todo, siguiendo las recomendaciones pudimos obtener nuestras propias premisas y axiomas para cada cual, por ejemplo, no sobreexponerse al combate innecesario, la historia a fin de cuentas pasa sobre uno y no al revés como creen los grandes héroes, lo otro, la guerra no se definirá a partir de si doy un tiro mas o un tiro menos y lo último, saber conservar la autonomía cultural y no caer en el desparpajo centroamericano. El "valeverguismo" nos seducía momentáneamente, a fin de cuenta un extraño proceso de transculturización se adueña de todo aquel que pasa más de seis meses en una tierra extranjera. Pero para mí y mis ideas ilusas la cultura patria no era más que una insignia. Me remitía a valorar las cosas de mi tiempo como había que hacerlo.

En suma, caminamos todo aquel mes de septiembre tras los pasos fantasmagóricos de la Contra, que eran verdaderamente

inubicables; por un momento me entró la duda si realmente existían los Contras y si solo eran un invento de este país. Todo ello se vino a aclarar casi al último día de septiembre cuando al comunicador de nuestra columna le llega un aviso por parte de otras columnas para un encuentro de abastecimiento. Volveríamos al pinol y los seis caramelos diarios; era la sobrevivencia.

La cosa fue así, con Ismael íbamos al medio de la columna, Gordito se había cansado de caminar al centro y de un rápido movimiento se fue hacia el lugar más peligroso del grupo, la avanzada de los exploradores.

—Sabes Vasco —me decía Ismael— con tal ejército uno no se puede sentir inseguro, las cosas en Chile son diferentes, ¿llegaremos algún día a tener un ejército como este?

—Quién sabe, Ismael, tal y como parecen ir las cosas el ejército es una prosa de algunos pocos, por lo pronto hay que abrir bien los ojos para tratar de llegar de una vez a Chile en buenas condiciones.

—Parece ser ¿no? —contestó distraído entre los ramajes. A tal altura de un mes entero en caminata uno se iba relajando por las propias condiciones de no combate y nulo rastro de la Contra; caminábamos entonces con los fusiles mirando hacia el suelo como largas serpientes de melaza y con la cabeza puesta en cualquier circunstancia menos en los posibles ataques.

A eso de las tres de la tarde nuestro grupo de avanzada logró ubicar el punto de reunión para nuestro abastecimiento. Se encontraba tras unas pequeñas y poco robustas lomas, en el horizonte se alcanzaban a ver grandes extensiones verdes y escuálidas entradas de algún río cercano; todo aquel panorama se veía como un pulpo adueñándose de los trozos de tierra que día tras día veía como contras y sandinistas se perseguían por cada uno de los rincones sin encontrarse, hasta ese maldito momento, los unos con los otros. Desde mi posición logré ver a Gordito haciéndonos algunas señas, entrecerré mis ojos y pude interpretar algo así como que nos resguardáramos. Estaba en avisarle a Ismael que se agazapara antes de seguir avanzando y de pronto las balas comenzaron a silbar por todos lados. La Contra había interceptado

las comunicaciones y como los codificadores de las columnas se habían, de algún modo inepto, cansado de codificar en aquel día, les habíamos dicho con claras palabras, embósquennos de una buena vez. No fueron más de cuarenta segundos en que nos vimos envueltos en aquella lluvia de balas. Quizá hoy puedo recordar con total claridad, algo así como mirándome en las cristalinas aguas de algún lago, como de pronto mis oídos fueron presa de un gemido jamás escuchado por alguien, como si toda una potencia física hiciera abandono desde una cavidad poco explorada y profunda. Luego del tiroteo nuestro grupo de avanzada comenzó la persecución. Logré levantarme sin mella en mi cuerpo, no así Ismael que prosiguió en el suelo sin movimiento alguno. Di vuelta mi cabeza y noté varios heridos que se debatían en el dolor de las heridas sangrantes, los pastos se enrojecían lentamente y a lo lejos se escuchaban las detonaciones. Volví mi cabeza con la vana ilusión de que Ismael estuviera de pie mirando lo que yo miraba, pero este seguía en el suelo tumbado como por un sueño jamás alcanzado. Me agaché y lo moví, al darlo vuelta le noté un solo orificio a un costado de su cabeza. Completamente inmóvil Ismael había muerto de un solo golpe. Yacía tendido como una piedra, y la verdad no me puse a homenajearlo ni a prometerle nada ni menos decirle que mi único homenaje sería seguir su camino porque en rigor no sabría donde terminaría yo ni todo lo que nos rodeaba, una selva extraña, heridos por doquier, una guerra que al final tal vez terminaría como todas estas, en vanas negociaciones y abrazos con los carniceros. No pude decirle nada, simplemente lo deje en aquella suavidad mortuoria y constante.

En tanto todos corrían tras la Contra, me quedé junto a su cuerpo con una mínima esperanza de que en algún momento fuera a moverse pero todo aquello se diluyó cuando a su costado ya había una gran poza de sangre empapando los pastos resecaos. Se acercaban algunas moscas y avispas. Ya no había posibilidad alguna de que Ismael volviera de aquel estado, se quedaría así. Aun no lo creía muerto del todo, pero era una simple creencia, di un hondo

suspiro y ordene su cuerpo desparramado, ya lo comenzaba a extrañar.

De un momento a otro comenzaron a retornar los perseguidores y entre ellos y por su posición de adelantado estaba Gordito que, como un fanático, salió en persecución de nuestros atacantes. Permanecía a mi lado, de pie y sin decir nada comenzó a sacar los artículos personales de Ismael, sus documentos, algunas pequeñas fotos familiares y postales, un llavero y algunas cosas más. En un momento imaginé a Gordito como una especie de ave de carroña pero luego me explicó que los tomaba para que no se perdieran y así dárselos a algún familiar en Chile. Tomó todas las cosas y las metió en una bolsa plástica, luego me las pasó para guardarlas:

–Murió otro a mi lado –me dijo secamente–, estas cosas pasan.

–Así parece, en todo caso no pretendo acostumbrarme a todo esto –le contesté guardando la bolsa en mi mochila y escuchando los quejidos de trece heridos al mismo tiempo, todos tendidos en línea, debatiéndose cada uno con su dolor.

Al tiempo llegaba la otra columna donde venían los otros cuatro rodriguistas, dos de ellos no paraban de discutir sobre quien cargaba una mochila, al parecer se habían venido discutiendo por mas de cuarenta kilómetros de caminata y aquello no pararía ahí. Al momento que nos divisan corren los cuatro a ver la situación. Esta muerto, le dijimos. Se quedaron en silencio y David, bajando de su posición, le acarició la cabeza. Luego se fueron a sus posiciones. Suspiré y con Gordito improvisamos una especie de camilla con las hamacas, envolvimos el cuerpo y lo dejamos ahí mientras los demás hacían lo mismo con los heridos y el otro muerto.

Aquel atardecer partimos caminando hacia el encuentro con el batallón de mando, fueron treinta kilómetros en los cuales los nicaragüenses se negaban a llevar al muerto y algunos heridos, con Gordito cargábamos a Ismael tomando la hamaca por ambos lazos, no teníamos problema en ella, también llevaba su fusil, el peso era enorme.

En un momento determinado y ya con un cansancio inaudito nos fuimos topando con toda clase de artefactos bélicos que iban botando los nicaragüenses a causa de su peso, fusiles, granadas, mochilas completas pero en un momento dado nos llamó la atención, ya que casi íbamos al final de la columna, un bulto demasiado grande, nos acercamos y pudimos notar el cuerpo del nicaragüense muerto en el reciente ataque, sus compatriotas hacían omisión del bulto tendido a pleno anochecer, nos quedamos junto a él y decidimos cargarlo nosotros. Yo me lancé el cuerpo de Ismael de un solo esfuerzo a la espalda y Gordito cargó, en la misma forma, al nicaragüense. Éramos una larga columna de muertos y heridos desplazándose por los senderos dejados por las reses que seguían con su rutina. Nos convertíamos lentamente en vacas.

Al anochecer llegamos al encuentro, el jefe de la zona nos hizo formarnos para así dar el parte e informe de lo sucedido. Escuchó atentamente al oficial de nuestra columna. Al finalizar aquel ritual me acerqué al encargado del batallón, este tipo de no más treinta años se rodeaba de dos chavalos de quince años que le resolvían de todo, de la comida hasta el descanso; eran sus pequeños esclavos. Mientras le relataba la situación, para que con sus mecanismos avisara a nuestro encargado de la muerte de Ismael, me puse a pensar dónde estaban los míticos comandantes de dicha revolución, aquellos hombres que de una u otra forma se habían tejido incontables hazañas y sacrificios, donde estaban todos ellos, desde dónde dirigían sino desde el nuevo Estado, simplemente se habían convertido en generales como cualquiera.

A la mañana siguiente aparecieron por el cielo un par de grandes helicópteros para transportar a los muertos y heridos. Aterrizaron en medio de una gran polvareda y luego se marcharon de igual forma. Me quedé viendo cómo se esfumaban en el horizonte y junto a ello la imagen de Ismael se iba desdibujando con su retirada.

La muerte tiene significado mientras uno esta vivo, no hay otra cosa en que pensemos mas, pero al final son significaciones que ni rozan la verdad de la muerte, cuando se esta al borde de descubrirla,

de un solo impacto ya no somos mas y nos quedamos con aquella duda universal. Entonces no queda mas para los vivos que asignarle el nombre y el sentido a una determinada muerte que no sea la propia, quizás para ello esta la historia, un simple receptáculo donde metemos a todos los muertos. Las cosas han sido así por mucho tiempo y no creo que con la muerte de Ismael vaya a cambiar salvo en algunos que quedamos con el vacío, que apenas nos da para llenar con memoria y pena.

XXVI

Todos los días eran similares. Desde la última emboscada donde encontró la muerte a Ismael nos habíamos dedicado a pasar los días con vida. Aquello no era una opción sino que, por no encontrar a la Contra en ningún sitio, simplemente caminábamos día tras día decenas de kilómetros. Con Gordito no nos separábamos, si él iba hacia adelante yo lo seguía sin vacilar, aun conservábamos algo de los fundamentos que nos habían llevado hasta Nicaragua, en algún sentido acotado, seguíamos haciendo lo correcto para nosotros, no nos dejábamos atrapar por la desidia. Gordito poco a poco tomaba confianza y me hablaba de sus cosas, de donde venía y las razones para estar acá en Nicaragua.

Venía al igual que muchos desde Cuba, había salido de Chile a mediados de septiembre, luego del intento de matar al tiranuelo y sus sanguijuelas uniformadas. Me ponía al tanto de lo que sucedía. Comenzó a relatármelo con más calma y decisión un día, mientras descansábamos de las caminatas.

—Se salvó no sé por qué, cuestiones del destino, a veces hay algo que funciona por sobre nosotros, Pero creo que se hizo de todo por tratar de eliminarlo.

Yo me dedicaba a recopilar detalles, antecedentes pequeños que hacen el todo, pensar que si hubiera muerto el tiranuelo no se habría acabado el diseño del horror que buscaba implantar la fundación de una nueva forma de exprimir a los hombres, pero se hubiera subsanado el orgullo herido de miles que veían en el

militarcillo sedicioso y caudillo el mas salvaje signo de un tiempo, a fin de cuentas, en avatares de política, las cosas van mutando de manera constante pero los hombres que propiciaron un diseño de sangre no se irían sonrientes con la satisfacción de haber hecho lo suyo. El tiranuelo sólo era la cara primaria, el blasón flamante, aun nos quedaban muchos de ellos, mas tarde les pasaríamos la cuenta y el escándalo se iría sobre nosotros, los que aun quedábamos luego de los muros en el suelo y las utopías en las costillas.

En resumen me relató con sumo cuidado sobre los participantes, para mi sorpresa conocía a muchos de ellos, me habló de Ernesto, aquel que ya había mencionado era el responsable de todo, también de Joaquín y su hermano que en más de alguna oportunidad había visto por ahí, de Ramiro, Tamara y muchos otros. Gordito había tirado sus tiros en la caza del tiranuelo, un par de cohetes que hicieron volar un par de autos, las elites por los barrancos del Cajón del Maipo, el ejército era una farsa en combate de igual a igual, se mearon y cagaron de un solo impacto, era una mentira armada y sin embargo tenían la posibilidad de dominar a todo un país, una caricatura de verdad.

Gordito se había salvado, también, de caer en las manos de los carniceros luego del intento de muerte al tiranuelo, habían cazado a algunos rodriguistas, al hermano de Joaquín, a Enzo, a Joaquín mas tarde, ahora estaban en la cárcel como muchos otros.

Por otro lado me relataba los inconvenientes de una política ejercida a medias, a raíz del fallido acto las cosas se ponían peores para nosotros, los comunistas querían hacer abandono de la política radical, el panorama se confundía estrepitosamente, nosotros seguíamos en lo mismo, una salida negociada era lo mas cuerdo para los espíritus pragmáticos, las diferencias de existencias y opciones se hacían evidentes, nos querían convertir en un artefacto de museo, el experimento no había dado los resultados deseados, las armas y la violencia eran ya un escollo para una política de alianzas de orden estratégico.

Por mi parte recordaba la primera conversación que había tenido con Rodrigo hace ya algunos años sobre el Gólem y

conservaba la confianza en que nos rebelaríamos contra nuestros padres, nos haríamos independientes mas allá de todo juicio de las condiciones que nos posibilitaran seguir siendo. Gordito me daba su parecer, no abandonaría al Frente por nada. Pero era demasiado temprano para aventurar cosas de aquella envergadura, seguíamos viviendo del día a día, y la verdad no éramos políticos sino que habíamos definido, poco a poco, nuestra vida y nuestras visiones a partir de lo que nos aseguraba una existencia completa, absoluta y conforme a la potencia de una época llena de extremos y de alguna manera, poco clara y precisa; habíamos optado desde ya a hundirnos con nuestro tiempo, muertos o vivos, derrotados o victoriosos, la moneda lanzada hace ya varios años seguía rotando en el aire, pero la cara con la cual caería ya estaba definida hace mucho y al caer con la cara en contra nuestro seguiríamos en lo mismo, lo demás era solo cuestión de esperar. La paciencia es como la nostalgia, tarde o temprano la sentiríamos demoliendo los supuestos de una historia. Faltaba muy poco para que aquel lado del cigarro terminara de consumirse y con ello el término de una vida llena de monumentos barrocos, solo así uno comienza la reflexión, tumbado en el suelo, sin fuerza física ni corporal, nostálgico por un pasado que no volverá ya jamás comenzamos a notar nuestro sitio en el universo y nos redefinimos a partir de aquello.

Pero Nicaragua para mí y otros como Gordito, seguía su camino, no teníamos tiempo de pensar en los vericuetos patrios que se desmadejaban lentamente, seguíamos, a modo de encubrimiento, sumidos en nuestra dinámica de sobrevivencia y dudoso aprendizaje.

Fue así como en un descanso, mientras la tropa se debatía en el cansancio y agobio de las caminatas monótonas y continuas, comenzamos a escuchar explosiones y estruendos, y rápidamente nos dan el aviso, penoso para nosotros los soldados, de acudir a dar apoyo a una columna en combate. Así fue como en un rápido movimiento nos vimos nuevamente demoliendo lo poco de botas que nos quedaban en los pies, a la caza de los Contras.

Demoramos toda aquella tarde para arribar a una pequeña lomita desde la cual se podían ver los combates esporádicos. Desde

aquella distancia las cosas parecían tan agradables como un pequeño cinema en vivo, pero hay que estar lo suficientemente alejado de las cosas como para que el delirio no nos haga parte de él. Si uno llega a penetrar el corazón de la guerra, ya está completamente perdido para el resto de la vida, aquellas imágenes no nos abandonaran jamás. Yo procuraba, como una medida sanatoria, mantener una cierta distancia imaginaria de lo que ocurría, en algún momento de nuestras vidas hay que optar por aquello, es decir, por una especie de separación radical de nuestra vista con nuestro cerebro porque a decir verdad ahí abajo las cosas se veían de lo peor para ambos bandos. Me mantenía al lado de Gordito que al parecer sentía grandes deseos de estar ahí donde el combate era feroz y sanguinario a modo de una guerra entre bárbaros. Entonces, como sucedían así las cosas y con esa potencia infernal, los Contras decidieron abandonar sus posiciones y comenzar la huida como era de prever.

Nuestro encargado recibió la orden de organizar una emboscada por la única salida que debían tener los Contras, para ello nos encaminamos hacia el lugar deseado demorándonos todo un día en llegar.

Una vez emboscados y a la espera de nuestros objetivos humanos, Gordito me hace mención del ya pasado y supuesto paro nacional en Chile, todas las esperanzas puestas en un par de fechas, en un par de días en el calendario nacional; aquel 2 y 3 de julio no habían llenado las expectativas de los administradores. Según los vaticinios aquellos días se debería haber instaurado la cara concreta del año decisivo pero no pasaron de ser los días mas álgidos y profundos en todo el circuito de protestas que ya parecían, hasta ese momento, nada mas que violentas intervenciones artísticas y claro, uno desde la distancia tiende a hiperbolizar las cosas, es una tendencia clásica para los que ven desde afuera, pero no podía dejar de pensar en esos dos jóvenes calcinados por los carniceros mandados por un oficialillo. Sentir como uno va ardiendo mientras no pierde la conciencia, ver cada poro de la piel convertido en un mínimo fósforo.

Cada cual hace lo suyo en la vida pero no podemos decir que no tuvimos alternativa. Me refiero a aquellos conscriptos que obedecieron sin hacer ni siquiera un reclamo; si uno no desea participar en una guerra, deserta, si no se quiere seguir peleando uno se rinde, se entrega, tregua es la palabra mágica y si no es así se deberán soportar las consecuencias, siempre hay una alternativa, eso es así, siempre se puede decir que no.

Todo aquel pensamiento acabó abajo de nuestra elevación cuando apareció una columna recta y muy bien alineada de hombres vestidos en camuflaje, que era el uniforme característico de la Contra ya que se los enviaban desde el mismo país del norte. Así que el jefe de nuestra compañía dio la orden de abrir fuego en contra de ellos. Yo me quedé junto a Gordito bajo unos pastizales de alrededor de un metro de alto y allí mismo no se veía absolutamente nada, empero, disparábamos a cualquier cosa bajo la elevación, y junto a nosotros estaba el radio operador que en su espalda portaba una antena de mas de un metro. Yo podía ver como cada uno buscaba un buen sitio para guarecerse de aquel enjambre. En un momento dado la antena del radio saltó a más de diez metros de distancia, rebanada de un certero disparo y luego de aquello con Gordito salimos despavoridos por la elevación, nos habíamos quedado sin comunicación. Los camuflados nos hacían señas desesperadas, yo imaginé que se rendían ante nuestro poderío pero en ese momento veo al jefe del batallón levantarse desde su posición ordenándonos detener el fuego, no era normal mantener un combate tan prolongado con el enemigo. Dejamos de disparar y para sorpresa nuestra uno de los camuflados se pone a lanzar injurias hacia nosotros. Que tipo tan valiente, dije yo sin mas contratiempos. Pero había resultado ser otro batallón Sandinista que en una de sus escaramuzas logro interceptar un cargamento de uniformes para la Contra y sin dudarlo se los habían calzada todos. Nos estábamos matando entre nosotros, así como en un pequeño juego, nos habíamos disparado por más de veinte minutos.

El resultado fueron dos heridos de minima gravedad. Algunos se reían por el hecho, yo simplemente me tomé la cabeza y me dediqué a no entender nada.

Permanecíamos en aquello cuando nos comenzaron a bombardear, desde la altura enfrente de nosotros, morteros por todos los sitios, una explosión tras otra, otra desbandada sandinista. Los camuflados aun permanecían en el valle y nosotros en la altura y desde la otra altura nos bombardeaban a destajo. El radiooperador lloriqueaba incesantemente tratando de reparar la antena ya que los que nos estaban bombardeando era el otro batallón que nos había ordenado emboscarnos y que hasta ese momento andaban tras la Contra. Al parecer el jefe nuestro tomó la determinación de jugar la última carta del soldado, rápidamente confeccionó en medio del bombardeo una bandera de rendición con su camiseta y nos ordenó levantarnos para que nos hiciéramos los prisioneros, aquello era la única forma de parar con el juego absurdo.

De un momento a otro nos vimos todos con los brazos en alto y con los fusiles en el suelo. Los camuflados del valle tomaron la misma decisión, era lo más acertado de toda esta guerra de tres meses que llevaba en mi cuerpo.

Una vez acabado el bombardeo y cuando nuestros atacantes se acercaban sigilosamente hacia nosotros apuntando todo su arsenal, satisfechos en cierta medida por la supuesta victoria y la cantidad de prisioneros que éramos, los otros cuatro rodriguistas que permanecían en aquel batallón nos reconocieron a mí y a Gordito. Comenzaron a gritar que éramos de ellos y no Contras, yo suspiré de tranquilidad, Gordito y muchos otros comenzaron a bajar los brazos y el jefe de nuestro batallón se tiró al piso preguntándose cosas que yo venía preguntándome hace mucho. ¡Por qué, por qué! —se decía a si mismo con ambas manos sobre su cabellera mocha y tiesa de antiguo guerrillero. La verdad nadie entendía nada, éramos una paradoja del universo entero.

A esas alturas yo sólo quería una tregua, aquella guerra sicótica me estaba aniquilando sin disparos en mi cuerpo. Hay varias formas de morir, una de ellas es cuando uno no puede mas nada. Mi ulcera

renacía como el ave Fénix, desesperanzadamente me atormentaba para hacerme creer que era lo mas trágico que podía sucederme, pero a esas alturas mi ulcera era nada mas que una atroz inutilidad. Tarde o temprano acabaría bajo tierra por un disparo de algún camarada distraído. Mi veta internacionalista se consumía rápidamente.

A los días de aquellos incidentes fastuosos y oníricos comencé a experimentar unos extraños accesos de fiebre, en un momento pensé que mi locura ya no tenía remedio y que los síntomas de una esquizofrenia tardía y emergente eran evidentes. Así fue que me hice ver por el médico del batallón y su sentencia fue definitiva. Había contraído malaria, la maldita fiebre de los montes infecciosos. Aquel médico venía desde no sé que lugar de Colombia, graduado en las mas altas nominaciones académicas, venía escapando de su propia guerra. A causa de sus extrañas convicciones sobre el futuro se había internalizado en toda clase de conflictos emergentes en la región, atendiendo a su modo a los heridos que emanaban de los conflictos. En su larga trayectoria se desempeñó como director de un pequeño hospitalito en las afueras cenagosas de Cali y ahí mismo comenzó a tomar lo que llaman conciencia al ver y experimentar toda clase de miserias humanas.

En cierta medida los curas y los médicos llegan a la guerra casi por el mismo camino, por una especie de acceso de esperanza y bondad que supuestamente llevan en el alma. Por ello mismo es difícil ver a un cura desempeñando el rol de un soldado o a un médico el papel de un combatiente, ya que al parecer sus habilidades son más necesarias en otro ámbito. Unos saneando el espíritu de toda clase de inmundicias metafísicas y el otro, ayudando, en el área corporal. Médicos y curas no pueden sino seguir siendo lo que fueron en otras vidas, no así si fuera un taxista o un panadero, ellos seguro serán soldados de una causa como cualquier otra. Dios y la medicina estarán presentes en toda guerra representando la sanidad del cuerpo y el espíritu. Tarde o temprano debemos acudir a algunos de ellos.

Este médico, profesional a todas luces y gran coloquiador experimentado a fuerza de extraer de la mismísima guerra todas sus heridas, notó mi acento extranjero y comenzó, impulsado por no sé que razones, a confidenciarme sus pesares bélicos y complicidades para que la vida de algunos soldados sandinistas prosiguiera en otro orden.

—Amigo, tú no sabes lo que yo debo mentir para que los soldados de alguna manera vuelvan a la zona de recepción. He visto como se meten en las aguas contaminadas para que sus piernas se inflamen a causa de tanta infección.

Pero ya los tienen bajo vigilancia, de alguna manera descubrieron los sitios ponzoñosos donde van a descansar sus piernas y luego acuden a mí pidiendo una especie de licencia.

Me lo confesaba mientras buscaba en un pequeño maletín los medicamentos para mi mal. En tanto yo proseguía mirando a mí alrededor y confiado, en cierta forma, en las habilidades de dicho sujeto. No era que yo estuviera a la búsqueda de algún motivo para salir escapando de Nicaragua a causa de ver tanta descoordinación y desidia, pero mantuve una mínima atención a las palabras del médico colombiano, así como mirando a otro sitio y no paré de recopilar los detalles de su confesión. El sol calaba centralmente sobre nuestras cabezas y mi mal aumentaba con dicho clima, me sentía de lo peor y al cabo de la terminación del diálogo lancé un fuerte vómito al aire. Luego me recosté al lado de mi fusil esperando que se me pasara de alguna manera la estúpida malaria tropical. Si me hubieran visto desde los helicópteros hubiese creído que estaba muerto. La altura provoca una separación, un alejamiento que facilita el acceso a la inutilidad del diario vivir.

Tal vez los profetas escapan hacia las alturas de las montañas producto de aquel conocimiento ya que las tierras bajas han perdido toda sustancialidad para ellos. En cierto sentido nosotros hacíamos un camino similar. ¿Por qué las guerrillas siempre se realizan en las alturas? Mas allá de las condiciones topológicas existe una carga que en ciertos hombres no se puede, a la vez, ni llevar ni lanzar lejos, una reducida porción de tragedia histórica y contingente. Se debe, de

alguna forma, convivir con ese peso y no hay mejor lugar para los mortales que las alturas para hacer un poco más liviano aquel exhaustivo existir sin más remedio que soportarlo hasta el fin de los días. Para ello no encontramos otra forma plausible que la fe ya que la voluntad cada día es más espesa; a carencia de voluntad introducimos la esperanza, nuestra única salida a un camino sin más señales que un escabroso sinsentido.

Mis brazos continuaban extendidos sobre los pastos secos de Nicaragua y todo ese pensamiento no había sino sido creado y formulado por mis accesos de fiebre maláricos tropicales. Poco a poco me convertía en un delirante, quería ser un profeta de harapientos y derrotados.

De un momento a otro llegó Gordito a mi lado dándome una mano para levantarme. Me miró y supo de mi mal, conocía los síntomas, había pasado por ello en otras ocasiones. Nos fuimos caminando bajo el sol de la mañana hacia la sombra que ofrecía un frondoso árbol agujereado desde su tronco hasta sus mas altas extensiones, en tanto me fui acordando de los ecos de aquel médico sobre las múltiples tretas que hacían los soldados sandinistas para escapar a la guerra. Yo había visto a un par de ellos con sus piernas hinchadas hasta el infinito y sus venas poseídas como por una presión volcánica. Los oficiales tomaban cuenta del asunto y poco a poco el lugar de las aguas ponzoñosas e infectas se fue convirtiendo en una especie de fuente de la juventud. Aquellos que conocían el lugar exacto de la fuente de infecciones se convertían en mafiosos cobrando una buena parte de los alimentos y botas para que los interesados en abandonar por un tiempo la guerra llegaran a la fuente.

Aquella tarde, mientras nos encontrábamos limpiando nuestros fusiles con Gordito, un grupo de soldados sale corriendo y gritando a todo el mundo que se cubriera. Como era de suponer con Gordito nos lanzamos al suelo cubriendo nuestras cabezas. A no más de diez segundos del aviso sentimos un fuerte estruendo y luego la explosión levantó varios kilos de tierra a no más de diez metros de nuestra posición. Una batahola tras otra, los oficiales y soldados

corrían en busca de sus fusiles, Gordito apuntaba hacia la loma mas próxima que se alzaba enfrente de nosotros. Todos esperábamos más disparos, sin embargo no pasó de ser una explosión solitaria. Luego nos pudimos enterar, por medio de una oficial que imprecaba fuertemente a un soldado, que la explosión fue provocada por un tipo joven que utilizaba una especie de granada de cohete para clavar las pequeñas estacas de su hamaca. Gordito se dedicó a mover su cabeza como diciéndome lo inseguro que se estaba volviendo todo. No por la Contra, que ya parecía un fantasma, sino por las propias impericias de los soldados y sus oficiales que más que administrar una guerra estaban administrando una escuela primaria llena de locuras. La guerra también era un juego de verdad donde se te iba la vida jugando tal como se le había ido recientemente a Ismael.

Comenzamos a conversar que ya nuestro aprendizaje estaba completo en las artes de la guerra, lo demás, si es que nos involucrábamos en otra era sólo cosa de iniciativa propia. En rigor, supuestamente nos preparábamos para nuestro propio enfrentamiento, pero hasta el momento, en Chile, no había luces de marcharse a la montaña. Tuvieron que pasar a lo menos dos años más para que un leve intento surtiera efecto en los sueños emancipadores de los rodriguistas. Lo otro era referirse simplemente a los hechos pasados como los vividos por el Viejo Pedro, tomándolos como enseñanzas.

Luego del incidente los días prosiguieron con su habitual rutina, caminatas y descansos, avisos radiales sobre las hipotéticas posiciones de la Contra. Llegábamos y no habían más que rastros de comida. Los helicópteros subían y bajaban diariamente. Todo era igual al día anterior.

Una de aquellas jornadas, luego de haber recogido las provisiones del helicóptero, junto a mí escucho a tres combatientes hablar sobre lo aburrido e inútil que se estaba convirtiendo todo, y que querían a toda costa volver a Managua. Uno de ellos ofrecía a los otros dos una manera de salir de ahí mediante la conocida treta de infectarse las piernas. Para ello pedía a cambio de revelar el sitio de la fuente, un par de botas nuevas. Los tres combatientes

implicados en tan extraña transacción no pasaban de los veinte años. Acordaron el precio y luego uno de ellos sacó de su mochila un reluciente par de botas Ranger sacadas de los pies de un Contra reventado a balazos hace no más de una semana. Aun se notaban rastros de sangre sobre las costuras y ojales de las botas.

Una vez finalizado el trato y como no había mucho que hacer en el campamento de descanso, los tres se enfilaron hacia las lomas cercanas, cuidando no ser vistos por el jefe del batallón. En aquel momento la curiosidad me atrapó y salí tras los tres combatientes evitando ser visto por ellos. Nos encaminamos por cerca de diez minutos cruzando alrededor de tres grandes y empinadas lomas. Yo iba tras ellos en completo silencio, no pretendía ser descubierto en mis afanes curiosos. De pronto se detuvieron frente a una pequeña poza en cuya superficie se debatían como en un acalorado enfrentamiento una centena de pequeños insectos alados. Me quedé tras unos ramajes a observar todo el ritual de deserción de los combatientes apesadumbrados por la rutina de la guerra. Ahí mismo se sacaron sus botas y arremangaron sus pantalones para meter sus piernas en aquella hediondez putrefacta de la fuente de la deserción. Al momento de meter las piernas en ella los cientos de insectos se abalanzaron sobre ellos, el guía y comerciante salió despavorido hacia los matorrales y los desertores quedaron al capricho de aquella plaga incontenible de especies de moscas. Como mi cercanía estaba a no más de dos metros, parte de la plaga se poso sobre mí, y para mi sorpresa no picaban ni mordían, simplemente se dejaban estar sobre la piel desnuda de mis brazos. Congraciado con tan bello espectáculo de la naturaleza y sopesando la paz fecunda de la tierra me comencé a hacer el gracioso con dichos insectos, es decir, jugueteaba con ellos en el estremecedor espectáculo de la creación. Me sentía un verdadero Adán de cuyas costillas, aquellas moscas harían la mejor dotada de las especies humanas, me harían, así como un regalo divino, una hembra para mi soledad terrenal. A fin de cuentas, me decía embobado en esa dinámica sublimada de mi fiebre que aun daba sus efectos, y no me haría nada de mal una mujer para mis expectativas jamás colmadas. Nuevamente comenzaba a delirar.

En fin, las pacíficas moscas se posaron en innumerables ocasiones, las creí mariposas, las imaginé pequeñas luciérnagas brotadas de un profundo relato bucólico. La guerra se esfumaba en mi delirio de belleza.

Como la fiebre me subía comencé a desnudarme y dejar que todo aquel enjambre se posara en mi suave y divino cuerpo de ángel guerrillero. De pronto y como despertado del mas largo sueño siento la mano de Gordito empujándome y conminándome a que despertara de mi breve delirio. Así a empujones salimos de aquel edénico sueño. Los soldados habían desaparecido, me había quedado solo por más de diez minutos al capricho de aquellas moscas desconocidas.

—¿Qué hacías, inútil, en medio de todas esas moscas, acaso no sabes que es lo que son?

Gordito me retaba pero aun yo no entendía por que lo hacía con tal vehemencia. Así me vestía a fuerza de empujones, espantando las pocas moscas que quedaban en nuestra trayectoria.

—Torsalo, estúpido, Torsalo, es que acaso no las conoces, ya llevas mas de tres meses acá arriba y aun no sabes nada de nada.

—¿Torsalo? —pregunté inútilmente conservando la imagen deliciosa de mi fiebre.

—Sí —me dice Gordito sacándose su polera y mostrándome una profunda cicatriz en su hombro—, Solo se posan un par de segundos sobre la piel y te dejan una infame larva con aspecto de gusano blanco en cuyo alrededor hay unos anillos duros de pelos negros, todo eso crece dentro de tu piel. En particular no le creí mucho el cuento de la larva.

A las dos semanas siguientes pudimos observar los resultados en los dos soldados sandinistas. La verdad no podían caminar y esperanzados aguardaban la orden de su salida. Pero ello no fue así, ya que un cambio de política les desfavoreció su mínimo plan de desertión. Tal era la situación que los encargados los descubrieron en su treta y fueron obligados a seguir la rutina de la guerra. Por mi parte empezaba a experimentar los efectos de estar, de alguna manera poco habitual, plagado de pequeñas larvas que crecían a mi

expensas. Aquello no lo podía creer ni menos aun soportar. Pensé entonces, ya sanado meridianamente de la malaria, volver a visitar al medico colombiano. Lo vi esa misma tarde. Su aspecto era el mismo de siempre y me recibió con un buen talante y ánimo.

—Compañero —dijo—, para esto solo hay tratamiento en la ciudad, no me pidas a mí que te saque esas larvas, son demasiadas y no cuento con el equipo necesario, tú me entiendes verdad, te haré una orden para tu salida.

Me quedé meditando con todas las larvas en mi interior, viendo como cada una de ellas tomaba una parte de mí, poco a poco se asentaban en mi cuerpo. La guerra ya no me necesitaba y quizás a esas alturas era al revés, pero ya había aprendido lo suficiente, es decir, sabia vivir bajo cualquier condición y aquello era lo importante.

No siempre es justo evaluar los resultados con los objetivos trazados anteriormente, casi siempre vemos y experimentamos una suerte de transmutación de todos los objetivos pero a la vez reutilizamos los resultados emanados de cualquier experiencia, es decir, vamos viendo en el camino, una verdadera economía de los recursos que nos puede brindar una determinada experiencia; no se puede ser tan duro de cabeza, hay cosas que vamos descubriendo y ello puede servir. En fin, la guerra sandinista para mí tenía su finalización concreta, si me iba de alguna forma hacia Managua era claro que ya no volvería y tenía que decidir en aquel momento mientras el colombiano me miraba expectante.

—Dale —le contesté— haz la orden que me voy a Managua a sacarme esta mierda.

No pasaron más de tres días para ver una imagen como esta: Gordito y los otros rodriguistas me abrazaban todos a la vez como en una especie de despedida matinal, a unos diez metros de nosotros un helicóptero hacía zumbir sus aspas.

Los dos soldados del intento de deserción miraban melancólicos mi partida. El colombiano, desde su mínima tienda blanca me levantaba el estetoscopio como una forma de despedida.

—Ojalá nos veamos en Chile, Vasco, podríamos hacer algunas cosas juntos, decía Gordito.

—Seguro Gordi, seguro será así si es que llegamos antes de que nos desmantelen, le contesté con un pie en el estribo volador, riendo aun más fuerte para que se escuchara mi sonora risa.

—Le dejaremos rosas en tu nombre a Ismael, no lo olvides.

—Eso nunca Gordito, derrotado pero memorioso siempre al fin —le grité.

Aquello fue lo último que le alcancé a decir ya que el ruido y la altura me impedían lo contrario. Gordito y los otros rodriguistas, el campamento y los soldados sandinistas se iban haciendo más pequeños con la altura. Dejé mi fusil en el suelo y me acomode en una especie de respaldo volador. Me fui viendo la pequeñez de la tierra, destruyendo, como un mínimo dios de cartón, ciertas áreas donde supuestamente estaba la Contra. Era hora que todo acabara y que los nativos nicaragüenses comenzaran su nuevo sistema, que tal vez terminaría como todos los experimentos. Yo miraba con una especie de ternura toda esa tierra arrasada, pero la ternura dura muy poco y acaba cuando comenzamos a ver el mundo tal y como es todos los días. A lo largo de la vida eso que llaman ternura, es como ciertas páginas de libros donde venían animaciones y dibujitos, sólo eso, animaciones en un gran mar opaco y continuo donde la verdad es cuestión de todos los días.

En una semana, ya en Managua y en un hospitalito militar, me extirparon todas las larvas. Me sanearon definitivamente de malaria y quede tal y como había llegado desde Cuba. Chele, al final del tratamiento, me llevó a otra zona de recepción dándome dos caminos a elegir. Por una parte estaba la posibilidad de volver a la zona de guerra, cuestión no despreciable y la otra eran cuatro cupos para irse a El Salvador y su especie de guerra, pero esta vez del otro lado, es decir con todas las de perder.

Como en esto uno va ejercitando una especie de amor por la miseria y el abandono, decidí, en una forma poco precisa y solvente de convicciones, salir rumbo a El Salvador.

Entonces con una voz clara y llena de optimismo agraciado, le dije a Chele: ¿Para cuándo están los boletos? Y me contestó, entonces nos vamos juntos ya que no tengo nada mas que hacer acá y esa guerra nos esta llamando.

De verdad ninguna guerra nos llamaba pero a razón de seguir viviendo esta historia con sus rasgos trágicos nos conminamos, con una suerte de fanáticos valerosos y sin mayor consistencia, a marchar hacia las guerras. Aun conservábamos ese espíritu aristocrático que nos convertía en tiempos de paz en filósofos de las cosas absurdas y en tiempos de guerra en guerreros observando al mundo desde esta perspectiva. No había mucha diferencia entre ambos estadios transitorios, era cosa de saber vestirse con el traje de la época, simplemente cosas de modas espirituales que determinaban nuestras vidas. Chile aun debía esperar su turno para nuestra presencia aguerrida, sin embargo llegaríamos con la ilusión de hacer un ejército en nuestras montañas. Era una manera de convertirse en profeta.

XXVII

Viajamos durante tres días por aire y tierra hasta llegar a El Salvador con pasaportes adulterados de Nicaragua, es decir, ahora estábamos pasando por "nicas". A mí en particular me venía bien ya que nunca fui muy pálido y mi cabello no es del todo claro, lo que me ayudaba a ser como el promedio del prototipo latinoamericano. Pero Chele era una verdadera taza de leche. Blanco casi hasta la transparencia y aquello no le servía mucho como supuesto ciudadano nicaragüense. El se lo creía a fondo y tal vez eso era lo que importaba.

Íbamos a San Salvador por una carretera que marcaba con largas líneas un camino desde Guatemala, es decir, hicimos todo aquel trayecto a bordo de un bus que se sostenía gracias a la propia estructura que le daban sus pasajeros. Si uno lo mirara vacío no encontraría nada más que los fierros oxidados de su carrocería.

Después de unas buenas horas de marcha a bordo de aquel transporte el olor a entrepierna y putrefacción bucal eran evidentes casi como en los baños de la cárcel de Valparaíso.

Apenas entramos al primer puesto fronterizo nos bajaron a todos, familias completas con gallinas y todo, animales y pájaros enjaulados, nos convertimos en un verdadero zoológico de seres vivos, incluidos nosotros, los seres humanos. Así fue como los soldados salvadoreños con sus fusiles y tenidas de combate nos registraban los bolsos y tomaban cuenta de los documentos, yo ni siquiera abría la boca, simplemente obedecía todo lo que aquellos analfabetos me ordenaban.

Como no es cosa de decir mucho, digo, en todas partes donde dos países estén muy juntos, casi pegados, sus habitantes se miraran con desprecio y con una cierta compasión los unos a los otros. Es seguro que en sus historias pasadas habían tenido algún litigio por vaguedades de trozos de tierra infértil u otros conflictos en donde señeras figuras y fundantes héroes patrios se alzaban con lo que podían en nombre de todos los miserables de la tierra. En suma, figuritas para billetes. Debido a esto, nosotros, los supuestos nicaragüenses, éramos mirados con desprecio, algo así como los tercermundistas en lo mas bajo de la tierra. Aquí en el fondo casi rozando los bordes del infierno también se incubaba el racismo, negros odiando a los negros, indios satanizando a los indios, miserables violándose entre ellos como los mejores europeos de la podredumbre. Denle el poder a un pisoteado por siglos y ahí mismo acabará con todos sus semejantes, simplemente era cosa de oportunidades.

En un momento dado, mientras uno de los soldados abría mi pasaporte comenzó a reír llamando a sus camaradas. Reía como una hiena. Estaba claro que yo sería parte de los escarmientos bélicos de este inmundo oficialillo. Como una orden emanada del mismo Olimpo y con una agilidad deslumbrante llegaron los demás secuaces del oficialillo. A su lado y conformes con la orden dada por este hombrecito se alinearon los integrantes de la tropa.

—Miren lo que tenemos aquí —gritaba casi excitado, digo casi porque la guerra tenía la capacidad de excitación de todos estos soldados por el suelo, ya nada los excitaba como correspondía.

Como era de suponer yo me convertía inmediatamente en el objeto de lo que deberían mirar los demás soldados. Chele a un lado del bus comenzó a desligarse de la situación subiendo con los otros pisoteados pasajeros, era mejor así, al menos que uno llegara al destino trazado era un triunfo, no sé para qué ni para quién pero era algo positivo.

Un "nica" que seguro viene a apoyar a los guerrilleros, decían casi todos, al menos esa era la idea que se les había incubado en sus cabezas. Por un lado era mejor, ya que no estaban dudando de mi

pasaporte, sus dudas quedarían ahí mismo, en un supuesto que se propusieran develar con sus mecanismos. Yo simplemente miraba a mis lados comprobando la aridez de la carretera en cuyos costados se notaban algunos frondosos árboles por cuyas copas pasaba una serie de bandadas de pájaros extraños y gritones. En el horizonte se alcanzaba a notar una loma y tras ella no veía nada.

Todos los pasajeros estaban a bordo del bus y yo era el único que no podía subir. No encontraba la forma de hacer ver a estos inútiles que tenía frente a mí que yo no venía a apoyar a nadie y que nada mas andaba por cuestiones de trabajo, al menos esa era mi coartada para el momento, pero había un gran pasadizo que debía de sortear, mi acento, mi habla, mi lenguaje no nicaragüense y si osaba abrir la boca todo se vendría abajo en un segundo. Mi tiempo pasado en Nicaragua fue demasiado exangüe como para haber asimilado las formas más primitivas de sus modismos y giros. Realmente estaba perdido y lo sabía de sobra. Los soldados continuaban conminándome para que les contestara a que venía y cual era la causa de mi viaje a estas tierras. En un momento comenzaron los empujones y algunos mas osados me daban pequeñas palmadas en la cabeza.

—¡Vamos rufián, contesta de una buena vez a que vienes! si no paraba eso ahí mismo en unos minutos mas me convertiría en un cadáver adornando la carretera. Comencé a balbucear palabras inentendibles, gestos de un típico asustado. Me ponía las manos sobre la cabeza y les demostraba un terror que de verdad estaba sintiendo. Al cabo de unos segundos, mis segundos en los cuales sentía que me iba muriendo un poco más, me hacen bajarme los pantalones y despojarme de todas mis ropas. Quedé desnudo junto a una de las grandes llantas del bus. Yo seguía balbuceando mis palabras tratando de darles a entender que era un mudo, inútilmente queriendo despertar alguna compasión en ellos, la verdad era mi única posibilidad de salvarme de las garras de esos carniceros de la patria.

Me pusieron con la manos sobre el autobús y con la piernas abiertas, uno de ellos, el soldado con mas cara de indígena me abrió

el culo con sus dos callosas manos, me mantuvo así por unos minutos en los cuales me estuvieron examinando para ver si tenía algo guardado en él, mientras otros revisaban mis ropas. A esas alturas yo comencé mi segunda fase, el gimoteo hasta llegar al llanto del humillado. Uno de ellos, le dijo al oficialillo: Parece que este es mudo y no trae nada para detenerlo, es un cobarde, un vulgar cobarde. Mi estrategia surtía efecto, en uno de ellos al menos. De ahí para adelante era cosa de incrementar mis gimoteos para que me dejaran seguir con los demás. Fue así como estallé en un llanto descontrolado, en tanto seguían por parte de ellos las palmadas y los puntapiés. Todo este deprimente espectáculo que ofrecía como un verdadero actor era observado con la más infame indiferencia por todos los pasajeros que permanecían en sus asientos adosando sus narices a los cristales del bus para notar con mayor precisión mi futuro fusilamiento.

Después de un rato en el cual me lancé al suelo lloriqueando, de reojo alcancé a ver como todo ese conjunto de botas militares se comenzaron a alejar del bus, mire más arriba y realmente se estaban marchando entre risotadas y una que otra mirada que daban cuando avanzaban hacia su puesto empotrado en los bordes de la carretera hacia San Salvador. No lo dudé y tome mis ropas repartidas por el suelo y subí al bus. Todos esos pasajeros me miraban con espanto y estupor mientras avanzaba por el pasillo tapándome con lo que podía. Nadie dijo nada, simplemente me miraban con grandes ojos.

Tal vez por aquella actuación me había despojado del poco respeto que hipotéticamente poseía, en rigor estaba feliz ya que aun respiraba, jadeante, es cierto, pero completamente vivo. Ahí, luego de todo mi espectáculo logré darme cuenta de lo que podía llegar a hacer por mi vida, solo por la mía, a que grado de humillación ante los demás, hasta que niveles infrahumanos podrían llegar mis pies a sabiendas que no habría otro escalón mas abajo que pisar y que debajo de todo, de toda aquella escalera que uno va bajando a través de la vida, no habrían nada mas que gusanos hambrientos, tan hambrientos como todos estos pasajeros del bus. La diferencia de los gusanos con los pasajeros, era a simple vista, evidente, los gusanos

poseían la fe de que tarde o temprano todos terminaríamos entre sus aparatos digestivos, pero los pasajeros luchaban día a día por subir un escalón mas con el inútil desconocimiento de que en realidad ellos no subían nada sino que era la escalera completa, con sus escalones y pasamanos, la que caía estrepitosamente a cada segundo hacia lo mas bajo, ahí mismo donde aguardaban los gusanos con sus inexistentes mandíbulas abiertas, escrupulosamente esperando como dios entre sus nubes. La vida al final parece una cuestión de significados. Aquella tarde yo había sorteado, a perdida de mi dignidad, unos cuantos escalones hacia cualquier sitio.

Ya estaba vestido nuevamente amarrando el cordón de mi zapato izquierdo, mientras algunos curiosos de asientos cercanos aún me miraban de reojo, cuando Chele se sienta a mi lado con su habitual tranquilidad y sus grandes ojos de holocausto prematuro.

–Mmm –me dice.

–Mmm qué –le contesto expectante y algo aun contrariado y confuso por no decir temeroso.

–¿De la que te salvaste, no? –repuso con palabras suaves y alentadoras.

Yo no sabía cómo tomar aquello, no pensaba salir con alguna demencia de respuesta o con algún comentario que fuera a herir sus alientos; preferí guardar silencio, mi relación con Chele era a media, ya que aún no llegaba a conocerme ni yo a él, lo mío eran simples destellos. Pero creo que a partir de mi actuación comenzó a saber más de mí. Seguro que para él mi teatralización era algo morbosa en un sentido mínimo y por lo grueso indigna, no sé, tal vez yo era un verdadero especulador.

Después de una veintena de kilómetros más apareció, en el horizonte de la carretera, otro puesto con más soldados. Chele me miró otra vez con esos ojos diciéndome: Esta vez quizá te acompañe en el show. Luego sacó de su bolsillo un papelito donde estaba anotado el contacto nuestro en San Salvador con los guerrilleros. Lo dobló aún más y espero hasta que el bus se detuviera por completo ante las señas de los soldados. Nuevamente nos repetíamos el plato principal. Nos bajaron a todos pidiendo nuestros documentos y

abriendo los bolsos en busca de armas. Esta vez, al parecer estos soldados estaban al tanto, mediante algunas comunicaciones radiales, de que en este bus viajaba un mudo nicaragüense. Así fue como estábamos todos los pasajeros en línea mientras los soldados comenzaron a gritar donde se encontraba el mudo. De un movimiento todos los pasajeros me dirigieron la vista, clavándome todos los ojos posibles, no había otra posibilidad de que en ese momento tuviera que dar un paso adelante como el voluntario para el fusilamiento. En ese mismo instante veo al Chele que se embute todo ese papelito en su boca y empieza a mastcarlo ingenuamente. Nuevamente, pensé yo, tendría que actuar ante la vista de todos, mi pequeño acto de sobrevivencia. Pero no había problema, de verdad ninguno. Me separé de todos los pasajeros del bus y levanté mi brazo para darme a conocer ante los soldados. Para mi sorpresa se acercó uno de ellos haciéndome a un lado de todos los demás y en aquel mismo instante hicieron desnudar a todos los pasajeros, niños, niñas, viejos y viejas, unas cuantas lolitas salvadoreñas de unos quince años que comenzaron a llorar cuando saltaban sus tetitas al aire y sus nalgas endurecidas, y todo el mundo cayó a manos de estos desnudistas con fusiles, menos yo que había tenido lo mío con creces en el puesto anterior. Nuevamente la justicia salía a relucir entre estos árboles áridos y la carretera agujereada y en mal estado. Me dispuse con tranquilidad a observar todo aquello que se mostraba ante mis ojos, tierna y serenamente me fui adormilando y como escuchando melodías imaginarias que iban surgiendo de mi cabeza en un suave letargo. Observaba todo lentamente. Los movimientos de todos los pasajeros eran como los planificados pasos de una coreografía de la humillación. Lo mejor es observar este tipo de espectáculos a solas y no en conjunto tal como lo habían hecho los pasajeros conmigo, de esta forma se pueden observar a las gentes al desnudo, tal como eran, frágiles y con los mismos deseos de sobrevivencia al igual que todos esos pájaros gritones a la vera de la carretera. En aquel momento yo era un pájaro más. Un simple carroñero alado divirtiéndose con la vergüenza ajena.

Al cabo de diez minutos habíamos subido al autobús en medio de los gimoteos de los pasajeros. Chele continuaba masticando el papelito, nos sentamos, yo con un suave placer, y él aun vistiéndose se sacó el papelito completamente blanco y desteñado.

—Ya no se puede entender nada de lo que dice el papel

—murmuró escupiéndolo al lado del asiento.

—¿Pero recuerdas los lugares, no? —le consulté intrigado ya que ahí, en aquel papel, salían nuestras instrucciones para que no hiciéramos del viaje una estupidez sin sentido. —Lo recuerdo todo — me respondía con seguridad mirando como su saliva se escurría del papel abandonado a un costado del piso sucio y seboso del bus.

No hicimos comentario alguno sobre la situación reciente, todo quedaba como en el aire. Los deseos de vivir eternamente adquieren formas extrañas en cada uno de nosotros y todo dependerá de una cuota de desvergüenza. Aquello permanecía latente como una imagen sin revelar.

Media hora más tarde caminábamos por las apretadas calles de San Salvador. Íbamos con paso decidido hacia el único hotel que nos podía cobijar en nuestro tiempo de espera, al menos el único hotel que poseía un cierto aire para no pasar por sospechosos. Después de un rato entramos al hotel Ritz Continental. Lo más lujoso que se podía tener en este pobre pedazo de tierra belicosa devenida república soberana. Pasamos alrededor de tres días, sin hacer nada por cierto, esperando a que se apareciera el mencionado tipo que salía anotado en el ex papelito de Chele. Un tal Lucas que nos llevaría donde estaban los guerrilleros, en los montes romos y desgastados de tanto bombardeo.

La tarde de aquel tercer día apareció entre la población el tal Lucas, lo esperábamos en un café del centro de la ciudad. Un hombre bajo, de unos sesenta kilos, moreno y con el pelo encimado sobre su frente. Hablamos unos minutos con él y el Chele le dio la opinión que ya no dábamos para más en aquel hotel, es decir, ya no teníamos motivos para seguir en él por razones de seguridad. Lucas tomó la decisión, osada para nosotros, de llevarnos directamente a su casa en un barrio de San Salvador. Toda una proeza.

La situación de los otros no era muy distinta a la nuestra. Carlos, uno de cuatro que partimos desde Nicaragua, había llegado a Chalaltenango, el otro a Santa Ana al occidente del país. No los vimos más. A Carlos lo volví a ver en Chile años después. Se creía un verdadero soldado de carrera y no era sino que uno más entre todos nosotros.

Así fue que nos pasábamos días enteros encerrados en una de las habitaciones de la pequeña casa de Lucas mientras él hacía sus labores cotidianas en la ciudad. Habitaba con su mujer y sus tres pequeños hijos infectados por no sé que especie de sarna centroamericana. Todo el día rascándose como unos pequeños mandriles. Yo me mantenía lo más lejos posible de ellos, los hacía a un lado cuando la vista de su madre no estaba pegada a mi sombra. No quería terminar con más infecciones de las que me había pegado en Nicaragua.

El Salvador es un escupo de tierra. Nada más pequeño que este país. Todo se puede ver si uno alza un poco la cabeza hacia arriba. En la casa, por las tardes veíamos la televisión, sentados y ansiosos tragábamos las noticias de los combates en las montañas. Una cuota de angustia, también. Al anochecer subíamos al techo de la casa y nos quedábamos largas horas mirando hacia el macizo montañoso llamado Guazapa, a unos 28 kilómetros de la capital. Se oía y se veía de todo. Los bombardeos, las pequeñas ráfagas de respuesta, sus iluminaciones. Arriba estaban los guerrilleros soportando todo ese tropezón de bombas lanzadas por media docena de aviones del ejército.

Después bajábamos y hacíamos centenares de ejercicios para relajarnos. Lucas llegaba entrando la madrugada, siempre con noticias sobre nuestro próximo traslado hacia Guazapa, solo nos alimentaba la imaginación. Demoramos un buen par de semanas antes de poder estar en medio de aquel ruidoso macizo. Yo no pensaba nada, quería subir y bajar lo más rápido posible, vivo, tal como salí de Cuba y luego de Nicaragua.

En tanto Chele me hablaba de su pasado, su infancia, en suma, la tradición que perpetuaba. Su padre murió siendo guerrillero de

otro tiempo. En Bolivia subordinado a un tal Inti Peredo, tal vez después de la muerte del Che y los otros. Se crió entre ellos, tenía en su memoria parte de la masacre. La cara de todos ellos.

Para no caer prisionero huyó por días, solo. Parte del ejército boliviano iba tras él, hasta con helicópteros, no pudo seguir escapando. Corrió la suerte de muchos otros; vio el último anochecer en el desierto altiplánico, la belleza del ocaso una sonrisa entre la arena.

Yo no reevaluaba mi decisión de no morir jamás, de entregarme como un perrito hambriento. No se lo dije pero seguro ya lo había notado con mi espectacular show en la carretera. No sentí vergüenza. En fin, en aquel tiempo Chele tenía cerca de doce años, los ayudaba en las tareas, veía los entrenamientos y participaba de ellos, era el pequeño y futuro guerrillero, la mascota de todos esos que se fueron muriendo día a día en pocos y breves meses por esa revolución. Sesenta hombres que se fueron extinguiendo como una fogata sin más futuro que ver el humo de los restos abandonados en pleno desierto. Chele era un pedazo de humo. Entre aquellos hombres estuvo Elmo Catalán, el chileno, también Néstor, el hermano de otro boliviano que mucho mas tarde fue Presidente.

Néstor murió de hambre, huyendo, simplemente. Que cosas las que me contaba Chele, era de verdad un museo de narraciones deprimentes, a mí en tanto ese tipo de cosas no me levantaba el ánimo sino que aun más me lo arrastraba por los suelos de San Salvador. Derrota tras derrota nadie se cansaba de seguir en la misma nave. Nosotros construíamos una. Asistió a los funerales de todos ellos, entre cuyos cajones negros descansaba, como una piedra en la nada, el cuerpo de su padre.

Se deleitaba contándome todo eso, con su particular estilo movía las manos y abría aun más sus ojos que habían ido guardando todo ese terror, para él la guerra era un desafío. Parte de su infancia. Yo no quise decide nada de mi infancia, no tenía mucho que decir, era algo descolorida. Nada tampoco de mis recientes descubrimientos sobre mi abuelo, el pequeño anarquista arrepentido y timorato que murió a manos de otro anarquista lunático. Y mi

padre que vio todo aquello, con ese trauma que arrastró hasta el último día en la cama del hospital Salvador. En fin, todos pertenecíamos a ese lado del cigarro que se consume más rápido.

Una noche, después de la rutina de rigor, se acercó a nuestra habitación la mujercita de Lucas. Desesperada no se le entendía lo que quería decirnos. Lloriqueaba como una Magdalena junto a los tres pequeños que se aferraban de su falda descocida. Estaba en el umbral de nuestra puerta, eran como las dos de la mañana. Lucas no llegaba y nunca se había demorado tanto. Todo era un drama descomunal. Ella no soportaba más. Se tomaba el pelo y lo jalaba como una loca, creía lo peor para Lucas, era de suponer. En general en El Salvador no había prisioneros, sólo muertos. Los tres niños andaban tras ella para todos lados, llorando no dejaron de rascarse.

Había que salir de ahí, si tenían a Lucas en algún momento llegarían a su casa y luego caeríamos nosotros como las piezas de un domino alzada en línea, uno tras otro, así eran las cosas. Pensamos en salir huyendo como conejitos por los techos y de ahí alcanzar, ilusoriamente, alguna montaña cerca para unirnos a los guerrilleros. Lo mas probable era que los propios guerrilleros nos hubieran reventado a balazos, éramos desconocidos, no habría nadie que nos presentara como los internacionalistas bienaventurados. Pero no teníamos otra, era lo único que podíamos hacer. Ninguno de los dos deseaba retornar a Nicaragua, Chele por vergüenza a decir que nos perdimos, yo en tanto por no querer pisar esa tierra sobrecargada, prefería quedar a la deriva en algo que aun no conocía.

Permanecemos en aquella situación hasta casi la mañana siguiente cuando llegaron unos parientes de Lucas diciendo que lo más probable era su detención. No entregará la casa fácilmente, dijo uno de ellos, al parecer el primo que no se veía nada abatido. La mujer de Lucas cayó desmayada y sobre ella los tres sarnosos cayeron en un llanto incontrolable.

Qué situación ésa, sólo quería salir de ahí. A los minutos apareció un niño que nos dijo que lo acompañáramos. No había otra. Salimos en las manos de este pendejo a cualquier sitio antes que llegaran los hambrientos soldados salvadoreños. Tenía un automóvil

cerca de la casa de Lucas. Un cacharro. Todo el barrio sabía que Lucas estaba prisionero. Todo el mundo nos vio salir de ahí. Pateé un par de perros famélicos que salieron a mordirme las piernas, pisé su mierda seca. Quedé con el hedor en mis zapatos.

Estuvimos como hasta las tres de la tarde en una ruma de lugares de San Salvador, cafés, cines y restaurantes. No sabíamos donde íbamos a parar. Chele no decía nada y yo tampoco. Ninguno de los dos le preguntó al pendejo que pasaba, era nuestro guía por las calles apretadas y colorientas, comida callejera por todos los sitios, una verdadera humareda, la gente se perdía entre todos los aromas y los humos de los carretones, qué calor.

Al rato apareció un viejo muy arrugado. Era serio como una roca, seguro era responsable de algo. La miramos desde el frente de la calle. El pendejo nos dice: Ahí esta Remigio, hay que seguirlo. ¿Y? –le digo yo–, Y nada –me contesta–. Partió caminando, lo seguimos. El viejo Remigio iba al frente de nosotros, de pronto nos hace una seña, cruzamos y subimos a bordo de un destartado micro. El viejo solo hacía gestos. Cruzó algunas palabras con el pendejo, con nosotros nada, sólo hacía señas con sus manos callosas y amarillentas. Yo seguía con el hedor a mierda de perro entre las narices. Anduvimos como media hora; en media hora se cruza San Salvador por completo. Toda era igual. No había nada que conocer. Luego nos bajamos tras Remigio y su mudez, el pendejo después se separó. Serpenteamos por la población en la que nos encontrábamos, se llamaba Apopa, un sitio miserable, todo derruido. No habían soldados.

Aparecieron, a los costados nuestros, dos hombres con pistolas, atrás iba uno con un fusil, era la escolta. Mira, me dijo el Chele apuntándome hacia los lados. Íbamos en medio de una caravana de personas, todos con el mismo rumbo que el nuestro, éramos en total unos quince o veinte, la mayoría jóvenes de no mas de veintidós años, unas cuantas viejas gordas rengueando, perros también seguían a corta distancia la caravana humana. Íbamos saliendo de la capital. Cruzamos unos potreros, habían caballos muertos por doquier. Los que aun vivían se debatían entre sus costillas cubiertas por su cuero

quemado. Remigio había desaparecido en la tercera o cuarta cuadra, ya no recuerdo. Él que iba como jefe de esta improvisada columna nos mandó a detenernos, era un tipo de unos treinta años, calvo, con unos cuantos dientes de menos. Se le iba el aire por los espacios que habían dejado, parecía que silbaba. Los quince o veinte nos metimos en una zanja, apretados, quejumbrosos por el poco espacio. Las viejas se pusieron a chacharear entre ellas, otros sacaron unos libros de dibujitos, historietas. Las veían y luego se lanzaban a dormir. Nosotros teníamos unas mochilitas escolares, adentro lo de siempre, en mi caso el delantal blanco, la carta vieja y una camisa. Chele tenía casi lo mismo, una libreta de anotaciones donde haría su diario de guerra. No le sirvió para nada, nos terminamos limpiando el culo con cada una de las hojas. Al anochecer comenzaríamos la caminata hacia el campamento guerrillero. Estábamos entrando a esta guerra que acabó como todas las demás, con sus héroes tumbados por las calles, ebrios hasta la locura, desocupados con mucha experiencia en la sobrevivencia de causas y sacrificios. Cuando cayera el crepúsculo me haría un guerrillero. Miré al Chele y ya dormía. Me apoyé ambas manos tras la nuca y cerré los ojos.

XXVIII

Caminamos hasta el amanecer. Cruzamos pequeños riachuelos casi secos. Pasaba algo de líquido barroso, algunos se detenían y comenzaban a beber aquello. Si aquí no se muere de un tiro se termina muriendo de alguna infección, al menos eso creía al verlos cuando llenaban sus pequeñas cantimploras. También pasamos por caseríos, chozas, tiendas de maderitas bien alineadas. Viva gente, un centenar en cada receptáculo, sus niños a cuerpo descubierto nos saludaban, movían sus manitos reseca. Recordé a Gabriela Mistral y sus rapiñas de pies azulosos de frío. Aquí estaban todos rojizos de calor, hambrientos. Desilusiones de la poesía. Nada se parece a esto. La guerra.

Íbamos flanqueados por una especie de escuadra que nos vino a buscar, bajaron de lo alto de Guazapa, unos cinco en total, algunas hembras con fusiles y otros, tal vez los mas nuevos, con rifles antiguos, el pequeño sacrificio del recién llegado. Gánate el fusil automático con el terror de la carne descompuesta de tu enemigo, aquel era el rezo para los novatos. Venían de los puestos del mando central de las FAL, las fuerzas armadas de liberación, eran los guerrilleros de los comunistas salvadoreños. Hacia allá mismo íbamos todos nosotros.

Toda la columna era de guerrilleros, algunos volvían y otros se reincorporaban recientemente, como nosotros. En el trayecto nadie nos hablaba, nadie nos miró. Luego la escuadra nos hizo detenernos, íbamos a cruzar la derruida carretera Troncal del Norte. Esta se

dirigía a Chalaltenango. Pensé en irme solo, no sé, pero me hubieran reventado den metros mas allá, los soldados andaban cerca. Nos constituíamos en muy buen blanco, fácil, carne nueva. Demora más en descomponerse. Los que llevaban años por acá terminaban secándose mas rápido. Era el beneficio del veterano. Morir duele menos. A mí me dolería lo imposible, siempre igual.

Seguimos por un sendero que se notaba demasiado transitado. Iba tras Chele, de pronto se detenía de improviso y chocaba con sus talones, lo pisoteaba. Me miraba con desprecio, yo no le decía nada, iba tan embrutecido como él. Lo hubiera golpeado de ser posible. Más allá me relajaba luego de patear ciertas piedras. Uno de los guerrilleros de la escuadra me llama la atención por el ruido, le sonreí como acto de educación. Se fue a mi lado, era como mi guardia privado. Sendero tras sendero no me dejó ni por un segundo de mirar, íbamos casi pegados. Me hice el lento, quería descansar pero no me dejaba. Me estaba enfermando. Le hubiera metido su fusil por el culo, me dieron deseos de escapar y volver a Valparaíso, tal vez a Quilpué, al principio y recoger el hilo. Más allá se separó de mí.

Nos detuvimos toda la columna, comenzaba a amanecer. Me senté al lado del Chele. Nuestras ropas eran de ciudad, su camisa era blanca como su rostro, solo le servían sus botitas que se había traído de Checoslovaquia. Las tenia hace años, eran sus queridas botas. Chele, como buen criado en Cuba había sido acerado en la doctrina de la austeridad. Cuidaba todo, nada de dos pares de zapatos y si era así uno siempre le servía para las mejores ocasiones, la pequeña fiesta, la inigualable celebración, el día de cumpleaños.

Para aquello eran las botas checoslovacas del Chele. Ahora descansaban llenas de barro en sus pies, esas botas no volverían a ningún sitio, morirían en los montículos del Salvador. Yo miraba los míos, eran bajos y por aquellas entradas salía barro casi reseco como espuma, tenía los pies completamente húmedos, mas tarde se me pudrirían por los cambios de temperatura. Extrañaba los que logré comprar en Baires, eran de buen cuero, altos y poderosos, buena suela. Ahora seguramente se gastaban bajo el pie de algún cubano

afortunado luego de que Jazmín Gato los vendiera a buen precio. Que sería de aquella negra fornicante. Su rostro lo tenía pegada en mi memoria.

Antes de internarnos por los senderos pecaminosos de Guazapa habíamos comprado un par de mochilas colegiales. Por su lado Chele compró ese mismo día una camisa negra de Guatemala, una hamaca, la botó al día siguiente cuando comprobó que nadie dormía en ellas por la incomodidad que provocaban. Yo no compré nada más. Sacamos la ropa de nuestros bolsos, me cambié de camisa y me puse una polerita oscura. No teníamos nada que se pareciera a las vestimentas de un guerrillero, ya conseguiríamos lo nuestro. En eso mismo se quedó pensando el Chele cuando le dije que parecíamos cualquier cosa. Me respondió:

—Ya verás, cuando planificaba este viaje, en Nicaragua, redacté una nota para que nos mandaran los mejores equipos para esto, no te preocupes por eso, seguro llegaran, tengo plena confianza en eso, me decía totalmente confiado mientras se abotonaba su camisa negra gruesa como la espesura de los pastizales que se alcanzaban a ver desde nuestra altura y ordenaba una fotografía de su pequeña hija, — la alcancé a ver de reojo—, los mejores fusiles de asalto —continuó—, mochilas rangers, botas, arneses, todo lo necesario para sobrevivir como corresponde, continuó. Yo me tomé la cabeza y miré el piso barroso, no confié mucho luego de haber vivido algunos meses con aquellos nicaragüenses, ya vería la forma de vestirme más acorde a las circunstancias.

Saqué mi pequeña mochilita gris de la bolsa de compras, algunos me miraban, ellos tenían menos que eso, casi nada por no decir nada. Retiré las cosas de mi bolso. Lo lancé lejos de mí. La tomó otro, le arrancó los cierres, las correas. Se hizo un gorro para la lluvia con lo que sobraba. Recordé a Martín, la cárcel. Guardé el delantal blanco de mi padre, la carta y algunas cosas más, las menos no me servían para nada, empero la embutí con fuerza. Mi mochila era una bolita de género, me la calcé en la espalda. No incomodaba. Miré al Chele y nos sonreímos. Me preparaba para vivir la guerra desde el otro extremo tal como lo había vivido en Chile.

Después de descansar un miserable par de horas continuamos caminando, aquello no terminaba nunca. Como a eso de las siete de la mañana nos cruzamos con un grupo de guerrilleros que permanecían semiescondidos tras un escuálido bosquecito de hojas caducas. Era raro ver bosquecitos, lo normal eran los pastizales cubriendo todo, las mesetas y llanuras, también en las laderas de las montañas, generalmente en los valles escaseaban los árboles pero de vez en cuando uno se cruzaba con dichos bosquecitos de pinos y árboles de hoja caduca. Ahí mismo estaban esos doce o trece hombres y mujeres. Nos alzaron el saludo. Estaban armados y algunos mimetizados. Esperaban al enemigo. La guerra era una constante espera. Los saludamos, con la escuadra se cruzaron algunos gritos, vivas entre ellos. Era el pelotón "Noe", así se llamaban. La mayoría eran niños, era el juego de la infancia sin ella.

Yo años atrás había visto la película "Morir en Madrid", que en algo se parecía a todo esto, no era cosa del tiempo ni del celuloide. Yo no quería morir en El Salvador. "Morir en El Salvador" I me repetí, me imaginé que en ese momento alguien me filmaba. Mi película. Mi vida en el celuloide. Patrañas puras, seguí caminando semiinconsciente.

Media hora después arribábamos al campamento de mando de las Fal, a veces en estas cosas eran demasiado nombre para tan poco, quiero decir, fuerzas armadas de liberación sonaba mas bien pretencioso siendo que para ese tiempo no eran muchos y por lo visto hasta ahora éramos mas bien pocos. Se nos presentó en una carpita. Unas lonas amarradas a cada punta de árbol. Era el puesto central. Ahí se veía sentado al comandante Ramón. Un sujeto de pocas palabras, tal vez de tanta guerra, no sé. Era joven pero se veía agotado. Llevaba años arriba de este montecito. Nos saludó, aparentó saber que veníamos. Para mí no sabía nada. Nadie sabía que estábamos aquí, salvo nosotros mismos. Yo simplemente me dispuse a escucharlo, no diría nada, me quedaría en silencio, mi espíritu de aprendizaje continuaba en pie y no hay mejor manera de aprender que guardar silencio.

—Salud compañeros a nombre del mando central de las Fal, como verán ya teníamos preparada su llegada —dijo sin ninguna convicción—, seguro ya habían visto nuestro terreno de combate, nosotros estamos afincados en este macizo hace ya cerca de cinco años, ¿todo un logro, no? —agregó dirigiéndose a mí—, cinco largos años en que no nos han podido bajar ni eliminar. Los militares se creen la gran cosa pero no pueden contra nosotros. Antes toda esta zona era de agricultores —nos hizo el ademán de que lo acompañáramos fuera de la lona, se paró enfrente de una pequeña ladera donde se veía gran parte del valle y continuó su diálogo indicándonos con su dedo las zonas—, ahora todo está como tierra arrasada por los continuos bombardeos del ejército, antes había luz eléctrica, ahora toda la luz que se nota por las noches es la que provocan las bombas y nuestros fusiles, la única luz es esa. ¿Qué extraño no?

Se puso a deambular por el campamento. Nos llevó hasta una lomita flanqueada por dos guerrilleros. Nos saludan. Los saludamos. Nos indicó nuevamente con su dedo las dos alturas que eran dominadas por el ejército.

Tenían campamentos permanentes, pero no se movían mucho. Estaban allá arriba y nosotros un poco mas abajo. Se alcanzaba a notar el humo de la fogata, seguro de la comida. El desayuno. Recordé que tenía un hambre atroz, me hubiera comido todas las tortillas que amasaban a unas cincuenta metros de nosotros, un trío de señoras gordas. Eran las cocineras, la guerra no se concebía sin ellas, era un sacrilegio. El sol ya se lanzaba encima de nosotros, la mayoría de los guerrilleros dormía luego de las guardias nocturnas, mas tarde saldrían a dispararle al ejército, la dosis del día. Se me ocurrió preguntarle al comandante Ramón, por qué no venía el ejército si eran más que nosotros. Ya me sentía parte del ejército de abajo. Hablaba de nosotros como tuteando al destino.

—Las vuelas patas —me contestó sonriendo y aguzando sus ojos en dirección norte—; allá vienen, continuó despreocupado. A lo lejos se veían cinco hombres que se acercaban al campamento. Los cinco subieron donde permanecíamos junto a Ramón. Le

presentaron el parte de la patrulla. Se veían con sueño, eran dos hombres y tres mujeres, jovencitas aún.

—Cayeron dos heridos y un muerto —le dijo el jefe de la patrulla.

—Como puedes comprobar eso —respondió tajante Ramón.

—Los vimos llevarse a los dos heridos —contestó una de las mujeres soltando su fusil en el suelo para luego sentarse sobre la tierra.

—¿Y el muerto? —consultó nuevamente Ramón, en tanto nosotros participábamos como espectadores de lo que se veía.

—Lo vimos desaparecer, piso una "vuela pata", era de las grandes, aquellas que no dosificamos el explosivo —contestó otro con naturalidad tratando de que Ramón recordara el episodio cuando colocaron cerca de un kilo de TNT en una de las minas que ellos llamaban "vuela patas". Todo eso lo habían hecho en los preparativos previos al último ataque por parte del ejército, hace una semana atrás, aquello lo vimos desde el techo de la casa de Lucas. Todo fue un fiasco para los soldados que tenían la estrategia de bombardearlos y luego bajar con tropas helitransportadas. No duraron ni una tarde ya que comenzaron a bajar por los senderos y ahí mismo empezó la hecatombe de lisiados y paralíticos vestidos de verde. No tardaron demasiado, entraron en pánico y se retiraron a las alturas, de ahí no se movían. Permanecían en todo aquel peladero atrapados por el fantasma dinamitero. Por mientras yo comenzaba a comprender aquello de las vuela patas.

—Recuerdo —dijo pensativo Ramón—, ¿pero es seguro que murió?

—Y sí, a no ser que el resto del cuerpo este rebotando aún con vida por ahí —replicó la más baja de las mujeres. Abrió su mochilita y sacó los restos de una bota militar ensangrentada, abierta por la explosión. De la bota se desprendieron tres dedos amoratados y parte del talón. Trozos carbonizados del calcetín. Ya comenzaba a coagularse la poca sangre que quedaba en los restos. El miembro cayó sobre el piso con un potente peso como si todo el peso del cuerpo que deambulaba en partículas por el aire ponzoñoso de

Guazapa se hiciera presente en el resto descompuesto. Se veía el hueso que sobraba, negrusco, ya no vivía. Los demás no tomaron atención. Miré al Chele, no dejaba de abrir sus ojos, yo los cerré. Se me enfrió todo el cuerpo, imaginé terminar así, en partes, en trozos desarticulados. Me desanimé por complete. Los cinco guerrilleros se fueron a descansar. Les fui mirando la espalda en tanto se alejaban a sus guaridas de plástico. Volví a mirar a las alturas, allá donde se ubicaban los soldados. Todo era muy pequeño. Guazapa no tenía más de quince kilómetros cuadrados, segura andaríamos a cabezazos con los soldados como ya lo andaban los guerrilleros. Me sentí incomodo, no soporto estar apretujado y mas aún con una tierra que no sabes donde pisar.

—Ahora entiendes por qué los soldados no bajan a buscarnos, me habló Ramón, no son muchas pero son eficaces, hay que saber donde enterrarlas.

—¿Saben donde están todas, no? —le pregunte intrigado.

—Algunos planos se nos han perdido, ya ves, cuando llegan los helicópteros hay que salir con lo que esta a mano.

Aquello me quedaba claro, andaríamos tan aterrados por las famosas "vuela patas" como los soldados, toda arma es así, tira para cualquier sitio.

Después de un rato, nos pasó un par de fusiles, uno para cada uno, dos M-16 con un solo depósito mas algunas balitas sueltas, eran los fusiles que acababan de tomar de los heridos y el muerto en trozos espantosos. Lo tomé y no me separé más de él, luego nos ubicó en el mando de una de las compañías. A cargo del capitán Óscar. Había sólo dos compañías en este batallón guerrillero.

La verdad es que Chele quedó en la jefatura, yo pasé a ser parte de la tropa pero no me separé de Chele y a la vez él no se separó en ningún momento del jefe de la compañía. No era cosa de asemejarse a los aires inútiles de mi viejo amigo Barza, sino que era por absoluta sobrevivencia, no queríamos morir por necedades que se daban en esta guerra, así es que no nos separábamos por nada del mundo.

El jefe de la columna era un campesino y tenía a cargo una zona de la loma, aquel sitio recibía el nombre de Los Lirios, ahí estaríamos nosotros. Parecía ser un buen tipo. Óscar nos recibió bien, se emocionaba con los extranjeros, era un tipo de lágrima fácil. También nos presentó a su mujer campesina, mestiza, mitad blanca mitad india, la mayoría era así. Le faltaban tres dedos de su mano. Los soldados años atrás, en un combate, le habían tirado una granada a su trinchera. Solo sintió el estruendo, una luz y la sordera, luego de aquello notó tres dedos fuera de su mano. Se habían desintegrado, simplemente. Las gentes de por acá se tomaban la vida, el cuerpo y todo como si fuera una pieza de mecano, se podía funcionar normalmente si se perdía algo, una simple pieza en todo el cuerpo. Ella se llamaba Ingrid y se veía sentada en una de las rocas que daban al llano que nos correspondía. Óscar, en el mismo sitio nos contó el porqué de su ensimismamiento.

Hace unos días, mientras nosotros aún estábamos en casa de Lucas y cuando el ejército lanzó su ataque, los guerrilleros, entre ellos el batallón de Óscar, descubrieron a un traidor entre sus integrantes. El tipo ya lo había confesado sin tapujos y sólo le quedaba esperar su muerte. A Ingrid le encomendaron ejecutar al tipo, cuestiones absurdas que se daban en esto, digo porque la forma de ejecutarlo era ahorcarlo y justamente se lo dieron a Ingrid y sus tres dedos menos. Así y todo no puso objeción en ello y se dispuso a ahorcarlo ya que el ejército andaba muy cerca de ellos y un tiro llamaría la atención de los soldados. Probó, ante la cara desesperada del delator, innumerables veces con sus manos. Intentaba una y otra vez. La cara rojiza y casi morada del delator no sucumbía a los ojos cerrados. Los compañeros de Ingrid permanecían mirando expectantes. Una, dos, tres veces y nada, ella no podía, le faltaban fuerzas y dedos. No lo podía estrangular. A cada intento fallido resurgía la cara del delator con una sonrisa socarrona burlándose de Ingrid diciéndole que no lograría matarlo y que apenas lo soltaran iría a delatarla. La inútil fortaleza del traidor aun estaba presente ante la cara desfallecida de Ingrid. No lo podía eliminar. Ella se sentó al lado de él luego de todos los esfuerzos, cansada, bufaba

como una perrita. El condenado tosía constantemente mientras se seguía burlando. Uno de los espectadores guerrilleros le pasó un cordón de sus botas. Le dijo que lo ahorcara con el cordón. Ella lo tomó. Lo puso alrededor del cuello del condenado. Se seguía riendo. Le hizo un nudo y comenzó a tirar con todas sus pequeñas fuerzas. El delator palidecía, su lengua salía innumerables veces de su boca. Sus ojos se dilataban. La esperanza de Ingrid crecía. Ya lo estaba viendo morir. Pero luego de todo ese esfuerzo el condenado seguía respirando, moribundo, aún vivo. Ingrid derrotada no tenía mas fuerzas. Pensó en rendirse al pequeño sacrificio. Se miró los dedos ausentes. Se creyó inútil. Lo miraba. Este apenas abría los ojos, simplemente seguía con aquella sonrisa socarrona entre sus labios sin sangre. El guerrillero del cordón se alejó. Apareció otro y le pasó su cuchillo, negro como la noche. Ingrid lo quedó mirando, levantó la cabeza, suspiró y se levantó. Tomó una ramita seca y se rascó los muñones de los dedos. La piel se le reseca rápidamente, tenía costras inmundas sobre su mano. Recibió el cuchillo. Chaíto, le dijo al condenado. Éste no le dijo nada. Era el final. Le hundió cuatro veces la hoja del cuchillo en su cuello. El delator gimíó con un sonido que nunca nadie había escuchado, la carne se le abrió y saltó un chorro de sangre sobre la tenida verde de Ingrid. A la cuarta puñalada sobre la misma abertura la carne era débil y se abría con facilidad. La cabeza se le fue hacia atrás y desapareció toda facción de su rostro.

Más tarde volvió al campamento, contrariada. Ahora permanecía ahí mismo, hace un par de horas donde la estábamos mirando nosotros, al lado de Óscar. Yo suspiré, Chele bajó la cabeza. Agarré mi fusil. El cargador semioxidado y las balitas que guardé en uno de mis bolsillos. Óscar levantó sus cejas y la fue a buscar. Se quedaron por un rato sentados ahí mismo. Hablaron de la hora de la comida. Le regalaría parte de sus tortillas de maíz. Ella sonrió. Se dieron un beso.

Éramos parte de la primera compañía del batallón. Alrededor de cincuenta integrantes mas tres gordas cocineras que andaban tras la compañía. La cuarta parte de todos nosotros eran mujeres. Dos

pelotones y dos escuadras de tipo especial que llamaban "Cobras" tal vez por eso de reptar como un ofidio durante toda la vida, no sé. Nos pasamos semanas enteras sin hacer nada, salvo las abominables jornadas en las cuales nos correspondía hacer guardia de los insurrectos. Las tareas cotidianas iban desde hacer de ayudante de alguna de las cocineras o acompañar a Óscar a una de sus innumerables reuniones que se efectuaban para coordinar las operaciones en este vasto territorio.

Por aquel tiempo eran cinco organizaciones las que poseían presencia guerrillera en la zona. Entre ellos se sacaban la suerte. Se reunían para ver qué haría cada uno de ellos. Una suerte de mando conjunto. Para esas actividades yo me presentaba como voluntario. Debía conocer mi territorio. Acompañaba a Óscar, lo esperaba a la salida de la reunión en medio de árboles y riachuelos. Con los otros guerrilleros, los de otras organizaciones nos evaluábamos, nos mirábamos las tenidas y las armas. Quién estaba mejor dispuesto para la guerra. Era una evaluación. En una de esas reuniones en la cual habíamos acompañado a Óscar, el Chele y yo veníamos distraídos por los senderos. Óscar nos dice que tendremos futuros combates, que se acercan tiempos calurosos y polvorientos. Yo no tomé atención, seguí caminando atento al frente. No quería ser sorprendido. Miraba el piso para verificar algún montículo sospechoso. "Vuela pata", "vuela pata", resonaba en mi interior. Óscar conversó con el Chele. Le adelantaba los planes. Atacaríamos el 10 de diciembre. Había que prepararse.

Aquel día emprendimos la caminata a eso de las seis de la tarde hacia el llano cerca de la carretera El troncal. Ahí se encontraban dos puestos de los soldados. Se había planificado toda una ofensiva en nuestro macizo. La RN que era la Resistencia Nacional tenía pensado atacar con unos cincuenta guerrilleros uno de los puestos centrales del ejército en las alturas de Guazapa. Nuestra segunda compañía atacaría el puesto de vigilancia de la fábrica Bayer y nosotros aquellos puestos empotrados en las afueras de unos caseríos.

Así nos abalanzamos hacia nuestro objetivo. Llegamos luego de un buen rato de caminar. Los otros ataques ya habían comenzado, por lo que los soldados estaban de sobreaviso. Preparados, lanzaban tiros en todas direcciones. Ni en Nicaragua había escuchado tantos disparos juntos. Trataba de tapar mi cabeza. No se por qué los guerrilleros nunca ocupan cascos. Yo quería uno para salvar mi cabeza.

Los soldados permanecían perfectamente atrincherados. Nada los sacaría de ahí. Me hubiera gustado estar de aquel lado. Por éste sólo se escuchaban los silbidos de tiros y los rebotes en los árboles.

No habíamos avanzado casi nada. Yo quería retirarme de inmediato. Ya pasaba la hora que habíamos llegado no sé dónde. En medio de la oscuridad y en el suelo, con mi fusil a la rastra, aun no había hecho ningún disparo, no tenía a que dispararle. Miraba a mis camaradas y todos enfurecidos disparaban hacia la perfecta noche que se abría delante de nosotros. Estaba cerca del Chele que a su vez estaba al lado de Óscar, nuestras escuadras avanzaban sin dirección. Ellos subieron a una lomita donde se podía observar a los soldados. Repté tras el Chele. Al cabo de un rato en que no cesaban los tiros de ambos lados se escucha el grito dando el aviso de un herido. Óscar le ordena al Chele evacuarlo. Me llama para acompañarlo. Voy gustoso, había que sacarlo de ahí y eso significaba salir de aquel enjambre de plomo.

Llegamos donde el herido, era Alejandro, el jefe de una de las escuadras. Su vientre abierto hasta el infinito. Lo levantamos. Yo pensé que se le caerían las entrañas, intenté sujetárselas. Me gritó que no lo tocara. Desistí de inmediato. Lo arrastramos hasta un sendero próximo. Gemía como un torturado. Decía que se iba a morir. No lo dudé. Él moriría seguro, de dolor o espanto. Los tiros cesaban por unos minutos para después retornar con la misma intensidad. Se escuchaban un poco más lejos. Ahora permanecía mas anestesiado. Alejandro las emprendía con un tal Javier que le había disparado, Javier era guerrillero y lo reventó por equivocación. Lo confundió con un soldado. El Chele le dice que no hable tonteras, que no morirá ya que el puesto médico quedaba a dos simples horas

de camino. Yo lo miré, pensé que la lástima no servía para nada, era mejor decirle que si se iba a morir y que pensara todo lo que algún día no pensó, ya no podía hacer nada, sólo pensar. Le pasamos un cigarro encendido. Todo estaba oscuro. Mis camaradas seguían en aquella loca demencia de gastar munición hacia cualquier sitio. Las brasas rojas del cigarro iluminaban a ratos las entrañas abiertas de Alejandro, algunas de ellas estaban con ramas y pastos secos adosados a una baba que cubría sus tripas, sanguinolenta. No hacíamos nada.

Alejandro cerró sus ojos y se murió, ahí mismo. El cigarro se fue soltando de los dedos y cayó sobre las tripas. Salió un hedor a carne quemada y se hizo una pequeña llamarada. Los gases, pensé. Nos miramos con el Chele. Ninguno quiso sacarle el cigarro de sus tripas. Se fue humedeciendo y se apagó solo. Lo dejamos ahí. Luego llegó Óscar con otros más. Nos retirábamos. Se murió Alejandro, le dijimos nosotros. Movié sus cejas y volvimos esa misma noche al campamento.

A Alejandro lo enterramos esa misma mañana cubierto por una bolsa negra de plástico, la balsa era de una panadería del caserío más próximo. Salía el nombre del dueño del local panadero. Por la mañana se seguían escuchando ciertos estruendos cercanos. La RN había tomado por horas el puesto del ejército, nuestra segunda compañía recuperó, del puesto de Bayer, un cañón inmenso que nunca pudieron ocupar, porque no tenían municiones para él. Con el tiempo se fue oxidando como todos los demás, como el cuerpo de Alejandro o los dedos de Ingrid. Mi primer combate estaba sobre mí.

XXIX

Los muertos llegan a pesar tanto como el pasado que acaban de abandonar, como si todo el volumen del universo se les viniera encima al momento de perecer. Digo esto por la pesadez de Alejandro. Eso era cosa de días atrás y los días que iban pasando en montón de tierra apilada hacia arriba no eran más que recuerdos rápidamente olvidados. Las imágenes eran cada día más escabrosas por lo que lo mejor era hacerse el imbécil con uno mismo. Pensar que nada de lo visto había sido real. El romanticismo tiene su límite. Lo fácil del romanticismo es que siempre estamos imaginando el futuro y no el camino que se hace para llegar a él. Es una de dos, o se sucumbe definitivamente o se posee un valor supremo, amparado en la mentira de no ver las cosas, para seguir caminando. Yo me debatía, así como muchos, creo yo, entre ambos extremos dependiendo de cómo despertara y cómo me alimentara.

A finales de diciembre, y como en todas partes, comenzaba la etapa natural de evaluaciones. Todo el mundo, como es tal, se predispone a sacar las conclusiones de un año, de trescientos sesenta y cinco largos días, ensangrentados y feroces. Pero había que hacerlo, era parte de los rituales que se tenían en todos los sitios del planeta. La evaluación para ser mejores cada día. En eso se fue casi todo el fin de mes, todos los guerrilleros en reuniones y cosas tales que uno pensaba que podría acabar todo de un soplo al llegar el ejército y sus helicópteros.

Por aquellos días yo no sacaba la vista ni del suelo ni del cielo. Nos habíamos convertido en el entremés de estos dos extremos que

nos aplastaban por ambos lados. O se podía pisar ingenuamente una mina o de pronto podría aparecer aquel helicóptero infernal. Aquello eran los dos gestos recurrentes en mí. Muchas veces me confundieron en la supuesta ejecución de algún acto suplicante cuando me encontraban con toda mi cabeza hacia arriba o en otras oportunidades se acercaba el capitán Óscar y comenzaba a subirme el ánimo con sus recursos oratorios. El hecho era que yo permanecía con mi cabeza hacia el suelo como un verdadero sujeto abatido por las inclemencias de nuestra guerra, su guerra. No era tal dicha interpretación sino que yo buscaba como mejorar y aguzar mi vista en la ubicación de las irregularidades del suelo, así mismo podría descubrir los sitios exactos donde se encontraban las minas olvidadas.

Uno de esos días se procedía a efectuar la celebración de todas las evaluaciones. Se reunieron unos doscientos guerrilleros en un descampado, Todos bien formados, limpios como escolares asistentes al primer lunes del mes cuando se realizaba el acto y se procedía a entonar el himno nacional. Todo era felicidad y risas, un relajo tal que me dio por tranquilizarme y olvidar las minas y los helicópteros. Delante de aquella columna de doscientos hombres alineados coma una regla se plantaron toda clase de comandantes a hablarles y felicitarlos. El resultado posterior de todas las evaluaciones solo podía ser uno: íbamos ganando la guerra tal como se gana un partido de damas, vale decir, con las piezas mínimas. Yo no podía entender mucho eso si cada día íbamos siendo menos, pero era la evaluación final de todos. Íbamos ganando la guerra. La mayoría que no fue felicitada en particular simplemente esperaba el final de toda la ceremonia, El final era una descomunal celebración con bailes y licores que procedían de alambiques cercanos, aguardientes de la más variada clase, de los más insospechados objetos. Con Chele nos quedamos a un lado como los buenos invitados que observan sin hacer comentarios.

Así comenzó de un momento a otro la fiesta. Todos bailando con sus cargadores a cuestas, era lo único que se podía robar y un cargador en estas circunstancias era mucho; la mayoría poseía un

mínimo número de ellos y por eso simplemente había que birlárselo a algún camarada descuidado. La comida era la misma de todos los días sin mas ni menos en cantidad, Seis tortillas, dos pozuelos de arroz hervido, jamás hubo carne y a veces un mendrugo de queso de cabra con la habitual carga de gérmenes e infecciones. Al cabo de un buen rato en que las botellas iban de un lado a otro, me llegó aquel liquido viscoso y dulzón, pegué un fuerte trago, me despertaron todo el universo de los recuerdos de Valparaíso, el pequeño bar enclavado en la tierra, el día que aceptamos con mis otros y alejados amigos ingresar al Frente; ya habían pasado un poco mas de tres años y yo llevaba auestas una vida entera con media docena de muertos que había visto partir, amigos, en suma, que no estaban en ningún sitio. Pensé en Lara, Barza y los otros, me pregunté que estarían haciendo. Hace mucho que no teníamos ni idea de lo que sucedía en Chile, simples rastros de los últimos acontecimientos, Ernesto encabezando el atentado, la veintena de rodriguistas involucrados, la mitad en prisión,

Las armas encontradas en el norte, un arsenal para armar a toda una tropa, yacía en manos de los carniceros, eran nuestras armas, los fusiles de unos pocos dispuestos a contravenir toda lógica política de la negación del ocio.

Me había perdido, quizás, los sucesos más fundacionales de una comunidad al extremo.

Allá adentro se debatían entre la rutina y el quiebre, los últimos suspiros de un parto no deseado. Salimos algo así como una mezcla entre hombre completo y feto embrionario, tuvimos las piernas largas y grandes músculos, la vista poco desarrollada y un oído atrofiado, éramos un nudo tendonal de los más variados instintos.

Algunos salimos a buscar guerras y entrenamientos, otros seguían acuartelados en las poblaciones de la periferia, el tiempo continuaba con su letargo, el militarillo sedicioso seguía como nunca hasta el final, su veta resistente y carnicera no daba tregua a nadie. Yo había partido de un lugar a otro buscando quién sabe qué, con una mínima esperanza y siempre terminaba encontrando algo con que adornar los días de este tiempo, reptando por los sitios que

había elegido por una u otra causa, acordándome de las advertencias de muchos que mas de alguna vez me precavieron de los sitios donde pensaba dirigirme: No te vayas a meter ahí que no saldrás entero. Ni se te ocurra saltar a esa región que nada mas encontrarás penurias y desgracias, te acordarás de mis advertencias, Vasco, cuando ya sea tarde y muchas otras mas, ya no las recuerdo todas. Ahora repetía el mismo periplo del viejo Pedro, seguro ya había muerto en la cárcel, cuando me dijo que ellos habían partido tras una hazaña, seguros y serenos, tras los montes y praderas, habían vuelto unos pocos, casi ninguno, los otros en la cárcel, esperando que se terminara su tiempo, como yo iba viendo el final del mío en esta tierra atroz, en algún sitio terminaremos todos y yo aun no elegía el mío.

Tomé aquella botella dando el último y más largo trago, me dieron ganas de vomitar, el Chele se hizo a un lado. No vomité y tomé el fusil. Aún no disparaba ningún tiro en todos estos días que llevaba aquí. De lejos enfoqué la fiesta. Chele se paró y fue a compartir con otros. Comenzaba a anochecer, desde mi posición, un claro en el valle, se veía el pueblito más cercano a unos cuatro kilómetros, San José de Guayabal; mas allá y en una gran línea infinita que se extendía desde mi posición hasta el horizonte, se notaban unos cordones de pequeñas montañas. En medio de ellas descansaban las viviendas alzadas de gran parte de San Salvador, todo un espectáculo, sus luces, sus gentes caminando como hormigas se diluían en el gris del cielo bordeadas por esos montecitos. Las luces titilantes fueron entrecerrando mis ojos junto al sabor del aguardiente. Tomé mis plásticos para la lluvia y me lancé en cualquier sitio. Detrás de mi resonaban las cumbias de los guerrilleros. Los comandantes de esta extraña guerra miraban los planos de los futuros combates. Íbamos ganando la guerra. Luego me sonreí y me lancé el plástico sobre mi cabeza.

A la mañana siguiente ya estaban todos de pie a eso de las cinco de la mañana. Nos formábamos mirando el mismo espectáculo que nos ofrecía el valle hacia el pueblo de San José de Guayabal. Hacía un aire fresco a esa hora de la mañana. Me quedé en la fila al

lado de otro tipo bajo, un negro dominicano, que andaba en la misma ilusión que nosotros. Lo había notado antes pero no le preguntaba nada, él sabía que éramos chilenos. Nadie sabía nada de Chile. Nadie sabía nada del Frente ni siquiera que teníamos nuestro intento de sublevación, no sabían ni dónde quedaba en el mapa que cada mañana mirábamos al salir a patrullar.

En fin, permanecía a su lado sin decirle ninguna palabra a la espera que terminara la labor de la fila y de pronto lo veo arquear sus cejas poniéndose las manos sobre los ojos para evitar el reflejo del sol que salía por el horizonte. Yo lo quedé mirando extrañado y dirigí mi vista en la misma dirección. Vi a lo lejos dos pequeños y negros puntos avanzando a gran velocidad. Del momento en que noté la expectación del dominicano no pasaron más de cuatro segundos y los puntos se hacían más visibles. Doy nuevamente vuelta mi cabeza y el negro gritaba con toda su garganta de negro:

—¡Aviones, aviones!

Salimos todos corriendo desafortadamente como una muchedumbre asustada, todo quedó regado por los suelos, fusiles, mochilas, plásticos, víveres, las cocineras que apenas se podían mover por sus grandes panzas. Todo el mundo corriendo hacia las zanjias cavadas días antes cerca del puesto central. No pasaron ni unos segundos y los aviones con sus potentes turbinas dejaron caer un bulto tremendo, era una bomba de 250 libras que nos hizo volar por los aires a casi todos. Fue como un gran remezón abriendo la tierra. Una fuerte presión sobre las cabezas. Al rato cae otra más y otra, fueron tres en total. Luego de aquello levanté mi cabeza para comprobar que no faltaba nada de mi cuerpo. Aturdido miré hacia el frente, la mayoría logró empotrarse en la zanja. Todo era un polverío insoportable, grandes cráteres se abrían enfrente de nosotros, el final del mundo. No pasaron ni unos míseros minutos y los helicópteros comenzaron a zumbiar por el llano.

Yo aún permanecía en el suelo, desde ahí se veían como tremendos cuervos a la espera de devorarnos. Todos estaban atolondrados. Había que escapar de alguna manera a todo eso. Recogí mi mochila y fusil, partí desafortado hacia la zanja. Era el

comienzo del operativo Fénix, de ahí en adelante nos perseguirían por mucho tiempo, comenzamos a perder la guerra tal como la habíamos perdido hasta ahora.

Los meses siguientes fueron de una única desesperación: Tratar de mantenerse vivo a toda costa. Los soldados acampaban muy cerca de nosotros, a no más de cien metros. Hasta se escuchaban sus murmullos nocturnos. Se les veía la cara. En una cancha de futbol, en el pueblo debajo de nosotros, San José, emplazaron un cañón gigantesco. Era como un gran lápiz titánico mirando hacia las alturas de Guazapa. Cuando los soldados lograban ubicar algunas de nuestras posiciones le avisaban al cañonero del pueblo y comenzaban en segundos los torbellinos provocados por aquel lápiz. Había que escapar hacia cualquier sitio. Uno no tenía ninguna certeza donde caería el proyectil escupido por el cañón. Fue así como me fui haciendo un experto en presentir los lugares exactos dónde reventaría. Me movía con soltura. En cosas de sobrevivencia aún tenía mis engaños, mis probables inmundicias. Tenía mis hoyos preferidos para cubrirme. No eran más de seis segundos entre el ruido del cañonazo y la caída del proyectil. Vi a muchos saltar por los aires despejados de Guazapa. Caían en pedazos. La tropa de guerrilleros no se acostumbraba a tal situación. Con el tiempo se habían acostumbrado a los combates esporádicos, una cierta estabilidad, un orden quieto. Pero lo perdían, todos permanecíamos conscientes de que detrás de cada pedrusco o arboleda podía aparecer la cara desagradable de un fusil apuntando. Comenzaron los reclamos. Se convertían en sindicalistas. Las emprendían contra los jefes de escuadra y estos a la vez contra los jefes de pelotón, los reclamos llegaban hasta ahí, a Ramón, el comandante de toda esa zona que estaba inencontrable. La comida escaseaba, nadie se podía mover libremente por los senderos. Como había otras organizaciones y nadie las mandaba al mismo tiempo, esto iba generando incertidumbres telúricas. Todos, a modo de defensa extrema se pusieron a plantar vuela patas por todos los sitios. Nadie sabía dónde estaban, Nos volábamos entre nosotros.

En cosas de la guerra hay que ser lo suficientemente honesto con uno mismo, en el caso que no se sea con los demás y por lo pronto esta es la regla general. Me fui convirtiendo, si es que ya no lo era en estado potencial, en un verdadero cobarde, Ya no me presentaba como voluntario de nada, simplemente me movía como un molusco mas en el océano de mis camaradas, iba con la ola. Me dejaba llevar según mis conveniencias y mis análisis propios, Si se presentaba una situación que yo evaluara como desfavorable para mi integridad, no dudaba en desmerecerla con los más variados y locuaces argumentos, Ya había visto demasiado, No me acostumbraba a esta soltura con la muerte.

Ya había dicho que si uno no muere por algún tiro perdido, hasta de sus propios camaradas, uno terminaba muriendo de alguna infección. A esta nueva situación había que sumar una variable más, la muerte por hambre. Eso parecía que estaba pronto a todos nosotros.

En meses nos veníamos alimentando de aquellas tortillas, ya ni siquiera teníamos arroz. Todos miraban la ración del prójimo con evidentes signos de envidia. Queríamos mas, Los cargadores ya no eran la presa mas deseada, eran las tortillas amasadas por aquellas cocineras en estado famélico, que habían perdido toda sus grasas a lo largo de varios meses de penurias y persecuciones, Los reclamos continuaban y cada día se hacían mas virulentos hasta el punto de poner en duda las capacidades de los que se veían envueltos en la dirección de toda la guerra. Crecían los presupuestos para un adalid amotinado, habían camaradas dispuestos a dar un golpe de mano, éramos piratas.

El hambre puede provocar las más insospechadas reacciones, como que nubla. De ahí que lo primordial para el ser sea alimentarse, todo lo demás es secundario. El curso de la guerra. Aquellos días me dieron deseos de recordarles aquellas evaluaciones sobre que íbamos ganando la guerra. Si esto era ganar entendía la compulsión esquizofrenia de muchos. Si acaso se me hubiera ocurrido decir algo de aquello de seguro terminaría con una ejecución sumaria. Me quedaba callado mirando día a día nuestra

hambre. La guerra se había convertido en un verdadero martirio, había que salir de aquella situación,

Un día de aquellos volvíamos con sumo silencio desde un sitio que nos habían enviado a patrullar. Al paso lento pude ver a unos doscientos metros una pequeña cabaña habitada por un viejo. No sé como aún lograba permanecer en toda esa zona de bombardeos y tiros huérfanos, A lo lejos se notaban unas cuantas hectáreas plantadas con café, en otro sitio algunas gallinas pero lo que me llamó la atención, a tal punto que fui corriendo donde Óscar para darle aviso de mi hallazgo, fueron tres delgadas vacas teñidas de blanco y negro, Pastaban inocentes en lo que aún se encontraba verde. Pensé en ese mismo instante dar mis primeros tiros y acabar con una de ellas. Comerla, asarla y darse un festín para aplacar a los futuros amotinados. Llevábamos meses comiendo porquerías vegetales. Nadie puede vivir así. Yo quería carne roja, sangrante y jugosa, venía soñando con algo por el estilo hace mucho. Era la oportunidad. Robarla y aniquilarla para devorarla impunemente en tanto ver a las sanguijuelas del ejército con sus sabrosos bocados que les llevaban casi todos los días con aquel helicóptero infernal que pasaba sobre nuestras cabezas aumentando aun mas nuestra desvalida guerra.

El resultado de tal incursión fue a primera tentativa comprarle el cuadrúpedo al campesino. Así nos organizamos y partimos entre la vegetación tupida, que a esas alturas me tenía completamente hastiado. Salimos Óscar, Chele y al final yo ya que era el descubridor de tal tesoro. Bajamos la quebradita tomando toda clase de precauciones, habitualmente nos encontrábamos a ochenta metros de los soldados y había que asegurarse de que se mantuvieran a esa distancia. Logramos llegar hasta la puerta, yo me quedé como una especie de vigía en las afueras de la cabañita, entre unos arbustos. El capitán junto al Chele tocaron la puerta y salió el anciano, De lejos no se escuchaba nada. Simplemente todos movían los brazos a modo de gesticulaciones, el capitán lo tomaba por los hombros. El viejo se negaba a vender al cuadrúpedo. Tenía su vida, no estaba a favor de nadie salvo de los montes que lo cobijaban de la guerra. Era su

hogar, Chele baja la cabeza. Estoy como a diez metros. El capitán le lanza las monedas. El precio en que habíamos tasado al animal. El viejo no las recoge. Se arma un barullo, se tira sobre Chele. Cae de espaldas, su fusil hacia cualquier sitio. El capitán grita, le apunto al anciano, lo tengo en el alza de la mira, no iba a disparar mi primer tiro sobre un viejo atolondrado. El capitán le apunta, el viejo piensa, lo duda. Lo mira con ira. Las vacas permanecían atentas, una de ellas iba a morir. La masticaríamos. El viejo se levanta mirando al capitán. Luego recoge las monedas, una por una. Le apunta con el dedo cual llevarse. Mas tarde el capitán la coge con un lazo alrededor del cuello y subimos la lomita, a duras penas con la vaca que no paraba de gemir, iba al matadero.

Llegamos como unos verdaderos héroes, todos mis camaradas procedieron a felicitarnos por la operación exitosa, al parecer ésta valía más que ninguna otra ya que nos permitía seguir conservando un talante aceptable.

La tarde aquella nos dimos un buen festín de carne asada. Los soldados paraban su barullo de patrullajes a eso de las tres de la tarde, de ahí en adelante era horario de no combates por lo que nos pudimos mantener algo tranquilos. Los entendidos en mataderos, se encontraban unos cuantos carniceros de profesión entre las filas de nuestra compañía, se dieron a la labor de abrir a la famélica vaca. Se aprovechó hasta el más mínimo fragmento del animal. Lo que no se comería se secaría para las caminatas del futuro. Así la asamos entre dos palos. Aquel aroma se podía oler a kilómetros. Los ánimos se iban calmando, el estomago comenzaba a llenarse de grasa y los posibles amotinados empezaban a ver todo nuevamente color de rosa. A todo el mundo se le fue olvidando que estábamos rodeados hasta el tuétano, que nos tenían flanqueados por todos los sitios de Guazapa, era cosa de tiempo, de meses quizá; nos harían polvo dentro de poco.

Hasta este instante llevábamos cinco muertos, el diez por ciento de nuestra fuerza, eso era demasiado. A los soldados les faltaban veintidós de ellos que fueron muriendo por diversas razones, las mayores, por las minas. Pero veintidós soldados en una

fuerza en que se desplegaban cerca de trescientos era casi un vulgar antecedente estadístico, ellos hacían soldados por montones. Para que un guerrillero se hiciera guerrillero había que pasar por un sinnúmero de palabrerías y convencimientos. Nadie se iba a venir a meter a este monte pánico donde la mayoría no tenía que comer, salvo aquellos que no tenían que comer en ningún sitio del Salvador y aun eso por sí solo no servía, al menos debería poseer algo de cinismo para no perecer en las calles vaporosas de aburrimiento.

Los guerrilleros se moldeaban con más esfuerzo, se morían igual que todos, pero el calvario poseía, al menos, aquella dosis de esfuerzo, morirían, moriríamos, tal vez, en esa incertidumbre. En tanto yo seguía masticando este tipo de cosas pero lo que me mantenía ocupado era masticar la delicia de la carne como un antropeide solitario. Me mantenía alejado de todos, debajo de un árbol, junto a mi fusil y mi derruida mochilita de colegial mientras iba viendo como se apagaba el fuego del asador improvisado.

Me relajaba como hace tiempo no lo hacía. Seguro después lograría tener una buena siesta antes del horario de mi guardia que se hacía a unos doscientos metros del lugar donde acampábamos. Mientras, mis camaradas se flateaban y lanzaban gases en el mas salvaje gesto de agradecimiento y demostrando a todo el mundo lo satisfechos que habían quedado con aquel festín. Miraba todo aquello y a lo lejos comienzo a sentir el suave zumbido de un pequeño avión que merodeaba la zona. Al parecer nadie lo había notado. Se hacía costumbre escucharlo. De pronto pasa por sobre nuestras cabezas. Era un Push and Pull del ejército, un pequeño avioncito de reconocimiento muy cómodo para aquellas actividades. La mayoría de mis camaradas simplemente alzó sus cabezas para mirarlo. En el campamento reinaba una completa indolencia por el aparato. El avión seguía ronroneando por todo el cielo y acto seguido se escucha una fuerte voz lanzada mediante altoparlantes diciendo algo así:

¡¡Combatientes del FMLN: están completamente derrotados!!

Yo di un salto por el volumen de la voz que provenía del mismísimo avión. Luego continuó:

¡¡Dentro de poco morirán todos!!

Aquello fue contundente y definitivo. Yo no salía del estupor por el mensaje, miraba sin dirección alguna. La mayoría se sonreía mirándose entre ellos, nerviosamente. Después de la voz dejaban caer un centenar de pequeñas octavillas sobre nosotros. Cayó una cerca de mí y la tomé. En ella salía dibujado un esperpéntico guerrillero acurrucado al interior de una cuevita piojosa, asustado y desvalido dirigía sus atolondrados ojitos hacia la plenitud de la noche. Por el otro costado del papel se notaba a Villalobos, uno de los jefes de todos los insurrectos y a Shafik, el mandamás de los comunistas salvadoreños, que brindaban sonrientes y relajados junto a Fidel. Vaya que caricatura, me dije doblando el papelito en cuatro partes. Mis camaradas ahora reían con el papel en las manos, la mayoría los guardaba. Seguimos alzando la cabeza y la voz reapareció con una nueva alocución. Esta vez casi todos se descompusieron. La voz decía así:

¡¡Combatientes, les habla Gregorio, un ex compañero de todos ustedes!!

Es él, es él, dijo uno a no mas de dos metros míos con cara de espanto. Gregorio precisamente había desertado y ahora pertenecía al otro lado, poniendo su granito desde el borde contrario, pero continuaba hablando fuertemente:

¡¡El gobierno me ayudó y conseguí un buen trabajo!! Yo les recomiendo lo mismo y así podremos todos juntos reconstruir nuestra querida patria.

Algunos se tomaban la cabeza como no queriendo creer aquello de Gregorio, que al parecer había sido un buen combatiente.

Después de la voz y las octavillas el avión parecía retirarse con la misión cumplida de la guerra psicológica, al menos eso creíamos, pero en un santiamén reapareció con más furia sobre nosotros con el único propósito de hacer de su campaña algo exitoso convenciéndonos de desertar a mundos más tranquilos. Nos comenzó a ametrallar furiosamente con una ametralladora eléctrica que escupía como un demonio.

Surgió el caos, todos corríamos en las mas variadas direcciones, yo no tomé nada, dejé mi fusil y todo donde estaba. Los tiros llegaban por todos los sitios. Una batahola fenomenal, un revoltijo de piernas y brazos tratando de cubrirse. Todos los fusiles al demonio, las piezas de carne eran pisoteadas. Me doy un cabezazo infernal contra una de las guerrilleras, caigo de espalda, eso me permite verle el culo al helicóptero que acompañaba al avión, lo veo desde el piso, de espaldas, los pies del piloto. Nos buscaba como un perdiguero hambriento, olía el aire. Nadie disparaba. Recuerdo la carta, el delantal blanco de mi padre. Los que ya no corren están guarecidos en los hoyos de la selva, en la oscuridad disparando hacía la inmensidad del cielo. Tal vez pensando en Gregorio. Trato de buscar mi mochila. Se alcanzan a escuchar algunos chillidos, algún camarada con las tripas afuera, pensé. Diviso mi mochilita entre la carne pisoteada, nuestro antiguo festín. Está a unos diez metros de mi alcance. Me paro y me adoso a un tronco de árbol frondoso, no me muevo. Me armo de un poco de valor para ir en su búsqueda.

—¡¡No te muevas de ahí!! Es la voz del Chele a unos cincuenta metros, que se cubre con unas piedras.

Me estaba mirando con sus ojos por el suelo, parecía un animal, sudaba. Lo único que había que hacer era esconderse. Los tiros fueron cesando de a poco, el helicóptero se dirige a otra latitud, siempre buscando a quien atormentar con su ametralladora. Nos da un respiro, seguro volverá en unos minutos. Nos tienen ubicados.

Chele se acerca a mi lado, respiro como un mono. Viene con un fusil larguísimo. Era un Dragunov de alto alcance, se lo había prestado un tirador, tal vez el único que había entre nosotros. Me dice que lo acompañe. Dudo pero lo sigo, y en la pequeña marcha tomo mi fusil y la mochila, me siento mas seguro, no por el fusil con sus tiros intactos sino por la mochila. Subimos a una leve lomita enfrente de nosotros. Por ahí se notaba mejor el helicóptero. Esperamos tras unos arbustos, nadie nos veía.

—¿Qué hacemos acá? —le pregunté intrigado.

–Voy a derribar al helicóptero –me contestó con sus ojos puestos en la mira del fusil. Esperábamos como la caricatura del guerrillero en la cuevita piojosa.

De seguro lo único que se pudiera haber visto desde el aire habría sido los ojos desvariados del Chele y el aura de mi pavor que a cada segundo crecía en aquella emboscada. En ese momento le recordé sobre los equipos que había pedido.

–¿Y? –le dije– ¿cuando nos llegan tus pedidos? Evidentemente yo no creía absolutamente nada, nadie nos enviaría nada.

–Ya llegarán, hay que tener paciencia, es cosa de días, respondió con su ojo izquierdo adosado al cristal de la mira.

–Llevamos meses y aún no pasa nada.

–Estas cosas demoran, no seas impaciente.

–Nunca he sido impaciente –le respondí pasando mis dedos por el cargador del fusil–. Luego miré hacia abajo de la lomita y mis camaradas se recomponían, tomaban las provisiones del caso, recogían las cosas. Ya nos mudábamos. Se veían como hormigas atolondradas luego del pisotón de un gigante.

De un momento a otro apareció el helicóptero, sentí ganas de vomitar y cagar al mismo tiempo, todas mis secreciones se hicieron presentes. El zumbido era infernal, muy cerca de nosotros. No nos había visto. Bajé mi cabeza aún más entre las piedras.

Chele apuntó, resoplaba, eso le hacía perder el pulso, una movida en la mira y el blanco se mueve, allá arriba a unos cien metros. Contaba hacia atrás, esperaba el mejor momento.

–Se le ve hasta la risa al hijo de puta –me acotó. Estaba hablando del piloto.

Apuntó a la cara, en medio de las cejas. Yo esperaba con los ojos cerrados deseando que disparara pronto para salir de ahí. Sale el disparo, un estampido en mi oído, quedo sordo, el segundo disparo no lo escuché. Le disparó dos veces, no le dio ninguna, debió haberle apuntado un poco mas adelante. El piloto del helicóptero nos vio, comienza a girar hacia nosotros, veo todo, las aspas, el color verdoso y su ametralladora brillante, seguía girando.

–¡¡Vámonos!! –me gritó.

No lo escuché, seguía sordo por el disparo.

Luego veo al Chele corriendo, como una gacela paralítica, por la ladera del montecito, al tiempo que alzo mi vista hacia el helicóptero y ya no alcanzaba a salir de ahí. Los disparos comenzaron en segundos, me hundí en las rocas de mi lado. El Chele comienza a rodar por el monte, el fusil se desarma en la caída, veo todas las piezas esparcidas, la mira cae a una quebrada. Me siguen disparando, siento que me muero o que me están matando. Levanto el fusil sobre mi cabeza, aprieto el gatillo y no lo suelto hasta que se agotan los tiros. No sabía dónde disparaba, sólo era para arriba, donde estaba el helicóptero. Mi fusil ya no funcionaba. Pensé en la treta del oficial nicaragüense cuando nos rendíamos ante nuestros camaradas de armas, era mi única oportunidad de seguir con vida; lo desestimé, aunque me rindiera el helicóptero me haría polvo, pensé en que siempre había una alternativa, deseaba una mínima tregua ante el carnicero alado. Proseguía en la duda de la rendición, me costaba ser fiel a mis propias convicciones. Abrí la mochila y saqué el delantal blanco de mi padre, las piedras ya se estaban derritiendo por los disparos. Lo puse en el cañón del fusil, a mi lado había otro depósito dejado por el Chele, era eso o alzar la bandera blanca; puse el depósito nuevo en el fusil, debía optar: mi dedo apretujando el gatillo del fusil, mis inocentes manos alzando la banderita blanca o la tercera, levantar la banderita blanca y comenzar a disparar, un pie en cada bote, las convenciones de honor en la guerra son vicios.

Sin pensarlo alcé el fusil, de un movimiento la banderita quedó atrapada en un ramaje aledaño, se salió, y sólo por cuestiones de circunstancias tuve que empezar a disparar, porque ya no me estaba rindiendo. No pensé en ningún héroe patrio descargando el fusil contra el carnicero. Seguía disparando, el delantal atrapado en el ramaje se comienza desintegrar por las balas, saltan trozos del fusil, el cañón se desploma, todo lo atraviesan las balas del helicóptero, quiero ser una tortuga, quiero un caparazón, mi cuello ya no da mas tratando de meterlo aún mas entre mis hombros, Comienzo a bajar lo que quedaba del fusil, el delantal a mi lado ya no existía, siento una

quemazón en mi mano derecha, un líquido viscoso salta sobre mi cara, es sangre, mi dedo índice ya no está, se mezcla con los restos del fusil y el delantal.

Al cabo de un rato el helicóptero se marcha. Seguro me creía muerto. En parte lo estaba. Me arde desesperadamente la mano. Tengo un dedo menos, algo había dejado de mí en esta guerra.

Sangro por aquel hueco dejado en mi mano, quiero llorar, lloro, no gimoteo, eso me limpia la cara en parte. Luego bajo hacia el llano, todos se estaban reuniendo, nos marchábamos, llegaban las tropas helitransportadas. Me miran con un dejo de admiración.

Todo el espectáculo había sido presenciado por la columna, no se enteraron de mis más profundas contrariedades allá arriba. De lejos las cosas se ven así, como un acto heroico y desprendido pero ninguno tomó en cuenta las circunstancias que posibilitaron y determinaron mi breve y mínimo acto de valor casual. El negro dominicano me sonrió como queriéndome decir lo valeroso que era. El Chele se soba la cabeza, me abraza con orgullo, era su pupilo en estas tierras, trato de explicar que las cosas sucedieron así como jugando. Nadie me quiere escuchar, quieren convencerse de lo grande que soy, un cuadro para la guerra. A Chele le colgaba un trozo de cuero cabelludo de la cabeza, también sangraba. En la caminata nos atendió un paramédico que venía de la Unión Soviética, que no sabía ni un coco de nada, era un aprendiz, nos vendó y luego nos anestesió la zona. Aun no tomaba en cuenta que había perdido un dedo fundamental para quien hace de las armas algo más que un argumento histórico.

Sin embargo las cosas seguían peores para nosotros. Al anochecer nos tenían completamente rodeados a corta distancia. Los responsables se reúnen y deciden salir de la zona, abandonábamos por un instante nuestros dominios, En los días siguientes, casi semanas enteras nos dedicamos a escapar de los soldados, que nos seguían el rastro de cerca.

Comíamos las tortillas en completa preocupación, ya nadie digería bien, comenzaron las bajas estomacales. Mi dedo ausente acaparaba mis preocupaciones, ya no era la úlcera, era la ausencia de

mi miembro. Era un castrado. Tuve que aprender en pocos días a utilizar mi dedo medio, era la refacción. Me pasaron otro fusil, casi igual al anterior, había sido de Octavio, un muerto de los últimos días. Era el premio por mi osadía. "¿Qué tipo de compañero tienen, no?", le decían al Chele, o "vaya que clase de guerrillero es ese tal Vasco". Me convertía en una leyenda.

En aquellos días me relacionaba con el negro dominicano, andaba todo el día con las piernas descubiertas sin que la naturaleza oprobiosa le hiciera mella en sus oscuras piernas. Así fue que me quedé con el fusil de Octavio, aprendí de a poco a disparar con el dedo medio, al principio me costaba pero pude sortear todo aquello. La guerra continuaba. Mi herida, al parecer, cicatrizaba satisfactoriamente.

Por la propia naturaleza de la situación las cosas se iban haciendo más difíciles para todos. Las bajas continuaban y el ánimo de los guerrilleros decaía estrepitosamente. Ya no tan solo era el estómago que se rebelaba sino la misma disposición combativa. Los intentos de motín renacían una vez más. En un santiamén me cambiaron de ubicación, ya no era combatiente de primera fila sino que se me designó, a modo de premio y para mi reposición corporal, a la custodia de las cocineras que amasaban las tortillas diariamente. Para mí no había problema alguno, me repondría satisfactoriamente en aquel puesto relajado mirando todos los santos días a las viejas amasando sus tortillas. Me pasaba el día junto a ellas escuchando sus parloteos, sus pequeños chismes de quienes habían formado parejas en los breves periodos de tranquilidad, poco a poco me iba informando de las cosas más inusuales.

—Y bien, así que tú eres el cuadro heroico del combate en el montecito, me decía una de las viejas casi todas las mañanas en que nos reencontrábamos. Contigo es gran seguridad no lo crees, agregaba mirando a la otra vieja y luego se lanzaban a reír esparciendo sus babas por las masas de tortillas. Yo nada mas las miraba en silencio.

Íbamos de un lado a otro para escapar de los soldados, mientras por el aire flotaban los helicópteros y aviones. Primero

estuvimos en Casa de los Montes, luego en Logística, un caserío derruido por las bombas, llegamos mas tarde a Altura de Dimás, un lugarcito donde años atrás emboscaron a un guerrillero de ese nombre, aquellos días cuando se daban tiros entre las organizaciones. También recalamos en un sitio llamado el Amate, puebleríos muertos, sin gente, cadáveres famélicos deambulando de un sitio a otro.

A fines de enero la situación era insoportable, los reclamos eran cotidianos, las viejas amasaban sin chistar, era su mundillo. Una tarde un guerrillero de catorce años se acerca y me ofrece cambiar de puesto, argumentando que el prefiere ser mujer para estar amasando todo el día y no permanecer en el frente. Yo no le contesté nada. Mas tarde una muchachita de nombre Margarita, de pequeñas facciones armoniosas y largo cabello oscuro, de unos quince a dieciséis años, veo que le grita al Chele, como un encargado mas de la dirección de la columna, que hasta cuando los van a tener de esa forma, en aquel estado de rarefacción lenta. Chele le contestó un par de cosas. Garabatos, en suma. Luego se dio media vuelta y partió corriendo por un bosquecito desesperada gritando:

—¡¡Nos van a matar a todos!! ¡¡Nos van a matar a todos!!

Se perdió entre la espesura de los árboles. Era cierto, poco a poco nos iban matando a todos. El capitán le advierte que no se vaya por ahí que hay minas en todas partes, ella no escucha y prosigue en su loca carrera a cualquier sitio. Pisó una mina, yo la veo desde mi posición, da una vuelta carnero y cae de culo. La tierra aun suspendida en el aire. Ella se quedó sentada mirando como le fluía la sangre diciendo serenamente:

—¡¡Putas ya perdí la pata!!

La mayoría partió en su búsqueda. No tenía su pierna y sobresalía parte de su tibia y peroné, a medio quebrar, marrón como la pata de un pollo. El paramédico no sabía que hacer luego de vendarla, ella seguía chillando como una loca. El Chele estaba a su lado consolándola. La hemorragia se le detiene, luego la levantamos y la llevamos a las ruinas de una cabañita que estaba cerca nuestro. El inexperto sigue sin saber que hacer, Margarita estaba vendada y

sólo le salían los restos de huesos. En un momento Chele sacó de su mochila una pequeña navaja suiza de color rojo y desplegando una mínima sierrita contenida en ella, se la pasó al paramédico y este comenzó a aserruchar el resto de hueso. La cara de Margarita empalideció hasta la brutalidad y comenzó a gritar atrozmente. Se me ocurrió preguntar para que hacía eso. Nadie supo responder, el Chele acoto: Es que no se veía muy bien.

Ahí detuvieron tal cirugía salida de preocupaciones estéticas. Por la noche la llevaron al hospital de campaña, preguntaron si alguien tenía sangre tipo universal, nadie respondió, nadie poseía aquella sangre. Margarita murió esa noche, simplemente.

XXX

El tres de febrero del 87 nos dirigimos hacia el oriente, a una localidad llamada San Antonio, muy cerca de Cinquera. Salíamos de Guazapa por la evaluación de los responsables. Nos disgregábamos en una nueva estrategia general. Algo así como una brutal fuga. Nos descomprimíamos para que a los soldados les fuera algo difícil eliminarnos de todo Guazapa. Volvíamos a los viejos principios de la guerrilla. A la cuevita piojosa en las octavillas de los soldados. Al fin era un recurso válido para quienes escapábamos de todos los sitios de la tierra. Había que mantenerse, eso era un hecho.

A esas alturas, y por mi tiempo en la guerrilla, ya era un veterano; la mayoría no duraba un mes, por lo que tenía razones de sobra para sentirme un afortunado aun en toda aquella desgracia. Hay que saber evaluar las situaciones correctamente, uno puede mentirse, y eso es una costumbre, la mayoría del tiempo que nos corresponde estar vivos. Pero existen momentos, raptos si se quiere, de verdadera honestidad. La mayoría de las veces aquellas situaciones se dan cuando uno esta al borde y como siempre permanecemos fuera de ese estado, la costumbre es mentirse y falsearse hasta más no poder, la verdad, sólo ahí uno es lo que es consigo mismo, nada más.

El negro dominicano me lo recordaba continuamente. ¡¡Hey chileno, ya eres todo un guerrillero!! ¡¡Un verdadero veterano de

estos montes!! De seguro ya serás un instructor de los nuevos que algún día vendrán a ocupar su puestito. Yo lo miraba con cansancio, virtualmente sin interés, tendría sus razones para vomitar toda aquella clase de cosas, pensaba. Aquello casi siempre me lo decía al borde de la extenuación mientras caminábamos hacia algún sitio del todo inapropiado, como era costumbre en esos montes y laderas infernales. Vaya guerra.

En aquella marcha, la de la escapada, cerca de dos días continuados caminamos como verdaderos lunáticos, agotados hasta más no poder, entre lluvias que aparecían de la nada en el cielo y luego desaparecían de igual forma, eran de una forma atroz, como pequeñas navajas rebanando todo. Llovía durante el día, durante la noche, durante la tarde, durante todo el mal nacido día. Y de pronto, como si alguien cortara el contacto del agua, desaparecía todo, las nubes, el agua, el barro. Era el intersticio para el nuevo espectáculo, salían los insectos, el sol y la humedad, el sudor que se pegaba en la totalidad de las ropas. Cuando no era el agotamiento era el calor, cuando no era el calor eran los soldados, cuando no eran los soldados era la maldita cabeza y los malditos recuerdos flotando como si nada, recordando como una avispa en celos los viejos tiempos vividas.

Mientras caminábamos extenuados siempre le hacía algún comentario al Chele sobre su pedido logístico, sus botas, sus fusiles, las probables municiones, los catalejos poderosos para seguir viviendo. Jamás llegaron, éramos demasiado vulgares. Nunca me contestaba, su silencio era elocuente, tal vez en el fondo logró reconocer que éramos soldados, tropa, ramas de esta selva o simplemente hojas secas de una historia que moriría tan pronto como los efectos de una borrachera.

Yo simplemente quería un dedo nuevo, algo que viniera a llenar mi mano, tal vez una rama seca, un trozo de metal, algo que simulara ser mi dedo que había perdido en un monte sin nombre ni dueños. Ya no volvería completo, eso era un hecho, en nada me podía mentir, ninguna ilusión podía ir en beneficio de mi falta corporal. Lo cierto es que las manos, los dedos, las ausencias e

indecencias habían estado marcando lentamente el destino de toda esta ironía selvática.

Por otro lado el muñón poco a poco fue tomando una forma simpática entre medio de las cicatrices rojizas que iban asumiendo tonos diferenciados dependiendo de la luminosidad del día. Mi mano ya no olía a carne descompuesta, se recomponía lentamente. A la par con ello mis movimientos con el dedo medio se fueron haciendo mas suspicaces y perfectos, me adueñaba lentamente de aquel dedo que nunca antes me había servido para algo, salvo para ofender a alguien. Esto sí que era una reapropiación corporal.

Como a eso del mediodía nos confirman que nos detendremos a descansar en un riachuelo que se presentaba ante nosotros. Era un verdadero paraíso para todos. La mayoría se lanzó a las aguas en una desordenada estampida. El Negro dominicano pasó a mi lado como un huracán oscuro lanzándose con todo lo que llevaba encima. El río poseía una arena calida con una verde y exuberante vegetación tropical plagada de pájaros de colores y alimañas dando vuelta por todos los sitios. Éramos un curso de veraneo, la guerra, los muertos, las heridas y miembros menos, las minas y los soldados, los helicópteros y las bombas, todo se olvidaba, nadie hacía guardia, nadie hacía nada salvo olvidarse de todo, éramos el comunismo de los perros. El verdadero olvido.

Chele llegó a mi lado, serena y tranquilamente se posó sobre la arena observando todo aquello, yo me quedé de pie. Tras nosotros estaba el sol y los montes en los cuales detonaban miles de colores, un calor nos fue adormilando, la humedad no era tan horrible. Me quedó mirando, lo miré, nos miramos. Se rascó la cabeza, su herida seca, la sangre le teñía parte de su pelo, estaba seca y llena de tierra como una costra regordeta. Se sacó las botas, no eran las de Checoslovaquia, eran de un soldado muerto. Las dejó bien ordenadas al lado de su fusil y su mochila, luego se levantó diciéndome con un movimiento de cabeza, que lo acompañara, lo dudé y partió solo, se metió a las calidas aguas, se remojó, metió su cabeza con cuidado y comenzó a nadar tranquilamente.

Me podría haber quedado ahí hasta el fin de los tiempos, me agradaba aquel lugar, el ambiente, la breve paz que nos rodeaba. Me tiré al agua. A mí alrededor estaban todas las guerrilleras en topless con sus pequeños calzoncitos húmedos, se les notaban sus negras rosas, sus tetitas al aire vagaban al son del viento. Me relajé, suspiré, quería que todo acabara aquí, que todos nos viniéramos a civilizar esta parte del monte, me casaría, tendría hijos y un buen perro, mi vida estaría saldada, no me preguntaría nada mas ni me importaría nada sobre la tierra, olvidaría todo, no vería mas muertos ni tendría que matar a nadie, cada mañana lanzaría flores y tierra, pastos secos sobre las tumbas de César y tantos otros que se habían ido, en suma los que había visto morir muy cerca, tan cerca que moría una parte de mí, tal vez el pedazo que vamos depositando en los otros inconscientemente. Aquellas muertes, las de uno en los otros, eran mas prolongadas, lentas podría decir, tan lentas que cansaban mas que ver y sentir la propia extinción, que mas tarde, luego de muchos años comenzaría a buscar cuando mi historia y la de muchos de mis hermanos comenzó a acabar, pero uno, tercamente no acababa, no expiraba y aquello fue el comienzo de un sereno decaimiento. En fin, por mi parte quería comenzar a olvidar ahí mismo, en ese pequeño descanso salvadoreño, pero no podía, así es que empecé a recordarlos tanto que definitivamente me olvidaría de mi mismo y de todos ellos.

Desde el agua cristalina y en los veinte o treinta metros que tenía el lago yo simplemente observaba todo. Una de aquellas verdaderas sirenas se acerco al Chele que se veía a unos dos metros de mi posición, de ahí podía escuchar todo lo que le decía. Le ofreció lavarle el uniforme, es decir, su ropa. Todas ellas estaban sumergidas en dicha labor histórica, restregando afanosamente y conservando su bella desnudez se daban a dicha labor. Chele accedió sin mediar palabra, no dijo nada simplemente se sacó lo suficiente. Yo esperaba lo mismo, que una de ellas se acercara y me ofreciera lo mismo pero al parecer no era lo suficientemente apto para que alguien me ofreciera aquello. Mi acto de valor ya se había olvidado, era uno más de la columna. Con mi mejor cara de

circunstancia me hacía ver ante ellas pero ninguna se dio por aludida. Me paseaba delante de todas, pero nada. En fin, me saqué la ropa y ahí mismo me puse a restregarla con la arena que iba sacando con mis pies.

Las dos a tres horas programadas para el descanso se fueron convirtiendo en todo el resto del día, es decir, debido al esplendido descanso, el mando del batallón decidió quedarse lo que restaba del día, para mí no había problema, ya lo había dicho, me podría haber quedado el resto de mis infames días en aquel sitio esponjoso y seductor, de verdad me sentía muy bien en aquel lugar.

Por la noche se organizaron las acostumbradas guardias, a mi en particular no me tocó labor de vigilancia.

Fue acabando el día en un atardecer magnifico, yo lo presenciaba a orillas del río mientras esperaba que se secara mi ropa, en tanto me fueron naciendo deseos de abandonar definitivamente mi estadía en Salvador; ya vería la forma de hacerlo con un mínimo de recato. Mi cabeza no paraba de generar imágenes placenteras con dicho panorama natural y sobrecogedor.

Por la noche cada cual se daba a la labor de planificar su pequeña morada de plástico, algunos la compartían con una que otra guerrillera. Había tiempo para la breve lujuria conspirativa, el sexo a ras de piso, entre las ramas espinosas, la cuota de reproducción revolucionaria. Yo no esperaba nada. Al Chele le ofrecieron lo suyo, una guerrillerita de tetitas erectas como Guazapa, la misma que le lavó la ropa ahora le daba su ración de carne fresca, se donaba al internacionalista furibundo. Le hacía cariño, lo convencía de alguna forma. Él sólo le movía la cabeza negativamente. Se negaba a toda costa. Yo lo envidiaba como nunca. Me calentaba pensando en hacer cochinadas. Como siempre mi relación con el sexo fue de oportunidades, esta no era la excepción del caso. Definitivamente el Chele se le negó, tendría sus razones, sus innumerables correcciones.

Yo me mantenía mirando a lo lejos pensando como salir de ahí, había desestimado cualquier ofrecimiento de alguna hembra armada. Era el olvidado héroe castrado sin un dedo para señalar mi

destino. De pronto se acerca una de las cocineras, venía con una pequeña carga de seducciones selváticas, se movía como una pequeña foca, se acercaba cautelosa como mirando las estrellas. En cosas de mujeres tropicales tenía la experiencia de Jazmín, sabía que no se andaban con nimiedades y la edad, en este caso no sería un obstáculo. La cocinera venía determinada, no la detendría nada. En tanto se acercaba me di a evaluar la situación en unos pocos segundos, me atrapó una indecisión monumental, en aquel momento preferí estar al frente de un combate, ahí actuaba con una mínima resolución, ahora no era nada, la gorda me convencía sin mucho esfuerzo, éramos los últimos de la primera compañía algo así como el lumpen proletariado de la guerrilla. Accedí a compartir el plástico con la cocinera, al fin y al cabo nos hacíamos bien. Me toqueteaba como su fácil conquista, eran los resabios de mi valor en el montecito. Me pasaba su lengua vieja por el cuello, me acariciaba el muñón rojizo, me hacía dulzuras de cocinera en guerra.

Nos quedamos mirando hacia la oscuridad mientras allá arriba, en el cielo negro se asomaban un centenar de inalcanzables estrellas. La guerra nos consumía, ella hablaba del futuro socialista, de la patria igualitaria, cada cual según sus necesidades, quería el comunismo de los perros, peroraba sobre dios y de sus hijos postrados en los hospitales de San Salvador, cojos y mancos, también uno preso. La toqueté entre sus pliegues de gorda, estaba húmeda, quería que dejara de lanzarme sus esperanzas. Le tomé la mano y nos fuimos a los plásticos. Antes me besó en la boca, jugueteó con su lengua por entre mis muelas, tenía sabor a tortillas, ella entera olía a tortillas de maíz mezcladas con el sudor de la caminata. Caminamos unos metros hasta llegar debajo de unos arbustos descoloridos, desplegué mis plásticos, no daban abasto, ella fue por los suyos. El Chele miraba absorto todo mi espectáculo, sacaba sus conclusiones, sus hipótesis sobre mí, me estaba conociendo, sonreía desde lejos. Al final terminamos bajo los arbustos, las caricias y quejidos de la gorda cocinera, sus artimañas sexuales no decaían con el tiempo, en otro tiempo hubiera acabado en un geriátrico, sola, mirando por la ventana, al menos en los

montes se sentía y estaba viva explotando su vida, gemía como una vieja, ponía sus caras, sus expresiones de placer, dijo que me amaba, yo la miraba desde mi posición, de abajo hacia arriba, sus tetas sueltas no me dejaban verle la cara, sus pliegues caían sobre mi vientre, cerré los ojos y no le contesté, la gordita me dio lo mío.

Mas tarde nos dormimos, ella me abrazaba, yo permanecía con los oídos pegados al piso, despertaba a cada paso de la guardia, no me alejé de mi fusil. Luego perdí el conocimiento y desperté a las seis de la mañana; la compañera Edith ya no se encontraba a mi lado. Hacía su labor, amasaba tortillas en medio de unas cuantas palanganas. Me sonrió coquetamente desde lejos, me hacía muecas, arrumacos faciales, de verdad me amaba, tendría sus preferencias, me haría mimos estomacales, ahora era su preferido. Enarboló una tortilla cruda, le marcó una V de Vasco, era para mí, su presente entre todos los guerrilleros. Alguien me miraba con otra cara, era Edith, la vieja compañera Edith.

Reanudamos la marcha por la mañana. Me fui al lado del Chele, caminábamos sin prisa ni apuro alguno, a ratos y por mi labor de guardia de las cocineras, Edith me lanzaba besos conspirativos en medio de sus palanganas y artefactos, no dejó de clavarme los ojos en toda la marcha, tenía la intención de hacerme su novio definitivo. Desde ahí en adelante no la miré mas salvo a la hora de las comidas donde Edith, brutalmente, demostraba su preferencia. Me quería conquistar por mis entrañas.

A eso del mediodía arribamos a San Antonio, un pueblo, como todos lo de Guazapa, abandonado y destruido por viejos combates, los pueblos cercanos, Cinquera y Tenacingo, descansaban en igual estado en virtud del tiempo y la guerra; los habitantes fueron perdiendo año tras año la posibilidad de diferenciar entre la noche y el día. Eran zombies.

Como siempre el mando se quedó a unos kilómetros del pueblo y nuestra compañía alzó campamento en el pueblo mismo. No había mucho que hacer, por mi parte me encargaba de salir del campo de visión de Edith, me perseguía agazapadamente. En un momento Chele me aconsejó arreglar mi situación con la cocinera, ya que

aquello de las preferencias era muy mal visto. Yo nada más le expliqué que no era mi responsabilidad y que no haría nada al respecto, que era un problema de las expectativas de la cocinera y que yo no podía, bajo ningún motivo, entrometerme en los sueños y deseos de los otros más cercanos. La desilusión es lo más rápido que llega a nuestro presente y es lo más cercano a la realidad. Podría decir por medio de estas palabras que el Chele se movía con total soltura en un plano brumoso, cuasi onírico, hasta ahora nunca lo había visto en un descontrol, poco a poco, también se había ido selvaticando, era como si no estuviera ahí, como si fuera un simple espectro que se da a conocer mediante sus pupilas, en suma, era como no estar con él. Luego de aquel intercambio disciplinario partió a recorrer el pueblo con un grupo de guerrilleros. Pensé en decirle que ya quería marcharme de El Salvador definitivamente, tal vez a conocer alguna que otra desangrada guerra de esas que se iban abriendo en otros lugares o quizá retornar con esta experiencia a mis márgenes territoriales, al Chile soberano en parto. Ya sabía cómo mantenerme vivo en estas cosas. Lo más probable es que me hubiera contestado que este tipo de decisiones no radican en el aburrimiento ni menos aun en caprichos volitivos, que detrás de todo ello existía la seriedad del compromiso, la fe en el futuro, la esperanza de las nuevas fronteras de la humanidad. ¡Ah la ciencia!

Nunca le manifesté mis deseos de partir de El Salvador, una vez mas me quedaba a la espera de lo que sucediera, como siempre, desde aquellos días de Valparaíso. Me quedé con la duda orbitando mientras se alejaba a paso lento.

Tras mío escuche un barullo fenomenal, lo que me llamó enormemente la atención, era un tipo que había estado mirando en el lago edénico. Un pequeño morenito de no más de treinta años de edad, delgado como la vara de un palo. Se veía acorralado por otros guerrilleros. Le hacían preguntas. Lo interrogaban. Se veía sin sus botas. Cada noche se las sacaban para que no escapara. Ya existían antecedentes para sospechar de él como un infiltrado del ejército.

Resultó que este tipo había llegado a la compañía guerrillera hacía unas cuantas semanas, un hombre dispuesto a ser el ayudante

del comandante Ramón, mostraba su docilidad, quería ser su esclavo. Yo en tanto ni siquiera lo había notado. Este tipo había llegado por recomendación de otro miembro de la compañía, pero que ya estaba muerto. Por medio de una tía del sospechoso llegó la información, de mano en mano y con la carga de desvirtualizaciones de por medio, que había que sospechar de él por sus características, la tía decía que era de mala clase, un fresco de primera, un gañán dispuesto a todo, sin dios ni ley, un libertino como no había otro en el mundo. Los encargados tomaron nota de los pequeños mensajes y lo mantenían bajo sospecha. Le aplicaron un singular sistema de interrogación. Fue así como lo llevaban de un sitio a otro formulándole las mismas preguntas, bajo distintos guerrilleros, este comenzó a entrar en desgraciadas incoherencias, se desmentía, se reforzaba con lo que podía, su suerte poco a poco iba siendo determinada por sus palabras. La búsqueda de la verdad, la honorable búsqueda de la verdad tenía el objetivo de acabar con su existencia. Yo permanecía viendo los últimos chapuceos orales y desesperados del sospechoso, desde un rincón, con mi fusil a cuestas y la mochila a mi lado, mi dedo menos, mi nuevo muñón.

Se comenzaba a desesperar, al parecer eran sus últimos minutos. La gente del pueblo se acercaba a presenciar el espectáculo, todos bien apretados, querían ver en primera fila, la masa apiñada, el pueblo deseaba sangre, estaban aburridos de tanto atropello militar y desollador, mas tarde se irían a hacer lo suyo, su carga histórica, sentir como el mundo seguía su incorregible rumbo.

Después de un largo rato Chele volvía con una bolsa llena de mínimos caracoles, era el plato principal para el almuerzo, caracoles de río, una sopa para más tarde. Me preguntó que sucedía. Le expliqué la situación, de la cual me había ido informando a punta de especulaciones, yo estaba en lo correcto. Todo se había manejado en los mas estrictos niveles de jefatura, ahora el espectáculo final era para todo el mundo, aquello tenía un sentido. Se acercó el capitán Óscar de nuestra compañía diciéndole al desgraciado sospechoso que, aun sin pruebas, estaban convencidos de que era un infiltrado del ejército. La duda recayó cuando el moreno, solícitamente, se

había ofrecido a cargarle la mochila al comandante de la zona. El tipo moreno lo tomó con una calma envidiable. La gente de alrededor bufaba en la excitación máxima, todo era un vomito de emociones para ellos. Se apresta a morir con la dignidad de un perro aplastado por las ruedas en plena carretera. Se levanta, se saca sus ropas y en un gesto de verdadero mártir de las confusiones ofrece sus ropas para que sirvan a otro guerrillero de aquellos montes. Queda en calzoncillos, roñosos y amarillentos por el uso, el elástico estaba vencido por lo cual se le sale un testículo, le cuelga sin gracia ni estilo. Algunos de los observadores se ríen por el hecho. Todos le miran la bola colgando. Levanta su pecho. Todo el valle enmudece pero aun no hay tiradores para el ajusticiamiento. El capitán Óscar se me acerca, me mira fijamente. Me señala con el dedo llamándome a su lado, me dice que tengo el honor, por mis misiones cumplidas, de eliminar al enemigo. Yo miro al Chele, éste no entiende nada, la gente aguarda expectante todo aquel acto del espectáculo. Comencé a entender que me ofrecía el honor de aniquilarlo. Abrí mis ojos espantosamente. Todo hombre nuevo merece una oportunidad de probarse. Me lanza un breve discurso. Un examen moral. La dosis del día para sus convicciones a costa de mi estupor. Le digo que paso, me niego sin contratiempos, me hago a un lado, el pueblo y la compañía me observan, ahora soy el centro, el sospechoso pasa a segundo plano. Todo, en segundos pasó de un ejercicio de justicia guerrillera a una revisión moral, la rectificación necesaria. La gente expectante, quieren que acepte para que prosiga la fiesta. Edith me mira desde lejos con confianza en que seré el buen revolucionario, autocrítico, honesto, el mejor de todos, aquel que enseñará en las escuelas el nuevo catecismo, haríamos gimnasios, hospitales, centros de educación, el mundo nuevo, la vida nueva, todo a partir de que partiera a tiros al sospechoso, mi fundación.

Balbucí algunas estupideces, una mínima defensa a mi posición. Nadie entendió nada, nadie quería entender. Chele seguía a mi lado, me apoyaba. De pronto todo se enmudeció en mi interior, solo veía al capitán Óscar mover los labios, también, al pueblo hambriento, el sospechoso seguía sudando, de un modo u otro iba a

morir. Dudé una vez mas pero ya tenía suficiente, recordé a Ismael, pensé que el delator no tendría reparos en entregarme, salió la imagen de la cárcel de Valparaíso, su fetidez, sus presos por años, sus baños, los guardias, el mundo de la mierda puesto en escena. A los segundos vi al sospechoso muerto y mi brazo bajando a su posición de descanso, la pistola en mi mano aun estaba caliente, lo había matado de un solo tiro. Todo fue silencio, miré al pueblo, al Chele, a Óscar, al muerto esparcido por el piso, ya no había retroceso, solo me quedaba morir con los míos, con los que en algún grado entendían todo esto, esta elección. Enfundé la pistola, tomé el fusil y salí caminando como lo hacía en las plazas con Mónica. Así me dirigí hacia las afueras de la muchedumbre, con el fusil a rastras. Había decidido salir de El Salvador. Había, sin quererlo, penetrado el corazón de la guerra y di por concluida mi preparación.

A los dos días continuábamos en el campamento. Llegó el Chele con una bolsa de tortillas, la enviaba Edith con una pequeña nota en la cual decía que me amaba. El hambre me había enflaquecido lo suficiente. Permanecí bajo unos árboles a la espera de no sé qué. Discutimos mi situación. Yo quería salir. Necesitas un descanso, me dijo. Hablamos hasta el anochecer, era como una visita en la cárcel. Me ofreció salir de Guazapa y de todo El Salvador. Acepté, era lo que deseaba. Ya sabía el camino de vuelta, conocía lo suficiente, senderos y caminos alternativos por donde no pasaban los soldados. Haber caído en sus manos significaba aparecer desollado y amarrado a un árbol como un mensaje de escarmiento, aquello siempre lo hacían con los guerrilleros solitarios.

Me dio un contacto en las afueras de la ciudad para que entregara el fusil, también otro contacto en Nicaragua. Me facilitó el dinero para mi vuelta, yo tenía en mi poder los documentos nicaragüenses, aun estaban en regla, eran mi salvación. Luego se paró y nos dimos un abrazo. En el fondo te entiendo, me dijo, todo esto no es fácil pero ya aprendiste lo suficiente, ya llegaron otros; nos encontraremos en Chile así es que cuídate. No lo dudes, Chele, le contesté, lo de cuidarse es algo que aprendí muy temprano. Luego le reiteré que me despidiera de Edith y del negro dominicano.

—Salud a los que sigan viviendo —le reiteré—. Tal vez vuelva a El Salvador cuando todo esto haya acabado para bien.

Tomé mi mochila, el fusil y partí caminando al anochecer, en cosas de artimañas de guerrillero había aprendido lo mío, lo suficiente para seguir con vida y llegar a Chile. Una vez más iba de vuelta, el retorno que siempre nos espera, al fin eso, también es una maldición.

XXXI

Al volver, a finales de abril del 87, había cumplido exactamente un año y algunos meses fuera de Chile.

Cuando entré a Santiago en busca y espera de mi nuevo contacto para retomar mi vida trashumante, me encontré con el desolador panorama Papal. Todo Santiago era adornado por aquellas amarillas banderas del Vaticano, la ciudad política de Dios en Italia. El gran Papa llegaba a Chile y los nativos, ya no vestidos con taparrabos, le daban la gustosa bienvenida. Yo, en tanto, me miraba el muñón de mi mano, el resto que quedó luego de la experiencia en El Salvador. A Guazapa no lo sacaría jamás de mi cabeza, parte de mi quedó en aquellos montes.

En mi trayecto internacionalista no me había enterado mucho de los avances y avatares chilenos y mas que nada todo se había reducido a pequeños comentarios por parte de algunos que me encontraba en las afueras de mi paisito, en particular lo del atentado que me lo había contado con pequeños detalles aquel Gordito.

Luego de aquel intento por hacer desaparecer definitivamente al tiranuelo las cosas mutaron enormemente, a ello hay que sumarle la pérdida de un enorme número de armas y pertrechos encontrados en Carrizal. Una lectura clásica nos diría: La situación esta cambiando y por ello hay que, también, cambiar hacia las zonas donde en un futuro podamos acceder a algo menos de lo que pretendíamos. Un principio técnico de oportunidades. A la rebelión le comenzaban a salir canas, su rostro ya no era duro y compacto,

sufría grietas incurables, los negociadores sacaban sus cuentas, los híbridos tomaban la vanguardia, la moral y la legitimidad de un hacer se trocaban por la política pragmática, el principio del consenso, seríamos todos amigos en un futuro cercano, nos daríamos la mano. El tiranuelo ya tenía asegurada la restauración de la patria, había hecho lo suyo, su sueño de monarca, tenía su ejército de negociadores, sus arquitectos, lo hacían bien, sólo era cosa de tiempo. El crepúsculo de los decadentes iniciaba su curso. En tanto nosotros nos manteníamos en lo nuestro, éramos los salmones contra la corriente. Hacíamos omisiones del entorno.

En fin, lo de la visita Papal también nos tocaba de inmediato. Desde febrero se había declarado una tregua por la visita de aquel tipo de cara colorada como la vergüenza. El tributario del poder punitivo de Dios visitaba a sus súbditos. El respeto da para mucho. Aquello significó que el Frente no hiciera utilización de sus métodos expresivos en ese tiempo de tregua. Para mí en tanto, seguía buscando algún lugar o domicilio de forma transitoria. Tenía que arreglármelas como pudiera y con lo que tuviera al alcance de mis posibilidades.

Por otro lado no tenía ni la menor idea de quién sería mi próximo responsable. Fantaseaba con que apareciera Walter y reencontrarme con todos aquellos de años atrás, Óscar, Loco Carlos, Tamara, Joaquín y su hermano, Lara, Rodrigo nuestro jefe, Salomón que ya permanecía a miles de kilómetros, a Ramiro, en fin, también a muchos otros que en estos momentos se me van como gotas sobre el cerebro. Quería seguir junto a todos ellos o a los que quedaban vivos y aun así fuera de las rejas. Las cárceles ya no daban abasto. En el año en que me ausente de mi paisito habían sido decenas de rodriguistas que habían perdido la vida, me enteraba recién por viejos periódicos. Tomaba cuenta de los sucesos del atentado, me informaba sobre lo que no había alcanzado a vivir. Hubiera aceptado gustoso haber participado en aquella operación grandiosa, el atentado al tiranuelo, haber disparado indiscriminadamente contra sus guardianes. Quizá me había perdido lo mejor de aquel tiempo, lo había cambiado inconscientemente por mi dedo índice. Tenía mis

historias, el curriculum como le decían. Pero a decir verdad no tenía como revincularme con el Frente y sus gentes. Debido a mi fugaz salida de Nicaragua nadie me había facilitado ningún contacto para integrarme nuevamente en Chile. De alguna manera se les había metido en la cabeza que me salía definitivamente de todo o que me iba para mi casa como se le decía en aquel tiempo. La verdad no tenía intención alguna de sustraerme a mi tiempo y aquello de irse para la casa no tenía ningún sentido inmediato para mí, en el fondo no tenía casa a donde ir. ¿Y si la hubiera tenido, qué? Acaso me sentaría en el sillón central de mi supuesta casa a enumerar a los muertos. O a narrar a mis oyentes imaginarios mis andanzas libertarias y vindicativas, decir las cosas y hechos que nos fueron sucediendo mientras afuera la lluvia caería incesantemente. Porque las cosas que sucedieron solo pueden comenzar a articularse en un relato cuando ya cae el invierno, cuando ya no hay nada que hacer y es hora del recuerdo para sentirnos útiles y coherentes con el tiempo de nuestras derrotas, nuestros ingentes esfuerzos por ponerle y asignarle otro nombre a la vida, desracionalizar bajo una nueva razón, desnaturalizar con una u otra naturaleza.

Yo no quería irme a ningún sitio y comencé a darme cuenta que nada mas yo era un día en toda mi vida. Si todo había de acabar yo acabaría con todo, reevaluaba mi decisión de no morir jamás. Me repensaba en mi tiempo. Mi labor en El Salvador comenzaba a atormentarme lentamente.

Debido a que no tenía contacto pensé en recurrir a la cárcel, es decir, había allí por lo menos una docena de rodriguistas que me conocían y esa era mi oportunidad de reintegrarme de una buena vez, es decir, por medio de los presos que de alguna manera poseían contactos con los del exterior.

Fue así como una tarde, de las pocas que ya llevaba en Santiago, me dirigí a la cárcel pública enclavada en pleno centro de Santiago. Tomaba mis recaudos, era consabida la cantidad de vigilancia que se procedía a establecer para cada visita a los presos. Por lo menos media centena de agentes encubiertos se apostaban en las afueras de la cárcel para estudiar a los visitantes. Me quedé por

lo menos a unas dos cuabras del recinto a la espera de encontrarme con algún pariente de los presos para que les pudieran entregar una mínima carta de mi parte en la cual expresaba mis deseos y con ello pedía los mecanismos necesarios para reintegrarme, es decir, que me enviaran algún contacto de índole callejera.

El ambiente papal era generalizado. Todo era el reino del Papa en Chile, sus banderitas amarillentas que parecían un homenaje a la orina universal, la cara de aquel anciano en todos los negocios y restaurantes, su aire santificador, sus manos tomadas en señal de comprensión hacia la insulsez e idiotez de los humanos, sus diez dedos intactos, sus huellas dactilares inermes y fuera de toda culpabilidad, era un sucio santo terrenal. El pueblo lo recibía con los brazos abiertos, querían lanzarle sus alegatos, iban a acusar al tiranuelo en la gran manifestación del parque O'Higgins, querían la injerencia santa del viejo con cara blanca y sonrosada, el pueblo se convertía en acusete. El Papa era nuestro gran estadio de futbol. Me comenzaba a desesperar por reintegrarme al Frente.

Entonces, yo me mantenía atento a cada ser que pasaba en dirección a la cárcel pública. Por ahí pasaba todo tipo de personas, desde la noviecita abnegada y fiel con bolsitas a la rastra, hasta señoras pauperizadas con lágrimas en los ojos, que cada semana asistían a la visita. Me vinieron los recuerdos de la cárcel de Valparaíso, las largas tardes carcelarias, las infinitas noches mirando el techo de la celda. Las aburridas visitas de la semana. Lamentablemente los encierros no se pueden olvidar por más que uno intente mirar una muralla en forma neutra a tocar ciertas superficies porosas y ásperas; inevitablemente aquello nos transportara hacia un pasado lleno de escaleras hacia el fondo oscuro.

Permanecí cerca de cuarenta minutos con la expectativa en mis nueve dedos y tomé conciencia de que no conocía a nadie mas que a los que estaban presos, ni siquiera algún pariente, amigo a familiar excesivamente cercano, nada de nada, seguía siendo el desconocido. Luego de aquella descarnada verdad partí caminando en la misma dirección por la que había llegado.

Me fui evaluando las posibilidades de revinculación y estas se hacían cada vez más precarias. Pero aun tenía algo, de pronto recordé el lugar de trabajo de Óscar, independientemente de que si lo estuvieran buscando, la madre de seguro trabaja ahí en el cementerio. Digo la posibilidad de que ya lo tuvieran identificado porque eran muy pocos los que no lo estaban, particularmente después de que atraparan a casi la mayoría de los que actuaron en el intento de muerte del tiranuelo. Óscar era mi salvación.

Me fui esa misma tarde camino al cementerio general; de una u otra forma volvía a los lugares primarios. Al llegar enfilé por la hilera de vendedoras de flores, me movía entre ellas y sus productos, por el chocante hedor a rosas y lirios, calas para los muertos mas pobres. La pobreza no nos abandona ni aun después de muertos y si la reencarnación es algo mas que una promesa, la pobreza también estará presente en la nueva vida, reencarnación tras reencarnación llegaremos hasta lo mas bajo de la existencia, probando con ello lo que se puede llegar a soportar. La reencarnación no es un proceso ascendente sino que nos damos cuenta de ella cuando vamos en cuenta regresiva. Las otras partes, la de la vida florida no la notamos porque permanecemos demasiado ocupados en gozar de los placeres que nos ofrece aquel tipo de existencia.

Es por ello que los ricos son bobos inconscientes, los veréis felices y bienhumorados a cada segundo de la vida. Esperanzados en la humanidad, pero aun no se han dado cuenta adónde se dirigen, aun no han comenzado a vivir tal como es la vida.

Al entrar a la oficina de recepción, lo primero que diviso es la cara de la madre de Óscar. Habían pasado cerca de dos años y ella estaba de la misma forma, idéntica vestimenta y expresión. Para algunos el tiempo es sólo un patio encementado de manera uniforme. Pueden pasar toda una vida en la misma postura. Me quedó mirando como reconociéndome. No le dije nada, esperaba la primera palabra por parte de ella. Me mantuve.

—Qué haces acá —dijo alzando sus ajes en las mas variadas direcciones.

—Busco a su hijo, señora, acaso no me recuerda, he venido en oportunidades pasadas, soy un muy buen amigo de su hijo, aquel que trabajaba con usted —le dije en un tono muy respetuoso ya que la señora se veía molesta a causa de no sé qué razones.

—Claro que lo recuerdo joven, usted se me imagina como un militante del Frente al igual que mi hijo, ¿acaso me equivoco?

Ella miraba hacia abajo al momento de hablarme, no me daba la vista como en un viejo acto de conspiración. De un momento a otro en que aquella situación no me dejaba sino un suave placer de derrota, apareció por entre las cortinas que separaban la oficina de la pequeña pieza en el traspatio, la cara redonda y el pelo motudo de Óscar. La señora se hizo a un lado de manera corriente. Nos dejaba el espacio a nosotros. Mi ánimo se elevó hacia las mismísimas cimas pírricas. Aquel tipo sí que me causaba felicidad. Me agradaba verlo vivo, fuera de las rejas y con aquella envidiable serenidad. Durante mi ausencia se había mantenido respirando, haciendo lo que siempre había hecho. Seguía siendo un soldado del Frente como muchos hicieron. Al mirarme lo vi sonreír, se palmaba la cintura como un gangster romántico. Hacía notar su pistola, aquello lo hacía sentir tranquilo, parte de algo que se nos estaba marchando. Me abrazó, era un cariñosito por definición. Permaneció largo rato adosado a mí. Me preguntaba que me había hecho durante todo este tiempo, se interesaba de verdad. Yo no le contestaba nada, aun conservaba algún tipo de recato, su madre nos seguía observando. Óscar me tomó la mano, notó la ausencia de mi índice. Quedó expectante. ¿Y ahora cómo vas a disparar? Me interrogó asustado. Le sonreí. Luego me invitó al bar enfrente de la oficina. Cruzamos aquella gruesa avenida por donde transitaban una gran cantidad de camiones atiborrados de frutas y verduras, gentes por doquier. Nos mimetizábamos.

Entramos al pequeño bar antiguo, se veía poca gente, la mayoría bebiendo vino, todos hombres, las plagas de trabajadores cuidadores de autos, ferreteros del sector, peonetas en desocupación temporal. Adquirían la posición de trasiego de saco en saco, eran cargadores casi la mayoría. Nos sentamos en una de las mesas.

Pedimos un par de cervezas. Me volvió a interrogar sobre la ausencia de mi dedo, pero lo que mas le preocupaba era el como aprendería a disparar un arma, Le aclaré que lo había solucionado, ya sabía disparar con el dedo medio. Se puso serio, yo no encontraba motivos para la seriedad en aquellos momentos de alegría. Pensé que ya poseía antecedentes de mi estadía en El Salvador.

–Acaso no sabes lo de Joaquín –me dijo.

Óscar poseía la habilidad de saltar de un tema a otro como un conejo escapando.

–Qué le sucedió –le consulté asustado.

–Nuevamente esta tras las rejas –sentenció–. Y ahora no saldrá más. Estuvo en el atentado. Lo atraparon en febrero, disparó como un león, acabó todos sus tiros en el paradero 14 de La Florida, dio todo un espectáculo pirotécnico, sobrevivió de una muy puta suerte, no se pasa dos veces por el mismo camino. Le quebraron las piernas y los brazos, lo rafaguearon en el suelo, casi inconsciente. Hirió a unos cuantos pero lo tenían acorralado.

Yo no sabía que decir ni menos aun que pensar, el veterano Joaquín era nuevamente un prisionero. Óscar me dijo que en pleno tiroteo trato de darse un tiro en la boca, pero su pistola se había trabado. Ahora estaba en el hospital de la penitenciaría. Si había algo más deprimente que una cárcel esto era un hospital carcelario. Pensé en los muertos de Guazapa, Alejandro, la pequeña Margarita, Octavio, en mi propio muerto, el delator.

Aquello fue como una daga en mi espalda, cada resistencia protagonizada por Joaquín me calaba profundo y era el contraste de mi pequeño montículo destruido por las balas del helicóptero, también se había ido mi dedo, tal vez sí no me hubiera alzado para rendirme hipotéticamente tendría todas mis absurdas partes, estaría completo por doquier y sin este sentimiento de asco que me subía desde el fondo de mis entrañas. No me atreví a decirle a Óscar donde había estado durante el último año ni menos aun a dar antecedentes de mi cuasi huida de El Salvador.

Seguimos conversando hasta caer la noche, me dijo que tendría un hijo, pronto a llegar. Lo felicité en medio de mi vergüenza. No

me quedaba mas por hacer, no tenía excusa posible ni explicación que dar, solo soportar lo que comenzaba a experimentar muy dentro de mí. Al rato y ya casi al finalizar nuestro encuentro me dio un contacto para reintegrarme al Frente. Me lo escribió en una servilleta amarilla, lo tomé con precaución, lo leí atentamente para verificar que estuviera en orden. Ojalá trabajemos juntos, me dijo con su habitual tranquilidad y esperanza en las cosas de aquellos días. Luego agregó. Si algún día las cosas cambian y ya no tengamos mas por hacer, aquí en el cementerio te puedes venir a vivir y a pasar tus últimos momentos.

Nos despedimos, me abrazó fuerte, salió del bar hacia el cementerio, lo vi alejarse entre las mesas. Me quedé un momento sentado viéndolo por la espalda. Luego salí y me fui caminando por la calle completamente oscura. Ya no había mucho tráfico. Tenía en que pensar, la noticia de Joaquín no me dejó para nada bien, por otro lado tomaba conocimiento de mi actuación en El Salvador, la sopesaba lentamente, me daba cuenta que no había sido lo mejor. El silencio de la calle me ayudaba a pensar, miraba mi mano trunca, extrañaba mi dedo, el precio de mi rendición. Deseaba hablar con Lara, quizá ella me entendería, quería que todos me entendieran, que hubieran estado junto a mí tras la piedra de Guazapa sintiendo como se me iba la vida y que en ese momento no pensé en nada mas que en seguir viviendo, no había nada mas importante en aquel momento.

Quizá para Joaquín era lo mismo pero se atrevió a cruzar la línea, opto por acribillar a los desolladores que lo perseguían, lanzó su última moneda al aire y cayo a su favor, sobrevivió por haber cruzado la línea, el breve valor que había que tener y que a mí me faltó en Guazapa. Aquel maldito país ya no saldría de mi cabeza con todos sus muertos y sus parálíticos, con todos aquellos que conocí y que habían muerto con la esperanza de alcanzar algo mejor de lo que pisaban sus pies todos los negros días. A mí, la pequeña mierdita, me había faltado valor para vivir lo que ellos habían vivido durante toda una vida, simplemente los miraba desde afuera.

Seguí caminando por la oscuridad de la calle, no tenía dónde ir y lo poco que tenía lo estaba perdiendo. Saqué de mi bolsillo la carta de mi padre, la abrí lentamente, como si dijera en mi memoria cada palabra escrita por mi abuelo, todos tenían una suave tragedia escrita en sus frentes, cada cual cargaba con un peso determinado y yo ya poseía el mío.

Al cabo de un rato me di cuenta que no tenía donde pasar la noche y debido a mi peculiar estado de ánimo que rondaba las superficies porosas de las calles del gran Santiago, me acerqué a un grupo de vagabundos tirados en un pequeño sitio abandonado y con un peculiar estilo lírico les alcé la voz diciéndoles algo como esto:

—¡Respetados señores, habrá algún mínimo espacio que puedan compartir con este nuevo habitante de los dominios de vuestra miseria?

Aquel grupo de abandonados no hizo ningún ademán luego de escucharme, solo uno que otro protagonizó un alegato sin más consecuencias que expresarlo. Así y debido al nulo rechazo opté por asumir aquella sentencia que dice el que calla otorga y me lancé en un lento movimiento a pasar la noche junto a aquellos sujetos harapientos y malolientes. Junté unos cartones y papeles de diario con la intención de utilizarlos como cobertores. Me arrimé a ellos para que nuestro calor se repartiera como los cachorros de la desgracia. Por un momento pensé estar en las arboledas de Guazapa, era un panorama similar, con la sola excepción de que estos soldados famélicos y apenados que tenía a mi lado simplemente asumían el riesgo de su pacífico y lento destino de muerte.

Esa noche me quedé dormido imaginando a Joaquín en su nueva jaula no sin antes restituir mediante imágenes los episodios de su frágil epopeya, dando tiros contra el mundo que nos condenaba a soportarlo diariamente. Y me dije, tal vez no vuelva a rendirme por el vacío hecho de no querer volver jamás a la cárcel y morir en ella, aquello tenía su precio y pensé en pagarlo. En suma iba a morir de todas formas y más valía hacerlo dentro de un tiempo que fuimos abrazando como a una novia cristalina y sonriente.

XXXII

Cada día que miro mi mano se me viene encima El Salvador; es una parte de mi vida y la de muchos. Una guerra de verdad no es cosa fácil, hay que estar dispuesto a presenciar todo lo que de ella emana como agua. Las guerras son iguales en todas partes, sólo cambian sus fundamentos y aquello que las originó. Lo de nosotros no era con vistas hacia la consumación de una guerra, mas bien, como ya lo había dicho, era una especie extraña de enfrentamiento con los desolladores, digo en sus alcances y no en sus concreciones armadas, a fin de cuentas les disparábamos igual. Años decisivos, protestas, paros nacionales, acciones fugaces, todo iba en dirección de una salida a manos abiertas. Mas tarde muchos se querían hacer parte de la negociación, a causa de ver el nacimiento de un verdadero triunfo no les quedó mas que los restos, un autoconvencimiento de que habían hecho algo por el nuevo orden; era para decirse a sí mismos: Nuestros esfuerzos no fueron en vano, los muertos no sucumbieron a la oscuridad por nada, en suma, creer que se hizo algo fructífero. Pero yo hablo de mi puesto de aniquilado, lo nuestro no sé compara con lo que vivimos. Y que es la historia sino un mínimo discursito que sustenta a los que ganaron de alguna manera, una almohada dócil y suave que sirve para seguir reproduciendo lo que vimos morir, lo que sentimos acabar. Pero quedamos las sobras de un tiempo, los ecos de los días fulminantes y novedosos, una verdad material.

Aquí en este cementerio descansan aquellas verdades, los pilares de un sentido y una cultura que se fueron apagando como

toda materia que algún día dejara su espacio sobre la tierra que pisamos. Rodeado de tumbas, cercanas y lejanas voy escuchando mis propios rumores de caballero olvidado. Mi historia fue la de muchos, mi relato es de aquellos que no están, un capricho humano, una necesidad inventada al fin y al cabo. Pero, ¿se puede hablar de la muerte de uno mismo? Ya que hasta el momento he hablado, si es que a esto se le puede denominar como habla, de la muerte de otros en un tiempo determinado y de un tiempo determinado muerto en ellos, en los muertos. ¿Quién hablará mi muerte? ¿Quién dirá lo que yo no he dicho? No tengo idea ni me interesa. En tanto, me relato a mí mismo lo que fuimos. Al final sólo me queda seguir diciéndonos, hablándonos desde el pasado, el comienzo de la pena profunda...

XXXIII

No pasaron ni siete días cuando comencé a caminar por una calle desconocida en busca de mi contacto. Iba con las ideas claras y precisas, de un modo determinado caminaba resuelto a dar explicaciones por mi mínima vergüenza internacionalista. Santiago me atormentaba con sus ruidos, extrañaba los retoques selváticos, los árboles, sus pájaros. Era mi idea, la pequeña confección que debía hacer.

Por aquella calle, a lo lejos se alzaba, lentamente, como alguien caminando entre la bruma matinal del bajo Santiago, nada menos que Juan Carlos o mejor reconocido como Huevo.

Caminaba lentamente con las señales a la vista. Me hice el famoso desde lejos, mi postura cambió ya que este tipo, por lo que había escuchado de él, no era de explicaciones sino de acciones. Ya conocía algunas historias del Huevo, sus hazañas. Sabía como eran las cosas en la guerra, se había pasado unos años en Nicaragua, manejando tanques y toda clase de vehículos blindados.

Una vez y a no más de dos metros de mí, el famoso Huevo comienza sonreír, me reconocía lentamente. Me conocía de otras ocasiones, sabía en lo que estaba. Se acercó definitivamente, olvidó todo, ni siquiera ejecutó el ritual de contacto, simplemente se acercó y me saludo con un: Que tal Vasco. Así partimos caminando por la calle, yo en tanto esperaba algún comentario sobre mi paso por tierras en guerra, pero no hizo mención alguna salvo cuando dijo que ya sabía de mi acto heroico en los montes de Guazapa. En ese

momento y con una resolución jamás antes experimentada me di a la labia entregándole todos los antecedentes de aquella jornada. Expliqué cada paso del porque tal situación había terminado como tal y que en esas intenciones no hubo valor sino una simple casualidad que me había convertido en un inválido héroe castrado. Fue un desahogo como jamás he tenido, lo dije todo sin ninguna clase de complicaciones.

—Y qué importa, Vasco, lo que vale es lo que quedó, yo sé como son las cosas en la guerra y todos mas de alguna vez hemos experimentado la pasión de la rendición; no basta con pensar la guerra, hay que vivirla para ver cuanto contiene y cuanto nos hace ser otros en esos momentos, somos como toda una población dentro de nosotros y al parecer jamás llegaremos a conocer todo lo que somos dentro de nosotros.

Simplemente me quedé en silencio, no tenía nada que decir más que quedar a la expectativa interpretativa de las palabras del Huevo. Qué habrá sucedido, me pregunté, en todo este año con los rodriguistas. Huevo hablaba de una forma extraña.

—Vasco, yo tengo mis teorías acerca de todos esos hombres y mujeres que llevamos adentro. Ninguno de ellos tiene supremacía, sólo tienen sus momentos circunstanciales pero como en todo circuito de vida van muriendo dentro de nosotros. Somos un completo cementerio de cadáveres deambulantes y al final nos llega la hora cuando sólo queda uno y aquel ya no puede cargar con el peso de sus demás muertos internos. Lo importante, según mi teoría, es llegar, a lo largo de esto que denominan vida, a conocerlos a todos, saber sus pequeñeces. Nadie lleva consigo un hombre nuevo, solo son los mismos que aun no llegan a conocer y tengo mis serias dudas de que aquel mito de un hombre superior a nosotros mismos sea parido de un simple cambio estructural. Donde quieras que tú veas o escuches el discurso del hombre nuevo, nada mas veras a hombres y mujeres disgustados consigo mismos y es porque no aceptan a toda aquella población que habita dentro de ellos. Mira a través de la historia, para mí que Jesús, Nietzsche y mas tarde el Che Guevara son la misma persona reencarnada en diferentes tiempos, y

qué hay de datos reiterativos en ellos, a saber, que se negaron a soportarse a si mismos; ellos, alcanzaron a conocer todo su mundo de personas y al final se quedaron con ellos mismos, solos y abandonados en la pena o la locura, en el grito desesperado de una hazaña siempre inconclusa.

Yo había llegado a pensar cosas inauditas, absurdas si se quiere pero lo que me hablaba el Huevo la verdad era una rareza, al final, en aquel silencio, me quedé pensando, como siempre, que me había dejado con mas dudas que con las que había llegado a verlo, se había convertido en una especie extraña de sicólogo de hombres en borde, donde, la verdad, se puede llegar a las esferas mas inusitadas del cerebro y emociones. Así continuamos caminando por varias cuadras mas mientras la gente nos rodeaba con sus caminatas hacia algún sitio de Santiago. El Huevo me dejó confundido, simplemente, sus palabras fueron cualquier cosa menos lo que esperaba, al fin era bueno ya que siempre quedaba masticando algo.

Por otra parte el Papa, aquel viejo emisario de Dios, se marchaba de Chile, había escuchado a sus súbditos de todos los colores y posiciones. Dios, en suma, no tenía preferencia por nadie, escuchaba de igual forma a los reventados de este país como a sus reventadores, ante los ojos y juicios del Señor somos todos iguales. El Papa se iba y dejaba atrás un país intacto en sus formas salvo por aquel escándalo de miserables alzados en pleno Parque O'Higgins cuando la mayoría de la turba se lanzó contra los carniceros que custodiaban el Parque, una verdadera batahola como las memorables hordas guerrilleras escapando a los bombardeos en plena selva.

—¿Pero, y de cosas mas concretas, querido Juan Carlos, no hay nada?

Pregunté sin más pretensiones que me dejara algo claro que era lo que estaba sucediendo al interior del Frente con aquel descomunal desencuentro con los comunistas.

—Es hora de definiciones, ellos ya no quieren seguir en este sinuoso camino de rebelión y quieren desarmarnos con los más variados argumentos al alcance de la mano.

—Qué nos queda entonces —pregunté ingenuamente y ya conociendo la respuesta que me daría el Huevo.

—Pues seguir solos, sin la mano de nuestro padre, es la hora de su homicidio final —contestó.

Y luego me fui preguntando dónde estaba o en que posición se encontraban tal o cual. La respuesta fue satisfactoria, ya que la mayoría estaba en este lado. No era cosa de chauvinismos básicos pero no me quedaría en un sitio donde no conocía a nadie, ni menos aun sin compartir una visión cultural del mundo, así es que ya había, de alguna forma, elegido nuevamente un camino a recorrer. Llegamos casi al final de la avenida y no nos quedaba mas por recorrer así es que nos dimos la media vuelta y trazamos el camino de retorno idéntico al que habíamos hecho.

—Pero bueno, Vasco, es hora de hacer cosas concretas y la tregua por el Papa ya acabó, así es que nos toca entrar en escena, nos queda mucho por delante y vendrán escuelas para los militantes, ahí tienes un puesto privilegiado por tu experiencia en el extranjero, pero ahora ya tenemos algo por hacer así es que debes estar en disposición.

—¿Cómo, instructor? —le dije sorprendido.

No había sopesado la situación pero la verdad me daba cuenta que había aprendido bastante en ese año de guerra. Me imaginé dando cátedra, mis alumnos escuchando atentamente sobre los bemoles de un enfrentamiento, las triquiñuelas de la sobrevivencia. Me mirarían con sorpresa, sería un modelo a seguir. Pero desestimé aquello, había experimentado cambios, quizás en el ámbito de mis deseos de rendición como una forma de seguir viviendo a toda costa pero conservaba aún ciertos pasajes de mi doctrina vital. En el fondo si llegaba a dar cátedra sobre la violencia y sus técnicas lo haría como una forma de no morir con todo ello adentro, una forma de sacar todas esas imágenes que me acompañaban y así poder extender su poderío, no marcarle el camino a nadie, no decirle a nadie lo correcto, en suma, simplemente decir las cosas para enfrentar una época. Pero la idea me calentaba de todas formas. Desde ese día no dejé de mencionarle cuando serían las clases.

De alguna manera las cosas, aun en tiempos diferentes, se volvían a repetir, los diálogos, las señales, nuestro mínimo discurso epocal eran una sola cosa para todos nosotros. En adelante y hasta que la catástrofe apareciera, Huevo sería mi responsable. El circuito se volvería a repetir, que buscar un departamento, que hacerse de lo mínimo para seguir en este rumbo y las cosas de siempre. En un momento y antes de separarme del Huevo pensé en volver a buscar a Marta, aquella mujer de las torres, me ayudaría sin complicaciones en mis labores pero luego lo desestimé, ya que no es mi costumbre revivir años de otras partes. Sin embargo me encontraba solo, solo en un sentido de que alguien me pudiera dar una pequeña mano para mi sobrevivencia en la ciudad así es que sin dudarlo dos veces le propuse al Huevo que me facilitara la presencia de alguna mujer para desarrollar mi vida en la clandestinidad. Una vez aceptada mi proposición y al tiempo en que me pasaba un papelito con otro contacto, Huevo se despidió hasta la próxima vez y en esa próxima vez mi felicidad estaría en buen rumbo.

Así a los días de andar rebotando de un hotel a otro, mientras normalizaba mi existencia, me encontraba sentado en plena plaza Pedro de Valdivia. Yo no sé como la gente va a esas plazas con nombres de carniceros históricos, se sientan y besan a sus mujeres u hombres, consumen golosinas o colaciones, todo sin ningún conocimiento, simplemente se dedican a mirar el entorno que les ofrece una plaza con nombre de criminal. Para ello no existe ninguna clase de vergüenza.

En fin, yo me mantenía en un puestito mirando a toda esa gente sentada en la misma actitud que la mía. La hora era alrededor de la siete de la tarde y eso servía para pasar como un tipo que espera a su novia. Yo seguía haciéndome pasar por aquel profesor anotado en una simple licencia de conducir adulterada y por ello debía mantener mi resguardo con ese pequeño documento. No pasaron más de cinco minutos para el contacto anotado en el papelito y entre las escaleras de dicha plaza se asoma dulcemente la silueta de Lara. Caminaba resuelta, no tenía ninguna idea de a quién vería, por ello salí rápidamente de mi asiento y me escondí tras unas matas de arbustos.

Temblaba más que nunca como si fuera una emboscada en plena selva, estaba nervioso y no sabía que hacer, una fuerte emoción recorría mi espalda y la verdad no me atrevía a enfrentarla de ningún modo. En aquel momento, mientras ella esperaba sentada con sus manos sobre las piernas como una buena novia, me di cuenta cuanto amaba a Lara, que en todo este tiempo no había dejado de pensar en ella, ni en medio de las balas y mi miembro menos, ni aun entre todos los muertos y la guerra. Lara permanecía intacta en mi memoria, como siempre.

Así desde aquella posición un tanto incómoda seguía observándola como un voyeur enfermizo, con todas las ramas en la cara y el corazón latiendo a mil por segundo. Ella permaneció quieta, ajustada a su asiento de plaza, mirando en todas direcciones, a la espera de su encuentro que desconocía por completo, tal vez con la misma y pueril intriga de hace tres años, inquieta y morbosamente imaginativa. Quizá yo había salido de su memoria como quien abandona una casa y me había convertido en un montón de imágenes borrosas de años atrás, tal vez irre recuperables. En una de esas, me decía yo, hasta tiene un hijo, en un año y un poco mas se puede hacer mucho sin pensarlo, un hijo es como un sello definitivo, implacable. Tal vez tenga a Barza entre medio de sus días, de sus besos y abrazos. De un momento a otro dirigió sus ojos hacia la posición de los matorrales y ahí me vio detrás de ellos, en tanto yo hacía como si no estuviera ahí, sentí un poco de vergüenza, mi actitud no se condecía con años de conspiraderas y riesgos, más bien era la de un simple pendejo nervioso por la mujer que le ha gustado desde siempre. Ella se alzó del asiento y se dirigió hacia mí, no me quedó más que salirme de mi posición. Nos quedamos mirando, ella seria como una roca y yo tonto como siempre.

—Y bien, así que eras tú, Vasco —me dijo mirándome secamente.

—Así es —le contesté sin mas que decir por la propia situación.

—Vasco, ya no estás en edad de jugarretas, no ves que las cosas están difíciles para todos.

—¿Difíciles, no nos vemos hace años y sólo me dices eso?

Luego se puso melancólica y lanzó un par de lágrimas hacia el suelo. La abraza con fuerza, extrañaba de sobremanera el afecto de cualquier índole, tal vez los dos estábamos en aquella situación. Me tomó las manos y abrió enormemente sus ojos, noto mi dedo menos, se exaltó, dio un paso hacia atrás.

—¡Tu dedo!

—Que dedo, no ves que no lo tengo —le contesté.

—Por eso te pregunto.

—Lo perdí en alguna parte —le contesté tratando de hacer las cosas mas jocosas.

—¿Pero dónde?

—Qué importa, simplemente ya no esta, han pasado cerca de dos años en que no nos vemos y en ese tiempo puede suceder de todo, hasta perder un dedo, ¿no lo crees?

—Dónde estuviste, Vasco.

—Dando mi cuota para la comedia, simplemente, pero vayamos a lo nuestro, le retruque como una forma de hacer las cosas rápidas y sin más complicaciones.

Salimos caminando lentamente de la plaza para dirigirnos a cualquier sitio. Nos habíamos encontrado a eso de las siete de la tarde y en aquel mes y a esa hora las tardes son frescas y agradables para caminar. Recorrimos un par de cuadras en silencio, cada uno sumido en sus cavilaciones y recuerdos, como una extraña forma de ponerse al día con el otro, un mínimo resumen de vida que más vale pensar que narrar. Ella, seguramente sacaba sus conclusiones sobre mí al igual que yo lo hacía con ella. Tenía el pelo mas largo que en otras oportunidades, no se le veía demasiado cambiada, para mí estaba bella como siempre.

La avenida Pedro de Valdivia nos alzaba y ofrecía las arboledas que la van surcando, un túnel de hojas semisecas que iban cayendo día a día, lo que permitía una alfombra crujiente y quebradiza por toda la vereda de la calle.

—Yo seré tu acompañante Vasco, de ahora en adelante —dijo rompiendo nuestro silencio.

Poco a poco la felicidad me fue inundando el espíritu, yo me hacía el serio, pero me dieron ganas de vociferar mi estado. –¿Así es que tú serás, no? –dije sin pensar.

–¿Tienes algún problema?

–La verdad ninguno.

–Pero debes saber algo antes de que vivamos juntos.

Su acento cambió y se puso algo tartamuda, como si no se atreviera a decirme su noticia.

–Y qué es lo que debo saber, Lara.

–Que si vivimos juntos debemos ser tres.

–Con Barza yo no habitaré la misma casa –le dije resueltamente.

No pensaba estar mirándolos día a día en sus amoríos militantes y convincentes. ¿La tolerancia tiene su límite, no? Ella sonrió y me tomó la mano trunca, la quedó mirando, estábamos frente a una librería, se me ocurrió contarle el cuento de mi historia, la del padre de mi padre. Luego volví mi vista hacia la vitrina a la espera de que me dijera quien sería el tercero.

–Tengo un hijo Vasco, tiene un año.

Me quedé frío como un hielo, como si mil rocas cayeran sobre mí

–¡Un hijo!, dije alzándole la voz por la sorpresa.

–Sí y se llama Tomás.

–¿Y el padre?

–Eso no importa, ya no está conmigo, sólo somos dos, yo y mi hijo Tomás.

Me quedé pensando en el padre, pero no malgaste mayores esfuerzos en ello, luego le dije que era mejor así, nos daría mayor cobertura para nuestra futura casa. Nuevamente me abrazó y dijo, entonces seremos tres. Así será, respondí. Mas tarde compramos, en el último kiosco abierto, el diario y comenzamos la búsqueda de nuestra casa para arrendar hasta que nos sucediera cualquier cosa. Pero ahora había un niño de un año en medio de nosotros y eso había que sopesarlo a la hora de hacer las cosas.

Al día siguiente conocí a Tomás y me enamoré de un niño pequeño; era como verme a mí mismo hace décadas atrás. Cuando estaba en la cárcel, añoraba volver a ser un niño ajeno a su época, quizás comencé a vivir en las entrañas de Tomás como una forma de ver mi propio futuro y adelantarme a él. Uno siempre encuentra la forma de seguir viviendo, ¿no?

XXXIV

A la semana del reencuentro con Lara ya teníamos una casa en pleno corazón de Santiago, cerca de la casa en que años atrás había sido muerto un viejo mirista conocido como el Coño. En aquel tiempo estaban a cargo de la carnicería ciertos soldados que lograron ubicarlo y luego sólo les restó matarlo.

Estábamos a unas cuadas de la Quinta Normal, una especie de gran parque que me servía para conspirar en mis encuentros, y esto lo digo porque gran cantidad de encuentros los tuvimos con el Huevo en ese parque, es mas, el día que volví a mis travesías urbanas, el Huevo estaba sentado a mi lado mientras bebíamos un par de gaseosas. La gente corría haciendo deportes y uno que otro se desplazaba contemplando la naturaleza que aun quedaba en el centro de la ciudad. Nuestra conversación versaba por los rumbos de los conflictos futuros con nuestro padre, los que se quedaban con nosotros y los que se iban con ellos, los recursos, el armamento y los barretines de los territorios, lo que se alcanzó a guardar del desastre de Carrizal Bajo, las estructuras y sus posiciones; pondríamos acento en los territorios. Desde siempre el Frente había dividido Santiago en estructuras territoriales y regionales. Pero ahora todo era un desorden descomunal, el gallinero estaba excitado por las posiciones. La situación aun no estaba resueltamente formalizada, pero como una imagen latente, la cosa estaba ya dicha, nos

habíamos separado. Yo escuchaba atentamente al Huevo, que me daba detalles, me ponía al tanto de todo. Al final, cuando me dijo lo que haríamos por el fin de la tregua papal, me pasó una pistola envuelta en papel de regalo.

—Esta es para tu defensa, Vasco, ojala la uses a diario, tengo un mal presentimiento, nos estamos descuidando mucho con este problemita de la separación y si no nos empezamos a preocupar, nos darán un gran mazazo en plena cabeza.

Yo tomé el paquete y aun no sabía si aceptarlo, recordé las innumerables ocasiones en que me habían ofrecido una de esas. Sin embargo me aferré al presentimiento del Huevo, en cosas de instinto y razón me inclinaba por el instinto, al fin es lo que nos mantiene vivos. No es cosa de volver a la ancestral y moribunda disputa entre racionalismo e irracionalismo, sino simple olfato de antiguo guerrillero derrotado. Alargué mi inmunda y castrada mano tomando el paquete, lo abrí cuidadosamente notando que nadie nos observara y luego embuté la pistola en mi cintura. De pronto aquel acero frío e inerte fue adquiriendo el calor de mi cuerpo y con ello una especie de coraza frágil y simbólica se fue adueñando de mí. Había dado un paso hacia no sé donde.

Acordamos un encuentro para esa misma tarde, ya desde ese día nos acuartelaríamos para el reestreno y así finalizaríamos formalmente la tregua por el Papa. Mi retorno ya estaba hecho, volvía como en los viejos tiempos al circuito de la violencia. Así me fui separando del Huevo, caminé despacio ya que la pistola no se acostumbraba a mi cintura y viceversa, caminaba del todo incomodo. Al llegar a aquella casa, Lara se encontraba en el jardín con Tomás, ambos tomaban el sol que caía sobre sus cabezas, me detuve enfrente de la reja de pequeñas tablas clavadas irregularmente. Lara desde su posición me sonrió, levantó su mano y me llamó. Por vez primera sentía que un lugar me pertenecía. No es cosa de andar mintiéndose con aquellas normalidades pero me agradaba esa sensación, aunque, muy profundamente, sentía que duraría poco, no sé, cosas que se me pasaban por la cabeza. Me

senté a su lado en medio del pasto seco de nuestro jardín, lo quedamos mirando.

—¿No crees qué deberías hacer algo por el jardín, Vasco?

Tomás trataba de caminar entre nosotros, se iba de cara cada vez que se levantaba.

—Mejor llamar a un jardinero, no tengo ni la menor idea de como se arregla un jardín —le contesté.

—No me has preguntado por Barza en ningún momento.

—La verdad, no me importa para nada.

—¿Siempre estuviste celoso de él, no?

—No, sólo desde que se involucró contigo, le contesté, tomando a Tomás por los brazos para que no volviera a caerse. Ella se sorprendió, se quedó mirándome, me tomó la mano y la comenzó a acariciar suavemente.

—Nunca lo hubiera sospechado, jamás me dijiste nada, Vasco.

—Esas cosas jamás hay que decirlas —le contesté como desentendiéndome.

—Barza se alineó con algunos comunistas.

—¿Era de esperar, no? —le dije.

Luego nos quedamos en silencio mirando a Tomás que se caía una y otra vez. De verdad ese niño sentía deseos de caminar, utilizaba todos sus esfuerzos para levantarse y continuar. Vaya que fuerza, me dije, ya se dará cuenta del mundo que trata de comprender con su intento de erección; no pasará mucho tiempo cuando desee volver al estado de reptil. Ya habrá tiempo para eso, me dije y seguí mirando al vacío.

XXXV

Las cosas las tomaba con una naturalidad sorprendente, inusitada en cierta manera. Ya los acuartelamientos eran una rutina, las operaciones un dato en mi vida, las armas y la violencia, mis instrumentos para enfrentar mi época; una especie de doble personalidad no en el sentido clínico ni menos aun patológico, se había desarrollado poco a poco. Se debe tener cuidado con eso ya que si uno se esmera en encontrar un sentido preciso y acotado a lo que nos corresponde en este largo camino a la nada, no se debe caer en rutinas ponzoñosas, aquel es un lento homicidio de si mismo. Que cosas difíciles, ¿no?

Luego mi última operación incluyó una de las ocho radios que nos tomamos por algunos minutos para lanzar la proclama del Frente que decía que terminábamos formalmente la tregua decretada por la visita del anciano de Dios a los súbditos católicos chilenos. Todo se desenvolvía en un ambiente de posiciones, los que nos quedábamos y los que se iban con el PC, las cosas se tornaban como barras de futbol, cada cual tomaba su elección por un equipo determinado, aquel que nos llenara las expectativas de vida, de futuro, de pasado.

La primera mitad de todo el año 87 se nos fue en eso, tiras y aflojas de una política, los que seguíamos haríamos algo nuevo, redundaríamos un camino armado en nuestras cabezas, ideas inconclusas, caprichosas, valores lanzados al aire como un tiro sin destino.

En los territorios la cosa se ponía de punta, por ello con Huevo nos fuimos allí a rescatar a los indecisos, a los que no sabían que

hacer, los convencíamos, les vendíamos a precio módico un futuro lleno de destellos y emociones, una vida verdadera, me convertía en un vendedor o mejor aun en un santo rescatando almas para el infierno. En aquel periodo conocí a otros rodriguistas, a Tarzán o conocido entre algunos como Jorgito, un tipo algo bajo y tan musculoso como una bolita de carne. Tarzán participó en el intento de muerte al tiranuelo, yo sabía sus historias, era uno de los que se quería quedar hasta el final, amenazaba desde su posición a los soldaditos de elite que quedaban haciéndose los muertos con su cobardía entre las piernas, los insultaba desde su puesto de guerrillero enloquecido, los odiaba como a ninguna otra cosa. También a Pelao Rigo, un sujeto hecho a su tiempo, tal vez uno de los mas cómplices de todo este entramado histórico, salud a ti, Rigo, donde te encuentres soñando el largo camino de la muerte. También me encontré con muchos conocidos, Walter, por ejemplo, al que no veía desde hacía años, sin duda estaba con nosotros con su largo y eterno letargo. A Ernesto, el jefe de todo el atentado, lo vería mas tarde y sabría valorar su vida. En fin, fue un periodo en que tal vez me hice, a fuerza de las circunstancias, un sujeto diferente al que había entrado al Frente hacía varios años, ya me sentía uno de ellos, andaba armado como todos, era nuestro carné de identificación, yo quería hacer lo mío y lo hacía mas convencido que nunca; total, qué importaba la derrota y todos sus fetiches discursivos, ya habíamos hecho un camino como queríamos para todos nosotros. Así como lo había dicho me convertí en el santo del infierno, desfilaba por la Villa Francia armado, convenciendo a mi modo. Como una medida a la altura yo me movía en mi discurso acalorado con un párrafo de la carta enviada por el Frente al PC, recortaba las cosas a mi antojo, les leía a los militantes reunidos para tales efectos lo siguiente: " A partir de 1986 se constató el abandono por parte del PC de su política de Rebelión Popular, lo cual se ha expresado en un progresivo desarme material, político e ideológico". Se los leía con una seriedad que jamás logré repetir, me escuchaban con atención, me creían porque era del Frente, no porque conocieran mi historia personal, y a continuación, en el momento en que les brillaban sus

ojos y estaban al borde de la decisión, les reiteraba otro párrafo de aquella carta: "Nosotros decimos que el quiebre se produjo, pero no en el FPMR, sino que en el PC" y agrega: "Este quiebre se produjo como consecuencia de la coexistencia de dos políticas en el seno del PC durante un largo período". Aquella parte era el broche definitivo, se miraban entre ellos, se contradecían y al final tomaban el camino del solitario que deja al padre fuera de la historia. Era mi triunfo.

Así me desenvolví todo aquel medio año, entre el Huevo, mis nuevos y viejos conocidos participando en innumerables reuniones de evaluación para nuestros próximos golpes, mi labor santificadora y mi vida con Lara junto a su pequeño retoño.

Lara poco a poco fue reclamando su espacio en toda esta cosa, quería volver a lo suyo de manera escalonada, yo le decía que se debía dar tiempo, su hijo la reclamaba más que otras cosas. Luego me abrazaba fuerte, me sentía mas seguro, por vez primera Lara sentía que me amaba pero aun no llegaba a compartir su dormitorio, tal vez por mi propio recato. Ya se darán las cosas, me decía por las noches mirando el techo de mi habitación.

En tanto, todo se iba clarificando. En junio de aquel año dimos el corte definitivo con el PC. Ya éramos independientes de todo el entorno que nos impedía seguir con lo nuestro, nos dijeron de todo, también les dijimos cosas. Nos dieron unos meses de vida independiente, una condena sin más sustento que la ira, quizá duraríamos poco sin su dirección política como acostumbraban a llamar al mandoneo de los pistoleros, pero para hacer política solo hay que inventarla, crear un ambiente propicio para ella, lo demás viene gratis. A Rodrigo se le prendieron las luces, sabía que hacer, una refundación de lo que hacíamos anteriormente, un camino hacia la verdadera guerra, hacer un ejército, armar a los miserables, vestirlos de combate. Tenía cosas por hacer, adornar aquella política de sublevación, dejar de lado su carácter de instrumento de negociación; nos hacíamos más radicales que nunca y lo tomábamos en serio. Los soldaditos tomaban cuenta en silencio de nuestros problemas, planificaban lo suyo desde sus cuarteles, un golpe se

venía sobre nosotros en aquel precario escenario en que nos movíamos.

En uno de los tantos encuentros, el Huevo me propuso participar como instructor en las nuevas escuelas que se planificaban para la reorganización general, cambiábamos el carácter de las cosas, me dijo: "Serás una especie de instructor". Agradado por mi nueva labor, partí caminando sereno y seguro a mi casa o a eso que yo llamaba casa. Una vez en ella, le cuento a Lara las novedades que se nos aproximaban. En un momento se puso triste, ya que no había sido contemplada en ninguna parte, entonces me surgió la idea de que participara en una de las escuelas planificadas; el problema era Tomás, donde se quedaría esos días de actividades. Inmediatamente pensé en la madre de Óscar, tal vez me hiciera ese favor de quedarse con Tomás por algunos días, tal vez dos o tres, no sería mas que eso. Ya dada la minima solución al problema, Lara me abrazó y besó como nunca lo había hecho, le tomé las manos, le acaricié el cabello, sentí la suavidad de su piel, di un suspiro como si todo fuera una mala jugada.

No sé por qué, pero una angustia recorrió el fondo de mis entrañas, algo así como un temblor en el pecho, algo ácido y amargo a la vez. ¿Situación contradictoria, no? Era la primera vez que tenía a Lara tan cerca de mí y no poseía la minima resolución para estar con ella como había que hacerlo. Aquella noche no tuve el valor de caminar a su cuarto, quizá por miedo a la desilusión que todo aquel amor se fuera a desintegrar en el acto de consumación final, quizá era mejor de esa manera. La amaría a mi modo, en una extraña lejanía corporal, en mis pensamientos de solitario, en mis actos de demente alado.

Al parecer en este caso lo importante no era la consumación de mi amor, sino solo el camino largo que había que recorrer para llegar a él, vivir diariamente con la ilusión jamás concretada, a fin de cuentas creo que era lo más hermoso de todo eso, simplemente el camino y no el objetivo final.

A la mañana siguiente salí de la casa en dirección al cementerio en busca de la madre de Óscar. Al llegar por avenida

Recoleta comencé a notar ciertos movimientos extraños de algunos sujetos que deambulaban por el sector. Sin más preocupación y dominado por mi tarea no tomé atención de lo ocurrido.

Una vez enfrente de aquella señora le expuse detalladamente la situación, me miraba en silencio como siempre, atenta a los detalles, preocupada en cierta medida por lo propuesto pero luego de su silencio, aceptó sin más problemas mi proposición. Miré mi reloj, a un costado y en pequeños números salía la fecha del día 13 de junio de 1987, eran las once de la mañana y me quedaba por hacer un sinnúmero de cosas para la escuela que se aproximaba en un par de días más.

El material que entregaría como instructor lo tenía completamente resuelto y versaría sobre los altibajos de la vida en la montaña como guerrillero. Con la madre de Óscar quedamos en que pasaría esa misma tarde a dejar a Tomás con todo lo necesario para la estadía breve en sus manos. Cuando salí, volví a notar a los extraños sujetos y tampoco les di importancia.

Me sentía extraño, como con una sombra sobre mí, pero no tomé mayor atención al asunto y proseguí en mi loca carrera. Por la tarde dejé a Tomás en manos de la señora y salimos con Lara a su contacto para la escuela. Ella iría a una diferente a la mía, por lo tanto, un día antes le había dado aviso a Huevo para que la tomaran.

Entonces nos enfilamos hacia el centro de Santiago caminando por sus calles y entremedio de todas esas gentes con cara de pobres hombres y mujeres, ahí los veía en medio de las plazas donde iban a descansar las palomas picoteando el suelo. Por detrás de todas esas casas y edificios no había nada más que gentes abandonadas a su suerte, esperando cualquier cosa, un trance de delirio que los sacara de su estado. Aunque cualquier cosa que pasara sólo sería un accidente mas en sus vidas de humanos civilizados.

En una esquina en donde iban a caer todas las mañanas las grandes nubes negras de junio, esperábamos con Lara el contacto. En el horizonte de aquella esquina se divisaba a lo lejos la silueta del Huevo y un acompañante a paso ligero. Cuando estaban a una distancia cercana escuché a Lara que dijo: es Ernesto.

Efectivamente, el sujeto que acompañaba a Huevo era el nombrado Ernesto, jefe del atentado. Yo me quedé en silencio esperando su acercamiento, de aquella distancia no se parecía al tipo que me había ido imaginando con el tiempo y los relatos escuchados. De lejos se veía algo delgado y con su pelo bastante claro por el brillo de la luz.

—Cómo va el mundo, camarada, dijo el Huevo sonriendo. Yo me quedé en el mismo sitio mirando a Ernesto que se iba sobre Lara, al parecer se conocían de hace algún tiempo. Se quedaron hablando en voz baja. Luego me acerqué al Huevo dándole la mano.

—¿Y las escuelas para los futuros insurgentes? —le pregunté.

—Marchando como siempre —respondió mirando a Ernesto.

—Hola —me dijo Ernesto alcanzándome su mano. Luego del saludo me quedé mirándolo sin que él se diera cuenta. Comencé a observarlo fijamente para ver si encontraba algún parecido con Tomás. A esas alturas ya era todo un enigma para mí quién era el padre de Tomás. Sin embargo no había por donde encontrarle algún parecido. Luego Ernesto me observó la mano verificando que sólo tenía nueve dedos.

—¿Así es que lo perdiste en El Salvador, no? —Me acotó con una mirada cómplice.

—Cuestiones de las guerras —le respondí sin saber que decir. Ya todo el mundo sabía que había estado en aquel lugar, pero no le di mayor importancia. Lara me abrazó y me dio un fuerte beso en los labios.

—¿Quedamos como siempre? —Preguntó con una cuota de inseguridad.

—Así es, estaré atento a tu llamado dentro de tres días, apenas termine iré a buscar a Tomás y te estaremos esperando.

Ernesto ya estaba haciendo parar un taxi. Se subieron rápidamente y desaparecieron en todo ese enjambre automotor que se desenvolvía frente a nosotros. Con Huevo quedamos mirando como se desdibujaba lentamente la parte trasera del taxi y luego enfilamos en busca de otro rodriguista que nos estaba esperando para llegar a la escuela.

Dos calles mas abajo y a una hora determinada nos encontramos con otro sujeto de aspecto campesino. Y digo esto ya que miraba los edificios y automóviles con un grado de pánico que solo podía provenir de un hombre acostumbrado al silencio de los campos.

Mientras íbamos hacia el hombre, el Huevo me adelantó sus historias. El tipo se apodaba, por razones impersonales, "Pelarco", Su apodo venía de la última incursión en aquella zona al sur de Chile.

La cosa era que él y otros dos estaban encargados de explorar los sitios mas adecuados para, en un futuro poder, instalar una especie de columna de guerrilleros de medio tiempo, nada serio, simplemente los primeros pasos para ello. Fue en estas circunstancias que el mínimo grupo de exploradores de la zona fue detectado por un par de carabineros del lugar. Era de noche, en medio del fundo sureño, cuando se acercaron estos dos policías pidiendo que se identificaran. Como era de esperar, este tipo, Pelarco, que hasta ese momento no lo era, no soportó desenfundar su identificación sacando en vez de ella un revolver, comenzó el tiroteo en medio de los pastizales y vacas, El resultado, como siempre, fue que Pelarco salió huyendo del lugar y su acompañante salió en otra dirección. El par de policías quedó herido y tumbado en el pasto de Pelarco. "Pelarco" huyó por semanas alimentándose de raíces y hojas como una verdadera alimaña campestre. En el Frente lo daban por perdido, pero se desplegaron algunos esfuerzos para tratar de rescatarle y ubicarlo. Luego de dos largas semanas lo encontraron antiguos rodriguistas en una ciudad, recogiendo cartones para venderlos y así poder alimentarse. Era su nueva forma de hacerle fintas al destino. Era un verdadero vagabundo.

Con aquella historia narrada por el Huevo y vivida por "Pelarco" yo me acercaba al sujeto, ya sentía que era un tipo con las mismas ansias de sobrevivencia que las mías. Con esa clase de gente uno se puede sentir muy seguro.

—Muy bien, dijo el Huevo con seriedad, aquí esta el contacto para que lo ingreses a la escuela. Nosotros nos veremos en el sitio acostumbrado dentro de tres.

Nos despedimos y salí caminando al lado de Pelarco. Con todo el mundo había quedado en encontrarme dentro de tres días más y la verdad es que no volví a ver a nadie. No se trata de andar con pequeñeces pero desde aquellos días no volví a ser tal y como era antes. Ya nadie me convencería de lo contrario ni menos aún me daría la posibilidad de creer en otras cosas.

Desde ese día, una convicción me atrapó como un flujo sanguíneo incontrolable y aquello era definitivamente el saber que la muerte era sólo una extraña combinación de pensamientos. Concretamente ya no creería más en la muerte, y tal vez, por añadidura, no creería en nada más.

XXXVI

La situación con el PC estaba prácticamente resuelta, la cosa era dar el corte formal y definitivo, lo que no se haría esperar más que un mes. Pero eso no me preocupaba de nada, ya que lo que me mantenía absorto eran mis clases en aquella casa donde se desarrollaba la escuela.

La noche anterior habíamos ingresado con Pelarco a la casa ubicada en la calle Varas Mena. En dicho lugar se encontraban unos diez rodriguistas entre hombres y mujeres. El jefe de la escuela era un tipo llamado Arturo, oficial de aquellos que pasaron por la guerra de Nicaragua, no cuando pasé yo en ese intento caótico y fantasmal por perseguir a la Contra. Quizá era uno de los pocos oficiales que no hacía ostentación de su cargo y honor, en suma, un sujeto agradable pero a la vez extremo y serio. Él, junto a otro, era el encargado de la defensa de la casa en caso de cualquier llegada de los soldaditos. Aquello era una costumbre, digo, el hecho de planificar la defensa y la salida de la gente en caso de emergencia, pero como todas las cosas se vuelven rutina, yo simplemente pensaba que jamás nos caerían encima. Para tales efectos había unos cuantos fusiles que se utilizarían para la defensa y para las propias labores de enseñanza. Así todo yo me daba como el mejor de los pedagogos, moviendo mis manos para realzar ciertas palabras y gestualizando como un loco. Hablaba con una soltura tal, que acaparaba la atención firme de cerca de seis estudiantes, inquirían detalles, cosas pequeñas, lo grueso lo anotaban, se veía que poseían un interés portentoso. Yo me decía: "Ya verán, que desde esta

posición todo suena a romanticismo, pero vayan a ver los cadáveres y la caótica relación que generan las guerras en los hombres, ya verán, tendrán su oportunidad de reventar solos o acompañados, la guerra se encargara de lo demás",

Una vez acabada la jornada de enseñanza nos dábamos a unos extraños festines coloquiales en medio de algunas comidas preparadas para la ocasión. Luego cada uno se iba a su ubicación planificada de antemano y aguardábamos a que el próximo día apareciera como era debido. A mí en particular, con todo lo que significa, me tocó compartir el cuarto con cerca de cinco rodriguistas entre los cuales a mi lado estaba Pelarco. Así por las noches me comenzaba a hablar de su campo y las inmensas posibilidades que teníamos para irnos a poblar la montaña, me dio detalles de su vagabundez en medio de la persecución por la policía. Su simpleza me llegaba a hastiar, su pequeña sonata de ángel caído. Pelarco no tenía absolutamente nada, salvo la imagen del campo en su cabeza, hay personas así, que pueden vivir nada mas que con una sola imagen para el resto de la vida. Pelarco se movía en un sistema de valoraciones completamente simple, existían los malos y los buenos y para el nosotros encarnábamos a los buenos. Si uno esta completamente convencido de aquello el mundo se torna enteramente más simple y llevadero, se morirá en lo correcto para uno mismo.

Yo me quedaba dormido en aquellos días con las largas narraciones de Pelarco, era mi pequeño libro de cabecera. A la mañana del día 15 de junio, Arturo me despertó rápidamente para que fuera al living de la casa a ver las noticias matinales. Se tomaba la cabeza de forma nerviosa y constante, al llegar enfrente de la televisión sólo alcancé a notar la voz del periodista junto a las imágenes que mostraban un cuerpo tumbado en plena acera en cuyo costado se alcanzaba a notar una granada nunca detonada.

—Quién es —le pregunte nerviosamente y ya alertado de que se trataba de un rodriguista.

—Ya dieron su nombre —me respondió entrecortadamente.

—Pero quién es —le volví a preguntar mientras dividía la mirada entre el televisor y los movimientos de Arturo que tomaba el teléfono de la casa.

—Ignacio Recaredo Valenzuela —respondió terminante.

Me podría haber dicho cualquier nombre y yo permanecería igual, ya que no le conocía el nombre verdadero a casi nadie y aquel cuerpo me entregaba un simple antecedente: un cuerpo sin vida en las calles de Las Condes.

—¿Loco Carlos, reiteró, tal vez lo conociste, no? Cuando me dijo aquello me quedé en silencio, impávido. Luego suspiré, fue como un martillazo en plena cabeza. A esas alturas la mayoría de los rodriguistas estaban de pie mirando las noticias, tal vez aquel hombre tirado en la calle no les decía mucho salvo que había sido muerto un miembro del Frente. Un silencio sepulcral se hizo presente en la sala de la casa, algunos murmullos pero nada mas, todos miraban aquella caja que emitía las malas noticias del comienzo de una catástrofe para todos.

La rutina no siguió como correspondía y extremamos las medidas para una posible llegada de los soldaditos que andaban sedientos de nuestra sangre. La televisión quedó encendida a lo largo de la jornada, uno podía ir viendo el mundo diferente que habitábamos, toda clase de comerciales en que se mostraban y desnudaban poco a poco las exquisitas mujeres de los ricos, todas perfumadas y bien tenidas, hermosas como figuras de papel satinado, con sus suaves y delicados cuerpos, no eran sino un sueño para cualquiera. Y yo recordaba en tanto a mis mujeres, ¡cuanta diferencia! Toda aquella oleada de cuadros coloridos se fue a acabar cuando aparece la segunda mala noticia del día. Inmóvil me quedé observando el despacho de prensa desde el mismo lugar de los incidentes. Una vez más todos los habitantes de la casa corrieron al living donde me encontraba haciendo una especie de guardia informativa. A esas alturas ya esperábamos cualquier cosa. Arturo llegó a mi lado poniendo atención a la pantalla, la cual permanecía escupiendo aquel desastre. Había sido muerto en enfrentamiento otro miembro del Frente, tal vez uno de los que conocía a toda la

organización de norte a sur, y que había estado en todas partes haciendo sus cosas, sin embargo Julio Guerra, tal como aparecía identificado, estaba muerto luego de su resistencia en el departamento de Villa Olímpica. Julio era de la generación de Salomón, había participado, tal como me enteré por Arturo, en el intento de matar al tiranuelo así como también en la internación de armas por Carrizal. Todo acabó en la Villa Olímpica, con su cuerpo desparramado agujereado hasta el infinito.

Ya el ambiente en la casa era de completo abandono, los rostros caían en un drama descomunal, algunos que lo conocían contenían el llanto. Como era de prever la situación se fue tornando cada vez mas complicada para nuestra escuela de atrincherados, las posibilidades que nos cayeran encima eran cada vez mas evidentes. No se trataba de un golpe aislado, ya que los caídos hasta ahora no tenían una vinculación orgánica definida y por eso mismo el próximo embate podría ser por cualquier sitio. Debido a esto se decidió, en un rápido movimiento, evacuar la casa para la mañana próxima del 16 de junio. Organizamos una salida escalonada como había que hacerlo. Pelarco me observaba en silencio sin saber que decir; él era del campo pero lo golpeaba tan fuerte todo ese ambiente que permanecía ahí como en medio de un bosque abandonado. Repasamos lentamente el plan de salida de emergencia, el que estaba diseñado por una de las piezas de dicha casa en cuyo techo había una especie de ventanilla de luz donde podíamos salir hacia los techos de las casas vecinas. Para esta salida había destinado un fusil y unas cuantas pistolas, yo cargaba la mía a todas partes y serviría para tales propósitos.

Así nos movíamos por el interior de la casa, con la televisión prendida y una radio dando las noticias en una de las habitaciones. De pronto sentí a Lara, en una determinada hora del día, arqueé mis cejas y me quedé quieto por unos segundos mientras recorría el pasillo de la casa, fue como un pequeño estremecimiento, imaginé que ella estaba en buenas manos y que sabía cuidarse lo suficiente; yo aun no tomaba el peso de los hechos.

Como a eso de las seis de la tarde nuevamente la televisión nos trajo otro suceso que al final vendría a confirmar mi presentimiento. Caía otro rodriguista a bordo de un microbús de recorrido urbano cerca de la casa en donde desarrollábamos la escuela. Las caras fueron cambiando. A Patricio Acosta le llegó su turno de sacrificio. Aquel sujeto venía a la escuela a impartir sus conocimientos, no alcanzó a llegar a ella, su destino se entrecruzó con los tiros de los soldaditos a bordo de un microbús. Ya iban tres muertos en menos de un día.

Al tratarse de materia donde la vida se puede ir así como un suspiro, el autocontrol es fundamental, es como hacerle un desconocimiento a la muerte porque al fin de tanto verla posada sobre los hombres uno termina ya por no creerle nada de nada. Ya nos estábamos muriendo, aquello era un dato indiscutible y que saca uno con escenas extremadas hasta el cansancio, quizá lo que mas molesta es ese sentimiento, un verdadero vacío que a uno va llenando poco a poco.

Así simplemente me dispuse a esperar cualquier cosa que se nos pudiera venir encima a esa hora de la tarde, ya casi al anochecer. Arturo estaba especialmente nervioso, evaluaba el peso de los golpes, tenía una mirada proyectiva, pensaba en el futuro del Frente a esas alturas. Había gente como él, que era capaz de sustraerse a los hechos inmediatos y ver por encima de ellos el futuro programático de todo esto y al parecer la cosa era seria como nunca, sacaba sus cuentas al lado de Rivera, su acompañante.

A esa hora de la noche me quedé en el living de la casa, frente al antejardín, atento a cualquier cosa. Saque mi pistola pensando en Lara, miré su negrura brillante, le pasé mi mano trunca por encima y luego pasé el tiro para que quedara alojado en el cañón, con el martillo atrás. Sólo le puse el seguro, la dejé a mi lado, comenzaba a encontrarle el significado final a mi pistola. Pelarco me observaba de reojo, le sonreí.

—Cada cual debe morir a su modo, ¿no lo crees?

—Así es, cada cual debe buscar su modo de morir, lenta o rápidamente —contestó.

—¿Y cual va a ser tu modo? —le pregunté.

—Yo no pienso en eso. Los animales verdaderos no sienten lástima de sí mismos.

Su tranquilidad me dejaba nervioso, luego se levantó y partió al dormitorio colectivo. Yo partí tras él para dar la última mirada a esa pequeña abertura en el techo de la habitación. Al entrar la gran mayoría de la gente permanecía durmiendo un extraño sueño, el día ya había acabado y su carga mortuoria, pensábamos algunos, terminaría de una buena vez para todos. Al cerrar la puerta miré mi reloj y ya se acercaba la medianoche.

El golpe que di a la puerta se confundió con un golpe aun más fuerte que provenía de la sala principal, luego vino otro similar y al final, en menos de unos cuantos segundos pude comprobar que se trataba de tiros y no de simples golpecitos.

El corazón me latía mas fuerte que en cualquier clase de guerra; en las guerras uno tiene un espacio físico, tiene a mas camaradas dispuestos a la masacre, todos en cierta medida armados y expectantes, pero en esta casa sólo habían un par de fusiles contra casi todo un ejército que lentamente se agolpaba en las calles aledañas y frente a nosotros con un gran arsenal. Salí corriendo a la sala encontrando una gran humareda en cuyo interior alcancé a notar las siluetas de Arturo y su acompañante apellidado Henríquez.

Ambos exprimían los gatillos de los dos fusiles dispuestos para la defensa. Al llegar a su parapeto, que se componía de la muralla de la casa y un colchón, saqué mi pistola e hice un par de disparos hacia la calle, desde ahí se notaban una cantidad enorme de pequeños fogonazos, era el turno de nosotros, los próximos cadáveres que mostrarían a la prensa. La casa de pronto se convirtió en un griterío sin límites, yo pensaba quedarme con ambos en aquel puesto, lo había decidido extrañamente en un arrebató de voluntad, ya no soportaba seguir huyendo de todas partes, de pronto Arturo me notó a su lado.

—¡Qué haces acá, sal de aquí y ve con los que tienen que salir!
—decía entre los disparos de su fusil. Yo me hice el que no escuché y seguí disparando mi santificada pistola.

—¡Sal de acá! —me ordenó determinante mirándome a los ojos, fue una fuerza tan potente la que salió de sus pupilas que sólo me quedaba pensar que todo ello era parte de ese ambiente dominado por el terror que hace a las personas algo extraño y desconocido. Ante tamaña potencia sólo me quedó salir agazapado como una alimaña arrepentida hacia la habitación. No habían pasado más de cuarenta segundos y al llegar a la puerta me encuentro con un desorden inaudito. Aún había algunos acostados y el encargado de portar el tercer fusil para la retirada por la ventanita apostada en el techo no sabía que hacer, permanecía gélido y nervioso, todos gritaban descomunadamente.

La casa era una completa humareda taponeada de disparos y tronaduras infernales. En ese tipo de momentos lo mejor es actuar como si no existiera oportunidad alguna de sobrevivir, aquella técnica yo la había asimilado en mis guerras tropicales y de verdad servía de sobremanera ya que al pensar aquello y tener la plena certeza de que uno morirá, los propios actos y movimientos se van despojando de todo el conjunto de normas asimiladas durante toda una vida, y adopta un mínimo estado salvaje que al final es el que vale para seguir viviendo. Es en esos instantes interminables cuando uno realmente vive, no sé que mas podría decir, aquello lo saben los que han pasado por aquel tipo de situaciones, ¿y mas de alguno me entenderá, no? En fin, como aquel sujetó era un completo sistema de indecisiones me propuse, sin pensar demasiado, tomar el mando de la situación y organizar una breve fuga de aquel próximo cementerio.

Iba a comenzar a hablar y de pronto apareció entre la humareda Pelarco más resuelto que nunca, con su pasividad campestre y su humildad enervante. De un solo salto se posó sobre el camarote que servía como una especie de escalera y tomó el fusil, abrió rápidamente la pequeña abertura hacia el cielo y salió para verificar, luego, desde el techo de la casa comenzó a dar la salida a los demás. Yo presenciaba todo eso como siempre, tratando de acaparar el mayor número de detalles, impactándome lentamente de todo lo sucedido, la belleza de las situaciones atroces está en eso, si uno no

es capaz de ver las cosas con otro sentido que el impuesto a la fuerza de la situación, al final terminará siendo parte de todo el espectáculo, hay que mantenerse en un límite entre lo terrible y la propia belleza que seamos capaces de darle al terror, que sentido tendría la vida si no.

Así yo permanecía, pues, al lado de una mujer en cuyos brazos se posaba un pequeño infante de no más de un año de edad, que solo gemía y se ahogaba con todo el humo proveniente de la sala, no emitía aullido alguno y mas bien, creo, que comenzaba a asimilar el mundo que veían sus reducidos ojos. Pensé en Tomás, seguro no lo vería mas, en Lara, en mi mundo que se esfumaba lentamente entre los alaridos de aquel enjambre humano. Luego tomé por el brazo a la mujer con su infante y los alcé con una fuerza sorprendente hacia el camarote para que salieran de una buena vez. Pelarco seguía en su rutina de salvar vidas que no conocía para nada. Al final salieron todos despavoridos por los techos en una especie de suerte que nadie conocía, ya que al abandonar los techos de las casas cada uno seguiría su propio destino. Yo salí al final y ambos, Arturo y Rivera, aun disparaban sus fusiles además de todo el arsenal de griteríos que seguían dando en contra de los soldaditos. Ya en el techo, y aún al lado de aquella hembra con su retoño, dudé en seguirlos, pensé en devolverme y acompañar hasta el final a aquellos dos hombres que se debatían en el preludio de la muerte, cuando Pelarco me jaló el brazo cayendo al patio lateral de la casa vecina. Con las ramas en la cara nos levantamos y tomé al pequeño que cada vez lloraba mas fuerte, se lo pasé a su madre para que le encajara su pecho en plena boca y así poder callar los llantos de la criatura para no ser descubiertos.

Como ya había dicho cada uno salió por su lado, las calles estaban atiborradas de soldaditos y policías rondando por todos los sitios de la comuna. Salimos a la calle por el antejardín de la casa y escuchamos unos aullidos desde un patio cercano, luego salió un tipo corriendo y mas allá, junto a su mujer, los atraparon unos carabineros, veíamos toda la escena sin poder hacer nada ya que si interveníamos como había que hacerlo la vida reciente del infante

correría un serio peligro de extinguirse para siempre. Aquella pareja atrapada yo la había visto en la escuela y pensaba que no los volvería a ver nunca más con vida. Luego de ese incidente dentro de toda la tragedia, le dije a Pelarco que guardara el fusil entre sus ropas, le pasé algo de dinero y le pregunté si tenía como revincularse para que no se perdiera en la ciudad. Una vez dicho aquello, le repetí que nos teníamos que separar, tres éramos demasiados escapando por las apretadas y atiborradas calles. Como la situación era catastrófica y era muy difícil que saliéramos todos vivos de ahí, de ese pequeño y oscuro antejardín, les dije que saldría corriendo para que ellos pudieran salir en forma normal. En el fondo lo que queda era salir rápido de ahí y a lo que fuera; fue así como Pelarco y la mujer que amamantaba a su hijo me miraron y me dieron las gracias. Revisé la pistola y le cambié el depósito para tener mas balitas para mi loca carrera. Adiós, les dije en el mas absurdo de los actos inmolativos, pero que podría haber hecho con tanta muerte a mi alrededor sino desearla de manera consciente. Me di valor y alcé una endemoniada carrera por aquella calle completamente oscura. En la esquina habían apostado unos cuatro soldaditos de civil y al correr comenzaron a dispararme y perseguirme. La verdad no se de donde saque tamaña velocidad y decisión. Corría y corría sin pensar nada, dispuesto en cierta forma a lo que sucediera. Corría en zig zag, como en los viejos tiempos, disparaba sin mirar hacia atrás, ubicaba la pistola a la altura de mi hombro y jalaba el gatillo. Toda esa oscuridad caía sobre mí como un manto cobertor, presentía que de pronto me desplomaría sobre el frío de la calle y luego vendrían a darme el adiós con certero tiro en la frente, apretaba todos mis músculos pero en el fondo era lo que deseaba para terminar de una buena vez con todo esto, empero, nada ocurrió y de pronto me encontré con las calles vacías, lejos de los sucesos, las sirenas sonaban periódicamente en la lejanía, tiros esporádicos y algunos helicópteros alumbrando el sector con fuertes focos.

Entonces comencé a perderme entre los curiosos que salían de sus casas para ver que era lo que sucedía, la gente murmuraba y miraban mi rápido paso por las aceras, escondí la pistola entre mis

ropas y disminuí el paso de fuga. En un momento y ya en una avenida central los tiros no sonaban, eso quería decir que habían muerto Arturo y Henríquez, tal vez rematados escandalosamente, laxos y sin fuerzas ya para resistir, tumbados en la antigua casa de la escuela. Sin ese acto de resistencia el número de muertos hubiera subido estrepitosamente. Sin Arturo y Henríquez, yo y muchos más hubiéramos muerto más de lo que estábamos. Miré el cielo estrellado y luego bajé la cabeza hacia el suelo, no sabía como despedirme de ellos, de su luctuosa decisión final de morir como murieron para salvarnos a nosotros. La patria, el pueblo, la lucha, la dignidad, toda esa ruma de palabras amparadas en las sombras del abecedario ya no sonaban mas en mi cabeza, éramos los verdaderos valientes hombres absolutos, y de pronto recordé las teorías del Huevo y en alguna forma éramos una especie de reencarnación colectiva de un solo espíritu que no sabía donde posarse y que jamás calaría en alguna edad contemporánea.

Subí a un microbús hacia el centro de Santiago. En el trayecto fui quedándome dormido, con todo lo que había visto y que ya era parte de mi memoria decapitada y moribunda.

XXXVII

Como no es cosa de saberse un afortunado, por la madrugada de aquel día 16 de junio de 1987 me quedé rebotando en el centro de Santiago. Era natural que mi antigua casa estuviera vigilada hasta las pelotas, así es que como una buena medida y también como una forma de hacer tiempo e ir en busca de Tomás al cementerio me fui quedando de topless en topless nocturnos, pedía algún licor y pasaba como un abandonado de la fortuna urbana. Toda clase de sujetos salen a esa hora por el centro de Santiago. La verdad hay que ver a esos tipos, con sus caras espantosas y sus movimientos entrecortados por la madrugada, todo un mundo alternativo que emerge en Santiago. Las mujeres bailarinas me recordaban a la hermana de Barza, los movimientos alrededor del tubo emplazado en medio del escenario, las luces titilantes y aquel ruido fagocitador de todo. Qué será de ese inútil, me dije de pronto; seguro está evaluando estúpidos informes y realizando, a modo de sobrevivencia, sus rituales sobreideologizados y ñoños. Se había librado de todo esto el muy hijo de puta, pero no por opción sino que por una cobardía que no lograba entender.

Al amanecer, y ya cuando el alba comienza a clarificar los desordenes nocturnos, salí de uno de aquellos locales enfilándome en busca de Tomás para dejarlo en algún sitio meridianamente seguro. Lara debería estar ahí por la tarde, pero yo me adelantaría en

su búsqueda ya que nadie sabía realmente las proporciones del embate.

Por un momento imaginé a todos muertos, el Frente acabado definitivamente, todos muertos.

Estaba tranquilo con el paradero de Lara, ella se había ido con Ernesto y eso me dejaba tranquilo, aquellos tipos sabían hacer las cosas del todo rigurosas.

Cuando voy llegando a la esquina del cementerio, no sin antes hacer un pequeño chequeo de la situación, me encuentro cara a cara con Óscar, eso ya me hacía sospechar que nada bueno había sucedido. Me alteré de tal manera que saqué la pistola dejándola dispuesta para su uso. La gente que iba pasando a mi lado se hacia a un costado de la vereda tomándome como el infame y desquiciado en que me estaba convirtiendo. La cara de Óscar estaba en igual condición que la mía, quizás habría pasado por lo suyo y al igual que yo había sobrevivido milagrosamente.

—Cómo va todo, fue lo primero que me pregunta.

—Como el orto —le respondo— pero estoy vivo. ¿Y Tomás? Vengo a buscarlo.

—No te preocupes, ya lo saqué junto a mi madre a un lugar muy seguro y van a estar ahí hasta que vaya a buscarlos.

Cualquier persona no se hubiera contentado con aquello, pero Óscar me daba tanta seguridad que no lo puse en ninguna duda. Nos fuimos de ahí, luego que me dijo que el sitio estaba completamente chequeado. En esta nueva fuga le fui relatando los sucesos de la escuela de la calle Varas Mena. Poco a poco se le fueron cayendo algunas lágrimas. Óscar ostentaba la misma incertidumbre que la mía y ambos sospechábamos que éramos sobrevivientes a un torbellino de sangre. En un momento me dice que debemos resguardarnos con otros rodriguistas y que él sabe la dirección de una de las casas que estaban destinadas a la campaña de escuelas. Pues vamos hacia allá le dije, ¿tal vez encontremos donde morir, no?

Calle tras calle no nos dijimos más hasta llegar a la escuela que se ubicaba en la calle Pedro Donoso. Nos bajamos del taxi a unas cuadras del lugar y de pronto, mientras nos acercábamos,

comenzamos a notar una cantidad enorme de soldaditos de civil haciendo rutinas de operativos. Ya no podíamos echar pie atrás, estábamos en medio de ellos y nadie nos decía nada, quizá por nuestras vestimentas que se asemejaban, en un sentido acotado, a la de ellos, por lo menos Óscar siempre vestía vestón y andaba ordenado, yo permanecía con una camisa blanca y pantalones de tela que hacían verme algo parecidos a ellos. Pero quizás lo mas contundente era la forma en que caminábamos hacia el sitio, con una resolución que solo podría venir de los sujetos que estaban a cargo. Por un momento pensé en desistir de lo que hacíamos y adónde nos dirigíamos pero vi tal convencimiento en Óscar que lo desestimé por completo. Al entrar a la casa que permanecía con su puerta de madera completamente abierta nos cruzamos con un policía de investigaciones que portaba guantes de plástico en sus manos y una cámara fotográfica colgada a su cuello.

—¿Son los de las huellas, no? Hay que tomárselas sólo a algunos, los demás están identificados.

—Hay que volver a hacerlo —le dice Óscar con tono cortante y sin saber lo que realmente sucedía. A esas alturas yo ya esperaba lo peor y no sabía con lo que me encontraría definitivamente. Al llegar a la primera habitación la sorpresa fue tal que me bajó la presión y comencé a marearme, tuve una especie de trastabilleo sobre mi propio eje y uno de los policías me sujetó por los hombros.

—Vamos, si no pareces tan nuevo en el oficio para que te andes desmayando como un novato que ve tanta sangre, ¿no? —dijo el sujeto mirándome para luego articular una socarrona sonrisa justo encima de mí. Me salí de su ayuda y continué mirando aquel cuadro barroco que se debatía frente a mí.

En aquella pieza de la casa permanecían tendidos tres cuerpos sin vida, agujereados por todas partes y tirados sobre sí mismos. Dos hombres y una mujer a la cual Óscar le tomaba la mano constantemente. Aquella mujer era Mara, una mujer muy cercana de Óscar.

En todos los cuerpos había una pequeña identificación con sus nombres escritos en un papel. Los policías pasaban a nuestro

alrededor sin tomarnos en cuenta y ya se habían convencido, a causa de nuestra impertinencia, que éramos parte del contingente descubridor de identidades de los subversivos muertos. Al lado de Mara estaban tirados los cuerpos de Ricardo Silva de 28 años. No me parecía conocido y a su lado el cuerpo identificado como Manuel Valencia de 20 años. Los tres muertos permanecían impávidos, helados y cada uno con un tiro en la frente o cara. Eso quería decir que habían sido rematados al viejo estilo del gangster. Óscar se quedó largo rato al lado de Mara, yo proseguí en un escabroso y lunático ritmo hacia otra de las piezas predispuestas a lo largo de la casa.

Al topar con otra de las habitaciones encontré más cadáveres lanzados por el suelo.

Casi en la entrada estaba otro cuerpo con su papel sobre el pecho que decía Ricardo Rivera de 24 años; aquel rodriguista trabajaba directamente con Ernesto y eso comenzó a darme ciertas señales oscuras y atroces, al interior estaba el joven cuerpo de una mujer que en variadas oportunidades lo había visto en la cárcel de visita, y que tenía la identificación de Esther Cabrera Infante de 22 años. La reconocí inmediatamente aun entre todas esas pozas de sangre a su lado y ciertas marcas de barro sobre su cara. Era una bella mujer que yacía muerta, y que más de alguna vez había admirado entre las visitas de la cárcel de Valparaíso, sin embargo, ya no podía hacer nada. Le limpié un poco la cara sin que ningún policía me notara, le cerré los ojos y suspiré, no tenía nada más que hacer. Por toda la casa se encontraban vainas desocupadas de tiros lanzados por quién sabe quién. Entre la sangre seca y la brillantez desgastada de aquellos artefactos proseguí la rutina. Pedí permiso a unos policías que estaban en la última pieza y pase al interior. Había dos cuerpos mas, los fui reconociendo de a poco. Primero miré el papel sobre el hombro de Patricia Quiroz. Traté de reconocerla pero fue en vano ya que no la había visto jamás en mi vida. Por un momento empecé a imaginar que todo lo que estaba viendo y oliendo era una ilusión, un pequeño cuadro pintado sobre el suelo, la

imaginación plasmada de algún pintor con ablandamiento cerebral. De pronto Óscar llegó a mi lado y me tocó el hombro diciéndome:

–Ya está bueno, no puedo seguir mirando todo esto, estoy que me pongo a matar a estos hijos de puta aquí mismo.

–Tranquilízate, le dije, estando tan destrozado como él. Sigue fingiendo que si no nos matan aquí mismo, esperemos unos minutos más para ver quienes son los otros. Oscar alzó su cabeza con sus ojos desbordantes y luego me dijo.

–Ahí está Ernesto.

Cuando me dijo eso voltee la mirada hacia el cuerpo restante. Vi a Ernesto y no lo podía creer, a su lado estaba el cadáver sin identificar de una mujer con la cara casi despedazada por los tiros lanzados a corta distancia. Me acerqué casi con los mismos temores infantiles de soledad y abandono. Reconocía las vestimentas pero me negaba a aceptar lo que veía. Miraba los zapatos, sus suelas, la tierra seca pegada en ellas, pastos decolorados como los del jardín de la casa que habitaba con Lara. Mire sus manos y poco a poco mi rostro se fue, creo en una breve imaginación interna, desfigurando con una fuerza tendonal increíble. Tiritaba al llevar mis manos al rostro y comenzar a rearmar su cara, trataba de cerrar cada orificio en cuyo alrededor se desplegaban trozos de carne casi dura. Me costó cerrar aquellos orificios ubicados entre los ojos, en la frente, en los pómulos pálidos, la nariz semi abierta, el cuerpo completamente inerte. Al finalizar me encontré con Lara despedazada, muerta definitivamente, ausente para siempre. Óscar me tomó el hombro y me propuso que nos fuéramos inmediatamente, ya no podíamos seguir con la mínima farsa de ser policías casuales. Me levanté y seguí a Óscar por el pasillo de la casa hasta llegar a la puerta de salida. Cruzamos el portón y nos fuimos ante la mirada sospechosa de los demás policías, que finalmente no nos tomaron demasiado en cuenta.

Y así caminamos en silencio por cerca de dos horas, cada uno en lo suyo y en lo que habíamos dejado en aquella casa.

Al final uno termina quedándose solo para siempre y como había dicho, uno termina ya no creyendo en eso que llaman muerte,

la de uno y la de los demás, pero por mas que nos afanemos en descreer de todo hay una realidad infalible dentro de nosotros y es esa amargura que termina por consumirnos, aquella tormenta negra de navajas que se va abriendo paso mientras mas vivimos, que es como una legión de úlceras terminales que desintegran todo a su paso y lo que resta es una completa caparazón de simulaciones. En el fondo quedamos tan vacíos y huecos que ya no vale la pena seguir con algo.

XXXVIII

No basta con ser lo suficientemente bondadoso consigo mismo y con los demás para llegar a decirse que bueno es estar vivo luego de todo. Las cosas y los hombres no llegan a sopesarse en el tiempo. Como si nada, nos seguimos mintiendo hasta encontrar si no una voluntad para seguir respirando, un sentido para seguir mintiéndonos. Se llega a un momento en que cualquier expresión de valentía entra en un estado de crisis al repreguntarse, en una especie de claustro interno, todo aquello que en algún momento nos abrazó como el último y mas sereno espíritu de sentido terminal. Y si uno no encuentra respuesta satisfactoria, quiere decir que se ha llegado al final de un camino, el último puesto al borde de una frontera, y más allá ya no queda nada a que aferrarse. Se penetra al vacío donde todas las cosas se confunden en una especie de maremoto. Los recuerdos se endurecen como una perpetua piedra sin preguntas ni respuestas, o tal vez envueltos en una tremenda y atroz pregunta sin movimiento, una formulación que no lleva a nada y que te deja ahí mismo, detenido o tal vez desaparecido.

Cuando se esta allí sólo queda pasar la frontera o quedarse, para permanecer en aquel universo de ilusiones. Así uno se encuentra en la última y gran interrogante, pasarla o quedarse, es pues la decisión definitiva, tal vez la mas verdadera, si no la única que debemos tomar. Yo, como siempre, sin pensarlo demasiado y

atrapado por aquella sensación de inanidad luego de todo lo visto, di el paso al vacío convirtiéndome en una forma indefinida, deambulando por un mundo desaparecido anticipadamente o quizá en su momento. Me fui transformando en una maraña de carne que ha descubierto su propia razón de respirar.

Permanecíamos con Óscar en una plaza de San Miguel, sentados y en silencio viendo pasar a un mar de gentes despreocupadas, una de aquellas plazas donde la gente acude los días domingo a dar pequeñas raciones de migas a las palomas pulgosas esperando cualquier cosa de su tiempo, un rayo mágico, una luz de divinidad pero no hacen mas que esperar el aburrimiento. La que la gente desea por siempre es la celebración de cualquier cosa, la fiesta donde mirar y ser mirado, beber hasta la locura y olvidar las horas constantes.

Los diarios nos anunciaban las caras de todos los muertos, en cada esquina y cada rincón de esta ciudad frenética de muerte, la cara de Lara estaba como las demás, era simplemente una imagen y un nombre aportando al espectáculo, la madre de Tomás yacía en los diarios, yo había salido en la tv años atrás pero aun estaba vivo, ¿de eso se trataba todo esto, de mantenerse vivo? Uno nunca termina de entender todo nuestro alrededor y yo ya no me afanaba en eso, al final acabé por aceptar el pequeño juego de ruleta rusa. Pensé en Tomás y cómo sacarlo de dónde estaba, llevarlo tal vez a algún sitio mas seguro fuera del alcance de los soldaditos, ya que estaban dispuestos a todo, imaginé dándoselo a la madre de Lara, diciéndole que era su nieto. Pero aun podría recurrir a otras alternativas antes de aquella, ya que no me hacia gracia dárselo. En un momento miré a Óscar, me miró, su cara estaba irreconocible, un lunático de primera, quizá yo estaba de igual forma pero no lo notaba en medio del bullicio matinal de una plaza de comuna.

—¿Cuántos quedaremos? —le pregunte cómo una manera de salir de nuestra tragedia.

—Y eso qué importa Vasco, lo que importa es como responderemos —me dijo con una luz de infamia en sus ojos.

—Creo que lo más sensato es esperar más información para actuar definitivamente, ¿no lo crees? —le retuque ante tamaña ira.

—¿Sensato?

—Bueno, es una manera de decir algo.

—Parece que no te has dado cuenta de todo lo que acabamos de ver, tu mina muerta como una mosca pisoteada, ¿y recurres a la palabra sensatez? Me parece que tú estas mas lunático que yo —respondió con tal seguridad que me dio por guardar silencio.

—Bueno —dijo—, levantándose al paso de un helicóptero policial, yo me voy, si quieres acompañarme, pero sin ningún grado de sensatez, como lo dijiste, estas en tu derecho, porque yo me voy a responder con lo que tengo.

Lo miré y me alcé sin pensar en nada, en el fondo mí llamado a la espera y la pasividad no tenía ningún sustento, así es que me fui caminando con Óscar hacia una casa a no mas de veinte minutos de aquella plaza. No habían pasado más de tres horas en que habíamos estado en la casa de la tragedia donde pude ver a Lara despedazada y desnuda al igual que los demás. La cosa, por decirlo así, aun estaba demasiado fresca en mi cabeza que se negaba a asimilar todo aquello.

Al llegar a esta nueva casa nos abrió la puerta un pequeño anciano desdentado que lo primero que hizo fue abrazar fuertemente a Óscar diciéndole: Yo creí que ya estabas muerto, gracias a Dios te salvaste. Óscar no le respondió nada y pasó rápidamente hacia una de las habitaciones donde se encontraba un baúl de madera. Lo abrió apresuradamente sacando de él un fusil y otra pistola que me pasó a mí.

—Ya tengo la mía —le dije entrecortadamente.

—Vas a necesitar otra —me respondió con sus mejillas completamente rojas y alteradas.

Sin más la recibí pasándole el tiro de inmediato. Óscar envolvió el fusil en un chaleco y salimos rápidamente. El anciano quedó en la entrada de la casa sin decir nada y completamente gélido por los actos recientes.

Nos fuimos hacia la calle para abordar un taxi. Poco a poco me fui convenciendo que mi rutina hacia la muerte ya estaba consumada y sólo restaba hacer un par de cosas más para desaparecer definitivamente. Así y ya completamente desquiciado junto a Óscar llegamos a unas dos cuadras antes de la casa de Pedro Donoso donde ya no estaban los cadáveres desnudos.

Al llegar a la esquina y sin mediar nada de nada Óscar desenvuelve el fusil y lo acciona sin contratiempo sobre dos carabineros que estaban de guardia en dicha casa.

Fue la estampida acostumbrada y ambos policías caen sin mas gracia de la que ya había visto en ese tipo de oportunidades. Inmediatamente la gente comenzó a huir de cualquier cosa, pero en particular de nosotros dos. Yo en tanto, para no ser menos en este nuevo escenario que fundaba a raíz de mi inconsciencia suprema, saqué ambas pistolas del cinto y al mas puro estilo mafioso comencé a dar tiros indiscriminadamente en contra de los policías caídos en el suelo y aun revolcándose a cada impacto. Sólo tenía en mi cabeza todos aquellos cadáveres desnudos y abiertos de tanto plomo recibido a corta distancia.

Luego de aquellos segundos nos retiramos pasivamente hasta tomar un microbús. A bordo del vehículo seguimos en silencio hacia cualquier sitio, pero había sido demasiado poco para tanto que habíamos visto, así es que, como viejos cazadores nos dedicamos a buscar mas policías.

El microbús nos llevó hasta la avenida Recoleta, ya eran cerca de las nueve de la noche y nos bajamos sin decir nada. Caminamos un par de cuadras y de pronto nos encontramos con un vehiculo de Investigaciones estacionado, en cuyo interior se encontraban tres policías de civil. Dos de ellos se bajaron hacia la vereda de enfrente hasta que se introdujeron en una casa, al quedar sólo uno y como operábamos con el estilo de: "mientras menos sean, mejor para nosotros", abrimos fuego con el fusil y dos pistolas en contra del policía sentado en la parte trasera del vehiculo. No demoró nada y el policía comenzó a morir impacto tras impacto. Quedó tumbado hacia atrás con los hilos de sangre recorriendo su cuerpo.

Aquella noche nos fuimos, sin decirnos nada, hacia un departamento que tenía Óscar para casos especiales, dormimos sin ningún tipo de pesadillas, sin decirnos nada nuevamente, como si ambos entendiéramos, en un ancestral lenguaje, cosas que no podíamos comunicarnos con el habla normal. Compartíamos brevemente nuestra tragedia, el mínimo cuento de terror que escribíamos con la sangre de los que acabábamos de matar. La civilización era esto, lo que teníamos enfrente de nosotros y éramos los mas civilizados de todos ya que cumplíamos con rigor y esmero todos los principios de una buena comunidad que se cuida de sus seres anormales, pero como nuestro mínimo gobierno no tenía posibilidades de esconder y exiliar a los anormales, simplemente los enviábamos al único sitio que nos permitían las condiciones, es decir, al cementerio.

A la mañana siguiente salimos en la misma cruzada sin mediar palabra alguna. Llegamos hasta el barrio de Patronato donde se encuentran todas aquellas alimañas vendedoras de baratijas. Cada uno andaba con sus pistolas, el fusil decidimos dejarlo en el departamento, lo que nos permitía pasar mas desapercibidos ante la gente.

Hay que saber hacer las cosas para seguir durando lo que sea necesario, y lo necesario para nosotros en ese momento era continuar eliminando a cualquier cosa uniformada que se nos cruzara.

Desde un pequeño bar salió un carabinero de civil tranquilamente. Nos quedamos observándolo a unos diez metros del lugar, Óscar tomó un grueso palo de una construcción aladaña a nuestra posición y salió tras el carabinero de civil. Al llegar cerca de un metro de él desenfundé una de mis pistolas y Óscar se lanzó contra el policía comenzando la golpiza con el garrote fuertemente. Yo me dediqué a mirar aquel espectáculo mientras la gente se agolpaba a nuestro alrededor curiosamente, algunas señoras sacaban a sus hijos del medio con un solo tirón de cabellos recriminándolos que aquello no lo hacía la gente decente.

Mientras Óscar lo golpeaba con fuerza veo que comienza a llorar sin decir nada. Luego de aquello me acerqué al policía y le propiné un par de patadas en la cabeza, le apunté directamente a los ojos. Clavó sus ojos en mi cara. Estaba tan resuelto a eliminarlo que sólo aquel terror de sus ojos gimientes me detuvo de tal acto. ¿Que contrariedad, no? No gatillé mi arma por no sé qué razones.

Nos dimos la media vuelta saliendo de todo ese barullo armado por la golpiza. Caminamos serenamente hasta la Estación Central y en un momento me doy cuenta que un tipo nos venía siguiendo desde hacía bastantes horas. Le digo a Óscar que nos siguen y tranquilamente este se da vuelta entre el gran gentío que circulaba por esas horas, encarándolo de primera instancia con un fuerte golpe en su cara; al caer al sujeto se le deslizó un arma desde sus ropas y yo comencé a gritar a viva voz que era un sapo.

En esos tiempos era cosa de acusar a alguien en plena vía pública de sapo y la gente se abalanzaba sin mediar provocación sobre el acusado, como la evidencia de su vinculación con esa clase de gente quedó demostrada contundentemente con su arma en el suelo, el gentío o los mas audaces se lanzaron sobre el tipo a golpearlo, con lo que saldaban su pequeña cuenta diaria. Ahí quedó el barullo de golpes y nosotros con la convicción que ya estábamos identificados plenamente y que nuestro futuro se engazaría con todos los muertos de los días anteriores.

Caminamos y caminamos por las calles del centro de Santiago y de pronto me dice que esperemos en una de las esquinas, en medio de un pasaje en que se abrían las puertas de una galería comercial. Al detenernos yo pregunté que esperábamos y me respondió que había detectado a una mujer tras nuestros pasos. Al aparecer una mujer joven de no más de treinta años; Óscar, la arrincona contra la pared poniéndole su pistola sobre la cabeza. La mujer sin saber que decir comienza a lloriquear que no la matemos, yo en tanto tomé su bolso y encontré un revolver de bajo calibre y la identificación como miembro de la CNI. Óscar sonríe y ahí mismo la vejó como un maníaco, la toqueteaba por todas sus partes, la manoseaba como un vulgar desquiciado; tal vez tenía noción que aquello la anularía por

el resto de su vida y que la muerte para ella no sería lo que deseábamos que fuera, un constante dolor, un suplicio diario y permanente, deseábamos mas que nada generarles dolor, un dolor tan fuerte que olvidaran quienes eran en esta parte de la tierra, volverlos, de alguna forma, unas especies sin fuerza ni voluntad, hacerlos ver cuanto se puede llegar a sentir de manera extrema, queríamos, como lo reitero, hacerles ver el dolor, olerlo, tocarlo como quien toca el filo de un cuchillo.

La mujer no decía nada de nada, simplemente cerró los ojos y nos pidió que no la matáramos, luego se fue agachando como un reptil hasta quedar en el suelo casi de rodillas. Por mi parte le saqué el revólver y la identificación y ella se quedó tiritando de terror. Tomamos un taxi que nos dejó cerca del departamento de Óscar. Asimismo nos decidimos a esperarlos en aquel lugar. Preparamos todo tipo de condiciones para la parte final del espectáculo. Acondicionamos el departamento de tal manera que lo convertimos en un reducido fortín con armas y municiones por lo menos para resistir un par de horas.

Como las horas pasaban y nadie llegaba a detenernos prendimos la televisión, que aun escupía sus noticias sobre la muerte de todos esos subversivos despedazados por la mano de la ley. Canal tras canal todos daban sus despachos en vivo desde los lugares recientes. Mi dolor continuaba y creo aumentaba. En un momento veo a Óscar observando por el ventanal del departamento en dirección de la entrada, y me dice que hay un soldadito de civil que ha estado ahí por varios días, en una especie de enmascaramiento, haciéndose el vendedor de completos en un carrito. Yo me levanté del sillón, fui hasta su posición y vi al tipo de delantal blanco en su inútil labor de pasar inadvertido.

—Pues bien —dijo—, ¿si no vienen, hay que ir a buscarlos, no? Continuó sonriendo irónicamente como esperando la hora de morir luego y rápido, era su manera de escapar a todo ello de una buena vez.

En fin, bajamos y éste se acercó al carrito por uno de sus lados.

—Dígame señor, ¿como va a querer su completo? Óscar no le dijo nada y se fue encima del sujeto mientras yo miraba a los alrededores por si aparecían más de ellos. El tipo no estaba armado y a mi me asaltó la duda de si realmente era un soldadito. Pero como no había que pensar demasiado en aquel ambiente frenético me dejé llevar por la situación. Lo llevamos hasta una de las calles aledañas y abordamos un taxi, con el tipo encañonado bajo la chaqueta de Óscar. Lo único que hacía el supuesto soldadito era preguntar y llevar hasta el final su impostación frenética para salvar su vida. Recorrimos innumerables calles hasta que a eso de las seis de la tarde llegamos a un sitio eriazo cerca del estadio Monumental. Ya casi estaba oscuro, bajamos los tres, nos acercamos a una pilas de basura que yacían en el sitio, los tres nos sentamos en silencio, el soldadito, aún aterrorizado, seguía preguntando que sucedía.

—No sigas fingiendo hijo de puta, te vengo observando hace ya varios días —le dijo Óscar con su arma sobre la totalidad del rostro. Le desplazaba su cañón por los pómulos, luego se lo bajaba hasta los labios, todo ello recorriendo con el frío acero cada parte de la cara del soldadito, su rostro generaba pequeños pliegues, lo que hacía demorar el desplazamiento del cañón sobre la cara.

Luego lo revisamos minuciosamente y no tenía ninguna identificación, ni siquiera su carné de identidad. Yo en todo momento dudaba de la verdadera identidad del sujeto, quizás era sólo un vendedor. Óscar en su desvarió veía a todo el mundo como carnicero luego de aquello que vimos en la casa de Pedro Donoso. Por los alrededores no se veía demasiada gente y la poca que se alcanzaba a notar, estaba a unos cincuenta metros de nosotros lo que parecía, desde aquella distancia, un trío de tipos conversando en el basural.

—Te vamos a matar —acotó severamente Óscar mirando hacia el piso.

—¿¡Pero, por qué!? —preguntaba desesperadamente el tipo mientras las gotas de lágrimas caían desde sus ojos descompuestos.

—Sólo dinos el nombre de tu jefe —le dije yo sin mucho convencimiento.

–Jefe de qué, si yo no tengo jefes –murmuró el tipo sentado y en rodillas sobre algunos desperdicios.

En el horizonte se veía la gruesa capa de smog mezclada con algunos tenues rayos solares que se comenzaban a ocultar en junio, un sol a medias que no calienta por la propia temporada. Los ruidos de automóviles se me hacían cada vez mas lejanos, la gente caminando, el ruido de sus rutinas y nosotros al borde de eliminar a este hombre.

–Pues bien, sácate la ropa, desnúdate por completo –dijo Óscar desde su posición.

En ese preciso momento el hombre ya no soporta más la situación y estalla en un llanto irreconocible de pánico.

–Entiéndanme, yo sólo chequeo, no soy parte de las unidades operativas, déjenme ir y les diré el nombre de mi jefe, ¡por favor se los pido! Decía mientras se reducía al nivel del suelo y su cabeza se apoyaba en algunos tarros vacíos y papeles higiénicos usados unas cien veces. Gimoteaba como un loco por su vida.

Ya desnudo y semitiritando, por la situación y el frío, comenzó a dar el nombre de un tal teniente del ejército que era su jefe, nos dio su dirección y el modelo de su automóvil. Antecedentes suficientes como para ir en busca de uno más grande que él. Yo pensaba no eliminarlo hasta verificar si los datos entregados eran completamente verdaderos. Óscar escuchaba atento, memorizando rápidamente todo lo escuchado. El sujeto seguía pidiendo piedad, excusándose, a su modo, de que nada tenía que ver con los últimos acontecimientos de muertes y detenciones letales. Óscar no decía nada. Luego movió su cabeza en repetidas oportunidades como contrariado. Alzó su pistola y le metió en plena cabeza un certero disparo a corta distancia. El cuerpo salio expulsado hacia atrás de un fuerte y violento movimiento. Sus piernas permanecieron dobladas y ambos brazos enredados con su propio tronco. La impresión de terror en el rostro fue evidente y en pocos segundos su propia sangre inundó lo que quedó de la cara. Por mi parte permanecí quieto mirándolo desde mi altura, luego observé hacia mis alrededores y nadie había notado nada, el mundo continuaba de la misma forma,

vaya que locura todo esto, me dije y tomé el cadáver, pesado como la memoria, y lo arrastré por los brazos hasta donde se acumulaba la mayor cantidad de basura, mientras lo arrastraba por el suelo fue quedando una impresión de sangre sobre la tierra de un color café profundo. Pasé mi pie por aquella huella y lancé mas basura con las manos para tapar el cuerpo inerte, me alejé para ver como se notaba todo y vi que una mano blanquecina sobresalía de la basura, aquello me obligó, por razones de orden, a equiparar la basura sobre el cuerpo. Luego de terminada mi labor le dije a Óscar:

–¿Al menos debimos esperar si los datos eran verdaderos, no?

–¿Si? Y entre tanto ¿donde dejábamos al chanco, acaso en tu casa, la antigua casa de Lara, o lo entregábamos a las autoridades? – contestó irónico.

–Bueno, es hora que nos vayamos de aquí –dije caminando hacia la calle.

Óscar se levantó y partió tras de mí con la evidente intención, por parte de ambos, de encontrar al jefe del cadáver que acabábamos de dejar en medio de toda una tonelada de basura.

La noche nos fue tragando como un par de tipos más que se movían en todo ese ajetreo nocturno. Por mi parte no pensaba nada, mas bien mi propia razón se convertía en la búsqueda de una emoción para acabar definitivamente con lo que venía sintiendo. Era como una tremenda abertura en medio de mí mismo tanto así que alcanzaba a sentir hasta el mas mínimo grado de viento a brisa que recorrían las calles, era, simplemente, un puro estómago a pleno viento sintiendo un ardor por todas partes,

Había ardido poco a poco en menos de tres días y hasta el más bajo y mínimo aire me dolía. Mientras seguíamos puse mi brazo por los hombros de Óscar, éste me miró sin ningún tipo de expresión, yo le sonreí y seguimos caminando hasta el centro de Santiago en busca de aquel teniente para matarlo, nada más.

XXXIX

Estuvimos apostados en la cercanía del edificio por cerca de dos días. Nos turnábamos como si estuviésemos realizando una gran operación autónoma. Por las mañanas le tocaba a Óscar y por las tardes a mí. Nos ubicábamos en un pequeño café enfrente de las puertas del edificio. Por las tardes Óscar me esperaba a la vuelta por si algo llegaba a ocurrir con el teniente, es decir, si aparecía yo le daba un rápido mensaje a grito, en pleno centro, y este aparecía para que resolviéramos juntos aquella situación. Así, al segundo día, a eso de las ocho de la noche, apareció un automóvil. Se estacionó frente al edificio y bajó un sujeto de pelo sumamente corto, lo que evidenciaba su rango militar. Nuestro antiguo cadáver había dicho su verdad. El teniente coincidía ciento por ciento con las características dadas, tanto físicas como también las de su automóvil. Me paré de mi silla en el café y partí caminando hacia él, ya a unos centímetros saqué mi pistola encañonándolo. El teniente no hizo ningún intento por desenfundar alguna pistola, lo que me mantuvo más seguro aún,

Sin decirle nada le ubiqué el cañón a la altura del estomago haciéndolo entrar en su propio automóvil. El teniente lo único que repetía era que nos lleváramos todo pero que no le hiciéramos daño. Al llegar Óscar a la parte trasera del automóvil alcanzó a escuchar su oferta y con un fuerte golpe con su pistola en la nuca, le dijo

—No te vamos a asaltar, quédate tranquilo que sólo te vamos a reventar milico hijo de puta,

Al escuchar aquello el teniente pierde toda compostura rogándonos piedad. Mientras yo manejaba a duras penas aquel vehículo, Óscar desde atrás le daba continuamente golpes en la cabeza, las palmadas eran tan fuertes que a cada segundo yo veía como la cabeza del teniente salía disparada hacia adelante. Estuvo cerca de diez minutos golpeándolo. Luego todo fue un completo silencio. Yo no sabía donde ir, pero sin embargo me dirigía automáticamente al templo donde realizáramos la última ceremonia con el teniente.

Llegamos al mismo basural, descendimos al teniente y todo fue igual, lloró como un niño, gimoteó por más de dos horas continuas. Desnudo, con el frío demoliéndole los poros, excusándose como su antiguo colega. En el lugar había un hedor insoportable del antiguo cadáver depositado hacia ya dos días, las moscas nocturnas se movían como locas por el sitio. Una vez pasadas ya dos horas desde que lo habíamos tomado a la entrada de su casa, el tipo ya no daba más, durante todo ese tiempo pidió piedad y nosotros no le contestábamos nada, ya permanecía completamente exhausto y agotado.

—Por qué vejaron a ese nivel —preguntó Óscar.

—Si yo no soy de las unidades operativas, por qué no me entienden.

—Te entendemos perfectamente —le respondí—, pero aquí nadie esta para entender las cosas.

De pronto, sin mas interrogación nos dio el paradero de uno mas arriba que el con la condición de que lo dejáramos vivo y poder salir de ahí, que no le diría a nadie todo lo ocurrido. Así comenzó a dar los antecedentes para llegar a otro, supuestamente operativo. Al terminar le pregunté a Óscar si tenía todo en la memoria y este me respondió: Claro como todo esto. Luego me dirigí hacia el antiguo cadáver y descorrí toda la basura que lo tapaba, salió un fuertísimo choque de olor a muerto descompuesto. Al mirar aquello el teniente abrió sus ojos espantándose de lo que veía.

—¿Este era tu subordinado, no?

—Así es —respondió entrecortadamente sin mirar hacia el cadáver.

—Acércate mas a mirarlo para que tengas la seguridad de que no nos estás mintiendo —le dije con tono imperativo.

El teniente siguió arrastrándose por el suelo hasta llegar al antiguo cadáver y cuando lo estaba mirando hacia abajo, me acerqué lentamente sin que se diera cuenta y le disparé en la cabeza a la altura de la nuca. Cayó inmediatamente sobre el cadáver descompuesto quedando en una especie de abrazo terminal. Al otro cadáver ya se le habían soltado todas las articulaciones y sus mandíbulas permanecían fuertemente abiertas, sus ojos casi reventados miraban al cielo negro de Santiago anocheciendo. Luego Óscar se alzó de la pequeña piedra en que estaba sentado y disparó dos veces más sobre los cuerpos inertes. La sangre del nuevo cadáver fue tiñendo al otro como una extraña forma de la ciudad nocturna.

Tapamos los cuerpos y nos fuimos tras el tercero de todos ellos, tal vez sería el último o lo último que haríamos en esta loca carrera en la que nos habíamos inscrito como dos jugadores mas, dispuestos a cualquier cosa.

Con el tercero no fue para nada similar. Al encontrarlo a la entrada de su casa ahí mismo le disparamos sin ninguna clase de preguntas, intentó vanamente sacar su pistola pero el nutrido fuego que le dejamos caer en todas su costillas y parte de la cabeza no pudo con su fuerza instintiva. Era el tercero que habíamos matado y yo ya había tenido suficiente de aquello. Nunca nadie reconoció aquella jornada de cerca de tres días. Fue un secreto entre Óscar y yo hasta que acabamos como todos los demás.

Luego nos separaríamos como un par de cachorros que acaban de nacer y son separados en distintos destinos. Poca gente con el tiempo supo de todo aquello, ni los mismos soldaditos reconocieron a sus tres desaparecidos.

Yo lo cuento como una forma de decir que la violencia es eso, un montón de sucesos apilados entre cadáveres y tiros salidos de

todo tipo de razones, lo cuento para decir que todo eso fue cierto como las cosas que todos ustedes miran por las ventanas a diario desde sus casas. Lo cuento para decir que alguna vez se debe morir o se debe buscar morir. Lo cuento para decir que los puños alzados y las caras de martirio son sólo una caricatura, los azadones y martillos no son nada comparados con la verdadera realidad que muchos vivimos. La violencia se debe soportar, ver hasta que grado alcanza y de ahí mirar la propia vida, verle su perspectiva y las huellas dejadas, oler el mundo desde aquel puesto, y si alguno lo hace, verá que nada tiene sentido, simplemente.

XL

El día 20 de junio saqué a Tomás del lugar donde había pasado los últimos días. Por la tarde tomamos un bus a Valparaíso y partimos a la casa de los padres de Lara. No tenía posibilidad de hacer algo distinto, por otro lado desconocía si los padres de Lara sabían de su nieto.

Por vez primera luego de tres largos y oscuros años, volvía al puerto por otras razones. Los que un día partimos de aquel lugar ya no volveríamos completos o iguales. Lara estaba muerta, Barza se movía quizás dónde, y yo ya no era el mismo. Las cosas debía tomarlas tal y como se me presentaban, no había posibilidad alguna de hacerme el iluso con todo lo sucedido en apenas una semana.

Mientras viajábamos con Tomás, este me hacía sus berrinches de niño de un año, yo trataba de hacerlo calmar pero en el fondo de todo, estaba mas consciente que yo de la desaparición terminal de su madre. Alargaba su cuello en dirección de otros asientos para buscarla afanosamente. Pero que se puede hacer con un niño de un año que no se comunica al igual que nosotros y cuyos gestos comunicativos son sobre la base de una serie bien definida y ordenada de ruidos y gemidos. Cómo podría decirle que íbamos en dirección de su nueva casa y familia ya que yo no podía bajo ningún pretexto quedarme con él. Fue así como en un arrebató me puse a hacerle toda clase de gestos y con mi dedo me puse a mostrarle el panorama que se abría fuera de los vidrios de aquel bus interprovincial para que de alguna manera se tranquilizara. A los

niños es más fácil distraerlos, luego del tiempo ya es imposible hacerlo como corresponde y hay que empezar a hablarles del mundo y sus desgracias; es en aquel momento cuando las cosas pierden su fulminante brillo y se empieza a vivir de verdad.

No es casualidad que otro sea el que nos ponga al tanto de la verdad de las cosas, ya que uno por sí solo es una especie de caja que se niega a abrirse autónomamente al mundo y por ello mismo siempre está, eso que le dicen esperanza, como el último refugio luego de haber conocido todo. Pero a veces ni siquiera ese lugar irreconocible sirve para guardar un semblante aceptable ante todo lo visto y probado. Por mi parte intentaba hacerle una especie de engaño a mi memoria, algo así como cruzarme transversalmente por su recorrido y vivir como en una sucesión interminable de cortes. Así me convertía en una clara muestra de caos epocal dentro de mí, tal vez mi única alternativa para no sucumbir ante todo.

Al llegar llamé por teléfono a dicha casa. Me contestó el padre de Lara y su sorpresa fue tal que inmediatamente decidió, por sí solo, que nos viéramos en algún sitio. Yo permanecía junto a Tomás enfrente de la plaza de armas donde se desarrollaba, hace un rato, una manifestación por la reciente masacre en Santiago. La mayoría eran estudiantes empañolados y gritando toda clase de consignas, alzando sus puños en griteríos y heroísmos, los mas exaltados llamaban a todo el mundo a las calles a que se les unieran y así hicieran aun mas escandaloso aquel entorno de libaciones; pronto comenzaron a sacar todo tipo de artefactos de la plaza, que iban desde sus banquillos hasta ciertos árboles semisecos. Todo se convirtió en una guerra campal, los carabineros hicieron su aparición desde una de las esquinas lanzando por lo menos media decena de bombas lacrimógenas, los que nos movíamos en un ambiente neutro tuvimos que tomar una especie de determinación para salir escapando de aquel lugar. En aquella corredera de gentes sin direcciones y tratando de cubrir lo mas posible a Tomás de los gases, choqué de frente con uno de los encapuchados gritones y exaltados, venía completamente exhausto por los gases y cayó enfrente de mí como un desmayado. A esas alturas pensé en dejarlo

ahí mismo pero luego me vino aquello que denominan bondad y que no es mas que una especie de ternura con tal desgraciado entorno. Lo tomé por los hombros y lo arrastré hacia un lugar donde los gases fueran menos fuertes. El sujeto tosía como un condenado en medio de ese pasamontañas lanudo y espeso que solo lo hacía verse más indefenso. Luego se alzó mientras yo ordenaba a Tomás constatando que nada le había pasado por los gases infernales. El sujeto comenzó a agradecer mi acto humano.

–Gracias compañero, muchas gracias –me dijo mientras yo notaba que no se trataba de un hombre sino mas bien de una mujer, además de reconocer aquello, su voz me pareció algo conocida y de un solo movimiento le arranqué su capucha indecente y calurosa.

Para mi sorpresa me encontré cara a cara con el rostro de la hermana de Barza, aquella mujer de hace años que bailaba en el Unicornio, sitio reconocido por sus ofertas eróticas donde los marineros extranjeros iban a saciar sus pasiones contenidas por meses y meses de vida en el océano.

–Eres tú –le dije con sorpresa mientras ella se sacudía sus percutidas ropas de guerrera extraña y reciclada.

Ella había cambiado del todo sus vestimentas. Sus antiguos y ceñidos vestidos estaban en alguna parte de su pasado, ahora era toda una mujer consciente que vestía con jeans y gruesos chalecos, su cabello estaba mas largo y de sus hombros colgaba un sucio y decadente morral. Mientras comenzamos a caminar ella iba sacando de su morral unos limones y un puñado de sal para comenzar, ahí mismo, una rara forma de chupeteo de los comestibles.

–Vasco, que haces acá, ya te hacíamos muerto al igual que Lara, ¿qué desgracia, no? –dijo cuando comenzamos a subir unas escaleras y el barullo moría detrás de nosotros.

–Vaya cambio –le dije consternado con Tomás en los brazos.

–En algún momento debía ver las cosas cómo eran –dijo sin pensar demasiado.

–Y tu hermano –le pregunté sin mas interés.

–Está en la casa de mi madre, hace más de dos meses que esta ahí, retomó su carrera y esta terminando, yo pensaba que tú y Lara volverían en algún momento.

–Así lo hicimos no, claro Lara dentro de un cajón y yo medio ciego y sordo y con un niño.

¿Es tu hijo me imagino, no?

–Pues específicamente no, es sólo hijo de Lara.

Al decir esto ella se mostró especialmente turbada, por no decir que detuvo su paso de inmediato por las escaleras. Me quedó mirando con sus grandes ojos, y su cara de vieja puta porteña se iluminó; luego tomó al pequeño entre los brazos y lo quedó mirando.

–Yo pensé que era tu hijo, Vasco, ha pasado mucho tiempo.

–En cierta forma lo es –le contesté.

–¿Y sabes quién es su papá?

–Pues no, y no me interesa mucho.

–Es mi hermano Juan Pablo –sentenció ella–, yo estuve con este niño cuando recién nació, vinieron junto a Lara hace exactamente un año y estuvimos con ellos por un rato, nos encontramos en el cerro Los Placeres, en un pequeño parque que hay allí. Luego se separaron y Juan Pablo la buscó por todas partes pero nunca la encontró. Entonces él volvió y se quedó.

Me quedé completamente en silencio, después de todo no era una sorpresa tan grande para mí. Miré a Tomás y seguimos caminando por aquella interminable escalera. –Vengo a dejárselo a los padres de Lara –le dije como una forma de entregarlo.

–Y por qué no se lo pasas a Juan Pablo –me dijo algo nerviosa.

–Pues si es el padre debería entregárselo a él –le contesté sin mas entusiasmo.

–Espérame aquí que lo voy a buscar y vuelvo enseguida. Luego partió corriendo por la escalera y se perdió en una de las esquinas que daban a la calle donde la antigua casa de los Barza estaba enclavada.

A los cinco minutos llegó con Barza a su lado, éste venía semidesesperado y apenas lo vio tomó a su hijo abrazándolo. Toda una escena de amor y reencuentro filial. Por mi parte le pasé a

Tomás sin ninguna clase de contratiempos y me quedé a la espera de que dijera algo. En particular no me gustaba estar enfrente de aquel sujeto, pero no me quedaba más que eso. Barza continuaba mirando a su hijo y de verdad era igual a él, no había duda que era su hijo. Ya hastiado de aquel escenario me di la media vuelta y partí caminando por la escalera para volver a Santiago.

–¡Vasco! –me gritó Barza.

–Que quieres –le contesté.

–Viste la última vez a Lara, ¿cómo estaba?

–Viva, hijo de puta, viva, le contesté bajando por aquella escalera y luego le grité que fuera donde los abuelos de Tomás.

Aquel tipo se quedó en silencio mirándome mientras yo bajaba nuevamente al infierno y él, desde su altura, seguía conservando su vida. Al menos el pequeño estaba con alguien que creo lo cuidaría tanto como lo hubiera hecho Lara. Lo mas probable era que desde su posición yo me iba viendo mas y mas borroso mientras descendía como una figura de plasticina que se va hundiendo en el Marga, así oscura y silenciosamente va cayendo una vez mas hasta tocar fondo, desapareciendo sin mas huella que la dejada por segundos en la inmensidad del barro.

Me iba del puerto nuevamente y era como si siempre me estuviera marchando del mismo sitio para una y otra vez hacer lo mismo hasta perecer por completo.

XLI

Como una manera de olvidarme de todo me tomé la mano trunca y sobé mi muñón, me lo observé tratando de recordar El Salvador. Su guerra y sus gentes no podían salir de mi memoria, nada podía salir de ahí y de pronto tuve un acceso de querer ser un anciano y de ahí comenzar a vivir todo nuevamente, al menos así, viviendo por épocas pasadas me demoraría mas en llegar a recordar a Lara y todos los muertos, ya que en el momento de llegar a dicho recuerdo lo mas probable es que ya hubiera muerto de anciano. Por lo pronto y como era urgencia, necesitaba reencontrarme con el Huevo, mi antiguo jefe.

Me dediqué por una larga semana a ir a los contactos callejeros de emergencia que habíamos planificado de antemano. De mí nadie sabía, luego que salí con suerte de la casa de Varas Mena. Fue así como al cuarto día de aquella semana apareció, para mi suerte, el Huevo. Venía con su cara desencajada y como cubriéndose las espaldas.

–Vasco, la puta que te reparió, ya te hacía muerto como muchos, dijo abrazándome en aquel ambiente que aún reinaba en el Frente.

– Tuve que resolver algunos asuntos urgentes, mi querido Huevo, le contesté feliz por reencontrar a alguien en quien contar.

–Lo siento por Lara, viejo hermano, hay que ser fuerte.

—Así es, le dije sin mas emoción.

—Pues bien, dijo con autoridad, es hora que tomemos las cosas como se nos presentan, si casi nos eliminan a todos, hay que ver bien de dónde provino el primer hilo que los condujo hacia todos nosotros.

Cavilaba solo, parloteaba como un científico buscando las respuestas a una determinada ecuación, se contradecía, se repreguntaba. Yo en tanto y ya caminando lo escuchaba con atención, tal vez daría con la respuesta. Pero encontrar el punto exacto en donde tomaron el primer hilo de la madeja se hacía casi una tarea imposible.

A nuestro lado pasaban los autos a toda velocidad dejándonos en una nube de intoxicaciones. En su cabeza sólo había la idea de responder al golpe recién dado, un golpe demoledor, con muertos de verdad y una afectación que aún no tomábamos en cuenta. Le pregunté, ya retomando mi viejo espíritu para estas cosas, como se encontraban los demás. Su respuesta fue satisfactoria, ya que por lo menos habían pasado cerca de diez días y ya nada mas ocurría, los demás estaban bien, reportándose diariamente con Rodrigo que llevaba un estricto control de la situación. Poco a poco la cosa se fue normalizando y me dio por contarle los sucesos con Óscar, los tres muertos de la CNI y aquel policía, nuestro ritual en medio de la sangre. Me escuchaba con incredulidad, abría sus ojos, se rascaba la cabeza. Luego, en un paradero, me dijo que lo acompañara para que narrara lo sucedido a Rodrigo, Óscar por su parte había detallado algo de todo. Huevo hizo un par de llamadas y de ahí nos fuimos en un taxi hacia una casa en las altas comunas de Santiago.

Al llegar, nos abrió la puerta Ramiro, mas atrás y en la sala de espera se encontraba Rodrigo con otro sujeto conocido como Bigote. A un costado de aquella sala se encontraban tumbados a lo menos tres grandes fusiles y un par de lanzacohetes dispuestos en hilera para utilizarlos ante cualquier emergencia. El ambiente que reinaba aún era de suspenso por posibles y futuros golpes de los soldaditos, se tomaban medidas extremas, nadie quería caer tal y como cayeron los de la casa de Pedro Donoso, nadie sabía lo que ocurriría de

improviso. Por mi parte estaba dispuesto a cualquier cosa, en verdad ya me importaban pocas cosas y de pronto me atrapó una especie de deseo extremo de querer morir, una manera, también, que adquiriría mi perpetuo sentido de escapatoria, el escape final donde ya nadie me podría atrapar; pero aun me faltaban cosas por hacer y seguía así como un zombie.

Luego de los abrazos y saludos nos sentamos a la mesa y comencé a relatar detalladamente lo visto en aquella casa y lo hecho con posterioridad. Los demás me escuchaban entre sus cigarros y tazas de café humeantes, hacían anotaciones, me reformulaban preguntas, detalles y mas detalles. Rodrigo no anotaba nada, simplemente me escuchaba con aquella seriedad conspirativa en sus ojos. Pero el otro tipo, al que le decían Bigote, me miraba con sospecha, inquiriente, como no creyéndome todo lo que decía. Era un sujeto del cual siempre había escuchado hablar. Era de contextura fuerte como un viejo obrero orgulloso de su rol, piernas cortas y musculosas, taxativo en sus recursos adjetivales, rígido como una vara de acero. Ante tanta consulta y duda yo miraba a ratos a Rodrigo como una forma de decirle que este tipo me estaba reventando las pelotas, luego dirigía la mirada hacia el Huevo y éste me hacia gestos de que prosiguiera adelante, Ramiro, con ambas manos sobre la mesa sólo me escuchaba atento. Éste, por su parte sabía lo ocurrido por los labios de Óscar y no tenía ninguna duda de que así había sido. Pero al Bigote llegó un momento en que no lo aguanté más y con voz fuerte le dije.

—¿Acaso no me crees lo que digo o es que estuviste ahí donde estuvimos nosotros matando carniceros?

El ambiente se tensó por completo, aquel sujeto no permitió que un pelafustán armado con dos pistolas al cinto viniera a subirle la voz.

—Mira pendejo extraviado, no te permitiré que me hables así como lo haces, son tipos coma tú los que hacen que esto sea una banda de vengadores sin sustento ideológico.

—Así será, pero tu mierda ideológica no nos sirvió para detener lo que vimos y luego lo que hicimos, acaso no entiendes que son planos diferentes, ¡campesino lunático!

En ese momento y cuando todo iba en una peor dirección, Rodrigo se alzó de su asiento y con voz fuerte calmó la situación. Bigote me miraba con desprecio pero me habían visto tantas veces con aquel sentimiento y como yo ya no estaba sensible a dicho acto simplemente me reí en su cara con cierta ironía. Desde aquel día en adelante y cuando me encontraba con tal despreciable sujeto nada mas nos mirábamos. Aquel tipo odiaba todo lo que no oliera a pueblo y clase trabajadora. Oler de aquella manera es fácil, sólo es cosa de dejarse estar y esperar que a uno lo revienten en un determinado trabajo, dejarse pisotear como una hormiga. Vociferar dignidad a los vientos no era mi primera necesidad. Seguí contando todo lo sucedido hasta el anochecer. Afuera el viento corría frío y la broma se apoderaba de las calles altas de Santiago.

Más tarde Rodrigo, cuando yo descansaba en una de las habitaciones, entró ofreciéndome, como en aquella oportunidad en que viajé a diferentes y extrañas guerras, salir de Chile para descansar, pero esta vez fui categórico, nada tenía que hacer fuera de Chile sino esperar acabar como todos los demás. A mi respuesta negativa se decidió que saliera de las estructuras de trabajo especial y se me destinó a algo mas relajado, es decir, a los territorios. Por mi parte estaba bien, volvería a ver a Walter que estaba encargado de uno de los territorios de la región metropolitana, todo lo que correspondía a la Villa Francia y sectores aledaños. La cuestión de la separación con el PC ya me tenía sin cuidado, la cosa estaba decidida y se consumaría en julio de ese año. Cada uno para su santo y así nos desligamos por completo de nuestros padres, el homicidio estaba consumado. Ahora nos poníamos a hacer nuevamente las cosas como queríamos y deseábamos, se nos venían grandes planificaciones y yo necesitaba volver a ser el mismo de siempre o tal vez alguien parecido.

XLII

Era septiembre de 1987 y desde hacía dos meses me encontraba trabajando junto a Walter en los territorios, hacíamos de todo, éramos hombres orquesta de la nueva estructura que tratábamos de levantar desde cero. Eran las líneas generales, volver o tal vez ir donde nunca habíamos estado, donde se fragua la pobreza como hongos en la humedad. Como una forma de retomar aquellos vínculos se fue creando algunos llamados referentes que sirvieran de conductos naturales entre los anhelos de los pisoteados y nosotros, que hasta el momento nos manteníamos en el viejo vicio de la vanguardia.

Así se creó, como experimentos de algún científico maniático, la Juventud Patriótica, pléyade de jóvenes dispuestos a reafirmar, por medio del recurso político, los idearios del Frente. Por otra parte se fundó el MDJ, una especie rara de grupo defensor de los presos, de vez en cuando se les veía, casi todas hembras, en las plazas centrales vociferando los atropellos del tiranuelo uniformadas con unos graciosos pañuelitos blancos en sus pechos. Yo me preguntaba, ¿por qué tienen que ser blancos? ¿Y no negros o azules o verdes, es que queríamos demostrar acaso una vapuleada y escurridiza pureza por medio de los colores? Cosas que no tenía mucho sentido preguntarse, pero por medio de aquellos ínfimos detalles quedaba demostrado que en el fondo portábamos la misma carga cultural de toda una civilización.

Yo tenía a mi cargo a dos militantes rodriguistas, eran mi grupo, hacíamos pequeñas cosas juntos. El ambiente político estaba enrarecido por completo, una tremenda confusión atrapó lo que en tiempo pasado eran las certezas de toda una población trashumante, todo lo sólido se desvanece decían por ahí en los años de premuras y novedades epocales, vivíamos el retorno de la historia que se repite como un escupo en la berma. Las ilusiones de los más pragmáticos se comenzaban a hacer realidad, en un futuro cercano definiríamos si teníamos presidente nuevo por medio de un plebiscito. El tiranuelo decía, yo decidiré que es lo que van a elegir y por ello abrió las expectativas de hacer un plebiscito en 1988 como lo estipulaba la Constitución hecha por ellos mismos, era su carta de legalidad aceptada por el pueblo. Y así se fueron consolidando las cosas en un sentido contrario al que deseábamos nosotros, pero no por ello, hay que hacerse el idiota en algún momento de la historia, seguíamos el transcurso lineal de los sucesos, nos opondríamos a cualquier intento de perpetuación, tal y como se le decía a los afanes asegurativos de poder del tiranuelo y sus administradores que cada día se daban vueltas de carnero.

En general aun existían deseos de seguir dándole duro a los soldaditos y sus aparatajes políticos, su pequeña farsa, que al parecer no era tan farsa para todos los súbditos. Aún tenía credibilidad. Nos afanábamos en destruirlos fuera como fuera. Por mi parte me mantenía atento a que mis dos compañeros aprendieran todo lo necesario para no ser descubiertos en sus actividades conspirativas, pero la vida de Villa es completamente diferente, todos saben quienes son y que hacen, es muy difícil mantener el secreto de todo ello.

Fue así como en una de las tantas jornadas que realizábamos les propuse la primera misión, que correspondía a hacer volar por los aires a la concesionaria de la firma Mercedes Benz, apostada nada menos que a uno de los costados de la Villa Francia, nada mas provocativo para esta gente que apenas caminaba. Que les pusieran aquellos automóviles de más de 80 mil dólares era ya una provocación que debían soportar diariamente mientras se

encaminaban a sus rutinas delirantes. Para ello nos acuartelamos en casa de uno de ellos, el tipo no tenía mas de veinte años y era todo un villano, conocido en todos los rincones de dicho lugar. Su nombre era Fernando y vivía en una especie de casa levantada a punta de cartones y las partes más sólidas no dejaban de ser calaminas. La otra integrante se llamaba Marcela y era una gordita rebosante de felicidad y esperanza, una buena mujer en resumidas cuentas, que iba dispuesta a todo lo que se le propusiera descabelladamente. Entonces ya apostado en casa de Fernando y como era costumbre para dichas actividades, me puse a detallar el plan para poner los explosivos en la firma elegida, luego del protocolo de rigor nos pusimos los tres y como asistiendo a una escuela de materiales, a confeccionar finamente las cargas explosivas. Estas consistían, simplemente, en el explosivo suelto y envuelto en papel de diario dispuesto para su utilización inmediata por medio de accionar la mecha a fuego. Aquel explosivo era una especie extraña de dispositivo militar, era lo que había sido rescatado de Carrizal, su color era gris profundo y su contextura similar a una plasticina; era lo que llamaban explosivo plástico y que tiene usos muy bien definidos. Pero como no poseíamos más que aquel tipo de explosivo éste se utilizaba para las actividades más inusuales, ya que este elemento sólo es para operaciones verdaderamente especiales. Ya concluida dicha parte, me puse, con auténticos aires académicos a detallar las características del explosivo y su utilización, el como encender la mecha y todos sus pequeños vericuetos técnicos. Por ejemplo, y ya que Fernando se apostaría solo por uno de los costados de la firma, le explique que no debería encender la mecha con la brasa de su cigarro, cosa que le había reiterado innumerables veces ya que si lo hacía así jamás prendería.

Al parecer Fernando, y digo esto por su cara de aceptación, me entendió todo. Luego de tener todas las cosas claras y a la espera de que fueran las ocho de la noche, nos pusimos a tertuliar sobre los más diversos y anodinos temas de actualidad. De verdad la gente pobre tiene unas ideas del todo descabelladas para enfrentar la

realidad que les toca. Uno debe en esos momentos escuchar demostrando todo el interés del mundo ya que si en algún momento expone algún tipo de contrariedad con lo que ellos piensan las cosas se enredan hasta el infinito. La gente no debe pensar mucho, y esto lo digo con toda propiedad ya que cuando se ponen en ello, las ganas de hacer cosas se difuminan del todo en una metralla de contrariedades. Por otro lado Marcela era mas calmada, una especie de rima clásica. Consultaba de todo.

Ya llegada la hora de salir de aquella casa, Fernando tomó su bicicleta y partió antes que nosotros con su pequeña carga explosiva en las manos, al rato salimos los dos con la parte más poderosa del explosivo. Habremos recorrido cerca de seis cuadras hasta llegar al sitio enfrente de la firma ostentosa. Fue así como en un par de minutos estábamos dispuestos para accionar la carga y de pronto, de la casa de enfrente, salió una señora saludando a gritos a Marcela. Como yo estaba ya con la mecha encendida y tenía un tiempo de dos minutos para estallar, y como no podía lanzarla frente a aquella vieja entrometida, le dije a Marcela que fuera donde ella y se entrara en su casa. Las manos me sudaban con el explosivo ya en marcha. Desde mi posición se alcanzaba a notar, a no más de una cuadra, a Fernando montado en su bicicleta charlando con otro tipo, al parecer conocido suyo. En un momento, que se reducen a un par de segundos, pensé que todo esto era una locura más, una pintura recargada y sin sentido. Como Marcela se demoraba en llegar donde la vieja y a mí no me quedaban mas de 80 segundos de vida completa me guardé la carga entre las ropas. La vieja comenzó a agudizar su vista y gritó que era lo que me sucedía, ya que desde su lugar sólo se veía un tipo que humeaba copiosamente desde sus entrañas. Yo completamente desesperado me acerqué, sin esperar que Marcela se encontrara con la vieja y la metiera a su casa, me saqué la carga de las ropas y corriendo cerca del gran portón metálico que se alzaba frente a mí, y como un anciano beisbolista cubano, lancé el artefacto de 800 gramos de explosivo plástico hacia los patios de estacionamiento de la firma. No me quedaban más de cuarenta segundos para salir de ahí. Al correr como un conejo miré

de reojo a Marcela y la anciana que abrían fuertemente sus ojos en mi dirección. Ambas se quedaron perplejas por mi corredera infernal. La actitud de Marcela fue la correcta para las circunstancias en que nos vimos envueltos fortuitamente. Se desentendió por completo de mí y se alineó a la vieja gritando toda clase de amenazas, ya que me confundió con un delincuente de la zona. Al pasar enfrente de Fernando, este seguía en su tertulia con otro sujeto conocido suyo, estaba con la pequeña carga en sus manos afirmadas en el volante de la bicicleta, este permanecía con un cigarro encendido y trataba, junto al sujeto desconocido, de encenderla con las brasas del cigarro. Al pasar a su lado y ya completamente convencido que todo había sido un fiasco fenomenal le grité que saliera de ahí ya que todo explotaría en un par de segundos. Luego de eso, Fernando lanzó la pequeña carga hacia el interior pero esta iba sin encender. Por mi parte seguía corriendo como un verdadero loco hasta que de pronto un potente resplandor me atrapó la espalda y luego, en cosa de un segundo, la explosión atormentó a toda la villa Francia.

Corrí y corrí hasta no sé donde mientras comenzaban a sonar las sirenas policiales. De pronto me encontré en plena Alameda caminando solo, pensando cualquier cosa, menos en lo ocurrido recientemente. Me detuve en una de las esquinas a presenciar el espectáculo que me ofrecía dicha avenida con todos sus ramos titilantes de luces y faros de un lado a otro, sus gentes, sus autos, su tremenda muchedumbre marchando como el mejor de los ejércitos de la desidia a sus hogares y de pronto pensé que esto era mejor de lo que veía en sus caras melancólicas y atormentadas, que fui lo que fui por razones que me fueron determinando lentamente, no podría encontrar el momento exacto de mi principio, la razón y causa fundamental de lo que era, empero me dejé llevar por las cosas que me arrastraban como una hoja. Alcé mi mano displicentemente como un miembro de una extraña realeza e hice detener un microbús atestado de gente colgando de sus estribos. Éste pasó a mi lado sin detenerse y entonces salí corriendo en su persecución hasta quedar colgando como todos los demás.

Me bajé en Vicuña Mackenna y Departamental. En la esquina se encontraba el más piojoso de los hoteles de la zona. En su frontis colgaban algunas letras sueltas envueltas en neón, lo que antiguamente fue el nombre completo del hotel hoy se reducía a un par de letras que no lograban configurar un nombre. Como ya estaba acostumbrado a vivir en ese tipo de sitios, sin más remilgo por la dudosa comodidad, entré a su sala principal y me anoté. De pronto vi a un sinnúmero de mujeres a la espera y pude darme cuenta que era de los conocidos "hoteles parejeros". Es decir, aquellos sitios donde el sexo pagado y furtivo es el pan esencial de su mantenimiento. Sin más preámbulo por mi descubrimiento y como era muy difícil que me buscaran en un sitio tan bajo y cerdil, me anote con mi antigua licencia de conductor adulterada para tales propósitos. Una vez mas el profesor salía a la vida pública en algún lugar de Santiago. Me fui al cuarto y dormí hasta la mañana siguiente de aquel mes de septiembre. Al levantarme pude darme cuenta que mi ventana colindaba con los patios de una estación de gasolina. Pensé que era una buena ubicación para salir escapando ante cualquier problema que se me presentara.

Mis actividades para el día se me presentaban como ir a ver a mis inexpertos camaradas y luego encontrarme con Walter para decirle lo ocurrido. En aquel territorio se repartían a lo menos unos diez grupos como el que conformaba yo, toda gente nueva y sin experiencia, aprendices como ninguno, nada como en mis antiguas estructuras donde todo ocurría y resultaba casi a la perfección. Las cosas en los territorios eran completamente diferentes, desde las cosas que se hacían y planificaban hasta la gente que las ejecutaba. Todo me resultaba como empezar de nuevo, claro está que con un dedo menos y un sinnúmero de cavidades en mi cabeza, mas solo que nunca, en estricto sentido, había vuelto de Valparaíso un poco mas cansado pero no por ello menos respirante y viviente como quería.

Ya nuevamente en mi territorio pude ver la Villa Francia en su total magnitud de pequeño pueblo marginado de la urbe. Sus murales implantados en cada muralla de sus edificios, sus pequeños

héroes abatidos en los mejores tiempos, el rostro confuso de los hermanos Vergara en casi todas las esquinas, la sublimación por medio de las murallas.

Una pequeña república que intentaba liberarse, me sentía un mínimo general conspirador, mi ejército de dos, era un mediocre caudillo empecinado en ver al mundo desde otra esquina. Mientras esperaba a mis dos camaradas me entretenía mirando la feria verdulera que se había plantado justo enfrente de mí. Escuchaba vociferar a sus vendedores mientras ciertos carretones de mano circulaban a toda velocidad por el empedrado callejero. De pronto comencé a escuchar las habladurías que llegaban a mis oídos como viejos murmullos insatisfactorios. La gente y los verduleros comentaban los sucesos dinamiteros de la noche anterior. Se decía que había sido obra del Frente y que un lunático que fue visto de manera fantasmal era el responsable de hacer detonar el artefacto en el patio de la concesionaria. Los resultados de la operación fueron magros, apenas un tremendo hoyo en medio del patio y unos cuantos rasguños en unos camiones producto de las piedras lanzadas por la onda expansiva. En tanto llegaron a mi lado Marcela y Fernando completamente excitados por lo de la noche anterior. Me relataban sin descanso sus pequeñas y mínimas experiencias. Yo no le encontraba la lucidez a todo ello, por lo que me dediqué a escuchar hasta que desahogaran todo lo que tenían adentro. Tampoco, por cierto, quise aguarles su primera fiesta con críticas inútiles y vanas así es que de un momento a otro me vi felicitándolos por su acción. Luego de eso y en que la gente los miraba a ambos con una extraña y sospechosa mirada, decidí, como una forma de desligarme del asunto, salir del lugar para ir a encontrarme con Walter. Ya vería la forma de planificar otra de aquellas pequeñas cosas que hacíamos este tipo de grupo territorial. Nos encontraríamos en un par de días, en todo caso sabía la ubicación de sus casas en caso de emergencia.

Caminé un par de cuadras, todo se hacía en el mismo territorio, los encuentros las acciones y todo lo que significaba de alguna forma esta vida de permanente escapatoria. Walter estaba muy nervioso, extraño en él si se considera que siempre su actitud se

asemejaba a la de una tortuga. Debía tener, pensaba yo mientras me acercaba a él, una razón muy fuerte para su nerviosismo.

—Que tal Walter —le grité a no mas de dos metros antes de llegar hasta su lugar. Mi ánimo estaba de lo mejor y no pretendía que nada me sacara de él.

—Tan campante, Vasco, que siempre me has sorprendido, respondió alegre.

—Es una manera de ser feliz, hacerse el tonto consigo mismo, pensar que la felicidad, fuera de todo orden material, es una realidad alcanzable —le dije formal mente en aquel tono que adquiría mi habla cuando trataba de ser otro.

—¿Imagino que has visto las noticias, no?

—Si te refieres a lo de anoche, la verdad nada salió en ningún sitio de los medios —le contesté pensando que se refería al bombazo de la noche anterior.

—Pues no me refiero a eso, sino al secuestro del coronel Carlos Carreño; lo tomaron hoy a las ocho de la mañana mientras salía de su casa, ¿qué te parece?

Yo, sin mucho interés en el asunto le pregunté quién había sido y quién era el tal Carreño que no me sonaba por ninguna parte. Eso no importa me dijo, con tal que sea militar de rango ya es una victoria.

—¿Victoria? —le pregunté con suspicacia.

—Bueno no vamos a discutir eso, ya te conozco Vasco y se cuales son tus obsesiones.

—Así será —le dije—, ahora que somos huérfanos hacemos lo que se nos ocurre, ¿sin pedirle permiso a nadie, no?

—La libertad de la independencia relativa —me contestó encaminándose hacia un cafetín barato con olor a humedad.

Ya sentados comenzamos la conversación en medio de aquellas dos tazas insípidas de café aguado. Habían secuestrado a un militar. Era una especie de demostración de que aun estábamos parados, una manera de decir que el reciente golpe era una caída en el largo camino que nos habíamos propuesto. Dicho soldadito era un

encargado administrativo de la empresa de armamento del ejército Famae.

Y como todos estábamos envueltos en un ambiente excitadísimo, Walter no quería dejarse estar con nuestro territorio y para ello había planificado por cerca de una semana completa el ataque a la comisaría reconocida por lo propios villanos como la más represiva de todo el sector. Así Walter, sin pensar mucho, me había elegido como uno de los integrantes del grupo que había escogido del territorio. Los mejores hombres, me dijo, están en esta operación, que será de aniquilamiento, eso debemos tenerlo claro. Cuando me dijo que era de aniquilamiento inmediatamente me sumé a dicha actividad. La cosa estaba definida para esa misma noche y como conocía el sector no tuve problemas en sumarme.

Al llegar a la casa de acuartelamiento me encontré con Marcela y dos tipos más que se veían de lo más amistosos entre ellos. Estuvimos cerca de tres horas aguardando el momento de salir. Al cabo de una hora que faltaba para evacuar la casa me dio un hambre insoportable, le manifesté a Walter que necesitaríamos que nos proveyera de los alimentos necesarios antes de la batalla. Como una forma de consejo superior, uno de los sujetos se acercó a mí, con un estilo poco agradable, diciéndome que aquello de comer en los acuartelamientos era algo que no se estilaba en el Frente, una posible herida en el estómago inmediatamente sería presa de una infección generalizada ya que todo el alimento sería convertido en trozos de mierda flotante en nuestro interior. Que él tenía innumerables operaciones encima y que nunca a nadie le habían dado deseos de comer. Así será, le dije mientras me encajaba entre las mandíbulas por lo menos media marraqueta crujiente y sabrosa, con tres gruesas rebanadas de mortadela barata. Al hacer este gesto notó mi dedo menos y me consultó que me había sucedido. Le contesté que me lo había rebanado cortando una marraqueta en un acuartelamiento. El tipo me miró con sorpresa, creyendo que estaba tratando con una especie de lunático. Luego de saborear mi bocado saqué ambas pistolas del cinto para revisarlas antes de la batalla. sorpresa doble

para dicho sujeto moviendo sus cejas y observando a su amigo que hasta el momento no decía nada.

—¿Dos pistolas? —consultó intrigado por completo.

—Así es querido hermano, soy un pistolero a sueldo y cobró por cada operación, es decir, soy un vulgar mercenario —le contesté tratando de hacer las cosas un poco mas jocosas de como se nos estaban presentando.

Luego el tipo suspiró y siguió haciendo lo suyo.

—Vaya —dijo al rato—, espero que solo te comportes como un verdadero combatiente, que esta cosa va en serio y se nos puede ir la vida, ¿no lo crees? —dijo esperando que le diera mi nombre. Ya estaba convencido que dicho tipo era uno mas entre todos nosotros, pero con grandes pretensiones. Seguí limpiando las pistolas. De un momento a otro apareció Walter llamando a ambos amigos para ir en busca del automóvil que nos llevaría hasta las inmediaciones de la comisaría. No se demoraron ni diez minutos y volvieron con un flamante taxi de la década pasada. Al verlo consulté si es que pensábamos escapar en tal artefacto de museo. Al escucharme el sujeto mencionado dijo algo como esto:

—Seguro que este compañero jamás ha recuperado un taxi para alguna operación y no sabe lo que cuesta hacerlo, quitarle a un obrero su sustento es algo que duele —dijo dirigiéndose a Walter.

Yo, sin más pretensiones, le dije que si había elegido este camino no era para hacerse el bueno ante el mundo mediante raros y confundidos métodos de violencia. Que si quería demostrar lo bueno que era que se hiciera monje o parvulario, era la mejor manera de demostrarle a la comunidad su inmaculada bondad.

—Querido amigo —proseguí en esa especie de tribuna en que me había alzado—, no comprendo tu ensañamiento ilustrado para demostrar tu sistema de virtudes, además no comparto, le reiteré formalmente, que tu mundo se divida en círculos concéntricos de relaciones, las cosas no son buenas o malas, sino y al mismo tiempo son ambas, dependerá por qué equipo y que tipo de verdad portes para enfrentar la realidad. Legitimarla es sólo un acto formal, algo que viene dentro del mismo paquete por el cual has optado, si así

son las cosas, venerable hermano de armas, sólo cabe comprender la vida y su desarrollo caótico como una pura relación permanente de fuerzas que se contraen y luego vuelven a escena. Dirás, por lo último que te dije, entonces todo es un espectáculo, pues si te respondería yo con todas las balas del mundo, una completa y formal farsa y que dependerá de cada uno la gama de colores que estemos dispuestos a soportar a lo largo de este emponzoñado camino sin retorno. Hermano anónimo, proseguí dominado por un espíritu oratorio incontenible y desahogante, y si todo es una relación de fuerzas constantes ¿acaso nosotros no debemos hacer también nuestro mínimo acto en el gran escenario?

El tipo me miraba contrariado sin saber que responder y por unos minutos fui el centro del acuartelamiento poniendo en duda todo un saber histórico que sustentaba los haceres por mas de mil años de rebeliones y revoluciones truncadas. Y así se dirigió a mí:

—Entonces que nos queda —me dijo como una forma poco clara de expresarme sus esperanzas mundanas.

—Pues, simplemente vivir todo lo que sea necesario en medio de un mundo que tal vez no este hecho por nosotros sino por otros que siempre han tenido la posibilidad de determinarlo.

—Ahora te creo que eres un mercenario —dijo como broche de oro y luego partimos todos en silencio a subirnos a dicho armatoste de museo que no corría más allá de los 80 kilómetros por hora.

Ya enfrente de la comisaría y todos haciéndonos los ilusos, la cosa era la siguiente. Walter se puso a caminar enfrente de las casamatas que se repartían alrededor de la comisaría. En un momento Marcela, que debía tirar por los techos una fuerte carga de explosivos, se acercó a la muralla y yo me quedé tras ella, y tras mío estaban ambos tipos armados con dos fusiles para hacer fuego en contra del recinto. Pero todo fue interrumpido por un implacable apagón que nos dejó en la más absoluta de las oscuridades.

La señal de inicio la daba Walter al momento de depositar una granada industrial en medio de una de las casetas. La cosa se estaba demorando demasiado y yo aguzando mi precaria vista, de pronto notó a Walter de rodillas buscando algo. Me acerqué a él y me dijo

que se le había caído el seguro de la granada y que sólo la estaba sosteniendo para que no detonara en sus manos. Pues lánzala de una vez, le dije, ya cuando había dado por lo menos media vuelta a la manzana a la espera de que retornara la luz.

Como la cosa se ponía mas y mas negra, Walter sin pensar mucho depositó suavemente la granada en la caseta y yo me fui corriendo de su lado para que Marcela lanzara de una buena vez la carga a los patios de la comisaría. De un momento a otro ambas explosiones detonaron de manera similar y yo me puse enfrente de la puerta con ambas pistolas en la mano y parapetado en un viejo automóvil requisado. Sólo sonaban mis disparos pero en aquella fiebre yo creí escuchar los tiros de fusil. De pronto me vi solo y corrí a buscar refugio, no recibíamos ninguna clase de respuesta por parte de los uniformados, cosa que me hizo subir aire de heroísmo y me puse a gritar infamias en contra de ellos. Creyendo estar cubierto por los fusileros me dio por mirar a mi espalda y me encontré con la desagradable sorpresa de que a ambos sujetos sólo se les veía las espaldas ya que corrían sin haber disparado ningún tiro al aire.

Buscando a Walter, lo encontré bajo las casamatas cubriéndose de mis disparos, Marcela ya se había ido del sitio, solo quedábamos los dos. Lo tomé del brazo y cubriéndonos con lo que encontramos al paso comenzamos a correr, por lo menos media docena de uniformados habían salido tras nuestro disparándonos. No recuerdo cuanto corrimos, lo único que le decía a Walter era la clase de cobardes que había elegido.

Nos metimos en variadas casas donde la gente nos transportaba hasta sus patios y de ahí que siguiéramos corriendo. No sé cuantas casas cruzamos con gentes en pijamas o batas de levantarse, sin embargo, muchos de ellos nos ayudaron a salir ilesos de nuestro ataque. Por vez primera sentía que la gente daba una pequeña mano a los insurrectos huérfanos. Me sentí bien, tal vez como nunca.

Más tarde nos sentamos en un bar de la Alameda y nos habremos tomado cerca de diez cervezas sin parar; una mínima celebración nos merecíamos y tal vez nos merecíamos mucho más

que eso y era sólo cosa de conseguirlo. Los premios se los debe dar uno mismo y no esperar las felicitaciones de otros.

XLIII

Nuestra vida territorial continuaba su curso, queríamos hacernos fuertes en los lugares precisos. Mi vida se debatía entre la Villa Francia y el motel decadente al que fui a parar. En algunas oportunidades me quedaba en la Villa por razones de tiempo y alguna que otra colaboradora me prestaba asilo por no más de una noche. Con Walter teníamos pensado hacer reventar dicho lugar, hacerlo de alguna forma un sitio inexpugnable a las manos de los carniceros. Para ello impulsábamos ciertos lineamientos que se referían a la autodeterminación de todo el sector. Quedamos generar, con los pocos mecanismos que poseíamos, algo así como una independencia zonal. Por lo pronto, nosotros éramos los caudillos mas unos cuantos alzados.

La gente nos reconocía cada vez que llegábamos al lugar, nos saludaban guardando las distancias para no ser descubiertos por los soplones de siempre que existen en todas partes de la tierra. Yo me mantenía junto a Marcela y Fernando y de ahí para abajo se organizaban en otros grupos. Éramos una autoridad paralela. Algunos, cuando nos encontraban en las calles caminando por cualquier motivo, nos pedían consejos acerca de que hacer con algunos sujetos que seguían robando a los propios villanos. Sin más premura de la que teníamos, siempre nos dedicábamos a perorar

acerca del fenómeno de la delincuencia, que había que ser cauto al momento de hacer algo en contra de ellos. En particular les detallaba una experiencia ocurrida hace algunos años en la población La Victoria y que se refería a que en una oportunidad, un grupo de pelafustanes comandados por el sujeto mas temido de dicha población denominado "El Chapulín" que asolaban la zona con sus matonerías, violó innumerables veces a una muchacha. La muchachita no tenía más de 18 años y era miembro de las juventudes comunistas. Los jóvenes e inexpertos mozuelos rojos planificaron por días la muerte del tal Chapulín, como una manera de hacer justicia ya que dicho sujeto era informante ocasional de los movimientos internos de la población, toda aquella información iba a parar a las orejas de la comisaría encargada de aquella área. La tarea fue ardua y complicada, los rojos mozuelos no eran capaces de arrebatarse la vida a un sujeto, le temían a los viejos cuentos del remordimiento, a los inexistentes fantasmas que se supone aparecerán luego del homicidio, en suma, no se la podían.

Como nadie hacia nada al respecto, y la situación era conocida por muchos, llegó un tipo una noche cualquiera y enfrente del grupo de maleantes preguntó quién era el tal Chapulín, de un momento a otro, y como en cuestiones de honor dar la cara es lo primero; del grupo salió el Chapulín, un tipo enjuto y con sus labios tan finos como la punta de una brillante aguja. El sujeto que preguntaba lo quedó mirando, este vestía un grueso poncho invernal y gorrito chilote de gruesa lana, vestimenta similar a los de los antiguos asaltantes de caminos rurales. Chapulín lo quedó mirando expectante junto a sus secuaces, el sujeto de poncho le volvió a preguntar si él era el Chapulín. El Chapulín, ya completamente molesto hizo un gesto hacia su cintura dejando a la vista la parte trasera de su revólver. El sujeto de poncho esperó a que las manos del Chapulín estuvieran lo suficientemente lejos del artefacto y al momento en que sus manos abandonaron el área de la cintura, el tipo de poncho saca una enorme pistola con cerca de 14 tiros cargados en el depósito, le dio tres tiros consecutivos y el Chapulín cayó como un gran bloque de cemento, estrellando su rostro contra el

polvoriento piso de la población. Luego, el sujeto de poncho quedó mirando a los secuaces y estos simplemente se dieron la media vuelta y partieron en busca de otro líder. El tipo de poncho les quedó mirando las espaldas y esperó hasta que desaparecieran en la esquina próxima. Mas tarde se fue caminando como una extraña figura sin rostro ni identidad.

A los Villanos que me escuchaban atentos todo el relato, se les dibujaban sonrisas de satisfacción. El final de la mínima comedia que les contaba había tenido un final de película de bajo costo y a continuación yo remataba el relato con una enseñanza para el futuro.

—Pues bien amigos míos —les decía—, esa es la forma de actuar y para que ustedes sepan, aquel sujeto de poncho era un rodriguista.

Este antecedente yo lo tenía de hace un tiempo. El sujeto de poncho era el viejo Pelao Rigo, en otra oportunidad hablé de él, ahora estaba en sus cosas, lo que hizo fue por iniciativa propia, ¿una manera de no soportar, de manera muy personal, el abuso, una forma de amar a otros hombres, no? Por ello siempre he recordado al Pelao Rigo, algo que yo nunca tendré, la infinita capacidad de amar materialmente.

En cierta manera les aconsejaba que se convirtieran en homicidas por necesidad. Así eran las cosas por esos días.

La mayoría de los viejos rodriguistas se habían ido a los territorios, luego de la separación nos debíamos hacer fuertes ahí donde estaban todos. Ya no eran las grandes puestas en escena operacionales sino que nos minimizábamos a actuar con la gente, en las cabezas estaba la idea futura del ejército y para ello nos preparábamos como en ningún otro tiempo. Ya no era la política de las armas al servicio de alzamientos a medias ni a la cola de una política aliancista. En la cabeza estaba incubada la idea de la guerra y para allá íbamos todos, aun con todo lo contrario del ambiente político. Por otro lado, todo aquel mes de septiembre se fue en la cosa del secuestro del Coronel Carreño, ocultado en algún sitio de Santiago no dejaban de buscarlo por todos los sitios: allanamientos generales, cateos precisos, rastrillaban las poblaciones de Santiago sin dar con el paradero del soldadito secuestrado. Una guerra de

comunicados de uno y otro lado, negociaciones para soltarlo de alguna manera, cosa que no soportaban los que estaban a la cabeza del ejército, y de alguna manera se desentendían del soldado en manos del enemigo. El país permanecía expectante a los sucesos, por nuestro lado también, pero nuestra expectación se debatía en no ser descubiertos, aun teníamos frescos los hechos de junio, sabíamos que aun nos querían a todos hasta vernos desaparecer. Y la cosa no se hacía esperar. El cinco de septiembre secuestraron a cinco rodriguistas en diferentes puntos, desaparecieron como humo. Algunos pensamos que los soldaditos intentarían negociar con ellos a cambio del coronel, pero la suerte de ellos ya estaba definida, los lanzaron al mar y ahí quedaron para siempre. También era la venganza por los cinco escoltas muertos en el intento de muerte al tiranuelo, uno a uno era la ley de ellos. Y alguien podría pensar que todo era un enfrentamiento entre los lunáticos armados y los carniceros y su autoridad. Yo, con simpleza, podría decir que, claro, en términos concretos la cosa era así, pero nuestro discurso iba en otra dirección, es decir, las palabras no llegaron a unirse con los hechos. Lo diferente tal vez era que los deseos iban hacia querer involucrar a todo el mundo en ello.

Ya era octubre y el coronel seguía en nuestras manos. Por esas cosas de las indiscreciones, una tarde, Walter me contó que era el Pelao Rigo quien había estado atrapando al coronel, lo hizo casi todo, desde planificar la operación, hasta tomarlo como un niño de 90 kilos y transportarlo al vehículo en que se lo llevaron, luego se enfrentaron en una demencial persecución hasta que estuvieron a salvo de las garras de los uniformados. De pronto sentí los deseos de haber estado ahí, pero cada cual hacia lo suyo y esta vez a mí me tocaba estar en la parte más lenta y pedregosa de la situación, nada mas me alegraba por Rigo y por los que estuvieron ahí durante todos esos meses.

Para el día siete de octubre una organización, que tal vez era la única alianza que quedaba para esos tiempos de premuras, llamó a un paro nacional. Este tipo de protestas eran casi rutinarias pero como se habían hecho tan espaciadas en el tiempo esta era una

novedad y como tal nos preparamos para ella. Ya teníamos lo suficientemente organizada a la Villa, todo el mundo se preparaba para la jornada que se nos venía encima.

Para aquel día había preparadas a lo menos seis acciones en la zona con nuestra gente, desde una pequeña explosión en algún poste para bajar el voltaje de la luz, hasta otro ataque a la comisaría del sector. Con Walter nos fuimos repartiendo las cosas a modo democrático, pero en un momento determinado pude constatar que yo no estaba involucrado en ninguna acción, así es que esa misma mañana salí del motel con mis dos pistolas y en la bencinera de la esquina compré, ilusamente, cinco litros de parafina.

Partí a la Villa completamente errático y sin saber con lo que me iba a encontrar. Era la primera vez en muchos años que me tocaba estar en una situación como aquella y la verdad no tenía idea como enfrentarla. Al llegar me fui directamente a casa de Marcela y esta salió gustosa en busca de Fernando. Ya juntos los tres nos guarecimos en uno de los departamentos enfrente de la avenida Cinco de Abril. De ahí mirábamos expectantes todo el alboroto que se armaba en dicha avenida, gran cantidad de humo se podía apreciar desde el quinto piso y, repartidos por toda la villa, algunos tiros esporádicos marcaban el sentido de la jornada. Los uniformados aún no aparecían ya que estos llegaban cuando el ocaso asomaba sus primeros rasguños nocturnos. Afuera la gente, en estado de excitación suprema, lanzaba gritos contra todo; yo los veía como sorprendido, incapaz de creer lo que observaba constantemente.

—Compañero Vasco —me decía Fernando—, ¿Y ahora que hacemos?

—Pues, amigable Fernando, haremos cualquier cosa con tal de estar ahí donde están todos —le dije como una manera de decirle que no teníamos nada concreto para nosotros.

Así yo me mantenía adosado al ventanal con mis dos pistolas y el bidón de parafina.

—Entonces bajemos —acotó Marcela.

Y así descendimos hacia la avenida y nos entremezclamos con el gentío gritón y sobreexcitado. Al llegar al centro de la tertulia alzada hasta el momento, todos, casi tocados como por una vara, nos comienzan a mirar fijamente y a murmurar. Lo que alcanzaba a escuchar era que ellos decían que habían llegado los del Frente. Estábamos al descubierto sin haber hecho nada aun y eso era una mala señal. Entonces nos vimos como inspirados en el espíritu popular mas descarnado y concreto y como no es cosa de andar autoproclamándose la vanguardia de todas estas gentes gimientes y anhelantes, sufrí una fiebre de obligación y me puse a llamarlos, a viva voz, a que se acercaran donde estábamos nosotros.

La gente nos rodeó a la expectativa de lo que diríamos, las palabras fundamentales de un buen agitador no se precian de tal si no se crea la expectativa escénica para ello. Ya conformado el semicírculo a nuestro alrededor por cerca de una cincuentena de Villanos, me puse a perorar impunemente lo que se me venía a la cabeza.

Comencé algo así como esto:

—¿Compañeros, acaso quieren acabar vuestra vida como si nada hubiera sucedido? Que sentido posee todo esto sino hacer de la existencia un fulminante para irse contento donde nos tengamos que marchar. ¿Acaso la felicidad no es un bien mas que una relación? ¿Y si es un bien acaso este no se debe adquirir? Pues bien queridos y amados compañeros, los bienes se adquieren, y en este tipo de civilización, de la cual somos parte por el simple hecho de pensar, los bienes se deben entregar a cambio de un precio. Aceptemos esta premisa y ¡paguemos por dicho bien de felicidad! Seamos felices de una vez, aunque sea sólo una y juguemos a que nadie manda y nadie obedece, cada uno hace lo que se le viene en gana sin mirar para el costado.

La gente me miraba sin entender lo que les decía, murmuraban entre ellos, Marcela y Fernando arqueaban sus cejas pensando que me había vuelto completamente loco. De un momento a otro tuve que reformular mi pequeño discurso ya que me di cuenta de que no me entendían nada de nada y continué de esta forma:

—Compañeros, compañeros —dije para que volvieran su atención hacia mí—, tal vez no me hayan entendido, pero lo que les quiero decir es que hagamos lo que queramos, esta Villa es nuestra, hagámosla arder por los cielos hasta que lleguen los soldados.

Los mas jóvenes saltaron como transformándose en resortes y salieron en busca de todo tipo de material para lanzarlo a la calle, los mas viejos no me tomaron en cuenta. Debía ocurrir algo rápido y certero para llamarles la atención. De pronto a mis espaldas noto un reluciente microbús desplazándose hacia la Alameda. Con una reflexión ramplona y sutil a la vez, me dije, esto es paro y por tanto la locomoción no debe andar desplazándose. Así, en ese mismo instante, abandoné mi papel de agitador desprestigiado y fracasado y partí junto a Marcela y Fernando tras el microbús que iba en movimiento. De un solo salto lo abordé y en sus escalinatas apunté con ambas pistolas al chofer. Era muy delgado, y su cara de terror me obligó a decirle que no le iba hacer daño, que se bajara del microbús. El sujeto aceptó sin mediar nada. Ya con dicho vehiculo en mi poder yo esperaba que toda aquella gente que me había seguido en mis intenciones de hacer de esta jornada una protesta metafísica en contra del género humano rutinario, viniera a mi encuentro. Sin embargo, nadie me había seguido, salvo Fernando y Marcela que me esperaban expectantes. Tomé los cinco litros de parafina y los repartí homogéneamente por el piso del microbús.

Ahí, en plena avenida, el espectáculo era solo visto por mis oyentes porque no se involucraron para nada. Luego prendí un fósforo y lo lancé sobre los pisos mojados con el líquido, al lanzarlo se apagó de inmediato, encendí uno tras otro y nada, luego Fernando me dice que la parafina jamás prende así, que me olvide y nos larguemos. Ya completamente fracasado en la inusitada acción, dirigí mis ojos hacia la calle y vi a lo menos a una docena de jóvenes reconocidos como los drogadictos del sector, toda clase de vendedores a mínima escala de marihuana, fumadores empedernidos. Y me dije, estos tipos me seguirán en lo que sea, y en las cosas de otro modo. Así fue que bajé del microbús y me acerqué

a ellos, en la cuadra del frente estaban mis antiguos receptores que seguían con atención lo que realizaba.

Ya enfrente de ellos, les pregunté si alguien sabía manejar, a lo menos cinco de ellos levantaron sus manos ofreciéndose a mover el pesado vehículo. Ya con esos doce muchachos en plena acción me volví a subir al aparato y saqué la caja que contenía la recaudación del día, a lo menos habían unos cinco mil pesos en monedas de todo tipo. Como una manera de llamar su atención y sabiendo sus necesidades mundanas y la concreción que tiene la felicidad para ellos, me alcé sobre el techo del vehículo y ahí mismo comencé a lanzar las monedas al aire. La cincuentena de personas en la acera del frente se lanzó con todo lo que tenía para correr en busca de la felicidad, ahí caían todas esas monedas, su felicidad momentánea. Se apiñaban como perritos hambrientos bajo el vehículo, comenzaron a gritar todas esas consignas que gustaban de vociferar. Esta es la felicidad, les gritaba dominado por el desorden completo que se había generado con la repartija monetaria, los drogadictos saltaban sobre la tapa del motor, quebraban los vidrios, rasgaban los asientos y de pronto me quedé en silencio mirando todo aquello como en cámara lenta.

Uno de los muchachos gritaba hasta desahogarse, no decía nada, simplemente gritaba como un energúmeno, yo en el techo me saqué las dos pistolas y comencé a lanzar tiros al aire. Completamente dominado por la situación y como fuera de mí, salté hacia abajo para dar el resumen final de la situación. Como un demente me puse a dispararle al tanque de petróleo del vehículo, de pronto Marcela se acercó diciéndome que si seguía disparando contra el tanque volaríamos todos. Tomé conciencia de lo que hacía y me detuve, ya era hora de marcharse del lugar, en la lejanía se veía como avanzaban un par de jeeps de los uniformados, lentamente se acercaban hacia nosotros. Ya sin más que hacer nos fuimos y la gente nos despidió entre vivas al Frente, yo no tomé cuenta de aquello y salimos caminando solos como siempre. Marcela se fue a su casa y Fernando también, terminé caminando hasta la Alameda por las calles laterales en las cuales reinaba una calma envidiable.

La tarde ya estaba encima y tomé un microbús hacia el motel, en cierta manera conforme pero aun no entendiendo las razones de la gente, cosas de ellos, me dije y seguí mirando por la ventanilla del microbús.

XLIV

El secuestro de Carreño acaparaba toda la atención, todos permanecíamos pendientes de las noticias para saber que era lo que ocurría con el mencionado soldadito. Los que estábamos alejados de dicha operación no entendíamos la razón final y el porque del sujeto elegido. Por mi parte no atine nunca. Ya había pasado tiempo suficiente como para que lo soltaran de una vez y viniera la segunda parte del espectáculo, es decir, las consecuencias de dicha operación. Todo el mundo sacaba sus declaraciones acerca del hecho, todas, de alguna manera condenaban el acto como un atentado a las futuras negociaciones con los desolladores, les aguábamos la fiesta de a poco. Por mí que se quedara secuestrado hasta el final de todo lo conocido, me importaba un cuesco si salía con vida o no. Nosotros seguíamos haciendo lo de siempre.

Una tarde cualquiera, mientras llegaba al motel después de una larga jornada en la Villa, decidí, como una manera de saciar el hambre que me volvía por las noches, pasar a unos locales cerca de la bencinera. Al salir del lugar cargado de golosinas, alcancé a notar a cerca de media docena de mujeres, algunas casi desnudas, saltando hacia la bencinera, gritaban como unas locas, algunas llegaban al piso y se recomponían al instante, luego salían caminando hacia la avenida Departamental como si no hubiera pasado nada. Como no es cosa de perder el asombro con tanta demencia vista, me acerqué a uno de los bencineros que veía el espectáculo con un dejo de

acostumbramiento, simplemente sonreía y luego proseguía con su rutina anómala de cargar combustible a toda clase de gente.

—Que sucede —le pregunté como el buen samaritano que representaba en ese momento.

—Seguro usted no es de por acá no, si no, no me preguntaría esto —dijo mientras el hedor a bencina salía de todo su cuerpo.

—Pues no, la verdad sólo alojo en aquel motel desde donde saltaron todas esas mujeres.

—Verá, este lugar no es muy bueno que digamos, pero en fin, la cosa es que cerca de dos veces a la semana el motel es asaltado por un tropel de malvivientes y como las chicas le hacen al trabajo de sexo y no es mucho lo que ganan, prefieren salir saltando antes que les quiten las ganancias.

—Gracias —le contesté y seguí rumbo al motel convencido de que no era el mejor sitio para mí, pero bueno, me dije, no tengo nada más, así que proseguí caminando a mi lecho.

Al final mi pobreza estaba alcanzando, también, el común denominador de aquel fenómeno y a decir verdad, ya no tenía ni dónde dormir. Comenzaba a sentir la ausencia de Lara, extrañaba a aquel niño y por ciertas desviaciones emocionales la angustia me fue subiendo. Me había tratado de olvidar de los últimos acontecimientos por medio de la actividad constante, pero existe un infame momento en que ya no tenemos nada por hacer y sólo los recuerdos vuelven una y otra vez. Las cosas de mi corazón no andaban nada bien, la pena a fin de cuentas nos hace ser más constantes de alguna forma; con tal de engañarla uno recurre innumerables veces, como convencimiento insípido y absurdo, a la esperanza de cualquier cosa. Anhelante, tal y como me encontraba, el mundo iba hacia adelante con toda su carga de felicidades inútiles y conspicuas, en tanto yo iba como un cangrejo internándome cada vez mas en lo mas húmedo de la noche, y ya no había vuelta para algún sitio donde estuvieran todos aquellos que algún día conocí y tal vez amé.

Al entrar a la sala del motel vi a unas cuantas muchachas que lloraban y al administrador con su camisa rasgada por completo,

todos hablaban al mismo tiempo gesticulando atrozmente, todos querían decir. Pero ésta no había sido una historia tal como la presentaban los concurrentes; cada cual narraba con esmero su versión de los hechos, lo que habían sentido en un determinado momento, querían desahogarse, alguien, en suma, que los escuchara. Como yo no estaba en disposición de escuchar a nadie acerca de sus desgracias, seguí en línea recta hasta el mesón de entrada donde estaba el administrador del sitio.

Al estar enfrente de tal llorón le pedí las llaves de mi cuarto. Éste, entre sus lágrimas, me dijo que todo el arsenal de llaves había sido robado una vez más por los pelafustanes. Derrotado del todo una vez más, subí dispuesto a derribar la puerta de mi habitación y recuperar al menos la carta de mi padre, ya que no tenía nada más que eso y un par de calcetines.

Con las fuerzas necesarias para dicha labor me lancé con todo el peso de mi cuerpo y boté la enflaquecida portezuela de maderita delgada. Tomé mis artefactos, guardé la carta en mi acostumbrado bolsillo perro y luego me asomé por la ventana que daba a la bencinera. Que poco es lo que tengo, me dije, como extrañándome de mi pobreza mas espiritual que material. Las sirenas de los automóviles policiales comenzaron a ulular en las puertas del hotel que daban a la avenida Departamental.

Al final hay cierto tipo de gente que escapa de todas las cosas o de los extremos de una comunidad, fue así como en una segunda oleada salieron expulsados por las ventanas mas de una docena de pasajeros, que seguramente tenían, al igual que yo, tremendas deudas con la justicia legal. Y no es cosa que yo ame a las muchedumbres irresolutas, pero como la situación iba en desventaja estratégica hacia mí, me incorporé, sin pensarlo mucho, a las oleadas fugitivas del gran hotel. Salté desde el segundo piso y caí fuertemente entre mis camaradas, de ahí nos levantamos y salimos corriendo hacia la avenida central que se plantaba frente a nosotros. Los bencineros nos miraban con normalidad, aquello siempre sucedía cuando llegaba la policía a hacer el cateo de rigor y las declaraciones correspondientes. Entonces la soledad me tomó

nuevamente entre el gentío y con un optimismo del todo falso y cobarde articulé una sonrisa que nadie me podría haber creído. Ya con esa impostura clásica que se adueña de la gente a aquella hora de la noche, partí caminando con paso lento y diplomático hacia el gran túnel negro que se abría enfrente de mí. Con toda parsimonia me fui sobando las manos como un jubilado contento de tanta miseria y poco a poco me fui convenciendo ya no del azar, sino de la implacabilidad del destino. Me perseguían ya, como siempre lo habían hecho, pero no importaba para nada, la cárcel era simplemente otra forma de morir y eso estaba bien con tal de no seguir cargando esta especie de muerto negro que llevaba conmigo.

XLV

Una historia se puede vivir en no mas de cinco años, una historia, así, brutalmente, es sólo un hecho pasado que se narra desde la posición que mas nos conviene. La conveniencia, en este caso sino en todos, es la línea del método para afrontar una historia y yo no quería hacerme cargo de ella. Es más fácil de aquella forma y por mi parte detesto hacerme las cosas más difíciles de lo que se presentan cotidianamente.

Lentamente todo volvía a ser normal, pero yo no tenía dónde pasar las noches. Yo iba de aquí para allá como una manera de mentirme a mi mismo, y no es que yo anhelara una vida como la de la mayoría de los hombres, pero en cierto sentido debía tener un sitio, al menos, donde cerrar los ojos con tranquilidad. Pensé en algún momento de ilusión en volver adonde esa hermosa mujer que me acogió años atrás en las torres de Carlos Antúnez o tal vez al hotel República, donde de seguro me encontraría con Atilio o en una de esas, me decía con un acento impostado, volver a todos esos sitios donde alguna vez estuve durmiendo. Por lo pronto desestimé todo de antemano y lo que me quedaba era contentarme en dormir y permanecer como siempre, es decir, en lo más cruel de la noche.

Pese a todo ello me acerqué a Walter, buscando de algún modo subsanar mi problemón, Y le presenté la situación tal y como la veía, así sucia y descarnadamente. La solución por parte de Walter no se

hizo esperar Y partimos esa misma tarde hacia la zona oriente de Santiago donde una señora que vivía sola con su hija de unos dieciocho años de edad.

Al entrar a dicha casa de amplias y bien pintados corredores, pude darme cuenta que no se trataba de una familia de las que acostumbraba a visitar para pasar la noche.

La casa estaba habitada también por cuatro pequeños perros de raza pequinesa, aquellos canes que a causa de tanta mezcla fueron perdiendo todo su hocico y que al final quedaron con una especie de puño cerrado en pleno frente, unas verdaderas mezclas infernales, que perros tan horribles. Apenas aparecimos por su perímetro, los cuatro animales se lanzaron en una batahola de ladridos y amenazas mostrando sus menguados colmillos de perros resentidos. Por lo pronto estábamos en condiciones de defendernos, por mi parte le decía a Walter que llamara a la dueña de tan infames perros, éste se quedaba sin omitir palabra como observando y en cierta forma divirtiéndose con tal espectáculo. De un momento a otro salió desde la puerta principal la hija de la señora. Yo la quedé mirando y apreciando la clase de jovencita que se acercaba lenta y cadenciosamente. Tenía su cabello castaño largo hasta antes de la cintura y una figura que mis manos jamás habían tocado, sino sólo en sueños de antiguo libidinoso frustrado y caliente.

Vestía un pequeño pantaloncito corto que antiguamente había sido largo, en su parte superior lucía una polerita sin mangas de un suave color lila y en su cuello al menos flotaban una docena de collares de las más variadas composturas. De verdad aquella muchachita calentaba a cualquiera y yo no estaba exento de dicha reacción carnal y brutal que me despertó automáticamente la mencionada hembrilla de proporcionados pechos que jugueteaban Con el vaivén de su caminata sin sostenes.

No habrían sido ni diez segundos que demoró en llegar al frente nuestro y calmar a los perros y yo me había pasado toda una hora en desnudarla imaginariamente. Al llegar, abre su boca diciendo suavemente:

—Hola tío, lo estábamos esperando con la mamá.

Al decir esto me quedé mirando a Walter para ver que decía ante eso de tío, empero no me dijo nada, esbozando una cómplice sonrisa hacia la muchacha que nos conducía hacia el living de la casa. En el mínimo trayecto de haber cruzado el jardín y como Walter no me presentaba, me vi en la obligación de decir mi nombre y presentarme como era debido.

–Hola soy Vasco, un viejo amigo de tu tío y espero serlo también de tu madre.

–Yo soy Camila –me dijo acercando su suave y aromatizada mejilla para darme un beso.

Me dejé llevar y le puse mi mejilla para que me la acariciara con lindos labios de hembra en las puertas de su mínima lujuria infantil.

Seguimos caminando hasta entrar a la casa que para mi sorpresa estaba adornada con un sinnúmero de artefactos similares a la artesanía elaborada en prisión. Claro esta que dispuestas en forma ordenada y con un verdadero sentido de la proporción que sólo tiene esta clase de gente.

Nos sentamos en los esponjosos y grandes sillones de su sala y esperamos, con sendos vasos de refrigerios en nuestras manos, la llegada de la señora de la casa.

Yo en tanto pensaba que una vida así era la que hacía no hacer nada de nada y que al final si uno esta permanentemente en este estado, termina por olvidarse de todo el entorno pasado y de verdad era lo que yo necesitaba urgentemente, al menos como una especie de terapia intensiva.

A no más de diez minutos de haber entrado a la casa, llega la señora dueña de todo ese palacio de comodidades. Era alta y espigada, de cabello corto con un peinado moderno de la época, con una tunica de un suave color café y unas sandalias artesanales con suela de neumático. Una verdadera señora distinguida en su modo de hablar y en sus movimientos.

Al entrar, yo me alcé de mi puesto como una manera de demostrar que estaba ante unos sujetos de buena y excelente educación, en tanto Walter seguía en su puesto sin dar mayor

importancia al asunto. La saludé de la mano y Walter le ofreció un beso en su mejilla, como era de suponer, ellos tenían bastante confianza, lo que demostraba que se conocían hace ya bastante tiempo. En suma, esta señora de nombre Isabel era periodista de aquellos semanarios políticos alternativos; había sido comunista pero en todo ese desorden que provocó la separación definitiva con los engendros armados, la señora se había inclinado a seguir proporcionándonos sus ayudas. Walter de alguna forma había llegado hasta ella y ahí permanecíamos en la posibilidad bella de que me quedara nada más por un tiempo mientras encontraba algo más estable para pasar las noches. Isabel aceptó gustosa el desafío e inmediatamente envió a Camila a ordenar una de las habitaciones para dichos propósitos. Yo me encontraba del todo agrado en dicho lugar por lo que me sentí, una vez más y a pesar de todo, un tipo afortunado que va por ahí encontrando todo lo necesario para no sucumbir ante la rutinaria forma de vida que el mundo nos impone.

De un momento a otro me vi en la habitación que habían acondicionado para mí. Era completamente cómoda, una portentosa cama junto a un pequeño televisor y por sobre todo, llena de silencio para mis cavilaciones de melancólico irrefrenable. Al cabo de media hora, Walter se marchó y me dejó en dicho lugar. Isabel apareció ofreciéndome toda clase de cosas que necesitara, como mi aspecto era algo decadente en lo material, me entregó un par de camisas de un antiguo amante, también uno que otro pantalón que sólo venían a conformar mi nascente vestuario mas sistemático y permanente.

Al quedar solo en la habitación, me saqué ambas pistolas dejándolas en un pequeño velador junto a mi cama, me lancé sobre el suave colchón y me quedé dormido hasta entrada la noche. A esa hora apareció Camila con un pequeño toque de puerta invitándome a comer a la mesa. Como era cosa de entrar en confianza con mi nueva casa momentánea, acepté que el apetito iba subiendo en la medida que la comodidad me hacía guiños de capricho lunático.

En la mesa sólo se veían tres grandes y humeantes platos de espagueti bañados con una roja salsa de tomates, el aroma expelido por tal manjar sólo me hacía sentir mejor. Ya saboreando el plato

junto a esas dos mujeres del todo apetecibles, Isabel, en un acceso de confianza, me comenzó a relatar sus hobbies placenteros y espirituales. En resumidas cuentas se dedicaba, como una manera de matar el tiempo, a la pintura de paisajes naturales, como no tenía la menor intención de arrastrar su caballete de un campo a otro, lo que hacía era copiar, impunemente, paisajes de fotografías.

En tanto Camila la escuchaba como acostumbrada a su rutina retórica y representativa. Yo como un buen orador, me puse a perorarle sobre pintores y sus diferentes escuelas paisajistas, pero Isabel era una completa ignorante en los avatares históricos de los pintores. Como no encontraba respuesta alguna a mi tema, decidí simplemente escucharla.

Luego de la comida, vinieron las pequeñas tazas de café negro y mas tarde pasamos a la sala principal continuando la anodina conversación. De verdad Isabel era una conversadora compulsiva, no escuchaba a nadie y sólo le gustaba escucharse.

Ya al tanto de su personalidad, ésta comenzó a aburrirme, hablaba de su trabajo, de su antigua militancia comunista, pero llegó el momento de tocar lo que andaba buscando desde hace rato. El secuestro de Carreño. Me decía que sólo quería información de primera para su semanario, que con ello se le abrían enormemente las posibilidades laborales y profesionales, que si yo tenía información no dudara en entregársela y que ella sería capaz, a todas luces, de guardar el secreto de profesión. Dadas las cosas de esa manera, le propuse que apenas tuviera la mas mínima información no dudaría en entregársela, claro está que yo mentía sin mas remordimiento y sólo lo hacía para establecer una buena relación de antemano ya que, como iba todo yo al menos pensaba quedarme por un buen tiempo en ese lugar, no tenía la mas pequeña intención de marcharme de ahí y pretendía abusar hasta el máximo de la buena hospitalidad que me brindaban estas gentes.

Con el tiempo uno se va dando cuenta de cuanto han llegado a abusar de uno en los grados mas impensables y profundos y uno no debe tener miramientos cuando llega la hora de ejercer el abuso, en un rango pasable y aceptable, contra el mundo que nos pisotea. Yo

creo que la mayoría de la gente de mi clase desea eso, pero en buenas cuentas, no se atreven a tomar el deslizado espacio de venganza contra nuestro entorno. Así lo había pensado yo, me quedaría ahí hasta que estuvieran hartos de mi presencia.

Diciembre caía sobre todos con sus fechas y arreglos navideños, la locura por los regalos está en todos. Como yo debía, para llegar hasta la Villa Francia, tomar al menos dos microbuses, me iba caminando hasta la avenida Irarrázabal y bajaba por ella hasta encontrar el microbús deseado. En aquel trayecto me iba cruzando con a lo menos un centenar de personas engolosinadas en sus compras, buscando las baratijas que hicieran menos evidente la pobreza que los abrazaba en esos tiempos, acaso sino en todos los de sus cortas vidas.

Por mi parte, como una expresión de mi pena, iba viendo a Lara entre todas esas gentes junto a Tomás en sus brazos. La veía salir de diferentes tiendas o a bordo de variados microbuses a lo largo de Santiago entonces me comenzaba a preguntar quien estaba realmente muerto, yo acaso, que me movía como una especie de espectro que se niega a aceptar la propia muerte y la de los demás.

Me veía entonces en aquella disyuntiva de comenzar a entremezclar los planos de la vida y la muerte como quien se equivoca en un pronóstico de lluvias. Confundía los planos rápidamente y mas sistemáticamente. Y empecé a convencerme de que Lara estaba viva como siempre lo había estado y que yo era el muerto.

En uno de esos días de diciembre, antes del cuarto aniversario del Frente, tuvimos una reunión del todo solemne e importante. Se reunían para ciertos efectos los encargados de los territorios. Como en nuestro sector la cosa era compartida por Walter y yo, tuvimos que asistir ambos para dar las evaluaciones correspondientes desde que nos habíamos separado del PC.

A dicho encuentro de cerca de media decena de participantes asistiría Rodrigo, el jefe de todos nosotros. Era la primera vez en muchos años que yo participaría de un encuentro como aquel y la cosa me tenía un tanto nervioso. Las condiciones materiales para el

encuentro eran completamente rigurosas ya que si en esos momentos nos daban un golpe caerían nuestras incipientes estructuras, por ello mismo, nos llevaron a una casa completamente vendados y jamás supimos, al menos en mi caso, donde fue dicha reunión.

Una vez instalados todos los encargados de los diferentes territorios nos sentamos en una larga mesa a la espera de Rodrigo, que llegaba, como era de suponer, al último para verificar que todo fuera normal y seguro.

Todos mis camaradas hacían por lo menos una tonelada de humo de tabaco más las dosis de café. Nos saludábamos los que nos conocíamos de antaño, apareció el Huevo y muchos otros. Nos veíamos las caras, cada uno de nosotros venía con la mejor de las evaluaciones, era una especie de competencia de quien había hecho mas cosas en su sector. En la muralla trasera colgaba la bandera del frente y una bandera chilena. Yo siempre pensé que eso de las banderas era una burda copia de las institucionalidades, que debíamos de carecer de banderas e himnos y de todas las expresiones de una forma de entender la vida, carecer como era debido, de normas, de cartas de comportamiento, de solemnidades, en suma, de todo lo que proviniera de una especie de tradición histórica. Según yo, debíamos fundar una nueva raza de pensadores armados que viera al mundo desde una esquina completamente novedosa, pero al parecer todo era parte de mi desorden mental, sin embargo, estaba junto a todos estos hombres porque no tenía otra forma de rebelarme en colectivo, era lo que tenía enfrente de mí, era la forma que había adquirido la rebelión para todos nosotros y si no había mas era lo que tomaba y lo asumía. Pensaba que quizás en el futuro nacerían gentes con la perspectiva que yo poseía de manera instintiva pero no iba a esperarlos y tomaba las cosas como se me presentaban. Vendrán otras rebeliones, diferentes a estas, con otros preceptos, con otras imaginaciones, pero eso era cosa del futuro y yo vivía diariamente mi presente para omitir mi pasado y el pasado de todos.

Luego de unos diez minutos de espera, apareció Rodrigo, tras de sí llevaba una especie de aire de peso, como una bruma de

interrogantes. Cada uno de nosotros lo saludó, en aquel momento pude darme cuenta de cuanto amábamos a dicho hombre, cuanto era lo que lo respetábamos de manera inimaginable. Por mi parte pensaba que no daría mi vida por cualquiera en ese afán religioso de perro leal, uno no podía entregarse a cualquiera así como así de fácil ya que nadie tenía depositado el futuro y que ese futuro fuera coherente de alguna forma con el pasado. Porque uno, embriagado de aquel sentimiento de admiración inútil, podía dar la propia existencia a cambio de que otro siguiera por el mismo rumbo elegido, pero existía siempre ese grado de duda saludable de pensar que el que logró sobrevivir gracias a la extinción de otro, sucumbiera a los guiños de la vida normalizante y que de un momento a otro se olvidara de todo. En ese caso, ¿qué valor tuvo el haber dado la vida por otro? Tal vez tenga un valor intrínseco para uno mismo, ya que las cosas se validan en su propio tiempo y no en perspectiva histórica. Pero con Rodrigo existía aquella única certeza de que jamás sería otro, de que nunca se convertiría en un sujeto diferente ya que ni siquiera era un sujeto sino objeto de su tiempo.

Nos llevamos cerca de seis horas en dicho encuentro en que cada cual daba los más luminosos panoramas de sus realidades territoriales. Si las cosas se presentaban tal y como decían mis camaradas, ya habiéramos ganado hace por lo menos unos tres años. Todo era un pan de rosas coloridas, la gente se alzaba en sus territorios, exigía armamento y lo que mas hablaban mis camaradas era acerca de eso que denominaban vanguardia, que éramos la vanguardia natural de todas las gentes. En tanto nosotros con Walter guardábamos silencio hasta que nos llegó el turno de presentar nuestra evaluación que fue de lo mas descarnada. Nos costaba de sobremanera organizar a unos cuantos, que no existía en ninguno de nosotros una idea clara de hacia donde nos dirigíamos y que por ello mismo no éramos la vanguardia de nadie. Al decir todo aquello, cierto número de camaradas nos miraban con el viejo prejuicio del derrotado. Uno siempre cree que tiene la razón y habla desde aquel puesto de víctima de las circunstancias, una especie de mártir ratón y

moribundo, un grado de heroísmo mínimo que llevamos todos, en fin.

Cuando ya estaban todas las evaluaciones sobre la mesa comenzó a hablar Rodrigo en su extraña manera de orador terrestre. Habló del rediseño político que debíamos llevar adelante como una manera de salir de la vieja política sublevacional, que para ello nos debíamos abocar a organizar la guerra en todo el territorio como un verdadero ejército, que necesitábamos una organización diferente a la que teníamos hasta el momento. De inmediato se me vino la idea de hacernos fuertes en las montañas y si no teníamos montañas adecuadas, al menos un lugar donde pudiéramos desarrollar una verdadera guerra a los soldaditos que para esos entonces tenían a todo un país envuelto en los empalagosos dichos del plebiscito que se efectuaría en 1988. La opinión del Frente era que el tiranuelo sólo buscaba soluciones a medias y que a la larga terminaría por autoproclamarse como vencedor absoluto. Todos creíamos en eso para lo cual nos organizamos como era debido, es decir, organizar la guerra definitiva.

Rodrigo también nos puso al tanto, con las medidas correspondientes, de cómo iba lo de Carreño. Para ello nos alertó que debíamos estar preparados para los próximos días en que se realizarían ciertas repartijas de víveres y alimentos en algunas poblaciones de Santiago como una forma de pagar un rescate simbólico por la libertad del soldadito. De aquel encuentro yo salí con las ideas claras y precisas de cómo enfrentaríamos el futuro inmediato y en mi cabeza resonaba eso de la guerra en todo el territorio nacional.

Pues bien, me dije, si hay guerra, yo me iré para los pequeños cerros sureños y revitalizaré mi ancestral espíritu guerrillero nacido en países extraños y salvajes.

XLVI

Mí relajada estaba en casa de Isabel y su pequeña delicia seductora proseguían con normalidad. Yo estaba en la duda si entregarle dicha información acerca de la repartija de alimentos en ciertas poblaciones de Santiago, pero no veía mayor problema en decirle ya que en algún momento la cosa se haría pública del todo. Un día de aquellos, mientras Isabel permanecía en su estudio de pintora mediocre y Camila conversaba con algunas amigas tan apetecibles como ella, me acerqué a Isabel y le comenté mis conocimientos acerca de que pasaría algo pronto y contundente para ella. Me abrió sus ojos de vieja alternativa, se puso tan nerviosa como si le hubiera propuesto un suicidio. Las situaciones de tensión la hacían ponerse aun más habladora, se le salía su vena discursiva diciendo frases ilustres, estaba como loca, se movía por el estudio y sus caballetes como impulsada por una espantosa idea que no puede llevar a la tela. Ni siquiera le había mencionado que era lo que sucedería, de un cajón sacaba su cámara fotográfica, le ponía rollo de película nueva, se alistaba como si saliéramos a alguna parte.

—Qué es, qué es lo que realmente va a suceder, dímelo de una vez.

—Por qué tanto escándalo Isabel, aun no te he dicho nada.

—¿Qué es, me llevarás a ver su cadáver, lo han matado acaso, eso es, me quieres utilizar para que yo demuestre el final de todo eso, no? Pero está bien, todo sea por la libertad de expresión.

—Estas desvariando Isabel —le dije ya sin ánimo de contarle nada de lo que ocurriría.

A esas alturas pude comprobar que ella estaba más loca que un tiro al aire. Esta clase de gente era así, de esa forma, llena de problemas y traumas infantiles que sólo podían subsanar dejando a sus hijos en una especie de libre albedrío lunático y caótico.

—Tranquilízate de una buena vez, nadie ha muerto en esto y lo que pretendo decirte no tiene nada de grave, me entiendes.

Luego de eso comenzó a tranquilizarse y a tomar las cosas con más calma. Se sentó en su pequeño pupitre y yo me quedé mirando sus espantosas pinturas.

—Pues bien, dímelo de una vez.

—La cosa —le dije sin mucho ánimo—, es que van a repartir algunas camionadas de víveres en algunas poblaciones y yo te iba a invitar a ver aquello.

De pronto sacó una libreta de anotaciones y se puso a anotar todo lo que le decía como si me estuviera entrevistando.

—Qué haces —le dije.

—Pues ejercer mi derecho de profesión, acaso no entiendes que con esto me haré una mujer imprescindible en el semanario.

—¿Pero por qué anotas lo que te digo?

—Pues eres mi fuente de información y debo decir para que me crean, soy una mujer de palabra y no la puedo empeñar. —Pero si yo no soy el suceso informativo, espera a que lleguemos mañana al lugar donde ocurrirán los hechos.

—¡Mañana!—dijo dando un grito fenomenal que por lo menos se escuchó a dos cuadras.

Isabel era una verdadera vieja estúpida y zonza como no había otra igual. Comenzó a moverse como desesperada tirando todo a su paso. Al parecer su labor en el famoso semanario había sido tan mediocre durante el último periodo que se veía impelida a salir con una cartita ganadora que le fuera a arreglar su ilusa carrera de chismosa sistematizada.

Por mi parte me fui a mi pieza y me quedé pensando que mientras le diera este tipo de posibilidades a Isabel tendría casa para

mucho tiempo. Camila por su parte rondaba por la casa moviendo su hermoso culito de un lado a otro, pasaba todo el santo día pegada al teléfono y poco se movía fuera de casa. Si las cosas seguían de igual forma no veía la manera de contener mis impulsos con dicha muchachita que cada día se notaba más calurosa de cuerpo.

A la mañana siguiente partimos con la mujer en dirección a la población La Victoria donde, como ya sabía de antemano, se haría la descarga de víveres y elementos de construcción para casas. Íbamos en su pequeña y despintada renoleta de color amarillo oscuro. La gente de este tipo poseía esa clase de autos no por falta de dinero sino por apariencias ya que era mal visto que una periodista comprometida con su pueblo y su historia anduviera por ahí ostentando y movilizándose en un buen automóvil, cosas de ellos: en el caso que yo hubiera pertenecido a ese estrato de humanos no tendría reparos de ninguna clase en tener un buen automóvil que no me presentara problemas como el que íbamos experimentando en el camino. Por ejemplo, nos deteníamos cada diez cuadras ya que el motorcito no daba más que eso y se recalentaba como una brasa infernal. Íbamos en silencio, ella estaba completamente nerviosa pensando que se dirigía a una gran operación.

—¿Cualquier cosa que esta gente me quiera hacer tú debes defenderme, no es así?

—¿Y adonde crees que te diriges, Isabel, acaso a una zona de guerra?

—Con ese tipo de gente uno nunca sabe lo que va a pasar, además no vamos a un día de campo, estamos envueltos en un secuestro y eso no es cosa fácil.

—Estás exagerando demasiado —le dije y luego me puse a pensar que tal vez tenía razón ya que yo veía las cosas con total pero la gente que observa todo desde afuera siempre ve el peso del castigo y de la ley entre medio de todo. Sería acaso que yo veía las cosas sin importarme todo eso.

Al cabo de una buena media hora arribamos al sector y vimos grandes aglomeraciones de gentes en las calles, unos cuantos policías y un centenar de tipos extraños rondando por todos los sitios

de aquella cancha de tierra en que se había apostado todo ese gentío implorante.

No se notaba ningún periodista cerca por lo que a Isabel le vino una especie de regocijo al ser la primera que reportaría desde el mismo sitio de los hechos. Nos movimos con extrema cautela, ella adelante mostrando su credencial de periodista y yo atrás simulando ser su fotógrafo. En un momento sacó su pequeña grabadora y se puso a entrevistar a cuanto sujeto se le paraba adelante, yo me quedaba atrás como siempre escuchando los lloriqueos de la gente.

—Y dime por qué estas acá —le preguntó a un tipejo esmirriado y enflaquecido.

—Porque van a regalar cosas —le contestó sin mayor expresividad.

—Concuerdas con el ideario del Frente Patriótico.

—¿El ideario de quién? —le preguntaba el entrevistado con rostro de extrema circunstancia.

—Del Frente, ¿acaso no sabes que esto parte de ellos?

—No tenía idea, a mi me dijeron que hoy iban a repartir cosas y por eso estoy aquí.

Así continuamos hasta internarnos en lo más profundo de la gente como habrá que hacerlo. Topó a una mujer de unos cuarenta años en delantal floreado y un pañuelo sucio en su cabeza.

—Y usted señora, dígame, esta de acuerdo con los métodos para buscar víveres.

—El partido, compañera, nos dijo que no debíamos asistir porque estas cosas vienen del secuestro del milico ese y que no son los métodos para luchar hoy día pero lo dicen porque ellos no tienen necesidades y cuando hay necesidades no se mira para ningún lado así que me importa una raja lo que digan, mi familia se recaga de hambre todos los días y si puedo conseguir algo para la olla lo haré sin importar de dónde venga.

—Eso es —le replicaba por detrás mientras aquella señora me miraba de reojo.

La presencia de la periodista se hacía notar y el último diálogo sostenido con dicha señora había sido escuchado por todo el

entorno. La mayoría eran comunistas y saltaron sobre la vieja en una serie de improperios descalificantes. Todo el mundo discutía acerca de la validez de la próxima repartija, todo el mundo era presa de una excitación pegajosa y compulsiva.

Si uno alzaba un poco la cabeza se notaban algunas banderas chilenas flameando, unos cuantos gritos, la gente estaba en su fiesta pagana. Isabel se hacía parte de la excitación como una adolescente, sonreía a todo el mundo, se creía una verdadera proletaria haciendo lo suyo desde el lado de los profesionales conscientes. Yo miraba todo como siempre, buscando no perder detalle de lo visto, riéndome de ciertas cosas y pensando que esto era lo que teníamos, nada más.

Luego de la larga y tediosa espera en el horizonte se ve una columna de tierra alzada sobre el aire. De pronto se comienzan a dibujar las siluetas de al menos tres grandes camiones con acoplados llenas de cajas y calaminas. En no más de un minuto, los grandes camiones estaban enfrente de toda la muchedumbre hambrienta. Los gritos no se hicieron esperar, los menos eran de vivas a la acción del frente, los más eran de los quejidos y aullidos de los pisoteados que caían sin mayor fuerza a causa de los empujones, las banderas que flameaban en el horizonte se hicieron humo, desapareciendo con todo el espíritu solidario y combativo. Todo era un tierral insoportable, había de todo, viejas sangrando desde sus narices, alimañas saltando de un lado a otro por tratar de alcanzar el preciado cargamento gratis.

Cerca de los camiones se veían a ciertos dirigentes poblacionales comunistas que trataban, no de organizar, sino de hacer que su gente se retirara del lugar sin sacar nada de nada. Nadie los tomaba en cuenta, en la parte mas alta del camión se notaba a un cura vestido como tal ordenando la batahola pero tampoco lo tomaban en cuenta.

Sin dios ni ley el hambre tiene sus formas violentas para alcanzar el alimento y poder seguir existiendo, nadie se niega a morir como un becerrito. Isabel completamente excitada fue víctima de un manoseo constante por parte de ciertos sujetos que se hacían pasar por jóvenes conscientes, la toqueteaban por todas sus partes,

ella gritaba que la dejaran pero nadie la tomaba en cuenta al igual que las ilusorias autoridades de dicho desorden.

Ya no había nada que hacer salvo proseguir ese fenomenal desorden poblacional. Como nadie podía acceder a los artículos y como el Frente, y yo era un rodriguista, había destinado todas esas chucherías para los mas desgraciados de la sociedad contemporánea, me renacieron mis incipientes voluntades de organizador y dirigente del caos y salté entre todo el barullo.

Antes de eso, y para cuidar lo poco que quedaba de mi secretividad conspirativa, le arrebaté el pañuelo de seda hindú bañado de perfume alternativo a Isabel desde su cuello, me lo puse en pleno rostro y alcancé uno de los pretils del camión mas grande arrebatándole el altavoz al cura de un solo movimiento y me alcé gritándole a la muchedumbre a todo pulmón.

—¡Tienen hambre!

La gente o los que me alcanzaron a escuchar respondían.

—¡Sí!

—¡Tienen cosas como corresponde!

—¡No!

—¡Pues todo esto es de ustedes!

Luego de aquello no pude seguir como era debido y tal como quería ya que de algún modo pensaba seguir discurseando hasta llegar a la modula emotiva de toda esta gente. Las oleadas no se hicieron esperar y de pronto me vi rodeado de un centenar de tipos y viejas que habían saltado al camión llevándose todo lo posible entre sus manos y brazos que hacían las veces de palas mecánicas.

Así siguieron asaltando los dos camiones restantes hasta ya no quedar nada en sus acoplados. Los chóferes salían corriendo desde sus cabinas y yo fui expulsado como un bribón en medio del mar. Caí entre toda la gente la cual comenzó, tal vez sin querer, a pisotearme en forma muy violenta. Me compuse como pude buscando a Isabel entre los escombros que iban quedando luego de todo. No la encontré por ningún sitio así es que me repuse de inmediato ya que se acercaban unos cincuenta carabineros enfilados

ordenadamente y dispuestos a acabar con el desorden en la vía pública.

Me limpié un poco las ropas y partí caminando serenamente hacia la casa. A mi lado aun corrían ciertos pelafustanes que habían sacado su parte del bono para ir a venderlo a la feria de los días domingo que se apostaba cerca de la población. Sonreí porque no tenía nada más que hacer pensando en la guerra que queríamos implementar.

Al llegar a la casa me encontré con Camila y unos amigos que la rondaban como perrillos hambrientos. Al verme llegar me preguntó por su madre, yo le dije que venía tras mío y no demoraría en aparecer, estaba diciendo eso y aparece la renoleta de Isabel a duras penas. Se bajó completamente sonriente y desordenada dándome las gracias por haberla llevado a un suceso como ese. Venía completamente llena de tierra en su rostro y cuerpo, con su larga tunica hindú rasgada en sus partes más pudorosas, si alguien la hubiera visto llegar en tal estado pensaría, sin mediar juicio alguno, que venía de una orgia monstruosa. Me abrazó y luego pasamos al living de la casa.

Me dijo que con tal experiencia tal vez abandonaría la profesión de periodista y se dedicaría a escritora, que tenía mucho material para relatar y novelar de manera fabulosa y amena. Pero por ahora se dedicaría a terminar su ópera incipiente en el gran reportaje del secuestro del coronel Carlos Carreño, el "milico ese" como lo denominó la vieja pobladora.

A los días siguientes fue liberado y a mi lado pasó como un torbellino Isabel que se dirigía a las calles San Pablo con Brasil. Luego todos esos periodistas volvieron sin más gloria de la que se habían llevado ya que el viaje a Brasil no sería tan rápido porque había sido liberado en la ciudad de San Pablo luego de tres meses de cautiverio. Una cana demasiado cortita, me dije, por mí lo hubiera dejado más tiempo pero eso era cosa de hacer una cárcel lo que yo jamás estaré dispuesto a hacer. Suspiré y pensé en el Pelao Rigo que lo había transportado por miles de kilómetros hasta hacerlo llegar al destino trazado para que sus propios camaradas de armas, digo los

del "milico ese", no lo reventaran y luego nos culparan a nosotros.
Que bien lo hiciste viejo Rigo. Salud nuevamente para ti.

XLVII

Isabel llegaba a la casa con por lo menos seis revistas del semanario en que a grandes titulares salía su nombre como la autora estrella del gran reportaje único en terreno de las repartijas. Había logrado lo suyo y yo lo mío, tenía asegurada mi estadía en dicha casa por un buen rato más.

Las cosas se desenvolvían del todo bien entre nosotros; Camila se había ido de vacaciones de "mochilera" al sur. La vinieron a buscar cuatro amigos y partió dándome un dulce beso casi en los labios, agregando una sugerente mirada y partió sin más con aquellos predelincuentes que harían lo que. Me quedé con un dejo de envidia por ya no tener amigos para hacer lo mismo y además en el grupo de Camila me hubiera visto de lo mas ridículo y verde, así es que levanté mi displicente mano de doce dedos y le dije adiós.

Con Isabel por las noches compartíamos el café hasta pasada la medianoche en largas jornadas de conversación informal, la veía mas interesada que nunca así es que ponía todo mi empeño en explicarle mi visión del mundo, mis valoraciones acerca de las creencias y las religiones, de fenómenos tan diversos como la política armada y sus derivados, de la necesidad de hacer lo que uno cree necesario para uno y no para las comunidades. En fin, me abría como nunca lo había hecho, me desenvolvía suavemente ante los

ojos y orejas de Isabel que consultaba a cada rato ciertas cosas que no le habían quedado claras.

Así nos pasamos por lo menos dos meses en las noches calurosas de Santiago. Mi otra vida iba como siempre, entre sobresaltos y la certeza de que cada día éramos un poco mas de los que habíamos sido ayer. Nos íbamos de campaña a ciertos cerros aledaños a Santiago, recordaba mi primera instrucción en Quilpué, no dejaba de recordar a Lara. En mi memoria estaban las palabras de Rodrigo acerca del ejército y la guerra, por mi parte estaba algo cansado de los territorios y sus movimientos lentos, ya quería, apenas se abriera la oportunidad, partir a poblar los montes del sur de Chile. Me preparaba para ello como era necesario hacerlo.

Ya en abril de 1988 el mundo de las ilusiones volvía a Santiago, todos se preparaban para la contienda plebiscitaria de octubre. Los partidos que estaban dispuestos a la negociación con los desolladores sacaban sus cuentas futuras, negociaban como buenos panaderos de barrio. Por nuestro lado, preparábamos las armas para un nuevo emprendimiento en contra del renombrado fiscal Torres Silva.

La situación en los territorios decaía largamente, ya no era como en los tiempos pasados, la situación del plebiscito los tenía a todos vueltos locos de esperanzas e ilusiones extrañas. Como yo no veía mucho que hacer y la actividad era mi fuerte, me ofrecí para dicha operación, ya que el soldadito se lo andaba buscando hace más de dos años. Este sujeto uniformado tenía a su cargo, como leguleyo del orden y la fuerza, casi todos los procesos en contra del Frente, tenía encarceladas a mas de una cincuentena de personas que de una u otra forma se habían visto envueltas en dichas acciones.

Para concretar la muerte definitiva del fiscalito me puse en contacto, ya que estaba a cargo de la operación, con Tarzán. Se conocía una mínima rutina del carnicero, pero lo suficientemente acabada como para darle muerte definitiva. Para ello se contaba con la idea en bruto de atraparlo a bordo de su automóvil en una motocicleta y colocarle un artefacto explosivo en el techo de su automóvil en movimiento. Como yo no tenía idea de manejar

motocicletas, Tarzán realizó una serie de pruebas a por lo menos cuatro conductores avezados, pero al momento de decirles para que era lo que se les necesitaba todas las peripecias de conducción se diluían en que no se atrevían tal y como se presentaba la situación.

Para mi desgracia, sólo quedaba en la lista uno de los conductores que lo hacia meridianamente aceptable y este tipo era el Bigote, aquel sujeto que odiaba todo lo que no oliera a clase proletaria y como yo prácticamente no olía a nada de nada estaba en su lista de ser odiado en un grado menor, claro está, ya que era del Frente, lo que lo hacia odiarme un poco menos. En tanto a mí me causaba algo de repulsión, pero era una cosa que podía pasar por alto en esta ocasión. Al final Bigote conduciría y Tarzán pondría la carga sobre el techo. Mi papel se redujo, a esas alturas, a esperar que se concretara la operación y una vez detenido el automóvil yo me acercaría con una subametralladora a darles el adiós definitivo a todos los escoltas incluido el fiscal, lo que era simplemente una manera de asegurar el chanco.

Por su parte la carga era un ingenioso dispositivo ideado por Tarzán que consistía en una base de plancha metálica en cuyo interior poseía un poderoso imán para adosarse al techo del automóvil, luego se accionaria por una especie de control remoto que estaría a mi cargo en una de las esquinas en las cuales esperaría. Es decir que yo apretaría el botón maestro que haría detonar al Fiscal por los aires de la zona oriente de Santiago.

Con un mínimo grado de nerviosismo a esas alturas, salí de la casa de acuartelamiento sin mencionar palabra con mis dos camaradas de armas.

Ellos abordaron su motocicleta y tomé la ametralladora junto al control remoto. No demoré más de diez minutos en apostarme en la esquina de la avenida Los Leones y Eliodoro Yáñez para esperar la pasada infernal de la comitiva que se reducía a dos automóviles.

Yo permanecía viendo a todo el mundo, que a esa hora del mediodía no eran muchos. Tenía el arma dentro de un bolso y el control en la mano, no debían demorar demasiado por lo que me puse en disposición y caminé hasta la esquina a esperar ver como el

automóvil volaría en pedazos o al menos la parte trasera donde iría el fiscal. Así simplemente me quedé quieto por mas de cinco minutos con mi cuello alargado para ver por sobre la caravana de automóviles que bajaban a toda velocidad por dicha avenida. No notaba nada extraño y de pronto me puse a observar los diarios y revistas del quiosco que se alzaba en plana esquina y que de cierta forma me servía como un pequeño parapeto.

Como no aparecía nada en el horizonte de pronto me quedé mirando el semanario donde trabajaba Isabel y para mi tremenda sorpresa vi que salía a grandes letras negras: Entrevista exclusiva con alto dirigente del FPMR. Quien será, me pregunté sin mayor sospecha y saqué de mi bolsillo un par de billetes adquiriendo dicho semanario. La estaba doblando para meterlo en mi bolsillo trasero cuando de pronto comencé a escuchar un concierto de chirridos de frenadas y ciertos gritos de gentes, miré a mi alrededor y vi a no mas de diez metros a todo el mundo correr, se comenzaban a escuchar disparos y algunas sirenas ocasionales.

En ese momento me dispuse y apunté el control remoto en dirección a la calle y por mi lado, en plena avenida pasan raudamente, así como escapando, lo que desde ya me llamó tremendamente la atención, a Bigote y Tarzán montados en la motocicleta haciendo grandes piruetas para poder pasar entre los automóviles. Me fije en Tarzán y este iba dejando en el aire una estela roja que iba cayendo al pavimento de la calle, naturalmente era sangre, iba herido en su espalda pero no alcance a ver la plancha en sus manos por lo que pensé que ya estaba en el techo del automóvil del fiscal.

La gente miraba con pavor todo ese escenario; metros más atrás venían en una loca carrera los dos autos del fiscal con el artefacto en su techo pegado como una lapa. Desde una de sus ventanas salía medio cuerpo de un escolta haciendo gigantescos esfuerzos por desprenderla. Cuando ya estaban a unos metros de mi posición apunté el control y lo accioné, desde el control salía una pequeña lucecita roja, yo cerré los ojos esperando la detonación pero no pasó nada, así me quedé accionándolo innumerables veces hasta

que pasaron enfrente de mí, todos mirándome con caras de horror, yo con mi brazo en posición horizontal ya casi en plena calle, desesperado los vi pasar y alejarse sin que nada ocurriera. Pensé en un momento salir persiguiéndolos pero habría sido una estupidez.

Con la desazón correspondiente por no poder haber eliminado al Fiscal, me quedé parado, sin pensarlo, con el brazo extendido haciendo pulsaciones sobre el control, en medio de la avenida, como en un silencio completo, abrazado de ciertos pensamientos que no vienen al caso mencionar,

Salí de aquel estado y me di cuenta del tremendo barullo generado por mi posición ya que estaba obstruyendo el tránsito por toda esa avenida, Desperté dándome cuenta que todo el mundo me miraba, algunos se alejaban de mi lado por lo que inmediatamente sonreí y bajé el brazo saliendo de aquel lugar.

El Fiscal se había librado por un accidente tecnológico, Hay algunos tipos que por cuestiones del destino no van a morir sino de viejos. El destino es una extrañeza completamente neutra al que no le importan las causas justas o cualquier otra cosa, le importa un rábano que nos reventemos diariamente. No hace diferencia alguna entre tener conciencia de sí o no tenerla, no hay ideologías para el destino. Y así me fui caminando, creyendo ser de alguna forma el destino absoluto de ciertos hombres que no saben lo que les depara el devenir humano así como en alguna parte de este planeta hay un destino para mi devenido hombre, yo lo era y también lo sería para otros, una larga cadena de accidentes no tan accidentes como pensamos,

Cuando llegué a casa de Isabel le lancé el semanario por la cabeza. Le dije que acaso no pensaba en las consecuencias de sus ineptos actos, que acaso creería que recibiría algún premio honorable por sus mentiras e invenciones absurdas. Isabel me miraba completamente gélida sin decir nada, bajaba su cabeza de periodista como recibiendo el reto de su padre, salían a la luz todos sus traumas infantiles, Se puso, de un momento a otro, a llorar como una nenita de ocho años, tiritaba como si tuviera espasmos estomacales, todo era un show decadente, se alzaba de su pupitre de

pintora, botaba las pinturas, las lanzaba en contra de la tela con el paisaje aberrante que había pintado, se jalaba el pelo como una loca, un escándalo de primera, también era actriz la muy zorra, quería hacer un fenomenal drama de la situación para librar impune. Yo le mostraba las páginas del semanario, las arrancaba una por una, le decía que ahora su casa se convertiría en un antro de soldados de civil vigilándonos diariamente, que acaso no pensaba, le gritaba a cada segundo, Me tenía enfermo la muy torpe. Quería fama a toda costa, deseaba que la mirara como una pionera en los submundos de la política armada, necesitaba a toda costa ser alguien, quería ser citada.

Yo permanecía aún con el control en el bolsillo y con la ametralladora en el bolso que colgaba de mi hombro, de haber sido posible le hubiera reventado el hocico a patadas por perra. No le había bastado la gran información que le había dado por el secuestro del "milico ese", había quedado con gusto a poco y para ello se puso a inventar idioteces que jamás ocurrieron.

El hecho era el siguiente: cuando venía en el microbús, luego de la frustrada operación para acabar con el Fiscal; me puse a leer, como para matar el tiempo, la entrevista exclusiva con el alto dirigente del frente. Para mi sorpresa, y en mi afán por descubrir quien la había dado, pensando de alguna forma que era Rodrigo u otro de los dirigentes de aquel tiempo, me encontré con que los dichos y palabras expresadas por tan alto dirigente eran demasiado similares a los míos; es decir, poco a poco me fui dando cuenta de que todo lo dicho en la entrevista era lo que yo había intercambiado con Isabel como una forma de expresarle mis acercamientos al mundo, pero la tontona —como no tenía materia— se puso a grabarme en secreto con su pequeña grabadora de espía y al final había articulado todo un cuento.

En primera instancia relataba los pormenores para llegar a dicha entrevista, plagada de chequeos y contrachequeos, que luego la habían recibido en una oscura pieza con dos hombres armados y que luego se había presentado el alto dirigente encapuchado. Sacaba sus vetas literarias entremedio de todo, adornaba el zonzó cuento, se

hacía la importante. Así vendió nuestras conversaciones informales a su semanario, diciendo todo lo que le había costado y el riesgo que llevaba implícito al mezclarse con tal clase de sujetos.

Ella seguía lloriqueando pidiendo disculpas, me rogaba que no dijera nada, se acercaba en actitud seductora, me quería acallar con sus artimañas eróticas de vieja impotente y problemática. Como no la atendía en sus afanes eróticos, se puso a gritar a todo pulmón que éramos unos terroristas. Como la cosa se estaba poniendo negra la dejé y me fui al dormitorio con la intención firme de marcharme a la mañana siguiente con el convencimiento de que la comenzarían a vigilar y por rebote darían conmigo, pensando que yo era el alto dirigente del Frente. Pasó toda la noche gimoteando, a ratos me golpeaba la puerta. Yo me hacía el dormido, esperando que apareciera la mañana para partir de ahí a no sé donde.

Aquella noche soñé sólo con la cabeza del fiscal Torres que aparecía por mi ventana tratando de mordirme, en mi pesadilla yo accionaba el control remoto innumerables veces como una manera de defensa pero su cabeza era tan poderosa que terminaba por tragarme completamente; ya en su interior seguía accionando el control, luego desperté completamente agitado, haciendo un ridículo movimiento con mi ausente dedo, arrinconado en lo mas profundo de mi cama.

Una vez en la universidad, un sicólogo me dijo que esa clase de sueños eran positivos ya que de una u otra forma uno ejercía la defensa hasta el final de todo, pero me quedé pensando que cuando fuimos a matar al fiscal lo que creíamos era que estábamos atacando, pero en buenas cuentas e inconscientemente nos estábamos defendiendo a ultranza, una manera de defenderse es atacando y eso era una verdad que yo no podía negar.

Cuando apareció el sol me levanté en silencio y tomé mis cosas para salir de la casa rápidamente. Al pasar por el estudio de Isabel la vi completamente tendida en su sofá y con una botella de pisco vacía a su lado. Sentí deseos de darle una pequeña patada pero desistí inmediatamente. Luego abrí la puerta de Camila que había llegado por la madrugada y la miré desde la puerta. Estaba acostada casi

desnuda con su pequeño calzoncito entre sus hermosas nalgas redondas y duras. Si hubiera tenido cinco años menos de los que tenía, me hubiera acercado a acariciarla toda, pero nada mas suspiré guardando esa hermosa figura en mi memoria, Saqué una balita suelta que rondaba en mi bolsillo y la dejé en su pequeño velador de noche, era como si le entregara una flor de acero, era mi manera de despedirme, añorando volver a ser un niño.

XLVIII

Una vez más me había quedado sin un lugar estable. Aquella tarde nos reunimos con Tarzán y Bigote, quienes me llevaron a una casa para hacer la evaluación de nuestro desastre. En la casa estaba nada menos que Rodrigo para interiorizarse de los detalles del fracaso y para no volver a repetirlos. Luego de las causas de rigor y quedando meridianamente aclarado el fallo en la operación, llegamos a la conclusión de que la tecnología no era nuestro fuerte, ya que el artefacto había sido probado innumerables veces por Tarzán. Al parecer lo que había errado era el control. Los escoltas de sujetos importantes van cada unos cuantos metros lanzando una señal parecida a la emitida por los controles. Es un tipo de señal que anula cualquier intento de accionar artefactos por medio de aquellas ondas, cosa que se sabía de antemano, pero en el viejo estilo de hacer las cosas no lo habíamos tomado en cuenta, como si todo eso fuera parte de una buena película de agentes secretos en pugna.

Por mi parte tenía pensado plantearle a Rodrigo la posibilidad de encontrar un sitio estable donde vivir momentáneamente. Antes de eso le di una revista, aquel semanario de Isabel. Bigote también andaba con un ejemplar. Rodrigo nos consultó si sabíamos algo de eso. Bigote acotó que lo mas probable, y por los propios contenidos inconexos y aleatorios, sólo podría atribuirse a un trabajo de desprestigio para el Frente.

Yo permanecía en completo silencio, en estas cosas se debía ser cauto y me propuse aclarar la situación sólo con Rodrigo ya que

sabría entender las cosas como tal. Bigote hizo un extendido y complejo análisis, argumentando su creencia de que era trabajo del enemigo. En la entrevista no se nombraba para nada a la clase trabajadora ni al pueblo ni a la lucha de los oprimidos, mas bien todo era un enredo de cosas inentendibles y que solo podían ser articuladas por miembros de la intelectualidad burguesa al servicio de la tiranía. Yo meditaba cuan errado estaba el tal Bigote, ya que yo no era de ninguna intelectualidad al servicio de nada y mas bien eran mis rudimentarias ideitas al servicio de mi existencia particular. Odiaba aun más a la perra de Isabel.

Una vez finalizado el encuentro le aclaré la situación a Rodrigo y que no había sido tal y como se presentaba, sino que eran los efectos de una vieja loca de remate. Me entendió, pero me dijo que informara quién era la periodista para tener cuidado con las conferencias que se venían encima. En eso mismo me dijo que estábamos envueltos en una campaña de propaganda para ejercer la nueva política del Frente, es decir, la GPN, que no era sino la guerra extendida a todo el territorio nacional. Para ello se debían generar las condiciones para la próxima irrupción que sería en un par de meses. Como no era cosa de andar escapando a los desafíos y como una manera de solucionar mi problema de vivienda, le dije si había un puesto para mí en alguna parte fuera de Santiago, ya que me estaba ahogando con el trabajo territorial.

En el Frente existía la certeza de que habría un fraude, que el tiranuelo no haría un acto popular para perderlo. Ahí mismo me dio un contacto con otro rodriguista que estaba emplazado en el sur de Chile, preparando lodo para dicha irrupción. Sin más, lo tomé gustoso y esa misma tarde partí al sur de Chile recordando al viejo Pedro de la cárcel de Valparaíso. Continuaba los pasos de todos esos que se fueron a reapropiar de los montes verdes y ahogantes.

—Haz bien las cosas, Vasco, que éste será nuestro renacimiento pequeño, la mínima reforma que debemos hacer para enfrentar la voluptuosidad de la vida, tal vez no seamos los mejores estadistas ni menos aún los mas fieros administradores de la historia, pero recuerda que la vida solo se justifica por una dosis de belleza que

seamos capaces de asignarle, si ya no nos queda nada, solo debemos aguardar la presencia de la noche y sus hermosas criaturas. Allá nos veremos, Vasco...

Me sonrió y le di un fuerte apretón de manos, luego le di un abrazo y le dije que no se preocupara, que trataría de hacerlo lo mejor posible.

Esa misma noche partí a la estación de autobuses y tomé uno rumbo a Los Ángeles. El sur me esperaba con sus troncos abiertos, ya no habría más cárcel para mí ni ningún otro tipo de castigo contemporáneo. Era una manera de perder completamente el temor y ya con lo que tenía en mi memoria me bastaba para morir en cualquier sitio sin haber sido un ser vacío, estaba tan lleno de cosas que podía regalar a todo el mundo, por lo menos para toda una década de melancolías.

XLIX

El viaje hasta Los Ángeles, en medio de la Octava Región, no fue tan duro como en viejos periplos. Recordaba el trayecto en bus desde Nicaragua hasta El Salvador por medio de todos esos paisitos belicosos que lo único que gozaban eran las ganas de seguir matándose fuera como fuera:

Llegué como un buen capitalino, es decir, sin conocer nada de lo que sucedía a mi paso. Sin embargo iba con la única intención de hacerme un guerrillero criollo junto al ejército que yo pensaba me estaba esperando, aún tenía mis artimañas aprendidas en los montes de mis viajes de furibundo internacionalista.

Eran comienzos del mes de mayo y mi contacto lo tenía para esa misma tarde. Por mi parte debía a lo menos solucionar mi endémico problema de vivienda así es que me alojé en una pensión de campo donde por las mañanas daban un exquisito desayuno y ciertos almuerzos por la tarde. Así es que me quedé ahí esperando mi contacto. Por la tarde recorrí el pueblo que no era tan pueblo como imaginaba. Al llegar la hora de mi vínculo, enfilé por una de las avenidas más anchas de Los Ángeles en busca del café El Cañonero del sur. De pronto me atrapó una lluvia infernal que no dejaba ver a no más de cinco metros adelante. Como yo había partido desde Santiago casi con lo puesto y uno que otro pantalón regalado por Isabel, a las dos cuerdas de caminata era un completo paño mojado. La verdad es que en esta región me sentía de lo mas seguro, sobre todo porque nos comenzarían a buscar en Santiago por lo del Fiscal, así es que me movía con total soltura como si nadie

nunca me persiguiera. Al encontrar el café entré de inmediato y me senté a la espera de mi contacto.

Pensaba en que me pasarían a buscar y de inmediato me iría hacia las montañas como un verdadero guerrillero, así es que me preparaba psicológicamente para una buena caminata de unos días. Pedí un café caliente y me dispuse a esperar. Entraban los más variados y sospechosos sujetos a dicho café. Se bajaban de sus camionetas, entraban y salían, pero pensé que eran los movimientos propios de un sitio que apenas conocía. De pronto y para mi sorpresa entró un tipo alto y de cabello claro, lo reconocí de inmediato por los ojos en forma de farol, estaba tan mojado como yo y se veía del todo apresurado. Era el Chele que entraba por la única puerta que había en el lugar, atrás de él venía otro hombre de unos treinta y nueve años.

Toda estaba planificado como siempre, es decir, las señales que en este caso eran inútiles, ya que conocía a mis contactos que ya se estaban sentando a no más de dos metros de mi ubicación. Como era de suponer, no me habían notado para nada, al menos el Chele que era el que me conocía de sobra en aquellas tierras de El Salvador. Como no me tomaban en cuenta, me puse a mirarlos fijamente y sólo el Chele me tomó atención, al parecer con tanta guerra había ido perdiendo poco a poco su vista y hacía ingentes esfuerzos por notarme. Como una forma de decirle que era yo, me puse de una manera graciosa y a la vez furtiva a mover mis manos con nueve dedos.

Desde ahí sólo se le vio la sonrisa en todo su rostro, señal clara y contundente de que me había reconocido. Me fui hasta donde ellos y me senté cual amigo de años.

—Vasco, Vasco, cómo va todo —me dijo Chele dándome la mano y tomándome el muñón.

—Pues como siempre camarada, ¿una vez más nos veremos entre cerros, no?

—Cosas de nuestro destino —respondió mientras el otro tipo nos miraba como gozando con nuestro encuentro.

—Parece que de algo sirvió haber pasado tanta locura en El Salvador, ya que ahora haremos lo mismo.

—Guardando las distancias, pero es algo similar.

Luego me presentó al otro hombre como Germán, el era el encargado de todo este nuevo panorama que se abría y construía. Era un tipo de escasas palabras, lento y suave como ninguno, que escuchaba todo y no decía nada. Me miró y me dio la mano. Afuera llovía como un diluvio y las gotas reventaban en contra de los cristales del café, eso provocaba un ruido ensordecedor. Luego me fue explicando, junto al Chele, cómo era la situación. Debíamos, en un plazo de no más de dos meses, estudiar un pueblito para tomárselo por unas horas, lanzar un par de proclamas y combatir con sus autoridades uniformadas. Todo ello enmarcado dentro de los primeros destellos de la GPN, junto a esto habría tomas de poblado y la nuestra era una mas. Objetivo nada simple si tomamos en cuenta que solo éramos nosotros tres para dicha operación, más el probable apoyo de algunos indígenas de la zona. Quedé del todo desilusionado ya que una vez más no había ejército al cual unirse y comenzar la guerra de verdad. Ya no habría caminata de algunos días para integrarme a las columnas rebeldes y románticas. Eso me hizo aterrizar nuevamente de hocico a la realidad de todos los días.

Para nuestras futuras exploraciones contábamos con un automóvil que ambos tipos habían adquirido a bajo precio. Así es que por mientras, yo permanecería en Los Ángeles en la pequeña pensión en la cual alojaba. Como era de prever, debíamos planificar todo y eso contemplaba empezar desde cero, que los fusiles, que las retiradas, que los colaboradores, es decir, montar todo como siempre y sin la menor ayuda.

| Así con estas cosas claras me hice de un buen par de botas para la lluvia y un abrigado impermeable estilo agente secreto. Era lo único que existía en la tienda del pueblo. Al cabo de un mes entero de recorrer el pueblo y otros mas en busca del objetivo que presentara buenas condiciones para nuestro combate, que por cierto preveíamos corto y preciso, pero además con buenas vistas de proyección ya que todos seguíamos convencidos de que ganaría la

opción del sí en el plebiscito, la idea general era golpear y replegarse a un lugar seguro por un tiempo, mientras se clarificaban las cosas. Nada más acertado para nuestra seguridad, cuando recorriamos pueblitos yo me preocupaba de que no existieran muchos carabineros y que el retén fuera endeble y mediocre para destruirlo rápido. Todos estábamos expectantes con el futuro, luego de los resultados del plebiscito que se realizaría el cinco de octubre de 1988. Convencidos a más no poder de que haríamos la guerra hasta el final, mirábamos los pueblos con apetitosa complicidad.

Pero si me dejaba estar en esa especie de burbuja atómica, mi seguridad comenzaría a correr riesgos. Debía basificarme como era necesario, como no soy un tipo de demasiadas comodidades, salí un día por la mañana y en uno de los árboles a la salida de la pensión logré ver un cartelito anunciando un empleo de fácil acceso y sin muchas condicionantes de por medio. No me fijé en el sueldo que daban ni menos aun en los horarios, mi tiempo era necesario por las tardes casi entrada la noche ya que a esa hora partíamos a buscar pueblitos mientras Germán o en otros casos el Chele partían a Santiago para definir las prioridades junto a Rodrigo que evaluaba cada semana el avance en cada una de las operaciones que hasta el momento yo desconocía.

En suma partí esa mañana a ver las posibilidades para pasar mas como un sujeto normal. Me dirigí a la dirección anotada en el cartelito anunciante y cuando la encontré en medio centro de Los Ángeles pude darme cuenta que se trataba de la dirección de la municipalidad. La duda me entró como era natural, ya que seguramente me pedirían toda clase de documentación y lo único que yo poseía era una licencia de conducir que ya estaba expirando por la fecha.

Como me había dado tan buenos resultados en otras coacciones, partí desvergonzadamente a la puerta y entré. Quedé en medio de una tremenda fila de unos cuarenta desempleados haraposos por lo que pude suponer que el empleo no era nada cómodo. Permanecí durante toda la mañana en uno de los puestos de

la cola, la cosa parecía mercado cubano, la fila era interminable y lenta.

Llegó el momento en que de pronto me vi enfrente de aquella señorita con rostro de campesina que niega serlo. Me tomó la mayoría de mis datos, uno por uno los fue anotando en una especie de planilla que quizás dónde iría a parar.

—Yo sé leer y escribir, señorita, no soy un sujeto cualquiera, le dije de manera tal que asumiera mi mensaje en un sentido educativo e instructivo para el empleo.

—Y eso a quién le importa —respondió cortante.

—Pues, si se trata de un empleo municipal creo que debe haber un mínimo de instrucción básica ¿o me equivoco?

—Así es, te equivocas como toda esta ruma de hombres sin destino, murmuró en un evidente ambiente de hastío y molestia por su trabajo rutinario.

—Debería saber, respetable señorita, que todos los hombres tienen un destino trazado, lo diferente es que el destino sea espantoso o bello según lo que le toque a cada cual, que el destino de estos hombres sea horroroso no significa que carezcan de él. De pronto dejó de escribir y me quedó mirando fijamente, pude notar el odio que salía de sus ojos de perra loca. Yo le esboqué una linda sonrisa diciéndole. ¿La alegría ya viene no? Ella sonrió y me dijo: El puesto es tuyo, lanzando mi hoja de las anotaciones a un cajón lateral de su escritorio.

Luego pase a una de las salas de la municipalidad en donde había una docena de hombres con la misma suerte que yo. Delante de ellos se ubicaba un sujeto dándoles gritos de neurótico y repartiendo a cada uno de nosotros una pala, un overol naranja con los símbolos de la municipalidad y una pequeña mascara de algodón.

—Muy bien vagos con suerte, ahora pónganse el uniforme que van a salir de inmediato —decía el estúpido a viva voz.

Con mi uniforme listo y dispuesto, me dispuse a marchar con aquella legión bien formada y aleccionada. Nadie murmuraba palabra, por temor a perder el puesto de trabajo.

—¿Qué van a votar? —gritaba el estúpido de gran panza. Nadie le respondía y cada uno de nosotros se miraba extrañado.

—¡No escucho, inútiles con suerte! —volvía a decirnos.

—Pues van votar que sí, ¿es así, no? —decía mientras alzaba las papeletas con los antecedentes haciendo el gesto de destruirlas. De pronto miré a la legión y noté sus terrores por perder el empleo.

—¿Y ahora qué van a votar?

—¡Que sí! —respondieron todos de un solo movimiento.

—¡No escucho bien!

—¡Que sí, que sí! —repetían innumerables veces los integrantes de la legión.

El infeliz nos fue gritoneando hasta llegar a uno de los patios de la municipalidad donde nos esperaban ordenadamente tres camiones. A esas alturas comencé a preguntar de qué se trataba este empleo. Nadie me respondió nada. Empezamos el rumbo hacia nuestra labor desconocida, al menos para mí. Recorrimos unos cincuenta kilómetros hasta internarnos en lo más profundo de la carretera. Desde ahí el bastardo comenzó a bajarnos en grupos de tres en tres. Cuando me llegó el turno le dije:

—¿Qué debemos hacer?

—Ah, el muy inútil no sabe su trabajo, pues bien vagos —nos dijo dirigiéndose a nosotros tres plantados frente a él—, deben recoger todo animal atropellado en el camino, me entienden o les hago dibujitos, volveré por la tarde, apilen a todas las bestias reventadas a un lado de la carretera.

Nosotros tres con palas en las manos nos quedamos mirando y una de los explotados acotó: ¿Y qué vamos a comer jefe?

—Pues asen un perro muerto, ese no es mi problema —dijo y dio la orden al camión de seguir rumbo con los legionarios a bordo.

Fuimos viendo como el camión desaparecía entre la floresta hasta convertirse en un solo punto negro en el horizonte. Una vez en la más absoluta soledad, nos quedamos mirando sin saber que decirnos. Los dos tipos partieron a un lado y yo me fui quedando solo. Uno de ellos se dio la vuelta y me dijo, acá nos encontramos a

eso de la cinco. Permanecí quieto diciéndoles: suerte camaradas y partí caminando con mi pala al hombro en sentido contrario.

Recorrí un par de kilómetros y me encontré con el primer perro atropellado. Estaba completamente desparramado sobre la calzada húmeda, su hocico partido en dos y su cráneo quebrado con los sesos esparcidos. Expelía un fuerte hedor putrefacto, tomé mi pala y comencé a arrastrarlo hasta un costado de la carretera. Anduve hasta las cinco de la tarde recogiendo perros, caballos, vacas y liebres. En tanto observaba los mejores sitios en donde poder esconder los fusiles y otras cosas que necesitaríamos, poco a poco me iba conociendo todas las irregularidades del terreno, me hacia parte del entorno.

A las cinco de la tarde me encontré con mis camaradas, venían completamente destrozados y aniquilados por su labor, cada uno de nosotros olía cadáver en descomposición. Esperamos en completa calma el transporte y al llegar éste nos subimos como verdaderos despojos, la legión venía derrotada en el primer día de trabajo.

Me pasé varios meses recogiendo cadáveres de animales y soportando los constantes hostigamientos del salvaje jefe de peones, empero, encontraba el momento exacto para desaparecerme de la carretera y salir por los montes toda una tarde, subía y bajaba cuestras, encontraba escondrijos. Entre tanta relación con mis camaradas de labor fue saliendo valiosa información para mi verdadero trabajo. Con aquella información que versaba acerca de los pueblos mas escondidos de la zona, yo llegaba los fines de semana a mis encuentros con Germán y Chele y partíamos a verificarlos en el desastroso automóvil.

En Santiago, por la poca información que tenía, las cosas andaban normales y las conferencias y entrevistas a los dirigentes del Frente eran cotidianas. Como una forma de preparar las condiciones para la irrupción, salíamos todos los días en los diarios y revistas.

Para nuestra suerte encontramos el pueblito que llenaba las expectativas combativas, ya que hubiéramos podido elegir uno de

los innumerables poblados sin presencia uniformada, pero la verdad habría sido jocosa del todo ya que no pelearíamos con nadie.

El pueblito se llamaba Pichipellahuén y nos basificamos cerca de él. Yo abandoné sin mediar renuncia mi puesto de coge cadáveres y me entregué por completo a mi labor guerrillera. Simplemente no fui más, quedando con el odio incubado por el jefe de peones. Las cosas estaban planificadas apenas ganara el sí, es decir, no pasaríamos la fecha del seis de octubre para realizar nuestro ataque.

Entonces nos comenzamos a preparar para ella. Visitamos al jefe indio de nombre Paillán. Era un tipo que no decía nada y asentía en todo, grande y fuerte como un toqui urbanizado, le propusimos hacer una especie de mini escuela para adiestrar en el uso de fusiles y lanzacohetes a unos seis o siete nativos mocetones que dieran su aporte en la larga tradición guerrera mapuche, cosa que estaba olvidada o semidormida por el alcohol y la desidia de tanto tiempo de ser pisoteados. Estaban completamente excitados por lo que haríamos junto a ellos, se sentían parte de la tradición. Ya teníamos los barretines contruidos y las dosis de alimentos correspondientes. En los últimos días de septiembre nos dimos a la labor de realizar la escuela, llegaron alrededor de diez mapuches dispuestos, la verdad, a cualquier cosa con tal de hacerle daño al Estado chileno. Estuvimos toda una tarde y toda la madrugada correspondiente en un campito montañoso enseñando las técnicas de la guerrilla, claro está que en ese breve tiempo era sólo una pincelada formal, pero seguro de algo serviría.

Ya teníamos todo en orden y en disposición. En las ciudades la algarabía era completa por los sucesos venideros del plebiscito, todos tomaban bando de uno y otro lado, era una contienda de cartón que nos vendría a aguar todos nuestros planes. Ya con todo preparado y dispuesto para llevar a cabo nuestro ataque guerrillero. Un grupo de mapuches botaría un tronco gigante en plena vía de acceso al pueblo, para dificultar la llegada de los soldaditos, en tanto nosotros junto a unos dos mapuches más atacaríamos el retén de carabineros apostado en pleno pueblo. Por otra parte, teníamos una orientación clara y precisa acerca de suspender la operación sólo si

ganaba el no, cosa que, como ya he dicho antes, desestimábamos por completo.

Cuando ya teníamos todo listo, nosotros, los huincas extranjeros, comenzamos la caminata hacia el sector del objetivo. Poseíamos un punto de encuentro con los mapuches, pero al no llegar estos a la zona boscosa decidimos, los tres, ir hacia sus reductos.

Al llegar a dicha zona, es decir a la ruca elegida, nos dimos cuenta de que todos nuestros combatientes estaban en completa ebriedad, todos y cada uno de ellos no podía articular palabra, permanecían tumbados por el alcohol ingerido. Nosotros nos quedamos mirando sorprendidos y poco acostumbrados a las celebraciones, que por esas fechas eran de San Francisco, zamarreamos a cada uno de los mapuches diciéndoles que acaso se habían olvidado del compromiso para el ataque. Para nada, balbuceaban contentos, sólo celebramos como siempre, gritaban a viva voz, además el PC nos invitó a tomarnos unos fundos si gana el sí, gritaban algunos en medio de botellones de chicha natural. Para ellos la cosa seguía igual, todos éramos lo mismo y nada había cambiado. Luego les dijimos que volveríamos el cinco en la madrugada para que estuvieran listos. Para mi sorpresa todos al unísono dijeron que estarían como corresponde, de verdad se lo tomaban en serio aun con todo ese alcohol en el cuerpo. Así nos fuimos a nuestro cerrito y permanecimos toda aquella noche esperando el desenlace de los acontecimientos plebiscitarios.

Por la mañana del día cinco, comenzamos la caminata hacia donde los mapuches. Permanecimos con ellos todo ese día y al final cada uno de nosotros quedó sorprendido por el triunfo del no.

Como siempre partimos de vuelta hacia nuestro montículo cobertor y aguardamos en silencio mirándonos las caras en medio de todo ese atroz frío que nos abrazaba la desesperanza. Los tres, como viejos guerrilleros sin guerra que librar, comenzábamos a ser desempleados. Desde aquella altura se veía a los mapuches celebrar el triunfo del no y pensé cuan extraviados estaban.

L

Nos quedamos con los crespos hechos. Congelados y desanimados nos mirábamos fríamente como el ambiente que nos rodeaba. Como una manera de levantar los ánimos me puse a hablar.

—Que sucede camaradas —dije en un buen tono coloquia— ¿acaso acabaremos como todos esos experimentos centroamericanos con los héroes tumbados por las calles? Por mi parte les digo que dividamos los ciclos históricos tal como lo hacía el maestro Vicco. Según eso, hemos pasado a la etapa de los hombres ya que aun continuamos entre los dioses y parlantes impotentes, no nos dejemos llevar por la desidia epocal y hagamos caso omiso del entorno. Seamos fieles y leales a nuestro destino de extinción.

Camaradas, todo seguirá igual, con triunfo de cualquier cosa, ya sea del no, del sí o de la revolución y si es así la cosa, que mas nos queda sino morir con el tiempo que hemos hecho, sin sonrisas para nadie, sin pedir permiso por medio de religiones y morales, sin dioses ni fuerzas de ley, sin derecho legal. Qué nos queda sino salir a reventar el mundo con lo que tenemos a mano y bajo ellas, seamos leales —continué diciendo ante la mirada atónita de Germán— al espíritu más descarnado de la revolución, al sentido último e inalcanzable de toda rebelión. Tomemos nuestros instrumentos de primitivos héroes en transición y arrastremos esta larga cola de acero por todo este funesto lugar.

Chele me miraba como siempre lo hizo en los montes de El Salvador, Germán no sabía que decir y proseguimos en silencio

luego de mis accesos febriles de maniaco, atrapados por el frío y la humedad seca del sur. Bajamos a la urbanidad y Chele y yo partimos a Santiago a ver lo que hacíamos con nuestro proyecto aguado por las urnas populares y obedientes.

Al llegar a Santiago, nos fuimos inmediatamente a una casa en donde se encontraban apostados a lo menos seis encargados de la irrupción en diferentes territorios de Chile. En la casa también estaban Rodrigo y Salvador.

Santiago era una decadente celebración de una ilusa fiesta de poquedad. Todos los integrantes de aquella reunión no sabían que decir y menos aun que pensar. Alelados y perdidos como nunca, nos sentamos a escuchar las indicaciones para tal desgraciado caso. En mi interior no se debatía ninguna clase de angustia por los sucesos, mas bien estaba tan convencido de hacer lo que habíamos planificado que no tenía duda alguna de proseguir por tan pedregosa camino para ojos con cálculo visionario en cosas de política.

Ahí estábamos presentes los que haríamos el ejército futuro y para ello yo era el primer voluntario. El peso fuerte se lo llevaba la zona donde estábamos plantados nosotros, ya que existía otro pueblito llamado Los Queñes que sería tomado por otro grupo de rodriguistas a cargo del mismo Rodrigo.

La cosa era de nivel nacional: en el norte estaba encargado un tal Maravilla, tipo de ojos claros y con cara de pequeño travieso. En el centro corría por parte del Huevo que ya tenía todo preparado y dispuesto.

En fin, luego de todos los análisis de la situación y que pronosticaban el abandono de las operaciones, Rodrigo nos dice que se realizaran a pesar de todo el 21 de ese mes. Al decir algunos compañeros se sintieron contrariados, ya que una de las ideas informales era quedarse en pequeños grupos guerrilleros de la zona, es decir, escapar hasta que ya no diéramos más. Como las cosas no estaban para eso, por la premura de las planificaciones, cada uno de los encargados se puso a detallar las vías rápidas de escape; yo no hubiera tenido ningún problema en seguir enmontañado, tarde o temprano acabaría tumbado. Uno no acaba nunca por morirse

completamente y eso yo lo había aprendido a causa de llevar por lo menos una docena de muertos en mi memoria. Se puede llegar lleno y rebosante de fuerza vital pero esta termina por consumirse antes que nosotros y vivir eso es comenzar a morir viendo todo a nuestro alrededor. Entonces empiezan las amarguras y comenzamos a pensar que aquello es parte del camino, parte de la vida y parte de lo que nos toco, pero eso es mentira como todo lo demás si no se tiene la fuerza suficiente como para asumir la verdad y esta verdad es más simple que todas las demás:

Hay que saber morir en el momento preciso para hacer de eso que llaman vida, algo verdadero, real y con sustancia.

Yo creo que las palabras y decisiones de Rodrigo iban en aquella dirección y como tal las interpreté a mi manera. La felicidad no se llega a conocer y a saborear sino después de muerto y para ella no hay nadie que lo corrobore.

Ésa fue la última vez que vi a Rodrigo articulando sus palabras, la última vez que noté su figura como la iluminación previa a una explosión y siempre creí que me quedaría con aquella imagen dentro de mí.

Me fui de ahí con una nostalgia inexplicable, reflexionando a mi modo, en la transmigración perpetua de los hombres y tal vez pensé que Rodrigo, en algún tiempo fuera del orden cronológico, había sido mi padre o el padre de una tremenda camada de hijos y que lo que vivíamos hoy era sólo la culminación de algo que no pudimos acabar en otro lugar. Me fui sereno, sabiendo que para todo hay un final y ese final es el final de todo, simplemente.

Por la tarde volvíamos con Chele a nuestro territorio de guerra, ya no había mas que hacer sino lo que en un momento de meses planificamos. Ya vivíamos otro tiempo diferente al nuestro, dar el último tiro en una época que prescindiría de sujetos como nosotros, en suma, íbamos a cerrar esa gran caja de acero en cuyo interior sólo se encontraban objetos inauditos y desconocidos. Pues bien, yo llevaba parte del candado con el que cerraríamos dicha caja para que ya nadie nunca más la pudiera abrir. Por qué las cosas son así, nada se repite en el tiempo de las experiencias y los hombres,

simplemente los ejemplos históricos no existen y aquel que esté pensando en rehacer un camino a partir de los escombros dejados por otros, que no le entre duda que sólo será una mala imitación porque ya no será su tiempo, sino el de otros que vivieron hasta reventar el último suspiro de la noche.

LI

Caminamos nosotros tres más tres mapuches dispuestos a prolongar la tradición guerrera de tan extraño y azaroso pueblo. Nos acercábamos lentamente hasta las inmediaciones de Pichipellahuén. Cruzamos toda clase de bosques nativos, una belleza que jamás podría reproducir algún pintor por medio de sus sentidos.

Al llegar a una especie de lomita, desde la cual se podía observar casi la totalidad del pueblo, los mapuches se tiraron como una manada de perros y comenzaron a dormir. Por mi parte y creo por parte también de Germán y Chele la cosa era imposible de hacer, ya que el frío era insoportable y la humedad del piso imposible de soportar adecuadamente.

Los tres mapuches roncaban apiñados como verdaderos sacos de papas. Esta selva no era como las que conocían, era el extremo de la temperatura fría.

Permanecemos todo aquel 21 de octubre observando los movimientos raquíticos del poblado. La gente se movía allá abajo como una legión de hormigas en busca de alimento. Esperamos a que despertaran los camaradas indígenas y repusieran sus fuerzas. Una vez todas despiertos, nos dimos a la labor de minar nuestro campamento con la seria intención de que una vez finalizado nuestro ataque llegaran los carniceros y lo verificaran y en ese momento volaran cual hojas secas por todo el lugar.

Entre nosotros, extrañamente no nos decíamos nada, tal vez por la intuición de que estábamos cerrando un tremendo capítulo y en esas circunstancias lo mejor es el silencio. Los mapuches

intercambiaban entre ellos, sus cosas, sus vacas, sus campos que mas tarde les serían arrebatados como caramelos a niños. Al mediodía llegó la hora de la merienda. Nosotros llevábamos una serie de inmundas latas y ellos, en el espíritu mas conservacionista desenfundaron toda clase de exquisiteces campestres. Tortillas de rescoldo, unos portentosos trozos de carne sazonada con especias, frutas y huevos cocidos en agua de vertiente. Rousseau hubiera caído de envidia en este caso bucólico alimenticio. Como una manera de ejercer la democracia estomacal yo propuse que intercambiáramos en dosis igualitaria los alimentos. Los compañeros indígenas no pusieron ningún tipo de contrariedad al asunto y terminamos en un festín aunador de civilizaciones contrarias en forma y fondo. Tal vez sólo porque teníamos un enemigo común, ellos practicaban la más brutal de las solidaridades. Así estuvimos como dos horas saboreando los manjares de la tierra salvaje.

Al anochecer comenzamos a limpiar nuestro armamento para la operación. Todo estaba dispuesto y los corazones en línea de ataque. Luego, antes de irnos, plantamos una serie de banderas del frente en el campamento y partimos a dar el sello final a la historia.

No demoramos más de diez minutos en llegar al poblado en cuyas barrosas calles se movilizaban unas cuantas personas sin rumbo. El pueblo carecía de luz eléctrica por lo que la gente se guarecía rápidamente al caer la oscuridad. Llovía insistentemente por todas partes, el agua no dejaba mirar a ningún sitio. Nos desplazamos tal y como lo habíamos planificado. Dos mapuches se dirigieron a los extremos del poblado como una especie de contención si aparecía alguien importunando nuestros deseos. Germán, Chele, un mapuche y yo, nos apostamos frente a entradas de la comisaría. Desde ahí solo se lograban notar un par de sombras moviéndose al interior del recinto. Por mi parte llevaba el fusil dispuesto para el ataque. Chele prendió la carga de alrededor de doce velas de dinamita pasándosela al camarada autóctono. Yo vi todo aquello como quien le pasa un juego sin más peligro, la carga corría enfrente de toda nuestra fila como un regalito inofensivo dejando a su paso una estela ponzoñosa de humo con hedor a

pólvora. La lluvia se intensificaba aun más y eso me hacía cerrar los ojos para aminorar los constantes golpeteos en mi visión. Ya con la carga en la mano, el mocetón le hizo un gesto al Chele como queriéndole decir: ¿Y ahora qué? Todos mirábamos como se iba consumiendo rápidamente la mecha y con ello nuestras expectativas de vida se acortaban seriamente.

—Pues lánzala de una vez, le dice el Chele con voz fuerte y clara.

Dijo esto con tan fuerte volumen de voz, y como la cosa estaba tan silenciosa, apareció una cara con gorra desde una de las ventanas del retén. En ese momento el mocetón indígena se alzó de su posición y como lanzando una vieja boleadora tiró la carga sobre el techo del retén policíaco. Yo sólo alcancé a ver a la cabeza con dos grandes ojos que fueron siguiendo la trayectoria del paquete explosivo.

Aquella cabeza quedo en posición de mirar al techo desde el interior del retén y luego ya no se vio nada sino sólo se escuchó la fuerte detonación que hizo caer inmediatamente todo el techo del recinto como un gran bloque. Al caer el techo, Chele sacó su lanzacohetes y lo dirigió a las derruidas instalaciones, por su parte el mocetón hacía lo mismo con otro artefacto lanzador. Germán y yo nos pusimos a disparar como energúmenos contra el retén.

Les gritábamos que se rindieran, que salieran con las manos en alto. Que no les haríamos daño alguno. Una argucia de mi parte, ya que en el momento en que aparecieran por la puerta les descargaría todo el depósito. La cosa es que en fracción de segundos todo quedó reducido a nada, el otrora cuartel de carabineros ya no existía, estaba destruido por completo. Luego lanzamos unos panfletitos con alusiones a la guerrilla mapuche, el mocetón no entendía mucho, más bien se puso a disparar a cualquier cosa en movimiento. Los de la contención lanzaban tiros esporádicos al aire como una manera de no quedarse fuera de la celebración. Por un momento yo me quedé en silencio observando todo eso. De pronto el mocetón a mi lado se puso a gritar fuertemente:

–Huinca, huinca, te mataremos a toda la familia, no dejaremos rastro de tu cultura, tal como lo haces con la nuestra, huinca, ¡te mataremos como a todo lo tuyo!

Se había convertido de un momento a otro en una fiera. Sus compinches desde la distancia lo azuzaban, gritaban como lunáticos frenéticos. De pronto se alzó de su parapeto sacándose la camisa quedando a pecho descubierto.

–Huinca asesino, les gritaba mostrando el pecho de toqui enfurecido, ¡ven acá a pelear mano a mano, ahhh!

| Gritaba como loco. Nosotros tres nos mirábamos sorprendidos. La lluvia y los accesos telúricos lo tenían en una fiebre, quería un caballo y una lanza. Le dije que se cubriera, no me tomó en cuenta para nada. Como no había respuesta alguna de los uniformados, Germán nos dio la orden de marchar a la retirada. Yo me quedé con gusto a poco, nadie nos había respondido, solo tiros nuestros. Ahora venía lo peor y eso era escapar por varios días al cerco que nos lanzarían para cazarnos.

Aquel 21 de octubre por la noche, partimos caminando hacía un lugar mas segura. Unos kilómetros más allá de Pichipellahuén los camaradas mapuches, en completo estado de excitación, se dividieron y partieron a sus reductos. Por la mañana estarían arando sus raquítricos campos y nosotros seguiríamos la escapatoria por tres largos días. Ya mas seguros cuando habíamos llegado a Los Ángeles, supimos que los uniformados salieron despavoridos por los campos, los que no alcanzaron a hacerlo se habían quedado entre los escombros del retén destrozado.

El otro poblado atacado y tomado por algunos minutos había sido Los Queñes, en donde Rodrigo era el jefe. Vale la pena ser evocado en esta oportunidad porque yo no he visto tan asombrosa y escarpada valentía de asumir la muerte a pesar de haberla visto posada sobre tantos hombres. Toda la vida de Rodrigo se definió a partir de un solo soplo mientras aguardaba la llegada de los carniceros sentado en la simpleza de un banquillo de bosque junto a Tamara que decidió no abandonarlo. ¿Lealtad? ¿Amor? ¿Certeza de que ya no quedaba mas por hacer en esa larga distancia que los

separaba del mundo concreto? Al final todo esto tiene un mismo significado, cae en un mismo saco lleno de interrogantes supremas. Una historia de amor coronada con la muerte de una verdadera vida.

Hay que saber saltar al vacío sin cerrar los ojos para ver durante la caída las bellezas que alcanzamos a conocer y después de todo dar un hondo suspiro como una forma de agradecimiento al azar por tan extraña experiencia de la que logramos ser parte.

Uno nunca termina de convencerse de que ha muerto. Uno nunca acaba de saber si realmente estuvo vivo, simplemente marchamos por una carretera plagada de sobresaltos inimaginables; es por ello tal vez, que Rodrigo y Tamara decidieron morir sin saber que estuvieron vivos. La simpleza de las cosas es simple.

Lo cierto es que murieron a la semana de haberse tomado el poblado. Tuvieron la oportunidad de salvar con vida pero aguardaron hasta el último momento en los fríos parajes de la casa de la Rufina.

Cada uno volviendo a ser niño, el retorno a la oscuridad del útero se trazaba como la trayectoria de una historia que empezaría a ser narrada desde la melancolía. Y ambos razonaron al igual que el Viejo Pedro: La victoria y la derrota sólo era cuestión de estrategias.

Como ya lo he dicho, Rodrigo había notado el comienzo del derrumbe y no tenía nada mas que hacer sino atesorar todo lo vivido en su memoria, esperar lentamente como llegaban las fieras en manadas a patearles las caras embarradas, sonreírles antes de cerrar los ojos para siempre, como una extraña forma de ironía ante el mundo y la vida, ante los administradores, ante los pragmáticos de metal, ante los oprimidos obedientes.

Quizás cuando Rodrigo y Tamara acabaron para siempre, vieron en el cielo sureño no la imagen del guerrillero Rodríguez sino un conjunto de zepellines dorados y brillantes surcando la acerada cola de un reptil inimaginable. Y tal vez creyó, en aquel momento, la más depurada y verídica creencia de todo, que lo que había vivido durante sus años era el simple remanente de un sueño en otra vida, el simple recuerdo que nos queda al abrir los ojos.

LII

El día aparece lento sobre las tumbas, mis tumbas, ya no hay nada más que decir, nada más que relatar. Yo no sé cuando morí, no sé el momento exacto en que desaparecí de todo ello. De un tiro, de pena o melancolía, de una sobredosis de imágenes, de una cosa que nunca llegué a entender, quién sabe.

No tengo conciencia de mi muerte porque de tanto verla dejé de creer en ella. Lo seguro es que en algún momento me extinguí como todos mis hermanos. No me vi tumbado ni en una montaña ni en una calle, no caí gritando consignas ni acerando un compromiso. Tal vez sólo fui el sueño de alguien o el presentimiento de un perro. Pude haber sido cualquier cosa, sin embargo viví lo más asombroso de la vida y esto es saberse vivo en cualquier sitio. Podrán venir otros, pero nunca repetirán lo que logramos hacer, nunca podrán contar la misma canción.

Regocijado toco mis costillas de muerto. Miro el amanecer en silencio, nada será igual, nadie ama dos veces, nadie muere dos veces en una misma vida, nadie tiene el mismo sueño una noche cualquiera y como quisiéramos repetirlo, la verdad, como quisiéramos...

Este extraño libro nació sobre una idea y creció sobre otra, a pesar de algunos. Salió a luz después de bastante tiempo. No sé si deba agradecer a alguien pero es necesario, decir que todo lo narrado fueron hechos que marcaron la vida de muchos y acabaron con la vida de otros. Sin embargo quedaron hombres y mujeres con todos estos relatos en la memoria y hoy están en estas páginas. Parte de

ellos me dieron sus verdades, sus vivencias y recuerdos, que en oportunidades se confundían con la pena. Sin ellos, sin sus recuerdos, hoy seríamos un simple papel transparente posado sobre esta comunidad que aun sobrevive.

Las colaboraciones fueron de:

–Chele

–Troto (Gordito)

–Ramiro

–Joel

–Ricardo Campos

–La imaginación (Vos mismo)

*Ricardo Palma
Salamanca*

Una larga cola de acero

Eran los últimos meses del año 1983 cuando Lara consigue establecer un contacto con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). A la reunión con los dos representantes, asisten Lara, Barza y Vasco, los tres amigos y estudiantes universitarios de Valparaíso.

Por esos tiempos, frente a la institucionalización de la dictadura a través de una constitución hecha a su medida y la profunda recesión que arrojó a la cesantía a un gran número de trabajadores, aparece el FPMR en el que se funden aquellos “veteranos” de la revolución nicaragüense y la guerra popular salvadoreña, con los que emergen de la creciente insurgencia que se desarrollaba como consecuencia de la crisis que afectaba nuestro país; estos jóvenes mediante su accionar desafían a los aparatos de seguridad de la dictadura.

Con una enorme cuota de ingenuidad, improvisación y un desencantado anhelo de involucrarse en la ruptura de un orden opresor y autoritario, Vasco, protagonista y narrador de esta historia, se inicia en una acción de propaganda armada con el incendio a un bus de la locomoción colectiva, para luego ir involucrándose en acciones de mayor envergadura.

Este relato novelado nos da una mirada de la historia del Frente Patriótico Manuel Rodríguez entre los años 1984-1988, mostrándonos desde sus propias acciones, como los cortes de energía eléctrica que afectaron al país entero y el secuestro del coronel Carreño, hasta la represión en su contra como fue la matanza conocida como “La operación Albania”. En sus páginas se vis-

lumbra el claro-oscuro de toda una generación, en la que coexistieron hombres y mujeres luminosos por sus convicciones en la construcción de un orden distinto, por su sentido de justicia, humanidad, solidaridad y compromiso. Y están también los escépticos rupturistas del tedio y la desesperanza, que enfrentados al horror del terrorismo de Estado les fue difícil mantener